



UKI GOÑI

LA AUTÉNTICA ODESSA

FUGA NAZI A LA ARGENTINA

Prólogo 2015
Prólogo a la edición 2008
Personajes clave
Prefacio
1- Juegos de guerra
2- Perón salta al poder
3- Inmigración indeseable
4- El abandono de los judíos argentinos
5- La extorsión de los judíos
6- El inicio de la huida nazi
7- Recomendaciones cardenalicias
8- La Odessa de Perón
9- En busca de pistas
10- Vías criminales
11- La ruta nórdica
12- La conexión suiza
13- La vía belga
14- El comité eslovaco
15- La fuga de los ustasi
16- Un «santuario» romano
17- Erich Priebke
18- Gerhard Bohne
19- Josef Schwammberger
20- Josef Mengele
21- Adolf Eichmann
Pío XII y el escape nazi
Conclusión
Listado de criminales y colaboradores
Agradecimientos
Fuentes documentales
Abreviaturas
Bibliografía

Uki Goñi

LA AUTÉNTICA ODESSA

FUGA NAZI A LA ARGENTINA

Edición 2015

Título original: The Real Odessa. How Perón Brought the Nazi War Criminals to Argentina

Originalmente publicado en inglés, en 2002, por Granta Books, Londres

© Edición original en inglés 2002 Uki Goñi

Traducción de los capítulos 1 a 21, Francisco J. Ramos.

© Por la traducción 2002 de los capítulos 1 a 21 Francisco J. Ramos

Traducción cedida por Espasa Libros, S.L.U.

Revisión del autor .

Traducción de «Personajes clave», «Prefacio», «Pío XII y los nazis» y «Conclusión», Víctor Pozanco.

© Por la traducción 2002 de los mismos Víctor Pozanco

Traducción cedida por Espasa Libros, S.L.U.

Revisión del autor .

1ª edición en español España-Argentina, Paidós 2002

2ª edición en español actualizada Argentina, Paidós 2008

3ª edición en español reactualizada eBook, Uki Books 2015

© Por la versión revisada de la traducción 2002 Uki Goñi

© Por la versión revisada de la traducción 2008 Uki Goñi

© Por la versión revisada de la traducción 2015 Uki Goñi

Uki Goñi hace valer su derecho moral a ser identificado como el autor de la presente obra

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Foto de Tapa: Fliegeringenieur Kurt Gross, fotografiado el 6 de enero 1944 en Budapest. El ingeniero de la Luftwaffe Kurt Gross viajó de Suecia a Argentina en un vuelo de Swedish Air Lines a fines del 1947, bajo los auspicios del jefe de la División Informaciones Rodolfo Freude. Foto cortesía de su nieto Daniel J. F. Slemties.

CITAS

«Argentina era un importante punto fuerte, y Alemania trataba de aprovecharse de ello por todos los medios de los que disponía [...] la razón era que se podía apreciar que poseía un gobierno basado en una visión del mundo similar a la nuestra.»

General de brigada de las SS WALTER SCHELLENBERG,
jefe de la Ausland-SD de Himmler,
la División de Inteligencia Exterior de las SS,
6 de febrero de 1946.

«Veo la paz en el continente de Sudamérica amenazada por el fascismo y por la codicia de poder de ciertas personas en la Argentina y en otros estados sudamericanos. Esta declaración mía tiene la intención de contribuir a paralizar esas maquinaciones. He visto con mis propios ojos y he experimentado yo misma la ilimitada e incalculable miseria que invadió a Europa y, especialmente, Alemania, durante y después de la guerra. Es para mí una necesidad interna hacer todo para salvar a mi amada Argentina de un destino semejante.»

EDVIGIA WEIGLMAYR,
experta argentina en el cuartel general del SD en Berlín,
28 de febrero de 1946.

«El carácter especial de mis misiones confidenciales podía crear dificultades de conciencia para algunos funcionarios.»

Capitán de las SS CARLOS HORST FULDNER,
agente del SD y cerebro del equipo de rescate de nazis en la
posguerra,
12 de septiembre de 1949

PRÓLOGO 2015

«Tomorrow is a long time.»
BOB DYLAN

HA RESULTADO una agradable tarea revisar una vez más *La auténtica Odessa* para esta nueva edición. No deja de asombrarme el tamaño de la tarea que me propuse y como logré finalmente concretarla con algún éxito. Estoy agradecido por lo tanto por la amplia repercusión que el libro tuvo en académicos y colegas fuera de Argentina. Estoy pensando en la gran Bettina Stangneth y su asombroso libro *Eichmann vor Jerusalem*, y en Gerald Steinacher y *Nazis auf der Flucht*. Hubiera preferido sin embargo haber tenido en Argentina, donde no nací, pero donde sí vivo, algún otro eco que no fuera el de peronistas protestando y antiperonistas celebrando. Son tan agotadoramente similares en su esencia.

Igualmente, el libro aquí está, lo cual no es poco. La verdad es más amiga del tiempo que del apuro, por lo tanto debo ser paciente. Quizás algún día alguien levante la posta en Argentina sin otra intención que la que yo he tenido, la de simplemente saber. Mientras tanto, los arriba mencionados han llevado este trabajo a nuevas fronteras y además tuvieron la simpleza y cordialidad de buscarme para comparar notas y atar cabos sueltos.

He introducido en varios capítulos nuevos descubrimientos que he hecho desde la última edición del 2008. Quiero destacar el testimonio de Wolfgang Levy, un adolescente berlinés que encontró la manera de burlar a mi abuelo Santos Goñi, cónsul argentino en La Paz, para ingresar a la Argentina cuando mi abuelo configuraba una muralla infranqueable para los judíos que habían logrado llegar hasta Bolivia. No dificultará demasiado al lector adivinar tanto el alivio como los sinsabores en lo personal que me ha causado sacar a la luz el triste papel de mi abuelo en esta historia. Levy agrega una dimensión extra al capítulo tercero, *Inmigración indeseable*. También los parientes de Hans Kroch y José Weil han agregado una capa más de realidad al capítulo siguiente, *La extorsión de los judíos*.

Mi visita a la iglesia Santa Maria dell' Anima en Roma, donde estudié los papeles del obispo Alois Hudal, me permitieron incluir la sugestiva participación de Juan Duarte en esta complicada trama, en el capítulo 16, *Un «santuario romano»*. Archivos finalmente desclasificados en Londres me permitieron agregar algunos datos a la frustrada aventura de Osmar Hellmuth, enviado por Perón para reunirse con Hitler, en el capítulo segundo, *Perón salta al poder*. He introducido además encabezados para separar las secciones dentro de cada capítulo, para agilizar la lectura y promover el *zapping*.

Me resulta aún escalofriante, a pesar de todo lo visto, la infinita capacidad del ser humano para la maldad, la mentira y la adoración del mal. Por suerte, están la música, la amistad y el amor sincero para poner distancia con aquellos que no entienden otro idioma que el de su propia crueldad. No avisoro un futuro en

donde no nos acompañe la oscuridad, que es parte de la incomprensible trama tanto humana como divina que habitamos. Para eso está la luz, para hacer contrapeso, y su prima más pequeña, la verdad.

Uki Goñi
Buenos Aires
8 de junio de 2015

PRÓLOGO A LA EDICIÓN 2008

«There is a crack in everything, that's how the light gets in.»
LEONARD COHEN

UN RENOMBRADO director de cine –peronista, revolucionario, añejo– enfurecido al detectar a un cineasta más joven leyendo la primera edición de *La auténtica Odessa* al borde de una pileta en Uruguay, se precipitó sobre aquel insolente espectáculo, manoteó el maléfico libro y lo arrojó al agua, profiriendo enérgicos insultos mientras estas páginas volaban hacia un húmedo, sacramental destino. Afortunadamente, el agua purifica, el papel flota, más o menos, y aquí reaparece el ofensivo objeto, ansioso por volar de nuevo... con más páginas que antes.

¿Qué puedo agregar en esta nueva edición a la historia ya desbordante de sus capítulos originales? Una de las preguntas que más surge en los diversos países donde el libro está publicado es: ¿cuántos nazis fugaron a Argentina? Esta nueva edición es entonces una buena oportunidad para otorgarle a la cuestión el espacio que requiere.

No es una respuesta que se pueda reducir a una simple cifra sin explicación previa. Ante todo, no sólo nazis cruzaron el Atlántico hacia la templada Buenos Aires, sino que llegaron precedidos –a veces acompañados– por sus colaboradores y compañeros de ruta de los países ocupados por Hitler durante la guerra. Entonces es preciso diferenciar los nazis alemanes de los cuantiosos colaboradores franceses, rexistas belgas, miembros de la Ustasa croatas, de la Cruz Flecha húngaros y fascistas italianos, entre otros, que buscaron refugio en Argentina. Hace falta considerar estos grupos separadamente. Entre todos numeran miles de personas.

La otra pregunta directamente ligada a la anterior es: ¿cuántos de estos nazis y sus colaboradores eran efectivamente criminales? Es una pregunta difícil también de contestar en simples números romanos. Habría que definir «criminal». Para esta investigación se toma la definición más estrecha, la de personas con cargos abiertos ante la justicia en Europa o con evidencia abrumadora disponible en su contra. En Alemania la justicia ha sido bastante contundente, facilitando la clasificación en el caso de los nazis. Esta investigación ha identificado 32 nazis alemanes y austríacos que de acuerdo a esta definición se pueden clasificar como «criminales» que llegaron a Argentina. Una definición más amplia que incluyera a todo miembro de las SS o del partido nazi que cruzó el Atlántico, más allá de tener responsabilidad comprobada por la justicia europea, arrojaría cientos de «criminales» nazis.

¿Pero qué hacer con los colaboradores de los países ocupados por el régimen nazi, donde la justicia de posguerra fue menos contundente? ¿Cómo definir, por ejemplo, a un francés condenado pero luego amnistiado por una

Francia que eligió olvidar? ¿El olvido borra el delito? Obviamente no. Pero tampoco podemos listarlo directamente como «criminal» sin esperar incómodas controversias. ¿Y qué hacer con los croatas de la Ustasa cuya extradición fue perseguida sin éxito por la Yugoslavia comunista y que se consideraban a sí mismos patriotas, convenientemente olvidando los espantosos crímenes cometidos? Al negar su extradición, Argentina de alguna manera avaló su «inocencia». Dada esta situación, he obviado calificar automáticamente como «criminales» a los fugitivos de los países ocupados, optando por presentar cápsulas de la información disponible sobre ellos para que el lector aplique su propio compás moral a cada caso.

El listado que se presenta para esta nueva edición 2008 de *La auténtica Odessa* numera entonces 227 casos, entre criminales nazis y fugitivos de los países ocupados, con la salvedad de que este estudio no tiene por objeto principal la «caza de nazis» ni la identificación de fugitivos. Lo que se investiga aquí es la ruta de escape, los actores que asistieron en la huida, las razones y el pensamiento tras esa asistencia. El listado representa por lo tanto el número de identificados como resultado secundario de una investigación sobre los métodos de fuga. Fue, además, una labor sin asistencia formal de gobierno u organización alguna. Todo lo contrario. Los pedidos de apertura de documentos al estado argentino resultaron mayormente infructuosos y las organizaciones no gubernamentales activas en este tema, más allá de su presencia en los medios, dependen más bien de investigaciones independientes como la actual para arrimarles datos que permitan un resultado.

El único intento anterior por contabilizar sistemáticamente la cantidad de fugitivos llegados a Argentina fue emprendido por la CEANA, la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina, del Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos Aires. Esa comisión gubernamental produjo un «Informe Final» en 1999 que, al menos a mi juicio, tapaba más de lo que descubría. Pero su cuantificación de criminales fue un aporte positivo. Un cuidadoso relevamiento de aquel «Informe Final» revela 200 nombres de fugitivos supuestamente llegados a Argentina, aunque la CEANA en aquel momento habló públicamente de haber compilado solamente 180 casos.

Mejorando aquel resultado, se incluyen aquí 80 nuevos nombres que no aparecían en el «Informe Final» de la CEANA, aun cuando se excluyen 52 de los nombres que allí aparecían, al no poder esta investigación confirmar su arribo a Argentina, o cuando confirmado el desembarco, esta investigación no obtuvo otro dato que pareciera justificar la inclusión. En particular quedaron fuera una gran cantidad de franceses y belgas sobre los que la CEANA no aportó otro dato que el nombre. Con suficiente tiempo y recursos, seguramente se podría obtener información sobre ellos también. De haberse añadido, el total aquí llegaría a 280 casos.

Esta cautela extraordinaria está obligada porque todavía el caso de un criminal nazi condenado a prisión perpetua ofrece lugar a controversias

indeseadas. Así resultó en enero de 2004 cuando recibí una comunicación de Garzanti Libri, el editor en Italia de este libro, diciendo «algo increíble ha pasado». Aquello «increíble» resultó ser que el ex capitán SS Erich Priebke, extraditado de Argentina y condenado en Roma en 1998, se había presentado ante una corte en Milán accionando judicialmente contra este libro, molesto particularmente porque se lo califica como «notorio criminal» en el capítulo que lleva su nombre.

Lo que en un primer momento me provocó una sonrisa incrédula, rápidamente pasó a ser gravemente preocupante. Priebke ya había ganado una larga serie de acciones judiciales en Italia, inclusive ante una mujer que osó manifestar a la prensa que su padre había sido torturado por el entonces oficial de la Gestapo. Priebke había triunfado hasta en una acción judicial contra *Famiglia Cristiana*, una publicación de la Iglesia Católica. En mi caso, Priebke solicitaba al juzgado que retirara *Operazione Odessa* de circulación. Para mi gran alivio, el juez en Milán falló rápidamente en su contra, poniendo fin a una escandalosa situación en la que varios jueces habían dado paso a sus pretensiones. «La corte civil de Milán ha rechazado la demanda del capitán de las SS Erich Priebke,» dijo un editorial en el diario *l'Unità* de Roma. «El libro... no podrá ser quemado como en la Alemania nazi de su juventud.»

Fue una victoria de poco aliento, porque al año siguiente Priebke arremetió de vuelta, esta vez exigiendo 50 mil euros y presentando un escrito con cerca de mil carillas. Esto no asustó a los directores de Garzanti, quienes tomaron la moralmente encomiable decisión de no negociar un acuerdo extrajudicial, batallando legalmente dos años más contra un Priebke que contaba con el patrocinio de un importante estudio de abogados. Confiaron en mi documentación, que resultó suficientemente sólida. Finalmente, el 24 de marzo de 2007, día en que se cumplían 63 años de la masacre de las Fosas Ardeatinas en la que Priebke participó, el juzgado volvió a desechar la demanda, sentenciando que aunque el libro es «crítico» hacia Priebke, «la valuación negativa está fundada». El juez no halló falta alguna en el presente trabajo, «con particular referencia a su fuga a la Argentina para escapar de la justicia, lo cual representa el motivo de fondo del volumen». Recalcó además que no era difamatorio calificar a Priebke de «criminal notorio», ya que tal calificativo mal podía considerarse una «ofensa gratuita contra la reputación o la dignidad» sino que es «un severo juicio moral que deriva de la demostrada participación» en crímenes públicamente conocidos. Priebke fue obligado a pagar los costos legales de Garzanti, ocho mil euros, declarando Priebke no poder abonar los mismos por falta de fondos.

No fue la de Priebke la única sensibilidad alterada por este libro en los diversos países donde está editado, e inclusive en algún país donde no se ha traducido. Pero fue en Italia donde las repercusiones se hicieron escuchar más fuerte. Ya antes de la demanda de Priebke, en Génova, el influyente matutino *Il Secolo XIX* había desatado una tormenta sobre mi cabeza con una extensa serie de artículos bajo el título «Nazisti a Genova» basada en las revelaciones aquí contenidas sobre la asistencia brindada por autoridades eclesiásticas genovesas a

los criminales embarcados en ese puerto. El revuelo entre la dirigencia de la Iglesia Católica en Génova fue tal que en agosto de 2003 el entonces Arzobispo Tarcisio Bertone distribuyó 50 mil copias de una «edición especial» del *Settimanale Cattolico* de su diócesis dedicado íntegramente a defender la actuación de su predecesor, el Arzobispo Giuseppe Siri. En un editorial que encabezaba la portada, titulado «Non temiamo la storia», bajo su propia foto, Bertone cuestionó «l'attendibilità delle tesi di Uki Goñi» y anunció la creación de una comisión de historiadores para indagar los hechos. El debate ardía con ferocidad en la prensa genovesa cuando me invitaron allí para presentar la edición italiana de este libro. Pero más allá de una curiosa cena con un añoso miembro de la comisión en octubre de 2003 –a unas pocas cuadras de donde mi abuelo Santos Goñi había actuado como cónsul argentino en Génova hasta 1938– no he tenido hasta la fecha conocimiento del progreso de aquel trabajo.

En tono más positivo, en el mismo año 2003 este libro provocó también un pedido al primer ministro Silvio Berlusconi para que se abrieran los archivos sobre el paso de criminales a través de Italia y se llevara a cabo una investigación oficial sobre el tema. El pedido, hecho en el Parlamento en Roma, venía nada menos que del diputado de Forza Italia Alfredo Biondi, vicepresidente de la Cámara, quien como ministro de justicia anteriormente había conducido el difícil pedido de extradición de Priebke desde Argentina. «Ningún pueblo puede desconocer su propia historia,» dijo Biondi a la prensa. «Especialmente es necesario hacer luz sobre los episodios más oscuros, para que éstos no se repitan».

La clave de tanto revuelo en Italia la tuve al final de una conferencia que me invitaron a dar por aquel tiempo en La Spezia, organizada por el «Comitato provinciale unitario della Resistenza» de esa ciudad. El viaje desde la cercana Génova fue durante un lento atardecer bordeando la costa de Liguria en un silencioso Alfa Romeo sin otra compañía que un silencioso chofer, desandando en el pensamiento los pasos que desde mi lejano Washington natal me habían conducido a Buenos Aires para convertirme en este aprendiz de descifrador de secretos. En el trayecto pasamos sin detenernos entre los pueblos de Recco y Avegno desde donde bisabuelos míos habían partido a Buenos Aires en otro siglo. La primera fila de la colmada sala era bastante entrada en años pero resultaron los más veloces en alzar la mano cuando se abrió la noche a preguntas. «¿Por qué habla usted de criminales alemanes?» demandaron enojosamente. «¿Por qué no habla del italiano que mató a mis padres que sigue viviendo en la esquina de mi casa?» Uno a uno, hombres y mujeres alzaron trémulas voces para nombrar con el corazón a parientes y seres queridos muertos hacía décadas por vecinos que seguían vivos, sin condena, en esa misma ciudad, a pocas cuadras, esa misma noche. Italia no había exorcizado a sus fantasmas. La ausencia de justicia es el lugar más solitario del mundo, sentí en ese momento frente a aquellos desconsolados ciudadanos de La Spezia.

En Holanda el libro ha tenido también inesperadas consecuencias, a pesar de no estar publicado allí, principalmente relativas al deslucido papel de la

aerolínea nacional KLM en el transporte de nazis hacia Argentina. La publicación en el capítulo «La conexión suiza» del contenido de documentos norteamericanos sobre el tema inspiró la filmación de un extenso documental que contó con mi participación para el canal Netwerk, cuya emisión en 2007 obligó a KLM a investigar su propio pasado, aunque previsiblemente sin encontrar nada en sus archivos. Esto no ha desalentado al director Sander Rietveld, quien sigue trabajando el tema en Amsterdam, ni a la BBC, que en 2008 afirmó haber desenterrado a un antiguo empleado de la aerolínea testigo del malestar que causó a un piloto de KLM transportar «monjes negros» a Argentina.

También desde Holanda llegó el documentalista Roelf van Til del canal KRO para trabajar juntos sobre la figura de Willem Sassen, el intrépido criminal holandés que cruzó el Atlántico en velero de Dublín a Buenos Aires en 1948. Colorido personaje si los hubo en esta peculiar gama humana, Sassen pasó parte de la década del 1950 frente a un grabador y una botella de vino, registrando la historia del Holocausto contada por su principal burócrata para un libro que jamás sería publicado. Van Til trabajó incansablemente hasta ubicar en un archivo en Alemania las mismísimas cintas de aquellos alucinantes encuentros, ubicando inclusive a una hija de Sassen, quien reconoció horrorizada su propia voz de niña jugueteando en el fondo tras las voces de Adolf Eichmann y su padre. Saskia Sassen recordó también el dramático momento cuando su madre se enteró de quién había sido ese macabro visitante encerrado con su marido horas enteras en un cuarto de la casa. Meses después de la filmación de aquel documental, entrevistando al nonagenario SS alemán Klaus Fabiny en Villa General Belgrano, le pregunté cómo había llegado a Argentina. «Vine desde Dublín», me replicó misteriosamente. «¿Entonces usted vino en el velero *Adelaar* con Sassen!» exclamé sorprendido, porque Fabiny no figuraba en la lista de pasajeros del *Adelaar* que yo había visto en Migraciones. Fabiny me guiñó un ojo: «Es que vine como maquinista del barco, mi entrada no quedó registrada en ningún lado». Sassen era actor, un dandy, un playboy. Llevó una vida sentimental complicada. Tuvo cuatro mujeres. Otra hija suya fue Miss Holanda en 1963. Viraba con facilidad del círculo hermético de los fugitivos nazis al desprejuiciado ambiente de la bohemia artística rioplatense. Al final de una larga entrevista, cayendo la noche, en la casa de una persona amiga de Sassen que ubiqué con gran esfuerzo, noté fotos del criminal holandés adornando el salón. Una en particular me provocó un instantáneo pavor de reconocimiento. «¿Ése no es Astor Piazzolla con Sassen?» pregunté a la mujer. «Sí, eran muy amigos,» me respondió con la naturalidad de los iniciados.

En Argentina también hubo sensibilidades alteradas por los hechos acá descubiertos, como demuestra la anécdota que encabeza este prólogo. En un país donde casi todo es política o termina devorado por la política, investigar la historia reciente puede ser una labor controvertida. Este libro no pretende ser político. Lo que busca es sacar las mentiras, los engaños, a la luz. De eso se trata este libro. No comparto la opinión de los que asignan a Perón responsabilidad absoluta por la llegada de nazis al país. La presencia de Perón en esta trama, más allá de que su

postura en los hechos haya resultado central, es intercambiable. De haber sido otra persona presidente en los años de posguerra, el escape se habría producido igual. Las condiciones para que Argentina actuara de receptáculo de los nazis en fuga precedieron al acceso de Perón al poder. La responsabilidad es compartida por una sociedad que ya antes demostró consonancias con el fascismo y que aún después de la caída de Perón siguió cobijando a los criminales arribados.

La investigación que condujo a la publicación de este libro comenzó en 1996. Pero fue recién nueve años después –estas cosas llevan tiempo– cuando vi caer en Buenos Aires el particular muro de silencio que íntimamente motivó mi interés en el tema. Los ladrillos de este muro habían sido forjados a partir de un simple papel, la «Circular 11», una orden secreta que la Cancillería argentina había enviado en 1938 a todos sus cónsules, entre ellos a mi abuelo Santos Goñi, para que negaran visas a los perseguidos del nazismo que buscaban emigrar a Argentina. Con el paso del tiempo la orden cayó en desuso aunque sin ser derogada. En los libros de historia no figuraba. El estado negaba su existencia. Pero puertas adentro lo sabíamos. Otras familias de diplomáticos de aquella época lo sabían. Adentro se hablaba. Afuera no. Mi abuelo se suicidó en Buenos Aires en 1954. La culpa provocada por este violento adiós puso un candado adicional a un secreto de estado que se convirtió en un secreto de familia. Sus descendientes quedamos divididos entre protectores celosos y testigos involuntarios de un secreto abominable ahora asociado a la negación de un suicidio que avergonzaba a la familia. Me resultaba una situación asfixiante. Opté por salir del círculo escribiendo este libro. Pero el resultado no fue una inmediata liberación. La revelación pública de la existencia de la «Circular 11» y la responsabilidad de mi abuelo en su aplicación provocó puertas adentro un resultado similar al que inicialmente produjo en el estado argentino, reforzó el silencio.

Fue recién en 2005, tres años posteriores al lanzamiento original de *La auténtica Odessa*, que el muro de la «Circular 11» se derrumbó. Ese mayo, ante la continuada falta de respuesta al reclamo para que se levantara el secreto de estado sobre la orden, escribí una carta abierta al gobierno argentino con motivo del 60 aniversario del fin de la Segunda Guerra, argumentando que era hora que la circular no sólo se diera a luz, sino que fuera también derogada, ya que seguía vigente aunque no se aplicara. Tuve la suerte de que un prestigioso grupo de intelectuales argentinos y varios refugiados judíos del Holocausto que habían logrado entrar al país mintiendo ser católicos acompañaran la carta. Así fue que finalmente el 8 de junio de 2005, en una ceremonia en la Casa Rosada con la presencia del presidente Néstor Kirchner, la existencia de la «Circular 11» fue oficialmente reconocida. «La historia de nuestro país ha estado plagada de convenientes silencios que permitieron la construcción de una ‘historia oficial’ que excluía datos molestos tales como la existencia de esta circular,» dije en la ceremonia. «Así, la historia para los argentinos se convirtió en un territorio en el cual la verdad y la mentira se hicieron intercambiables. Un acto como el de hoy espero logre hacer la diferencia entre ambas más notable.»

La derogación tuvo un efecto catártico entre los judíos que habían tenido que mentir ser católicos para ingresar al país. En la Casa Rosada, tras la ceremonia, Irene Dab se acercó para contarme cómo siendo niña en 1947 los diplomáticos del Consulado argentino en París la separaron de sus padres, repartiendo la familia en distintas oficinas para que rezaran el Padre Nuestro porque sospechaban, correctamente, que eran judíos. Irene pasó la prueba fácilmente. «Hacía años que veníamos pretendiendo ser católicos para sobrevivir en Francia», me explicó. Diana Wang, cuya familia entera figuraba en los registros de Migraciones como católica, se abalanzó sobre el ministro del Interior Aníbal Fernández en la Casa Rosada para pedirle que se permitiera a personas en su situación rectificar aquellos datos. El gobierno aceptó.

Otras personas me contaron cómo se vieron forzadas a cruzar ilegalmente desde países limítrofes. Los padres de Aída Ender, sobrevivientes de la Shoá, no pudiendo conseguir visas para Argentina en Francia en 1948, viajaron al Brasil. Al serles denegado el cruce desde allí por ser judíos, enviaron a Aída sola, escondida, a los 4 años de edad, en tren, a cargo del guarda, hacía Buenos Aires donde la esperaba un familiar. Los padres de Aída cruzaron la frontera ilegalmente meses después.

Sobornar guardas de tren y empleados de frontera para cruzar a Argentina se convirtió en práctica común y necesaria para quienes habían logrado llegar a Sudamérica escapando del nazismo. Mi abuelo lo sabía. Por eso siendo cónsul en Bolivia alertó a Buenos Aires el 15 de septiembre de 1939 lo que estaba ocurriendo. «Son centenares de judíos llegados a este país que tratan de pasar al nuestro, es inútil (que) se nieguen las visaciones [en] La Paz si después consiguen sobornar empleados subalternos [en la] frontera y entran al país», redactó en un telegrama que subsiste en el archivo de la Cancillería en Buenos Aires.

Éste y otros pocos papeles sobrevivientes firmados por mi abuelo fueron encontrados por la investigadora alemana Regula Nigg mientras investigaba similares cuestiones en 2005. La discriminación contra los «inmigrantes forzados» de Europa se refleja también en una carta dirigida por mi abuelo al Ministro de Relaciones Exteriores José María Cantilo, autor de la «Circular 11», el 24 de abril de 1940, explicando las trabas que intentó poner al cruce del alemán Sigfried Israel Levi desde Bolivia. «Los decretos expedidos después del año 1934, para reglamentar la entrada de extranjeros al país, especialmente a fin de impedir que ingresen inmigrantes forzados de países europeos, y las circulares de carácter reservado que el Gobierno Nacional ha remitido, para su fiel cumplimiento, a todos los consulados, imponen la obligación y el deber de secundar esta restrictiva política», escribió. Otros documentos de otros cónsules por aquellos años reflejan el mismo pensamiento. No es fácil relatar lo que aquí relato. Pero es preciso.

La «Circular 11» fue en realidad el último de los tres únicos documentos dados a luz de una lista de 58 cuya apertura fue exigida por el Centro Wiesenthal a fines del 2002. (Los pedidos, derivados de esta investigación, fueron hechos al Ministerio de Relaciones Exteriores, al Ministerio del Interior, al servicio de

inteligencia SIDE y a la Conferencia Episcopal Argentina.) La respuesta inicial fue un silencio absoluto. Corresponsales extranjeros buscando entrevistar a funcionarios argentinos sobre el tema se estrellaban con una barrera infranqueable. La negativa llegó a tal punto que el 14 de mayo de 2003 el representante Maurice Hinchey del estado de Nueva York presentó ante la Cámara Baja del Congreso en Washington una resolución pidiendo a Buenos Aires que abriera los archivos referidos al ingreso de nazis, tras la publicación en el New York Times de una extensa nota sobre este libro, informando cómo Argentina venía ignorando el pedido del Centro Wiesenthal. (Una moción anterior para promover una resolución similar en la Cámara de Diputados de Argentina no había prosperado).

Finalmente, ante tanta presión, algo cedió. El 23 de junio de 2003 el Ministerio del Interior dictó su «Resolución 25/2003» en la que «considerando ... una serie de documentos a los cuales se hace referencia en el libro »*La auténtica Odessa*« ... de Uki Goñi» se ordenó a la Dirección Nacional de Migraciones abrir 49 expedientes de entrada de criminales nazis y colaboradores cuya vista me había sido negada durante la investigación. El resultado igualmente fue magro. Sólo dos de los 49 expedientes requeridos fueron abiertos por Migraciones al mes siguiente. Otros 26 resultaron haber sido incinerados previamente. De estos, 22 habían sido incinerados en 1958, tres en 1967 y uno, referente al criminal SS Josef Schwammberger, figura confusamente como incinerado dos veces, primero en 1958 y de vuelta en 1967, según la documentación aportada por Migraciones. Los 21 expedientes restantes, incluyendo los de los altos criminales SS Adolf Eichmann, Josef Mengele, Klaus Barbie, Hans Fischböck y Erich Müller, no aparecieron. Migraciones dice no poder hallarlos.

La resistencia igual es sinuosa. De los dos expedientes abiertos, uno fue descubierto por casualidad en la oficina de un anciano funcionario que lo había «rescatado» en una época indeterminada con fines inespecíficos. Cuando asistí a Migraciones para finalmente ver estos expedientes que me habían sido tan largamente negados, el funcionario que debía entregarlos estaba preso de una crisis de nervios. Lágrimas corrían literalmente por sus mejillas. «Estoy obligado a dejarle ver estos expedientes porque el ministro me lo ha ordenado», dijo. «Pero yo sé cuanto van a dañar la imagen del General Perón. Logré que se me dejara fotocopiar los expedientes íntegros en ese mismo momento. Por suerte. Porque fue la primera y última vez que logré verlos.

Los archivos que atesora el Hotel de Inmigrantes están siendo lentamente descuartizados, derivados a otras dependencias y organizaciones mientras proyectos inmobiliarios millonarios avanzan sobre el área de Migraciones. Uno de los más importantes archivos del país subsistente en su hábitat originario, en el que se custodiaron durante largas décadas las historias familiares de una población mayormente descendida de los barcos, está siendo removido de su lugar de origen. Allí se conservan, o conservaban, las planillas individuales de cada entrada al país, cada inmigrante prolijamente fotografiado, muchas veces las madres fotografiadas abrazando a sus pequeños hijos, posando para la visa antes de embarcar. Resulta

doloroso cada vez que visito el Hotel de Inmigrantes ver los estantes ir aligerándose de aquella carga genética confiada al papel. Abuelas y bisabuelas nuestras. Echadas a navegar inciertamente otra vez.

El silencio colectivo nace de una suma de silencios individuales. Nace del silencio de cada victimario, de sus camaradas, del silencio vergonzoso de familiares y amistades, del silencio de las víctimas también. Me pasó con algunos antiguos nazis y antiguos funcionarios argentinos, quienes accedieron gustosamente por teléfono recibirme para una entrevista, pero que no pude finalmente ver porque el entorno familiar me cerró la puerta al llegar a la cita. Ocurre lo mismo con importante documentación que se halla en manos privadas, que las familias ocultan o destruyen por miedo. Después está el temor del funcionario público de quebrar con un largo hábito de silencio que le ha resultado provechoso, porque puede ocultar en esa profunda caverna toda clase de miserias burocráticas y personales también. Existen funcionarios cuyo poder y subsistencia se basa justamente en que custodian las cerraduras de molestas verdades, a veces, en su enojosa confusión, pueden llegar a destruir documentación que consideran propia, antes que entregarla.

Después está el temor más difícil, el temor al espejo. Es corriente sentirnos favorecidos bajo una luz tenue y fuera de foco. Ese mismo pudor envuelve ciertas políticas de estado y a los hombres y mujeres que las aplican. A ellos prestan servicio la prensa condescendiente y los archivistas circunspectos.

Cierro estas líneas, coherentemente quizás, en Alemania, donde la traducción de este libro ha generado su propia controversia entre los que creen y descreen que existió una fuga asistida a Argentina. En las giras de conferencias que con grata sorpresa aquí me ha tocado dar, el público ha estado compuesto en gran parte por estudiantes jóvenes muy empapados del tema. También se me han acercado hombres maduros, muy alemanes, hablando perfecto porteño. «Viví en Buenos Aires desde niño hasta los 21 años», me dijo el hijo de un conocido oficial SS tras una charla en la Universidad de Frankfurt. «Con mi padre nunca pude hablar del Holocausto o de nuestro escape a Argentina. Vine para ver si podía aprender algo de usted sobre el tema».

Estoy sentado con esta laptop en un café en Berlín, el café Möbel de Odergerstrasse en Prenzlauerberg, para ser más preciso, un barrio de lo que fue Berlín del Este. Acá a pocas cuadras está la iglesia de Zionskirchplatz. Allí oficiaba el pastor luterano Dietrich Bonhoeffer, arrestado en 1943 y enviado al campo de Flössenburg por conspirar contra Hitler, luego de que los nazis descubrieran que provenía de él un dinero empleado por un grupo de judíos que huía a Suiza. Fue ejecutado el 9 de abril de 1945, tristemente pocos días antes de la liberación de Berlín. Acá también, en la vereda de Oderbergerstrasse 20, la misma calle de este café, un pequeño, casi imperceptible adoquín de bronce anota el nombre de Fanny Getzow, nacida en 1898, deportada a Riga, donde murió el 30 de noviembre de 1941. El adoquín es un «stolperstein», literalmente, «piedra con la que te tropiezas», uno de los miles colocados por el artista Gunter Demnig frente a

edificios donde vivieron víctimas del nazismo. Este libro es algo parecido a aquel adoquín.

La muralla está construida de mentiras. Pero hay una grieta en todas las cosas por donde filtra la luz. Esa luz nos rescata de la derrota invencible a la cual nacemos. En mi caso, la mentira fue que mi abuelo había sufrido una muerte natural. Una muralla gigante mantenida intacta durante décadas por un mandato familiar que no toleraba cuestionamientos. Hasta que un día junté valor y solicité su acta de defunción en el Registro Civil de Buenos Aires. Y apareció la palabra largamente sospechada pero negada: «Suicidio». Así comencé a trabajar en este libro. Todo se sabe. Pero para poder olvidar hay que conocer el detalle, no se puede olvidar lo que no se sabe con certeza. La incertidumbre es la prisión donde nos atrapa la mentira. No es buen lugar. Hay que mirar del otro lado de la pared. Ver es llegar.

UKI GOÑI

Berlín

11 de agosto de 2008

PERSONAJES CLAVE

Barrére, Agustín: Obispo argentino que viajó al Vaticano en 1946. Allí, con el cardenal francés Tisserant, organizó la huida de criminales de guerra de habla francesa a Argentina.

Benzon, Branko: Embajador de Croacia en Berlín durante la guerra. Al final de la contienda fue enviado en misión especial a Madrid por el general SS Ernst Kaltenbrunner. Luego en la Dirección de Migraciones de Perón dirigió una estricta política antisemita prohibiendo la entrada de judíos a Argentina. Simultáneamente estuvo a cargo de la llegada a Argentina de criminales croatas. Circularon rumores que fue amante de Eva Perón.

Caggiano, Antonio: Cardenal argentino que viajó con el obispo Barrére a Roma en 1946. En el Vaticano se reunió con el cardenal Tisserant para organizar la huida de criminales de guerra franceses a Argentina.

Daye, Pierre: Criminal de guerra belga. Con la ayuda de Perón en Buenos Aires, Daye fundó la SARE, organización dedicada a la fuga de criminales de guerra.

Diana, Pablo: Jefe de Migraciones durante el período 1947-1948 en Argentina. En colaboración con los agentes nazis de Perón ayudó a organizar la fuga de criminales nazis, rexistas, de Vichy y ustasi a Argentina.

Dömöter, Edoardo: Sacerdote húngaro. Fue párroco franciscano en Sant' Antonio di Pegli en Génova. En colaboración con el obispo Hudal ayudó a nazis escapar a Argentina. Intercedió ante la Cruz Roja para obtener un pasaporte para el criminal SS Adolf Eichmann.

Draganovic, Krunoslav: Sacerdote y criminal croata. El principal instrumento del Vaticano organizando la huida de nazis y croatas. Actuaba desde la iglesia de San Girolamo en Roma. Además de sus nexos con el Vaticano colaboraba con los servicios de inteligencia estadounidenses.

Durcansky, Ferdinand: Criminal de guerra eslovaco. Fue responsable del asesinato de decenas de miles de judíos. Llegado a Argentina, Durcansky se convirtió en confidente del servicio de inteligencia de Perón. Miembro fundador de la SARE.

Durcansky, Jan: Criminal de guerra eslovaco. Huyó a Argentina con su hermano Ferdinand. Designado a un alto cargo en la Dirección de Migraciones por

Perón. Desde allí ayudó a compatriotas fugitivos a obtener documentos de identidad y la nacionalidad argentina.

Freude, Ludwig: Millonario alemán. Residente en Argentina y vinculado a los servicios secretos nazis. Íntimo amigo de Perón. En 1946 coordinó los aportes de otros empresarios vinculados al nazismo a la campaña presidencial de Perón.

Freude, Rodolfo: Hijo de Ludwig Freude. Fue nombrado jefe de la División Informaciones de Perón en 1946. Desde ese servicio secreto estuvo a cargo de traer nazis ilegalmente en Argentina.

Fuldner, Carlos: Principal organizador de la fuga de nazis a Argentina. Actuaba bajo las órdenes de Perón. Ex capitán de las SS y ex agente del servicio secreto de las SS. Al final de la guerra, Fuldner fue enviado por sus jefes nazis en misión secreta a Madrid. De España se dirigió a su Buenos Aires natal. Fue enviado de vuelta a Europa en diciembre 1947 como agente especial de Perón. Estableció oficinas en Génova y en Berna para la fuga de nazis. Colaboró con Draganovic y diversos funcionarios suizos en la fuga de criminales de guerra a Argentina.

Ghenea, Radu: Colaboracionista rumano. En Madrid, trabajó con Fuldner y Daye. Luego fue a Argentina. Desde Buenos Aires ayudó a otros compatriotas fugitivos a huir de Europa.

Goyeneche, Juan Carlos: Nacionalista católico argentino. Agente especial de Perón. Relacionado con Fuldner, Daye y Ghenea. Durante la guerra, Goyeneche viajó a Berlín donde se entrevistó con Ribbentrop, Himmler, Goebbels y, al parecer, con el propio Hitler. Transmitió a los jefes nazis la secreta lealtad de Argentina al Reich.

Guilbaud, Georges: Criminal de guerra francés. Ocultó valores del primer ministro colaboracionista francés Pierre Laval fuera de Francia. Luego Guilbaud huyó a Argentina. Fue asesor financiero de Perón. También fue un miembro destacado de la SARE.

Heinrich, Ivo: Criminal de guerra croata. Asesor financiero del líder títere nazi de Croacia, Ante Pavelic. Tras la guerra, Heinrich vendió en Argentina parte del oro robado por Pavelic.

Helfrich, Herbert: Científico nazi. Huyó a Argentina. Fue contratado por Perón y enviado de vuelta a Europa para ayudar a sacar sus camaradas nazis de Alemania. Desde la oficina secreta de Perón en Berna ayudó a organizar la fuga de nazis.

Hudal, Alois: Obispo austriaco. Uno de los más importantes instrumentos del Vaticano en la organización de la fuga de nazis. Trabajó estrechamente con Draganovic. Entre otros criminales, organizó la huida del comandante de Treblinka Franz Stangl.

Kops, Reinhard: Espía nazi durante la guerra. En Roma, se convirtió en colaborador del obispo Hudal. También fue empleado de la oficina de Perón en Génova a cargo de la fuga de nazis de Europa.

Lagrou, René: Criminal de guerra belga. Fue fundador de las SS flamencas. Huyó a Argentina. Miembro fundador de la SARE. En Buenos Aires, fue contratado por el servicio secreto de Perón.

Lesca, Charles: Criminal de guerra francés. Nació en Argentina. Conocía a Perón desde la década de 1930. Huyó a Berlín tras la liberación de París. Luego huyó a Madrid. Desde España organizó la primer ruta de huida para agentes del servicio secreto de las SS a Argentina.

Luttor, Ferenc: Prelado húngaro. Durante la guerra estuvo destinado a la embajada húngara en el Vaticano. Luego, Luttor se ocupó de obtener documentación falsa para los fugitivos húngaros escondidos en Roma. Desde allí se dirigió a Argentina. Miembro fundador de la SARE.

Mandic, Dominic: Franciscano croata. Enlace entre Draganovic y el servicio de inteligencia del Vaticano. En Roma, invirtió el oro robado por Pavelic. Financió la huida de miembros de la Ustasa a Argentina con ese tesoro.

Monti de Valsassina, Gino: Oficial de las fuerzas aéreas croatas. Huyó a Argentina después de la guerra. Contratado por Perón, fue enviado de vuelta a Europa a reclutar nazis para Argentina.

Peralta, Santiago: Jefe de Migraciones desde 1945 hasta mediados de 1947. Fanático antisemita. Publicó libros en los que sostenía que los judíos eran una lacra de la sociedad. Participó en la primera red de huida para nazis a Argentina.

Petranovic, Karlo: Sacerdote y criminal de guerra croata. Principal representante de Draganovic en Génova. Desde aquella ciudad portuaria se ocupó de embarcar fugitivos nazis con destino a Argentina.

Pomeranz, Samuel: Funcionario suizo. Fue miembro de la oficina de Perón a cargo de la fuga de nazis en Berna. Organizó la salida de nazis de Alemania. Los introdujo en Suiza y luego los acompañó hasta Argentina.

Reuter, Carlos: Banquero germano-argentino. Trabajó para el servicio secreto de las SS en París. Luego huyó a Madrid. Reuter fue el primer miembro de la organización de Lesca en llegar a Buenos Aires en un viaje de ensayo para viajes de nazis posteriores a Argentina.

Roover, Léonard de: Criminal de guerra belga. Huyó a Argentina. Fue contratado por el servicio secreto de Perón. Luego cayó en desgracia cuando se descubrió que a la vez organizaba la entrada ilegal de judíos en Argentina, cobrando por el servicio.

Rothmund, Heinrich: Jefe de la policía suiza. Cerró las fronteras de Suiza a los judíos durante la guerra. Luego, permitió a los agentes de Perón introducir nazis en Suiza. Estos nazis eran llevados posteriormente a Argentina.

Ruffinengo, Franz: Oficial del ejército italiano. Al final de la guerra trabajó en la oficina de Perón a cargo de la fuga de nazis en Génova. Una vez en Buenos Aires, fundó una agencia de viajes especializada en traer nazis a Argentina.

Schulz, Carlos: Germano-argentino. Viajó a Escandinavia después de la guerra. Desde allí organizó la primera ruta de huida de nazis. Fue arrestado en Suecia. Posteriormente retornó a Buenos Aires. Trabajó en la empresa CAPRI, fundada por Fuldner para darles trabajo a criminales nazis tales como Adolf Eichmann.

Serna, Víctor de la: Periodista español. Miembro de la División Azul. Luchó junto a los nazis en la campaña contra Rusia. Fue reclutado por Perón en 1947 para colaborar en la fuga de nazis.

Sinovic, Marko: Oficial croata. Estuvo asignado durante la guerra al departamento de Prensa. En Buenos Aires, se convirtió en jefe de Cáritas Croata. Obtuvo permisos de desembarco para los nazis que Draganovic ayudaba a fugarse de Europa.

Smolinski, Czeslaw: Polaco. Miembro del equipo de Perón para rescatar nazis. Viajó a Suiza en 1947 para sondear al gobierno suizo sobre el paso de nazis con destino a Argentina por aquel país ex neutral.

Tisserant, Eugène: Cardenal francés en el Vaticano. Recibió al cardenal argentino Caggiano en 1946 para plasmar la huida a Argentina de criminales franceses.

Weiss, Georg: Científico nazi. Participó en la fabricación de cohetes para uso militar. Luego de la guerra fue contratado por Perón para trabajar en su

oficina dedicada a organizar la fuga de nazis en Berna. Introdujo a diversos nazis alemanes en Suiza de con destino hacia Argentina.

PREFACIO

«Han aplaudido la invasión de Noruega y de Grecia, de las repúblicas soviéticas y de Holanda: no sé qué júbilos elaborarán para el día en que a nuestras ciudades y a nuestras costas les sea deparado el incendio. Es infantil impacientarse; la misericordia de Hitler es ecuménica; en breve (si no lo estorban los vendepatrias y los judíos) gozaremos de todos los beneficios de la tortura, de la sodomía, del estupro y de las ejecuciones en masa.»

JORGE LUIS BORGES,
revista *Sur*, Buenos Aires,
diciembre de 1941

DESDE el fin de la Segunda Guerra Mundial, la existencia de una organización clandestina dedicada a facilitar la fuga de criminales de guerra nazis ha sido el tema de innumerables artículos de prensa, documentales, novelas y películas. En algunos de estos trabajos se afirma que varios miembros destacados del III Reich escaparon a la justicia cruzando el Atlántico a bordo de submarinos. Ciertamente, en Argentina, donde vivo, hay muchos testigos presenciales que refirieron como hombres visiblemente nerviosos, con uniforme nazi, desembarcaron de lanchas de goma en la costa de Patagonia al final de la guerra. Grandes cajones atestados de oro nazi y archivos secretos de Hitler fueron desembarcados, al parecer de noche, en playas azotadas por el viento y transportados a través del continente hasta escondrijos seguros en las faldas de los Andes. Según los relatos más fantasiosos, Hitler pasó sus últimos días en el sur de Argentina, donde estaría enterrado; y su lugarteniente, Martín Bormann, se estableció cercano a él como terrateniente, primero en Chile, luego en Bolivia y finalmente en Argentina.

Pero ninguno de estos exóticos relatos ha alimentado la imaginación colectiva tan intensamente como la novela *Odessa*, del autor británico de bestsellers Frederick Forsyth. El libro relata las actividades de un grupo de ex miembros de las SS unidos en una organización secreta llamada Odessa (Organisation der ehemaligen SS-Angehörigen) cuyo objetivo no era sólo rescatar a sus camaradas de la justicia de la posguerra, sino fundar un IV Reich capaz de hacer realidad los sueños que Hitler no logró ver cumplidos. Gracias a una exhaustiva investigación, y a su propia experiencia como corresponsal de la agencia Reuter en los primeros años de la década de 1960, Forsyth escribió una novela que no sólo resultaba verosímil, sino que contenía muchos datos auténticos. Desde su publicación hace treinta años, la existencia de una «auténtica» Odessa ha sido ardientemente defendida por algunos periodistas, y desestimada por muchos académicos.^[1]

Sin embargo, durante la última década, la constante y progresiva desclasificación de documentos secretos en Estados Unidos y Europa ha hecho posible contrastar los fantasiosos relatos sobre la supervivencia de Hitler, y la más

verosímil novela de Forsyth, con la dura piedra de la verdad histórica. La imagen que surge no es necesariamente la de un Führer senil, chocheando beatíficamente en las estribaciones de los Andes atendido por fieles servidores nazis. Ni siquiera incluye alguna organización llamada realmente Odessa, pero no por ello deja de ser una imagen siniestra que apunta a la existencia de una verdadera red organizada para la huida de nazis. Los documentos revelan que la «auténtica» Odessa fue mucho más que una organización cerrada, nutrida exclusivamente por nazis nostálgicos; estaba formada por anillos concéntricos de elementos no nazis: instituciones vaticanas, servicios de inteligencia aliados y organizaciones secretas argentinas. Estas facciones coincidían asimismo en puntos estratégicos con criminales de guerra de habla francesa, fascistas croatas e incluso con miembros de las SS como los de la Odessa ficticia, todos unidos en el objeto de rescatar a los malignos secuaces de Hitler.

Pero en Argentina, el rastro de Odessa se desdibujaba y corría el riesgo de esfumarse por completo. Ese rastro conducía al escritorio presidencial del general Juan Perón y, por lo tanto, podía presumiblemente mancillar la imagen de su adorada esposa Evita, que, incluso hoy en día, sigue siendo venerada con devoción por sus compatriotas. Tras las tardías revelaciones del papel de Suiza como refugio para el oro nazi, no sorprendió que Argentina tratase de desdibujar los hechos. En un alarde propagandístico, en 1992 el gobierno peronista del entonces presidente Carlos Menen anunció la apertura de los «archivos nazis» de Argentina. La prensa internacional acudió a Buenos Aires, ansiosa por descubrir la verdad que se ocultaba tras los viejos rumores del secreto flirteo de Perón con Hitler. Pero no se encontraron tales revelaciones. En lugar de ello, el gobierno presentó una triste colección de raídos expedientes de «inteligencia», que contenían mayormente amarillentos recortes de prensa pero escasa información valiosa. El expediente de Bormann, quien en realidad jamás sobrevivió la caída de Berlín, incluía un artículo en el que se afirmaba que había sido trasladado a Argentina a bordo de un submarino. Significativamente, se hallaba ausente el expediente de Adolf Eichmann, el forjador de la «Solución Final» de Hitler y el más notorio de los criminales de guerra nazis que realmente llegó a Argentina (bajo los auspicios de la Iglesia Católica y de la organización de Perón para el rescate de nazis). Los expedientes provocaron una gran decepción al periodismo, mientras los académicos respiraban aliviados, ya que la falta de pruebas parecía corroborar el creciente consenso entre ellos respecto a la inexistencia de Odessa, como así de su tesis que los nazis organizaron su huida individualmente y que llegaron a Argentina por separado sin ayuda organizada alguna.

La esperanza de desenmascarar esta charada, tan poco convincente para algunos, tan conveniente para otros, agregó a mi impulso cuando en 1996 decidí buscar pistas sobre el pasado «nazi» de Argentina. Intuí, correctamente, que había una abultada cantidad de material que aguardaba ser descubierto. De haber existido una «auténtica» Odessa, estaba decidido a encontrarla.

En Buenos Aires, gran parte de la más importante documentación fue

supuestamente destruida en 1955, durante los últimos días del gobierno de Perón, y de nuevo en 1996, cuando, al parecer, se ordenó la quema de los expedientes confidenciales de Migraciones que registraban el desembarco de los principales criminales nazis. Pero las tentadoras pistas que afloraban en otros archivos argentinos, que milagrosamente sobrevivieron a estas purgas, me encaminaron primero a Bélgica, donde encontré información vital sobre una verdadera organización similar a la tan persistentemente negada Odessa, información que milagrosamente había permanecido fuera del alcance de los exterminadores de documentos argentinos. Desde Suiza recibí centenares de páginas de documentos gubernamentales, en los que se detallaba la cooperación de funcionarios suizos antisemitas en la huida de nazis organizada por Perón. En Londres, la paciente indagación en documentos británicos de posguerra dio finalmente su fruto, al revelar la directa complicidad papal en la protección de los criminales de guerra. Los documentos que pedí a Estados Unidos, acogiéndome al Acta de Libertad de Información, demostraron que el principal organizador de la huida de los nazis en nombre de Perón había sido, en realidad, un agente secreto de las SS, enviado desde Berlín en 1945 en una misión que se preveía que empezaría recién después de finalizada la guerra. Los documentos desclasificados de la CIA explicaban como el oro robado a las víctimas serbias y judías del régimen títere nazi de Croacia fue a parar a Argentina a principios de la década de 1950.

Por increíble que parezca, a veces resultó más fácil acceder a los lejanos archivos de Estados Unidos y Europa que a los argentinos. Mi trabajo en Argentina avanzaba con una lentitud exasperante, entorpecido por la pasividad de los funcionarios gubernamentales, y por la negativa a ser entrevistados de los supervivientes que participaron en la operación de rescate de nazis. Pero una cosa estaba clara: el encubrimiento había sido tan completo que en cada país sólo quedaban fragmentos del rompecabezas. Hizo falta unir y comparar los datos disponibles en Bruselas, Berna, Londres, Maryland y Buenos Aires. Fue una labor titánica que me obligó a conseguir copias de miles de páginas de documentos, catalogar e indexar esta gran masa de información, trabajando a la vez en cuatro idiomas diferentes (francés, alemán, inglés y castellano), para lograr entender el conjunto. E incluso esto resultó insuficiente, porque el ensamble de toda esta información igualmente dejaba enormes lagunas que hubieron de completarse con unas doscientas entrevistas personales. Esto significó seis años de intenso trabajo. Pero finalmente, por primera vez, las piezas dispersas del rompecabezas de la operación de rescate de los nazis terminaron por encajar y permitieron que se vislumbrara el complejo y espantoso panorama.

Yo lo ignoraba al abordar la labor, pero algunas piezas de ese rompecabezas las había tenido casi literalmente frente a mi puerta desde siempre. Sin saberlo, al mirar por la ventana de mi apartamento, durante años había estado viendo pasear por la acera al nieto de Fritz Thyssen, el magnate de la industria alemana que financió el ascenso de Hitler al poder en la década de 1930. Cuatro puertas más abajo, junto a la residencia del embajador suizo, está el chalet en el que vivió el

capitán de las SS Carlos Fuldner, el agente de Himmler que coordinó la principal ruta de huida nazi y que protegió a Eichmann, entre otros. Era como si hubiera estado en Berlín, Munich o Viena. Pero no: estábamos en la tranquila zona de las embajadas de Buenos Aires. La calle sigue ignorado su siniestro pasado. Tampoco yo era consciente de la presencia del notorio vecino cuando, de niño, en la década de 1960, pasaba en bicicleta frente a la casa de Fuldner. ¡Qué gran oportunidad perdida para haberlo entrevistado!

Las lujosas casas y las elegantes y sinuosas calles del barrio de Palermo Chico desmienten la creencia de que los colaboradores de Hitler estuvieron poco menos que condenados a vivir en la miseria durante su largo «exilio» en Argentina. La mayoría podía presumir de vivir en los lugares más selectos en una ciudad que, con razón, se enorgullecía de ser «el París de Sudamérica». Algunos, como Fritz Thyssen, que murió en Buenos Aires en 1951, lamentaron haber ayudado al nazismo. El magnate tuvo un enfrentamiento con el Führer y pasó gran parte del último período de la guerra en campos de concentración alemanes. Otros, como Fuldner, mantuvieron su lealtad a la causa mucho después de la muerte de Hitler.

Desde mi ventana, al otro lado de la avenida, casi puedo ver la atractiva casa de ladrillo rojo donde hasta no hace mucho vivió Thilo Martens. Éste era un millonario alemán que introdujo ilegalmente en Argentina las modernísimas radios que utilizaban los agentes de Hitler para comunicarse con Berlín. Después de la guerra, Martens habría gestionado transferencias de dinero para algunos de los más notorios nazis que huyeron a Buenos Aires con la ayuda de Fuldner. Pero su pasado nazi no impidió que el anciano colaboracionista fuese secuestrado por los generales de la dictadura genocida que gobernó Argentina durante el período 1976-1983, quienes se embolsaron una parte sustancial de su fortuna.^[2]

Unas cuantas manzanas más allá, en un moderno y confortable edificio de apartamentos, vivió otro capitán de las SS, Siegfried Becker, hacia 1943. Hay razones para pensar que fue el más astuto y eficaz agente de Himmler en el hemisferio occidental. Durante la guerra urdió con Perón el derrocamiento del gobierno pro-aliado de la vecina Bolivia. Posteriormente, parece que ayudó a canalizar fondos nazis a Argentina.

Finalmente, un poco más arriba de la casa en la que vivía Becker, residía el hombre que insufló vida a la ruta de huida de los nazis, el mismísimo coronel Perón. El hombre fuerte de Argentina compartía su lecho con una muchacha de 14 años, recordada en la actualidad sólo por el sobrenombre que le impuso el propio Perón: «Piraña». En 1944 entró en escena Evita, que echó de la casa a la adolescente.

Yo no sospechaba nada de todo esto a mediados de 1996, cuando el *Sunday Times* de Londres me llamó para pedirme una nota. Había sido una semana tranquila en el resto del mundo y los editores del periódico precisaban alguna noticia de color para su sección internacional. Yo les ofrecí la habitual temática

argentina: escándalos políticos, nuevos giros en el litigio por las islas Malvinas y ancianos generales de las décadas de 1970 y 1980 desfilando por los tribunales afrontando nuevas acusaciones por antiguas violaciones a los derechos humanos. Pero la británica voz que me llegaba desde el otro lado de la línea no pareció muy interesada en estos temas.

«Bueno... y también está el pasaporte de Bormann en Patagonia» –dije, esperanzado que el editor decidiría que no había nada que valiera la pena desde mi rincón del mundo.

Cuán equivocado estaba. Aquel fin de semana el Sunday Times publicó un extenso artículo titulado «Se reabre el expediente Bormann tras el hallazgo de un pasaporte». En el artículo yo informaba que había aparecido un pasaporte uruguayo en el sur de Chile, expedido a nombre de Ricardo Bauer, uno de los alias supuestamente utilizados por el lugarteniente de Hitler durante su huida a Sudamérica. Resultó ser un incierto comienzo para la investigación que daría como resultado este libro, ya que dos años después una prueba de ADN realizada con un cráneo encontrado en Berlín demostró que Bormann murió huyendo del búnker de Hitler durante los últimos días de la guerra. Sin embargo, tantear el misterio Bormann me dejó clara una cosa: no había disponible ninguna investigación fehacientemente documentada sobre el lado argentino de la ruta de huida de los nazis.[3]

Tenía mis propias razones para comenzar a indagar. Hacía demasiado tiempo que era consciente de un silencio que equivalía a una clamorosa presencia en Argentina, un país que, dolorosa y reiteradamente, ha fallado la prueba de mirarse al espejo. Todo argentino lleva consigo una falsa versión de la historia del país, modelada a su conveniencia. Hay una versión para el peronista intransigente; otra para el católico nacionalista; una para las víctimas de las matanzas del período 1976-1983; otra para aquellos que cerraron los ojos ante aquel horror.

Mientras escribo esto, a mediados del año 2002, el país atraviesa otra más de sus cíclicas crisis, en esta ocasión representada por un colapso económico de proporciones sin precedentes. La actual tormenta ha sumido por debajo del nivel de la pobreza a más de la mitad de la población de un país que hasta hace poco era de una clase media bastante acomodada. También en esta crisis ha influido el silencio. El colapso ha sido provocado por la fuga del país de decenas de miles de millones de dólares fraudulentamente adquiridos por una infinitamente corrupta clase política, secundada por serviciales financieros, sin que casi nadie haya sido condenado por un igualmente corrupto poder judicial. Pero de todos estos silencios no hay ninguno tan ensordecedor como el que rodea a Perón, a la Iglesia Católica y a los nazis a los que ayudaron a huir de la justicia. Si este sector del muro pudiera agrietarse, pensé, entonces los argentinos se sentirían más animados a escarbar otras partes del edificio.

Cuando nací, en 1953, en Washington, donde mi padre estaba destinado como diplomático argentino, la esposa del vicepresidente de Perón comentó que, puesto que yo había venido al mundo el 17 de octubre –aniversario del

alzamiento popular de 1945 que catapultó a Perón a la presidencia— debían bautizarme Juan Domingo, en honor al Líder. Me libré de tal condena, a pesar de que cualquier sugerencia procedente del palacio presidencial de Perón, la Casa Rosada, pesaba lo suyo por aquella época. La conciencia de esta pequeña interferencia al principio del camino me dejó en alerta permanente durante los extraños años que siguieron.[4]

En 1955, Perón fue depuesto por un grupo de generales derechistas, fanáticamente católicos, que asignaron carteras ministeriales a ex colaboradores del servicio de espionaje de Himmler. A estos generales, a su vez, les sucedieron una serie de represivos regímenes militares que, salvo breves interregnos, sujetaron firmemente con su bota la garganta de Argentina hasta el triunfal regreso de Perón en 1973. En nada mejores que el propio Perón, estos regímenes prohibieron incluso la publicación de los nombres de Perón y Evita en la prensa. Y, sorprendentemente, los periodistas argentinos obedecieron la orden.

Creciendo en Estados Unidos, lejos del centro de los acontecimientos que conforman este relato, pasé parte de mi infancia en una vieja casona, llamada Downcrest, que mis padres alquilaron al final de una boscosa calle llamada Crest Lane, en McLean, Virginia. La casa, construida a semejanza de un castillo con falsas almenas, aún se yergue sobre el río Potomac hoy día. A finales de la década de 1950, un asiduo visitante era el senador progresista Eugene McCarthy, quien, al igual que su esposa y sus hijos, había intimado con nuestra familia. Los McCarthy y mis padres, pese a proceder de extremos tan opuestos del continente, coincidían en algunos aspectos de su vida privada: ambos habían contraído matrimonio en 1945 y ambos tenían cuatro hijos. Y aunque yo era pequeño, recuerdo que escuchaba a hurtadillas las largas conversaciones que mi padre —el diplomático sudamericano— y McCarthy —el congresista demócrata— tenían en el porche de Downcrest frente al Potomac. A veces creo que alguna sabiduría se deslizó hacia mí de aquellos intercambios. Posteriormente, la vida de nuestras dos familias tomó caminos distintos, cuando a mi padre lo destinaron a sucesivas misiones diplomáticas y McCarthy se embarcó en su fracasada pero heroica apuesta por alcanzar la presidencia de Estados Unidos en 1968, dirigiendo una campaña contra la guerra de Vietnam que planteaba profundos interrogantes militares, políticos y morales acerca del papel de Estados Unidos en el mundo.[5]

En aquel mismo 1968, tan plagado de acontecimientos, después de haber pasado unos pocos años en Argentina y en México, me hallé trasplantado a Dublín, donde mi padre fue nombrado al frente de la embajada argentina. El año anterior habían asesinado al Ché Guevara en Bolivia. Cada mañana, al abandonar la residencia de la embajada en la comodidad del automóvil diplomático con chófer para asistir a clase en el St. Conleth's College, mi vista se topaba con una gran pintada sobre nuestra acera: «Guevara vive», en letras blancas trazadas durante la noche por revolucionarios irlandeses simpatizantes del Ché. De manera no menos inexorable, cada día el personal de la embajada borraba las ofensivas letras. Pasando sobre la reiterada leyenda, me hundía cada vez más en el rojo cuero de las

butacas del viejo Jaguar.

Borrar la evidencia constituía un método del que ya entonces desconfiaba seriamente. Durante la investigación para este libro, algunos diplomáticos argentinos arguyeron confidencialmente que la manera más segura de desprender al país de su estigma nazi sería «demostrando», de una vez por todas, que no hubo colaboracionismo por parte de Perón durante la guerra ni ayuda organizada después para los fugitivos nazis. No estoy de acuerdo. No hay deshonra en reconocer antiguas conexiones con los nazis. La única deshonra sería ser descubiertos manipulando la evidencia. No es preciso borrar la pintada.

El período de 1972 a 1975 lo pasé entre Irlanda y Argentina, sin lograr decidir dónde quería quedarme realmente. Mientras realizaba la lenta transición hacia Argentina, donde al final me establecí, pasé largo tiempo caminando las calles de Buenos Aires, tratando de adaptarme a una sociedad que apenas conocía. Mi llegada coincidió con el regreso de Perón, tras sus dieciocho años de exilio en España. El país se hallaba inmerso en una espiral de irreflexiva violencia, impulsada por la confrontación armada entre jóvenes peronistas terroristas que querían subirse al carro del retorno de Perón y los derechistas escuadrones de la muerte que éste utilizaba para sacudirse a los jóvenes molestos de su anciana espalda.

Durante aquellos largos paseos me tropecé con un perturbador signo de los tiempos al que quizás debería haber prestado mayor atención. En la amplia avenida del Nueve de Julio, que divide Buenos Aires en dos —«la avenida más ancha del mundo», según dicen algunos argentinos—, se alza un alto obelisco blanco que constituye el monumento más llamativo de la ciudad. En 1974, este monumento perdió su virginidad de la más extraña de las maneras. Se suspendió en torno al obelisco una gigantesca valla publicitaria giratoria, que circundaba amorosamente al gigantesco falo blanco. El anillo giraba y giraba, mostrando un mensaje orwelliano inscrito en llamativas letras azules sobre fondo blanco: «El silencio es salud».

Quedé estupefacto. Con cada giro, el anillo reafirmaba su doctrina, instruyendo a los argentinos en el silencio total que practicarían en los años venideros. En cualquier otro sitio la gente se habría mofado ostensiblemente, pero en Argentina nadie se reía en absoluto. Mis intentos de comentar el anillo con amigos tropezaban invariablemente con miradas en blanco. No tardé en descubrir que el dogma del anillo entrañaba su propio cumplimiento. Se había trazado una línea. Hoy, más de veinticinco años después, sigo recibiendo miradas vacías cuando lo saco a colación.^[6]

Tras la muerte de Perón y después del derrocamiento de su esposa y vicepresidenta Isabelita, en 1976, una nueva dictadura militar estableció campos de exterminio de estilo nazi por toda Argentina. Los generales estaban resueltos a defender lo que consideraban el estilo de vida «cristiano y occidental» de la nación. Sus instrumentos preferidos eran la tortura con picana eléctrica y el asesinato en masa. En lugar de enviar a sus víctimas en cámaras de gas, los generales les abrían

el estómago y las arrojaban vivas desde aviones militares a las gélidas aguas del Atlántico sur. De ese modo se hundían más rápido.

Bajo el régimen militar, el silencio se hizo asfixiante y presente en todo momento y en todo lugar. Sólo el Buenos Aires Herald, un pequeño periódico editado en inglés para una comunidad británica mayormente conservadora, se atrevía a dar noticias de la carnicería. Yo frecuentaba sus oficinas, en el puerto de Buenos Aires, primero como periodista junior y luego como editor de noticias nacionales.

Diariamente acudían las madres de las víctimas a explicar sus tragedias. Hombres con uniformes de color verde habían irrumpido en sus hogares en plena noche y habían arrancado a sus hijos del lecho, llevándoselos a un destino desconocido. Ya no se les volvía a ver. Los secuestradores volvían a veces al día siguiente, pero solamente para llevarse televisores y heladeras; a veces incluso arrancaban las puertas y las cargaban también en sus camiones.

Pregunté a las madres por qué no llevaban su historia a los grandes diarios de habla hispana en Buenos Aires. ¿Para qué molestarse en acudir a un diminuto periódico publicado en una lengua extranjera?

—¡No sea ingenuo! —me respondieron casi riendo—. Ya fuimos, y ni siquiera nos dejaron pasar de la puerta.

Del mismo modo que los periodistas argentinos habían borrado el nombre de Perón de su vocabulario, ahora borraban parte de una generación.^[7]

Mis intentos de repetir fuera del Herald lo que había escuchado a las madres chocaron contra una nueva pared, similar a la que había imposibilitado mis anteriores intentos de hablar del anillo colocado en torno al obelisco. Incluso los amigos, miembros de mi generación que con sus guitarras cantaban la canción *Blowin' in the Wind* en las fiestas a las que acudía, me respondían con la mirada vacía.

Si me olvidaba de las «desapariciones», la vida difícilmente podría haber resultado más espléndida. Los militares obtenían enormes créditos internacionales, desarrollaban las exportaciones, y para el estrato superior de la población la economía iba en auge. Llegó finalmente la televisión en color; las calles se llenaron repentinamente de flamantes BMW; los vuelos a Europa y a Miami iban abarrotados de argentinos con los bolsillos rebosantes de dólares. Rod Stewart visitó Buenos Aires para asistir al Mundial de 1978. Después de los partidos, se rumoreaba que se unía a las personas que bailaban en el sótano de Experiment, una discoteca de moda donde empecé a pasar una gran parte del tiempo que no dedicaba al Herald, en medio de una bruma de gin tonics, mientras las matanzas alcanzaban su cota más sangrienta.

Pero el infierno logró colarse incluso a través del ensordecedor martilleo de la música disco que emitían los altavoces de Experiment. La que entonces era mi novia me confesó en un susurro que su tía había sido raptada por la dictadura. Me lo contaba porque confiaba que yo guardaría el secreto, ya que su familia le había advertido que no se lo dijera a nadie. Le supliqué que les recalcará que la única

esperanza de salvar la vida de su tía estribaba en acudir de inmediato a la prensa internacional, antes de que los militares finalizaran su sucia tarea. La familia, sin embargo, mantuvo su política de silencio hasta que ya fue demasiado tarde. Multipliquen eso por decenas de miles.

Sin embargo, mi recuerdo más aterrador de aquellos años no es el de los generales de mediana edad que ordenaban los asesinatos, sino el del profundo abismo que separaba aun a los miembros más cultos de mi generación del resto de la humanidad. En el período 1976-1983 algunos generales se obsesionaron con la «cuestión judía», especialmente el poderoso jefe de la policía de Buenos Aires, el general Ramón Camps, que pretendía organizar un juicio contra los judíos más prominentes del país con el objetivo de demostrar la existencia de lo que él imaginaba que era una conspiración sionista contra la Argentina «occidental y cristiana». Para ello secuestró a Jacobo Timerman, director y propietario del influyente diario La Opinión. Tras confiscar el diario y torturarlo durante meses, las «palomas» del ejército finalmente cedieron a la presión internacional, despojaron a Timerman de la ciudadanía argentina y lo expulsaron del país.[8]

Enfurecido al verse privado de su presa, Camps dio una rueda de prensa en el exclusivo hotel Alvear durante la cual reprodujo las cintas del interrogatorio de Timerman. El propósito de aquella maniobra consistía en probar que Timerman era un «sionista» que pretendía la destrucción de Argentina.

– ¿Admite que es judío? – se podía oír gruñir a Camps en la primera cinta.

– Bueno... sí – respondía Timerman con un atemorizado murmullo.

– ¡Entonces es sionista! – gritaba Camps.

– Bueno... no lo sé, tal vez – decía Timerman.

Camps ordenó parar la cinta y sonrió triunfalmente a los periodistas allí convocados:

– Ya lo ven: ¡admite que es sionista!

El desvarío del general en el lujoso hotel ante aquel grupo de corresponsales extranjeros no resultaba ni la mitad de aterrador que la compostura de su asistente civil, un joven finamente educado que era el «mejor amigo» en Argentina del escritor británico Bruce Chatwin; una persona a la que Chatwin consideraba poseído de «una cultura y una sensibilidad que en Europa se han extinguido». El asistente resultaba ser también íntimo amigo mío: cuando viajé a Londres en 1980, fue él quien me dio la dirección de Chatwin.[9]

Este joven escritor había tenido dificultades para llegar a fin de mes, y su padre le había conseguido trabajo como asistente de Camps. La escena era surrealista: un intelectual inteligente en todos los demás aspectos (juntos, solíamos estudiar detenidamente ediciones académicas de la poesía de T.S. Eliot), apretando el botón de reproducción del interrogatorio forzoso del principal periodista judío argentino por parte de un general salvajemente antisemita.

Esperé el final de la rueda de prensa y le hice una señal con la cabeza a mi amigo, invitándole a tomar una taza de café en el hotel. Estaba sonriente, emocionado por el gran número de periodistas que se habían presentado, y

completamente inconsciente del oscuro significado del papel que acababa de representar.

– Tienes que dejar este trabajo –le dije sin rodeos.

– ¿Qué?... ¿Por qué?

– Mira, un día habrá aquí un proceso de Nuremberg, y tu nombre va a quedar asociado al de ese general demente.

– ¡No! Es amigo de mi padre. ¿Eso piensas? Yo no –me dijo, mientras removía el café con una cucharilla de plata.

Fue imposible insistir en el tema. Nuestra amistad se desvaneció años después, cuando intenté sacar a colación el recuerdo de aquella estafalaria rueda de prensa y me tropecé con el mismo muro de silencio intacto después de todos aquellos años.

Los argentinos siguen careciendo de una clara comprensión de la generalizada ceguera moral que permitió a la dictadura de 1976-1983 llevar a cabo sus espantosas operaciones de exterminio. Casi en la misma medida, el país sigue sin entender cómo en 2002 la sociedad más igualitaria de Latinoamérica se ha sumido de pronto en un caos de proporciones apocalípticas, destrozada por la corrupción generalizada y con el espectro de la hambruna amenazando a una tierra conocida históricamente como el «granero» del mundo. Puede que hayan de transcurrir muchos años antes de que tal comprensión resulte posible. Entretanto, las claves sobre el origen de ese pasado horror del exterminio en masa, y de la actual corrupción galopante, puedan encontrarse en el (aún negado) cierre de las fronteras argentinas para los judíos al principio del Holocausto y en la cálida acogida que se dispensó a los nazis poco después.

UKI GOÑI

Buenos Aires

2 de julio de 2002

1 - JUEGOS DE GUERRA



Juan Carlos Goyeneche (AGN)

«SÉ QUE en muchos países no pueden o no quieren entender el problema judío, pero nosotros lo entendemos bastante bien.» Con estas palabras el ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop le explicaba el oscuro núcleo de la doctrina nazi a un enviado secreto de Argentina. Hacia la mitad de la Segunda Guerra Mundial, y poco antes del golpe militar del 4 de junio de 1943 que otorgó el poder a una dictadura de jóvenes coroneles leales al Eje en Buenos Aires, un agente nacionalista argentino estableció contacto personal con los líderes del III Reich. Prometió el apoyo de su país a Hitler y pidió ayuda financiera para la «resistencia» contra Estados Unidos. Al final resultó que los aliados estaban a punto de cambiar el curso de la guerra venciendo a la hasta entonces imbatible máquina de guerra nazi. Con ello perecería el sueño de los coroneles argentinos de forjar una alianza encubierta con un Reich triunfante. Pero tras la derrota alemana el vínculo cimentado durante aquellas reuniones en Berlín permitiría la fuga masiva más célebre de la historia moderna.[10]

Una compleja cosmovisión política y religiosa permitía a los líderes argentinos fascinarse con el sangriento régimen nazi. Desde 1930 el país había sido gobernado por una sucesión de dictadores militares y presidentes civiles elegidos de manera fraudulenta, bajo los cuales una sociedad que antaño había sido avanzada y bastante liberal había adoptado un rumbo más destructivo. Estos regímenes corruptos trataban de legitimarse resucitando una supuesta antigua alianza hispánica de «la Cruz y la Espada». Se subrayaban los vínculos de raza, fe y lengua con España y con la dictadura del general Franco. Algunos de aquellos fanáticos incluso querían anular la guerra de independencia argentina e importar a un regente español para que gobernara un reconstruido Virreinato del Río de la Plata. Los mandos militares nacionalistas más poderosos del país y los dignatarios de la Iglesia soñaban con transformar Argentina de una república secular en una «nación católica» hispánica que pudiera actuar como contrapeso de su «materialista» pariente del norte, los Estados Unidos «anglosajones».[11]

En la década de 1940 la política exterior del país venía determinada por este grupo de «medievalistas» vinculados al Vaticano. Éstos estaban convencidos de

que Argentina, un país situado en el extremo más meridional de Sudamérica, formaba con España y el Vaticano un «triángulo de paz» transatlántico en el que se podían preservar los «valores espirituales de la civilización» hasta que terminara la guerra en Europa. Los «valores» que había que conservar tenían poco que ver con la democracia; lejos de ello, aquellos políticos anhelaban la restauración de un mundo en el que las detestables consecuencias de la Revolución Francesa se pudieran borrar de las páginas de la historia.[12]

Cuando se inició la Segunda Guerra Mundial, Argentina se hallaba dividida en dos bandos: uno proaliado y otro pronazi. Pero mientras que los ciudadanos de talante democrático se veían limitados a cantar *La marsellesa* en los cines durante la proyección de los noticiarios sobre la guerra, los simpatizantes de Alemania en el movimiento nacionalista ostentaban el poder del país, con el apoyo entusiasta de la Iglesia Católica. Un débil presidente civil, Ramón Castillo, mantenía una apariencia de estricta neutralidad, mientras sus principales asesores civiles y militares eludían los canales diplomáticos normales y buscaban el contacto directo con Berlín.

El enviado que viajó a Alemania para mantener reuniones privadas con Ribbentrop, con Heinrich Himmler y, según parece, con el propio Adolf Hitler, fue Juan Carlos Goyeneche, un nacionalista católico muy bien relacionado. Su abuelo había sido presidente del vecino Uruguay y su padre había sido alcalde de Buenos Aires en los años inmediatamente anteriores a la guerra. El propio Goyeneche mantenía estrechas relaciones con el ministro de Relaciones Exteriores argentino y actuaba como agente de confianza de un coronel del ejército cuya presencia pronto dominaría la escena política: Juan Domingo Perón. Goyeneche colaboraba estrechamente con la División de Inteligencia Exterior de las SS, la Ausland-SD (que aquí abreviaremos SD). Esta red nazi de espionaje político tenía agentes en todo el mundo, pero en el caso de Argentina pretendía, en palabras de un diplomático de alto rango alemán, «trasplantar la ideología nazi a tierras sudamericanas con el fin de lesionar de ese modo los esfuerzos bélicos aliados». Para lograrlo, el SD había establecido en Argentina su cuartel general en el continente americano. Una larga lista de agentes se hallaban conectados con Berlín a través de una serie de transmisores secretos conocidos como la «Red Bolívar», que cubría toda la extensión del país.[13]

ARGENTINA MEDIADORA

GOYENECHÉ partió hacia Europa en abril de 1942 provisto de un pasaporte diplomático argentino. Oficialmente viajaba en respuesta a la invitación de visitar España a instancias del Consejo Hispánico del general Franco, una institución cultural gubernamental. Pero en realidad se trasladaba en misión secreta por encargo del ministro de Relaciones Exteriores argentino, Enrique Ruiz Guiñazú, y de su asesor de confianza, Mario Amadeo. Hasta hacía poco ambos diplomáticos habían estado destinados a la embajada argentina en el Vaticano,

donde Ruiz Guiñazú ostentaba el cargo de embajador. Allí habían establecido estrechos vínculos con monseñor Giovanni Montini, el futuro papa Pablo VI, así como con el entonces papa, Pío XII. Estando en Roma habían conocido a Perón, que a la sazón recibía entrenamiento militar en el ejército fascista de Benito Mussolini y que también había sido recibido por el Papa. Estos contactos vaticanos resultarían vitales para la misión secreta de Goyeneche, cuyo origen se hallaba, en parte, en la fantasía del ministro de Relaciones Exteriores acerca de un «triángulo de paz» cuyo extremo meridional ocuparía Argentina. Goyeneche albergaba delirios similares, confiando incluso en que su país pudiera desempeñar un papel mediador, si bien, como escribió en una carta a Ruiz Guiñazú el 25 de enero de 1942, temía que la presión norteamericana pudiera poner en peligro «la posibilidad de que mañana la paz del mundo pudiera firmarse en Buenos Aires».[14]

Guiñazú estaba tan convencido de que Argentina podría ayudar a lograr un acuerdo que a finales de 1941 le había planteado la idea al embajador nazi en Buenos Aires, el barón Edmund von Thermann. «Toda Europa está lista para un Nuevo Orden bajo el liderazgo alemán», le había dicho. La posibilidad de una intervención papal avalaba la iniciativa. Aunque Thermann consideraba que lo que pretendía Ruiz Guiñazú era conseguir el premio Nobel de la paz, le transmitió la propuesta a Ribbentrop. «Francia había caído, y el momento parecía no inapropiado», declaró Thermann a los norteamericanos que le interrogaron después de la guerra. En cualquier caso, «Ribbentrop declinó la oferta terminantemente».[15]

Pero la fantasía seguía viva gracias a los enviados del Vaticano, simpatizantes del Eje, fascistas italianos, emisarios portugueses y falangistas españoles que repetidamente abordaban a los representantes de Argentina en Europa con propuestas similares. Podemos hacernos una idea clara del papel que Argentina concebía para sí misma a partir de los registros incompletos de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores del país. En julio de 1941, el nuncio papal en Suiza, que estaba «en constante contacto con los dirigentes del fascismo», había informado al representante de Argentina en Berna de que, tras la esperada victoria militar de Hitler sobre Rusia, el Führer iniciaría un proceso de paz a través de países neutrales y de que se requeriría de «la buena voluntad de la Argentina en el momento oportuno».

En torno a la misma época, el embajador de Argentina en Vichy recibió la visita de sendos emisarios de Portugal y España que le pidieron el respaldo argentino a una oferta de paz alemana apoyada por el Vaticano. Poco después, el embajador argentino en Madrid aludía a rumores similares que circulaban en las altas esferas del gobierno de Franco. En diciembre de 1941, el ministro de Asuntos Exteriores español, Ramón Serrano Súñer, y el dictador portugués António de Oliveira Salazar, propusieron al representante de Argentina en Lisboa un plan para formar un bloque de naciones iberoamericano que pudiera servir como base para una «reconstrucción mundial».

En marzo de 1942, un «alto personaje italiano de paso por Berlín» sugirió

que Argentina y Chile, como países neutrales, podrían hacer de mediadores. Se conserva una nota extremadamente reveladora de la embajada de Turquía en Buenos Aires, de noviembre de 1942, sólo unos días antes de la reunión de Goyeneche con Ribbentrop, en la que se agradece la oferta argentina de unirse al intento de mediación. Y en marzo de 1943, el embajador rumano en Madrid acudió a la embajada argentina con la noticia de que Hitler pretendía establecer un acuerdo de paz separado con Gran Bretaña, lo que dio lugar a que los periódicos publicaran que «un representante de un país del Eje habría iniciado gestiones cerca del gobierno argentino para discutir las posibilidades de una paz».[16]

ENTREVISTA CON EL PAPA

CUANDO Goyeneche llegó a Madrid, en 1942, como «agregado cultural» de la embajada argentina, fue calurosamente recibido por los diplomáticos argentinos allí destinados. Estos estaban implicados en furtivos juegos con los nazis. Tanto el embajador, Adrián Escobar, como su cónsul, Aquilino López, colaboraban con el servicio secreto de Himmler, y el cónsul estaba cruzando la frontera hacia Francia para informar a los alemanes de sus conversaciones con funcionarios españoles y diplomáticos aliados. Paralelamente, el embajador Escobar, un importante político conservador que se confesaba, en palabras de un oficial de alto rango de las SS, «gran amigo del fascismo en general y del Reich en particular», viajaba a Biarritz y a París para recabar la financiación de las SS a su probable candidatura en las futuras elecciones presidenciales argentinas.[17]

Juan Domingo Perón era muy conocido en la embajada: en 1941 había pasado por Madrid a su regreso de Roma, y gozaba desde hacía tiempo de la amistad personal de al menos dos de los diplomáticos allí destinados. La embajada servía también de lugar de paso para las armas que Argentina compraba a los nazis. Para ello, contaba con el apoyo secreto del régimen de Franco, que daba cobertura al transporte terrestre de armas de fuego y municiones alemanas a través de la Francia ocupada hasta los puertos españoles, y a su envío desde allí en barcos españoles a Argentina.[18]

En mayo de 1942, Goyeneche se metió en un coche junto con Escobar y López, y se dirigió a Francia con el objetivo de entrevistarse con el entonces primer ministro del gobierno de Vichy, Pierre Laval. En el París ocupado, Goyeneche se reunió también con el jefe local de las SS (y posteriormente criminal de guerra convicto) Herbert Knochen, que estaba a cargo de la persecución de los judíos, los combatientes de la resistencia y demás «enemigos del estado». Les acompañaba un cuarto argentino, el ex embajador en Berlín y entonces embajador en Vichy, Ricardo Olivera, un diplomático firmemente convencido de la victoria final de Alemania en la guerra. Los argentinos le dijeron a Knochen que estaban «a favor de Alemania». Éste empezó a preparar un viaje secreto a Berlín para Escobar, pero las ambiciones políticas del embajador se vieron frustradas cuando fue trasladado a la embajada argentina en Brasil. Finalmente sería Goyeneche quien aceptaría la

invitación. Pero antes de eso, él y Escobar celebraron una importante reunión en Roma; una reunión que atrajo especialmente el interés del jefe del SD en Berlín, Walter Schellenberg.[19]

A finales de julio de 1942, Escobar obtuvo la autorización de Buenos Aires para viajar a Francia durante dos días, presumiblemente con el fin de recibir instrucciones del servicio secreto de las SS, y para, más tarde, pasar tres días en Roma. El ministro de Relaciones Exteriores, Ruiz Guiñazú, envió un discreto telegrama señalando que, dada la «posición» de Argentina en las Américas, la audiencia que el papa Pío XII iba a conceder a Escobar y Goyeneche habría de calificarse de «estrictamente privada».[20]

El 12 de agosto de 1942, Goyeneche y Escobar se embarcaron en un vuelo hacia Italia. ¿De qué trataron los dos argentinos colaboradores de las SS con un papa al que más tarde se cuestionaría por su actitud ambivalente frente al nazismo? Parece ser que el tema de la entrevista fue el acariciado papel de Argentina como mediadora. «Escobar tenía buenas conexiones en el Vaticano, y yo me proponía, por sobre todo, hacer buen uso de él en este sentido para tantear las posibilidades de lograr una paz negociada —declararía Schellenberg a los norteamericanos que le interrogarían después de la guerra—. Era un hombre muy fuertemente orientado hacia Europa que sentía alta estima por Alemania. Me gustaría contrastarlo con la facción militar en la Argentina, políticamente no era tan unilateral. Creía que bajo la influencia del Vaticano, Latinoamérica en conjunción con España y Portugal debía crear una nueva esfera de influencia política. Era su objetivo unir a todos los católicos romanos. Era la hispanidad.»[21]

A pesar de la discreción de los participantes, las conversaciones finalmente se filtraron a la prensa. Ésta afirmó que Escobar había mantenido una larga reunión con el Papa, quien había mostrado un «gran interés por la eventual intervención argentina». Diversas fuentes de Buenos Aires se complacieron en declarar que «la influencia de la Argentina como potencia para la paz ha sido reconocida por otros gobiernos».[22]

Tras la visita de Escobar, Buenos Aires ordenó a su embajador en el Vaticano que reafirmara la disposición de Argentina de mediar «para la terminación de la guerra». Las conversaciones fueron extensas, e incluyeron al secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Luigi Maglione. Se acordó que, una vez establecida la paz, Argentina podría «aplicar las leyes de inmigración con espíritu más amplio a fin de fomentar oportunamente la emigración católica europea que encuentre en nuestro país tierras y capitales necesarios». Finalmente, el 10 de octubre el embajador de Argentina fue recibido por el Papa, que acogió favorablemente el punto de vista argentino de que resultaba «conveniente que la Santa Sede interviniera en las gestiones de paz». Pío XII prometió que, «llegada la oportunidad», pediría «la colaboración de la República Argentina».[23]

Por muy reconfortantes que parecieran las palabras del Papa, la fantástica idea de Argentina de que podría propiciar una paz que incluyera la perpetuación del régimen nazi en Alemania provocaba hilaridad incluso en la propia

Sudamérica. La prensa internacional, incluyendo la de Brasil, recelaba del «triángulo de paz» propuesto por Buenos Aires, considerándolo favorable a Hitler. No resulta difícil imaginar la mofa que debió de suscitar la idea en los pasillos de los gobiernos de Washington y Londres. Allí se conocían muy bien los contactos de Goyeneche, mientras que a Ruiz Guiñazú se le consideraba simpatizante del Eje; y de todas formas los aliados no se conformaban con otra cosa que no fuera la rendición incondicional de Hitler.[24]

RIBBENTROP

TRAS su visita al Vaticano, Goyeneche viajó a Berlín a finales de octubre de 1942. Se hospedó en el hotel Adlon, donde los nazis alojaban gratuitamente a los visitantes «especiales» y donde hacia el final de la guerra los agentes de Schellenberg harían un gran negocio con joyas y divisas. Partió de inmediato para visitar la División Azul de Franco en el frente ruso, acompañado de su antiguo amigo Gottfried Sandstede, ex agregado de prensa de la embajada alemana en Buenos Aires. Sandstede era un agente de Schellenberg que se había visto obligado a abandonar Argentina cuando sus actividades de espionaje se hicieron demasiado evidentes. Tras su regreso a Berlín, Goyeneche fue recibido por Otto Reinebeck, jefe de la oficina latinoamericana del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.[25]

«Me vino a ver y me pidió una entrevista con Ribbentrop y Adolf Hitler – explicaría Reinebeck en un interrogatorio después de la guerra –. Declaró que ya había mantenido entrevistas parecidas con el general Franco en España y con Benito Mussolini en Italia, y que ambos jefes de estado le habían asegurado un amplio apoyo para sus propuestas de formar a la juventud argentina de acuerdo con los principios fascistas y nacionalsocialistas.»[26]

El 30 de noviembre de 1942, unos días después del inicio de la contraofensiva soviética en Stalingrado, Goyeneche fue admitido en la propiedad que Ribbentrop tenía en Westfalia para celebrar una entrevista que duró «varias horas». Sandstede actuó como intérprete. Goyeneche buscaba el apoyo nazi para un candidato nacionalista en las futuras elecciones presidenciales argentinas de 1943, o, si eso no era posible, el apoyo a un golpe de estado que mantuviera al «neutral» presidente Castillo en el cargo. «La juventud, el Ejército y la Marina están dando una batalla a muerte contra los Estados Unidos, que amenaza la existencia de la nación», Goyeneche le dijo a Ribbentrop.[27]

El ministro, encantado de saber que Argentina comprendía que aquella era «una batalla que determinaría el destino de toda la civilización durante siglos», le lanzó una larga diatriba antijudía. Stalin nunca renunciaría a «las ideas fundamentales del bolchevismo, dado que los hombres que hay detrás de éste eran y son judíos». Y lo mismo se podía decir del presidente Roosevelt en Estados Unidos. «Sabemos que el judaísmo internacional, por una parte tras la máscara capitalista, y por la otra tras la bolchevique, persigue sus fines.»

Ribbentrop pasó luego a responder a las tres preguntas concretas que

Goyeneche le planteaba con relación a Argentina. En primer lugar, ¿compraría Alemania productos argentinos después de la guerra? «Si Argentina mantiene su postura actual, se beneficiará de ello muy por encima de los países que no han adoptado dicha postura –respondió–. Podemos aceptar todo lo que Argentina produzca, por mucho que pueda ser.»

En segundo término, ¿reconocía Alemania los derechos de Argentina sobre las Malvinas? «Inglaterra es nuestro enemigo [...] Gibraltar constituye un ejemplo realmente grotesco en este caso, ya que ciertamente nadie puede cuestionar que se halla en la península Ibérica. Del mismo modo, las Malvinas están al menos más cerca de Argentina que de Inglaterra. En consecuencia, sentimos una gran simpatía por los justificables intereses argentinos. Pero creo que, a menos que Argentina vaya con cuidado, es posible que Estados Unidos se apodere de esas islas.»

Y en tercer lugar, ¿estaba Hitler de acuerdo en que España era el «puente natural» entre Argentina y Europa? «El establecimiento de su relación cultural y espiritual con Europa constituye uno de los principales deberes de Argentina. En cualquier caso, nosotros fomentaremos constantemente la actual unidad entre España y Argentina.»[28]

Goyeneche permaneció impertérrito durante la larga diatriba antisemítica que le obsequió Ribbentrop. Seguramente aquellas peroratas fueron frecuentes durante su estancia en Berlín. Resulta impensable que Himmler no hubiera abordado el tema. En cualquier caso, antes de salir de Buenos Aires, Goyeneche ya era famoso por sus opiniones racistas, y algunas personas que le conocieron afirman que mantuvo esa postura en su vida posterior.[29]

A pesar de la atención que le prodigó Ribbentrop, que dedicó un tiempo inusitadamente largo al argentino, Goyeneche no se impresionó. Encontró al ministro de Asuntos Exteriores simplemente desagradable. «Como individuo, deja mala impresión, pedante y algo cerrado», escribió a su amigo íntimo Amadeo, que residía en Buenos Aires. Según el jefe de inteligencia de las SS en Madrid, Karl Arnold, Goyeneche afirmaba que Ribbentrop «le había dejado mal sabor» de boca. Al parecer, Ribbentrop había hablado casi toda la entrevista, y «no había dejado decir a su invitado más que media docena de frases». La verdad era que el corazón de Goyeneche estaba con el servicio secreto de Schellenberg, que le había proporcionado ya varios «regalos», incluyendo una cámara Leica, ¡además del permiso para utilizarla en Berlín durante la guerra![30]

SHELLENBERG

EL ARGENTINO había recorrido un largo camino desde Sandstede, su primer contacto con el servicio secreto nazi en Buenos Aires, y ahora entraba en el despacho del propio Walter Schellenberg, el general de brigada de las SS, de treinta y tres años, y con una cicatriz en la barbilla debida a un duelo, que dirigía la División de Inteligencia Exterior del SD de Hitler. Ésta constituía el Departamento VI de la Oficina Central de Seguridad del Reich de Himmler; el Departamento IV

era la temida Gestapo, mientras que el IV-B4 era el departamento de «Asuntos Judíos» de Adolf Eichmann. Definido como «nórdico puro» en su expediente de las SS, Schellenberg era un personaje inusualmente inteligente, encantador y juvenil que gozaba plenamente del respaldo de Himmler, quien toleraba sus intentos de desarrollar iniciativas secretas de paz con las potencias occidentales. Basándose en sus fuentes del servicio de inteligencia, Schellenberg muy pronto se dio cuenta de que la masiva producción de armamento de Estados Unidos decidiría el resultado de la guerra, un análisis que los principales líderes nazis se negaron siquiera a considerar. En consecuencia, durante la guerra mantuvo los contactos con Occidente, bien actuando personalmente, bien haciéndolo a través de agentes especiales. Su ayudante de confianza, Wilhelm Hoettl, recordaría décadas después: «Schellenberg decía repetidamente que existía una hermandad internacional de servicios de inteligencia, sean nacionalsocialistas, británicos o estadounidenses, un estrato de personas de la misma opinión, que de hecho estaban comprometidas con el trabajo de los servicios de inteligencia y a las que también había que respetar equitativamente».[31]

La más atrevida de esas propuestas de paz tuvo lugar en 1943, a través de dos de las «fuentes especiales» de Schellenberg, Max von Hohenlohe y Reinhard Spitzzy, representantes en Madrid de la fábrica de armas Skoda. Éstos celebraron varias reuniones en Berna con Allen Dulles, supervisor de la Oficina Estadounidense de Servicios Estratégicos (OSS) en Europa. En el largo informe sobre estas conversaciones elaborado por Spitzzy, la postura adoptada por el jefe del espionaje norteamericano resulta escalofriante: «Él [Dulles] estaba harto de oír constantemente a políticos anticuados, emigrantes y judíos intolerantes. En su opinión, la paz se había de hacer en Europa [...] mientras que sentía escasas simpatías por la Rusia soviética, no rechazaba el nacionalsocialismo en sus ideas y obras básicas [...] añadía que para cualquier europeo decente resultaría insoportable pensar que los judíos pudieran volver algún día». Curiosamente, Spitzzy era también uno de los «canales» que utilizaba Schellenberg para obtener información sobre Argentina, un canal que eludía la cadena normal del servicio de inteligencia. Sólo unos meses después de las conversaciones con Dulles, Spitzzy trataría de negociar un pacto secreto de armamento con uno de los coroneles de Perón en Madrid, siempre con el respaldo de Schellenberg.[32]

Durante los interrogatorios a los que fue sometido por oficiales estadounidenses en 1946, Schellenberg se mostró extremadamente bien informado acerca de los asuntos argentinos, e incluso sobre los nombres continuamente cambiantes de los presidentes y ministros de gabinete del país. Su servicio de espionaje en Argentina había contado con numerosos recursos y se había mostrado sumamente eficaz. La inteligencia norteamericana consideraba al jefe de inteligencia nazi en Argentina, el capitán de las SS Siegfried Becker, «el agente alemán más importante del hemisferio occidental», y Schellenberg estaba especialmente orgulloso de él.[33]

HITLER?

GOYENECHÉ obtuvo la autorización «del propio Ribbentrop» para telegrafiar a Argentina a través del radioenlace nazi, utilizando el código diplomático alemán, para informar a Buenos Aires de los resultados de sus conversaciones. «Argentina es la última cabeza de puente alemana en el hemisferio occidental, cuyo mantenimiento y desarrollo adquirirán mayor importancia posteriormente», le explicaba repetidamente Ribbentrop a Reinebeck. El uso de las claves secretas alemanas se había aceptado porque los argentinos no querían usar el radioservicio de su embajada en Berlín, ya que desconfiaban en sus propios diplomáticos. De hecho, no se les dijo nada a los diplomáticos argentinos acerca de la misión de Goyeneche en Alemania. Además, las SS consideraban persona non grata al encargado de negocios en Berlín, Luis Luti, probablemente debido a sus esfuerzos para proteger a los judíos argentinos que vivían en Alemania, gestiones que habían enfurecido a Himmler.[34]

Luti era «antinazi, y por esa razón había que temer una publicidad no deseada sobre las negociaciones secretas –declararía Reinebeck después de la guerra–. Los telegramas, que iban dirigidos “a Juan”, los enviaba yo mismo al encargado de negocios en Buenos Aires». El oficial de la inteligencia estadounidense que interrogaba a Reinebeck debía de estar medio dormido, ya que tres días después Reinebeck fue citado de nuevo para que explicara quién era «Juan». «Se eligió el nombre de “Juan” como pantalla porque el informe estaba dirigido al coronel Perón, cuyo nombre es Juan», respondió Reinebeck secamente. En Buenos Aires, el encargado de recoger los telegramas en la embajada alemana era un amigo de Goyeneche, el diplomático Mario Amadeo, que los llevaba al ministro de Relaciones Exteriores, Ruiz Guiñazú. Asimismo, agentes militares argentinos recogían sendas copias para entregárselas a Perón.[35]

El agregado naval de Argentina en Berlín fue quien enseñó el procedimiento a Goyeneche. Primero se cifraba el mensaje empleando el código consular argentino. Luego se entregaba el mensaje codificado a Reinebeck, que lo recodificaba con la clave diplomática nazi para transmitirlo a la embajada alemana en Buenos Aires. Allí se descifraba el mensaje, restituyéndolo al código consular original, y se entregaba a los argentinos para su decodificación final al español normal y corriente. En realidad, este complicado método resultaba inútil, ya que la inteligencia aliada hacía tiempo que había descifrado ambos códigos y estaba interceptando los mensajes alemanes. Goyeneche ignoraba que sus telegramas se estaban traduciendo al inglés y se estaban incluyendo en unos sumarios ultrasecretos especiales –los denominados «Magic Summaries»– del Departamento de Guerra estadounidense, que seguía de cerca los movimientos del argentino por Europa.[36]

¿Se entrevistó Goyeneche en algún momento con Hitler? Hay versiones contradictorias. La primera se halla en los informes sobre Goyeneche realizados en la posguerra por Wendell Blancké, un diplomático norteamericano

extremadamente sagaz que entre 1932 y 1945 vivió en Buenos Aires, donde la policía secreta de Perón seguía de cerca sus movimientos mientras él vigilaba a los nacionalistas argentinos. Al final de la guerra, el mando del general Eisenhower le llamó a Alemania para que dirigiera los interrogatorios de los nazis relacionados con Argentina, incluyendo a Schellenberg y a Ribbentrop. Según Blancké, que se basaba en archivos capturados a los alemanes, Goyeneche se reunió con Hitler el 7 de diciembre de 1942, una semana después de su entrevista con Ribbentrop. El Führer reafirmó el respaldo de Alemania a las pretensiones argentinas sobre las Malvinas y prometió a Goyeneche que «Alemania no olvidaría que Argentina la había apoyado».[37]

Sin embargo, según Reinebeck, que fue interrogado extensamente sobre las relaciones de Argentina con la Alemania nazi durante la guerra, Goyeneche había solicitado una reunión con Hitler para plantearle sus tres preguntas, pero dicha reunión finalmente no se celebró. En lugar de ello, Goyeneche «mantuvo una segunda entrevista con Ribbentrop, en la que este último le entregó la respuesta de Hitler por escrito». El propio Goyeneche se jactaría años después en Buenos Aires de poseer «cartas de Hitler» entre sus papeles, pero negaría que se hubiera entrevistado personalmente con Hitler, confirmando así la versión de Reinebeck. El anciano nacionalista moriría en 1982, entristecido por la derrota argentina en la guerra de las Malvinas. Entre sus amigos aún vivos persiste la leyenda de que se reunió secretamente con Hitler en la Selva Negra, en 1944.[38]

Tras su reunión con Ribbentrop, aquellas navidades de 1942 Goyeneche regresó a París para digerir la trascendencia de sus reuniones. Parece ser que pasó gran parte del tiempo escribiendo informes para Argentina y redactando propuestas para los alemanes. Entre éstas, escribió una singular petición: «La Argentina considera que tendría un máximo interés la entrega al finalizar la guerra de la dirección completa, política y administrativa de la ciudad de Jerusalén al gobierno de la Santa Sede, la cual respetaría las propiedades y los distintos credos tal cual hoy existen. El efecto moral que esta medida causaría en el mundo occidental sería definitivo y lograría disipar totalmente las preocupaciones que los movimientos de juventudes latinas de franca raíz católica aún tienen para adherir plena y fervorosamente a las normas del Nuevo Orden».[39]

HIMMLER

HACIA finales de diciembre 1942, Goyeneche se hallaba de nuevo en Berlín con un regalo especial para Schellenberg: «Como sé que usted acostumbra a desobedecer a su médico aquí le envío unos buenos cigarrillos ingleses que, como todo lo inglés, merece que sea consumido por el fuego», le escribió Goyeneche al jefe del SD.[40]

A primeros de enero de 1943, Schellenberg se llevó a Goyeneche a pasar el día con Himmler en su cuartel general del frente oriental. Por desgracia, no se dejó constancia escrita de aquella reunión. Lo que allí se dijo sólo ha llegado hasta

nosotros a través del relato oral de Schellenberg y del informe de Goyeneche a Amadeo. «Fue una conversación general —declararía Schellenberg a los estadounidenses que le interrogaron después de la guerra—. Goyeneche estuvo muy cauteloso, y Himmler sólo mostró también su lado mejor; en otras palabras, solamente discutió de aspectos políticos. Goyeneche pasó luego a afirmar con gran franqueza que él era católico romano, y sostuvo que no se podía pensar en Sudamérica sin pensar a la vez en el catolicismo. Aconsejó a Himmler que protegiera a los católicos en Europa porque él opinaba que, si Europa caía en manos del bolchevismo, luego caería también Sudamérica.»

Himmler escuchaba atentamente, mostrando «sentido común y comprensión», y dando al argentino «la oportunidad de exponer sus ideas». A diferencia de Ribbentrop, a quien Goyeneche encontró demasiado pomposo, Himmler resultó ser «encantador». «En realidad Himmler le dio respuestas muy positivas —diría Schellenberg—, pero luego llevó muy hábilmente la discusión del catolicismo a la común enemistad con el bolchevismo.» Según Schellenberg, se habló del «vínculo con el Vaticano» que tenía Argentina. Eso mismo sostiene el informe de la reunión que Goyeneche elaboró para Amadeo: «Se interesó mucho al saber que yo vería al Papa y me pidió expresamente que le hiciera ver que había encontrado en él un individuo tratable sobre todo en materia religiosa».[41]

PIO XII Y MUSSOLINI

EL NIVEL de los contactos de Goyeneche en Europa resulta asombroso. De camino a Roma tras su reunión con Himmler, el emisario secreto de Argentina almorzó en Madrid con el ministro de Asuntos Exteriores español, Ramón Serrano Súñer, para tratar de sus futuras entrevistas con Mussolini y el papa Pío XII. Goyeneche estaba organizando una conferencia de delegados católicos pro-Eje de Francia, Hungría, Rumania, Eslovenia, Italia, España y Portugal, que se reunirían en Roma «para integrar el orden cristiano en el Nuevo Orden». Como declararía el jefe de la inteligencia nazi en Madrid a los norteamericanos que le interrogaron después de la guerra, el propósito último del viaje de Goyeneche por Europa era «reconciliar el nazismo con el catolicismo».[42]

Tras llegar a Roma, a mediados de mayo de 1943, Goyeneche mantuvo varias reuniones preparatorias con monseñor Montini, y luego se entrevistó dos veces con el papa Pío XII, presumiblemente para transmitirle los detalles secretos de su conversación con Himmler. «Conserven ese tesoro que tienen», le dijo Pío XII a Goyeneche, refiriéndose a la neutralidad de Argentina. El Papa prometió elaborar un mensaje especial apoyando a Argentina en su «lucha por la neutralidad». Después, Goyeneche escribió a Amadeo pidiéndole que se pusiera en contacto, «con mucha cautela», con el nuncio apostólico en Buenos Aires a fin de continuar la labor iniciada en Roma. «Yo he dejado el camino listo para que cartas nuestras le lleguen a Monseñor Montini», añadió misteriosamente.[43]

A pesar de los rumores en sentido contrario, Goyeneche encontró a

Mussolini en un vigoroso estado de salud cuando ambos se reunieron en Roma. «Hoy he montado a un caballo y a una mujer», se jactó el Duce ante el argentino. Goyeneche le habló sin rodeos de una delicada cuestión: Goyeneche deseaba obtener el apoyo de Mussolini a un golpe de estado nacionalista encaminado a prolongar el gobierno «neutral» de Castillo en Argentina. «Nos resulta doloroso que el presidente Castillo no vea claramente esta solución», le dijo a Mussolini. Goyeneche confiaba en que una «sugestión» de Mussolini alentaría a los conspiradores que habían tramado el golpe, o, cuando menos, obligaría al sucesor de Castillo a mantener la neutralidad de Argentina. Mussolini, por su parte, «lanzó frases furibundas, acompañadas de gestos, contra Estados Unidos», y accedió a la petición de Goyeneche. Entre los dos redactaron una transcripción de la «sugestión» del Duce a Castillo, que se habría de entregar a través de la embajada italiana en Buenos Aires.[44]

Mussolini dijo que reconocía los derechos de Argentina sobre las Malvinas y prometió obtener una declaración de apoyo similar de Japón, el tercer miembro del Eje de Hitler. «Si las naciones del Eje [...] no han reconocido públicamente la magnífica resistencia Argentina [...] eso se debe únicamente a fin de evitar a la República Argentina en el actual momento las dificultades comprensibles», explicó Mussolini. Su mensaje en favor de un golpe de estado fue entregado por la embajada italiana en Buenos Aires al ministro de Relaciones Exteriores argentino el 4 de junio de 1943, el mismo día en que los coroneles de Perón se hartaron de Castillo y le expulsaron de la Casa Rosada, la residencia presidencial, situada en Buenos Aires.[45]

2 - PERÓN SALTA AL PODER



Desfile del GOU (Mundo Libre)

CON Castillo fuera del camino, Perón y sus coroneles se lanzaron con entusiasmo a establecer una alianza secreta con Hitler. De hecho, se había formalizado ya una asociación con los militares argentinos. Como declararía a los estadounidenses que le interrogaron después de la guerra, el jefe del SD, Walter Schellenberg, había aprobado en mayo de 1943 «un acuerdo de colaboración mutua». Dicho acuerdo incluía inmunidad al arresto para los agentes nazis en Argentina, una identificación de camuflaje para éstos como miembros del servicio secreto argentino, el uso de la valija diplomática argentina para transportar «material secreto» entre Buenos Aires y Berlín, e incluso un sistema de alerta inmediata en el caso de una «crisis ministerial» que pudiera poner en peligro a los agentes alemanes. A cambio, se permitía a los militares argentinos acceder a la potente red de comunicaciones por radio del servicio secreto nazi, se les proporcionaba información seleccionada de las fuentes nazis establecidas en los países vecinos de Argentina, y se les prometía colaboración para formar un bloque de naciones sudamericanas liderado por Argentina. Un mes después de que este acuerdo se pusiera en práctica, una logia secreta de coroneles del Ejército organizó un golpe de estado, instaurando una dictadura militar dirigida por generales títeres que respondían a las directrices de Perón. Durante esta dictadura de la logia misteriosamente denominada GOU (oficialmente «Grupo de Oficiales Unidos», aunque algunos dicen que en realidad significaba «Grupo de Orden y de Unidad»), Perón hizo uso íntegro de este acuerdo para incrementar el poder de su régimen en Sudamérica.[46]

Schellenberg había seguido los pasos de Perón desde la estancia en Italia del futuro presidente, entre 1939 y 1941, cuando era ayudante del agregado militar argentino en Roma. Durante aquellos dos años parece ser que Perón viajó a Alemania, probablemente con alguna misión secreta encomendada por el Ejército argentino. Schellenberg no ayudó a aclarar este misterio cuando fue interrogado después de la guerra: «Recuerdo vagamente que el nombre de Perón aparecía en diversos informes, pero no recuerdo si estaba en París o en Alemania», declararía.[47]

En cambio, Schellenberg estaba seguro de que una vez Perón hubo regresado a su país, fue contactado por el capitán SS Siegfried Becker, jefe del SD en Argentina. El enlace era la mano derecha de Perón, el coronel Enrique González, que se había entrenado hasta que estalló la guerra en la división acorazada de

Heinz Guderian, un general hitleriano especializado en la «guerra relámpago».[48]

«Políticamente hablando, la razón era que uno podía ver un gobierno basado en una visión del mundo similar a la nuestra», diría Schellenberg.

Al final de un interrogatorio particularmente riguroso, realizado el 6 de febrero de 1946, se le planteó al antiguo jefe del Ausland-SD una «cuestión hipotética»:

«Si usted siguiera manteniendo el Departamento VI y Perón fuera el jefe del gobierno argentino, ¿lo consideraría una posibilidad sumamente favorable desde su punto de vista? »

«Sí. »

«¿Consideraría que él pudiera traicionarlo? »

«No según sus objetivos originales. De otro modo, tendría que haber experimentado un cambio durante este tiempo».[49]

OSMAR HELLMUTH

UNOS días después del golpe, el coronel González recibió en su casa a dos agentes nazis: un empresario alemán de mediana edad, Hans Harnisch, y un germano-argentino más joven, Osmar Hellmuth. La cuestión que se trató fue la de un petrolero construido en Suecia por encargo del magnate y armador griego Aristóteles Onassis. En su juventud Onassis había vivido en Buenos Aires, donde había obtenido la ciudadanía argentina y había empezado a amasar la fortuna que más tarde le convertiría en una celebridad mundial. Desde octubre de 1942 había estado luchando, a través de sus agentes en Argentina, para lograr la entrega del *Buenos Aires*, un petrolero de 17.000 toneladas y bandera argentina que había sido construido en los astilleros suecos de Götaverken. Los alemanes se negaban a conceder un salvoconducto para el barco, alegando que una vez en el hemisferio occidental podría ser puesto a disposición del bando aliado.[50]

Durante mucho tiempo Argentina había estado tratando de conseguir armas que fortalecieran su posición frente a su vecino Brasil, e incluso había enviado una misión especial a Washington para conseguir armas estadounidenses. Dicha misión no tuvo éxito. Como señaló en su momento un periodista del diario publicado en inglés *Buenos Aires Herald*: «No creo que Washington deposite aviones, cañones y tanques en manos argentinas en las actuales circunstancias. Es como soltarle una pistola cargada a un bebé».[51]

Conscientes de la frustración argentina, Harnisch y Hellmuth se ofrecieron a enlistar el poderío del servicio secreto de las SS con el fin de obtener armas alemanas para el régimen del GOU. Los coroneles mordieron el anzuelo, y el 28 de junio del 1943 Harnisch era conducido ante la presencia del general Pedro Ramírez, el presidente títere instaurado por la camarilla de Perón. El general le dijo que acababa de mantener una reunión con el embajador estadounidense, Norman Armour, que le había hecho «hervir la sangre» al pedirle que Argentina rompiera sus relaciones diplomáticas con el Reich.[52]

La atmósfera de la entrevista con el agente alemán fue, en cambio, sumamente relajada, y Ramírez se declaró encantado de hallarse en presencia de un representante «extraoficial» del Reich, lo que le permitía hablar con mayor libertad. Ramírez comentó lo difícil que le resultaba a Argentina resistirse a la presión aliada, y pidió a Harnisch que explicara en Berlín que no debía malinterpretarse cualesquiera medidas antialemanas que se viera obligado a tomar. La situación de Argentina se aliviaría considerablemente si se proporcionara un salvoconducto para el petrolero de Onassis, y si Alemania considerara también la entrega de artillería antiaérea, pilotos, combustible de aviación, aviones, municiones y licencias para la fabricación de material de guerra. Existía la posibilidad real de guerra con Brasil, y el litoral argentino se hallaba prácticamente indefenso. ¿Podrían Alemania y Japón prescindir de algún submarino para vigilar las costas de Chile y Argentina? A cambio, Ramírez se ofreció a aplastar las redes de espías aliados en territorio argentino.

La reunión fue la primera de muchas otras que los agentes nazis mantendrían con los principales oficiales del GOU. Los transmisores secretos del capitán de las SS Siegfried Becker zumbaban alegremente mientras se radiaban los detalles de las conversaciones a Berlín. Cada vez que llegaban telegramas, el SD convocaba al agregado naval argentino en Berlín, el capitán Eduardo Ceballos, a su cuartel general para evaluar el progreso de las negociaciones. Los nazis y el GOU habían acordado dejar al margen a sus respectivas embajadas. Como ya había ocurrido anteriormente, durante las conversaciones de Goyeneche, no se confiaba en el encargado de negocios argentino, Luis Luti. Y Schellenberg tampoco tenía paciencia para seguir el lento ritmo de los diplomáticos alemanes en Buenos Aires.^[53]

Finalmente, en septiembre de 1943, se convocó a Harnisch y Hellmuth a la Casa Rosada. Los coroneles habían decidido olvidar las diversas alternativas que barajaban, que incluían el transporte de armas a Argentina en submarinos nazis o barcos mercantes españoles. En lugar de ello, habían decidido enviar a un emisario especial a Berlín para tratar de la posibilidad de una alianza personalmente con Hitler (por alguna razón, ya no se consideraba a Goyeneche un agente adecuado para dichas negociaciones). Se pidió a los agentes nazis que enviaran un telegrama a Himmler solicitando la mencionada reunión. Becker, Harnisch y Hellmuth pasaron toda la noche redactando el trascendental mensaje: «El gobierno argentino ruega [...] si el envío de un emisario especial con fines de entrevistarse en misión secreta con miembros del gobierno alemán sería bien visto. Excluyendo la forma normal, es decir, por intermedio respectivas representaciones diplomáticas, se ruega contestar por intermedio del capitán de fragata Caballos».

Pero cuando Hellmuth llegó a la Casa Rosada al día siguiente con el texto del mensaje propuesto, se anunció un cambio de planes. Fue recibido por Perón. «En esta oportunidad fue bruscamente cambiada la idea de consultar antes del viaje al gobierno del Reich, resolviéndose directamente el envío de Hellmuth», declararían Becker en los interrogatorios a los que sería sometido durante su breve

arresto en Argentina al acabar la guerra. Hellmuth estaba asombrado. «Si su misión tiene éxito — le prometió Perón —, se convertirá en uno de los nuestros.»[54]

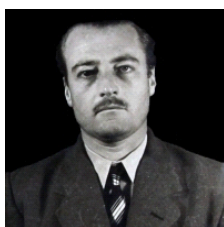
Elegir a Hellmuth para que se reuniera con Hitler se revelaría una decisión particularmente desafortunada. Un germano-argentino de treinta y cinco años que, tras ser dado de baja de la Escuela Naval, había derivado hacia los trabajos de inteligencia amparándose en su contacto fortuito con Harnish, Hellmuth apenas tenía experiencia real en el mundo del espionaje. Durante la guerra vendía seguros para la empresa Commercial Union, tenía una cuenta en el Banco de Londres y asistía a clases para mejorar su inglés. El tiempo libre que le quedaba lo pasaba en el Yacht Club Argentino, y en una ocasión navegó hasta Río de Janeiro en una competición. Su pantalla como espía se había ido al garete no mucho después de iniciada la guerra, y ya en 1942 su nombre aparecía en un libro publicado en Nueva York titulado *The Nazi Underground in South America* («El submundo nazi en Sudamérica»). Al principio, un desesperado Becker se llevó las manos a la cabeza, pero cuando se dio cuenta de que los coroneles de GOU hablaban en serio respecto a enviar a Hellmuth, decidió tragar saliva e instruir al navegante lo mejor que pudiera para aquella tarea.

En la embajada alemana en Buenos Aires, mientras tanto, la noticia cayó como una bomba. Los diplomáticos nazis, conjuntamente con el poderoso empresario alemán Ludwig Freude, habían dispuesto que un oficial del GOU de su propia elección, el coronel Carlos Vélez, negociara un acuerdo de armamento con Hitler. Se desencadenó una ardua batalla entre los dos planes rivales. Finalmente, Perón resolvió la disputa decidiendo enviar tanto a Vélez como a Hellmuth a España en el mismo barco. Vélez iría como nuevo agregado militar argentino a Madrid; Hellmuth, como cónsul a Barcelona. Si fracasaba la misión de Hellmuth, Vélez serviría de reserva.

Perón llamó a Hellmuth y le enseñó una tarjeta firmada y timbrada con el sello del GOU. También le mostró una «carpeta militar» que contenía la lista de armas que había que comprar. Perón le dio la mitad de la tarjeta a Hellmuth, y deslizó la otra mitad dentro de la carpeta, que, como medida de seguridad, sería transportada en una valija diplomática por un diplomático argentino que viajaría a España en el mismo barco. El diplomático entregaría la carpeta a Ceballos en Madrid, y éste se la daría a Hellmuth cuando le presentara su mitad de la tarjeta. Una vez con la carpeta en su poder, Hellmuth podría iniciar su misión. Como se había acordado con Schellenberg, un avión proporcionado por Himmler estaría esperando en Madrid para llevarse inmediatamente a Hellmuth a Berlín.

Al menos ésta es la mejor reconstrucción posible de los acontecimientos elaborada a partir de los diversos interrogatorios a los que fueron sometidos Hellmuth, Becker y Schellenberg después de que el plan de Perón se viniera abajo. Por desgracia, a ninguno de los interrogados se le pidió que confirmara para la posteridad de quién era la firma que había en la tarjeta.[55]

«SOY ARGENTINO, NO ALEMÁN»



Hellmuth (National Archives)

CUANDO el *Cabo de Hornos* zarpaba del puerto de Buenos Aires Hellmuth ya mostraba un perfil más bien ridículo. Los diplomáticos alemanes en Argentina habían hecho todo lo posible para desacreditar al emisario. Primero enviaron una nota anónima a la Casa Rosada afirmando que Hellmuth era en realidad un agente doble al servicio de los aliados. Al ver que eso no servía de nada, mandaron una serie de telegramas a Alemania promocionando a su propio candidato, Vélez. Como represalia, Becker dio instrucciones a Hellmuth para que, una vez en Berlín, pidiera a Schellenberg la destitución de los diplomáticos nazis en Buenos Aires. «Con Schellenberg en Alemania, Hellmuth aprendería algo del SD, de su organización, sus funciones y sus poderes», se consolaba Becker.[56]

En el barco, Vélez y Hellmuth mantuvieron mutuamente una gélida distancia, pero las hijas pequeñas de Vélez quedaron fascinadas por el cómico comportamiento de Hellmuth en el mar: «Se pasaba el día en cubierta con una gorra y oteando el horizonte con unos prismáticos –recordaría Zaira Vélez más de cinco décadas después–. Era evidente que representaba el papel de espía».[57]

En el caso de que Hellmuth hubiera estado temiendo lo peor, sus temores se verían a punto de confirmarse, ya que, como hemos visto, los aliados habían estado escuchando todas las transmisiones cablegráficas alemanas con Argentina. El «Magic Summary» del Departamento de Guerra de Estados Unidos del 28 de octubre de 1943 daba una breve descripción de las comunicaciones entre Becker y Schellenberg, y acababa declarando: «Los británicos han acordado llevarse a Hellmuth del *Cabo de Hornos* mañana, cuando llegue a Trinidad. Le llevarán a Inglaterra y allí le interrogarán basándose en su información procedente de otras fuentes». Poco después, en las tempranas horas de la mañana del 30 de octubre de 1943, Hellmuth estaba pidiendo inmunidad diplomática dentro de una caseta de policía en Trinidad, mientras la policía británica arrancaba el revestimiento de su camarote en el *Cabo de Hornos*. Entre la documentación que podría estar allí oculta había una carta, al parecer extremadamente embarazosa, del presidente Ramírez a Hitler.

El improvisado agente redactó un telegrama dirigido al coronel González en Buenos Aires que los agentes ingleses no enviaron: «Autoridad británica me ha detenido en Trinidad, ruego su intervención a los efectos de mi liberación.»

Hellmuth fue trasladado en avión de Trinidad a las Bermudas. «No ofreció ninguna resistencia y al arribar al aeropuerto de Piarco parecía mareado y confundido,» informaron los agentes ingleses en Trinidad a Londres. «El avión

dejó Trinidad a las 0415 horas del 31 de octubre de 1943.» De las Bermudas fue transportado al puerto de Portsmouth a bordo del buque de guerra británico *Ajax*, el mismo buque que había hundido al acorazado de bolsillo alemán *Graf Spee* frente a Montevideo en 1939.

Mientras tanto, en Berlín y Buenos Aires empezó a cundir el pánico. Un radiomensaje secreto de Becker a Schellenberg fue interceptado por los ingleses el 7 de noviembre: “González y Perón comunican que el cónsul argentino en Caracas telefoneó el 5 de noviembre sobre el arresto de Hellmuth que ha ocurrido.” A éste siguieron otros telegramas en los que Berlín expresaba su preocupación y en los que Becker informaba que Perón se oponía a la ruptura de relaciones diplomáticas con el Reich que Estados Unidos comenzó a demandar a medida que el caso cobraba notoriedad en la prensa. La principal preocupación parecía ser que los británicos pudieran haber secuestrado la carta secreta de Ramírez a Hitler que Hellmuth supuestamente portaba.[58]

Hellmuth, mientras tanto, fue llevado al campo de prisioneros de guerra 020 situado en las afueras de Londres donde fue sometido a extensos interrogatorios en los que de a poco fue revelando los increíbles secretos de su misión. «El caso de Osmar Hellmuth, como novela, fracasaría por lo improbable, los eventos que se amontonan en un breve espacio de tiempo son fantásticos, las vueltas de la fortuna son grotescos,» diría un informe de la inteligencia británica. «No sorpresivamente Hellmuth se encuentra amargado. Sabe que ha sido traicionado por su presidente. Sospecha que ha sido traicionado por el servicio secreto alemán. Ciertamente ha sido engañado por nosotros. La desgracia es su suerte. En una palabra, está totalmente abandonado.»[59]

El 17 de noviembre Hellmuth fue sujeto a un desmoralizador encuentro con un coronel de inteligencia apellidado Stephens: «Usted es prisionero del servicio secreto británico, está en una prisión del servicio secreto británico, lo tengo preso, muy simplemente, por espionaje,» le dijo Stephens. «El hecho es conocido por el presidente de Argentina y el gobierno de Argentina. ¿Qué han hecho? Nada. ¿Porqué? Yo le puedo decir porqué. Primero de todo, porque el presidente de Argentina tiene miedo. Tiene miedo de ser expuesto. Entonces, ¿qué hace? Traiciona a su enviado. Lo considera un peón que puede ser desechado sin ningún costo.» [60]

A pesar del estrepitoso fracaso de la riesgosa misión, Perón mantuvo vivo su contacto con Becker durante 1944, mientras su gobierno arrestaba a los demás espías nazis en Argentina conectados a Hellmuth. Perón tenía ahora una nueva misión, asegurarse de no terminar incriminado en los interrogatorios a los que los agentes de Becker fueron sometidos por la policía argentina. Espías tales como Harnisch estaban siendo interrogados por Oscar Contal, el jefe de Coordinación Federal, quien no simpatizaba con Perón. El mismo Perón se apersonó en la oficina de Contal para sanear las declaraciones. “Perón ha sustraído la información sobre el caso CANOSA (el nombre en código nazi para Hellmuth) de la policía,” informó Becker a Berlín el 3 de mayo de 1944 a través de un radiomensaje que fue

interceptado por los británicos.[61]

La situación de Hellmuth era compleja. Su mayor temor era quedar preso como agente nazi, por lo cual invocaba constantemente su condición de diplomático argentino. «Soy argentino, no alemán», repitió una y otra vez a sus captores. Finalmente, luego de unos meses de cautiverio, se recluyó en un silencio tan malhumorado que los ingleses desistieron de seguir interrogándolo. Aunque necesitaría algunos años, a la larga Hellmuth, ya de vuelta en Argentina, lograría bromear acerca del desgraciado fin de su ambiciosa misión. «Antes de partir tenía úlcera de estómago —recordaría una amiga de la familia en una entrevista para este libro—. Pero con la dieta de la prisión, que consistía en afrechillo mañana, tarde y noche, los británicos le curaron.»[62]

GOLPE EN BOLIVIA

EL ARRESTO de Hellmuth debería haber constituido una advertencia suficiente para las maquinaciones de los nazis y el GOU; pero sorprendentemente, éstas no cesaron. Schellenberg se convenció de que, de un modo u otro, los británicos liberarían a Hellmuth, y de que éste podría proseguir su viaje a Alemania. En Buenos Aires, González culpó a Ludwig Freude del arresto de Hellmuth, y juró vengarse del empresario alemán en cuanto se le presentara la oportunidad. Por su parte, Perón seguía adelante sin desfallecer. Continuó conspirando con Becker para derrocar a los gobiernos vecinos con el fin de establecer un bloque de naciones pronazi liderado por Argentina que contrarrestara la influencia de Washington sobre Brasil. «La lucha de Hitler en la paz y en la guerra nos servirá de guía —había escrito Perón en un manifiesto secreto del GOU el 3 de mayo de 1943—. Las alianzas serán el primer paso. Tenemos al Paraguay; tenemos a Bolivia y a Chile. Con la Argentina, Paraguay, Bolivia y Chile, fácil será presionar al Uruguay. Luego las cinco naciones unidas atraerán fácilmente al Brasil debido a su forma de gobierno y a sus grandes núcleos de alemanes. Caído el Brasil, el continente americano será nuestro.»

El 20 de diciembre de 1943 un golpe de estado militar expulsó al gobierno del general Enrique Peñaranda en Bolivia, reemplazándolo por el general Gualberto Villarroel. Esta revolución había sido planeada conjuntamente por Perón y Becker, con varios colaboradores bolivianos en constante contacto por radio con el cuartel general de Schellenberg en Berlín. Los conspiradores se habían reunido en la casa que tenía en Buenos Aires el magnate del estaño germano-boliviano Gustav Eickenberg, un contacto de Perón que conocía a Becker desde 1940. Los analistas del contraespionaje estadounidense sabían ya de la cooperación entre el GOU y los simpatizantes bolivianos del nazismo, tal como muestra el sumario elaborado el día antes del golpe: «El movimiento cuenta con el apoyo parcial de agentes alemanes y de determinados miembros del gobierno argentino», afirmaba.

A pesar del esfuerzo invertido, la revolución boliviana resultaría

decepcionante para los alemanes. Su principal interés había sido «contar con un estado más en Sudamérica alistado contra Estados Unidos», como declararía a los estadounidenses que le interrogaron después de la guerra uno de los agentes de Schellenberg que controlaron los acontecimientos desde Berlín. Pero la intriga había sido descubierta y documentada por Estados Unidos, que ahora utilizaba la información para retorcerle el brazo a Argentina, provocando la pérdida de la «última cabeza de puente» de Alemania en el continente americano. Enfrentada a la amenaza aliada de revelar su papel en el golpe boliviano, además de la amenaza de divulgar las transcripciones del interrogatorio de Hellmuth en Londres, Argentina cedió ante la presión de los aliados y se convirtió en la última nación americana en romper sus relaciones diplomáticas con Alemania, el 26 de enero de 1944. Igualmente, Argentina seguiría siendo neutral hasta el mismo final de la guerra. Villarroel, el presidente instaurado por la revolución en Bolivia, resultó el claro perdedor. Depuesto en 1946, murió asesinado durante una sangrienta revolución en La Paz por los estudiantes, que le colgaron de un poste.[63]

RUPTURA CON ALEMANIA

ARGENTINA rompió sus relaciones diplomáticas con Hitler el 26 de enero de 1943, pero no abandonó su neutralidad ni declaró la guerra a Alemania hasta 14 meses más tarde, el 27 de marzo de 1944, apenas un mes antes de que Hitler se suicidara en su búnker de Berlín.

Según Perón, la declaración de guerra era un ardid para distraer la atención de los aliados mientras se abrían las primeras rutas de fuga hacia Argentina para los fugitivos nazis. «Indudablemente, a fines de febrero de 1945, la guerra ya estaba decidida –admitiría Perón en 1969—. Nosotros habíamos mantenido nuestra neutralidad pero ya no podíamos mantenerla más. Recuerdo que reuní a algunos amigos alemanes que tenía, y les dije: “Vean, no tenemos más remedio que ir a la guerra” [...] pero, claro, fue una cosa puramente formal.»[64]

En Cádiz, mientras tanto, el enviado Goyeneche estaba experimentando «verdadera angustia» ante el resultado de una guerra en la que había puesto tantas esperanzas. En marzo de 1945, en una carta a su amigo Amadeo, a la sazón uno de los principales asesores de política exterior de Perón, escribió: «Por varios conductos reservados (me) dirigí a Himmler a quien conozco bien [...] A los dos días se me contestó que estaba todo arreglado satisfactoriamente». Según Goyeneche, Himmler mantenía la moral alta. «Junto a la contestación a que más arriba me refiero –añadía–, se me decía que las cosas de guerra saldrán bien a pesar de que habrá que aguantar muchas noticias malas.» Algunas evidencias sugieren que las comunicaciones de última hora de Goyeneche con Himmler se hicieron en nombre de Perón. «Les hicimos saber a los alemanes que les íbamos a declarar la guerra para salvar miles de vida –diría Perón en 1970—. Intercambiamos mensajes con ellos a través de Suiza y España. Franco entendió de inmediato nuestra intención, y nos ayudó. Los alemanes también se mostraron de

acuerdo.»[65]

Esta falsa declaración de guerra tenía un propósito claro: «No habíamos perdido el contacto con Alemania a pesar de la ruptura de relaciones diplomáticas –diría Perón en 1967–. Estando así las cosas recibimos una petición poco corriente. Aunque al principio pueda parecer contradictorio, Alemania se beneficia de nuestra declaración de guerra: si Argentina se convierte en un país beligerante, tendrá derecho a entrar en Alemania cuando llegue el final de la guerra; eso significa que nuestros aviones y barcos estarán en situación de rendir un gran servicio. En aquel momento disponíamos de los aviones comerciales de la compañía FAMA [Flota Aérea Mercante Argentina] y de los barcos que le habíamos comprado a Italia durante la guerra. Así es como un gran número de personas pudieron venir a Argentina». Con aquellas declaraciones, Perón estaba haciendo una señal inequívoca a los historiadores. «Nosotros en esos momentos preferíamos hacerles creer a los imperialismos de turno que habíamos cedido finalmente a sus solicitudes beligerantes. Para ese entonces nos convenía hacer un poco de buena letra, sobre todo para ganar tiempo –diría Perón–. No faltó, por supuesto, un grupo de estúpidos que nos acusaron de debilidad. Esa pobre gente que nunca entiende nada de lo que pasa.»[66]

3 - INMIGRACIÓN INDESEABLE



Santiago Peralta (AGN)

EL 20 DE enero de 1942, los capistotes de la máquina de exterminio nazi se reunieron en el número 56-58 de la calle Wannsee, en Berlín, para tratar de la «Solución Final a la Cuestión Judía». En atención a los presentes, el jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, Reinhard Heydrich, repasó los progresos realizados hasta la fecha. El teniente coronel de las SS Adolf Eichmann, jefe de la oficina de Asuntos Judíos, tomaba notas. Junto a él se sentaba el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller.

Heydrich dijo que se le había encargado la tarea de limpiar el territorio alemán de judíos. Para ello debía: a) tomar todas las medidas necesarias para una creciente emigración de judíos; b) dirigir el flujo de dicha emigración, y c) acelerar los trámites de emigración en cada caso individual.

Heydrich había podido mostrar algunos resultados. Un total de «537.000 judíos habían sido enviados fuera del país entre la toma del poder y la fecha límite del 31 de octubre de 1941». Pero la emigración era «no sólo un problema alemán, sino también un problema que habían de abordar las autoridades de los países a los que se dirigía el flujo de emigrantes», y los nazis habían chocado contra un muro: el resto del mundo estaba cerrando sus fronteras a los judíos.

La emigración como «solución» en el período prebélico se había visto obstaculizada por «dificultades financieras, como la exigencia por parte de varios gobiernos extranjeros de crecientes sumas de dinero». La falta de cooperación de los países extranjeros, y los considerables sobornos que exigían por los judíos los representantes diplomáticos de dichos países, habían constituido un auténtico escollo. La «restricción de permisos de entrada, o la cancelación de éstos, acrecentaba extraordinariamente las dificultades de emigración», decía Heydrich. Tras el inicio de la guerra se había abandonado la idea de promover la emigración, y «otra posible solución» había ocupado su lugar. Heydrich anunciaba ahora planes para «la evacuación de los judíos hacia el este [...] Aproximadamente 11 millones de judíos participarán en la solución final de la cuestión judía europea».[67]

Probablemente ningún país tomó medidas tan extraordinarias para cancelar sus «permisos de entrada» a los judíos como Argentina en vísperas del Holocausto

de Hitler.

ANTISEMITISMO CRIOLLO

ESTA vergonzosa política fue uno de los secretos de guerra mejor guardados de Argentina. Afortunadamente, y a pesar de la cuidadosa limpieza de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Dirección de Migraciones, algunos de los documentos pertinentes escaparon a la destrucción. Y las familias de los diplomáticos destinados en Europa a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940 recuerdan claramente las directivas secretas contra los judíos que escapaban al horror nazi.

En aquella época, los gobernantes de Argentina se veían a sí mismos llevando el timón de una nación predominantemente blanca, católica e hispana, obligada injustamente a compartir fronteras con sus países vecinos de Sudamérica, integrados por una mezcla de razas. «Un argentino es un italiano que habla en español, pero que cree que es inglés»: así es como muchos argentinos se definirían a sí mismos, y el viejo dicho no está muy lejos de la verdad para los que deciden de la vasta inmigración europea. Pero la población autóctona de este inmenso territorio situado en el extremo meridional de Sudamérica fue diezmada primero por los colonizadores españoles, y, más tarde, por los voraces generales de una nación que acababa de lograr su independencia de España. Los que sobrevivieron aquellas brutales matanzas vieron como entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX una oleada de inmigrantes españoles e italianos se abalanzó sobre el país. Junto con un buen puñado de colonos franceses, ingleses, irlandeses y alemanes, a esta oleada de inmigrantes europeos se le acreditaba haber convertido a la capital de la nación, Buenos Aires, en «la París de Sudamérica». El hecho de que aquella mezcla de 15 millones de habitantes incluyera a un conjunto de colonos judíos que totalizaban medio millón de personas fue algo que el establishment argentino inicialmente prefirió ignorar, y que más tarde trataría de corregir.^[68]

Durante la década de 1930 y principios de la de 1940 hubo una sucesión de dictadores militares cargados de medallas y blandiendo espadas, así como de débiles presidentes civiles, que subieron al poder aprovechándose de elecciones fraudulentas. Forjaron una alianza con la Iglesia Católica, que alcanzó su culminación con la revolución de los coroneles que catapultó a Perón al poder en 1943. Los coroneles, ansiosos de legitimar el papel que se habían atribuido a sí mismos de «salvadores de la nación», colmaron a la Iglesia Católica de favores, permitiéndole realizar algunas de sus aspiraciones más antiguas y más queridas. La principal de ellas fue la enseñanza obligatoria de la fe católica en todas las escuelas de la nación, una concesión a los prelados del país que contrariaba la Constitución liberal de Argentina.

La jerarquía eclesiástica argentina, con el aliento del papa Pío XII, empezó a abrigar la ilusión de que se estaba forjando una verdadera «nación católica». La tradición liberal argentina había ido declinando poco a poco durante la década de

1930, y las riendas del poder pasaban a manos de una amalgama antiliberal de fervientes nacionalistas empapados de la ideología nazi, jóvenes coroneles indignados por la corrupción del gobierno y obispos ancianos nostálgicos de una reunificación de la Iglesia y el Estado. Esta mezcla desencadenó el intento de imponer un «Nuevo Orden Cristiano» en Argentina. Los coroneles que tomaron el poder en 1943 llevaron al extremo su devoción católica, elevando a la Virgen María al rango de general del Ejército argentino. A cambio, los obispos bendijeron sus desfiles de estilo nazi, ignoraron los excesos del régimen militar de Perón y respaldaron las políticas sociales de los coroneles.[69]

Una variante de antisemitismo peculiarmente argentina formaba parte también de esta mezcla. Según esta visión, el régimen nazi de Alemania constituía en realidad una herramienta de la Voluntad Divina. «El hitlerismo es, por paradoja, la antesala del cristianismo», escribió el padre Julio Meinvielle en 1940. Este sacerdote era la luz y guía del nacionalismo católico en Argentina. España, bajo el régimen del general Franco, estaba haciéndose cristiana, declaraba, añadiendo que «la terrible bota alemana» aseguraba también la «purificación» de Francia. «Hay que destruir la estructura anticristiana. Ése es precisamente el gran servicio que, sin saberlo y sin quererlo, está prestando el Eje a la Iglesia.»[70]

De nuevo, la reconciliación entre el nazismo y el catolicismo constituía el espíritu impulsor de los coqueteos de la elite argentina con Hitler. Aunque los católicos nacionalistas del país se declaraban contrarios a la «tremenda persecución» de los judíos en Alemania, se trataba de un desacuerdo de grado, no de fondo. El best-seller del padre Meinvielle, *El judío*, publicado en 1936, definía sucintamente esta actitud cuando afirmaba que «los cristianos debemos amar a los judíos de acuerdo al precepto de Cristo de amar a nuestros mismos enemigos». El libro se las arreglaba para sistematizar el pensamiento antisemita argentino mientras que, al mismo tiempo, se declaraba contrario al racismo del estilo nazi. «Debemos amar a los leprosos, y esto no impide que se los aisle para evitar la contaminación; debemos amar a los ladrones delincuentes, y esto no obsta a que se los encarcele para que no dañen a la sociedad», sostenía el libro. Los pogromos hitlerianos estaban mal; lo que se necesitaba eran leyes especiales que tuvieran en cuenta la «peligrosidad teológica de esta raza [...] Ni exterminarlos de en medio de los pueblos cristianos como pretende el antisemitismo ni darles derechos de igualdad como pretende el liberalismo». La influencia de Meinvielle sería duradera, y todavía en la década de 1960 su libro se reeditaría sin cambios.[71]

Fue a través de tan perverso razonamiento como Argentina se convenció de que podía forjar una alianza secreta con Hitler que tuviera en cuenta las raíces católicas e hispanas del país al tiempo que eludía el racismo exterminador de Hitler. Como informó la embajada alemana en Buenos Aires a Berlín en 1938, la ancestría hispana de Argentina había dejado el país demasiado «barnizado con el alquitrán semita» para esperar otra cosa que no fuera el tipo de antisemitismo «religioso» adoptado por Meinvielle.[72]

CIRCULAR 11

CON ESTE telón de fondo, el 12 de julio de 1938 el ministro de Relaciones Exteriores argentino, José María Cantilo, se inclinó sobre su escritorio y firmó una directiva secreta que era el equivalente a una sentencia de muerte para incontables judíos europeos. Teleografiada ese mismo día a los diplomáticos argentinos de todo el mundo, la Circular 11 se calificó de «estrictamente confidencial» y su contenido permaneció desconocido durante 67 años. La orden secreta llegó sólo unos meses después de que la anexión alemana de Austria hubiera puesto a 200.000 judíos adicionales a merced de Hitler. Estaba destinada específicamente a asegurar que ninguno de los judíos alemanes ni austríacos que huían de Hitler llegaran a Argentina, y, por tanto, confirma la justificación esgrimida por Heydrich en Wannsee de que la cancelación de permisos de entrada por parte de los países extranjeros había demostrado que la emigración no era una solución viable para la cuestión judía.

Se daban instrucciones a los cónsules argentinos en todo el mundo para «negar la visación –aún a título de turista o pasajero en tránsito– a toda persona que fundamentalmente se considere que abandona o ha abandonado su país de origen como indeseable o expulsado, cualquiera que sea el motivo de su expulsión». En el sombrío clima de la Europa prebélica, los diplomáticos argentinos sabían que aquella orden tan torpemente redactada aludía a un grupo concreto de la humanidad por encima de ningún otro: los «indeseables» judíos expulsados de sus hogares por los nazis alemanes y los fascistas italianos.

La orden preveía que era poco probable que los refugiados judíos revelaran su verdadera situación ante unos diplomáticos argentinos intransigentes, y aconsejaba a los cónsules que aplicaran su propio «celo y buen criterio» cuando evaluaran casos dudosos. Para asegurarse de que pecaran por exceso antes que por defecto de rigor, la Circular 11 advertía de que el celo aplicado a cada evaluación permitiría al Ministerio de Relaciones Exteriores «establecer la capacidad del funcionario para el puesto». En otras palabras, que si algún «indeseable» pasaba el filtro el cónsul interviniente se arriesgaban a perder su cargo. «Estas instrucciones son estrictamente reservadas y por ningún motivo deberán ser invocadas ante el público o ante las autoridades del país donde ejerce sus funciones», concluía la orden.^[73]

La Circular 11 no venía sola. Se promulgó en secreto para reforzar nuevas restricciones públicamente anunciadas a la hasta entonces bastante benévola Ley de Inmigración argentina. Este estrechamiento del cordón en torno a las fronteras del país se decidió porque Buenos Aires temía, con razón, que la persecución de los judíos en Europa les empujara hacia Argentina, donde existía ya una considerable comunidad judía. El Decreto 8972, promulgado dos semanas más tarde, levantaba la pintoresca exención de visados de la que venían disfrutando hasta entonces los pasajeros de primera clase, basada en la creencia de que los inmigrantes sólo viajaban en segunda o en tercera. El gobierno se dio cuenta de que muchos judíos,

e incluso comunistas, habían descubierto el pasadero de la primera clase, y era ya hora de cerrarlo. En segundo término —y más importante—, el decreto indicaba que a partir del mes de octubre del mismo 1938 se introduciría un nuevo sistema por el que sólo la Dirección de Migraciones tendría potestad para autorizar los “Permisos de Desembarco” que eran requeridos conjuntamente con una visa para entrar al país. Desde aquel momento los funcionarios de Migraciones de Buenos Aires juzgarían las solicitudes caso por caso, basándose en la información personal remitida por los consulados argentinos en Europa. Los cónsules perdían, pues, su capacidad discrecional de sellar visados y autorizar entradas basándose en su propio juicio.

El 30 de julio, cuando el decreto se hizo público, estalló el caos. Los consulados de Argentina en todo el mundo se vieron inundados de solicitudes de judíos que querían entrar antes de la fecha límite, en el mes de octubre. En Buenos Aires, la Dirección de Migraciones también se vio bombardeada de solicitudes de “Permisos de Desembarco”, que los judíos de Argentina presentaban para sus parientes perseguidos en Europa. Esperando aquella fiebre, Argentina había tomado ya medidas preventivas. Además de la secreta Circular 11, el 12 de julio los consulados de Argentina recibieron instrucciones, igualmente secretas, de aplicar los cambios anunciados para octubre como si ya estuvieran en vigor. El día en que se promulgó el decreto la Dirección de Migraciones dejó de emitir completamente “Permisos de Desembarco”, y el 25 de agosto tomó una medida aún más expeditiva, directamente cerrando sus puertas al público.

En Argentina hubo cierta leve oposición al decreto. En el Congreso, un pequeño grupo de parlamentarios pidió explicaciones, especialmente en lo relativo a las instrucciones dadas a los cónsules de averiguar la religión de los solicitantes. El ministro de Relaciones Exteriores, Cantilo, defendió las nuevas restricciones, afirmando que los refugiados no se podían considerar inmigrantes y, en consecuencia, no se les debía admitir. También los parlamentarios conservadores defendieron las restricciones, incluyendo al futuro vicepresidente peronista Vicente Solano Lima, que cuestionó incluso la legitimidad de cualquier presencia judía en Argentina. «Aquí no queremos el gueto», rezongó. Cuando, en diciembre, se celebró una votación para decidir si el Congreso debía considerar la posibilidad de «cooperar activamente con otros gobiernos para fomentar la llegada de emigrantes judíos y su asentamiento en este país», el escaso número de votos no permitió plantear siquiera la cuestión.

Sin embargo, no hubo ningún esfuerzo concertado por parte de la extensa comunidad judía argentina para oponerse al nuevo decreto. No se organizó ninguna marcha de protesta similar a la huelga empresarial de una semana de duración que una organización judía, la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas, inició a finales de noviembre cuando llegaron a Argentina las noticias de las atrocidades de la «noche de los cristales rotos» en Alemania. De manera alarmante, en aquella ocasión las autoridades argentinas reaccionaron mandando a la policía que redactara una lista de las empresas que habían cerrado en apoyo de

los judíos. El Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín recibió un informe detallado donde se declaraba que 1.474 tiendas habían cerrado sus puertas. Había demasiada prensa argentina en «manos judías», concluía la embajada en Buenos Aires. Para la comunidad judía local, consciente de que estaba sometida a tan ominosa vigilancia, la inmigración pasaba a segundo plano ante las amenazas, más inmediatas, del antisemitismo en alza y la creciente presencia nazi en Argentina. Finalmente, los arraigados elementos nacionalistas del país salieron victoriosos. «Hay que oponerse a la invasión semítica», pregonaba el periódico nacionalista *La Frontera*. El efecto combinado de la Circular 11 y el Decreto 8972 resultó calamitoso. La inmigración a Argentina se redujo drásticamente. El número de inmigrantes judíos legales cayó de 4.919 en 1938 a 1.873 en 1939.

Ni siquiera a los judíos que lograban colarse a través de la red se les garantizaba un refugio seguro. El 25 de febrero de 1939, el vapor *Conte Grand* atracaba en el puerto de Buenos Aires con 68 refugiados a bordo. Unos días después, sus apesadumbrados parientes veían cómo se alejaba de nuevo llevando a su preciosa carga de vuelta a Europa. El mismo día llegaba el vapor *General San Martín* con 27 refugiados, de los que sólo a dos se les permitió quedarse. Idénticas escenas se repitieron una y otra vez durante la guerra. Los registros que han llegado hasta nosotros muestran que sólo en el año 1939 unos 200 judíos fueron enviados de nuevo a Europa en 23 barcos distintos. Es posible que el verdadero número fuera mucho más elevado.[74]

A pesar de las instrucciones de no aludir nunca a la existencia de la Circular 11, algunos cónsules la mencionaban en sus comunicaciones con el Ministerio de Relaciones Exteriores. Así, en agosto de 1942 el cónsul en Barcelona informaba a Buenos Aires de que un grupo de 27 refugiados judíos, incluyendo niños, que habían obtenido visados de Paraguay y Chile, buscaban visados «de tránsito» para Argentina con el fin de poder alcanzar su destino final por tren. El cónsul creía su deber asegurarse de que dichos visados se les negaran debido a «su raza» y debido a la Circular 11. También deseaba advertir a Buenos Aires del «movimiento emigratorio de familias hebreas procedentes del centro de Europa hacia los países limítrofes al nuestro». Los cónsules argentinos destinados en dichos países deberían ser cuidadosos, afirmaba el cónsul. El Ministerio de Relaciones Exteriores respondió dando instrucciones de no conceder visados al grupo y de que en el futuro todos esos casos se remitieran directamente a Buenos Aires.[75]

EUGENIA LUSTIG

A LA CIRCULAR 11 le siguieron otras restricciones secretas. En noviembre de 1939, por ejemplo, el ministro de Relaciones Exteriores, Cantilo, dio instrucciones a los cónsules de abstenerse totalmente de remitir cualquier solicitud judía a Buenos Aires. Cantilo recordaba a los cónsules que a los judíos ni siquiera se les debían conceder visados de turistas. Algunos judíos rellenaban los formularios de solicitud en varios consulados al mismo tiempo –advertía el

ministro—, inventándose sus datos de maneras distintas con la esperanza de que alguna solicitud pudiera escaparse a la acerada mirada de los funcionarios de Buenos Aires. Obviamente, estas nuevas órdenes reflejan el celo con el que se pretendía evitar que los judíos entraran en Argentina. Pero también dan testimonio del hecho de que muchos cónsules aceptaban sobornos por conceder visados de entrada, y de que Buenos Aires era consciente de este hecho, que veía con desagrado.[76]

Vender visados a los judíos se convirtió en una especie de industria casera para algunos diplomáticos argentinos. Aunque en la escala de la infamia esto se hallaba muy por debajo del tipo de rescates que obtenían los nazis, los argentinos de manera similar basaban su extorsión en proporcionar escapatorias a sus propias directivas contra los judíos. Pero mientras que el dinero de los rescates obtenido por los nazis iba en parte a las arcas del estado, los diplomáticos argentinos actuaban principalmente por su cuenta y riesgo, aprovechándose de la oportunidad de hacer el negocio más sórdido de todo el siglo.

Este tráfico era especialmente activo en el consulado argentino en Milán, según relata Eugenia Lustig, judía italiana de Turín, quien, junto con su marido, de origen milanés, en 1939 logró obtener un visado de entrada en Argentina. Los Lustig tenían la suerte de ser profesionales acomodados. La señora Lustig era médico; su marido, un ejecutivo de la empresa Pirelli. «No podíamos trabajar por culpa de las leyes raciales de Mussolini —me explica—. Los italianos nos hicieron despedir a nuestras empleadas domésticas, dos hermanas que llevaban treinta años con nosotros y que no podían entender el porqué. La policía italiana se llevó nuestra radio porque no quería que escucháramos las noticias de la BBC por la noche. Todos los porteros del edificio eran espías fascistas. Luego llegaron los alemanes. Después de eso, venía la muerte.»

El consulado de Milán se convirtió en punto de encuentro para los judíos de numerosas nacionalidades que iban de camino a Estados Unidos o a Sudamérica. «Siempre estaba lleno de gente: judíos de Alemania, de Polonia, que pasaban por Italia —recordaba Lustig, que en aquella época aún no había cumplido los treinta años—. No es que hubiera muchos judíos nacidos en Italia, pero todos ellos trataban de ir a Argentina. Muchos de ellos huían de Europa central. Fue un momento terrible. Yo llegué a Buenos Aires en agosto, justo cuatro días antes de que estallara la guerra.»

Muchos se veían rechazados en el consulado, bien porque no podían permitirse el soborno, bien porque se les aplicaba la Circular 11. «Era evidente que a los judíos no se les quería, no se decía abiertamente, pero se hablaba de ello. Hasta el punto de que mucha gente iban en cambio a Ecuador, Perú, Bolivia o Paraguay, países que sí expedían visados, y de allí iban pasando poco a poco a Argentina.»

Entre los judíos de Milán era un hecho conocido que había que pagar sobornos. «¿Hoy cuánto vale la visa argentina?», era la pregunta habitual en la calle, delante del consulado. «Pero el verdadero y principal problema era que no

querían judíos», recordaría Lustig.

La refugiada turinesa llegaría a convertirse en una de las más destacadas especialistas en oncología de Argentina, pero no antes de verse sometida a una nueva humillación: «Tras la guerra, Perón seguía sin querer reconocer mi titulación médica italiana». Al no poder abrir una consulta privada, Lustig se dedicó a la investigación científica pura, en la que llegó a descollar. Un día, el ministro de Salud de Perón, Ramón Carrillo, la llamó por teléfono: «Dijo que me enviaba a un joven que quería ver las investigaciones que yo estaba realizando». Aquel joven resultó ser un recién llegado de Alemania. Pero no permaneció durante mucho tiempo en el laboratorio de Lustig, ya que pronto hubo de marcharse para atender a su consulta privada: «Tengo un permiso médico firmado por el ministro», le explicó sonriente el alemán.[77]

SANTOS GOÑI

MI ABUELO, Santos Goñi, había sido cónsul de Argentina en San Francisco, Viena y Génova durante las décadas de 1920 y 1930 y era muy consciente de la existencia de la directiva secreta contra el ingreso de judíos. Goñi gozaba de una antigua relación con José María Cantilo, ministro de Relaciones Exteriores y autor de la Circular 11 que prohibía el otorgamiento de visas a refugiados del Holocausto. Aunque parezca contradictorio, mi abuelo sentía una sincera aversión por los nazis, así como por los nacionalistas argentinos que admiraban a Hitler. Mientras fue cónsul en Génova, de 1934 al 38, bramaba de furia contra la seguidilla de nacionalistas argentinos admiradores del Reich que llegaban de Buenos Aires en camino a la admirada Alemania. Pero su antinazismo se combinaba con una característica que marcó a los diplomáticos argentinos de su época, la marcada ausencia de sensibilidad respecto a la difícil situación de los judíos. Era un diplomático de carrera, imbuido del sentimiento de obediencia propio de la vieja escuela. Y las órdenes que recibía de Buenos Aires eran muy claras respecto a negar el ingreso de judíos al país. [78]

Descorazonados ante la dificultad de obtener visados para Argentina en Europa, muchos judíos viajaban a países vecinos y trataban de entrar subrepticamente desde allí. Los países limítrofes que otorgaban más visas a judíos eran Uruguay y Bolivia, recibiendo ambos grandes contingentes de refugiados. Destinado a La Paz entre 1939 y 1944, Goñi hubo de afrontar un gran número de solicitudes de judíos que deseaban entrar en Argentina desde Bolivia. Mi abuelo se sintió especialmente conmovido por el caso de una hermosa joven que vació un bolso lleno de joyas sobre su escritorio en La Paz. Al ver que con ello no le impresionaba, se quitó la ropa y ofreció en vano su cuerpo desnudo a cambio de la admisión. [79]

A Bolivia habían llegado en particular una gran cantidad de judíos alemanes. Entre ellos se encontraba Wolfgang Levy, un joven oriundo del barrio de Schöneberg en Berlín cuyos padres obtuvieron visas argentinas antes que las

puertas fueran definitivamente cerradas por la Circular 11 y el Decreto 8972. Con aquellas visas lograron embarcarse desde Hamburgo a Buenos Aires en octubre de 1938. El joven Levy, sin embargo, no pudo huir con ellos por una desafortunada conjunción de factores. Primeramente, se encontraba en Praga, a donde había llegado en septiembre escapando de la ocupación nazi de Checoslovaquia, a donde Levy había estado en un colegio pupilo. Además, ese mes de octubre el régimen nazi estaba en proceso de invalidar los pasaportes de todos los judíos alemanes, con la cual la premura por viajar era absoluta. Los que estaban fuera del país, como Levy, debían renovar el suyo al volver a Alemania. "Mi madre me llamó por teléfono y les dije que aprovecharan de irse, que yo encontraría la manera de seguirlos," recordaría Levy largas décadas después.

Una vez en Buenos Aires, ante la imposibilidad de obtener una visa argentina para que su hijo pudiera viajar desde Europa, el padre de Levy obtuvo a través de un soborno una visa en la embajada de Bolivia. Pocos días después, Levy fue a la embajada de Bolivia en Praga, donde su pasaporte alemán (renovado con la "J" obligatoria por la nueva ley) fue estampado con la preciada visa sudamericana. Luego de un largo viaje sobre el Atlántico y tras cruzar el Canal de Panamá, Levy llegó al puerto de Arica en la costa del Pacífico de Chile. Desde allí viajó en tren a Bolivia. "Cuando llegamos a la estación ferroviaria de La Paz se escuchaba más alemán que otra cosa," recordaría Levy. "Todos los parientes que había, y los que no eran parientes, venían a esperar el tren que venía de Chile con inmigrantes, a ver si encontraban a alguien que conocían."

La trenes con judíos venían de Chile o de Uruguay. "Bolivia fue el único país que dio en esa época visas valederas," recordaba Levy. Aunque las visas bolivianas eran generalmente auténticas, había un gran comercio de visas falsas de otros países con las cuales resultaba imposible viajar. "Las visas de Paraguay tenían un sello así de grande, y más grande la firma, pero valor cero." Con apenas 18 años, Levy sobrevivía en Bolivia como podía, tomando trabajos temporarios mientras planeaba como cruzar a Argentina para reunirse con sus padres. Fue mozo en un café, vendedor en una fiambrería y dibujante en un estudio de arquitectura en La Paz.

"La vida de cada uno de nosotros estaba en algún momento colgada de un hilo finito. Varios se rompieron, todos los que no pudieron salir. Otros tuvieron la suerte de salvarse de último momento, yo fui uno de estos. Mi padre pagó durante dos años cuotas mensuales por mi visa a Bolivia. Había que tirarse al agua, porque si no lo hacía, no había ninguna chance de nada."

Pero luego de franquear el océano, los judíos llegados a Bolivia se encontraban con una muralla infranqueable, la oficina del cónsul Goñi. "Quienes fueron a Bolivia y no tenían ninguna intención de quedarse allí, fueron al consulado argentino," recordaría Levy. Allí la respuesta era siempre la misma: "Usted no, usted no, usted no vuelva, porque usted no."

Como los demás judíos esperanzados en cruzar la frontera, Levy también acudió al consulado. "No creo que pueda hacer nada para usted," le dijo Goñi.

Levy volvió una semana más tarde: "Para usted no hay nada, mejor no vuelva," repitió el cónsul. El joven Levy, habiendo logrado escapar de los nazis huyendo de Checoslovaquia a Polonia y de allí hasta Bolivia, no iba a darse por vencido tan fácilmente. "Yo volví igual." [80]

Al no poder sortear ni a mi abuelo ni la Circular 11, los judíos en Bolivia recurrieron a otros medios. Muchos murieron intentando cruzar la frontera con Argentina a pie, asesinados para arrebatárles sus pertenencias o abandonados a su suerte por los guías a quienes habían pagado para que les llevaran. Otros recurrían al método, más seguro, de sobornar a guardias de tren y guardias fronterizos para que les permitieran viajar ocultos en los furgones que cruzaban a Argentina. Levy se enteró de estas "pistas ilegales" para esquivar al cónsul. "Había grupos de gente que los pasaban por la frontera, contra pagos por supuesto." Goñi estaba al tanto de aquellos cruces ilegales, alertando a Cantilo en septiembre de 1939 de como se burlaba la Circular 11 en la frontera boliviana. "Ingresan clandestinamente en Tartagal vía Yacuiba alemanes y judíos polacos," telegrafió el cónsul al ministro. "En trenes internacionales también se consigue pasar frontera," se irritaba. "Son centenares judíos llegados a este país que tratan de pasar al nuestro," añadía. "Es inútil se nieguen las visaciones de La Paz si después consiguen sobornar empleados subalternos frontera y entran al país." [81]

En un caso cuyo expediente sobrevive en el archivo del ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, queda claramente expresado el espíritu de la Circular 11. Trata del ciudadano alemán Sigfried Israel Levi, de 57 años (ningún parentesco con Wolfgang Levy), a quien mi abuelo le había cobrado cuatro veces el valor oficial por una visa argentina de turista. El cobro excesivo resultó en una queja de la Dirección de Inmigración a favor de Levi. En una carta a Cantilo en abril de 1940, Goñi explica como aplicaba una política restrictiva aún en el caso de judíos establecidos definitivamente en Bolivia que por razones comerciales o médicas debían visitar temporareamente Argentina. "Esta oficina ha tratado de poner todos los obstaculos posibles para evitar la entrada al país de personas que el gobierno desea excluir y, para lograr ese proposito, nada más eficaz, que la exigencia de fuertes sumas de dinero que hagan caro el viaje," explica a Cantilo. Que el caso en cuestión entraba dentro de la categoría especificada en la Circular 11 no cabe duda. "Para muestra basta el nombre," escribió mi abuelo. "Los decretos expedidos después del año 1934, para reglamentar la entrada de extranjeros al país, especialmente a fin de impedir que ingresen inmigrantes forzados de distintos países europeos, y las circulares de carácter reservado que el Gobierno Nacional ha remitido, para su fiel cumplimiento, a todos los consulados, imponen la obligación y el deber de secundar esa restrictiva política." [82]

El joven Levy, mientras tanto, buscaba como burlar al tozudo cónsul que se interponía entre él y Buenos Aires. Su padre había logrado un trabajo de subcontador en Siam Di Tella, una fábrica de heladeras en aquel entonces, y la empresa le había extendido un contrato laboral por cinco años en Argentina a favor de su hijo. Esto garantizaba que, de lograr Levy que el cónsul enviara su

solicitud a Buenos Aires, la Dirección de Inmigración otorgaría el "Permiso de Desembarco" que obligaría al cónsul en La Paz a extender la visa necesaria para entrar al país.

Sus repetidas visitas al consulado le facilitaron a Levy una puerta inesperada de ingreso. En el consulado había conocido al secretario del cónsul, un joven solo cuatro o cinco años mayor, con quien trabó una relación. "Me encontré un sábado a la noche con el secretario del cónsul en un café," recordaría Levy.

"Necesito que me hagas un favor, que me consigas un formulario de esos que se usan para pedir la visa," Levy pidió al secretario. "Yo lo lleno y vos después lo ponés en la montaña de papeles que debe tener el cónsul sobre su escritorio. Tiene tantos papeles que no sabe ni lo que firma. Para que cuando llegue ahí, lo firma, lo despacha y el formulario se va. El resto lo arregla mi padre en Buenos Aires."

Y así fue. "El secretario tuvo un rasgo de más humanidad que el cónsul," agregaría Levy. Quizás por la juventud compartida, por una compasión que habrá sentido el secretario, el formulario de Levy fue firmado por mi abuelo sin darse cuenta y despachado a Buenos Aires. "Unos 15 o 20 días después mi padre me mandó un telegrama diciendo que había salido mi visa."

Tres o cuatro días más tarde Levy se presentó otra vez ante el cónsul, pero esta vez portando el número de visa que le había cableografiado su padre desde Buenos Aires. "Fui con ese número, me vino a ver el cónsul, desde lejos puso una cara medio rara, lo que era de esperar."

"Dicen de Buenos Aires que con este número usted tiene mi visa," dijo Levy al cónsul.

"Efectivamente," se sorprendió Goñi. ¿"Y cómo llegó esto acá?"

"Señor cónsul, yo me hago responsable por lo que hago, pero el consulado como está organizado es cosa suya, así que ese pregunta me permito no contestarla."

Mi abuelo tomó el pasaporte alemán de Levy, el pasaporte con la "J" de judío, y le hizo volver al día siguiente para retirarlo con la tan deseada visa argentina ya estampada en sus páginas.

"Cuando me dio la visa me miró muy seriamente. Yo le di las gracias de todas maneras, aunque no se lo merecía, pero se las di."

El 16 de mayo de 1940, cuando mi abuelo selló y firmó el pasaporte de Levy, agregó a mano alzada una observación, quizás de rutina, o quizás queriendo desentenderse de la responsabilidad en el visado: "El portador del presente pasaporte posee "Permiso de Desembarco" telegráfico de la Dirección de Inmigración." Al día siguiente, Levy cruzó la frontera a Argentina.

Fue una larga búsqueda para comprender y quizás para de alguna manera reparar los daños causados por una política tan inhumana que me llevó hasta Wolfgang Levy. Él, desde sus 90 años aceptó repasar sus vivencias a los 18 para poder incluirlas aquí. Su antiguo pasaporte alemán, con la visa argentina firmada a regañadientes por mi abuelo, formaba ya parte de una colección de objetos

relacionados al Holocausto que giraba en una muestra educacional por Europa. Levy tuvo la gentileza de solicitar el envío desde Suiza de un scan donde constató aquella para mí inconfundible letra y firma en el documento.

Pregunté a Levy qué sentía, 72 años después, al recordar a mi abuelo. “Si usted está en ese brete y poco más o menos su vida depende de la voluntad de un ser que usted no sabe adentro cómo es, y que por otro lado trabaja por orden de su propio gobierno, que le dio un puesto donde seguramente gana bien y tiene buena vivienda, ese ser no se va a arriesgar a hacer una raya más o una raya menos de lo que legalmente puede hacer. En ese sentido lo entiendo. En la parte inhumana, no la voy a entender nunca. Pero no solamente el cónsul, porque el cónsul solamente generó la consecuencia de lo que hizo el gobierno. Fue el gobierno que le hizo hacer eso.” [83]

El testimonio de Levy y los documentos aquí citados me abrieron una inesperada ventana al funcionamiento del consulado argentino en Bolivia durante los años 1939 y 1940. De cómo siguió aquel comportamiento hasta el 1944, solo tengo pistas y rumores que no sugieren cambio positivo alguno. Esta impresión es reforzada por un expediente secreto que encontré en el sótano del ministerio del Interior, donde se guardaban los documentos más ocultos del gobierno. Allí, en 1944, un íntimo amigo y colaborador de Perón, el general pronazi Juan Pistarini, se enteró de que los judíos seguían utilizando los trenes para ingresar desde Bolivia y se dedicó a bloquearles el acceso. En el mismo expediente, otro estrecho colaborador, el coronel Juan Filomeno Velazco, jefe de la Policía Federal, ordenó una investigación sobre «los individuos sindicados como cabecillas de la internación de judíos en el país». [84]

EMBAJADA EN BERLÍN

EL EMBAJADOR argentino en Berlín, Eduardo Labougle, destinado en el ojo del huracán durante la década de 1930, hubo de afrontar problemas singularmente dolorosos producidos por la Circular 11. Le resultaba difícil conseguir que sus cónsules aplicaran la orden secreta. El asedio a la embajada en Berlín y los demás consulados argentinos en Alemania era constante. Allí llegaban judíos ofreciendo dinero y alhajas por una visa argentina. Labougle, sin embargo, tenía ordenes muy claras de Buenos Aires al respecto. El embajador sufrió varias críticas venenosas, especialmente de su cónsul en Hamburgo, Bartolomé Daneri, que se consideraba un “mártir” de los escrúpulos de Labougle. Los embajadores en otras capitales europeas permitían que sus cónsules lucraran con el dinero que extorsionaban a los judíos, y Daneri estaba molesto porque se sentía excluido. «Papá sabía que los cónsules querían aprovecharse y les había prohibido cobrarles a los judíos a cambio de visas», recordaría sus dos hijas durante una entrevista realizada para este libro casi sesenta años después. A pesar de ello, en Hamburgo era un hecho conocido en 1938 que el consulado argentino vendía visas a los judíos a 5.000 Reichsmark cada una.

De ninguna manera se le podía considerar a Labougle pronazi. De hecho, su carrera se vio parcialmente truncada porque no se amoldó a la política encubierta pro-Eje seguida por los sucesivos gobiernos argentinos. «Cuando papá volvía de las recepciones oficiales en Berlín, él y mamá, ambos vestidos todavía con sus trajes de gala, enviaban cables cifrados a Buenos Aires advirtiéndole de la amenaza nazi — recordaría sus hijas—. Pero los cables acababan en el cesto de los papeles del Ministerio de Relaciones Exteriores.»

Labougle renunció a su carrera diplomática en 1942 debido precisamente a que estaba en desacuerdo con la «neutralidad» de Argentina en la guerra. Mientras que en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores se guardan todavía muchos de los cables en los que, con razón, advertía de la creciente amenaza nazi y del esfuerzo de Berlín para adoctrinar a los ciudadanos alemanes en Argentina, otros han «desaparecido» hacia oscuros cauces gubernamentales. Un cable en particular, fechado en 1940 en Santiago, a donde Labougle había sido trasladado después de Berlín, que advertía a Buenos Aires de que un amigo personal de Adolf Hitler iba a entrar en Argentina desde el vecino Chile, fue eliminado completamente de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores y transferido a los sótanos ocultos del Ministerio del Interior.[85]

Una intrépida joven judía berlinesa logró traspasar sin embargo el cerrado muro del consulado argentino en Berlín para conseguir dos visas argentinas. Fue en 1940, una vez que Labougle ya había sido trasladado a Chile. “El consulado estaba acostumbrado a vivir asediado de gente desesperada que nunca las recibían,” recordaría Inge Schwarz 71 años después. “A mí me recibieron porque hablaba castellano”. Nacida Inge Wolffenstein en Berlín en 1921, la joven hablaba buen español, fruto de una habilidad natural para los idiomas y de las clases de español que había tomado durante sus estudios. Su padre había muerto siendo ella pequeña y su hermano, ocho años mayor, había emigrado a la Argentina en 1938, desde donde había podido tramitar una “llamada” para su madre. La “llamada” era un permiso de entrada que extendía el gobierno argentino para padres e hijos de inmigrantes pero no incluía a su hermana Inge.

Wolffenstein y su madre estaban sufriendo graves penurias en Berlín. Los nazis las habían desalojado de su departamento en Wielandstrasse 33 y estaban viviendo con tres otros parientes en dos apretados ambientes de un pequeño negocio cerrado al público. Sin embargo, Wolffenstein no perdió coraje. “Fui al consulado en Berlín. El cónsul era bien conocido como un gran antisemita pero se ablandó porque yo era muy joven y hablaba español. Le conté mi historia y terminamos los dos llorando con un pañuelo grande en el sofá de su oficina. Me dio la llamada aunque no estaba permitido. Fue el único caso en el año 1940. Ellos seguían ordenes de Argentina y en el año 1939 ya se cerró la Argentina para los judíos.” Gracias a su coraje y su habilidad en convencer al cónsul, Wolffenstein y su madre llegaron a Buenos Aires el 27 de octubre de 1940, procedentes del puerto de Yokohama, luego de atravesar la Unión Soviética en tren para poder cruzar a Argentina desde Japón.[86]

Una joven secretaria del consulado argentino en Berlín guardó durante décadas clarísimos recuerdos de la constante afluencia de judíos que acudían en condiciones angustiantes en busca de visas para escapar de los nazis. “¿Usted sabe quienes venían, se imagina?” preguntaría Margarita Ehlert, nacida en Quilmes en 1920, quién llegó a Berlín en 1938. “Los judíos. Pero nosotros no podíamos darles visas, el ministerio no nos daba.” La vida para Ehlert en Berlín no era ningún ramo de rosas. “Yendo a trabajar en bicicleta un día tuve que tirarme en una zanja porque aviones ingleses comenzaron a bombardear un tren cerca mio.” Luego que Argentina hubiera cortado relaciones diplomáticas con Hitler en enero de 1944, Ehlert pasó a trabajar a la embajada de Suecia en Berlín, que quedó a cargo de los intereses argentinos en Alemania tras la ruptura. Finalmente pudo regresar a la Argentina tras el fin de la guerra, arribando en Buenos Aires el 17 de junio de 1945 a bordo del *Cabo de Hornos* con a bordo un contingente de diplomáticos argentinos que finalmente pudieron regresar a su país tras el fin de la guerra.[87]

Otros diplomáticos tenían sus propias propuestas peculiares para frenar el crecimiento de la comunidad judía en Argentina. En agosto de 1941, una petición del gobierno británico para que a 20 niños judíos alemanes residentes en Gran Bretaña se les permitiera reunirse con sus parientes en Argentina fracasó miserablemente. El embajador argentino, Tomás Le Breton, se negó a expedirles los visados. Una tentativa de intervención personal de Lord Winterton, amigo personal de Le Breton, tampoco logró persuadirle. Los niños judíos «eran exactamente la clase de personas que el gobierno argentino no quería tener en el país, ya que con el tiempo crecerían y contribuirían a aumentar la población judía por propagación –sostenía Le Breton, según informó Winterton al Foreign Office—. De hecho, decía enfáticamente que sólo les otorgaría visados si estaban dispuestos a dejarse esterilizar antes de ir allí, una tarea que yo le dije que estaba mucho más allá de nuestras capacidades llevar a cabo».[88]

Las órdenes secretas hacían prácticamente imposible para los refugiados judíos entrar en Argentina si no era a través de tortuosas rutas ilegales. «A partir de 1941 no pudo entrar casi nadie más», recuerda Marcelo Fuhrmann, judío originario de Viena, cuyo hermano fue una de las últimas personas que lograron colarse en Argentina, en 1938. Él mismo hubo de esperar hasta después de la guerra para obtener un visado. Las estadísticas de la Dirección de Migraciones respaldan la afirmación de Fuhrmann. El número de pasajeros de segunda y tercera clase de los transatlánticos que estaban dispuestos a declarar que su religión era la judía a su llegada a Buenos Aires descendió de 2.006 en 1941 a tan sólo 60 en 1942, cayendo aún más hasta llegar a ser sólo de 26 en 1943 y de un único pasajero en 1944.[89]

ALTERNATIVAS PERVERSAS

TANTO el Departamento de Estado norteamericano como el Foreign Office británico eran conscientes de la práctica generalizada de vender visados a los

judíos. «Entre los funcionarios consulares destinados en Europa dichos sobornos constituían la regla, antes que la excepción», informaba en 1943 el embajador estadounidense en Buenos Aires. Aunque los cónsules cobraban menos de mil pesos por cada caso, los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino recibían cantidades considerablemente mayores. El empresario Adolfo Hirsch, presidente de la Sociedad Filantrópica Judía de Buenos Aires, que ayudaba a los refugiados judíos que llegaban de Europa, le dijo al embajador estadounidense que los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores llegaban a recibir hasta 30.000 o 40.000 pesos «por arreglar la entrada de un grupo de refugiados judíos». La embajada había sabido, por otra fuente independiente, que la tasa en vigor oscilaba entre los 2.000 y los 3.000 pesos por una sola persona, y alrededor de los 5.000 por un matrimonio. «La inmigración de la mayoría de los refugiados parece violar las estrictas leyes y reglamentos de inmigración de Argentina», informaba la embajada.[90]

El embajador británico en Buenos Aires informaba a Londres de que una larga cadena de funcionarios recibían sobornos de entre 5.000 y 10.000 pesos. «Este tráfico, que ha enriquecido a muchas personas con influencia en los círculos políticos argentinos, desde el entorno inmediato del presidente hasta funcionarios menores del Ministerio de Agricultura, la policía y las autoridades portuarias, ha ayudado sólo a aquellos cuyos parientes querían y podían pagar sobornos», escribió Sir David Kelly en abril de 1943.[91]

Parece ser que el cónsul argentino en Barcelona, Miguel Alfredo Molina, hizo un negocio especialmente redondo. En octubre de 1945, el agregado militar estadounidense en España, coronel Wendell G. Johnson, elaboró un informe sobre sus actividades para la inteligencia militar. Molina era el cónsul que más tiempo llevaba en España, y ya en 1928 había sido destinado a Sevilla. De carácter claramente temerario, se había apoderado de los pasaportes de unos setenta argentinos considerados «rojos» que habían sido detenidos en el campo de prisioneros y refugiados de Miranda, pretendidamente para devolvérselos tras comprobar su autenticidad. Pero en lugar de ello, Molina puso los pasaportes en venta, ofreciéndoselos a nazis y judíos indiscriminadamente. El coronel Johnson informaba de que los pasaportes se vendían por 35.000 pesetas cada uno. Johnson estaba obviamente alarmado por las actividades de Molina. Sugirió que «podría haber justificación para realizar una protesta oficial». Además, tenía en su mesa documentos sobre Molina que confirmaban que colaboraba estrechamente con los nazis. Un informe de 1944 mostraba que Molina había formado parte de una «organización de espionaje y contrabando» implicada en la transferencia a Alemania de materiales de guerra vitales como el volframio y el platino, además de oro.[92]

Pero el diplomático del que se rumoreaba que había ganado más dinero con los judíos era también uno de los más distinguidos que había tenido Argentina. Se dice que mientras fue embajador de Argentina en París, desde 1938 hasta la ocupación nazi, Miguel Ángel Cárcano se embolsó un millón de dólares vendiendo

visados a los judíos ricos que buscaban refugio en Francia. Su tráfico de visados sería la comidilla de los círculos diplomáticos argentinos durante las décadas de 1940 y 1950. Después de París, Cárcano fue hasta 1946 embajador en Londres, donde disfrutó de un gran prestigio.[93]

¿Quiénes hacían un mayor bien: los diplomáticos que estaban dispuestos a sellar los pasaportes de los judíos a cambio de sobornos, o los que se mantenían incorruptos? El hecho de que el nazismo diera lugar a tales perversas alternativas no hace sino subrayar la maldad intrínseca del sistema. En este caso, quienes aceptaron los sobornos salvaron vidas.[94]

«FUERZAS OCULTAS»

ANTES del golpe que dirigió el 4 de junio de 1943, los escritos de Perón reflejaban ya un notable grado de antisemitismo. En mayo de aquel año el coronel recurrió con facilidad a un vocabulario protonazi al escribir dos informes «estrictamente confidenciales» para su logia secreta de coroneles, el GOU. En un informe sobre «la situación interna», suscribía la noción de un vasto complot judeo-comunista-capitalista contra Argentina, y encontraba «fuerzas ocultas» y «agentes extranjeros de todo tipo y toda actividad, encargados de sabotaje contra el Estado». Dichos agentes estaban «coaligados con [...] políticos vendidos, diarios, judíos, personal de empresas extranjeras, etc.». En resumen: «el país entero se encuentra penetrado».

El análisis que hacía Perón de la situación internacional sostenía que las demás naciones sudamericanas, que se habían alineado con el bando aliado, habían vendido su independencia con la esperanza de ser llamados «a la mesa del reparto, si llegaran a ganar la guerra las plutocracias», una victoria que evidentemente juzgaba dudosa. Siguiendo una línea de pensamiento que recordaba a la de Goyeneche en las reuniones que celebraba en Europa, consideraba a Argentina «mediadora en este conflicto», creyendo que «los vecinos advierten un peligro de extraordinario crecimiento de la influencia argentina en el caso del triunfo del Eje».

Este antisemitismo impregnaba los primeros comunicados internos del GOU tras el golpe, que atacaban a la masonería como una «creación judía» y al Rotary Club como «una verdadera red internacional de espionaje y propaganda internacional judía al servicio de Estados Unidos». Según el GOU, era necesario «destruir en forma radical y terminante el germen antiargentino y disolvente de las diversas entidades y agrupaciones al servicio de judíos y comunistas». Un documento nacionalista anexo a estos comunicados recomendaba prohibir el nombramiento de «liberales o masones o rotarios» para puestos del gobierno, y exigía la expulsión de «el contable Greffier —un judío—, que el Interventor del Consejo Nacional de Educación acaba de nombrar».[95]

Pero a pesar de toda esta retórica de los papeles secretos del GOU, Perón mantuvo un rumbo sereno cuando las presiones de los miembros más antisemitas

de su gobierno sacudieron el barco del estado. Entre ellos se hallaba el ministro de Educación, Gustavo Martínez Suviría, que había publicado una serie de best-sellers antisemitas bajo el seudónimo de Hugo Wast, incluyendo una novela de enorme éxito titulada 666. En algún momento del año 1943 empezó a circular el rumor de que el régimen del GOU estaba empezando a construir un campo de concentración para 10.000 judíos en el partido de Morón, mientras que otros hablaban de un campo de concentración en los bosques de Ezeiza. Es posible que hubiera algo de verdad detrás de aquellos rumores. Un agente de la inteligencia británica, Abraham «Bob» Hamwee, logró obtener las actas de las reuniones ministeriales del GOU mediante sobornos. Supo de ese modo que ciertos ministros estaban presionando en favor de una «solución al problema judío» en Argentina. Según el confidente de Hamwee, fue Perón quien desinfló sus planes en una reunión de gabinete en la Casa Rosada. «¿Por qué matar a la gallina de los huevos de oro?», bromeó Perón.[96]

SANTIAGO PERALTA

SIN EMBARGO, la dictadura del GOU se mostró aún más firmemente contraria a ayudar a los refugiados judíos que el anterior gobierno civil. Si la Circular 11 constituía un obstáculo lo bastante difícil como para que los judíos lo superaran, tras el golpe de 1943 la altura de la valla aumentó todavía más. Aunque hubo una sucesión de generales títere ocupando el sillón presidencial, los coroneles movían las cuerdas entre bastidores, y el maestro titiritero era, por supuesto, el coronel Perón. «La opinión generalizada entre las personas que trabajan activamente para rescatar y socorrer a los judíos es que, en tanto el régimen actual permanezca en el poder, no se puede esperar ningún tipo de ayuda en absoluto por parte del gobierno argentino en la cuestión de los refugiados», informaba el embajador estadounidense en Buenos Aires al recién creado Consejo para Refugiados de Guerra del presidente Roosevelt, el 21 de abril de 1944.[97]

Los coroneles nombraron al antropólogo Santiago Peralta, de formación nazi y aficionado a medir cráneos, responsable de Migraciones. Nacido en la provincia septentrional de Mendoza, famosa por su producción vinícola, en 1887, de niño Peralta se trasladó junto con su familia a Buenos Aires, donde se licenció en Antropología en la Facultad de Filosofía. En 1922 empezó a aplicar su cinta métrica a los cuerpos de los reclutas del Ejército para realizar un «estudio antropológico» sobre la «talla militar». Más tarde se convirtió en inspector escolar y viajó hasta las lejanas colonias judías de la provincia septentrional de Entre Ríos. En 1932 estaba estudiando «antropología aplicada» en Alemania.[98]

Muchos detalles de su vida siguen siendo oscuros, pero hay algo que sí está bastante claro: «Peralta era un nazi»; ésta es la sucinta descripción que daría de él uno de sus sucesores en la Dirección de Migraciones, Héctor Ciapuscio. Según su relato, Peralta se relacionaba con la inteligencia militar. Todavía a principios de la década de 1960, Ciapuscio, como responsable de Migraciones, fue acosado de

manera encubierta en nombre de Peralta para que tratara de bloquear la inmigración de Japón y la Unión Soviética.[99]

El virulento libro antisemita que Peralta publicó en 1943, *La acción del pueblo judío en Argentina*, se revela como el fruto de un cerebro torpe, esquemático y militarista, y casi podría servir por sí solo como prueba suficiente de que el racismo nace de la ignorancia. Probablemente sigue siendo el panfleto antisemita más violento jamás publicado en Argentina, y apareció en un momento en el que las noticias sobre los campos de concentración nazis estaban pasando a ser de dominio público en todo el mundo. Profundamente paranoico, Peralta temía que se estuviera planeando una «conspiración judía» para convertir a su amado país en una nueva patria para los judíos desplazados de Europa. «La Dirección de Migraciones ha estado en sus manos durante mucho tiempo —escribió el experto en razas de Perón—. Son los que colocaron a líderes ignorantes y bárbaros y provocaron la cesación de la inmigración europea para poder seguir siendo los únicos colonos [...] Este extraño cambio de circunstancias coincidió con la caída del régimen judío en Alemania [...] Necesitaban una nueva patria para los “perseguidos” de Alemania, y ese lugar era nuestro país [...] y la marea lenta y silenciosa de inmigrantes judíos pobres continúa mientras los argentinos se emocionan con la música negra, los bailes tropicales y el cine americano.» Y así continúa, con una página tras otra de teorías pseudocientíficas y un revoltijo de estereotipos antisemíticos que sin duda abarrotaban la cabeza de Peralta.[100]

A pesar de su antisemitismo, Peralta hizo carrera, y cuando Perón asumió el cargo de presidente democráticamente elegido el 4 de junio de 1946, confirmó a Peralta en su puesto, levantando una oleada de protestas de los sectores liberales y de la comunidad judía. Lo más increíble de todo fue que en 1946 Peralta volvió a la carga con un segundo libro violentamente antisemita. En *La acción del pueblo árabe en Argentina*, comparaba los beneficios de fomentar la inmigración árabe con las desventajas de admitir a judíos. El judío vive «enquistado en el pueblo que se establece, con la sola relación que necesita con el contacto comercial para explotarlo». Suscribía la noción de que había que castigar a los judíos por la crucifixión de Jesús, «que predicara el amor, la dulzura y la paternidad [sic] entre los hombres, contra la religión de Jehová, que era de castigo, de odio y de temor». La pluma de Peralta rezumaba de veneno nazi. Los judíos eran una «planta parásita» respaldada por «los grandes imperios del dinero extranjero» y por «gobiernos desorbitados». Eran responsables de «explotar a todo el pueblo argentino». Todo esto lo publicaba el responsable de Migraciones mientras en Alemania se llevaban a cabo los juicios de Nuremberg. «No haremos, entonces, distinciones racistas, pero elegiremos lo mejor de entre la raza blanca para crear la gran Argentina que todos anhelamos», declaraba con rostro serio a la prensa de la época.[101]

A mediados de mayo de 1946, en vísperas de la investidura presidencial de Perón, el vapor *Jamaica* atracó en el puerto de Buenos Aires con 70 judíos a bordo. Peralta se negó a dejarles desembarcar. Las organizaciones judías se encolerizaron,

y unos días después, cuando Perón asumió la presidencia, estalló una tormenta de protestas públicas. Se alzaron voces pidiendo la dimisión de Peralta. La prensa publicaba diariamente artículos recordando a Perón que Peralta permanecía en el cargo, y preguntándole cuánto tiempo más seguiría en él. «La permanencia de un antisemita al frente de la Dirección de Migraciones es un insulto al país», tronaba el prestigioso semanario *Gobernantes*. Por su parte, el *New York Times* publicó un editorial sobre el asunto *Jamaica*.^[102]

Durante aquel crucial primer año después del final de la guerra Peralta montó guardia a las puertas de Argentina, negándose a admitir a judíos. El incidente del *Jamaica* no fue un caso aislado. Ya a finales de 1945 la actitud de Peralta había frustrado a los líderes de los grupos internacionales de rescate de judíos que habían visitado Buenos Aires. Cuando le suplicaron que otorgara a los judíos ya residentes en Argentina permisos para llevarse junto a ellos a sus hijos, cónyuges, padres y hermanos, Peralta permaneció imperturbable, y las renovadas súplicas de 1946 resultaron igualmente infructuosas. Se trataba claramente de un asunto que había que llevar directamente ante «el Líder», el presidente Perón. En consecuencia, hacia mediados de noviembre de 1946 un grupo de diez representantes de la comunidad judía entraron en el despacho presidencial. Se pusieron las cuestiones sobre la mesa: la inmigración de judíos estaba bloqueada; Peralta se negaba a hacer excepciones para la reunificación de familias judías, incluso en el caso de los parientes más cercanos. Perón se mostró evasivo. Prometió investigar el asunto. Al final no haría nada.^[103]

¿En qué pensaba Perón durante aquellas reuniones con los líderes judíos? Afortunadamente lo sabemos, ya que trató del «problema judío» con los nazis fugitivos a los que había dado refugio. «Recuerdo ahora uno de los alemanes que fueron a Argentina tras la derrota me hablaba del problema de los hebreos», recordaría Perón en unas memorias que dictó privadamente a una grabadora durante su exilio en Madrid, a finales de la década de 1960. «¿Cómo se figura usted que yo voy a meterme en esa maraña del problema judío cuando sabe usted muy bien que Hitler, con sus 100 millones de habitantes, no pudo resolverlo y qué voy a hacer yo con 20 o 25 millones de argentinos? —le preguntó Perón al alemán—. Si aquí viven los judíos, matarlos, no podemos; ni expulsarlos, tampoco. No queda otra solución que ponerlos a trabajar dentro de la comunidad [...] impidiéndoles que formen organizaciones sionistas separadas.» El presidente compartía la preferencia de Peralta por los árabes, tal como muestra la cinta: «Yo era muy amigo de la colectividad árabe, puesto que era una colectividad peronista de corazón, la judía, más bien por interés [...] Yo tenía diputados senadores, gobernantes de origen árabe [...] Pero, a mi juicio, los árabes tienen sobre los judíos esta superioridad: que se adaptan más fácilmente, que echan raíces, que se funden con la nacionalidad, en tanto que el judío es siempre un extraño, no se integra. Será cosa de raza o de religión. Pero es así».^[104]

PERÓN nunca dismanteló la nociva burocracia que actuaba en contra de los judíos. Lejos de ello, la hizo trabajar en su propio beneficio. Así, se empezó a admitir a los judíos estudiando caso por caso y gracias a la intercesión personal del «bueno» de Perón, mientras Peralta hacía el papel de «malo». El 14 de febrero de 1947, el vapor *Campana* atracó en el puerto de Buenos Aires con 47 supervivientes del Holocausto a bordo. Peralta se negó de nuevo a dejar desembarcar a los judíos. El presidente de la organización judía DAIA apeló directamente a Perón, sorprendiéndole durante una reunión con líderes judíos interesados en formar una organización peronista. Perón escuchó la súplica presentada por Moisés Goldman y ordenó que se aceptara a los supervivientes del Holocausto. Los pasajeros fueron liberados en medio de una oleada de atención de los medios de comunicación y llevados a la mansión presidencial para que pudieran dar las gracias a Perón personalmente. Perón no estaba, pero fueron recibidos por uno de sus ministros. La prensa judía estaba eufórica, y creía que se había alcanzado un punto de inflexión.

Pero la iniciativa de Perón no era humanitaria, y el tiempo demostraría que el gesto del *Campana* era un acto político aislado. Aquella misma semana Perón había logrado dividir en dos a la comunidad judía al crear la Organización Israelita Argentina (OIA), peronista leal, que gozaba del favor tanto de él como de su esposa, Evita. Entre los premios que a la larga ganaría la OIA por su lealtad peronista se incluirían permisos de desembarco, que ésta podría blandir como trofeos ante otros miembros de la comunidad judía. Desde aquel momento la otra organización, la DAIA, más antigua, tradicional e independiente, recibiría sólo las sobras de la mesa de Perón. «Cuando usted le mete en el negocio, entra en él; el judío es, por encima de todo negociante», le confesaba Perón a su grabadora en Madrid.

Airado, Peralta añadió una lacónica nota a la lista de pasajeros del *Campana*, donde dejaba claro que sólo «en nombre del Más Excelso Presidente de la Nación» aquella vez se hacía una «excepción» y se permitía desembarcar a los judíos. Sin embargo, Perón mantuvo firmemente en vigor las restricciones que hicieron posible la «excepción» de Peralta.^[105]

A pesar de ello, las peticiones de dimisión de Peralta siguieron aumentando. Goldman, de la DAIA, se reunió con Perón dos veces, en marzo y abril de 1947, con el fin de interceder en favor de 12 refugiados judíos con visados de tránsito a Paraguay. Los trastornos políticos en ese país les impedían avanzar hasta allí, y Peralta había ordenado su regreso a Europa. Al mes siguiente se impidió desembarcar a otros 14 refugiados, a los que se mantuvo a bordo del barco durante tres meses, y sólo la opinión pública en Estados Unidos obligó a Peralta a ceder. La interceptación de un comunicado secreto dando instrucciones a los cónsules argentinos para que negaran visados a los judíos se convirtió en tema de debate en la ONU. Luego, a un hombre de negocios judío que se reunió con Peralta para pedirle un “Permiso de Desembarco” para su hermano se le respondió que hiciera

las maletas y se fuera mientras él y la comunidad judía estuvieran a tiempo. Los grupos de rescate y de ayuda a judíos presentaron una protesta oficial. Finalmente, en junio de 1947, Perón cedió a las presiones, y Peralta fue cesado.[\[106\]](#)

No obstante, de un modo u otro, y a pesar de la política de puertas cerradas, una parte de la oleada de seres humanos expulsados de la Europa ocupada logró colarse en Argentina. Las estimaciones varían, especialmente en un país con unos registros tan deliberadamente incompletos, pero se cree que entre 1933 y 1945 entre 20.000 y 30.000 judíos encontraron un nuevo hogar en Argentina. Probablemente resulte imposible establecer una cantidad definitiva, ya que las directivas secretas obligaron a la mayoría de los judíos a entrar ilegalmente. Entre 1942 y 1945, por ejemplo, existen únicamente 240 casos documentados de entradas legales de judíos. Sin embargo, las cifras proporcionadas por algunos grupos de rescate de judíos sitúan el total para ese período en una cifra tan elevada como 4.460. Por otra parte, la posibilidad de que algunos de esos grupos pudieran haber inflado sus cifras para estimular las donaciones constituye un indicativo de lo espinosa que resulta la cuestión y de los escollos que aguardan al investigador.

Incluso esta cifra tan baja resulta más elevada que la de otros países del hemisferio occidental, incluyendo Estados Unidos. Esto, sin embargo, no constituye ningún mérito por parte de Argentina. La inmensa mayoría de los judíos que llegaron o bien lograron hacerse pasar por católicos, o bien pudieron permitirse pagar los fuertes sobornos exigidos por los diplomáticos argentinos y los funcionarios de Migraciones. Sea cual fuere la cifra definitiva, seguirá siendo abismalmente baja en comparación con el número de vidas que se podrían haber salvado si Argentina no hubiera llevado a cabo su política secreta contra los judíos con tanto rigor. ¿A cuántos miles de personas más se podría haber rescatado si los burócratas de Buenos Aires hubieran aplicado un mínimo de generosidad y de decencia humana?[\[107\]](#)

4 - EL ABANDONO DE LOS JUDÍOS ARGENTINOS



Expediente Auswärtiges Amt

ADEMÁS de impedir la entrada a los judíos europeos que huían de Hitler, Argentina también se mostró renuente a la hora de rescatar al centenar aproximado de judíos argentinos aislados en territorio alemán. Para mostrar su buena voluntad hacia la única nación «neutral» que quedaba en las Américas, el régimen nazi había decidido apiadarse de aquel pequeño número de personas. Una y otra vez durante la guerra, Berlín ofreció a Argentina la oportunidad de repatriar a sus ciudadanos judíos residentes en Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Italia y Grecia. El ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, se mostraba especialmente preocupado por ellos.

Ribbentrop, famoso por su odio a los judíos —y que en la posguerra se convertiría en el primer ejecutado a raíz de los juicios de Nuremberg—, se tomó muchas molestias con los judíos de Argentina. Para ello hubo de enfrentarse, sobre todo, al jefe de las SS, Heinrich Himmler, que no podía comprender por qué había que eximir a los judíos argentinos de la «Solución Final». Himmler se negaba también a contener a sus agentes secretos en Argentina, que estaban implicados en todo tipo de peligrosos entuertos con los coroneles de Perón; entuertos que, de ser descubiertos, podían forzar una ruptura de relaciones con el Eje. El jefe del departamento latinoamericano del Ministerio de Asuntos Exteriores, Otto Reinebeck, recordaría en los interrogatorios a los que sería sometido en la posguerra: «La íntima relación del SD con los representantes argentinos había sido durante mucho tiempo una espina clavada en la carne del Ministerio de Asuntos Exteriores, puesto que temíamos que en algún momento un escándalo internacional forzara a Argentina a cambiar el rumbo de su política respecto a Alemania, aunque sólo fuera para salvar las apariencias en su relación con los aliados». Las relaciones con Argentina eran extremadamente buenas. Los intereses económicos alemanes en el país eran considerables, y Argentina proporcionaba una discreta cobertura a la amplia red de espionaje nazi que operaba en su territorio. Su sistema financiero servía de conducto para blanquear dólares estadounidenses; materiales de guerra vitales como el platino, los diamantes industriales, la insulina, el extracto de hígado, el hierro, el acero y otros productos

manufacturados por empresas alemanas entraban constantemente de contrabando en Alemania procedentes de Argentina.[108]

LUIS IRIGOYEN

SIN EMBARGO, los diplomáticos del país tenían órdenes claras de Buenos Aires de no ayudar a los judíos argentinos que residían en la Europa ocupada por los nazis. En enero de 1943, el embajador en Vichy, Ricardo Olivera, fue invitado por los alemanes a tratar de la repatriación de unos quince judíos argentinos que vivían en Francia. Los alemanes querían dejarles marchar, y dieron tres meses de plazo al embajador para que arreglara su evacuación. Seis meses después todavía se preguntaban, desconcertados, por qué el embajador no había aprovechado su oferta.[109]

Los alemanes se impacientaban cada vez más. Empezaron a presionar a la embajada argentina en Berlín para que diera una respuesta. «Es deseable que todos los ciudadanos de Argentina pertenecientes a la raza judía abandonen los territorios alemanes [...] El Ministerio de Asuntos Exteriores consideraría un acto de especial cortesía que la embajada argentina hiciera que todos los judíos argentinos regresaran a su patria», declara un documento nazi que ha sobrevivido hasta nuestros días. Los alemanes habían elaborado listas de judíos argentinos residentes en Grecia, Holanda y otros lugares para acelerar su evacuación. Lo único que faltaba era la aprobación de Buenos Aires.[110]

En marzo, la invitación a evacuar a todos los judíos argentinos de los territorios ocupados por los nazis se extendió oficialmente al secretario de la embajada argentina en Berlín, Luis H. Irigoyen. Este argentino, alto y apuesto, que gozaba de excelentes relaciones y hablaba el alemán con fluidez, era un modelo de diplomático. Era el hijo natural del ex presidente argentino Hipólito Yrigoyen, fruto de su relación secreta con la austríaca Luisa Bacichi. La falta de entusiasmo de Irigoyen les resultó tan desconcertante a los alemanes que más tarde éstos harían la reflexión de que «en Buenos Aires no entendían en absoluto el problema». De todos modos, y para no correr riesgos, el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán envió a Adolf Eichmann una nota recordándole que los judíos argentinos no debían ser enviados a la muerte.[111]

No mucho después, en torno al 29 de abril, Irigoyen fue invitado de nuevo al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde se le preguntó si Argentina podría arreglar la repatriación de seis judíos argentinos residentes en la ciudad griega de Tesalónica. Eberhardt von Thadden, el diplomático que hacía de enlace con la oficina de Asuntos Judíos de Eichmann, afirmó que resultaba «inconcebible» que aquellos argentinos permanecieran allí después de que Grecia se hubiera «limpiado» de todos sus judíos. Siete judíos argentinos en Bélgica, y varios más en Holanda, se hallaban en la misma situación. Los alemanes querían que Buenos Aires arreglara su inmediata partida. Irigoyen intentó ganar tiempo, seguramente recordando las instrucciones contenidas en la Circular 11. «En el caso de los judíos

argentinos, resulta difícil transportarlos a casa», le respondió vagamente a Thadden.[112]

Irigoyen abandonó a su suerte inclusive a 59 supuestos argentinos en la ciudad polaca de Cracovia. Los documentos de 16 fueron enviados por Eichmann a Thadden, comprobando Irigoyen que cinco al menos eran auténticos. Hasta enero de 1944 Thadden siguió solicitando sin éxito a Irigoyen por dos de ellos, el matrimonio de Israel y María Galler, enviados finalmente a Bergen-Belsen. Ya antes, con respecto a los judíos argentinos en Grecia, Irigoyen había dicho a Thadden que rescatarlos «levantaría más polvo de lo que valdría la pena, porque tendría que pedir consentimiento del gobierno argentino».[113]

En realidad, la embajada argentina en Berlín estaba plagada de simpatizantes nazis, algunos de ellos vinculados al servicio secreto de Himmler, como el agregado naval, Eduardo Ceballos, asiduo visitante del cuartel general del SD en Berlín. La actitud de aquellos argentinos contrastaba claramente con la del embajador brasileño, que «durante las incursiones aéreas aliadas se mostraba loco de contento, e incluso corría a su jardín y hacía señales intermitentes con un farol para ayudar a los bombarderos», tal como descubrió el servicio secreto nazi. Quizá la única excepción a la regla fuera el encargado de negocios, Luis Luti, que hizo algunos intentos como mínimo de aliviar la situación de los judíos argentinos. Luti logró obtener la exención de las «raciones para judíos» en el caso de los judíos argentinos que vivían «en el territorio del Reich y en el del Protectorado de Bohemia y Moravia». En su informe a Buenos Aires se mostraba exultante: «Los ciudadanos judíos de los países neutrales restantes están siendo sometidos al racionamiento facilitado a los israelitas alemanes que implica la casi total supresión de la alimentación». Ribbentrop había accedido a las demandas de Luti a pesar de la «oposición casi irreductible» de la oficina de Himmler. «Este arreglo, que diverge por completo de las disposiciones legales, se ha hecho únicamente con el deseo especial de complacer a la embajada argentina», declaraba el ministerio de Ribbentrop. Pero incluso lo poco que hizo Luti le creó problemas. Los agentes del servicio secreto nazi le sometieron a vigilancia, abrieron su correo y difundieron rumores perjudiciales sobre él. Y tampoco es que a sus superiores de Buenos Aires les agradara mucho más. Luti «no era pronazi, y, por tanto, no gozaba de la confianza ni de los argentinos ni del SD», declararía Reinebeck en los interrogatorios a los que sería sometido después de la guerra.[114]

En marzo de 1943, y aparentemente en respuesta a las peticiones de Luti, Ribbentrop instó a Himmler a excluir a los judíos argentinos de las rigurosas normas antisemíticas en virtud de la neutralidad de su país. Además — afirmaba —, los judíos argentinos tampoco eran tantos. En realidad, Ribbentrop se estaba tomando muchas molestias por nada. En septiembre de 1943, el embajador en Vichy, Olivera, cablegrafió a Argentina para preguntar si debía proseguir sus esfuerzos para arreglar los permisos de salida. Recibió una respuesta negativa: conseguir permisos para marcharse era algo que correspondía a los propios judíos, sostenía Buenos Aires.[115]

En torno al 21 de enero de 1944, Ribbentrop dio un paso más para proteger a los judíos argentinos de Himmler. Esta vez les ofreció visados de salida. Argentina estaba a punto de romper sus relaciones con Alemania, y Ribbentrop se había alarmado ante la orden de Himmler de que se arrestara a todos los judíos extranjeros de Holanda, incluyendo a los argentinos. Se les debía llevar al campo de concentración de Bergen-Belsen, donde estaban los ciudadanos extranjeros en tránsito. Thadden telefoneó de inmediato al comandante de las SS Rolf Günther, lugarteniente de Eichmann, pidiéndole que se excluyera a los judíos argentinos.[116]

BERGEN-BELSEN

LA POSESIÓN de la ciudadanía argentina constituyó claramente un salvavidas para los judíos de la Alemania nazi. Pero éste no fue un privilegio permanente: poco después de la nueva petición de Ribbentrop, dejó de tener vigencia. El 26 de enero de 1944, bajo una fuerte presión de los aliados por los vínculos entre el servicio secreto de Himmler y los coroneles de Perón, y precisamente tal como había temido Ribbentrop, Argentina finalmente rompió sus relaciones diplomáticas con el Reich. Hitler se puso furioso, y aquel mismo día salieron de Berlín sendos telegramas de Eichmann y del jefe de la RSHA, Ernst Kaltenbrunner, rescindiendo las exenciones para los judíos argentinos. «Todos los judíos y judías de ciudadanía argentina deben ser arrestados de inmediato. Los bienes de los detenidos deben ser confiscados. Se debe llevar inmediatamente a esos judíos, bajo vigilancia, al campo de internamiento de Bergen-Belsen», decían los telegramas.[117]

Ribbentrop montó en cólera cuando se confirmó la noticia de la ruptura diplomática. Escribió una carta a Himmler echando la culpa «directamente al SD» de la pérdida de Argentina. «La carta se cerraba con la observación de que ya no se podría hacer responsable al ministro de Asuntos Exteriores de la política exterior si la actividad del SD en los países extranjeros no se limitaba radicalmente y con efectos inmediatos», recordaría Reinebeck después de la guerra.[118]

Aun después de la ruptura, Ribbentrop siguió pidiendo a Himmler y a Eichmann que perdonaran a los judíos argentinos y que se abstuvieran de «arianizar» sus propiedades, temiendo que Buenos Aires pudiera tomar represalias contra los 80.000 ciudadanos alemanes que residían en Argentina. La petición de Ribbentrop tuvo sólo un éxito limitado. Se llevó de todas formas a los argentinos a Bergen-Belsen, aunque se les dio un trato preferente, al menos durante un tiempo. Después de la guerra, un superviviente de Bergen-Belsen, Rudolph Levy, que había llegado al campo en enero de 1944, recordaba que había conocido allí a 35 judíos de la Europa occidental que tenían la ciudadanía argentina.[119]

En Francia, las autoridades nazis empezaron a tentarse respecto a la «arianización» de las propiedades pertenecientes a ciertos judíos ricos, que Ribbentrop había pospuesto. «Me pregunto si [...] ahora se puede llevar a cabo la

arianización de las empresas ETAM, dado que las relaciones entre el Reich y Argentina se han modificado fundamentalmente», decía el representante nazi para asuntos económicos en Francia en un telegrama enviado a Berlín en febrero. Dos semanas después, Ribbentrop respondía recomendando cautela, dado que Buenos Aires podía tomar medidas mucho peores contra las propiedades alemanas en Argentina.[120]

Tras la ruptura, Thadden hizo una última cuenta del número de judíos argentinos que habían sido internados, y de cuántos permanecían libres. Del centenar inicialmente estimado, un total de 51 habían sido identificados por su nombre. De ellos, 34 habían sido arrestados por orden de Himmler, y o bien se hallaban ya en Bergen-Belsen, o bien estaban de camino hacia allí. «No se puede contar» con su liberación, se lamentaba Thadden. Los restantes 17 argentinos identificados se hallaban, al parecer, detenidos en Holanda. En cuanto a los otros países, «no hay respuesta todavía de Grecia e Italia, lo que significa que es posible que el número de judíos argentinos internados pueda ser mayor de cincuenta y uno».

Thadden sugería que se hiciera una última propuesta al régimen argentino sobre la repatriación de sus judíos. Los diplomáticos argentinos seguían todavía en Alemania, y los intereses argentinos estaban representados ahora por la embajada sueca en Berlín, del mismo modo que los intereses alemanes estaban representados por la embajada suiza en Buenos Aires. La repatriación de judíos de todos los demás países se había realizado ya sin ninguna dificultad. Argentina seguía siendo «el único estado del mundo» que no había realizado la repatriación, declaraba.[121]

A partir de ese momento apenas disponemos de documentos que nos den una pista de lo que ocurrió, aparte de unas breves notas mecanografiadas y manuscritas de Thadden que indican que es posible que en abril de 1944 los judíos argentinos todavía siguieran vivos. ¡Pobre Thadden! ¡Pobre y mal aconsejado Ribbentrop! Los judíos argentinos que tanto lucharon por salvar ante Himmler, Kaltenbrunner y Eichmann resultaron ser de ningún interés para Perón y sus coroneles, allá lejos en Sudamérica.[122]

5 - LA EXTORSIÓN DE LOS JUDÍOS



Hans Fischböck (ICRC)

NO SÓLO los diplomáticos argentinos se beneficiaron económicamente de la difícil situación de los judíos europeos, sino que la propia Argentina se convirtió en un centro de blanqueo del dinero obtenido por el aparato de extorsión de los nazis. Los alemanes expedían visados de salida a los judíos ricos de los países ocupados a cambio del pago de grandes sumas en divisas. Quienes se veían amenazados con la deportación a los campos de concentración habían de convencer a sus amigos o parientes del hemisferio occidental de que transfirieran el rescate exigido a bancos de países neutrales como Suiza, Portugal o Argentina. En ocasiones los rescates se pagaban directamente al Reichsbank; en otras, incluso a la propia embajada alemana en Buenos Aires. Detrás de esa trama se hallaban los funcionarios encargados de la «Solución Final»: Heinrich Himmler y Adolf Eichmann, que actuaban con la autorización del propio Adolf Hitler.

Al principio Hitler pretendía intercambiar a judíos «extranjeros» por ciudadanos alemanes confinados en Palestina o Estados Unidos, quienes imaginaba que colonizarían los territorios recién ocupados del este de Europa. El campo de concentración de Bergen-Belsen se construyó cerca de Hannover precisamente con el fin de agrupar allí a los judíos destinados a dichos intercambios. Sin embargo, cuando la guerra se intensificó y las reservas de Alemania empezaron a disminuir, aquellos planes degeneraron rápidamente en la «venta» de judíos para obtener divisas. Los nazis preferían víctimas con bienes considerables en el extranjero o con parientes en las Américas a los que poder exprimir. Cuando se declaró ilegal la emigración judía, en 1942, algunos funcionarios del Reich continuaron defendiendo firmemente la utilidad de aquellos intercambios de «judíos por dinero». Himmler y Eichmann, aunque menos inclinados a salvar vidas, también siguieron participando en aquellas actividades. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Ribbentrop, mientras tanto, se mantenía al margen de la extorsión, y seguía presionando en favor de la idea original de intercambiar judíos por ciudadanos alemanes, acosando a Himmler y a Eichmann para que mantuvieran vivos a los judíos extranjeros con tal propósito.^[123]

En diciembre de 1942, Hitler autorizó oficialmente a Himmler a liberar a determinados judíos con carácter individual si se podía obtener suficiente dinero. El plan era liberar sólo a judíos ancianos, pero nunca polacos –que habían visto demasiado– ni intelectuales, por muy elevado que fuera el rescate ofrecido. Hitler refrendaba así una práctica predominante ya en la Oficina IV-B4 de Eichmann, en Berlín, que había estado vendiendo permisos de salida a 100.000 francos suizos cada uno para los judíos que reunían las condiciones ideales de edad, dinero y bajo «riesgo de seguridad». Los pagos de parientes y amigos en Estados Unidos, Argentina y otros países sudamericanos solían canalizarse a través de intermediarios suizos.

Cuando la guerra se prolongó, sólo los judíos con contactos nazis pasaron a ser candidatos a un posible rescate. A veces dichos contactos pasaban a través del servicio secreto de Himmler. En 1943 el Reichsmarschall Hermann Göring aceptó obras de arte a cambio de la liberación de determinados judíos, y durante el año 1944, actuando a través de intermediarios suizos y argentinos, también Himmler recibió cuadros, en un caso documentado de una familia de cinco miembros que partió hacia España.[124]

HOLANDA

UNA GRAN parte de los judíos que fueron víctimas de extorsión vivían en los Países Bajos, donde se han documentado cerca de 400 peticiones de rescate, por un importe equivalente a unos 35 millones de francos suizos. Al menos tres de los cómplices de mayor rango, Adolf Eichmann, el general de división de las SS Hans Fischböck y el capitán de las SS Erich Rajakowitsch, escaparían posteriormente a Argentina. Todos ellos habían desempeñado papeles vitales en Austria tras su anexión por Hitler: Eichmann como jefe de la Oficina de Emigración Judía en Viena; Rajakowitsch como su ayudante de confianza, y Fischböck como ministro de Comercio implicado en la redacción de leyes antijudías. Fischböck y Rajakowitsch desempeñaron cargos similares en Holanda. Este último saqueó una auténtica fortuna en bienes judíos, mientras que Fischböck creó un equipo de expoliación en divisas que actuó en estrecha colaboración con el Reichsbank y la RSHA en el saqueo de los bienes y la extorsión de los judíos.[125]

Cuando Eichmann ordenó la deportación de 40.000 judíos holandeses, en junio de 1942, sus representantes en Holanda emprendieron la extorsión sistemática de los miembros más ricos de la comunidad. La oficina de Eichmann en los Países Bajos llevaba un registro de los Angebotsjuden, es decir, de los judíos que podían pagar por su vida. Dicho registro se conocía como la «Lista Frielingsdorf», por el apellido de Margarete Frielingsdorf, la especialista encargada de tales asuntos en la oficina de Eichmann en La Haya. Hubo también otras «listas», una de ellas administrada por Jan Jacob Weissmann, quien tenía un acuerdo con la representante de Eichmann por el que, a cambio de una considerable retribución, aceptaba solicitudes de judíos ricos. Los dossieres que le

transmitió a Frielingsdorf evitaron la deportación a Bergen-Belsen de quienes pudieron conseguir que sus nombres figuraran en la «Lista Weissmann». Otra lista fue la de Erich Puttkammer, quien, a cambio de oro, diamantes o joyas, obtenía un sello especial del «comando monetario» de Fischböck (que pronto pasaría a conocerse como el «sello Puttkammer»), evitando a los judíos ricos que podían permitírsele la deportación al campo de tránsito de Westerbork. Puttkammer también permitía que su cuenta del Banco Rotterdamsche, en Amsterdam, se utilizara para canalizar los rescates pagados a los nazis.[126]

Aunque la documentación pertinente fue destruida por los nazis en su huida al final de la guerra, en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, en Maryland, se conserva una petición de rescate del departamento de Eichmann canalizada a través de Weissmann. En ella se piden 120.000 francos suizos a la familia de Salomon Mayer. «Solicito que la cantidad necesaria de divisas se transfiera a la Sección de Moneda Extranjera del Reichshauptbank III C, Berlín», reza la nota, del 21 de octubre de 1942, firmada por Frielingsdorf. «Contra el recibo de la cantidad de moneda extranjera se entregaran los documentos de migración.» El documento lo proporcionó el consulado estadounidense en Basilea. Mayer logró reunir su rescate, más una cantidad extra de 50.000 francos que se añadió sobre la marcha, y abandonó Holanda en diciembre de 1943. Normalmente las sumas resultantes se depositaban en la Union de Banques Suisses de Zurich. Para evitar la censura aliada, la correspondencia entre judíos, intermediarios y bancos pasaba a través de Argentina y otros terceros países. Aproximadamente la mitad de los judíos querían huir a Estados Unidos, y la otra mitad a Argentina.[127]

WIEDERKEHR Y BÜCHI

EL MINISTERIO de Guerra Económica de Londres emprendió la batalla contra el aparato de extorsión nazi, invitando a Estados Unidos a unirse al Reino Unido divulgando los hechos y las identidades de las personas implicadas. En octubre de 1942, Londres había identificado a los dos principales intermediarios como Arthur Wiederkehr, un despiadado abogado suizo que consiguió dos millones de francos en dinero de rescates para los nazis, y Walter Büchi, un «joven ario suizo» que tenía especial habilidad para poner a sus clientes en manos de la Gestapo tras conseguir su dinero. Ambos trabajaban en colaboración con la oficina de Eichmann en La Haya y con el comando monetario de Fischböck, y mantenían contactos personales con Eichmann en Berlín. Los consulados argentinos en los puertos españoles de San Sebastián y de Bilbao también estaban implicados en el asunto. Éstos proporcionaban visados argentinos a partir de los cuales el cónsul español en los Países Bajos expedía pases de tránsito. Una vez que se notificaba a los funcionarios alemanes que se había realizado el pago, éstos expedían un permiso de salida nazi para el solicitante judío.[128]

Parece ser que la mayor parte de los rescates fueron tramitados por Wiederkehr, que en sus misiones se desplazaba entre Zurich, Berlín y Holanda, y

al que los diplomáticos estadounidenses en Suiza consideraban «uno de los principales malhechores en este tráfico». Las autoridades suizas contemplaban sus actividades con tolerancia. Su trabajo se veía sobremanera simplificado por la facilidad con la que podía obtener credenciales del gobierno de Berna y visados alemanes para sus viajes. La policía suiza conocía a Wiederkehr «muy bien y está plenamente enterada de su actividad», según supieron los diplomáticos estadounidenses en Berna, además de enterarse del rumor de que viajaba con un pasaporte diplomático suizo.[129]

Parece ser que Wiederkehr cobraba 125.000 francos por rescatar a judíos de Holanda. En el caso de un peletero judío de Amsterdam, supuestamente organizó la transferencia de la fortuna íntegra del hombre a cambio de asegurar su huida a Estados Unidos. Su mayor golpe parece haber sido el caso de las familias Hirschler y Alexander, cuyos rescates, valorados en 500.000 francos suizos para cada una de ellas, se organizaron en combinación directa con Berlín. Finalmente Wiederkehr se conformó con 900.000 pesos argentinos pagaderos en Buenos Aires.[130]

Wiederkehr trató al menos un caso de rescate personalmente con Eichmann. El banquero alemán Hans Kroch y su familia tuvieron que pagar a los nazis para que los soltaran de sus garras. Kroch había escapado desde la ciudad de Leipzig en Alemania, donde vivía, a Amsterdam. A través de Wiederkehr había ofrecido parte de su fortuna a los alemanes a cambio de permisos de salida para él, su hijo y sus tres hijas. Pero la esposa de Kroch, de nacimiento Ella Baruch, fue detenida por la Gestapo cuando trataba de cruzar la frontera sin permiso de salida, siendo deportada al campo de trabajos forzados de Ravensbrück. Wiederkehr viajó a Berlín para plantearle el caso de la señora Kroch a Eichmann, que le dio pocas esperanzas. Eichmann afirmó que las personas que estaban en campos de concentración sólo podrían ser liberadas después de la guerra. (De hecho la señora Kroch fue muerta a la edad de 45 años en Ravensbrück el 12 de mayo de 1942). Wiederkehr aconsejó a Kroch que se dirigiera de inmediato a España con su familia, y desde allí a Argentina. Luego de adquirir los pasajes a través de la JDC (una caridad judía de Estados Unidos que socorría a los refugiados del Holocausto) Kroch partió a España en agosto, en compañía de otra familia de cuatro personas, llegando el 14 de noviembre de 1942 a Buenos Aires en el *Cabo de Buena Esperanza* desde Bilbao. Para salir de Holanda, Kroch pagó 100.000 francos suizos a las SS, canalizados a través de Wiederkehr. Una vez en Buenos Aires, Kroch envió a Wiederkehr y a la JDC una lista de 126 personas (o familias) en condiciones de pagar su rescate ellos mismos o a través de parientes en el exterior. La lista llegaría a ser conocida como la “Lista de Kroch”. Su existencia es una triste prueba de cuán difícil es aplicar normas morales rígidas a los que tienen que vérselas con un entramado tan perverso como el nazismo. Con su lista, Kroch intentaba salvar las vidas de otras familias como la suya, dejándolas a la vez expuestas a la extorsión de los nazis.[131]

Mientras tanto, Walter Büchi actuaba como agente de enlace suizo para el comando monetario de Fischböck. Era objeto de una intensa aversión por parte de

los diplomáticos británicos en Suiza, que en sus comunicados se referían a él como «una persona despreciable» y un «indeseable intermediario». Büchi pedía 50.000 francos por persona más un 5% de comisión para él. Sin embargo, en los 26 casos de rescate documentados en los que participó, la mayoría de las personas fueron arrestadas por la Gestapo y enviadas a campos de concentración después de haber pagado a Büchi en diamantes o en divisas. Büchi llamó la atención de los británicos cuando, a finales del verano de 1942, le habló al banquero suizo Paul Dreyfus del cobro de cinco millones de francos suizos para rescatar a 700 judíos de Holanda. Büchi había tratado la idea con el comando monetario de Fischböck, que vio una oportunidad de obtener divisas para el Reichsbank, y parece ser que luego viajó a Berlín para ultimar los detalles. Los bancos suizos mantendrían la suma en custodia hasta que el grupo de judíos se presentara ante el cónsul suizo en Lisboa.[132]

La idea no funcionó, pero eso no evitó que Büchi y Wiederkehr se aventuraran en otros campos, incluyendo conseguir un Rembrandt para la colección de Göring, aparentemente confabulados con el proveedor de obras de arte de éste, Alois Miedl. Parece ser que Wiederkehr también estaba implicado en un caso en el que la familia Busch, de Amsterdam, pagó su huida con cuadros que fueron a parar a Himmler, actuando a través de la complicada mediación de Clemens Oppenheimer, que obtuvo visados argentinos a través de cartas enviadas a Max Speiss de la empresa Águila en la calle Florida 229 de Buenos Aires.[133]

Nacido en Frankfurt, Speiss era ejecutivo de un emporio europeo de curtiembres, Adler & Oppenheimer (Adler significando Águila en alemán). Previendo la larga noche que se venía bajo los nazis, Speiss se estableció en Argentina y adquirió la ciudadanía. Con su primo argentino José Weil, vicepresidente de la Asociación Filantrópica Israelita, ayudaron desde Buenos Aires a judíos a escapar del Holocausto. Entre otras cosas, la asociación conseguía “Permisos de Desembarco” para refugiados sin parientes en Argentina.[134]

Un caso ilustrativo de cómo funcionaba el lavado de dinero de la extorsión nazi en Argentina es el del coleccionista de arte austríaco Wilhelm Mautner, un banquero nacido en Viena que vivía desde 1929 en Amsterdam. Mautner intentó escapar de Holanda con la ayuda de su hermano F. H. Mautner, quien vivía en Nueva York. En octubre 1942 su hermano escribió a la empresa Weil Hermanos de Buenos Aires, diciendo que había recibido un cable de “un amigo en Suiza” (probablemente alguno de los extorsionadores aquí mencionados) recomendándole contactarse con la empresa argentina. En la carta les pide ayuda para conseguir una visa argentina. Precisaba asimismo que Weil Hermanos depositara 5.000 francos suizos en una cuenta en suiza para “salvar la existencia moral, económica y probablemente física de mi hermano”. A su vez, ofrecía transferir la misma cantidad a Argentina o depositarla en un banco de Estados Unidos para compensar el pago pedido por los extorsionadores. También intentó conseguir una visa norteamericana para su hermano en Holanda. A pesar de estos esfuerzos, Mautner tristemente no logró viajar ni a Estados Unidos ni a la

Argentina. Luego de ser forzado a vender parte de su colección de arte, fue sacado de su casa en Amsterdam en diciembre 1943. Fue transportado primero al campo de Westerbork en Holanda, luego al campo de Theresienstadt en Checoslovaquia y finalmente a Auschwitz en Polonia, donde fue asesinado a la edad de 54 años el 29 de septiembre de 1944.[135]

Las comunicaciones de los intermediarios suizos con sus enlaces en Estados Unidos, Argentina y otros países sudamericanos las manejaba la agencia turística de Amsterdam Hoyman & Schuurman, que tramitaba las peticiones de rescate a través de la agencia de reservas Natural Lecoultre, de Ginebra, aparentemente un socio inconsciente de aquel horrible negocio. Dado que resultaba imposible cablegrafiar directamente desde Amsterdam al continente americano, la agencia suiza enviaba los mensajes sin hacer preguntas, a pesar de mostrar su desconcierto por el hecho de que el pago de aquellos telegramas tan caros se hiciera con una rapidez extraordinaria y de que las cartas de Holanda, a veces marcadas con los números de cuatro censores alemanes, se entregaran con inusitada prontitud. Con frecuencia los cables tomaban por sorpresa a los parientes residentes en las Américas, como el que recibió Max Cain en Chile, en octubre de 1942: «A petición Agencia Viajes Hoyman & Schuurman Amsterdam [...] necesidad emigrar de Harry Mendel 16 Okeghemstraat Amsterdam personalmente ahora sumamente urgente [...] permiso salida para él obtenible cuando se paguen cien mil francos suizos libres impuestos en Suiza [...] para más detalles e información cablegrafiar doctor Wiederkehr».[136]

PAVEL EISNER

AUNQUE el aparato de extorsión tenía ramificaciones en casi todos los países neutrales, incluyendo España y Portugal, los esfuerzos más enérgicos para erradicarlo vinieron de los aliados en los dos países neutrales más activamente involucrados, Suiza y Argentina. En 1942, la inteligencia británica detectó la llegada a Buenos Aires del emprendedor ingeniero checo Pavel Eisner. Este hombre de negocios estableció rápidamente relación con «altos funcionarios argentinos», llamando la atención de la Coordinación de Seguridad Británica en Nueva York, que había sido advertida por el gobierno checo en el exilio, establecido en Londres. Eisner estaba vinculado a un grupo anticomunista creado en mayo de 1942 por el jefe de la Iglesia Ortodoxa rusa en Argentina, el arcipreste Konstantin Izrastzoff. [137]

Preocupada por su posible relación con el aparato de extorsión nazi, la inteligencia británica se hizo con los estatutos de la organización. Su sede central estaba en la iglesia ortodoxa de Buenos Aires, un edificio coronado por una cúpula azul, y recaudaba fondos para la «resurrección de Rusia» y la expulsión de Stalin. Pero mientras no pudieran ponerse en práctica tan ambiciosos planes, planeaba rescatar a los rusos «nacionalistas» de Europa, especialmente a los que residían en el antiguo territorio de la Unión Soviética. El plan de Izrastzoff incluía el

nombramiento de un representante de la Cruz Roja para la dirección del comité, anticipándose así al papel fundamental que desempeñaría esta institución a la hora de rescatar a los «nacionalistas» tras la derrota de Hitler en Europa.[138]

La Dirección de Migraciones argentina daba a la organización de la Iglesia ortodoxa rusa un amplio margen para introducir a un gran número de rusos blancos —«cuya moral se basaba en una ideología antimarxista cristiana»— en el país. Aquello no sentaba bien a los diplomáticos argentinos, que sospechaban que Izrastzoff estaba vinculado de algún modo a la venta ilegal de permisos de desembarco a los judíos. Desconfiaban especialmente de su «formidable influencia» en la Dirección de Migraciones, aunque sus críticas se veían frenadas por la creencia de que el arcipreste «cumplía instrucciones reservadas del Vaticano».[139]

Eisner mantenía estrechas relaciones con la vicepresidenta del comité ruso, Sofia Lidska Krupensky, una mujer con «una reputación desfavorable» que afirmaba ser una princesa rusa. Fue Krupensky quien abrió las puertas de los círculos oficiales argentinos a Eisner. Los británicos sospechaban que estaba relacionada con la embajada alemana en Buenos Aires, el tipo de relación que a los ojos aliados hacía de ella prácticamente una espía nazi. Eisner se movía con facilidad en Buenos Aires, estableciendo relación con exiliados acomodados checos, a quienes decía que estaba en contacto con un «gran grupo empresarial» europeo ofreciéndose a adquirir grandes compañías en los territorios checos ocupados por los nazis; por ejemplo, minas de vanadio. Lo que la inteligencia británica realmente deseaba descubrir era la identidad del contacto de Eisner en Europa. Aquel hombre misterioso, un «auténtico enemigo de los nazis», según afirmaba Eisner, se hallaba sin embargo vinculado «a los más importantes funcionarios de la Alemania actual, que estaban en deuda con él en la época anterior a los nazis y se sienten en deuda con él aun ahora». El contacto de Eisner se ofrecía a rescatar incluso a los judíos «que ya han sido deportados», a cambio de unos honorarios que iban de los 100.000 a los 300.000 pesos argentinos para grupos de hasta cinco personas.[140]

GUERRA CONTRA LA EXTORSIÓN

DESDE antes de la guerra los alemanes habían estado utilizando a Argentina tanto para adquirir, como para blanquear las divisas que necesitaban con urgencia. Buenos Aires se había convertido en el destino preferido del «dinero saqueado y los valores incautados en los países invadidos», según un informe del FBI de junio de 1943. Cuando los nazis invadían nuevos territorios saqueaban los bancos centrales y las empresas privadas, buscando especialmente los billetes de dólar que necesitaban para la compra de material de guerra vital. Para blanquear ese dinero —según el FBI—, «todos los agentes del Eje que llegaban a Argentina llevaban grandes cantidades de moneda estadounidense, que ponían en circulación las empresas alemanas legales» del país. Desde Buenos Aires, los

billetes saqueados se canalizaban a Estados Unidos. El FBI creía que Buenos Aires servía de «vía de salida en el hemisferio occidental a los billetes de banco estadounidenses saqueados, que entraban en el circuito comercial en Suiza».

A partir de 1942 las extorsiones se convirtieron en una nueva y maligna forma de adquirir dólares en Argentina para financiar la guerra de Hitler. En diciembre de 1942 el Departamento de Estado norteamericano sabía que Alemania estaba utilizando a instituciones financieras argentinas para el aparato de extorsiones dirigidas a los judíos que vivían en Europa, y que los pesos argentinos depositados en uno de los dos bancos alemanes de Buenos Aires podían servir para comprar permisos de salida para los judíos de Alemania. «La autorización de pagos de rescate a los nazis, como cualquier otra sumisión a un chantaje, no dará otro resultado que un aumento de las demandas y una creciente barbarie por parte de los nazis –transmitía el secretario de Estado, Cordell Hull, en un mensaje a Argentina en enero de 1943—. Este gobierno confía en que el gobierno argentino no formará parte de este tráfico infame y no dará tales autorizaciones.»[141]

Washington y Londres finalmente lograron restringir las actividades del aparato de extorsión nazi publicando una extensa declaración pública, el 24 de noviembre de 1942, en la que desenmascaraban aquella «práctica bárbara e inhumana», aunque excluían cuidadosamente cualquier mención concreta del hecho de que los judíos constituían su principal objetivo. Los aliados señalaban que las demandas de rescate estaban «destinadas a proporcionar divisas para el fomento del esfuerzo de guerra alemán». Se mencionaba la «sospecha» de que «determinados miembros del partido nazi» se beneficiaban personalmente del aparato de extorsión. El Ministerio de Guerra Económica británico compartió con los estadounidenses las evidencias que había obtenido sobre aquella práctica, y advirtió de que había «buenas razones para creer que los alemanes estaban considerando operaciones de este tipo a mayor escala». Los aliados amenazaron con «poner en la lista negra» a cualquier «mediador o agente» implicado, así como a las víctimas que sucumbieran a la extorsión nazi. «Se advierte a las personas [...] que paguen rescate de que se pondrán en situación de que se las trate como enemigos», afirmaba la declaración aliada. «Esta puede ser una medida cruel, pero es la única forma que tenemos de contener esa forma de chantaje –decía un documento interno del Ministerio de Guerra Económica británico—. En particular, es probable que afecte profundamente a la comunidad judía de todo el mundo.»[142]

En un breve plazo de tiempo, y sólo en Suiza, unos ochenta individuos y empresas fueron señalados por el Comité Aliado de la «Lista Negra». Entre ellos se hallaba Wiederkehr, quien se apresuró a presentarse ante los diplomáticos británicos destinados en Zurich, alegando que era inocente de aquellos cargos. Él proponía que, como respuesta al trato que Alemania daba a los judíos, los aliados debían tomar represalias contra los ciudadanos alemanes residentes en los países aliados, deportándolos a algún lugar que reuniera unas condiciones similares a las de Polonia. «No sé de ningún país bajo control aliado donde se den tales

condiciones, y aun queriendo satisfacer al doctor Wiederkehr no veo por qué deberíamos considerar tal proposición», comentaba con ironía un diplomático aliado.[143]

Un periodista de Zurich que fue a visitar a Wiederkehr se encontró con que tanto él como otros intermediarios se habían desvanecido oportunamente. «Aparentemente no le gustaba la publicidad que se daba a sus infames actividades», señalaba el Ministerio de Guerra Económica. Por desgracia, también se incluyó en la lista a muchos parientes y amigos de judíos que, motivados por una sincera preocupación humanitaria, habían accedido a las demandas de rescate. «Aunque el Gobierno de Su Majestad, por razones humanitarias, podría haberse mostrado dispuesto a pasar por alto casos aislados de pagos hechos al enemigo en dichas circunstancias, está claro que el asunto ha alcanzado las dimensiones de un tráfico organizado regular con el que el enemigo espera obtener un beneficio mercantil», declaraba Lord Selborne en Londres.[144]

BUNGE & BORN

LAS EMBAJADAS aliadas en Buenos Aires iniciaron una campaña exhaustiva para erradicar la extorsión. La interceptación de unos cuarenta telegramas con peticiones de rescate intercambiados entre Argentina y Europa mostraba que el aparato de extorsión había alcanzado proporciones alarmantes. A principios de 1943, sólo la embajada británica convocó aproximadamente a un centenar de habitantes de Buenos Aires que eran víctimas de intentos de extorsión.[145]

Uno de ellos era un tal Goldenberg, de origen austríaco y representante en Buenos Aires de la firma Tracey Brothers Ltd., de Manchester. La agencia de viajes holandesa Hoyman & Schuurman le pedía 400.000 francos suizos por su hermano y la familia de éste, que estaban en peligro en Holanda. La embajada británica convocó a Goldenberg y le advirtió de que no pagara el rescate. Él declaró que el objetivo de su comunicación era «meramente dejar el asunto en suspenso el mayor tiempo posible».

La misma firma de Amsterdam pedía 100.000 francos suizos a un hombre llamado Landauer. «Algunos de los refugiados que han venido a verme esta semana me han dicho que ha habido docenas de casos similares», escribía Walter Simon, de la embajada británica, a Londres. Resultaba difícil obtener detalles de los refugiados, temerosos de «la posibilidad de que los nombres afectados por la información que se nos diera llegaran en última instancia a conocimiento del enemigo por un medio u otro». En cualquier caso, los británicos lograron detectar un patrón común, según el cual Hoyman & Schuurman actuaban en colaboración con su filial en Ginebra, Natural Lecoultre, y la agencia Viajes Cafrance de Bilbao y San Sebastián. «Está claro que ésta es la organización que los alemanes están utilizando en su campaña», concluía el diplomático tras sus numerosas entrevistas.

Varias empresas argentinas con conexiones judías fueron también víctimas

de la extorsión nazi. La multinacional argentina Bunge & Born, dedicada a la exportación de cereales, era objeto de chantaje a cambio de la vida de dos socios judíos holandeses. En torno al mes de octubre de 1942 se le dio un plazo de cuarenta y ocho horas a la empresa para que entregara 50.000 dólares en la embajada alemana en Buenos Aires. «Si no se hacía el pago, se enviaría de inmediato a los dos socios y a sus familias a un campo de concentración en Polonia», informaba el Ministerio de Guerra Económica. Bunge & Born solicitó que la embajada británica en Buenos Aires aprobara el pago, pero Londres dijo que aquello no haría sino fomentar más chantajes nazis. «Todos los intentos de obtener el nombre del intermediario en Buenos Aires de los parientes de Bunge & Born aquí han resultado infructuosos», informaba la embajada británica.[146]

Estados Unidos se puso en contacto con varios líderes judíos en al menos dos países sudamericanos tratando de conseguir la promesa de que aconsejarían a los miembros de sus comunidades que no se sometieran a ese tipo de demandas. En Buenos Aires, Adolfo Hirsch, un distinguido miembro de la comunidad judía local que ayudaba a los refugiados en colaboración con el Comité de Distribución Conjunta Judeo-Americano de Nueva York, les dio su apoyo, señalando que la transferencia de los pagos de rescate a Europa se realizaba al margen de los canales bancarios normales por agentes del Banco Alemán de Buenos Aires.[147]

IDA KETELHOHN

A FINALES de 1943 llegó a Madrid el coronel argentino Carlos Vélez. Había sido enviado por Perón en misión secreta para comprar armas a los nazis, pero tenía también una misión personal para un amigo. El coronel era un jugador compulsivo, y su compañero de póquer habitual era Carlos Ketelhohn – un socio comercial del amigo nazi de Perón, Ludwig Freude –, cuya madre, sospechada por los nazis de judía, había desaparecido en Europa. Durante las largas negociaciones que Vélez mantuvo en Madrid con el agente especial y negociante de armas nazi Reinhard Spitzky, el coronel sacó a colación el asunto de la madre de Ketelhohn, llegando a sugerir incluso que su liberación era una condición indispensable para que se cerrase el acuerdo de la compra de armas.

La dificultad consistía en encontrar a Ida Ketelhohn en la Europa de 1944, devastada por la guerra. «Lo que hice fue emitir una orden de búsqueda contra ella –recordaría el oficial de las SS Spitzky cincuenta y cuatro años después–. En un régimen autoritario resulta muy difícil ayudar a alguien: es más fácil actuar en contra de esa persona. De modo que dije que era peligrosa, y muy pronto la localizamos en Rumania.» Con la ayuda del jefe del SD, Walter Schellenberg, Spitzky logró llevar a la señora Ketelhohn a España, donde se alojó en casa de la familia Vélez, pasando días enteros en su habitación mientras Vélez trataba de conseguirle un navicert, el pase especial británico requerido en tiempo de guerra para cruzar el Atlántico.

Finalmente Vélez, acompañado de la señora Ketelhohn, acudió a ver al

agregado militar británico, que estuvo a punto de negarse a ayudarla cuando ella expresó su deseo de regresar a Alemania una vez acabada la guerra. «Yo corría un gran riesgo porque le había prometido a Schellenberg que devolvería a la mujer a Alemania, de modo que, para poder enviarla a Argentina, tenía que fingir su muerte en España. Si un submarino alemán hubiera detenido a su barco en ruta hacia Argentina y hubieran encontrado a aquella mujer, supuestamente muerta, con un navicert británico estampado en un pasaporte alemán, yo me habría encontrado en una situación difícil.»

Ida Petersen de Ketelhohn había nacido en Hamburgo en 1875. La compañía de importación de su marido fue cerrada por los nazis por sospecha de que eran judíos. La señora Ketelhohn permanecía algunas veces con una de sus hijas en Rumania, pero su situación, ya viuda y cada vez más empobrecida, resultaba desesperante. Gracias a la intervención de Spitzzy, sin embargo, fue ubicada en Rumania y enviada a Madrid donde permaneció varios meses viviendo con la familia Vélez. Finalmente llegó a Buenos Aires el 19 de abril de 1945, con 70 años de edad, a bordo del barco carguero *Monte Albertia*, apenas unas semanas antes del fin de la guerra.

Cualesquiera que fueran las esperanzas que Spitzzy tuviera de que aquel acto de caridad para con una mujer medio judía le resultaran útiles cuando huyó a Argentina, en 1948, éstas se verían frustradas poco después de su llegada a Buenos Aires: «Carlos Ketelhohn se encontró con mi esposa en el muelle con un ramo de rosas en la mano, pero luego pasó a cambiarle las cincuenta libras de oro que ella había llevado consigo al peor tipo de cambio posible», relataría Spitzzy.

Aunque Ketelhohn invitó a Spitzzy a una abundante comida en el exclusivo Jockey Club, bastión de la oligarquía argentina, y le hizo repetir una y otra vez el fantástico relato de cómo había rescatado a su madre, fue incapaz de aportar ninguna ayuda material real a la familia Spitzzy en Buenos Aires. El primer día acogió a Spitzzy con los brazos abiertos, pero un mes después le recibía en el vestíbulo. Al cabo de tres meses Spitzzy irrumpía en su despacho: «¡Mire, Ketelhohn, ya es suficiente!: ¡ahora mismo va a pagarme lo que me gasté rescatando a su madre, o le romperé los dientes! —recordaría Spitzzy, riendo—. ¡Que hijo de puta!».[148]

6 - EL INICIO DE LA HUIDA NAZI



Carlos Fuldner (MRE)

EN LOS últimos días de la Segunda Guerra Mundial, un agente especial del servicio secreto de Heinrich Himmler, que hablaba español con un claro acento argentino, descendió de un avión en Madrid. El ex capitán de las SS Carlos Fuldner, rubio y de ojos azules, y de treinta y cuatro años de edad, era un oportunista nato con un especial talento para el fraude. Su llegada desde Berlín, el 10 de marzo de 1945, menos de dos meses antes del suicidio de Hitler, marcó un nuevo comienzo para él y pronto proporcionaría una nueva vida a algunos de los más indeseables criminales del régimen nazi. Encargado de una misión que no estaba previsto iniciar «hasta el final de la guerra», Fuldner estaba a punto de convertirse en el centro de una ruta de escape que permanecería abierta hasta principios de la década de 1950. Para cuando concluyó su tarea, centenares de criminales de guerra y colaboracionistas nazis alemanes, austríacos, franceses, belgas, holandeses, eslovacos y croatas habían encontrado un hogar seguro en Argentina.

A finales de 1944, los campos de prisioneros aliados en la Europa liberada estaban ya rebosantes de cautivos de las quebrantadas legiones nazis. Mucho antes del final de la guerra, una creciente oleada de fugitivos habían empezado a atravesar las fronteras de países neutrales como España, Suiza y Portugal, además de otros como Austria e Italia. Algunos buscaban refugio en la Iglesia Católica; otros ofrecían sus dotes anticomunistas a la inteligencia aliada. El temor a los tribunales de guerra era aún mayor en la mente de los veteranos de las SS artífices de la «Solución Final». Criminales como Adolf Eichmann fueron presa de la depresión cuando se dieron cuenta de que la derrota estaba a la vuelta de la esquina. Eichmann «tenía millones de vidas judías sobre su conciencia», explicaba otro oficial de las SS, Wilhelm Hoettl, que fue testigo del gran temor de Eichmann a la justicia posbélica.

Tales temores no eran infundados. El 17 de diciembre de 1942 las tres principales potencias aliadas habían hecho pública su intención de que «los responsables de estos crímenes no escapen a su justo castigo». Los soviéticos habían ido aún más allá, y ya en julio de 1943 habían juzgado a nazis capturados

implicados en la muerte de judíos. A finales de 1944, la BBC había estado actualizando periódicamente los nombres de individuos considerados criminales de guerra e informando del hecho de que, tras la guerra, les aguardaba un proceso. (Poco después del final de la guerra, el tribunal de Nuremberg declaró que tanto las SS como el Partido Nazi eran organizaciones criminales, lo que convertía a todos sus antiguos miembros en objeto de investigación.) El impacto de aquellas emisiones afectó incluso a altos oficiales de las SS como Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich. «Kaltenbrunner había hecho también en una ocasión un comentario de ese tipo, es decir, que los aliados le consideraban un criminal de guerra», declararía Hoettl en 1961.[149]

Los principales jefes de la Oficina Central de Seguridad del Reich se acusaron mutuamente de ocultar bienes en el extranjero para asegurar su supervivencia después de la guerra. Kaltenbrunner y el agente «estrella» del SD Otto Skorzeny acusaron a Schellenberg de enviar fondos a Suiza, a la vez que se propagaban rumores de que en realidad era Kaltenbrunner quien, oculto en su Austria natal, hacía provisiones para su futuro. «Sé que Kaltenbrunner viajaba al sur, especialmente hacia el final y poco antes de la derrota de Alemania – declararía el jefe de sección del SD Theodor Paeffgen a los norteamericanos que le interrogaron tras la guerra—. Con bastante frecuencia, su agente, el doctor Hoettl, cruzaba la frontera suiza o se hallaba cerca de ella, y presumo que Kaltenbrunner transfirió ciertos fondos a través de dicha frontera con el fin de disponer de una reserva que respaldara sus futuras actividades políticas en Austria.»[150]

En abril de 1945, mientras el Ejército Rojo avanzaba sobre Berlín, los jefes de las SS empezaron a fabricarse pases falsos para su propio uso. «Vino un oficial de alto rango que traía centenares de hojas con toda clase de diferentes membretes impresos», explicaría Eichmann posteriormente. Los oficiales recibieron falsos «certificados» donde se les figuraban como habiendo desempeñado tareas ficticias y de apariencia inocente durante la guerra. «Yo fui el único que no se interesó en absoluto por aquellos falsos certificados», declararía Eichmann después de la guerra.[151]

Al parecer, los altos mandos nazis también se dedicaron a la cuestión de las rutas de escape. La tarea de preparar una ruta le habría correspondido lógicamente a la División de Inteligencia Exterior del SD, a la que pertenecía Fuldner, y de repente los agentes nazis que tenían contactos en Argentina se encontraron al mando de una operación organizada de prisa en Madrid.

Durante los últimos días de la guerra, mientras la jerarquía nazi resistía en Berlín al avance de los aliados, la neutral España se había convertido en el principal refugio para los nazis fugitivos y los colaboracionistas franceses y belgas que huían de las naciones europeas liberadas. Pronto llegarían a la capital de España varios personajes interesantes: entre ellos, el líder parlamentario del partido rexista –un partido fascista belga–, Pierre Daye, y otro agente del servicio secreto de las SS nacido también en Argentina, el francés Charles Lesca, ambos criminales de guerra huidos de la justicia, además del ex embajador rumano

en Madrid, Radu Ghenea, de tendencia pronazi. Todos ellos pasaron los últimos días de la guerra ocultos en Madrid, ayudando a escapar a los agentes de la inteligencia y a los colaboracionistas franceses y belgas, antes de huir ellos mismos a Argentina, donde todos serían recibidos por Perón en Buenos Aires. Durante más de cinco décadas, la estructura de rescate organizada por estos hombres, en colaboración con Perón y ayudados por altos dignatarios de la Iglesia Católica, ha permanecido en secreto. Hasta hoy. En el transcurso de los cinco años siguientes sus operaciones se trasladarían de Madrid a Buenos Aires, y luego a Suecia, Suiza e Italia, y Fuldner, Lesca y Daye descollarían en la tarea que les fuera asignada.

CARLOS FULDNER

NACIDO en Buenos Aires el 16 de diciembre de 1910, en una familia de inmigrantes alemanes, Fuldner se convertiría en uno de los primeros adeptos al credo nazi. En 1922 su padre, Hugo Fuldner, hizo las maletas y regresó a Alemania junto con su esposa y sus tres hijos. La familia se estableció en Kassel; allí el joven Fuldner terminó la escuela secundaria y luego intentó estudiar Derecho, aunque después de cuatro cursos abandonó la carrera. Tras decidir que se quedarían en Alemania para siempre, en 1928 Hugo Fuldner había llevado a sus hijos al registro civil de Kassel y los había inscrito como ciudadanos prusianos. Pero dado que el joven Horst Carlos todavía no sabía con certeza qué ciudadanía le iría mejor, al final decidiría conservar las dos. Y durante toda su vida sería Horst para los alemanes y Carlos en Argentina.

A los veinte años, mientras trabajaba en una empresa llamada Kosmos-Export, en Hamburgo, Fuldner tuvo que arreglar la importante cuestión de su servicio militar obligatorio en Argentina. Con ese fin, en octubre de 1931 se dirigió a la embajada argentina en Berlín y presentó una carta declarando que, aunque seguía sintiéndose «argentino en el corazón», deseaba ser eximido del servicio militar puesto que ahora tenía la ciudadanía alemana. La embajada respondió con una breve nota en la que afirmaba simplemente que «la nacionalidad argentina no es renunciable». Así, y en lo que se refería a las autoridades argentinas, el joven Fuldner se convirtió de repente en un desertor.

En torno a esa época, y como muestran las 33 páginas de su expediente de las SS que han llegado hasta nosotros, Fuldner era miembro de la organización Stahlhelm («Casco de Acero»), una asociación derechista de ex militares. Asimismo, y en un ámbito más prosaico, aunque en sintonía con los altibajos que experimentaría su trayectoria posterior, tuvo problemas por negarse a pagar un billete de tren.

A principios de 1932, Fuldner fue admitido en las SS, convirtiéndose en el miembro número 31.170 de la guardia de elite de Hitler. Tenía entonces veintiún años, medía 1,76, calzaba un 44 y oficialmente se dedicaba a la «exportación comercial». Hablaba alemán, español, francés e inglés. En marzo fue admitido en el Partido Nazi de Munich. Debía de causar una buena impresión, ya que en las SS

ascendió con rapidez y en septiembre de 1934 fue nombrado capitán. Aquel año Fuldner se hallaba en Prusia Oriental, donde trabajaba para el «boletín» de las SS, viajando con frecuencia a Polonia. Se compró un Mercedes-Benz nuevo, y tuvo algunas dificultades para devolver el préstamo que había pedido para adquirirlo, contrayendo una deuda de 5.000 marcos con las SS. Se le asignaban tareas administrativas, y se le consideraba inteligente y eficiente, una reputación que al parecer aún no se había visto deslustrada por sus dudosos negocios.

Su vida privada era un desastre. El 22 de noviembre de 1934 se había casado con Hanna Kraus, una alemana de veintiún años, pero antes de un año la había abandonado a pesar de que estaba embarazada. Según sus amigos, Fuldner era extremadamente infeliz. Pronto su afición al dinero de los demás le acarreó serias dificultades. Tras estafar a un empresario de Munich, a una empresa de transportes de Hamburgo y, según parece, también a las SS, Fuldner decidió alejarse todo lo posible de Alemania, donde se enfrentaba a los cargos de «fraude, ocultación y deslealtad». El 12 de octubre de 1935 el capitán de las SS argentino desapareció de su apartamento de Munich.

Fuldner había desenterrado su caducado pasaporte argentino y, con él en la mano, se había dirigido al consulado de Argentina en Hamburgo. Allí, el 15 de octubre, Bartolomé Daneri (el mismo diplomático que unos años después se quejaría tan amargamente de que no se le permitiera cobrar visados a los judíos) le proporcionó un nuevo documento. Fuldner, en un «estado bastante nervioso», le dijo a Daneri que había cambiado de opinión y que ahora deseaba regresar a Buenos Aires y realizar su servicio militar. Tenía la intención de embarcarse en un transatlántico en Lisboa. Aunque en realidad estaba huyendo de las SS, el habilidoso joven se las había ingeniado para conseguir el necesario «certificado de buena conducta» de la policía de Munich. Dos días después Daneri se quedó algo desconcertado al recibir una llamada telefónica de la esposa de Fuldner, que le preguntó si su marido había ido al consulado a pedir un nuevo pasaporte argentino. Fuldner había cometido «algunas irregularidades en el partido» —le explicó Hanna Kraus—, pero ella había logrado aclarar la situación. Quería abordar un avión a Portugal para interceptar a su marido antes de que éste abandonara Europa. «Dijo que estaba dispuesta a hacer todo lo posible para impedir la llegada del marido a Buenos Aires», explicaría Daneri más tarde.

Fuldner, mientras tanto, procuraba poner tierra de por medio entre él y las SS, utilizando su nuevo pasaporte argentino para pasar de Alemania a Francia, y de allí a España. En la frontera hispano-portuguesa cambió de pasaporte, y presentó su documento alemán a los funcionarios de inmigración portugueses. Fuldner estaba aprendiendo a marchas forzadas toda clase de maniobras con pasaportes, lo que le resultaría de gran utilidad cuando, diez años después, se dedicara a rescatar a sus camaradas de las SS de la Europa de la posguerra. El 16 de octubre se presentó en el despacho del cónsul argentino en Lisboa, Ramón Oliveira César. Parece que Fuldner necesitaba un sello en su nuevo pasaporte argentino, y el cónsul, sosteniendo que Argentina no permitía la doble

nacionalidad, retuvo su pasaporte alemán. Por fortuna para este libro, el pasaporte se conserva en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, y contiene la única fotografía conocida de Fuldner.

Al día siguiente Fuldner se embarcó en el vapor *Antonio Delfino*, de la compañía Hamburg-Südamerika, con un pasaje de tercera clase a Buenos Aires. De momento estaba a salvo, pero las SS no le dejarían escapar tan fácilmente. De hecho, el cuerpo de elite de Hitler iba a tomarse muchas molestias para recuperar a Fuldner. Diez días después, cerca de la costa de Brasil y aproximadamente a un día de navegación del puerto de Bahía, su barco fue interceptado por el *Cap Norte*, un transatlántico que viajaba en dirección a Europa. Tras lanzar un bote al agua, se trasladó a Fuldner al barco con destino a Hamburgo. Abatido, éste se quejó amargamente al capitán del *Cap Norte*, Basse, invocando su ciudadanía argentina y esgrimiendo su pasaporte argentino. «Para mí usted es alemán –replicó el capitán imperturbable–. Usted forma parte de las SS. Usted juró que es alemán.»

Desesperado, Fuldner envió una serie de telegramas a varios oficiales de alto rango de las SS, incluyendo al propio Heinrich Himmler. Al ver que no obtenía respuesta, trató de suicidarse, después de lo cual el capitán Basse decidió que lo mejor era confinar a Fuldner en la enfermería del barco durante el resto el viaje. Para acabar de complicar las cosas, Fuldner se había quedado sin un céntimo. El capitán Basse hubo de prestarle 15 marcos para pagar un telegrama mientras un tío suyo de Hamburgo depositaba 100 marcos a su nombre en la oficina central de la compañía Hamburg-Südamerika. A pesar de los problemas que había causado, el joven germano-argentino resultó ser un canalla encantador. El capitán Basse lo encontró «de buenos modales, culto, fino y afable». Finalmente se obligó a desembarcar a Fuldner en el puerto de Bremerhaven, donde fue entregado a la Gestapo.

El germano-argentino fue acusado de desertión de las SS, de robar su propio legajo, de apostar, de fugarse con dinero y varios cargos más. En enero de 1936 fue expulsado de las SS. Su anillo en forma de calavera fue ritualmente fundido, lo que constituía la peor humillación para un guardia nazi, y se vio obligado a pasar una temporada en la cárcel. Poco después, el 26 de mayo de aquel mismo año, nació su única hija, Ingrid, y parece que su suerte dio un giro, ya que en 1937 fue absuelto al menos de los cargos de fraude. Las últimas anotaciones de su expediente datan de 1938, e informan de que Fuldner solicitó, sin éxito, ser readmitido en las SS.

Lo que Fuldner hizo a continuación sigue resultando incierto. La inteligencia aliada, que incluyó su nombre en una «Lista básica de 201 candidatos para la repatriación desde España» después de la guerra, trató de recomponer su trayectoria, pero el resultado fue una imagen que distaba mucho de ser clara. «Antes de la guerra había viajado por toda Sudamérica, probablemente por Argentina, pero también por Estados Unidos», declaraba un informe secreto estadounidense en 1945. Parece ser que mantenía estrechos vínculos con España, y que sirvió como teniente y como intérprete alemán-español en la División Azul, el

cuerpo de 20.000 soldados que el dictador Francisco Franco envió a luchar del bando nazi en el frente ruso. Fuldner solía viajar con frecuencia a Berlín. En algún momento se incorporó a la enorme corporación nazi Sofindus, que controlaba amplios intereses comerciales alemanes y daba cobertura y financiación a los agentes nazis en España. Fiel a su carácter, también allí Fuldner se metió en problemas, y fue «despedido por malversación». En los últimos meses de la guerra se movió varias veces entre Madrid y Berlín. El 26 de noviembre de 1944 se registró su llegada a Madrid en avión, y, más tarde, a finales de diciembre del mismo año, su regreso a Berlín.

Pero aquel lunes crucial, en marzo de 1945, en que bajó la escalerilla del avión alemán en Madrid, parece ser que Fuldner había recuperado su antiguo rango. Se hallaba ahora en una «misión especial» para el servicio secreto de Himmler, para la que disponía tanto de su pasaporte alemán como de su pasaporte argentino, y a la que añadiría, como distintivo personal, las argucias financieras que habían caracterizado toda su trayectoria. En los años que siguieron, muchos antiguos funcionarios del Reich y algunos de los peores criminales nazis, incluyendo a Adolf Eichmann, le deberían su vida al capitán argentino de las SS. ¿Era la misión de Fuldner el resultado de un plan concebido por Schellenberg y Himmler? Existe verdaderamente escasa documentación disponible todavía hoy acerca de las actividades de Fuldner en Madrid en el período inmediatamente subsiguiente a la guerra, pero sus actividades posteriores parecen sugerir una planificación por los altos mandos nazis.

La presencia de Fuldner en Madrid desconcertó incluso a la embajada alemana. «Sus actividades estaban recubiertas de incertidumbre —informaba la inteligencia estadounidense—. [...] en una ocasión le dijo a [el agregado militar alemán Hans] Doerr que no tenía nada que ver con la embajada alemana, y cuando Doerr le presionó para que explicara su presencia allí, aludió vagamente a que su trabajo consistía en mantener las relaciones entre España y Alemania después de la guerra.» Pero ésa era sólo la mitad de la explicación. «Entre el personal de la embajada su nombre se relacionaba con el Werewolf [la organización de resistencia nazi de la posguerra].»

Fuldner había llegado a Madrid rebosante de dinero y con un avión cargado de obras de arte que deseaba vender, presumiblemente para financiar la operación de huida. A su llegada desde Berlín había pagado 45.000 pesetas al contado por un coche. En la embajada alemana, donde la tensión iba en aumento a medida que se acercaba el fin, se reunió con los diplomáticos Josef Schoof y Wilhelm Petersen, este último un contacto nazi del nacionalista argentino Juan Carlos Goyeneche. Ambos diplomáticos revelarían posteriormente a los estadounidenses que Fuldner «pertenece al SD», una afirmación que se vería confirmada por la inteligencia británica.

Amigos influyentes y miembros de la elite hispana protegían a Fuldner. El informe de 1945 afirma: «Al sujeto le ocultaron durante un tiempo en El Escorial amigos españoles de la División Azul [...] se dice que ha declarado que el paso más

importante es “salvar la situación actual” [...] ahora vive con una familia en la calle Duque de Sexto de Madrid [...] habla español perfectamente con acento argentino, sabe de contabilidad y de impresión, y conoce numerosas lenguas».

Seis meses después, en julio de 1946, los aliados seguían confiando en capturar a Fuldner. Sufrió ciertas incomodidades cuando las autoridades españolas iniciaron su búsqueda sin demasiado entusiasmo, cambiando frecuentemente de dirección y residiendo durante un tiempo en casa del vizconde de Uzqueta, Gonzalo Serrano Fernández de Villavicencio, proalemán y ex miembro de la División Azul. Luego se instaló en casa de una mujer alemana, «de nombre desconocido», en el número 33 de la calle de Modesto Lafuente. «En este momento a Fuldner le busca la policía, presumiblemente para confinarle a la espera de su repatriación, y por esta razón recientemente ha abandonado Madrid y ha ido a ocultarse a la ciudad de Terrassa, cerca de Barcelona», afirma otro informe secreto estadounidense de 1946. De vez en cuando las aguas se calmaban y Fuldner se mostraba de nuevo en público. Era amigo personal de los hermanos Dominguín, que se contaban entre los toreros más famosos de España.

El agente de Himmler mantenía también buenas relaciones en Madrid con Pierre Daye, con Radu Ghenea y con el periodista español y veterano de la División Azul Víctor de la Serna. Más adelante los cuatro se reunirían en secreto con Perón en Buenos Aires, cuando se pondría a Fuldner al mando del equipo de rescate de nazis de Perón.[\[152\]](#)

CHARLES LESCA

CHARLES Lesca, que se convertiría en otro miembro clave de la Odessa de Perón, fue quien abrió el primer conducto para que los nazis y sus colaboradores pudieran huir a través de España. Como Fuldner, Lesca había nacido en Argentina. A caballo sobre el Atlántico, tenía un pie en Buenos Aires y el otro en París, mientras metía las manos en los asuntos nazis de Berlín, Madrid y la frontera franco-española. Al «sereno [...] y magnífico» Lesca le gustaba llevar «una gabardina beige, casi rojiza, de hechura alemana», informaba la inteligencia estadounidense en 1945. Estrecho colaborador de los alemanes, mantenía especialmente buenas relaciones con «el estado mayor alemán y el Ministerio de Asuntos Exteriores» en Berlín.

Uno de los principales contactos de Lesca durante la guerra fue Otto Abetz, el embajador nazi en París que el 3 de agosto de 1940 recibió de Hitler el encargo de «confiscar y resguardar todos los tesoros artísticos públicos y privados, y especialmente los tesoros artísticos pertenecientes a los judíos». Auténtico procónsul de los nazis, Abetz saqueó museos franceses, galerías y colecciones privadas propiedad de judíos para Hitler, además de participar en el negocio, mucho más sucio, de la deportación de judíos extranjeros y franceses a los campos de concentración. En 1949 fue declarado culpable de crímenes de guerra y condenado a veinte años de cárcel. Lesca también estaba relacionado con los

funcionarios de rango superior de Vichy, incluyendo al primer ministro Pierre Laval y al representante de Vichy en la Francia ocupada, Fernand de Brinon.

Nacido en Buenos Aires el 19 de febrero de 1887, Lesca tenía propiedades en dicha ciudad, así como en Francia, concretamente en San Juan de Luz (cerca de Biarritz), donde en 1920 se había casado con una hermosa joven de origen ecuatoriano, María Levray. Estudió en la universidad francesa, y fue voluntario en la Primera Guerra Mundial. Durante las décadas de 1930 y 1940, Lesca formó parte del equipo de dirección de varias publicaciones derechistas como *Action Française*, *Frontières* y *Combats*, aunque era más conocido por ser accionista y director de una revista violentamente antisemita, *Je Suis Partout*.

A pesar de pasar la mayor parte de su vida en Francia, Lesca permaneció en contacto con Argentina, e informaba en las páginas de *Je Suis Partout* de los acontecimientos políticos de su tierra natal. Volvió al país al menos dos veces en la década de 1930; en la segunda ocasión llegó a Buenos Aires el 22 de agosto de 1938 procedente de Trieste, se alojó en el lujoso hotel Plaza y se reunió con importantes nacionalistas argentinos, entre ellos Cosme Beccar Varela. En Buenos Aires obtuvo documentos de identidad argentinos para él y para su esposa, y a finales de septiembre regresó a Europa. En un momento determinado durante una de aquellas visitas conoció a un joven oficial que mantenía sus propios contactos con la inteligencia nazi en Sudamérica, Juan Domingo Perón.

La colaboración de Lesca con los nazis cuando Hitler todavía no había ocupado París le creó dificultades con las autoridades francesas. En marzo de 1939 la revista *Je Suis Partout* fue clausurada tras haber sido acusada de derrotismo frente a la amenaza nazi. El propio Lesca fue detenido brevemente en 1940. Pero la ocupación hitleriana del norte de Francia, aquel mismo mes de junio, precipitó su liberación y su reaparición «en el candelero», como declararía uno de sus contactos nazis a los norteamericanos que le interrogarían después de la guerra. En febrero de 1941, la infamante *Je Suis Partout* estaba de nuevo en la calle, y Lesca publicó incluso un relato de su encarcelamiento con el título de «Cuando Israel toma venganza».

Durante la guerra, desde su despacho en la revista, Lesca fraguó diversas alianzas con otros colaboradores de los nazis, incluyendo a los belgas francoparlantes del partido rexista, de tendencia pronazi. Su principal contacto belga era Pierre Daye, asiduo visitante de la oficina de Lesca, situada en el número 186 de la rue de Rivoli de París.

En agosto de 1944, poco antes de la liberación de París, Lesca viajó a Berlín, sabedor de cuál sería su destino sin la presencia de sus protectores nazis. Miles de colaboracionistas franceses siguieron la misma ruta hacia Alemania. Muchos de ellos fueron contratados por Schellenberg para que regresaran a su patria y realizaran tareas de espionaje para los alemanes. Se les enviaba de vuelta a Francia a través de Verona, Innsbruck y Milán. Parece ser que Lesca fue uno de ellos, trasladándose desde Berlín hasta su residencia en San Juan de Luz, cerca de la frontera franco-española.

Ya en octubre de 1944, la inteligencia estadounidense supo que Lesca estaba preparándose para marcharse a Argentina, dado que poseía «grandes propiedades allí». La información era correcta, puesto que el 16 de noviembre el consulado argentino en la cercana San Sebastián expidió dos pasaportes para el matrimonio Lesca. La zona fronteriza cerca de Biarritz constituía un núcleo de bulliciosa actividad para el espionaje nazi durante la guerra, y el cónsul argentino en Madrid, Aquilino López, colaborador de los nazis, viajaba frecuentemente a Hendaya, en el lado francés, para entregar informes y recibir instrucciones de sus jefes alemanes. Cuando la guerra se acercaba a su fin, San Sebastián se convirtió en lugar de paso para los fugitivos funcionarios de Vichy. Éstos contaron con la ayuda de un mando de la inteligencia española llamado Peña, un hombre cercano a Franco, que había colaborado con la inteligencia militar alemana mientras se hacía pasar por agregado de la embajada española en París. Tras la liberación de Francia, Peña siguió una ruta similar a la de Lesca, viajando primero a Berlín y regresando más tarde a San Sebastián. En esta ciudad reclutó a varios franceses fugitivos para incorporarlos a un servicio secreto que estaba organizando a las órdenes del general Franco.

Lesca llegó finalmente a Madrid en un vuelo especial de la compañía Lufthansa en diciembre de 1944, acompañado de su esposa y de dos colaboradores, y se estableció en el número 4 de la calle de Víctor Hugo. Viajaba con un nombre falso, y llevaba una gran cantidad de dinero proporcionado por Berlín, supuestamente para establecer contactos con el fin de negociar un acuerdo de paz independiente con los aliados. Sin embargo, otra versión más probable teniendo en cuenta la trayectoria posterior de Lesca era que en realidad los fondos estaban destinados a «financiar a los alemanes que estaban ya en España y a los que se habrían de ocultar allí en el futuro», como declararía un agente de las SS a los estadounidenses que le interrogarían después de la guerra. Fuera o no la misión que se le había asignado a Lesca supervisar la huida del personal del SD nazi, eso fue lo que acabó haciendo. El francés planeó nada menos que la partida sistemática de todos los posibles agentes de la inteligencia alemana hacia Argentina. Tras su llegada contactó con la embajada alemana, que le proporcionó tres millones de pesetas para apoyar a los colaboracionistas franceses fugitivos, mientras empezaba a trabajar con Peña para organizar la evacuación. A través de sus contactos con la inteligencia española, pronto Lesca estuvo en condiciones de proporcionar un refugio seguro y documentos de viaje para que los agentes nazis huyeran a Argentina.

En 1946, la inteligencia estadounidense estaba tratando, sin demasiado éxito, de infiltrarse en el «Grupo Lesca-Peña». Se suponía que Lesca formaba parte de «una cadena que penetraba en Francia» y era «el correo que viajaba vía Lufthansa para ver a Laval». Entre los miembros del «Grupo Lesca-Peña» se encontraban Daye y Ghenea. Otros camaradas incluían al agregado de prensa de Vichy, Adalbert Laffon, que renunció a su puesto como protesta contra el nuevo gobierno francés del general De Gaulle; un francés llamado Robert Voineau, y otro

francés, Paul Frechou, cuyo padre vivía en Argentina. También había un criminal de guerra en la lista, Pierre Héricourt, un ex miembro de Action Française que había sido cónsul de Vichy en Barcelona.

El grupo solía reunirse en el exclusivo restaurante Horcher, situado en la calle de Alfonso XII y abierto en 1943 por el dueño de restaurantes berlinés Otto Horcher, con la ayuda, según la inteligencia estadounidense, de Walter Schellenberg. Se supone que para abrir su filial de Madrid, Horcher sacó 250.000 francos suizos fuera de Alemania, transfiriéndolos a diplomáticos nazis destinados en Lisboa, y luego convirtió los billetes suizos en pesetas en el mercado negro, una operación de blanqueo de dinero supuestamente organizada por otro agente de Schellenberg que acabaría en Argentina, Walter Eugen Mosig. Al parecer, Schellenberg también ayudó a Horcher a transferir mobiliario y objetos de plata desde Alemania. El originario restaurante Horcher, situado en la Kurfürstendamm de Berlín, había sido uno de los habituales puntos de reunión de la jerarquía del III Reich, desde Göring hasta Himmler. Sin que la mayoría de sus clientes lo supieran, estaba sembrado de micrófonos secretos destinados a captar las conversaciones de los visitantes extranjeros. En 1946, en Madrid, parece ser que Horcher se había puesto extremadamente nervioso porque su nombre había aparecido en la prensa estadounidense y, «al igual que muchos otros colegas, tenía la intención de emigrar a Argentina». Pero Horcher se quedó, y su restaurante, gestionado por sus descendientes, sigue siendo hoy en día uno de los más exclusivos de Madrid.

El derecho de Lesca al título de iniciador de la primera vía de escape a Argentina se veía respaldado por la relación íntima y personal que manifestaba tener con Perón. Lesca le reveló dicha amistad a Hans Sommer, un agente de las SS que conocía a Lesca de la París ocupada y que se tropezó con él «en un pequeño y poco llamativo restaurante de Madrid» en torno al 27 de marzo de 1946, poco después de que Perón hubiera sido elegido presidente, pero dos meses antes de su investidura. «Lesca me dijo que conocía personalmente al nuevo presidente desde hacía muchos años y que eran amigos íntimos», revelaría Sommer el 18 de julio de 1946, tras caer en manos de los estadounidenses.

La victoria electoral de Perón había hecho correr entre la clandestinidad nazi de Madrid el rumor de que finalmente podría ponerse en marcha la tan esperada evacuación de los agentes nazis. Por desgracia, Sommer no pudo enterarse de los detalles exactos de la relación entre Lesca y Perón. «Personalmente yo ni quería ni podía volver una y otra vez al tema de Argentina, ya que aquélla era nuestra primera conversación y yo no deseaba despertar dudas y recelos en Lesca», declararían Sommer. Lesca pareció sugerir que había conocido a Perón durante uno de sus viajes a Argentina en la década de 1930, y que «la amistad había empezado allí». Creía también que «recientemente Lesca se había puesto en contacto con Perón a través de la embajada argentina en Madrid». La planeada evacuación ocupaba un lugar prominente en la mente de Lesca. «Sin duda él mismo iba a partir pronto hacia Argentina», afirmaría Sommer. Durante la comida Lesca recibió una llamada telefónica. Cuando volvió, dijo: «Otro que no puede

estarse quieto en su escondrijo. Todo el mundo pregunta cuándo se van a poner en marcha las cosas».

Gracias a las palabras tranquilizadoras de Voineau respecto al «cien por cien de fiabilidad» de Sommer, Lesca aceptó verle de nuevo aproximadamente al cabo de una semana. Esta vez Lesca estaba con el jefe de espías Peña, que iba de camino a San Sebastián, «desde donde conduce a los fugitivos franceses que allí llegan al servicio de inteligencia español». Peña estaba especialmente ansioso por escuchar lo que Sommer tenía que decir acerca de la «organización Werewolf en Alemania y el norte de Italia». También se habló de la situación de varios oficiales alemanes capturados por los estadounidenses. Lesca se mostraba especialmente preocupado por la situación del criminal de guerra nazi y general de la Luftwaffe Eckart Krahrmer. Éste era el agregado aéreo alemán en Madrid que en octubre de 1944 había supervisado el paso de Francia a España de un convoy que transportaba 200 obras de arte, incluyendo cuadros de Rubens y de Van Dyck, robadas por Göring. Krahrmer había sido traicionado por un colega alemán, y había que sacarle «de su escondrijo en Madrid y llevarlo a la finca campestre de un oficial español» antes de poderle transportar con éxito a Argentina. Por fortuna —le dijeron a Sommer—, la inteligencia española disponía de una «lista negra» de alemanes que habían traicionado a sus camaradas, y aquel tipo de problemas raras veces se repetían.

Sommer veía muy difícil que alguien se pudiera infiltrar en el grupo de Lesca: «Los hombres que rodean a Lesca son personas que se conocen desde hace años por su guerra política; son fanáticos que se mantienen unidos, dado que para ellos no hay otra salida. Para un recién llegado a España resultaría imposible penetrar en esos círculos». Pedir su detención a las autoridades españolas resultaba igualmente inútil: «El grupo entero se halla tan estrechamente vinculado a las autoridades, la policía y el ejército españoles que [...] dar la dirección a la policía ya no sirve para nada, dado que la propia policía avisará de antemano al círculo». Lesca y sus socios estaban convencidos de que Gran Bretaña y Estados Unidos no tardarían en entrar en guerra con su aliado soviético: «Esos círculos son de la opinión de que las relaciones entre los Tres Grandes empeorarán constantemente, de modo que resultará inevitable un conflicto armado», declararía Sommer. «Los mencionados círculos sacarían el mayor partido posible de tal crisis para realizar sus propios objetivos.»

Sommer descubrió que entre 150 y 200 alemanes iban a ser embarcados en Cádiz, «poco a poco», con documentos españoles proporcionados por Franco. Los primeros transportes se iniciarían en agosto o septiembre de 1946. Casualmente, en torno a esa época la embajada estadounidense en Buenos Aires empezó a recibir informes de que varios agentes alemanes procedentes de España estaban «entrando en Argentina disfrazados de sacerdotes y desertores desde barcos españoles».

Otro agente del SD germano-argentino fue el primero en utilizar la vía de escape de Lesca. Carlos Reuter era un «banquero» de cincuenta y tres años que había nacido en Hamburgo, se había educado en Buenos Aires y en 1938 había

abandonado dicha ciudad con rumbo a Alemania, tras haber adquirido la nacionalidad argentina. Durante la guerra vivió en la París ocupada. Según Sommer, «este argentino estaba acostumbrado [...] a reclutar fácilmente contactos para el servicio de inteligencia alemán entre los latinoamericanos que vivían en Francia». Una de las personas reclutadas por Reuter era el cónsul Emilio de Matteis, un diplomático argentino que hizo un lucrativo negocio vendiendo visados a los judíos en Marsella durante la guerra. Reuter había sido capturado por los estadounidenses durante la liberación de París, pero «decía que se había librado gracias a su ciudadanía argentina». En diciembre de 1944 viajó a Madrid, donde se reunió con Lesca en el restaurante Horcher. Luego Reuter hizo el recorrido de prueba por la ruta de fuga de Lesca. Salió del puerto de Bilbao a finales de enero, llegando a Buenos Aires el 22 de febrero de 1946, dos días antes de la victoria de Perón en las urnas. Había sido un viaje sin problemas. El «banquero» y su esposa se instalaron en el exclusivo Barrio Norte de Buenos Aires. Su tarea consistía ahora en preparar el terreno para la emigración masiva planeada por Lesca. Sommer estaba convencido de que «Reuter era una de las personas a quienes los alemanes habían encargado la creación de una futura organización de inteligencia en Sudamérica».[153]

A mediados de 1946 Lesca empezó a preparar su propia partida, despidiéndose de Daye y de sus otros «amis d'émigration» en Madrid. «El gran viaje ha empezado para nosotros», le escribió a Daye en agosto desde Bilbao. Allí visitó la casa de José Félix de Lequerica, ministro de Asuntos Exteriores de Franco durante 1944 y 1945, quien obsequió a Lesca con «un suculento almuerzo» acompañado de un «voluptuoso» vino Pommery. Desde Bilbao Lesca viajó a San Sebastián, y de allí a Barcelona, donde el 10 de septiembre se embarcó en el *Cabo de Buena Esperanza*, poniendo al fin rumbo a su Argentina natal.

Durante todo el trayecto la inteligencia estadounidense le vigiló de cerca, y el 26 de septiembre el gobierno francés envió un aviso a los gobiernos de Brasil y Uruguay, donde el transatlántico tenía que hacer escala. Según París, Lesca llevaba una bolsa con monedas de oro y diamantes. Al día siguiente, en el puerto de Río de Janeiro, las autoridades brasileñas obligaron a desembarcar al francés, y su arresto parecía más que probable. Pero las autoridades, teniendo en cuenta el hecho de que el sospechoso poseía un pasaporte argentino válido, permitieron que Lesca regresara a su barco, decidiendo que la demanda de extradición era una cuestión de «política interior francesa».

Pero la suerte de Lesca no podía durar siempre, y en la siguiente escala, en Uruguay —un pequeño país apretujado entre Brasil y Argentina, pero con una mayor tradición democrática—, la perspectiva de ser embarcado de nuevo rumbo a Francia para ser procesado se hizo inquietantemente palpable. «Amigo de Laval y de Pétain arrestado», proclamaron los periódicos de la tarde de Buenos Aires el 2 de octubre, después de que Lesca y su esposa hubieran sido obligados a bajarse del *Cabo de Buena Esperanza* con sus quince maletas. Uruguay había aceptado retener a Lesca mientras llegaba una petición oficial de extradición del gobierno francés, y se

le alojó en una celda en Montevideo. Lo que ocurrió a continuación es un misterio. Quizás algunas monedas de oro y algunos diamantes cambiaron de manos, pero el caso es que los Lesca se escaparon. El 22 de octubre la señora Lesca llegó a Buenos Aires desde Montevideo a bordo de un transbordador. Puede que Lesca estuviera con ella, o puede que no; en cualquier caso, poco después se hallaba cómodamente instalado en Buenos Aires.

Lesca vivió en el lujoso Barrio Norte, en el tercer piso del número 2264 de la avenida de Santa Fe. Se dio instrucciones al portero de que negara su presencia pero se hiciera cargo de todo el correo que llegaba a su nombre, especialmente «si el sobre lleva el sello del Ejército argentino». En París, mientras tanto, se juzgaba a Lesca in absentia, acusándole de «inteligencia con el enemigo». El 20 de enero de 1947, el gobierno francés presentó una demanda formal de extradición. Ni que decir tiene que dicha demanda fue ignorada por el gobierno de Perón. El 5 de mayo de 1947, el Alto Tribunal de Justicia del Sena condenaba a muerte a Lesca.

«Quizás haya oído que nuestro común amigo Carlos ha sido ascendido estos últimos días a la misma elevada posición que usted —le escribiría Lesca unos días después a Pierre Daye, que estaba en Madrid y que recientemente también había sido condenado a muerte por un tribunal de Bruselas—. Le conoce usted lo suficientemente bien como para saber que eso no ha alterado su tranquilidad. Sólo su modestia se ha visto ligeramente afectada al ver que el asunto ha aparecido en algunos periódicos. Él habría preferido que esa distinción hubiera pasado desapercibida.»[154]

PIERRE DAYE

CHARLES Lesca fue el pionero que abrió la ruta que pronto seguirían una larga serie de criminales de guerra, pero sería su querido amigo Pierre Daye quien sistematizaría un futuro método de escape. Tras su propia huida a Buenos Aires, entró en contacto directamente con el despacho presidencial argentino, y puso en marcha un plan de rescate acordado en conversaciones privadas con Perón. Daye era el colaboracionista de mayor rango de los que organizaron la huida desde Europa. Sus contactos políticos, que se remontaban a sus días de gloria, eran impresionantes. Como funcionario público, había tomado el té con Adolf Hitler, había recibido la bendición del papa Pío XII y había conferenciado con el ministro de Asuntos Exteriores nazi, Joachim von Ribbentrop. Conocía al sha Reza Pahlevi, al general Franco y al rey Leopoldo III de Bélgica.

Nacido en el seno de una familia de clase alta de Bruselas, Daye era un viajero compulsivo. De joven visitó casi toda Europa, la Unión Soviética, África y Norteamérica como soldado, periodista y diplomático. En 1916 participó como voluntario en la campaña anglo-belga en África occidental, y de 1918 a 1919 fue destinado a la oficina del agregado militar belga en Washington. Para cuando se inició la Segunda Guerra Mundial probablemente había muy pocos lugares del globo en los que no hubiera puesto el pie. Era un brillante intelectual, y autor de

varios libros de viajes y novelas.

En 1925, su necesidad de viajar le llevó a Argentina. Al no poder convencer a su periódico, *Soir*, de que le pagara el viaje, Daye se embarcó como miembro de la tripulación en el *Eglantier*, un barco mercante de 6.000 toneladas, rumbo a Montevideo. Como confesaría en sus memorias inéditas escritas durante su exilio en Buenos Aires, después de la guerra, el belga se encontró «repentinamente transportado» del mundo de las letras de Bruselas y París a un camarote compartido con «rudos hombres de mar, que por espacio de tres meses se convirtieron rápidamente en mis amigos». Daye quedó cautivado por su «viril y popular tosquedad». Sintió que su proximidad le daba una nueva visión de la «clase proletaria». Ahora comprendía «todas las revoluciones, incluyendo la anarquía y el comunismo, ya que con frecuencia la gente no puede encontrar otro modo de aliviar, para ellos mismos y para sus hijos, un destino terrible, que les deja sin esperanza en la hora de su muerte [...]».

Daye llegó a Buenos Aires el 3 de septiembre de 1925. Tenía entonces treinta y tres años, y en la lista de pasajeros figuraba como un diplomático católico soltero. «No hay nada tan emocionante para un hombre joven con cierto espíritu romántico como esta forma de descubrir una ciudad exótica, no de la manera del viajero ordinario, sino por la puerta de atrás», escribiría años después. El belga se zambulló con entusiasmo en los bajos fondos de Buenos Aires, en una época en la que el auge de las exportaciones de carne había hecho de Argentina uno de los países más prósperos del mundo, en cuya capital estallaba el tango y proliferaban hermosas prostitutas importadas de Francia y de la Europa oriental. Daye se sintió cautivado, sobre todo, por el distrito donde se hallaban los burdeles baratos, La Boca, situado en la parte sur de Buenos Aires, con sus bares de tangos y sus inmigrantes italianos, «estibadores, rufianes y mujeres jóvenes que daban color a uno de los más extraños submundos de toda Latinoamérica». Y se sintió parecidamente hipnotizado por los gigantescos mataderos que constituían la fuente de la riqueza argentina, «rojos de sangre y apestando al olor del ganado muerto listo para ser congelado y enviado a Europa». A Daye le extasió la libertad que le proporcionaba su recién descubierto anonimato: «Sentirse al menos por una vez un simple viajero, sin una maleta de piel, con una gorra en la cabeza, lejos de los hoteles suntuosos, mezclado con un mundo de cálidas y vibrantes costumbres, familiar sólo para los lectores de novelas: ¡qué sensación representaba para mí!».

A pesar de su afición a los bajos fondos, Daye tenía una agenda con importantes contactos. No tardaría en disfrutar de la acaudalada zona norte de la ciudad, visitando los verdes parques de Palermo y realizando excursiones en barco por el delta del Tigre y el Río de la Plata. Daye alcanzó el peldaño más alto de la escala social argentina en el aristocrático Jockey Club, donde quedó impresionado por su «escalera de ónix» y su «bodega, que contiene 80.000 botellas». Fue invitado a la ópera en el teatro Colón por «hermosas mujeres, a las que no revelé mis recientes experiencias ni mi alojamiento».

También fue invitado a cenar, bastante apropiadamente, en casa del poeta

fascista Leopoldo Lugones, un fetichista de lo militar cuyos versos autoritarios inspiraron varias décadas de sangrientos generales dictatoriales en Argentina. Daye se sintió impresionado por aquel hombre, aunque algo menos por su obra. A la larga Lugones se suicidaría, pero su hijo policía sería el responsable de aquella innovación inequívocamente argentina que convertiría la aguijada eléctrica empleada con el ganado en los mataderos en el instrumento de tortura preferido de los posteriores dictadores. Su picana fue empleada con el mismo delirio primero por Perón para aterrorizar a sus adversarios políticos, y luego por la oligarquía contra los peronistas. Fue resucitada con creces por los generales de la década de 1970, que la aplicaron a una nueva generación de peronistas de izquierdas y maoístas. Una de las personas que sintieron su potencia brutal en aquella década fue la guerrillera Pili Lugones, la nieta del poeta que había agasajado a Daye durante su primera visita a Argentina.[155]

Tras su breve estancia en Argentina, Daye regresó a Europa. Durante la década de 1930 su suerte mejoró. Pasó de la relativa oscuridad de la embajada belga en Teherán a convertirse en una figura destacada del Partido Rexista, un partido belga pronazi. Pronto se codeaba en Berlín y en Nuremberg con Adolf Hitler, Rudolf Hess y Joachim von Ribbentrop. En 1936, Léon Degrelle, el líder rexista e «hijo adoptivo» del Führer, le ofreció a Daye la dirección parlamentaria del partido. Hess envió una invitación del Führer al mitin de Nuremberg, el acto de masas nazi por excelencia, y Daye aceptó con entusiasmo. Asistió acompañado de «un gran número de extranjeros, principalmente ingleses». El «Reich de los Mil Años» nunca pareció tan sólido como durante la famosa Parteitag nazi de aquel mes de septiembre, cuando Hitler saludó a una interminable procesión de soldados de infantería nazis, los prototipos arios del Nuevo Orden. «Nunca he ocultado que me sentí extremadamente impresionado por el espíritu de fe, entusiasmo y resolución [...] adornado con los colores de una revolución triunfante», escribiría Daye en sus memorias.

El 11 de septiembre de 1936, Hitler recibió a Daye para tomar una taza de té. El Führer le pareció «algo tímido», pero imbuido de una «sencilla dignidad y de un innegable encanto [...] su corazón está cerca del corazón del pueblo. Él habla. Ellos sienten». Al día siguiente Daye se reunió con Ribbentrop para tratar de las relaciones germano-belgas. En Bruselas, los adversarios demócratas del Partido Rexista empezaron a atacar a Daye, acusándole de haberse vendido a los nazis. Y lo cierto era que el parlamentario estaba entusiasmado con sus nuevos amigos. Apenas acababa de regresar a Bruselas cuando él y Degrelle se dirigieron de nuevo hacia Berlín en un Rolls-Royce, esta vez provocando un gran escándalo en la prensa belga. El viaje incluyó un desayuno en la propiedad que Ribbentrop tenía en Dahlem. En el camino, el automóvil, que viajaba a toda velocidad, volcó cerca de Hannover. Degrelle y Daye salieron milagrosamente ilesos, pero la señora Degrelle hubo de ser hospitalizada. Daye aprovechó aquel alto para renovar su contacto con un antiguo conocido, Otto Abetz, el futuro procónsul nazi en la Francia ocupada. En diciembre se hallaba de nuevo viajando por Alemania,

pronunciando conferencias en nombre del Partido Rexista. Sus memorias de posguerra rezuman admiración por el nacionalsocialismo, «uno de los fenómenos más esenciales de nuestra era». Daye se reunió de nuevo con Hitler en 1938. En esta ocasión, Hess actuó como intérprete del Führer, «en inglés, ya que yo no hablo alemán y él no habla francés».

Pero las cosas no eran tan sencillas para Daye, quien, poseído por el inquieto temperamento del escritor, en 1939 se distanció del rexismo y se unió al Partido Católico belga. Tras volver al periodismo en 1940, se convirtió en redactor internacional de la revista *Nouveau Journal*. Estaba en París el 19 de mayo de 1940, cuando los nazis invadieron Bélgica, y seguía en París en agosto, cuando Hitler hizo su entrada triunfal en la «Ciudad de la Luz». Ahora Daye se manifestaba más públicamente pronazi, abogando por la inmediata colaboración con los nuevos amos. Pasaba gran parte de su tiempo con Charles Lesca en las oficinas de *Je Suis Partout*, que se había convertido en el principal órgano de prensa del colaboracionismo en la Francia ocupada, escribiendo de vez en cuando algún artículo para la revista. También solía visitar *Gringoire*, una publicación igualmente antisemita en la que tenía amigos.

Con la ocupación nazi la prensa francesa antisemita se vio liberada de cualquier restricción. «Hay que separar a los judíos en bloque sin preocuparse de los niños», escribió un amigo de Daye, Robert Brasillach, en *Je Suis Partout* el 25 de septiembre de 1942. No es que Brasillach hubiera mostrado mayor autocontrol antes de la ocupación: «¿Qué tribunal osaría condenarnos si denunciáramos la extraordinaria invasión de París y de Francia por los monos? ¿En el teatro? La sala está llena de monos. ¿El autobús? ¿El metro? Monos [...] Eso que llamamos antisemitismo [...] se convierte cada día en una necesidad más urgente», había escrito en 1939. Otras publicaciones francesas se mostraban aún menos comedidas: «¡Muerte a los judíos! ¡Muerte a la villanía, a la hipocresía, al judío ruso! ¡Muerte al razonamiento judío! ¡Muerte a la usura judía! [...] ¡Sí! ¡Lo repetimos! ¡Repitámoslo! ¡Muerte! ¡M-U-E-R-T-E al judío!», declaraba *Au Pilon* el 14 de marzo de 1941. A Daye todo aquello lo entretenía, y en sus memorias recordaría con cariño esos días en *Je Suis Partout*. Así, se referiría a un periodista de la revista, Lucien Rebatet, como alguien «impetuoso, hiriente, acalorado, furioso, que comía judíos en cada comida».

Cuando no estaba en *Je Suis Partout*, se podía encontrar a Daye visitando a su viejo amigo Otto Abetz, que ahora había ascendido al cargo de embajador en París. Así, Daye se pasó la guerra entre los despachos de los escritores franceses más antisemitas del siglo y las oficinas de los nazis que estaban haciendo realidad sus más odiosos deseos. Asimismo, siguió yendo y viniendo del Reich, trajinando entre Ribbentrop en Berlín y Pétain en Vichy. En París renovó otra vieja amistad, la que tenía con el embajador español José Félix de Lequerica, un contacto que le resultaría sumamente útil cuando se viera obligado a escapar a Madrid, en 1944. Finalmente Daye reanudó sus vínculos con el Partido Rexista y aceptó el cargo de ministro de Deportes belga en 1943, lo que representó el momento culminante de

su colaboración con los invasores nazis de su país.[156]

Daye pasó las navidades de 1942 y los primeros días de 1943 en Roma, donde se reunió con importantes funcionarios del Vaticano, incluido el propio papa Pío XII. Aun en fecha tan temprana, Daye percibía entre los italianos cierta «desafección» hacia el fascismo. En una cena que dio la duquesa de Villarosa –se quejaría más tarde–, «no oí a nadie hablar más que en inglés, a pesar de que no había ningún inglés entre los invitados». En el hotel Excelsior, un hotel de la alta sociedad donde se alojaba Daye, resultaba evidente una «ostentosa anglofilia». «Todo eso me parecía bastante preocupante», escribiría en sus memorias. En sus artículos para *Nouveau Journal* y *Petit Parisien* procuraba transmitir, «de la manera más vaga y disimulada posible, que Mussolini no lo tenía tan fácil», aunque en un informe secreto que redactó para el rey Leopoldo de Bélgica se mostraba «más preciso».

Como ferviente católico, el verdadero motivo de su visita a Roma era ver al Papa. El colaboracionista belga estaba obsesionado por averiguar cuál de los dos totalitarismos prefería la Iglesia: el nazismo o el comunismo. La mañana del 6 de enero de 1943, Daye se dirigió en un carruaje descubierto al Vaticano, donde fue conducido, «a través de una serie de salas regias, cuadros de Rafael y uniformes renacentistas de la Guardia Suiza», a una audiencia privada con Pío XII. Daye se arrodilló ante él, pero fue invitado a alzarse de nuevo. El Papa inició la audiencia pidiéndole noticias de la familia real belga, pero repentinamente cambió de tema.

«El general von Falkenhausen, el gobernador militar alemán de Bélgica, es un buen hombre, ¿no?», le preguntó intencionadamente el pontífice a Daye. (En 1944 los nazis arrestarían a Alexander von Falkenhausen por su participación en el complot del 20 de julio para asesinar al Führer. Tras ser liberado de Dachau por los aliados al final de la guerra, un tribunal belga le condenaría a doce años. Posteriormente la condena se reduciría.)

«No le conozco personalmente, pero creo que sin duda ha mostrado buena voluntad en una situación extremadamente difícil», respondió Daye con cautela.

«Sí, pero en cambio ha cerrado nuestra nunciatura en Bruselas», se quejó el Papa amargamente.

Luego Pío XII alzó los brazos y otorgó la bendición papal a Daye, quien tres años después superaría a Falkenhausen y sería condenado a muerte, sin posibilidad de conmutar la pena, por su colaboración con los nazis. «Que Dios le proteja a usted, a su familia y a Bélgica. Concedo la bendición apostólica a su país [...] a su amado país y a su rey. In nomine patris [...]»

Sin lograr que el Papa le aclarase demasiado la postura de la Iglesia en la guerra, una cuestión que sigue siendo oscura más de medio siglo después (sobre todo porque hasta hoy el Vaticano se ha negado a abrir sus archivos relativos a aquel período), Daye habló con un alto funcionario vaticano encargado de los asuntos internacionales cuyo nombre no menciona en sus memorias. Se le respondió que el Vaticano prefería el comunismo, ya que el nazismo estaba «animado por una fe, una mística, infinitamente más profunda que el

bolchevismo», y, por tanto, constituía un peligro mayor para la Iglesia Católica. Tal afirmación difícilmente podía satisfacer al colaboracionista nazi, que pidió una respuesta algo más precisa. «Piense, estimado señor –concluyó finalmente el prelado, con ligera irritación–, que la Iglesia es como un gato que quiere atravesar una mesa cubierta de preciosa cristalería sin tirar ni romper nada. Se ve obligado a ser extremadamente ágil y a deslizarse con suma prudencia.»[157]

En París, Daye asumió una responsabilidad que prefiguraba el papel que pronto iba a desempeñar en Argentina. Utilizando sus contactos con Otto Abetz y la legación belga, empezó a salvar a belgas que habían tenido problemas políticos, organizando su salida del país a un lugar seguro, e incluso rescatándoles de su arresto a manos de los alemanes en caso necesario. «No era una cuestión política –recordaría Daye posteriormente–. Todo ciudadano belga era bien recibido, cualquiera que fuera su opinión.»

Aunque nunca fue rico, Daye se las arregló para comer bien en París gracias a las invitaciones a los restaurantes Maxim's y La Tour d'Argent, «reabierto por el famoso restaurador Horcher de Berlín». Allí Daye se sentaba a la mesa con celebridades de la escena como Cécile Sorel y Maurice Chevalier; el representante de Vichy, Brinon; el embajador nazi, Abetz; el embajador español, Lequerica, y un interminable surtido de «encantadoras mujeres». Entre los clientes, Daye vio, «en una mesa adornada con tulipanes violeta, al mariscal Göring vestido completamente de beige, con enormes piedras en los dedos y un aire taciturno».[158]

Daye percibió muy pronto lo desesperado de la posición de Hitler en la guerra. En enero de 1944, y escribiendo desde Bruselas, donde ejercía como ministro de Deportes, le pidió al embajador español, Lequerica, un visado para España. Tres meses después llegaba a Madrid. En concordancia con sus funciones oficiales como ministro de Deportes belga, a continuación viajó a Barcelona para entrevistarse con el «general Moscardó, una gran maestro de los ejercicios físicos». Pero Daye percibía que aquello era el comienzo de un largo exilio. El desembarco del general Eisenhower en Normandía, el 6 de junio, le provocó un escalofrío. «¡Ese astuto de Daye! –imaginó que dirían sus amigos en Bruselas–. Supo prever el golpe. ¡Podía habernos avisado!» La embajada alemana en Madrid empezó a pedir su «urgente» regreso a Bruselas, lo que hizo recelar aún más a Daye. «Aquel tono sonaba distinto –escribiría en sus memorias–. Resultaba evidente que con los últimos acontecimientos catastróficos Berlín y Bruselas habían perdido los nervios.»

La retirada alemana hacía del posible regreso a través de Francia una perspectiva verdaderamente aterradora. «Los trenes son bombardeados, los automóviles son ametrallados. Con el pretexto de la justicia sumaria se están cometiendo asesinatos en todas partes. La guerra de reconquista abarca casi toda Francia. Pronto se extenderá a Bélgica. París se recuperará inevitablemente un día de éstos, y luego Bruselas», le confiaba Daye a su diario. «Tengo las mejores razones del mundo para no caer en manos de unos locos excitados y sedientos de

sangre. Como nadie puede garantizar mi seguridad, he decidido quedarme.»

Daye tenía razón. Su regreso a Bruselas le habría supuesto una muerte cierta. El 25 de agosto de 1944, París había sido liberada. El 3 de septiembre el general Montgomery entraba triunfalmente en Bruselas al mando de las fuerzas angloamericanas y se iniciaba la caza de los colaboracionistas. «Gracias a Dios me hallaba en la hospitalaria España –advertía Daye—. Temía una época de caos y violencia. De excitación, de crimen, de innoble venganza.»

Curiosamente, Daye eligió el bar del Club Angloamericano como el mejor lugar en el que superar aquel difícil período. Allí discutía de literatura y de política con Walter Starkie, un irlandés director del British Council en Madrid. Cuando anocheía, Daye solía salir de su habitación en el exclusivo hotel Palace y vagar por Madrid, donde veía a otros como él, igualmente perdidos. «Hombres ilustres, proscritos, fugitivos, de todos los países. Conozco a este o a aquel. Hago causa común con ellos. Proceden de Berlín o Londres, de Argel o París, de Roma o Lisboa.» Daye se pasaba por el Ritz, donde veía al embajador británico, Samuel Hoare, bailando y celebrando las victorias aliadas. «Las noches son claras. Veo las mismas estrellas que ven los hombres de mi país, pero en este mismo instante a ellos les están bombardeando y tienen menos paz que yo. Imagino también, a través del éter, un triángulo que me reconecta con lo que queda de mí mismo.» Aunque para los compatriotas de Daye la guerra fue dura, a él no le abandonó la suerte. El ministro de Asuntos Exteriores español murió repentinamente, y fue reemplazado por su viejo amigo, el embajador Lequerica. Las noticias que llegaban de Francia y de Bélgica, sin embargo, seguían siendo terribles. Paul Herten, el director de *Nouveau Journal*, había sido juzgado y ejecutado. Los periódicos empezaron a publicar listas de colaboracionistas. «¡Los nombres de tantos amigos! –exclamaba Daye—. ¡La venganza por encima de todo!» [159]

A medida que la guerra se acercaba a su inevitable fin el ánimo de Daye se hacía cada vez más pesimista. A comienzos del invierno de 1945 recibía cartas clandestinas de rexistas fugitivos que, como Lesca, habían hallado refugio en Berlín. Esperando lo peor, Daye compró un aparato de radio y se encerró en su habitación del hotel a escuchar las noticias que llegaban de dicho país. Se habían iniciado procesos judiciales contra él. «Con frecuencia he imaginado, con un ligero estremecimiento de corazón, que, quizás, oiré anunciar por el altavoz que en el día de hoy Pierre Daye ha sido condenado a muerte», le confió a su diario.

La soledad no era un problema, ya que Madrid se estaba llenando de nuevos fugitivos y algunos viejos amigos que se presentaban en el alojamiento de Daye tras haber cruzado los Pirineos guiados por contrabandistas vascos. Charles Lesca, «firme, leal y absoluto, llegó con su esposa, realmente una gran mujer, en avión, y se apresuró a unirse al pequeño grupo de inmigrantes franceses». Aproximadamente en la misma época se unió también al grupo Adalbert Laffon, junto con un amigo de Carlos Fuldner, el embajador rumano Radu Ghenea. «Los falangistas españoles nos colmaban de atenciones, y de vez en cuando conocíamos a alemanes, austríacos, italianos o croatas, todos los cuales aceptaban estoicamente

la avalancha del destino».

El golpe más duro tuvo lugar el 8 de febrero de 1945, y Daye lo registró en su diario: «Cuando nos levantamos de la mesa tras haber cenado aquella noche con los Lesca en la taberna habitual, oímos que, según informaba la radio, Robert Brasillach había sido ejecutado dos días antes por un pelotón de fusilamiento [...] Entré de nuevo para estar a solas, con un dolor que me hizo flaquear y que borró todos los demás pensamientos de mi mente». Tras la liberación de Francia, *Je Suis Partout* se había convertido en el símbolo del colaboracionismo francés. El ardiente antisemita Brasillach había sido juzgado por el Alto Tribunal de Justicia del Sena, condenado a muerte y ejecutado. El general De Gaulle, que había indultado a muchos colaboracionistas condenados, se negó a indultar a Brasillach a pesar de las numerosas peticiones que recibió en su favor.

Al pequeño grupo de fugitivos del restaurante Horcher se unieron varios periodistas y miembros de la alta sociedad española, entre ellos Víctor de la Serna, de *Informaciones*; Mariano Daranas, del importante rotativo madrileño *ABC*, y José Ignacio Escobar, marqués de las Marismas, director de *Acción Española* y *Época*, y buen amigo de Juan Carlos Goyeneche, el enlace de Perón con Berlín durante la guerra. Entre los demás miembros de esta compañía se incluían Abel Bonnard, el último ministro de Educación del régimen de Vichy; Manuel Aznar, futuro embajador español en Buenos Aires, y el escritor Eugenio d'Ors; todos ellos avalarían la solicitud de residencia en España de Daye.^[160]

En febrero de 1946, Daye se había trasladado del costoso hotel Palace al Victoria, más modesto, y había asumido un papel completamente nuevo rescatando a otros compañeros colaboracionistas que huían de «la tiranía que reina en Bélgica». Sus contactos entre las comprensivas autoridades españolas le permitieron sacar a varios camaradas de las cárceles y campos de refugiados hispanos, y encontrarles un empleo. «Algunos de ellos llegan de París o Bruselas a pie. Esas pobres almas cruzan los Pirineos, la mayoría de ellos sin dinero, sin papeles, sin equipaje. Las autoridades diplomáticas y consulares belgas [...] se niegan a cuidar de ellos. Y lo mismo hace la Cruz Roja. Son [...] fugitivos, sin derechos, traidores.» Pronto se corrió la voz, y Daye se vio inundado de peticiones de ayuda. Siendo él mismo un criminal de guerra, se convertía ahora en «una especie de cónsul in partibus para los refugiados belgas no ortodoxos». Visitaba «los campos, los hospitales, las cárceles. Hostigaba en los despachos gubernamentales, suplicaba a la policía [...] Creo que de vez en cuando he podido ayudar a algunos valientes jóvenes».

Pero la corriente política estaba cambiando, y la dictadura franquista había empezado a hacer gestos de amistad hacia los aliados, entre ellos un tímido intento de librar a España de la presencia de algunos de los criminales de guerra y colaboracionistas nazis más indeseables. El 23 de mayo de 1946, Daye empezó a notar la presión cuando fue convocado a la Dirección General de Seguridad e informado de que había llegado el momento de «preparar la documentación necesaria para abandonar el territorio español». Daye estaba furioso. ¿Acaso el

«espíritu de hospitalidad» español había desaparecido completamente? Envié cartas a sus amigos influyentes: al director de Seguridad; al cuñado de Franco, Serrano Súñer; al marqués de las Marismas; a Serna... ¿Acaso él, Daye, no había luchado en el parlamento belga, en la década de 1930, por el reconocimiento diplomático del régimen de Franco? ¿No había sido huésped del Generalísimo, en 1938, en el cuartel general de Franco en Burgos? ¿No había visitado los campos de batalla durante la guerra civil española aquel mismo año, junto con Lequerica, a requerimiento de Franco? «¿Qué pretenden que sea de mí? ¿En qué país podría encontrar refugio?», rugía Daye.

Empezó a oír rumores inquietantes: el gobierno belga había presentado una demanda de extradición contra él, y el nuevo ministro de Asuntos Exteriores español, Martín Artajo, sucesor de Lequerica, estaba dispuesto a concederla con el fin de dar cota a los aliados. El nombre de Daye era el tercero en una «lista negra» entregada a Madrid, después de otros dos colaboracionistas belgas, Léon Degrelle y René Lagrou. (Aunque Degrelle permanecería sano y salvo en España, Lagrou lograría huir a Argentina, participando en las reuniones de Daye con Perón.)

Al final Daye tuvo que aceptar que sus días en Madrid habían terminado. El grupo de agentes nazis de Charles Lesca, entusiasmado por el triunfo electoral de Perón en Argentina, estaba haciendo las maletas. Reuter se hallaba ya en Buenos Aires preparando el terreno. El corresponsal del New York Times estaba acosando a Daye para hacerle una entrevista. Era sólo cuestión de tiempo que un tribunal belga se pronunciara sobre su vida. Daye empezó a «examinar todas las posibilidades de hallar refugio en otro país donde pudiera vivir de manera más pacífica. Pero ¿qué país? Francia, Estados Unidos, Inglaterra, todas las naciones aliadas, todos los territorios donde los alemanes e italianos habían sido derrotados, por no mencionar a la mayoría de los aterrorizados países neutrales, estaban cerrados para mí».

Finalmente, Daye se decidió a acudir de mala gana a la embajada argentina para solicitarle un visado al encargado de negocios, Raúl de Labougle. A diferencia de su hermano, Eduardo Labougle, antiguo embajador en Berlín, Raúl de Labougle era conocido en Madrid por ser simpatizante nazi. Pero esta vez no se mostró acomodaticio con Daye. Quizás había esperado demasiado. El arresto de Lesca en Montevideo había provocado una tormenta que «creaba un clima muy desfavorable para mis planes de escape. ¿Acaso no era Lesca quien se encargaba de conseguirme [...] un “Permiso de Desembarco”?».

La Cruz Roja española se interesó por el caso de Daye, mientras su amigo Ghenea, que seguía visitando diariamente la embajada rumana en Madrid, obtenía «generosa y secretamente» un pasaporte rumano para Daye. Aunque agradecido por el gesto de su amigo, finalmente Daye lo descartó, dándose cuenta de que su «incapacidad total» para hablar rumano le delataría.

En diciembre de 1946, mientras el juicio in absentia contra él en Bruselas se aceleraba, Daye caía en una profunda depresión. Su amigo Lesca, que podría haberle consolado en aquella hora difícil, se hallaba ahora a salvo en Argentina.

Cada vez más solo, Daye dejó de leer la prensa belga y se deshizo del aparato de radio que tenía en su habitación del hotel. Pasaba una gran parte del tiempo anotando en su diario un extenso «diálogo imaginario» entre él mismo y su acusador, en el que echaba abajo brillantemente las acusaciones esgrimidas contra él: «No negaré, obviamente, que en 1940 tomé la decisión de colaborar: la derrota de Francia parecía insalvable, la derrota de Inglaterra, probable, y la victoria alemana estaba asegurada». ¿Qué otra opción había?, le preguntaba Daye a su diario.

La respuesta llegó el 18 de diciembre de 1946, cuando Daye fue condenado a ser «ejecutado por un pelotón de fusilamiento» por las Cours d'Assises (la Sala de lo Criminal) de Bruselas. Asimismo fue despojado de su nacionalidad y condenado a pagar cinco millones de francos en concepto de daños al estado belga. El condenado, distanciado ahora de cualquier posible fuente de información, no lo supo hasta el día de Nochebuena. Aparentemente imperturbable, pasó la noche «cenando con buen apetito en compañía de algunos amigos, que tuvieron la amabilidad de brindar a mi salud y por una larga vida».[161]

Tras el veredicto, Europa se hizo insoportable. «En nombre de la libertad pretenden convertirnos en marginados legales, en parias, en intocables, algo parecido a las grandes excomuniones de la Edad Media. ¡Dios! ¡Veremos cómo termina esto..!» Las amistades de Daye comenzaron a darle con la puerta en las narices. Y él empezó a llevar una existencia «vegetativa», pasando «dos o tres días sin hablar con nadie». Sólo un puñado de amigos le seguían siendo fieles. Uno de ellos era el escritor y miembro de la Real Academia Española Eugenio d'Ors, que seguía recibiendo a Daye cada viernes, en los almuerzos literarios que daba en su casa de la calle del Sacramento; otro era el marqués de las Marismas, quien a principios de 1947 presentó a Daye a varios argentinos importantes. Entre ellos se encontraba el joven Hipólito Paz, asesor de política exterior y futuro ministro de Relaciones Exteriores del presidente Perón, que desempeñaría un papel clave para la supervivencia de Daye en Argentina.

A pesar de aquellos breves oasis, las cosas estaban empeorando mucho para los colaboracionistas franceses y belgas en Madrid, y éstos se veían «obligados a partir hacia lo desconocido». En la mayoría de los casos lo «desconocido» resultaba ser Argentina, y los criminales de guerra confluían en Buenos Aires. Ahora le tocaba el turno de escapar a Daye. El 26 de abril, el tercer aniversario de su llegada a Madrid, recibió la noticia de la embajada argentina de que finalmente se le había concedido su visado. Con éste en la mano pudo convencer a la oficina de pasaportes española de que le concediera un pasaporte «sin nacionalidad», el número 596.506, con el único fin de viajar a Argentina. El cónsul, Juan Heligón, selló el pasaporte especial en la embajada argentina el 8 de mayo, con lo que finalmente el criminal de guerra convicto veía despejado el camino. Añadiendo el apellido materno al paterno, se convertía ahora en Pierre Daye-Adán, acentuando la última “a” para darle un sonido más español.

«Con un sentimiento de liberación, de escape, de verdadera alegría, subí al

avión que me llevaría a Sudamérica en el aeródromo de Barajas, cerca de Madrid, la mañana del 21 de mayo de 1947», escribiría Daye en su diario. Tras el contratiempo sufrido por Lesca, Daye se había convencido de que el viaje por aire constituía la ruta más segura. En el caso de que los espías belgas en Madrid advirtieran su ausencia –pensaba–, difícilmente tendrían tiempo durante las treinta y seis horas que duraba el vuelo de avisar a la policía de Bruselas, que tenía que emitir una orden internacional de arresto.

«Cuando el avión despegó de Barajas [...] y una espléndida y rosada aurora despuntaba sobre Madrid, sentí un infinito placer. Tras sobrevolar Sevilla, mientras el avión se dirigía hacia Marruecos, hacia Cabo Yuby, Río de Oro y Villa Cisneros, la última avanzadilla española en África, situada en el límite del desierto senegalés, donde aterrizamos a la hora de almorzar, entre los meharistes con sus rostros velados por una sombra azul. Empecé a respirar cada vez mejor [...] Mientras sentía que el avión luchaba por atravesar el aire del mar me parecía que mi pecho se abría, me parecía rejuvenecer.»

Mientras el cuatrimotor Douglas cruzaba el Atlántico a 400 kilómetros por hora, volando a 3.000 metros de altitud, Daye estaba casi aturdido por la emoción: «Ahí abajo pueden luchar. Pueden incluso bombardearse unos a otros. Es posible que me estén buscando en esa atribulada Europa [...] Pero no pueden alcanzarme. Vuelo lejos de un mundo que se ha vuelto loco, hacia la paz. Se acabó. He escapado. Vuelo a través del azul».

La última escala en Montevideo se realizó sin contratiempos: la policía uruguaya no había sido alertada. Media hora después, alrededor del mediodía, Daye bajaba la escalerilla del avión en Buenos Aires. Tres estimados compañeros criminales de guerra acudieron a recibirle: Charles Lesca, Georges Guilbaud y Robert Pincemin. Con ellos estaba el asesor de política exterior de Perón y antiguo colaborador de los nazis Mario Amadeo. Aquel día permanecería grabado para siempre en la memoria de Daye: «Pedro D. Adán, radiante, aterrizó en el aeródromo de Morón, bajo el sol de Buenos Aires, capital federal de la acogedora Argentina».[162]

7 - RECOMENDACIONES CARDENALICIAS



Perón, Eva y Caggiano (anteojos). (AGN)

LOS CRIMINALES de guerra y colaboracionistas francoparlantes agrupados en torno a Charles Lesca y Pierre Daye en España fueron generosamente ayudados en su huida por el Vaticano y por la Iglesia Católica argentina. De hecho, si estos criminales de guerra latinos y católicos pudieron huir de Europa fue inicialmente gracias a la intercesión personal en Roma del cardenal francés Eugène Tisserant y del recién consagrado cardenal argentino Antonio Caggiano. Los esfuerzos de rescate se iniciaron el 18 de enero de 1946, cuando Caggiano embarcó en un hidroavión para volar a Río de Janeiro con un pequeño séquito de funcionarios de la Iglesia argentina. Desde allí se dirigieron en barco a Italia, donde les aguardaba el papa Pío XII.

Caggiano era el obispo de la ciudad industrial de Rosario y el jefe del capítulo argentino de Acción Católica, una organización laica apoyada por el Vaticano que durante las décadas de 1930 y 1940 se había convertido en punto de referencia de una enérgica cruzada anticomunista en Argentina. Acción Católica contaba con numerosos nacionalistas acérrimos entre sus miembros, un gran número de los cuales ostentaron importantes cargos en la dictadura argentina del período 1943-1946. No era solamente que los discípulos de Caggiano integraban la compleja y heterogénea base del poder de Perón, sino que el propio peronismo arraigaba en la especie de «populismo católico» con el que el altamente politizado obispo había captado los corazones y las mentes de la creciente clase de trabajadores de su ciudad. Los masivos mítines que Caggiano organizó a finales de la década de 1930 en apoyo de una vivienda y un salario mínimo dignos sirvieron para unir a trabajadores, activistas nacionalistas, oficiales del ejército y partidarios de Acción Católica en una mezcla que se adelantó a la de Perón sólo en unos años.

El obispo, que había sido convocado a Roma por el papa Pío XII para ser consagrado cardenal, sería el segundo prelado argentino que era elevado a tan alta posición en la jerarquía vaticana. Con él viajaba el anciano y venerable obispo de Tucumán, Agustín Barrére, otra criatura política obsesionada por el temor de que un «plan masónico-comunista» pudiera socavar la autoridad de la Iglesia en Argentina. Barrére mantenía una antigua relación con Action Française y tenía vínculos de amistad con Daye y Lesca. Mientras el régimen de coroneles pro-Eje de Perón comenzaba a desintegrarse tras la victoria aliada de 1945, monseñor Barrére

empezó a interesarse especialmente en tratar de preservar la alianza entre la Iglesia y el Estado que se había consolidado durante los anteriores años de gobierno militar y cuasi-militar en Argentina.[163]

CAGGIANO RESCATA FRANCESES

EVIDENCIANDO el carácter de su visita, Caggiano y Barrére fueron recibidos en Génova, a principios de 1946, por el cónsul argentino Aquilino López, colaborador durante la guerra del servicio secreto de Himmler en Madrid y destinado ahora por el gobierno argentino a Nápoles. López había recibido instrucciones de su embajador en Roma de que cuidara de los dos prelados y organizara su viaje por tierra a la capital italiana.[164]

La llegada de Caggiano a Roma se vio empañada por el repentino colapso que sufrió el prelado debido a un acceso de gripe, que requirió su ingreso en la clínica de Quisisana durante todo el mes de marzo. Debido a la escasez de productos vitales en la Italia de la posguerra, el propio Papa hubo de proporcionar la penicilina necesaria para la recuperación de Caggiano, según informaba una noticia publicada en la prensa de la época. Sin embargo, diversos documentos que sobreviven en la embajada argentina en Roma muestran que la convalecencia de Caggiano resultó secretamente más fructífera de lo que parecerían sugerir los informes públicos acerca de su salud.[165]

Los días 25 y 26 de marzo, mientras se suponía que estaba convaleciente en la clínica, Caggiano se hallaba en realidad visitando la sede de la Pontificia Comisión para la Asistencia (PCA), en Villa San Francesco, e invitando al presidente de dicha comisión, Pietro Luigi Martin, a visitar Argentina. La principal tarea de este organismo vaticano consistía en expedir documentos de identidad para los refugiados legítimos, pero tras la guerra también proporcionó documentos que ayudaron a un gran número de fugitivos nazis a escapar a Argentina. El sacerdote croata Krunoslav Draganovic, el representante vaticano que trabajó en estrecha colaboración con los funcionarios argentinos en Italia para enviar a los criminales de guerra a Buenos Aires, solía recibir los documentos de identidad para sus «clientes» de manos de la Comisión.[166]

La oferta de Argentina de rescatar a los criminales de guerra franceses se realizó por mediación del experto en asuntos rusos del Vaticano, el cardenal Tisserant, un hombre atormentado por el temor de que la Unión Soviética conquistara Europa. «Tisserant me ha dicho que cree firmemente que en este momento existe un cincuenta por ciento de probabilidades de que Rusia provoque la guerra este año», informaba a Washington en 1946 el agente especial William Gowen, del Cuerpo de Contraespionaje del ejército estadounidense, tras una entrevista de una hora con el cardenal. Tisserant creía que los rusos se hallaban «en una posición favorable para invadir la Europa occidental [...] una oportunidad que Rusia sabe que podría no volver a repetirse».[167]

Caggiano y Barrére informaron a Tisserant de que «el gobierno de la

República Argentina estaba dispuesto a recibir a los franceses cuya actitud política durante la reciente guerra les expondría, en el caso de que regresaran a Francia, a rigurosas medidas o a la venganza privada». En otras palabras: a los ex colaboradores de los nazis. Presumiblemente la idea de crear una reserva de expertos anticomunistas en Sudamérica a la que recurrir en el caso de un cataclismo ruso animaba a los tres dignatarios eclesiásticos durante aquellas conversaciones.[168]

Tisserant era tan descaradamente anticomunista que creía que los «rojos» no merecían sepultura cristiana. La postura del cardenal francés constituía una escalofriante precursora de la doctrina aplicada por Argentina durante la dictadura de 1976-1983, cuando en lugar de ejecutar y enterrar a sus víctimas, los generales del país impondrían una política secreta de «desapariciones». Así, arrojaron a miles de personas vivas desde aviones militares al océano Atlántico, poniendo en práctica lo que Tisserant sólo se había atrevido a predicar entre sus colegas. La Iglesia Católica argentina hizo oídos sordos a las desesperadas súplicas de un entierro cristiano digno por parte de los parientes de los «desaparecidos». De hecho, a un estrecho colaborador del cardenal Caggiano, el capellán castrense Emilio Grasselli, se le encargó la tarea de elaborar un índice de las «desapariciones» a medida que éstas ocurrían, no tanto para ayudar a las víctimas como para obtener más información sobre sus relaciones. Durante un breve período al comienzo de la dictadura, los parientes de los «desaparecidos» visitaron a monseñor Grasselli en la iglesia Stella Maris de Buenos Aires, con la esperanza de que a través de sus contactos militares el capellán les ayudaría en aquella difícil situación. Pero las persistentes preguntas de Grasselli sobre los nombres de los «amigos» de sus seres queridos hicieron sospechar a sus parientes que el verdadero propósito era recopilar información adicional para que los militares pudieran planificar nuevos secuestros. En cualquier caso, Caggiano había dejado bastante claro cuáles eran sus simpatías ya en 1960, cuando se pronunció contra la captura de Adolf Eichmann por parte de Israel. «Nuestra obligación de cristianos es perdonar lo que hizo», dijo Caggiano, a pesar de referirse a uno de los principales responsables del Holocausto.[169]

Volviendo a 1946, durante los meses de marzo y abril, la embajada argentina en Roma empezó a recibir una serie de «recomendaciones» de visados para un nutrido grupo de franceses, incluyendo al menos a tres confirmados criminales de guerra. Las peticiones se canalizaron a través del Vaticano a Caggiano, quien, a su vez, las envió al embajador argentino. Este apoyo «espiritual» condujo finalmente a que el cónsul argentino en Roma, Emilio Bertolotto, estampara los visados sobre sus pasaportes. El 15 de marzo de 1946, Bertolotto recibió instrucciones de estampar un visado de turista en el pasaporte del criminal de guerra francés Marcel Boucher, «prescindiendo del certificado de salud y otros documentos» normalmente requeridos por las autoridades argentinas, en vista de una «especial recomendación» de Caggiano. Dos semanas después, el 1 de abril, otros dos criminales, Fernand de Menou y Robert Pincemin,

junto con otros cinco franceses, obtuvieron visados de turista. Seis de aquellos siete franceses disponían de pasaportes con numeración consecutiva expedidos por la oficina de la Cruz Roja en Roma. Esta vez el cónsul hubo de ignorar también el incómodo hecho de que los «turistas» no tenían billetes de vuelta y abstenerse de exigir «el certificado de buena salud y otros documentos requeridos teniendo en cuenta la especial recomendación de S.E. el Cardenal Antonio Caggiano».[170]

Durante el resto de marzo y todo abril llovieron muchas más «recomendaciones especiales» para «caballeros franceses» de Caggiano y Barrére sobre el escritorio del cónsul. El sacerdote español Vicente Lara Díaz, que residía en Roma y que desempeñaría un importante papel en la huida de Daye a Argentina, recibió también un trato preferente, esta vez recomendado por «altas autoridades del Vaticano y la solicitud personal de S.E. Rvda. Monseñor Agustín Barrére».[171]

La avalancha de recomendaciones continuó después de que acabara la «convalecencia» de Caggiano y éste pudiera finalmente vestir las ropas de cardenal en la iglesia de San Lorenzo, un templo de la orden franciscana situado en la población de Panisperma. Al día siguiente celebró una conferencia de despedida con el papa Pío XII, y unos días después, junto con Barrére y aparentemente también el sacerdote español Lara Díaz, el nuevo cardenal argentino partió hacia Madrid, donde había más criminales de guerra necesitados de la intervención divina.[172]

DEWOITINE, EL PRIMERO EN CRUZAR

EN ESPAÑA se recibió a Caggiano poco menos que como a un héroe. Argentina había estado enviando, en unas generosas condiciones económicas, cereales y productos alimenticios que la dictadura franquista necesitaba desesperadamente, condenada todavía al ostracismo por los victoriosos aliados. El pueblo español estaba especialmente ansioso por mostrar su gratitud. Multitudes de creyentes se apelotonaron en su camino en Zaragoza, Toledo, Granada y otras ciudades. El 22 de abril, el cardenal Caggiano entró triunfalmente en Madrid junto al encargado de negocios argentino, Raúl Labougle, el diplomático pronazi tan conocido de Daye y Lesca; iban flanqueados por el cónsul argentino y diversos dirigentes de Acción Católica. Varios miles de personas se congregaron para recibir al cardenal, dando vivas a Argentina, a España y a Caggiano. Y más tarde cantaron himnos religiosos frente a la residencia de Unión Católica, en la calle de San Bernardo, donde se alojaba.

El cardenal tuvo una apretada agenda, entrevistándose con Franco el 25 de abril y celebrando una misa tres días después en la catedral de Toledo, donde dio la comunión a 600 personas. Finalmente, el 9 de mayo, la delegación eclesiástica regresó a Argentina, embarcando en el *Cabo Buena Esperanza* en Cádiz. Una «verdadera multitud» de partidarios de Acción Católica congregada en el muelle se despidió de Caggiano, mientras éste saludaba con la mano desde el barco.

Bajo la cubierta, el criminal de guerra francés y también pasajero de primera clase Émile Dewoitine celebraba con alivio la partida del barco. Buscado en Francia por «inteligencia con el enemigo» y por «poner en peligro la seguridad exterior del Estado», Dewoitine era uno de los más destacados diseñadores de aviones de reacción de Europa. Durante la guerra trabajó para los nazis, para Japón y para España, empleando a unas 200 personas en una planta especial que los alemanes habían puesto a su disposición en Toulouse. Con la liberación de Francia en 1944, huyó a Madrid. Allí entró en contacto con el coronel Carlos Vélez, el emisario enviado a Europa por Perón para prometer el apoyo argentino a la causa de Hitler, comprar armas a los nazis y contratar a «técnicos» para el ejército argentino.

Dewoitine embarcó en el *Cabo Buena Esperanza* en Vigo con un pasaporte español. El 28 de mayo de 1946, cuando el barco atracó en el puerto de Buenos Aires, el francés se convertiría en el primer caso documentado de un criminal de guerra declarado que desembarcaba en Argentina. Dewoitine se unió rápidamente al equipo de diseñadores de las fuerzas aéreas de Perón. El 7 de agosto de 1947 un prototipo de su avión de combate IA-27 «Pulqui» realizaba su primer vuelo de prueba, convirtiendo a Argentina en la quinta nación del mundo que construía un avión de reacción operativo. En Francia, sus crímenes se consideraron lo bastante graves como para merecer, el 9 de febrero de 1948, una condena in absentia a veinte años de trabajos forzados.[173]

Poco después, el 2 de octubre, el *Cabo Buena Esperanza* regresaba a Sudamérica, esta vez con otros tres criminales de guerra franceses, dos de las «recomendaciones especiales» de Caggiano, Menou y Pincemin, y su camarada Charles Lesca. Menou y Pincemin desembarcaron sin problemas en Buenos Aires, presumiblemente impresionados por los altercados de Lesca con las autoridades de Río de Janeiro y Montevideo. En el mismo barco llegaron varios más de los franceses recomendados por Caggiano.[174]

En Madrid, mientras tanto, Pierre Daye se sentaba a rellenar su solicitud de “Permiso de Desembarco” a la Dirección de Migraciones argentina. Aparte de citar a los dos testigos exigidos, proporcionados por Lesca, Daye no pudo menos que alardear de contar con un respaldo superior: «Podría mencionar también a monseñor Barrère, obispo de Tucumán, que actualmente tiene la amabilidad de ocuparse de mi caso y ha hablado personalmente con Su Excelencia el Presidente Perón; así como al abate Lara Díaz, del palacio del obispo en Tucumán».[175]

PREPARANDO EL CAMINO

MEDIANTE sus esfuerzos en el Vaticano y sus influyentes cuchicheos al oído de Perón, Caggiano y Barrère prepararon el camino para que algunos de los peores criminales de guerra y colaboracionistas nazis pudieran escapar a Argentina. El cardenal Tisserant siguió presentando peticiones especiales para varios fugitivos aun después de la partida de Caggiano: «Durante los últimos meses he estado ocupándome de ciertos compatriotas, que han pasado de

Alemania a Italia y ahora viven aquí en circunstancias difíciles», escribía Tisserant al embajador argentino el 7 de mayo de 1946. Como sabía muy bien la inteligencia estadounidense, a los colaboracionistas nazis franceses ocultos en Roma se les alimentaba en los comedores papales de la Via Po.[176]

Aproximadamente en la misma época, los diplomáticos estadounidenses destinados en Madrid y Buenos Aires empezaron a reconstruir los detalles de un «plan de fuga complejamente maquinado» que implicaba a la Iglesia Católica y a las fuerzas de seguridad españolas. Se apuntaba a la Comisión Española de Beneficencia y Ayuda a los Refugiados, y se mencionaba a un tal padre Juan Guim, de los jesuitas de Sevilla. Los rumores se veían confirmados por un informador alemán, que, provisto de un pasaporte belga, había llegado a Buenos Aires para dedicarse al «estudio del movimiento comunista». Tenía además la misión de proporcionar «ayuda y asistencia» a los nazis en fuga. «Una tal señorita Goyeneche dirige otro grupo», informaba la embajada estadounidense en Buenos Aires, manifestando que esta familiar de Juan Carlos Goyeneche, el enlace de Perón con Hitler durante la guerra, dirigía un grupo de Acción Católica.[177]

En un nivel mucho más alto se estaba discutiendo en secreto un acuerdo de inmigración entre el Papa y el gobierno de Perón. En junio de 1946, el secretario de Estado en funciones del Vaticano, el cardenal Giovanni Battista Montini, le planteó la cuestión al embajador argentino en el Vaticano. Montini (el futuro papa Pablo VI) expresó el interés del papa Pío XII en arreglar la emigración a Argentina «no sólo italiana». El Papa consideraba Argentina el único país donde los emigrantes podían encontrar «una solución satisfactoria a sus necesidades». El Santo Padre estaba dispuesto a que «los técnicos de la Santa Sede se pusieran en contacto con los técnicos argentinos para combinar un plan de acción». El embajador argentino entendió que el interés del Papa se extendía a los hombres detenidos en los campos de prisioneros en Italia —es decir, los oficiales nazis—, y se aprestó a informar a Buenos Aires de la propuesta.[178]

8 - LA ODESSA DE PERÓN



Perón, Eva y Rodolfo Freude (AGN)

HACIA el final de su vida, Perón explicó los motivos que lo impulsaron a rescatar criminales de guerra nazis en unas largas memorias dictadas privadamente a una grabadora. En esas solitarias rememoraciones, el anciano general confesaba a la cinta magnetofónica que los juicios de Nuremberg de los principales oficiales nazis, iniciados en 1945, habían ultrajado su monolítico sentido del honor militar, y que había tomado la decisión de salvar al mayor número posible de ellos de la justicia aliada. «En Nuremberg, se estaba realizando entonces algo que yo, a título personal, juzgaba como una infamia y como una funesta lección para el futuro de la humanidad —explicaba con su pastosa voz—. Y no solo yo, sino todo el pueblo argentino. Adquirí la certeza de que los argentinos también consideraban el proceso de Nuremberg como una infamia, indigna de los vencedores, que se comportaban como si no lo fueran. Ahora estamos dándonos cuenta de que merecían haber perdido la guerra. ¡Cuántas veces durante mi gobierno pronuncié discursos a cargo de Nuremberg, que es la enormidad más grande que no perdonará la historia!»

Esas cintas privadas, en las que Perón revela algunas intimidades de su alma, las grabó durante los últimos años de su largo exilio en España, poco antes de su regreso triunfal a Argentina para iniciar un nuevo mandato presidencial, en octubre de 1973. Perón moriría apenas diez meses después, y aquellas cintas se convertirían en su último gran testimonio viviente. Durante una cena de despedida en España, Perón se las había entregado a una artista española, Niní Montión, una «amiga de la familia» que habría proporcionado un picante entretenimiento al anciano general y a su séquito en Madrid. La ex actriz conocía a Perón como mínimo desde 1949, cuando conoció a su esposa, Evita, en Buenos Aires. Finalmente, Montión le habría vendido las cintas a Torcuato Luca de Tena, editor del periódico madrileño *ABC*, quien encargó a varias secretarias su transcripción. «Era como Alí Babá y los cuarenta casetes», recordaría uno de los participantes, entrevistado para este libro.

Luca de Tena le pidió al periodista español Luis Calvo que fuera coautor, con él, de un libro basado en las cintas. Éste se publicó en Madrid, en 1976, combinando los extractos de las cintas con diversos comentarios. El periodista argentino Esteban Peicovich también participó de la redacción del libro.

Curiosamente, Calvo había sido corresponsal de *ABC* y agente secreto nazi en el Reino Unido durante la guerra. El periodista fue detenido por el MI-5 (el servicio de inteligencia británico) en Londres, en 1942, y la inteligencia británica lo convirtió en un «agente controlado» que estuvo pasando información falsa a los alemanes hasta mediados de 1944. Finalmente fue liberado, parece ser que debido a presiones del Vaticano.

Gracias a aquellas cintas, la extraordinaria valoración de Perón de los juicios de Nuremberg quedó registrada para la posteridad, explicando la política secreta de inmigración nazi de la posguerra dirigida desde el mismo corazón de su presidencia.[179]

LUDWIG FREUDE

LAS DIVERSAS rutas que siguieron los nazis en su escape de Europa confluyeron detrás del mismo balcón de la Casa Rosada desde el que cinco décadas después la cantante de pop Madonna cantaría «No llores por mí, Argentina» en la película *Evita*. Tras las balaustradas de color rosa, cerca del despacho presidencial de Perón, se hallaba la División Informaciones, un servicio secreto presidencial controlado por Rodolfo Freude, un joven y rubio germano argentino que se había ganado no sólo la confianza de Perón, sino también la amistad, al menos inicialmente, de Evita y de su corrupto hermano, Juan Duarte.

El Archivo General de Argentina almacena un gran número de imágenes en las que el joven «Rudi» Freude camina siempre un paso por detrás de Perón y Evita. Resulta especialmente notable un rollo de película del 6 de junio de 1947, en el que Freude acompaña a la primera dama al aeropuerto de Morón. Aquel día Evita embarcaba en un avión DC-4 de Iberia, en lo que constituiría la primera etapa de su histórica «gira del arco iris» por Europa. De pie en un estrado, detrás de Evita, mientras ella saluda a la multitud allí reunida, resulta evidente que Freude es un íntimo de la pareja. Hacia el final de la bobina, Perón vuelve ligeramente la cabeza para hacerle un comentario privado al jefe de su servicio secreto, mientras Evita saluda a sus admiradores agitando un pañuelo blanco.

Pero no todo iba bien entre la primera dama y Freude. Una vez en el avión, afligida por su incontrolable miedo a volar, Evita escribió una carta de despedida a Perón previniéndole contra su joven espía. Al parecer los agentes de Freude habían descubierto secretos embarazosos de sus años de adolescencia, y se los habían revelado a su marido. La resurrección de aquellos viejos fantasmas le resultaba dolorosa. «Te juro que es una infamia — escribió Evita—. Es doloroso querer a los amigos y que lo paguen así.» Más aún: «De Rudi, cuidado, le gustan los negocios», escribía mientras cruzaba el Atlántico.[180]

La procedencia de la fortuna de la familia Freude había suscitado el interés de los aliados tiempo antes de que Evita pusiera aquellos pensamientos por escrito. El padre de Freude, Ludwig, un antiguo amigo personal de Perón con probados vínculos nazis, había canalizado cuantiosas contribuciones de la comunidad

empresarial alemana establecida en Argentina a la campaña presidencial de Perón de 1945-1946, lo que parecía confirmar los rumores de que el coronel estaba a sueldo de los nazis. Después de que Argentina hubiera roto sus relaciones diplomáticas con el Reich, en enero de 1944, la embajada alemana había confiado al millonario, descrito como «uno de los 10 hombres más ricos de Latinoamérica» por el *New York Times*, ciertos fondos «reservados» para financiar las actividades de espionaje nazis. De hecho, tras la ruptura Ludwig Freude se convirtió en el embajador extraoficial nazi en Buenos Aires, al que consultaba en todos los asuntos importantes la legación suiza, que se había hecho cargo de los intereses diplomáticos alemanes en Argentina. Ese papel constituía únicamente una extensión natural de la antigua colaboración íntima de Freude con la embajada nazi desde antes del inicio de la guerra. La mansión de Freude en el elegante barrio bonaerense de Belgrano había servido a menudo como discreto lugar de reunión de oficiales del ejército argentino y peces gordos nazis. En Berlín, el jefe del SD, Walter Schellenberg, estaba convencido —o al menos así lo declararía a los estadounidenses que le interrogaron después de la guerra— de que Ludwig Freude «trabajaba para el servicio secreto de Ribbentrop, la Informationstelle III».[181]

En 1945, Washington y Londres ejercieron una intensa presión sobre Buenos Aires para que se repatriara a Ludwig Freude a Alemania con el fin de someterle a interrogatorio. Durante algunos meses el adinerado nazi pareció estar en peligro, ya que el dominio de la dictadura militar se tambaleaba de mala manera como consecuencia de la derrota alemana. Los coroneles de Perón sabían que pronto deberían permitir que se celebraran elecciones libres; la única cuestión era quién sería su candidato. Como polifacético vicepresidente, ministro de la Guerra y secretario de Trabajo, Perón consideraba que encajaba perfectamente en el puesto.

El 6 de agosto de 1945, el clamor en favor de la democracia obligó al régimen a levantar un estado de sitio que llevaba cuatro años en vigor, y Buenos Aires se convirtió en un campo de batalla para los manifestantes a favor y en contra de los nazis. Los estudiantes de talante democrático se enfrentaron a la policía montada de la dictadura en las calles de la ciudad. La rendición de Japón a mediados de agosto provocó brotes especialmente violentos, lanzando a los fanáticos nazis que apoyaban la candidatura de Perón contra quienes pedían que el gobierno pasara a manos de la Corte Suprema. «La voz del pueblo argentino se está oyendo [...] en las calles», declaraba el subsecretario estadounidense para Asuntos Latinoamericanos, Nelson Rockefeller, en un discurso pronunciado en Boston.[182]

Durante esos brotes de violencia las oficinas del periódico democrático *Crítica* fueron asediadas por centenares de soldados armados que escoltaban a una muchedumbre peronista. Todavía los cristales yacían hechos añicos sobre la acera y los barrenderos limpiaban con mangueras grandes manchas de sangre delante del edificio cuando se presentó Ludwig Freude para hablar con el director del periódico, Raúl Damonte Taborda, un bravo luchador antinazi. «Tengo simpatía

por usted: ha luchado muy bien contra nosotros –le dijo Freude—. Pero debe comprender que seguir luchando en estas condiciones le significará la pérdida de Crítica y quién sabe qué otras complicaciones. ¿Por qué no se arregla con Perón? Ya verá usted como los americanos no le hacen nada.»[183]

Tras sus amenazadoras palabras el viejo Freude ocultaba en realidad cierto temor. Sus amigos de Berlín habían perdido la guerra, estaba obsesionado por el temor de que Alemania cayera bajo el dominio comunista, y su protector, Perón, estaba perdiendo el apoyo de los generales más veteranos, quienes no querían a Evita y desconfiaban de la postura populista del altivo coronel.

OTTO «JAWOHL»

TAMBIÉN Washington había empezado a apuntar sus cañones hacia Perón. «Para derrotarlo [al Eje] hemos pagado un precio abrumador en sangre y en sufrimiento. No olvidaremos esa lección simplemente porque unos tiranos insignificantes estén adoptando ahora el disfraz de una falsa democracia», declaraba el embajador estadounidense en Buenos Aires, Spruille Braden, en un discurso público que constituía una clara estocada a las ambiciones electorales de Perón.[184]

Aquel asalto combinado se cobraba su tributo. El 6 de septiembre la posición de Perón era lo bastante débil como para que el ministro de Relaciones Exteriores argentino, Juan Cooke, prometiera al embajador estadounidense que Ludwig Freude sería finalmente repatriado a Alemania. Al día siguiente, el ministro casi logró cumplir su palabra. En una redada policial se capturó a los empresarios nazis Hans Leuters, Friedrich Frohwein y Ernst Schlueter, los tres administradores del fondo de espionaje nazi junto con Freude, que también fue detenido. La probable expulsión de Freude hizo que Perón telefonara alarmado al jefe de la policía secreta, mayor Óscar Contal: «¿Qué va a hacer con ese hombre? ¡Cuídelo, mire lo que él representa, el jefe de toda la colonia alemana en Argentina!». Perón logró un acuerdo: Ludwig Freude no sería oficialmente arrestado, pero sería confinado en su domicilio bajo estricta custodia policial. «Perón lo protegía», confirmaría Contal en una entrevista para este libro cincuenta y dos años después.[185]

Unos días más tarde, el 11 de septiembre de 1945, la dictadura militar argentina cedió finalmente a la presión aliada y se firmó un decreto ordenando la expulsión del amigo alemán de Perón. Sin embargo, incluso cuando la estrella política del coronel se apagaba, éste iba un paso por delante de sus enemigos. Anticipándose a aquella decisión, Perón había obtenido de un juez provincial una falsa carta de ciudadanía argentina que evitaba la expulsión de Freude, zanjando el asunto en favor de éste. El 19 de septiembre, el ministro de Relaciones Exteriores argentino se vio obligado a admitir ante el embajador estadounidense que Ludwig Freude tenía demasiados amigos en cargos elevados para poder ser deportado.[186]

Mientras tanto, Perón luchaba por su propia supervivencia. Aquel mismo día, una gigantesca «Marcha por la Constitución» reunió a 250.000 personas en el centro de Buenos Aires, gritando consignas como «Abajo el despotismo» y «Muerte a Perón». El 24 de septiembre el coronel recibió un golpe al mismo centro de su poder; hubo que sofocar una rebelión militar contra su gobierno. Dos días después, Perón, atemorizado, volvía a decretar el estado de sitio, llenando las cárceles del país de oficiales del ejército no peronistas, además de periodistas, políticos y profesores universitarios partidarios de la democracia, que habían exigido el fin de la dictadura militar. Aunque en la prensa argentina no se publicó ni una palabra sobre aquellas detenciones, las universidades de todo el país convocaron una huelga en señal de protesta. Como respuesta, Perón cerró las universidades. Un grupo de madres y esposas de presos políticos de Perón iniciaron una marcha en la Plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada, y fueron rechazadas con gases lacrimógenos; otra noticia que la prensa tampoco publicó. Empezó a correr el rumor de que el régimen militar y un grupo nacionalista extremista estaban urdiendo un pogromo en Buenos Aires, y en las sinagogas de toda la ciudad se distribuyeron armas para que los judíos pudieran defenderse.[187]

En un intento de desviar la ira dirigida contra la dictadura, el 9 de octubre los propios oficiales leales a Perón acabaron echándole del puesto. El antaño poderoso coronel perdió sus tres cargos de vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo. Al principio Perón se refugió en el piso de Evita, en la elegante calle Posadas, pero el 11 de octubre, temiendo que su vida pudiera correr peligro, decidió ocultarse. El hijo de Ludwig Freude, Rudi, le proporcionó el lugar perfecto donde hacerlo, según recordaría Perón en sus memorias grabadas varias décadas después: «Bueno, coronel, si usted se va a ausentar le ofrezco mi casa de veraneo Ostende, ubicada en una de las islas del Tigre, donde encontrará una tranquilidad absoluta – dijo el joven amigo de Perón –. La casita está provista con todo lo necesario, incluso alimentos. Váyanse ustedes ahí y nadie sabrá dónde se encuentran».

Aquella noche, Perón, al volante de un Chevrolet y con Evita a su lado, se alejó a toda velocidad de Posadas en dirección a los suburbios de Buenos Aires. En el asiento de atrás iban Rodolfo Freude y su inseparable amigo, el hermano de Evita, Juan Duarte. Un par de horas más tarde Perón y Evita llegaban por sus propios medios a la isla de Ostende, en el río Tres Bocas, donde los Freude habían construido un chalet de madera importado pieza a pieza de Alemania.

«En toda la isla no había más que una casa cuidada por un alemán que hablaba bastante mal el castellano – recordaría Perón años después –. Se llamaba Otto, y como decía constantemente «Jawohl», (que en alemán quiere decir “sí”) nosotros le llamábamos Otto Jawohl. Allí estuvimos tres días exclusivamente dedicados únicamente a nosotros. Los únicos tres días de verdadera vida en común, magníficos tres días de una verdadera luna de miel anticipada.»[188]

Mientras Perón y Evita disfrutaban de su forzosa privacidad, en Buenos

Aires proseguía el intento de proteger a Ludwig Freude. Un agente secreto leal a Perón robó la orden de expulsión de Freude de la caja fuerte del departamento de la policía secreta, y «disfrazado de mecánico, la llevó a casa de Ludwig Freude». Allí, el decreto presidencial «se quemó en la chimenea de la sala de billar en presencia de Freude», según declararía un agente nazi repatriado de Argentina a los estadounidenses que le interrogaron en Alemania un par de años después.[189]

La «luna de miel» prenupcial en la isla de Freude resultó extremadamente breve. Pronto se presentó una delegación militar para arrestar a Perón. El coronel fue arrancado de los brazos de la llorosa Evita y conducido a una prisión situada en una isla del Río de la Plata. Durante unos días Perón consideró la triste posibilidad de que sus ambiciones presidenciales hubieran quedado definitivamente frustradas. Pero, en realidad, el arresto del coronel le había proporcionado un aura de mártir, y en el futuro ésta sería la clave de su legendaria influencia sobre las masas argentinas. Una oleada sin precedentes de apoyo popular al héroe caído de los trabajadores empezó a recorrer las calles de Buenos Aires, y culminó en una manifestación masiva frente a la Casa Rosada para exigir la libertad de Perón. Los generales, nerviosos, le liberaron, pidiéndole que se dirigiera a la multitud y calmara a sus partidarios. Aquella noche del 17 de octubre de 1945, Perón pronunció un histórico discurso desde el balcón de la Casa Rosada que garantizaría su supremacía sobre el pueblo argentino y uniría el destino de la nación al suyo propio. «Todo el poder para Perón», rezaban los titulares del *Times* de Londres, informando de que el coronel, cual ave fénix, había renacido de sus cenizas.[190]

RODOLFO FREUDE

LOS ACONTECIMIENTOS de octubre habían cimentado el ya sólido vínculo entre Perón y los Freude. Ludwig Freude se convertiría ahora en el principal canal de las contribuciones alemanas a la campaña electoral de Perón, mientras que su hijo Rudi pasaría a ser el secretario personal del candidato. Juntos, ayudarían a que Perón se convirtiera en presidente de Argentina. Mientras tanto, las noticias de la prensa y los informes de la inteligencia aliada apuntaban al probable papel de Ludwig Freude como testaferro de los fondos nazis. Estados Unidos en particular, en una nota a la dictadura militar, le acusaba de ser «uno de los jefes del movimiento para colocar capital alemán en la Argentina». Parece ser que en dicha tarea contó con la ayuda del jefe de la red de espionaje nazi en Argentina, el capitán de las SS Siegfried Becker, brevemente detenido al final de la guerra por la policía argentina, pero liberado de sus cargos cuando Perón accedió a la presidencia, en 1946. Al parecer Becker había puesto lo que quedaba de la red de espionaje de Himmler en España a disposición de Freude como vía de canalización de fondos.[191]

Mientras que el viejo Freude se mantenía discretamente en segundo plano, a Rudi se le veía en todas partes junto a Perón. La embajada estadounidense tenía la

teoría de que Perón había salvado al joven germano-argentino de un duro servicio militar en la Marina nombrándole su ordenanza. El joven Freude pasó rápidamente de desempeñar tareas de sirviente, tales como limpiarle las botas a Perón, a convertirse en el nuevo jefe de espionaje del recién elegido presidente.[192]

Los vínculos nazis de la mano derecha de Perón resultaban demasiado flagrantes como para ser ignorados. Su cuñado, Werner Koennecke, que vivía al lado de la mansión de la familia Freude en el elegante barrio bonaerense de Belgrano, había sido el contable de la red de espionaje nazi en Argentina durante la guerra. Era el encargado de repartir a los agentes de Himmler el dinero que se guardaba en una caja fuerte en un despacho de la embajada alemana. Koennecke fue detenido brevemente por la policía argentina durante la tímida redada de espías nazis que se llevó a cabo en 1944, pero Perón y el joven Freude forzaron su liberación, y nunca se presentó cargo alguno contra él. Luego pasó a convertirse en uno de los colaboradores de mayor confianza de Freude. La respuesta de la camarilla de Freude a la amenaza de ser acusada de espiar para los nazis fue registrar los archivos de la policía secreta argentina y destruir las evidencias, pacientemente recopiladas, que relacionaban a su familia y a Perón con las actividades nazis en Argentina.[193]

La reputación del joven Freude no tardó en extenderse por toda Europa, donde ya en octubre de 1945 los nazis en fuga empezaron a establecer contacto con alemanes influyentes de Sudamérica. En febrero de 1946, antes de que Perón hubiera asumido la presidencia y mientras Lesca se hallaba todavía en el restaurante Horcher de Madrid tramando la fuga de agentes nazis, los fugitivos nazis que residían en España empezaron a oír hablar del nuevo secretario personal de Perón: «Freude les ha enviado un mensajero informándoles de que dentro de poco enviará órdenes que deberán ejecutar sin discusión – informaba la embajada estadounidense en Madrid al Departamento de Estado en Washington –. Además, han recibido noticias de Alemania diciendo que deben obedecer las órdenes de Freude». Otro informe de la embajada estadounidense mencionaba que Ludwig Freude estaba «financiando la resistencia nazi en todo el mundo». Abundaban los rumores (falsos) de que el lugarteniente de Hitler, Martin Bormann, se hallaba oculto en Argentina y trabajaba con Freude.[194]

EQUIPO DE RESCATE

EL ROTUNDO triunfo de Perón en las elecciones presidenciales del 24 de febrero de 1946 preparó el terreno para la masiva evacuación de fugitivos nazis de Europa a Argentina. Mientras se ponía en marcha este tráfico siniestro, Rodolfo Freude tomaba posesión de su despacho en la Casa Rosada, donde se hacía cargo de la División Informaciones y aparentemente también de la recientemente creada Central de Inteligencia del Estado (CIDE). Según un antiguo agente de Freude interrogado durante el golpe militar que expulsaría a Perón del gobierno en 1955,

la principal tarea de la oficina de Freude era reunir información sobre las actividades comunistas. Con este fin, se habían colocado agentes secretos en las embajadas argentinas del continente americano y de Europa. El departamento espiaba también a los adversarios internos de Perón, y cada lunes, miércoles y viernes por la tarde informaba al presidente de sus descubrimientos. Un miembro de la oposición afirmaba que la oficina de Freude también tenía la misión de «hostilizar a los judíos y de perturbar los actos de los partidos políticos opositores, con elementos de la organización nazi».[195]

La intención de Perón era la de rescatar al mayor número posible de nazis de los juicios por crímenes de guerra en Europa. Para llevarla a cabo, la oficina de Freude estableció una estrecha relación con el antropólogo y escritor notoriamente antisemita, y a la sazón director de Migraciones, Santiago Peralta. Al mes siguiente de la investidura de Perón, Peralta y un grupo de destacados oficiales del ejército crearon una «Comisión de Potencial Humano», en el seno del Consejo de Defensa Nacional, destinada a diseñar la política de inmigración argentina de la posguerra. Los archivos de este organismo que se han conservado están impregnados de paranoia comunista, de jerga pseudocientífica sobre unas supuestas «leyes de la sangre» y de un estereotipado antisemitismo. Peralta les dijo a los generales que era necesario aplicar un criterio selectivo, buscando inmigrantes que no formen minorías «enquistadas» en el cuerpo de la nación.

En 1946, los generales y Peralta crearon un Instituto Étnico Nacional con el fin de evitar «la formación de colectividades y minorías foráneas». Este instituto tenía ambiciones a largo plazo. Concebía una «formación del pueblo» sobre bases «científicas» y «planes escalonados» a lo largo de cuatro generaciones. Asimismo, se hallaba en proyecto la elaboración de un «mapa humano argentino» y un segundo mapa «secreto» que trataría los «faz antropológica militar» de la nación. Este proyecto racial del más puro estilo nazi estaba diseñado para que «oriente ininterrumpidamente a la Nación a través de los siglos» y, por tanto, sólo se podía confiar a las fuerzas armadas, y no a los políticos. A principios de 1947 Peralta y los generales empezaron a estudiar medidas específicas para frustrar las actividades de los grupos «sionistas» y la llegada de los refugiados judíos que trataban de entrar en Argentina desde países vecinos como Brasil, Uruguay, Perú y Chile.[196]

De este vínculo secreto entre Freude y Peralta nació el equipo de rescate de nazis de Perón. Sus principales agentes llegaron desde Madrid durante los años 1946 y 1947, y muchos eran, ellos mismos, criminales de guerra convictos. Algunos fueron reclutados en el servicio secreto de Freude. Otros se convirtieron en «asesores confidenciales» de la Dirección de Migraciones. El estamento militar argentino acogió también a una buena parte de ellos. Y un número considerable participó en las tres actividades simultáneamente. La renuncia forzosa de Peralta en junio de 1947, a consecuencia de una lluvia de protestas por su manifiesto antisemitismo, no sólo no perjudicó a la naciente Odessa de Perón, sino que incluso dio un nuevo aliento a los intrigantes nazis.

Pablo Diana, un antiguo funcionario de la vicepresidencia peronista,

reemplazó a Peralta el 7 de junio de 1947, al día siguiente de que Evita partiera en su viaje a Europa. Perón le dijo que la política de inmigración la «dirigía personalmente» el «Primer Magistrado» (es decir, el propio Perón). Diana sabía lo que se esperaba de él, y procedió a ajustar la maquinaria heredada hasta que ésta funcionara como un reloj.[197]

DREAM TEAM

UN RESUMEN sobre la inmigración nazi que hizo la inteligencia norteamericana en 1951 muestra que Washington estaba perfectamente al tanto de la operación de rescate. “Esta inmigración fue facilitada por el gobierno argentino, que permitió a sus oficinas consulares en el extranjero proveer documentación y crear puestos para oficiales nazis, y neo-nazis argentinos, donde pudieran seleccionar inmigrantes de acuerdo a la historia política y las inclinaciones ideológicas de los solicitantes,” dice el informe de 60 páginas elaborado por la CIA. “En 1948, Fuldner fue nombrado miembro de la Delegación Argentina de Inmigración en Europa y enviado a Génova,” continúa. “Desde esta posición clave pudo ayudar a muchos veteranos de la Wehrmacht, la Gestapo y las Waffen-SS entrar a Argentina. Con fondos que se alegan procedieron de Ludwig Freude, así como del gobierno argentino, hizo un viaje a España con el mismo propósito.”[198]

Fuldner encabezaba el “dream team” de ex nazis que conformaban el equipo de salvamento de Perón:

- *Carlos Fuldner*. El germano-argentino ex capitán de las SS y agente de Himmler fue el principal operativo del dispositivo de rescate de nazis de Perón. Tras su huida a Argentina en 1947, se convirtió en agente de la División Informaciones de Freude. Ejerció también la principal autoridad en lo relativo a las llegadas de alemanes en Migraciones, y reclutó a «técnicos» nazis para la Fuerza Aérea argentina. Él organizaría el viaje a Argentina de grandes criminales de guerra como Adolf Eichmann, Josef Mengele, Erich Priebke, Josef Schwammberger y Gerhard Bohne.[199]

- *Jacques de Mahieu*. Este criminal de guerra, un veterano de la División Carlomagno de las Waffen-SS (la XXXIII División de Granaderos), reclutada entre voluntarios franceses, fue el primero que llegó en avión desde Europa, el 22 de agosto de 1946, y probablemente fue también miembro fundador del equipo de Peralta. Se rumoreaba que había luchado junto a los nazis en el frente ruso. Mahieu era un teórico de la «biopolítica», que se mofaba de la idea de la igualdad racial. Mantenía estrechas relaciones con Perón, pero perdió el favor de Evita cuando le pidió que despidiera a una secretaria judía que empleaba. Ella se negó. Sin embargo, Mahieu permaneció cerca de Perón, que le nombró secretario nacional de la influyente Escuela Superior de Conducción Peronista. Durante la década de 1960

dirigió una unidad básica del Partido Peronista establecida en la calle de Talcahuano de Buenos Aires, mientras seguía moviendo hilos en Migraciones. Hombre de gran influencia sobre la extrema derecha peronista, a sus conferencias solían asistir fanáticos que, al oír la palabra «judío», gritaban con entusiasmo: «¡Jabón! ¡Jabón!». También era un orador habitual, en impecable alemán, en las celebraciones paganas del solsticio de verano celebradas por los fugitivos nazis en Argentina. Mahieu incluso tendría discípulos entre los jóvenes miembros peronistas de la organización terrorista de los Montoneros, que actuó durante las décadas de 1960 y 1970. En 1989, poco antes de su muerte, apoyó la campaña presidencial del candidato peronista Carlos Menem.[200]

- *Gino Monti de Valsassina*. El italo-croata «conde de Monti» era un ex miembro de la Luftwaffe hitleriana y antiguo espía de la inteligencia militar nazi. En abril de 1945 escapó de Milán a Madrid «en circunstancias sospechosas», según un informe estadounidense. Desde allí viajó a Argentina el 4 de enero de 1947, y entró en el país en «servicio oficial». Al cabo de unos meses había obtenido un pasaporte «no argentino» de Perón, que le envió de vuelta a España a reclutar «alemanes de alta capacidad técnica». Sus beneficiarios abarcaban un amplio espectro, desde criminales nazis como el general de la Luftwaffe, Eckart Krahrmer, hasta el antiguo vendedor de armas y agente especial nazi Reinhard Spitzzy. Hacia finales de 1947 Monti empezó a ayudar a nazis perseguidos, incluyendo a oficiales de las SS y a ex colaboradores del general Krahrmer, a embarcar en aviones argentinos desde Madrid. En Buenos Aires trabajó en estrecha colaboración con Rodolfo Freude, cursando solicitudes de permisos de desembarco para fugitivos europeos, y haciéndose «moral y materialmente responsable» de su llegada a Argentina. Para financiarse, a Monti se le proporcionó un contrato de suministro de material para los puestos de primeros auxilios para pobres gestionados por Evita, una empresa que se veía amenazada por el temor de los proveedores a la reputación que tenía la primera dama de no pagar puntualmente las facturas, si es que las pagaba.[201]

- *Branko Benzon*. Se rumoreaba que este embajador croata en Berlín y en Budapest durante la guerra tenía una relación personal con Hitler y Göring. Al final de la guerra llegó a Madrid en un avión alemán, acompañando a los soldados españoles de la División Azul de Franco que habían luchado junto con los nazis en el frente ruso. El 22 de marzo de 1947 partió desde allí a Buenos Aires, con un pasaporte español expedido a su propio nombre. Cardiólogo de profesión, Benzon encontró trabajo rápidamente como «asesor técnico» del Ministerio de Salud Pública de Perón y en el Hospital Alemán de Buenos Aires, estableciéndose en un lujoso apartamento en la elegante avenida Callao. Se unió de inmediato al Partido Peronista. Benzon, alto y atractivo, se convirtió en amigo íntimo de Evita. Como asesor de confianza de Perón, se le otorgaron amplios poderes en la Dirección de Migraciones, que ejerció por una parte ayudando a criminales croatas, y por la otra

hostigando a los judíos. Solía rechazar la solicitud de ingreso de judíos con la llamativa anotación «J. NO B.» («Judío, no, Benzon»). Benzon acompañó a Perón al exilio tras el golpe militar que expulsó al general del poder en 1955.[202]

- *Georges Guilbaud*. La siguiente llegada en un vuelo de Iberia desde Madrid, el 13 de mayo de 1947, fue la de otro criminal de guerra francés con una sentencia de muerte pendiente, que sería rápidamente adoptado por Perón. Guilbaud había iniciado su trayectoria política en Francia como marxista, y luego había virado hacia la derecha para convertirse en líder del Partido Popular Francés (PPF). Pierre Laval le encargó la organización de la milicia en el norte de Francia. En Buenos Aires se unió al servicio secreto de Freude, y también se convirtió en uno de los principales asesores económicos de Perón, encargado de la reforma del sector bancario argentino. Guilbaud utilizó su influencia con Perón para ayudar a fugitivos que llevaba a Argentina su amigo íntimo y también criminal de guerra Pierre Daye. Con el tiempo Guilbaud llegó a hacer una fortuna por sus propios medios como director de la compañía financiera Piano en Argentina, antes de pasar a trabajar en la banca suiza, en la década de 1960. Su esposa, Maud Sacquard de Belleruche, se convirtió en íntima amiga del matrimonio presidencial argentino, y escribió un conocido libro sobre Evita titulado *La reine des sans chemises*. [203]

- *Pierre Daye*. Este criminal de guerra belga llegó a Argentina apenas una semana después de Guilbaud, el 21 de mayo de 1947. La demanda de extradición de Bélgica fue ignorada, mientras Daye trataba con Perón en la Casa Rosada de la posibilidad de crear una agencia especial dedicada a rescatar a criminales de guerra de Europa.

- *Léonard de Rover*. Este criminal de guerra belga con una sentencia de muerte del Consejo de Guerra de Bruselas llegó a Argentina el 4 de julio de 1947. Fue rápidamente reclutado por la División Informaciones y se convirtió en el enlace entre Freude y la Dirección de Migraciones, tramitando las peticiones de permisos de desembarco de Freude. Rover cayó en desgracia cuando se descubrió que vendía secretamente permisos de desembarco a judíos, que deslizaba entre las solicitudes cursadas por la Casa Rosada. [204]

- *René Lagrou*. Fundador y conocido líder de las Algemene SS Vlaanderen (las SS de Flandes), fue capturado por los aliados en Francia, pero logró escapar a España. Condenado a muerte por un tribunal de guerra de Amberes, llegó a Argentina en algún momento del mes de julio de 1947. Bajo el nombre falso de Reinaldo van Groede, se convirtió en miembro del equipo nazi de Perón, con amplios poderes en la Dirección de Migraciones. Algunos de los permisos de desembarco cursados por la propia oficina presidencial de Perón llevaban su firma. Fue también un importante colaborador en las actividades de rescate de Daye. Poco después de su llegada, Lagrou elaboró una propuesta, de seis páginas, para la

emigración de unos dos millones de belgas (incluidos todos los colaboracionistas nazis durante la guerra junto con sus familias, amigos y socios comerciales) a Argentina. Aquella «elegante» solución –afirmaba– «salvaría muchas vidas preciosas y proporcionaría a Argentina los elementos biológicos más sanos y valiosos que posee Europa».[205]

- *Herbert Helfrich*. Este nazi alemán, reclutado en Suiza por los agentes militares de Perón en Europa, viajó de Zurich a Montevideo en un vuelo de la KLM, y después, el 25 de julio de 1947, embarcó en el General Alvear con rumbo a Buenos Aires. Apenas dos meses después el Ejército argentino enviaba a Helfrich de nuevo a Europa, donde durante los dos años siguientes, como mínimo, actuó en Alemania y Suiza enviando ilegalmente a «técnicos» nazis a Argentina para trabajar a las órdenes de Perón.[206]

- *Jan Durcansky*. Este criminal de guerra llegó desde Génova en agosto de 1947 bajo el nombre falso de Giovanni Dubranka, junto con su hermano y también criminal de guerra Ferdinand Durcansky. Siendo líder regional en la ciudad de Banská Bystrica, en la Checoslovaquia central, había sido responsable de las matanzas de unas 1.300 personas entre noviembre de 1944 y principios de 1945, incluyendo a un gran número de prisioneros de guerra franceses y norteamericanos. En una de estas matanzas, se obligó a 400 víctimas a arrodillarse, luego se les disparó en la cabeza y se las arrojó a un horno de cal viva; en otra, 750 personas, incluyendo mujeres y niños, fueron ametralladas en un foso; en un tercer caso, 140 personas fueron asesinadas y enterradas de forma parecida en una zanja antitanques. Apenas dos años y medio después, en Argentina, Durcansky se incorporó a la Dirección de Migraciones, donde tramitaba los permisos de desembarco y las peticiones de ciudadanía de otros fugitivos como él. Perón firmó personalmente el nombramiento de aquel eslovaco de corta estatura, a quien sus compañeros de trabajo llamaban afectuosamente «Don Juan». En 1960 se rechazó su demanda de extradición, presentada por Praga.[207]

- *Czeslaw Smolinski*. El mismo día que Durcansky, llegaba a Buenos Aires a bordo de un avión Douglas DC-4 un polaco que hablaba alemán con acento aristocrático. Apenas cuatro meses después se hallaba de nuevo en Europa entrevistándose con altos funcionarios suizos como representante personal de Perón. Su misión consistía en evaluar la predisposición de Suiza de servir de lugar de paso para los nazis reclutados por el presidente argentino. En Argentina, mientras tanto, la madre y la esposa del ex capitán de las SS Carlos Fuldner, el principal agente de rescate nazi de Perón, que acababan de llegar, hallaban refugio seguro en una granja propiedad de Smolinski en la provincia de Buenos Aires.[208]

- *Radu Ghenea*. Este amigo íntimo y colaborador de Carlos Fuldner y Pierre Daye llegó a Buenos Aires a bordo del *Monte Saja* el 4 de octubre de 1947. Poco

después de su llegada, Ghenea se reunía con Perón en la Casa Rosada para organizar la fuga de otros fugitivos de guerra a Argentina.[209]

- *Víctor de la Serna*. Destacado periodista español, Serna luchó junto con los nazis en el frente ruso, en la División Azul de Franco, y después de la guerra fue íntimo amigo y protector de Pierre Daye, Carlos Fuldner y otros criminales de guerra y colaboracionistas fugitivos en Madrid. Daye y Fuldner le llevaron a presencia de Perón apenas un mes después de haber llegado a Argentina, el 7 de noviembre de 1947. Sin duda sus estrechos contactos con la Cruz Roja española se consideraron un inestimable activo para la empresa que se estaba poniendo en marcha.[210]

NAZIS EN LA CASA ROSADA

A MEDIDA que estos criminales de guerra y colaboracionistas llegaban a Argentina, Perón y Freude les invitaron a la Casa Rosada. En el primer grupo que fue recibido se hallaban Benzon, Smolinski, Monti y Fuldner. En algunas de aquellas reuniones se encontraban también el director del Banco Central de Argentina, Orlando Maroglio, y Guilbaud. Si en dichos encuentros se habló de la transferencia de bienes nazis, no cabe duda de que Perón tenía en aquella sala a los hombres adecuados para tramar los detalles. También estaba presente el comandante en jefe de la Fuerza Aérea argentina, brigadier Bartolomé de la Colina.[211]

En la mejor documentada de aquellas reuniones, celebrada a primeros de diciembre de 1947, tres criminales de guerra convictos se reunieron a la vez con el presidente. Introducidos por Freude en el despacho de Perón, Daye, Lagrou y Guilbaud se unieron a Fuldner, Ghenea y Serna para planear el rescate de criminales de guerra nazis. Los participantes en la reunión apenas podían creer en su suerte. «Todos aquellos extranjeros habían sido condenados a muerte en sus respectivos países —recordaría Daye en sus memorias inéditas después—. El presidente lo sabía, y yo admiraba su independencia de opinión y el coraje con el que nos recibió en el palacio oficial nacional.» Más de cincuenta años después, y a pesar de la riqueza de las evidencias documentales disponibles, todavía parece increíble que Perón pudiera haber tramado tan descaradamente con los propios criminales de guerra la mayor fuga de todos los anales del crimen.[212]

9 - EN BUSCA DE PISTAS



Archivo 'Chela' Migraciones

EL PRINCIPAL archivo documental de Argentina sobre la operación de rescate de nazis se hallaba en las oficinas de la División Informaciones, el centro neurálgico de la Odessa de Perón. Por desgracia, los expedientes de este servicio de inteligencia presidencial siguen cerrados a los investigadores, pese al hecho de que la limitación de treinta años para los secretos de estado en Argentina hace tiempo que ha expirado y que en 1992 un decreto presidencial ordenaba la apertura de todos los archivos relacionados con los nazis. También es probable que los expedientes de Freude hubieran dejado de existir hace tiempo. Algunos afirman que una parte de los archivos sobre el rescate de nazis fue destruida intencionadamente antes de que Perón fuera expulsado por un golpe militar en 1955 para evitar que cayeran en manos de sus enemigos políticos. Hay también evidencias de que en una fecha mucho más reciente tuvo lugar otra importante limpieza; concretamente en 1996, cuando estaba en el poder un nuevo gobierno peronista.[\[213\]](#)

La Odessa de Perón utilizó también los archivos secretos de la Dirección de Migraciones para guardar documentos comprometedores. Hoy, este departamento gubernamental ocupa la misma extensión de terreno, en el puerto de Buenos Aires, que ocupó durante la década de 1940. Junto al río, tras un gigantesco complejo a través del que llegaron millones de inmigrantes a finales del siglo XIX, se alza el largamente abandonado Hotel de Inmigrantes. En otro tiempo sus gigantescas salas ofrecían un alojamiento financiado por el estado a los nuevos inmigrantes, hasta que éstos encontraban trabajo en Argentina. El edificio, que ocupa toda una manzana, alberga hoy los archivos de Migraciones, o, mejor dicho, una versión cuidadosamente purgada de éstos.

(Hasta el 2008, la mayoría de los documentos de Migraciones permanecían en su lugar original en el Hotel de Inmigrantes. Las presiones para darle otro uso al monumental edificio ha hecho que de a poco sus documentos fueran derivados a otros lugares, principalmente el Archivo General de la Nación. Este capítulo se refiere por lo tanto a mi investigación en el archivo original en 1998-2008).

EXPEDIENTES CONSECUTIVOS

NORMALMENTE a los investigadores se les permite acceder sólo a las voluminosas listas de pasajeros llegados por mar, por ferrocarril y por avión hasta la década de 1970, conservadas en el primer piso. Sin embargo, tras acudir a los archivos prácticamente cada día durante cinco meses y explicar que trabajaba sobre la inmigración en la posguerra en general, sin especificar ningún interés concreto en el tema nazi, me gané la confianza de los archiveros y logré acceder sin que me acompañara nadie a las secciones de acceso restringido «Pulgas» y «Chela», situadas en el segundo piso. La sección «Pulgas», como su nombre sugiere, es un destartalado lugar de pesadilla, con continuas corrientes de aire provocadas por sus ventanas rotas. Cuando empecé a trabajar allí, en 1998, estaba llena de montañas de polvorientos y viejos expedientes apilados en crujiendo estantes o extendidos por el suelo sin ningún orden concreto. Durante el año que estuve trabajando incluso nació una camada de gatitos en uno de los montones de expedientes. Al principio me ponía unos guantes de goma y una mascarilla; pero al cabo de unos días ya me daba igual. La sección «Chela», más limpia, debe su nombre al de una empleada que asumió la hercúlea tarea de ordenar alfabéticamente y por año de llegada todas las tarjetas de desembarco rellenas por los pasajeros que arribaron desde la década de 1920 hasta la de 1970. Esto forma un conjunto de estanterías de una extensión que fácilmente se mide en cientos de metros, atiborradas de tarjetas estrechamente apretujadas en lo que parecen ser infinitas hileras de cajas de madera.

La paciente recopilación de datos de esas listas de pasajeros y tarjetas produjo una rica variedad de información sobre la llegada de los criminales nazis. Para empezar, Migraciones abría un expediente de “Permiso de Desembarco” distinto para cada inmigrante, incluso para criminales como Eichmann, Priebke y Mengele. Dichos expedientes incluían datos ya desde el momento en que el solicitante pedía por primera vez un “Permiso de Desembarco”, lo que a veces podía suponer una antelación de hasta dos años antes de la llegada a Argentina; esto ocurrió, por ejemplo, en el caso de Eichmann. Luego se añadía todo el papeleo posterior, incluyendo el testimonio de los avales, y las notas relativas a si el solicitante figuraba o no en las listas de nazis proporcionadas por los aliados, acerca de si se habían hecho o no «recomendaciones» en su favor, y, en los casos políticamente delicados, quién autorizaba concretamente su entrada. A veces un expediente abarcaba un gran grupo de personas. El 72513/46, por ejemplo, concedió permisos de desembarco a más de siete mil croatas. Probablemente este expediente solo salvó a más criminales de guerra que ningún otro durante la presidencia de Perón.

La introducción de los datos así obtenidos en una hoja de cálculo informática produjo una serie de revelaciones adicionales. Los expedientes de los criminales de guerra Erich Priebke y Josef Mengele resultaron tener números consecutivos, el 211712/48 y el 211713/48 respectivamente, a pesar de que ambos llegaron a Argentina en barcos distintos y con siete meses de diferencia. Dado que durante el año 1948 Migraciones abrió expedientes a un ritmo de más de 500

diarios, podemos tener la absoluta certeza de que hubo alguien que presentó simultáneamente las solicitudes en favor de los dos grandes criminales de guerra nazis. Apenas un mes antes Fuldner había abierto el expediente 201430/48 para otro importante criminal, el genocida de las SS Josef Schwammberger. El expediente de Eichmann, el 231489/48, se abrió poco después, a pesar de que éste retrasó su llegada a Argentina hasta 1950. La probable estrecha relación de Fuldner con Eichmann; el hecho de que durante el año 1948, cuando se hicieron dichas solicitudes, éste se hallara en Europa «importando» nazis; la proximidad de las fechas, y la numeración consecutiva de los expedientes de Priebke y Mengele, constituyen evidencias claras de que existía un sistema organizado para rescatar a los criminales de guerra nazis, y de que Fuldner, actuando bien con su propio nombre, bien bajo un nombre falso, desempeñaba un papel central en él.[214]

LA QUEMA EN MIGRACIONES

HASTA AQUÍ todo correcto. Pero después de haberlos identificado por su nombre y su número, venía la tarea de localizar los propios expedientes. Anteriormente, en otros archivos del gobierno, había localizado un expediente de Migraciones marcado como «secreto» y perteneciente a un importante colaboracionista nazi, el primer ministro yugoslavo Milan Stojadinovic. Este expediente proporcionaba detalles sobre la estrecha relación de Perón con el extremo argentino de la ruta de fuga croata. ¿Qué podría revelar el expediente de Eichmann?[215]

Varias semanas explorando montañas de carpetas de color naranja en la sección «Pulgas» sin tropezarme con ningún expediente políticamente significativo me dejaron claro que en algún otro lugar del inmenso complejo de Migraciones existía un escondrijo secreto. No había forma de pedir aquellos expedientes nazis sin alertar el verdadero motivo de mi investigación. A pesar de ello, la airada respuesta que provocó mi petición entre los funcionarios de Migraciones me dejó asombrado. Primero me acusaron de estar secretamente implicado en una investigación «política». Se cuestionó mi «imparcialidad». Se murmuraron oscuras palabras contra los judíos. Inmediatamente después se produjo una reacción aún más deprimente: «¿Qué es lo que quiere que confiese? ¿Quiere que le diga que Migraciones nos ordenó quemar todos esos expedientes hace dos años? ¡Jamás lo admitiré!», me gritaron.

Finalmente, y después de mucho insistir, el 26 de octubre de 1998 se me invitó a la oficina del director de Migraciones, Hugo Franco, un funcionario gubernamental peronista con estrechos vínculos con la Iglesia Católica y con los dirigentes de la dictadura militar argentina del período 1976-1983. Flanqueado por uno de sus subordinados y vestido con un traje de color marrón claro, Franco salió de detrás de su escritorio y se arrellanó en uno de los sillones de su amplia oficina. Fui invitado a sentarme frente a él, al otro lado de una mesita baja de café. No sonreía. Expliqué el propósito de mi investigación, señalando que un documento

de Migraciones de 1949 que había visto sugería que los expedientes secretos en cuestión se guardaban por entonces en los archivos privados de la oficina del director, es decir, el equivalente a los archivos privados del propio Franco. «No hay nada, nada, nada», me respondió abruptamente, marcando una pauta que duraría el resto de la entrevista. Franco dijo ignorar el paradero de todos los expedientes de su dirección relacionados con nazis, así como de los archivos de sus predecesores, e incluso negó conocer expediente alguno anterior al inicio de su propia administración. «De haber podido habría quemado todos esos viejos documentos. Sólo me dan dolor de cabeza. Pero lo consulté con el Congreso, y no me dejaron», murmuró entre dientes, expresando su disgusto por el propio objetivo de la entrevista. Hacer hincapié en lo importante que era para Argentina exorcizar sus antiguos fantasmas nazis no me sirvió para obtener una respuesta. Señalar que estábamos hablando de expedientes individuales donde se registraban exactamente las rutas de escape que habían seguido los fugitivos más perversos de todo el siglo XX apenas le hizo levantar las cejas.[216]

Unos días después, una carta mía donde identificaba los expedientes en cuestión por solicitante y por número fue enviada a Franco a través del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, el cual, a consecuencia de las recientes revelaciones sobre el «oro nazi» en Suiza, había creado una comisión para investigar las acusaciones de complicidad con los nazis de la propia Argentina. La respuesta, redactada por una autoridad de Migraciones de menor rango, parecía esperanzadora: los expedientes no habían sido destruidos y se podía acceder a ellos. Por desgracia, cuando llegué a Migraciones el 4 de diciembre de 1998 con la carta en la mano y acompañado por un miembro de la comisión del Ministerio de Relaciones Exteriores, la realidad resultó decepcionante. «Por favor, vengán fuera. Aquí no podemos hablar», nos dijo la persona letrada de Migraciones que había redactado la respuesta de Franco. Salimos, pues, al extenso parque situado frente al Hotel de Inmigrantes, junto a los viejos árboles bajo los que muchos criminales nazis agradecidos debieron de dar sus primeros pasos en Argentina. «Esos expedientes resultaban extremadamente embarazosos. Fueron destruidos hace dos años. Eso es todo lo que puedo decirles. Obviamente, no podíamos ponerlo por escrito en una carta oficial. Estoy seguro de que lo comprenderán.»

La pálida sombra del viejo hotel se extendía detrás de nosotros como una gigantesca ballena varada. Una familia de bolivianos atravesó el parque apretando entre las oscuras manos sus propias solicitudes de residencia. Recientemente diversos grupos derechistas habían empapelado las paredes de Buenos Aires con chillones carteles en los que pedían restricciones contra este flujo de mano de obra barata procedente de los países vecinos. «Argentina es demasiado generosa», murmuró la rubia cabellera que acababa de solicitar nuestra complicidad en la quema de expedientes nazis, mirando a los bolivianos con disgusto.

Otros funcionarios de Migraciones confirmaron la quema, añadiendo más detalles. Los expedientes individuales que contenían el voluminoso papeleo de la admisión de Eichmann, Mengele, Priebke y otros se habían guardado en una caja

fuerte para documentos secretos hasta 1996, cuando todos fueron destruidos. Se encendió una hoguera de noche, detrás del antiguo hotel, en el borde del muelle. Todo desapareció. La tapadera peronista había perdurado hasta el mismo final del siglo.[217]

ADIÓS NONINO

MI LARGA travesía por la Dirección de Migraciones había terminado; pero ninguna aventura está completa sin su epílogo. Un día de finales de diciembre de 1998 se me acercó la persona que custodiaba los archivos, la misma persona que sólo unas semanas antes me había acusado de no ser «neutral» en mi investigación. Con voz alarmada me informó de que había recibido órdenes de quemar todos los documentos que quedaban en el segundo piso. Se iba a convertir el viejo edificio en un museo y centro comercial, y no había tiempo, y menos aún presupuesto, para trasladar toda aquella masa de papeles. Puede que esta persona aparentara superficialmente ser de piedra, pero, como les sucede a muchos archiveros, había caído víctima del hechizo de los viejos y polvorientos papeles, y la idea de ver cómo se los llevaban en camiones de basura le resultaba demasiado horrorosa.

«Usted tiene contactos en la prensa —me dijo—. ¿No podría organizar la publicación de alguna noticia para tratar de detenerlo?» Ahora ya no hablábamos de nazis. Los expedientes en cuestión registraban la llegada de las sucesivas generaciones de inmigrantes de las que descienden una enorme cantidad de argentinos más modernos. Yo había visto miles y miles de formularios de solicitud, con fotos de tamaño pasaporte de jóvenes madres italianas y españolas sosteniendo esperanzadas a sus hijos en brazos. Hoy, muchos de sus descendientes consultan regularmente los archivos de Migraciones para rastrear su historia familiar. Valía la pena intentarlo. En enero de 1999 se publicó la noticia en la portada del periódico bonaerense *Página/12*, bajo el título “Adiós nonino”, en referencia a la posible destrucción de los documentos de entrada de cientos de miles de abuelos y abuelas de ciudadanos argentinos. También se difundió por la radio y por otros medios de comunicación. Los capitostes de Migraciones se echaron atrás, aunque no sin hacer una desconsolada llamada telefónica a mi domicilio: «¿Cómo ha podido hacernos esto?», se quejaron. Durante un tiempo los documentos permanecieron seguros. Pero en el año 2001, cuando volví para realizar una segunda tanda de investigaciones, los miles de expedientes de color naranja de la sección «Pulgas» habían desaparecido.[218]

10 - VÍAS CRIMINALES



Josef Mengele, alias Helmut (DNM)

AUNQUE en Argentina gran parte de la documentación sobre la Odessa de Perón fue intencionadamente destruida en 1955 y en la década de 1990, la organización dejó pruebas de sus actividades desperdigadas por Argentina y Europa. En Berna, los Archivos Federales de Suiza albergan los registros incriminatorios que muestran cómo diversos funcionarios de alto rango suizos permitieron que unos 300 alemanes «ilegales» pasaran por su territorio en ruta hacia Argentina. En Bruselas, los voluminosos papeles del criminal de guerra belga Pierre Daye, divididos entre el Musée de la Littérature y el centro CEGES de estudios sobre la Segunda Guerra Mundial, revelan los detalles de la complicidad de Perón en las actividades de rescate de nazis.

Otra importante reserva documental permanece secuestrada en los archivos de la policía, el Ejército y la inteligencia argentinos. Afortunadamente para los historiadores, los funcionarios argentinos, aunque inmensamente corruptos, observaban minuciosamente las normas y reglamentos. Y aun en el caso de los inmigrantes secretos nazis, insistían en que se cumplieran escrupulosamente todas las formalidades. Esto generó una gran cantidad de papeleo que sencillamente escapó a los avatares de los archivos del país, insuficientemente financiados y mal gestionados, quedando fuera del alcance de las operaciones de «limpieza». Esta actitud burocrática, junto con la guerra fratricida entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y la Dirección de Migraciones de Argentina por el control de la política de inmigración, dio lugar a diversos trámites a través de los cuales las actividades secretas del equipo nazi de Perón permanecen visibles hasta nuestros días. Los investigadores necesitan un largo brazo y una gran dosis de paciencia para hacerse con esos documentos, pero no es una tarea imposible.

“PERMISO DE DESEMBARCO”

PARA cuando había comenzando la Segunda Guerra Mundial los enfrentados funcionarios de Migraciones y Relaciones Exteriores habían llegado a una solución intermedia en su lucha de poder, exigiendo que los extranjeros

superaran dos barreras distintas para poder entrar en Argentina. Ante todo había que obtener un “Permiso de Desembarco” de la Dirección Nacional de Migraciones, mediante una solicitud presentada por la parte interesada en un consulado argentino en Europa o por un pariente suyo en Buenos Aires. En el caso de los criminales de guerra y colaboracionistas nazis, una sencilla carta de recomendación de un colaborador de la División Informaciones de Perón bastaba para que se concediera un “Permiso de Desembarco” expedido a cualquier nombre o alias que se pidiera. Luego Migraciones enviaba un cable al correspondiente consulado argentino informando de que la solicitud había sido aprobada, y el consulado telefoneaba al solicitante para que pasara a recoger el permiso. En el caso de los solicitantes nazis, quienes recogían los permisos eran los miembros del equipo nazi de Perón que les representaban en Europa. Con mucha frecuencia los permisos eran retirados por representantes del Vaticano como Draganovic, o bien por agentes del obispo austríaco Alois Hudal.

Tras serle concedido un permiso argentino con un nombre falso, un nazi podía obtener un «documento de viaje» de la Cruz Roja expedido al mismo nombre, lo que representaba un importante paso hacia la libertad. Destinados a los refugiados que habían perdido sus documentos de identidad durante la guerra, estos «documentos de viaje» constituían a todos los efectos un equivalente del pasaporte, y eran admitidos internacionalmente como tales. Así pues, equipado con un “Permiso de Desembarco” y unos documentos de viaje válidos, el futuro inmigrante podía volver al consulado argentino para solicitar un visado de entrada. Las rencillas entre los diplomáticos y la Dirección de Migraciones continuaban incluso en esta avanzada etapa, y así los cónsules a veces negaban los visados a viajeros con permisos de desembarco válidos, o bien Migraciones permitía a extranjeros sin visados válidos desembarcar en Buenos Aires. En la mayoría de los casos, sin embargo, los nazis en fuga abandonaban el consulado con un visado argentino estampado en sus documentos de la Cruz Roja. Al mismo tiempo, el cónsul expedía una «certificación» de identidad a nombre del inmigrante, que éste utilizaría para obtener la denominada «cédula de identidad» (el documento de identidad estándar expedido por la policía argentina) tras su llegada a Buenos Aires. Quedaba, pues, el camino libre para escapar con éxito a Sudamérica, con nada menos que un cambio de identidad completo de propina.^[219]

Equipado ahora con un “Permiso de Desembarco”, los papeles de la Cruz Roja, un visado argentino y su «certificación», ¿estaba ya nuestro nazi listo para embarcar? Pues no: faltaba todavía el último peldaño de la escalera. Perón había establecido en Italia una organización conocida como DAIE, la Delegación Argentina de Inmigración en Europa. La DAIE, que gozaba de un estatus semidiplomático, tenía oficinas en Roma, donde se tramitaba el papeleo, y en Génova, donde los futuros inmigrantes habían de someterse a un examen médico realizado por médicos argentinos, que a veces llegaban a rechazar a solicitantes que disponían de documentos válidos. Ni que decir tiene que había excepciones en

los diversos puntos de esta complicada ruta para nazis importantes. [220]

LECOMTE

LA DESTRUCCIÓN en 1996 de los expedientes asociados a la fuga de nazis significa que muchos detalles quedarán para siempre ocultos. Sin embargo, es fácil darse una idea bastante clara como operaba la red a través de algunos pocos que han sobrevivido. Entre ellos está el expediente del antiguo Burgomaestre de la ciudad de Chimay en Bélgica durante la guerra, Jean-Jules Lecomte. La colaboración de Lecomte con los nazis llevó a que, tras la guerra, fuera condenado a muerte por el Consejo de Guerra de Charleroi. Llegó a Buenos Aires bajo el alias de Jan Degraaf Werheggen el 15 de mayo de 1947 en el *Cabo de Buena Esperanza* desde Barcelona, en tránsito a Perú. En el mismo barco viajaba otro criminal belga, Gerard Joseph Ruyschaert, y el embajador español José María Areilza, quien oficia de protector de los belgas en Argentina, al punto que pone su valija diplomática al servicio de ellos para que se comuniquen secretamente con sus camaradas en Europa.

Una semana después de arribar, Lecomte se presenta ante Migraciones con una carta dirigido a su director, el furioso antisemita Santiago Peralta, para decir que «habiendo tenido ocasión de conocer las grandes posibilidades de la República» ha decidido abandonar su proposito inicial de continuar en tránsito hasta Perú. Solicita por lo tanto la radicación definitiva en Argentina, ante lo cual se abre el expediente 94079/47, uno de los dos únicos expedientes de criminales de la Segunda Guerra abiertos a la consulta pública por el gobierno argentino hasta la fecha.

Esta carpeta muestra cómo en primera instancia su pedido es denegado por Peralta: "No ha lugar a lo solicitado," dice Peralta. "Notifíquese al interesado que debe proseguir viaje de inmediato." Fuertes influencias, sin embargo, se movieron para resolver la situación. El 28 de mayo Peralta recibe la visita de Magda Ivanissevich, hermana del futuro ministro de Educación de Perón, Oscar Ivanissevich, un nacionalista furibundo y coautor autoproclamado de la "Marcha Peronista". Al día siguiente, Lecomte vuelve a presentar una nota a Peralta por la cual "solicita del señor Director que -teniendo en cuenta las circunstancias que le fueron expuestas por la señora Magda Ivanissevich de D'Angelo Rodríguez- se reconsidere dicha resolución y se le otorgue el permiso pedido".

Lecomte declara residir en la avenida Callao 545, 5º piso, y presenta como única documentación el «certificado de identidad 153 dado en Madrid por la Dirección General de Seguridad». Al poco tiempo, en julio, Bélgica alerta a la Cancillería argentina de la llegada de Lecomte. Iniciada la investigación del caso, el mayor Jorge Osinde de Coordinación Federal informa en septiembre que el belga ha obtenido la cédula de identidad 3.490.034 y se encuentra «domiciliado en la calle Dorrego N° 2320, piso 1º, Capital», agregando que «no registra antecedentes». Finalmente la Cancillería, alertada por Osinde de la amistad entre los belgas y el

embajador español Areilza, cajonea el tema.

La revelación del contenido del expediente de Lecomte en una nota periodística en Buenos Aires en el año 2003 tiene un interesante epílogo cuando el hijo de Magda Ivanissevich, Aníbal D'Angelo Rodríguez, escribe una carta a la prensa confirmando la intervención de su madre y afirmando la suya propia «en muchos casos más... en el primer peronismo hubo mucha gente que, como yo, se enorgulleció (y se enorgullece) de haberles arrebatado algunas víctimas» a los «libertadores que los querían fusilar». [221]

STOJADINOVIC

EL PAPELEO acumulado se agrupaba en expedientes numerados en la Dirección de Migraciones de Buenos Aires, normalmente uno por cada candidato, desde el momento en que se solicitaba por primera vez el “Permiso de Desembarco” hasta la llegada a Buenos Aires. A veces esos expedientes permanecían abiertos durante largo tiempo, y registraban incluso el momento en el que los nazis cambiaban el alias que habían utilizado para entrar en el país por su verdadero nombre.

Durante el año 1948, cuando la oleada de inmigración a Argentina en la posguerra alcanzó su punto culminante, se llegaron a abrir cada día unos 500 expedientes para hacer frente a aquella fiebre. Debido a ello Migraciones «privatizó» su trabajo, asignando cuotas que habían de cubrir a discreción los representantes de las comunidades belga, croata, francesa, alemana, rusa, eslovaca, eslovena o ucraniana en Argentina. Dichos representantes solían ser ellos mismos criminales de guerra o antiguos colaboracionistas, contratados como «asesores» de Migraciones por el gobierno peronista, siempre con la condición de que no propusieran la admisión de comunistas o de judíos. [222]

Como ya hemos visto, esos expedientes «nazis» argentinos se conservaron hasta 1996, cuando se habría ordenado su destrucción en una gran hoguera. Sólo unos pocos de esos documentos escapó a la purga. Uno trataba del caso de un importante colaboracionista nazi para cuya admisión en el país tuvo necesidad de intervenir en 1947 el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, que luego se olvidó de devolver los papeles a Migraciones. El documento permaneció a salvo en un archivo independiente, lejos del alcance de la piromanía peronista de finales de siglo, e ilustra claramente la metodología empleada.

El Expediente Secreto 87902/47 lo abrió el 20 de marzo de 1947 el recién llegado colaboracionista croata Gino Monti de Valsassina. Tras haber entrado en Argentina, el «conde de Monti» había sido reclutado en la División Informaciones de Freude, y pronto se convertiría en uno de los principales agentes de reclutamiento de nazis de Perón, además de íntimo amigo tanto del general como de Evita. La primera página de la carpeta es una carta de Monti al director de Migraciones, Santiago Peralta, solicitando un “Permiso de Desembarco” para Milan Stojadinovic, ex primer ministro de Yugoslavia, cuya «actuación en Europa

antes y durante el período bélico» Monti ya le había «expuesto personalmente» a Peralta. En el plazo de cinco días Peralta cablegrafió dando instrucciones al consulado argentino en Londres (Stojadinovic se hallaba bajo custodia británica en la isla de Mauricio, en el océano Índico) de expedir un “Permiso de Desembarco” para el candidato de Monti «con la documentación que presente».

La entrada de Stojadinovic se habría producido sin mayores obstáculos si Estados Unidos no hubiera descubierto sus intenciones. En el plazo de un mes Washington alertó a Buenos Aires de que el «ex primer ministro de Yugoslavia, de tendencia pro-Eje, está tratando de fijar su residencia en el hemisferio occidental», recordándole a Argentina su obligación, según el Acta de Chapultepec, de negarle la entrada en el país. (Por dicha acta, que había sido firmada en México al final de la guerra por todos los países americanos, éstos se obligaban a negar a los criminales de guerra y colaboracionistas nazis la entrada en el hemisferio occidental). Estados Unidos estaba molesto por la adhesión de Stojadinovic al III Reich en el período anterior a la guerra, manifestada en su visita a Berlín en enero de 1938, durante la cual mantuvo largas conversaciones con Hitler y Göring, y prometió el apoyo total de Yugoslavia al Nuevo Orden nazi. Tras la anexión de Austria por parte de Alemania, Stojadinovic había declarado: «Ahora podemos sentirnos seguros con 120 millones de amigos en nuestras fronteras». Bajo su mandato, Yugoslavia constituyó su propia milicia de «Camisas Verdes», al estilo de las SS, y adoptó el saludo nazi, mientras Stojadinovic asumía el título de Vodja, el equivalente yugoslavo al de Führer. Su gobierno se derrumbó en 1939, y él fue destituido por el príncipe regente Pablo. Al año siguiente Stojadinovic fue arrestado después de que se hubieran encontrado en su casa documentos que le vinculaban a actividades de infiltración nazi. Antes de que Hitler invadiera Yugoslavia, en abril de 1941, el ex primer ministro fue trasladado clandestinamente a Grecia, y allí entregado a las autoridades británicas, que le confinaron en la isla de Mauricio.

En vista de la objeción de Washington, el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino susurró algunas palabras al oído de Peralta, y a continuación se envió un nuevo telegrama revocando la orden original y bloqueando la entrada de Stojadinovic en el país. Sin embargo, a mediados de 1947, y tras el viaje de Evita a Europa y el nombramiento del nuevo director de Migraciones Pablo Diana, la organización de rescate de nazis de Perón se reavivó y el intento de recuperar a Stojadinovic cobró un nuevo impulso. En primer lugar, Monti escribió una nueva carta, que pasó directamente al expediente de Stojadinovic, en la que solicitaba los papeles de entrada para la esposa del Vodja y dos de sus hijas, que habían podido llegar nada menos que hasta Brasil a pesar del hecho de que la única documentación que poseían era un «pasaporte Real Yugoslavo, ya caducado». Luego vino el paso decisivo: una carta de un íntimo amigo de Perón, el ex embajador croata en Berlín Branko Benzon. Éste, otro recién llegado reclutado para la División Informaciones de Freude, era una persona con un encanto nato que había pasado de las reuniones con Hitler a los coqueteos con Evita. Según Benzon,

las autoridades británicas de Mauricio le habían «retirado la vigilancia» a Stojadinovic, lo que hacía que aquél fuera el momento adecuado para renovar la solicitud de un “Permiso de Desembarco”. El mismo día que Benzon presentó su petición, un telegrama fue enviado al consulado argentino en Ciudad de El Cabo, otorgando de nuevo la entrada de Stojadinovic «con la documentación que posea». El telegrama llamó la atención de un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, quien –con buena intención, aunque equivocadamente– dio la alarma. Se le informó rápidamente de que la admisión de Stojadinovic se había acordado el 21 de septiembre de 1947, en una reunión entre el ministro de Relaciones Exteriores y el nuevo jefe de Migraciones celebrada en el despacho de Perón en la Casa Rosada. Stojadinovic desembarcó finalmente en Buenos Aires el 2 de abril de 1948, y poco después se le unirían su esposa y dos de sus hijas, procedentes de Brasil.

Esta misma maquinaria, compleja pero bien engrasada, funcionó a pleno rendimiento durante el año 1948, cuando el equipo de rescate de nazis de Perón empezó a trabajar en Europa, principalmente desde Berna y Génova. Ese año, y durante un período de menos de dos meses, se abrieron expedientes de Migraciones parecidos al de Stojadinovic para cuatro notorios oficiales de las SS: Adolf Eichmann, Josef Mengele, Josef Schwammberger y Erich Priebke. Éstos llegaron en distintos transatlánticos con muchos meses de diferencia, pero los papeleos de sus viajes se tramitaron juntos, y, en el caso de Mengele y Priebke, al mismo tiempo, como ya hemos visto.^[223]

Stojadinovic no llegó con las manos vacías, ya que de inmediato se instaló en un apartamento situado en la exclusiva zona de Belgrano «R», uno de los sitios de Buenos Aires preferidos por los nazis nostálgicos. A continuación fundó El Economista, que se convertiría en uno de los periódicos financieros más importantes del país. Aunque su borrascoso pasado nunca fue objeto de comentario en Argentina, parece que éste volvió a atormentarle cuando el gobierno de Perón empezó a desmoronarse, en 1955. Stojadinovic se apresuró a solicitar la ciudadanía argentina, pero Perón fue derrocado antes de que se le concediera. Cuando volvió a intentarlo, en 1960, el antiguo Vodja hubo de responder a un informe de la policía argentina que le acusaba de haberse especializado en «trabajos de inteligencia entre la colectividad yugoslava residente en la Argentina», aparentemente en favor de Estados Unidos, así como de pertenecer al grupo «Yugoslavia Libre». Stojadinovic sobrevivió a las acusaciones, y finalmente se convirtió en ciudadano argentino el 6 de octubre de 1960.

El intento de Stojadinovic de configurar el estado yugoslavo según el modelo nazi hizo que se le considerara un importante colaboracionista. Si después de la guerra hubiera vuelto a Yugoslavia, ahora bajo un gobierno comunista, sin duda habría terminado en la cárcel. Parece ser que a Gran Bretaña no le preocupó demasiado adónde fuera siempre que se lo pudiese sacar de las manos. Washington, por su parte, hizo sin duda todo lo posible para que no entrara en el hemisferio occidental. Pero Perón estaba decidido a acogerle con los brazos

abiertos, y fue el general argentino el que se salió con la suya.[\[224\]](#)

11 - LA RUTA NÓRDICA



Carl Vaernet

EN 1947 la División Informaciones de Perón creó una ruta de escape en el norte de Europa. Su objetivo era sacar ilegalmente de Alemania a los diseñadores de aviones nazis, hacia Suecia y Dinamarca, y desde allí hacia Argentina, para trabajar en el ambicioso programa aeronáutico del presidente. El empresario alemán Friedrich Schlottmann, propietario en Argentina de la gigantesca empresa textil Sedalana, financiaba una ruta de rescate paralela. La ruta de Schlottmann la gestionaba el intrépido germano-argentino de veinticuatro años Carlos Schulz, que viajó a Escandinavia para salvar al mayor número posible de fugitivos alemanes de la justicia de la posguerra, esgrimiendo la promesa de Schlottmann de darles trabajo en Argentina. La mayoría de aquellos alemanes habían huido a Dinamarca escapando del avance de las fuerzas aliadas al final de la guerra. Schulz llevaba consigo un millar de permisos de desembarco expedidos por la Dirección de Migraciones de Perón. Y llevaba asimismo cartas de recomendación del director de Migraciones Santiago Peralta, caracterizado por su rabioso antisemitismo.

Presentándose como el representante de una iglesia evangélica de la ciudad argentina de La Plata, el audaz Schulz logró convencer a los funcionarios en Oslo de que liberaran a los nazis encarcelados en Noruega también y les permitieran viajar a Argentina. En Estocolmo obtuvo listas de alemanes fugitivos en Suecia que envió por cable a Buenos Aires. La respuesta de la Dirección de Migraciones de Perón fue invariablemente aprobar su entrada en el país. Luego los cónsules de Argentina estamparon los visados en pasaportes de la Cruz Roja obtenidos gracias a los "Permisos de Desembarco" de Schulz. Dichos pasaportes eran tan burdos que en ocasiones ni siquiera llevaban la fotografía del titular (la Cruz Roja resultó ser extremadamente acomodaticia con los fugitivos nazis del norte de Europa, y se dice que después de la guerra sus ambulancias sirvieron para transportar clandestinamente a alemanes a través de las fronteras escandinavas).[225]

PIÑEYRO Y DANERI

LOS CÓNSULES argentinos no hacían preguntas, y durante el año 1947 trabajaron codo a codo con Schulz. De hecho algunos de ellos eran agentes secretos de la División Informaciones de Rodolfo Freude, enviados a Escandinavia para

abrir la «ruta nórdica». Al cónsul Carlos Piñeyro se le encomendó la tarea de llenar pasaportes argentinos en blanco para los alemanes de Perón con alias que sonaran a español. El propio Piñeyro era prácticamente alemán. Nacido en Europa, durante la década de 1930 había sido cónsul argentino en Danzig, y en 1941 se había casado con una ciudadana alemana en Bulgaria. Después de la guerra se le destinó a Copenhague, Dinamarca. En 1947 fue convocado a la Casa Rosada durante unos días para mantener varias reuniones secretas con Freude y el presidente, y luego volvió a Dinamarca para llevar a cabo su misión con «órdenes especiales» del propio Perón. La operación contaba también con la ayuda de otro cónsul argentino en Dinamarca, Elzear Mouret.[226]

Estos argentinos contrataron al oficial de las SS danés Günther Toepke para pasar clandestinamente a los nazis de Perón de Alemania a Dinamarca. Desde Copenhague solían trasladarse a Suecia, donde embarcaban en vuelos comerciales hacia Ginebra, y, de allí, a Buenos Aires. A pesar de su historial, después de la guerra Toepke ostentó un cargo importante en el servicio de inteligencia danés, lo que hizo que le resultara mucho más fácil trabajar clandestinamente para Perón. El representante de Cáritas en Dinamarca, el sacerdote prusiano Georg Grimme, también se dedicó a sacar a nazis en fuga de Alemania, con la ayuda financiera de Ludwig Freude. Posteriormente él mismo se trasladaría a Buenos Aires, donde escribiría en el diario *Freie Presse*, publicado en alemán y de tendencia nazi. Según su propio relato, Schulz rescató a unos mil alemanes en el norte de Europa. El joven germano-argentino comprobó sus antecedentes hasta donde le fue posible, con el fin de asegurar a Perón que no había ningún comunista entre ellos.[227]

Las autoridades escandinavas, sin embargo, habían empezado a perder la paciencia frente a las descaradas actividades de los argentinos, y el 17 de noviembre de 1947 Schulz fue arrestado durante una redada sorpresa en Estocolmo. El joven se defendió en los tribunales en un fluido alemán, y admitió que trabajaba en colaboración con la Dirección de Migraciones argentina. Aunque al final se condenó a un grupo de falsificadores de pasaportes suecos, incluyendo a un antiguo oficial de las SS, Schulz fue liberado con la condición de que abandonara el país lo antes posible.[228]

Al mismo tiempo, en Copenhague, la captura de dos científicos nazis que trataban de abandonar el país con pasaportes proporcionados por los cónsules argentinos Piñeyro y Mouret originó un escándalo diplomático profundamente embarazoso. Toepke fue detenido, y a Piñeyro, Mouret y al embajador argentino se les invitó discretamente a abandonar Dinamarca.[229]

FALKEN

PERO Schulz se guardaba un último as en la manga. Antes de salir de Suecia unió sus fuerzas con las del oficial alemán de las SS Ludwig Lienhardt, un hombre acusado de crímenes de guerra por la URSS, que había solicitado su extradición a los suecos. Como miembro del Ministerio del Este de Alfred

Rosenberg durante la guerra, Lienhardt había sido responsable del reasentamiento forzoso de los habitantes de etnia sueca de Estonia, incluyendo a un grupo de 3.400 personas desplazadas durante los últimos días de la guerra. Suecia mientras tanto había ordenado la expulsión de Lienhardt, ya que no deseaba entregárselo a los comunistas para que lo juzgaran a pesar de su horroroso historial. Significativamente, y al igual que los demás miembros de importancia del equipo de rescate de nazis, Lienhardt había sido «colaborador honorario» del SD de Himmler.[230]

El consorcio de Lienhardt representaba a nazis de ocho países europeos distintos, que, gracias a la intervención de Schulz, obtuvieron documentos de viaje de la embajada argentina en Estocolmo para la más cinematográfica de todas las fugas nazis. El 30 de diciembre de 1947, el grupo, con Schulz incluido, zarpó del puerto de Estocolmo a bordo del *Falken*, un viejo buque escuela que había comprado Lienhardt. La prensa sueca, que había estado siguiendo el proceso de preparación del barco durante meses, se hizo amplio eco de la partida. Parece ser que Moscú envió a dos torpederos para que interceptaran al *Falken*, pero fracasaron en su misión al ser desviados de su rumbo por una gigantesca tormenta en el mar Báltico. Lienhardt y su tripulación tardaron siete meses en llegar a Argentina. Finalmente, el 26 de julio de 1948 atracaron en el puerto de Buenos Aires, donde fueron objeto de una jubilosa acogida.

El inquieto Schulz no permaneció a bordo durante todo el tiempo que duró el viaje. Desembarcó durante una escala forzosa en Londres, y se apresuró a tomar un avión hacia Madrid. Desde allí continuó con su operación de rescate de nazis, aparentemente a través de su contacto con Fuldner en Suiza e Italia. A su regreso a Buenos Aires, Schulz fue recibido como un héroe y nombrado ayudante de campo de un íntimo amigo de Perón, el coronel Domingo Mercante, gobernador de la provincia de Buenos Aires.[231]

KURT GROSS

UN ALEMÁN al que Piñeyro y Mouret estaban especialmente ansiosos por sacar de Europa era el capitán de las SS Kurt Gross, responsable durante la guerra de las operaciones de espionaje nazi en España y Sudamérica. Gross estaba al tanto de todos los detalles de las reuniones de Goyeneche en Berlín, del fracasado intento de Hellmuth de reunirse con Hitler y del golpe urdido por el SD y el GOU en Bolivia, en diciembre de 1943. Su oficina en Berlín había recibido frecuentes visitas de los agregados militares argentinos, que se comunicaban con Buenos Aires a través de la radio nazi. Nadie sabía tanto sobre la auténtica relación entre Perón y el servicio de inteligencia de Himmler como este hombre.

Gross había escapado a Dinamarca cruzando la frontera ilegalmente en octubre de 1945. Al mes siguiente fue detenido, pero luego fue liberado mientras se tramitaba su solicitud de visado de residencia danés. En enero de 1947, sin embargo, fue internado en un campo de detención, y se le negó el visado

solicitado. Iba a ser deportado el 17 de octubre, pero huyó del campo un día antes, y corrió a pedir ayuda directamente a Piñeyro y Mouret. Los enviados de Perón se mostraron dispuestos a complacerle, y unos días después Gross se dirigía a la policía de Copenhague con un documento del consulado donde se declaraba que se le concedía la entrada a Argentina. Los daneses consintieron, y Gross abandonó el país el 5 de noviembre de 1947. Se puso en juego alguna forma de quid pro quo, ya que el Ministerio de Justicia danés había aconsejado a la policía de Copenhague que no tratara «este caso tan rigurosamente, dado que los argentinos nos han hecho ciertos favores, especialmente en el caso de algunos ucranianos que nosotros no queríamos aquí y que ellos han aceptado».

Las autoridades danesas no pudieron sino alegrarse de deshacerse de aquellos embarazosos huéspedes y enviárselos a Perón, que los recibía con los brazos abiertos. Y el propio Perón debió de haber lanzado un enorme suspiro de alivio al saber que Gross, con todos sus secretos, se hallaba finalmente fuera del alcance de los interrogatorios aliados.[232]

CARL VAERNET

EL MÁS bizarro de los criminales nazis que escaparon a través de la ruta nórdica de Perón fue el llamado «Mengele danés», Carl Vaernet, un médico de las SS que afirmaba haber encontrado una «cura» para la homosexualidad. En la década de 1930 Vaernet había desarrollado una terapia seudocientífica basada en lo que él denominaba extrañamente la «inversión de la polaridad hormonal». Himmler creía que la terapia de Vaernet representaba la «solución final a la cuestión de la homosexualidad».

En 1943 Vaernet firmó un contrato con el jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, Ernst Kaltenbrunner, cediendo los derechos de patente de su cura a una empresa de las SS, Deutsche Heilmittel, a cambio de fondos de investigación, de material de laboratorio y del uso de los prisioneros de un campo de concentración como cobayas humanas. En 1944 Himmler puso a la población de Buchenwald portadora del «triángulo rosa» (es decir, los homosexuales) a disposición de Vaernet.

Se experimentó con unos quince sujetos. Algunos fueron castrados y luego se les implantó la «glándula sexual masculina artificial» del médico danés, un tubo de metal que liberaba testosterona en la ingle durante un período prolongado. Vaernet afirmaba que como resultado de su trabajo algunos sujetos habían «renacido» como heterosexuales. Refiriéndose al caso del preso de Buchenwald número 21.686, Bernhard Steinhoff, un teólogo de cincuenta y cinco años, Vaernet informó a Berlín de que «la herida de la operación ha sanado y no hay rechazo de la glándula sexual implantada [...] la persona se siente mejor y ha tenido sueños con mujeres». Aparte de Himmler y Vaernet, nadie pareció impresionado. Según los relatos de los supervivientes, los médicos de las SS de Buchenwald «hacían chistes terribles» sobre los experimentos de Vaernet. Entre los prisioneros, los

implantes se conocían como «piedras de fuego». En vista de las circunstancias en las que se realizaron dichos experimentos, no resulta sorprendente que los pacientes de Vaernet se declararan curados cuando el médico les interrogaba.

Al final de la guerra Vaernet fue encarcelado por las fuerzas británicas de ocupación en Dinamarca, y el 29 de mayo de 1945 el comandante R. F. Hemingway informaba a la Asociación Médica Danesa de que «sin duda el médico sería castigado como criminal de guerra». Los agentes de Perón, sin embargo, tenían otra idea en mente; una idea que libraría oportunamente a Copenhague de un embarazoso juicio sobre operaciones con prisioneros homosexuales de un campo de concentración realizadas por un médico de la alta sociedad danesa. Cuando los británicos entregaron a Vaernet a las autoridades danesas, en el otoño de 1945, el plan de fuga de éste se aceleró. Mientras tanto, y según los documentos conservados en los Rigsarkivet –los Archivos Nacionales de Dinamarca, en Copenhague–, Vaernet trató de vender su sistema para la liberación de hormonas de Buchenwald a diversas empresas médicas británicas y estadounidenses con ayuda de su hijo mayor, Kjeld, médico como él.

En enero de 1946 el médico solicitó del gobierno danés un permiso para viajar a Estocolmo con el fin de recibir tratamiento para una fingida dolencia cardíaca. El gobierno no sólo aceptó, sino que la policía danesa le dio dinero para el viaje. Una vez en Estocolmo la organización de Perón le hizo desaparecer rápidamente, con toda probabilidad en un vuelo comercial regular Estocolmo-Ginebra-Buenos Aires, y llegó a Argentina en algún momento anterior al mes de marzo de 1947. La familia del médico –exceptuando a su hijo mayor, Kjeld– le siguió más tarde en barco. (Después de la guerra Kjeld Vaernet continuó su práctica médica en Copenhague, practicando lobotomías. Fue objeto de la atención de los medios de comunicación daneses en la década de 1990, pero negó que su trabajo guardara alguna relación con el de su padre en Buchenwald.)

En la solicitud de ciudadanía argentina de Carl Vaernet, presentada en el mes de agosto de aquel mismo 1947, éste declaraba que trabajaba como endocrinólogo a las «órdenes directas» del ministro de Salud Pública de Perón, Ramón Carrillo. Desde Buenos Aires, mantenía el contacto con su hijo Kjeld a través de Carlos Schulz. Al cabo de unos años Vaernet abrió una consulta privada en el número 2.251 de la calle de Uriarte, aunque nunca recuperó el estatus social del que había disfrutado en Dinamarca antes de la guerra. Marginado por la comunidad danesa local, e incapaz de hablar un español correcto, el «Mengele danés» vivió con el constante temor de ser descubierto por los cazadores de nazis. Sufrió varios percances personales: en 1955, por ejemplo, fue atropellado por un taxi, lo que le dejó gravemente lesionado, con 15 fracturas; aquel mismo año su esposa murió electrocutada en un extraño accidente de tren.

El destino último de Vaernet siguió siendo un perdurable misterio en Dinamarca. En 1949 un tribunal danés cerró su caso, declarando que se creía que se hallaba oculto en Brasil, a pesar de que todas las evidencias, incluyendo varios artículos de prensa, apuntaban hacia Argentina. En este último país la cuestión

siguió viva hasta 1999, cuando un activista pro derechos gays danés encontró al nieto de Vaernet, al que nadie le había informado nunca del verdadero papel de su abuelo durante la guerra. «Al menos espero sirva para mitigar un poco el dolor de los familiares o damnificados – escribió conmovido el nieto –. Espero también que todos los errores cometidos sirvan a nuestra generación y a las futuras para que no se realicen actos de lesa humanidad, discrimine o persiga a las personas, ya sea por su religión, color de piel o sexualidad, cualquiera que fuera su elección.» Christian Vaernet explicó que su abuelo había muerto de una fiebre desconocida el 25 de noviembre de 1965. Está enterrado en el cementerio británico de Buenos Aires, fila 11.A.120.[233]

MOVIMIENTO PERONISTA PARA EXTRANJEROS

LOS PRIMEROS alemanes llegados gracias a la ayuda de Schulz, Piñeyro y Mouret habían proporcionado una sólida base en Argentina para la continuación de los esfuerzos de rescate de nazis. El *Falken* de Lienhardt, convertido ahora en un cuartel general flotante, disfrutó de una larga segunda vida como lugar de reunión del grupo de nazis agrupados en torno al protector de Mengele, Hans-Ulrich Rudel. Este grupo, conocido como Kameradenwerk, enviaba paquetes de alimentos desde Argentina a prisioneros de alto rango como Rudolf Hess y el almirante Karl Dönitz. En algunos casos el grupo incluso pagó la defensa jurídica de antiguos nazis sometidos a juicio en Europa.

Además de Rudel y Lienhardt, Kameradenwerk incluía a otros notorios nazis como el criminal de la Gestapo Kurt Christmann, el criminal austríaco Fridolin Guth y, al parecer, también el antiguo amigo de Perón y ex espía nazi en Chile August Siebrecht. Estos conspiradores del *Falken* mantenían estrechas relaciones con el antiguo Poglavnik («jefe») de Croacia, Ante Pavelic; con el ex líder del Partido Fascista italiano, Carlo Scorza; con el hijo del Duce, Vittorio Mussolini, y con Konstantin Freiherr von Neurath, hijo del ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, todos ellos ocultos en Argentina bajo la protección de Perón.

Un peculiar vástago del *Falken* y de su viaje fue la rama alemana del denominado Movimiento Peronista para Extranjeros (MPE), una organización establecida en los últimos días del gobierno de Perón. Este movimiento reunía a los peronistas de 32 comunidades extranjeras en Argentina, unidos bajo el liderazgo de un tal Gustav Müller. El Grupo Alemán del MPE, creado en febrero de 1955 bajo la presidencia de Lienhardt, se apresuró a enviar una cálida nota al acosado Perón prometiendo devolverle «lealtad por lealtad». Entre sus planes se incluía la formación de un batallón armado integrado por un centenar de soldados nazis. Sin embargo, percibiendo la situación cada vez más frágil del gobierno peronista, Lienhardt se reunió personalmente con Perón, sólo unos días antes de la caída del general, y decidió disolver su «Legión Alemana».

Dicha retirada demostró ser una decisión afortunada, ya que los líderes de la revolución de 1955 que derribó a Perón no tardaron en pedir explicaciones a

Lienhardt. El oficial de las SS se salvó gracias a que pudo esgrimir un telegrama, fechado poco antes del derrocamiento de Perón, donde se declaraba la disolución de su Grupo Alemán.[\[234\]](#)

La «ruta nórdica» de Perón quedó prácticamente cerrada en noviembre de 1947, tras el arresto de Schulz en Suecia y la discreta expulsión de los diplomáticos argentinos de Dinamarca. El colapso de este túnel de fuga probablemente explique la repentina presencia de Fuldner y sus agentes en Europa, al mes siguiente, para abrir una «ruta meridional» a través de Suiza e Italia, que funcionaría como una seda durante todo el año 1948.

12 - LA CONEXIÓN SUIZA



Heinrich Rothmund

LAS CONFERENCIAS secretas de Perón con criminales de guerra y colaboracionistas nazis en la Casa Rosada prepararon el terreno a la que sería la aventura más osada emprendida por aquella organización al estilo de Odessa: la apertura de una oficina clandestina en Suiza. Supuestamente creada con el fin de reclutar a «técnicos» alemanes para proyectos militares argentinos, la oficina estaba regida por auténticos nazis y disfrutaba del apoyo encubierto de diversos miembros antisemitas del gobierno suizo. Como admitiría uno de sus propios miembros, en realidad la oficina se creó para rescatar a personas que «deberían estar ante el tribunal de Nuremberg, y no en Argentina». Esta turbia alianza de ex agentes nazis, funcionarios suizos y diplomáticos argentinos colaboraba encausando un perverso desfile de personas hacia un seguro refugio. Algunas de ellas marchaban ocultas bajo un alias y disfrazadas; otras ostentaban descaradamente pasaportes expedidos a su propio nombre. Y todas ellas vieron su viaje facilitado por la hermandad secreta cuyos tentáculos llegaban desde una guarecida Buenos Aires hasta una Europa devastada por la guerra.

Durante su «gira del arco iris» por el Viejo Continente, a mediados de 1947, Eva Perón generó una gran predisposición favorable por parte de diversas personas responsables de importantes decisiones en España, Suiza y el Vaticano. Dichos líderes pronto se mostraron dispuestos no sólo a hacer la vista gorda ante las actividades de los agentes de Perón, sino incluso a ayudarlos en su tarea. Los rumores de que Evita se había reunido en Madrid con el coronel de las SS Otto Skorzeny y en Roma con el sacerdote croata y salvador de nazis Krunoslav Draganovic resultan difíciles de confirmar. Pero ciertamente la esposa de Perón se reunió con el general Franco y con el papa Pío XII, y su sola presencia en Europa probablemente envió un mensaje tranquilizador a los nazis fugitivos diciéndoles que la ayuda estaba en camino.

Ya en 1945 habían empezado a llegar a Europa oficiales del Ejército argentino de ascendencia alemana para preparar la ruta de escape. A finales de 1947 las misiones de rescate desde Italia a Suecia estaban activas, mientras agentes enviados desde Buenos Aires barrían el continente seleccionando a candidatos que

merecieran ser rescatados. La pantalla oficial la proporcionaban las embajadas argentinas, donde los agentes de la División Informaciones de Freude asumían falsos cargos diplomáticos.

El centro neurálgico de la operación se estableció en Berna, donde los miembros del equipo de rescate obtuvieron luz verde del jefe de la policía y del ministro de Justicia suizos. La única condición era que procuraran pasar desapercibidos. En realidad, los funcionarios suizos parecieron aliviados por tener a alguien en quien descargar la creciente afluencia de nazis, aunque aparentemente recibían sobornos por su discreción. Los agentes de Perón les tentaron asimismo con la promesa de que, a cambio de los visados de tránsito suizos para los «técnicos» alemanes, se pondrían camarotes a disposición de las víctimas de guerra en Suiza, a las que se podría despachar en los mismos barcos utilizados para llevar clandestinamente a los nazis a Argentina.

Un amigo personal de Perón, el mayor retirado Benito Llambí, quien había formado parte de la logia secreta GOU que gobernó Argentina hasta 1946, dirigía la legación argentina en Berna y formaba parte de la trama. La pantalla para los intrigantes nazis adoptó la forma de un «Centro Argentino de Emigración», establecido en el número 49 de la calle Marktgasse. Allí, Carlos Fuldner trazaba las rutas de escape de la Alemania ocupada por los aliados. Eichmann y Mengele escaparon con ayuda de esta organización. Otros criminales como el doctor Gerhard Bohne, administrador del programa de eutanasia de Hitler; Erich Priebke, implicado en la matanza de las Fosas Ardeatinas en Roma, y Josef Schwammberger, responsable de las matanzas de judíos en Polonia, recibieron también la ayuda de los agentes de Perón.

HELFRICH

EN EL período inmediatamente posterior al final de la guerra, el Ejército argentino trató de llevar a cabo ambiciosos planes para construir fábricas de armamento y aviones de combate, e incluso para desarrollar tecnología nuclear. Desde hacía tiempo Perón había acariciado el sueño de convertir a Argentina en una potencia militar-industrial autosuficiente. A mediados de 1945 un oficial argentino de ascendencia alemana, el coronel Julio Hennekens, se hallaba ya rastreando Europa en busca de técnicos. Al no poder llegar a Suecia, un lugar de paso preferido por los nazis destinados a Argentina, se envió a Hennekens a Londres; allí reclutó a un grupo de ingenieros polacos que habían trabajado para la industria aeronáutica militar británica durante la guerra, y que empezaron a llegar a Argentina a finales del año 1946.^[235]

Otro oficial, el coronel Rodolfo Jeckeln, tuvo más éxito a la hora de reclutar a auténticos nazis. Buenos Aires le envió a Berna en junio de 1947 con 150.000 francos suizos. Jeckeln, que hablaba alemán con fluidez, había sido un asiduo visitante de las fábricas de armas alemanas en la época anterior a Hitler. También estaba estrechamente vinculado al fabricante de armas y multimillonario austríaco,

sospechado de asociaciones nazis, Fritz Mandl, que había huido a Argentina durante la guerra y se había convertido en un importante contribuyente a la campaña electoral de Perón. En Suiza, Jeckeln fue uno de los invitados de honor en una recepción que dio Eva Perón en el Hôtel de Ville de Lucerna, el 5 de agosto de 1947, durante la visita de la primera dama argentina a Suiza. En noviembre contrataba al químico de la Universidad de Berlín Hans J. Schumacher, a quien posteriormente se unirían en Argentina otros cinco colegas expertos industriales y miembros del Partido Nazi. Al menos uno de ellos, el doctor Peter Brodersen, de la Universidad de Frankfurt, poseía la distinción adicional de ser miembro de las SS.[236]

Pero la estrella del personal reclutado por Jeckeln resultó ser Herbert Helfrich, un arquitecto nazi que se convertiría en un importante engranaje de la maquinaria de rescate peronista. Helfrich se había afiliado al Partido Nazi en 1933, y durante el Reich de Hitler llegó a ser director de Obras Públicas. Intervino en la construcción de la autopista Munich-Berlín y fue el responsable de importantes proyectos militares como las fortificaciones de Normandía y las construidas a lo largo de la costa norte alemana. También estuvo relacionado con el proyecto de desarrollo del cohete V-2 en Peenemünde, donde construyó las rampas de lanzamiento de los misiles nazis que llovieron sobre Londres durante la guerra. Entre sus amigos se contaban Wernher von Braun, el diseñador de los V-2 al que posteriormente contrataría la NASA para construir los cohetes del programa espacial estadounidense, y Georg Weiss, otro científico experto en misiles dirigidos que ayudó a Helfrich a rescatar a varios nazis y enviarlos a Argentina.

Hoy, con todo el tiempo transcurrido, resulta difícil saber cómo Perón llegó a descubrir a expertos nazis como Helfrich. Éste afirmaba que había sido invitado a Argentina por el propio Perón al comienzo de la guerra. Perón había recibido entrenamiento militar en la Italia fascista entre 1939 y 1941, y había pasado una larga temporada en Roma. Algunos historiadores independientes especulan con la posibilidad de que Perón viajara a Berlín durante este período. Los historiadores peronistas, por su parte, argumentan en contra de dicho viaje, afirmando acertadamente que no se ha encontrado ninguna prueba documental que lo respalde. El propio Perón, contradiciendo a sus partidarios, afirmaba con frecuencia que había visitado Alemania, y se confesaba especialmente impresionado por las autopistas de Hitler, uno de cuyos arquitectos casualmente era Helfrich. Curiosamente, el breve expediente del Partido Nazi sobre Helfrich da una dirección en Roma, el número 5 de la Via Milano, junto con su dirección en Berlín, lo que tal vez sugiera un encuentro en Italia.

El final de la guerra halló a Helfrich en su puesto en Berlín, mientras que su esposa y sus tres hijos le esperaban en el castillo de Schlosswalter, en Austria, cerca de la frontera italiana, donde un noble austríaco había dado cobijo a muchos otros fugitivos. Después de que el coronel Jeckeln se pusiera en contacto con él, Helfrich viajó de Suiza a Sudamérica vía KLM, una compañía aérea de comprobada eficacia para los fugitivos nazis, llegando a Buenos Aires junto con su familia el 25 de julio

de 1947. Helfrich, que había viajado con un pasaporte oficial argentino expedido a su verdadero nombre, no tardaría en asistir a los «asados» que daba Perón en la residencia presidencial de Buenos Aires.[237]

Apenas dos meses después de su llegada a Argentina, se envió a Helfrich de regreso a Suiza como agente secreto de la División Informaciones de Freude. Su objetivo, en lo que se llegaría a conocer como la «Misión Helfrich», era rescatar al mayor número posible de nazis desde Alemania utilizando sus generosos fondos para sobornar a los funcionarios suizos (según al menos un testimonio, Helfrich era muy capaz también de cobrar a los nazis por sus servicios). Disfrutaba del apoyo de Enrique Moss, un diplomático argentino en Suiza, de ascendencia alemana, que había sido destinado a la embajada argentina en Berlín durante la guerra. Emparentado con una familia de banqueros suizos, Moss se había convertido en uno de los organizadores de la visita de Evita a Suiza en 1947, y en secreto actuaba además como agente de reclutamiento de cerebros nazis para el Ejército argentino. «Moss había estado tanto tiempo fuera del país que prácticamente ya no era argentino», recordaría Guillermo Speroni, un compañero diplomático argentino destinado en Berna en la misma época, más de cincuenta años después.[238]

La tarea de Moss consistía en arreglar el papeleo y financiar el transporte de los expertos nazis y sus familias, un proceso que requería transferencias regulares de grandes sumas de dinero desde Buenos Aires. Con este fin Moss había adquirido las oficinas de Marktgasse. Helfrich viajó a la Alemania controlada por los aliados para establecer una red de escape ilegal destinada a los nazis que no podían obtener el necesario permiso de salida de las autoridades ocupantes. Él mismo poseía un documento así, ya fuera real o falsificado, que le permitía cruzar la frontera germano-suiza con facilidad. Pero dado que muchos de sus candidatos difícilmente podían confiar en obtener uno, había que pasarlos clandestinamente a Suiza, viajando desde allí a Argentina ya fuera directamente vía KLM, ya fuera a través de Italia y en barco desde Génova. A algunos candidatos se les enviaba directamente a Italia a través de Austria. Los casos especiales se dirigían a Roma para embarcarse en vuelos de FAMA, la recién creada compañía aérea estatal de Perón.

La red clandestina de Helfrich dentro del antiguo Reich incluía una base en Colonia, dirigida por un tal Herr Westerhof, y otra en Aach bei Singen, al mando de un tal Herr Ellinghausen, donde trabajaba también Weiss, el científico especializado en misiles dirigidos. Las actividades de Helfrich, iniciadas un poco antes de que Moss hubiera conseguido la pantalla de Marktgasse, le habían creado problemas con las autoridades suizas. Fue detenido en Berna hacia finales de 1947 o principios de 1948, pero sería rápidamente liberado gracias a la intercesión de un amigo, el teniente coronel Paul Schaufelberger, un oficial de la inteligencia suiza aparentemente a sueldo de Marktgasse.[239]

FULDNER VUELVE A EUROPA

LA LLEGADA de Fuldner a Europa en diciembre de 1947 sirvió para poner en marcha la maquinaria argentina de rescate de nazis. Establecido en Génova, en la Delegación Argentina de Inmigración en Europa (DAIE) recién creada por Perón, Fuldner se presentaba como funcionario de Migraciones. Llevaba un pasaporte oficial con el rótulo de «enviado especial del presidente». Pero en secreto trabajaba para la División Informaciones de Freude y la Fuerza Aérea argentina, en una misión que combinaba el tráfico ilegal de «técnicos» con el rescate de sus compañeros de las SS. Freude le había pedido al jefe de la legación argentina, Llambí, que proporcionara a Fuldner toda la ayuda que necesitara en Suiza.[240]

Ante todo, Fuldner trató de conseguir un acuerdo secreto con las autoridades suizas para que éstas pasaran por alto y ayudaran en lo posible a los tejemanejes de Marktgasse. Afortunadamente para el ex capitán de las SS, los funcionarios de más alto rango del país se mostraron bien dispuestos en su favor. Durante la guerra, el ministro de Justicia suizo, Eduard von Steiger, había cerrado firmemente las fronteras de su país a los judíos. Y después mostró una extraordinaria indulgencia con los nazis fugitivos de camino a Argentina. Mientras Fuldner obtenía amplias garantías, en conversaciones de alto nivel con Steiger, de que no se interferiría en los esfuerzos de rescate de Perón, los detalles de la colaboración suiza se resolvían con la mano derecha del ministro, el jefe de la policía suiza, Heinrich Rothmund, conocido por su antisemitismo.[241]

El pasado de Fuldner como agente de Himmler no sirvió precisamente para cerrarle puertas en Berna. El jefe del SD, Walter Schellenberg, encarcelado en 1947 tras su condena en Nuremberg, podía jactarse con razón de tener amigos íntimos en el ejército y el servicio de inteligencia suizos. En los interrogatorios realizados después de la guerra, admitió que durante el conflicto había viajado a Suiza en varias ocasiones para reunirse con el comandante en jefe del ejército suizo, general Henri Guisan, y el jefe de la inteligencia de dicho país, coronel Roger Masson. Después de la guerra esos contactos acabarían con la carrera de Guisan y de Masson, pero a principios de 1943 el ministro de Justicia Steiger estaba ansioso por unirse al juego y envió a Rothmund a negociar su propio acuerdo secreto con Himmler.[242]

Éste no había sido el primer contacto de Rothmund con las SS. En 1938 le habían llevado a visitar el campo de trabajos forzados de Oranienburgo, en las afueras de Berlín, donde miles de judíos, homosexuales y opositores de los nazis encontraron la muerte durante la guerra. Rothmund estaba de acuerdo con los nazis respecto a la existencia de un «problema judío», pero no veía necesariamente que el exterminio fuera la solución. En consecuencia, les propuso a los oficiales del campo el método suizo de «oponerse desde el primer momento a cualquier singularidad judía», forzando a los judíos a perder su identidad en una amalgama social más amplia. «El método actualmente aplicado en Alemania me parece erróneo y peligroso para todos nosotros –les dijo Rothmund a sus huéspedes–, ya que acaba haciendo que los judíos se nos tiren al cuello.» Los capitostes nazis le

escucharon «cortés y atentamente», según informó en Berna.[243]

Cuál era exactamente el tipo de «solución» en la que pensaba Rothmund se hizo evidente el 20 de febrero de 1939, cuando impuso un gravamen especial a la comunidad judía de Suiza para cubrir los gastos que ocasionaban los refugiados judíos que entraban en el país. Hablando en una convención de la policía en agosto de 1941, cuando la guerra se hallaba ya en su apogeo, Rothmund expresó abiertamente sus sentimientos contra los judíos: «Hoy tenemos aproximadamente 6.000 refugiados judíos en Suiza. Éstos constituyen un peligro para nuestro país [...] Hay que enviar a todos los judíos de nuevo al otro lado de la frontera».[244]

Durante el año 1938, en diversas negociaciones con Berlín, Suiza había convencido al régimen nazi de que marcara los pasaportes de los judíos alemanes con una «J» para que los guardias fronterizos suizos pudieran saber exactamente a quién habían de rechazar. Cuando avanzó el conflicto, fueron Rothmund y Steiger los responsables de asegurar que las fronteras suizas permanecieran cerradas a quienes llevaran pasaportes marcados con la «J». El 13 de agosto de 1942, Rothmund dio instrucciones a los puestos fronterizos suizos de que aplicaran estrictamente los reglamentos vigentes a los refugiados judíos, escribiendo la que se considera universalmente una de las páginas más negras de la historia suiza durante el período bélico. Los puestos fronterizos empezaron a verse acosados por figuras espectrales. Para aquellas almas perdidas que huían de los campos de concentración de Hitler resultaba imposible cruzar la frontera, e igualmente imposible retroceder. Muchos judíos se suicidaban ante la mirada de los guardias fronterizos suizos. El clamor público que ello provocó y la apelación a la compasión por parte de algunos de sus asesores más sensibles no lograron conmover a Rothmund en absoluto. Mientras se corría la voz por toda la Francia ocupada de que las puertas de Suiza se habían cerrado para ellos, innumerables judíos de Alemania, Holanda, Francia, Bélgica y los países del Este decidieron no arriesgarse a emprender un viaje ya de por sí peligroso, condenándose a sí mismos a una muerte cierta a manos de los nazis. Rothmund y Steiger se convirtieron en cómplices por omisión de uno de los mayores crímenes de toda la historia humana.[245]

A pesar de su airado racismo, Steiger llegó a ser presidente de Suiza en 1945. Y como tal permitió ciertas negociaciones de última hora con Schellenberg sobre la liberación de judíos de los campos de concentración de Hitler. Schellenberg logró reunir en secreto a Himmler y al ex presidente suizo Jean-Marie Musy durante los últimos días de la guerra para discutir la iniciativa. Himmler quería tractores, coches y medicinas a cambio de los judíos, pero Schellenberg le convenció de que aceptara divisas, de las que Musy sería fideicomisario. El primer y único transporte de 1.200 judíos se llevó a cabo sin ningún problema en febrero. Según Schellenberg, «Musy acusó recibo de los cinco millones de francos suizos, que se le pagarían en calidad de fideicomisario a finales de febrero de 1945». Como parte del trato, «se publicó un artículo del presidente Von Steiger en Berna, y apareció otro en el New York Times».[246]

Durante aquel mismo mes el presidente Roosevelt le había pedido a Steiger que bloqueara todo el tránsito entre su país y el Reich, y especialmente que evitara que los nazis escaparan a Suiza. Pero tres años después Steiger se reuniría con Fuldner, él mismo un «nazi acérrimo» al que Estados Unidos había puesto en busca y captura, quien tenía la misión de lograr exactamente lo contrario.

Mientras tanto Rothmund, pese a su espantoso historial durante el período bélico, llegó a convertirse entre abril de 1945 y septiembre de 1947 en el delegado suizo en la Organización Internacional para los Refugiados (OIR), que incluía en su carta fundacional la rehabilitación y el reasentamiento de las víctimas del nazismo en toda Europa. Para financiar sus actividades, este organismo internacional recibió una gran cantidad de oro nazi no monetario; es decir, del oro que las SS habían robado a las víctimas de los campos de concentración y que los aliados habían recuperado después de la guerra.

En Buenos Aires, los sentimientos con respecto a la OIR se hallaban divididos entre aquellos funcionarios del gobierno que la veían como un bastión contra la invasión comunista de Europa y los que la consideraban una herramienta de los judíos para infiltrarse en Argentina. Quizá debido a ello Rothmund recibió una respuesta ambigua de los diplomáticos argentinos en Berna, que mostraban una clara falta de entusiasmo cuando se trataba de permitir a los refugiados judíos en Suiza que viajaran a su país.[\[247\]](#)

SMOLINSKI

EL 23 DE diciembre de 1947 Czeslaw Smolinski acudió al despacho de Rothmund. El jefe de la policía suiza necesitaba países hospitalarios que aceptaran al gran número de refugiados de guerra que estaban a su cargo, y le habían dicho que el agente secreto polaco de Perón podía echarle una mano. A principios de 1946 el número de dichos refugiados se elevaba a 9.440, y Rothmund llevaba un estricto registro de ellos, con columnas separadas para los refugiados «judíos» y «no judíos», totalizando los primeros algo menos de la mitad.[\[248\]](#)

Smolinski empezó afirmando que él era ciudadano argentino y que había vivido en Argentina los últimos treinta años, una mentira descarada, puesto que sólo hacía cuatro meses que había huido de Europa y no obtendría la nacionalidad argentina hasta 1951. Le dijo a Rothmund de forma bastante elíptica que se hallaba en misión de investigación y que informaba directamente al presidente argentino. Smolinski era muy consciente de que las puertas de Argentina se habían cerrado a los refugiados procedentes de Suiza. El antiguo director de Migraciones, «Herr Peralta», había sido un «teórico racial» al que afortunadamente ahora se había obligado a dimitir —explicó Smolinski—, y aquel cambio traía buenos augurios para los refugiados de Rothmund. Smolinski admitió que los diplomáticos argentinos se mostraban demasiado cautos cuando se trataba de conceder “Permisos de Desembarco”, explicando que temían que el más mínimo error pudiera poner en peligro su empleo. En otras palabras: les daba miedo conceder

visados a los judíos.

La entrevista iba bastante mejor de lo que Rothmund esperaba. Smolinski se ofreció a agilizar los trámites autorizando que los “Permisos de Desembarco” se pudieran obtener directamente de Buenos Aires. Incluso podía conseguir que el presidente intercediera personalmente. «Perón es muy espontáneo y omnipotente, y a menudo actúa por encima de la ley y escribe sus propios decretos —explicó Smolinski—. Quizá yo pueda obtener uno de esos decretos escritos en apoyo de la emigración desde Suiza.» A Rothmund aquello le sonó a música. «Herr Smolinski, que no es judío y que ha dejado claro que Argentina (salvo algunas excepciones) no aceptará a ningún judío, daba la impresión de estar muy abierto (a aceptar refugiados)», escribió Rothmund exultante aquel mismo día en un memorando de tres páginas para Steiger. Los judíos de Rothmund no resultaban aceptables para Argentina, pero al menos se podría colocar allí a una parte de la otra mitad de los refugiados a su cargo.

Smolinski cumplió su palabra: a los pocos días de su regreso a Buenos Aires, Rothmund recibió “Permisos de Desembarco” para la emigración de 127 personas desplazadas a Argentina. El representante diplomático suizo en Buenos Aires, Eduard Feer, se mostró encantado. Al poco tiempo, Smolinski y el nuevo director de Migraciones, Pablo Diana, asistían a una cena en la legación suiza. Oficialmente Smolinski trabajaba como agente de Migraciones para el Banco Central de Argentina —le explicaría Feer a Rothmund—, pero el hecho importante era que formaba parte del «círculo de amigos» del presidente. «Pertenece a ese grupo de europeos recientemente nacionalizados cuya inteligencia y mundana franqueza se valoran mucho aquí, especialmente por parte de una persona de iniciativa como el presidente Perón, pero que todavía no son lo bastante argentinos como para actuar abiertamente en política.» La puerta abierta por Smolinski, que rompía el molesto círculo vicioso de los diplomáticos argentinos en Berna, agradó especialmente al representante suizo: «De todos modos, nunca me he atrevido a interceder por los israelitas, dado que es un hecho bien conocido que el presidente Perón sigue una estricta línea antisemita en Migraciones», alertaba Feer a Rothmund.[249]

Tras la providencial aparición en escena de Smolinski, Rothmund empezó a mantener frecuentes conversaciones con «los argentinos» de Marktgassee, conferencias que afortunadamente consignó en largos y detallados memorandos para Steiger. Junto con Smolinski y Fuldner, el coronel Gualterio Ahrens, otro argentino recién llegado de ascendencia alemana, empezó a llamar a varias puertas en Berna, preparando el vuelo ilegal de 24 «técnicos» alemanes contratados por la industria militar Argentina. El principal problema era obtener los documentos necesarios para que aquellos hombres cruzaran sanos y salvos la frontera hacia Suiza y luego pasaran a Sudamérica.

Los suizos se mostraron ansiosos por cooperar. En enero de 1948, Henri Tzaut, de la policía de Berna, aseguraba a Ahrens que un consulado suizo dentro de Alemania podría conceder visados de tránsito para los fugitivos. Eso dejaba todavía a los nazis en cuestión sin pasaportes válidos para su viaje a Argentina, ya

que, por razones obvias, éstos no se podían obtener de las autoridades aliadas en Alemania. Ahrens, por tanto, se dirigió a Hans Frölicher, un notorio pronazi que durante la guerra fue el representante diplomático suizo en Berlín, para ver si la Oficina de Intereses Alemanes en Berna podía expedir los pasaportes. Frölicher se mostró evasivo, pero prometió que lo consultaría con Rothmund. Ahrens le confesó a Frölicher que él podía conseguir que en cualquier caso se proporcionara papeles argentinos a los nazis en Berna. El mayor problema, cruzar la frontera entre la Alemania controlada por los aliados y Suiza sin permisos de salida, seguía sin resolver, al menos por medios legales. Por suerte –informó Ahrens a sus interlocutores suizos–, se había encontrado a un agente que conocía maneras de cruzar la frontera. Ahrens había recibido numerosas peticiones de alemanes ansiosos por marcharse, la «mayoría» de ellos «técnicos» altamente especializados, como anotaría Rothmund en un memorando sobre el asunto. El jefe de la policía omitió convenientemente cualquier reflexión sobre el probable historial de la «minoría» restante a la que estaba a punto de salvar de la justicia.[250]

ACUERDO SELLADO

EL 18 DE febrero de 1948, después de una cena con Moss y Ahrens, mientras tomaban café, Ahrens informó a Rothmund de que muchas de las personas en cuestión a los que habría que pasar clandestinamente a Suiza eran miembros del Partido Nazi. A pesar de las consultas telefónicas a la mañana siguiente con los ministros suizos de Inmigración y de Política, que se manifestaron en contra de un acuerdo extraoficial con los argentinos, Rothmund decidió trabajar con el equipo de Marktgassee. Durante las negociaciones que siguieron aceptó conceder visados de tránsito suizos a los nazis de Perón, incluso a aquellos que «no podrían obtener un permiso de salida de los aliados» en Alemania, y excluyendo sólo a las «personalidades políticas». Advertía, sin embargo, que Suiza no deseaba repetir el escándalo que había estallado hacía sólo tres meses, cuando la red de tráfico de nazis gestionada por Argentina había sido descubierta en Suecia.

Rothmund imaginaba que era sencillamente «cuestión de organización». Suiza estaba dispuesta a ser un «país de tránsito» para los nazis reclutados por Perón «en tanto la organización en Alemania se lleve a cabo según lo acordado». Dio instrucciones a los funcionarios de fronteras suizas de que hicieran excepciones cuando se trataba de los nazis que pasaban clandestinamente los agentes de Perón. Resultó, sin embargo, que fue imposible diferenciar entre «técnicos» y «personalidades políticas». Lo realmente bueno del acuerdo para los conspiradores de Marktgassee era que, una vez en Suiza, sus nazis podían abandonar Europa sin la menor interferencia de las autoridades aliadas, dado que los suizos no exigían a los alemanes que partían ninguna prueba de que habían abandonado Alemania legalmente. Ahrens le aseguró a Rothmund que sus candidatos recibirían “Permisos de Desembarco” argentinos inmediatamente

después de su llegada a Suiza, prometiéndole que «en general» sus candidatos serían «técnicos». Moss, por su parte, le garantizó a Rothmund que cualquier candidato al que Suiza se opusiera sería eliminado de su lista. Como Smolinski, Ahrens explicó que pronto iba a viajar a Buenos Aires, y que esperaba informar personalmente a Perón de sus conversaciones.[251]

KLM

ESTADOS Unidos sabía al menos desde mediados de 1947 que Suiza estaba haciendo la vista gorda ante el tránsito ilegal de nazis. Durante unos nueve meses los diplomáticos estadounidenses en Europa investigaron la ruta de escape desde Suiza hacia Argentina a través de la compañía aérea KLM. Para su sorpresa, se encontraron con que no podían hacer nada para interrumpir aquel flujo: sencillamente el tráfico resultaba demasiado rentable tanto para la compañía aérea como para ciertos funcionarios del gobierno suizo.

El 1 de marzo de 1948, el Departamento de Estado norteamericano recibió un largo y extremadamente preocupante informe de la embajada estadounidense en La Haya. Ésta había averiguado que «el gobierno suizo no sólo estaba ansioso por librarse de los ciudadanos alemanes que estaban legal o ilegalmente dentro de sus fronteras, sino que además obtenía un considerable beneficio por librarse de ellos. Parecería [...] que no se formulaban demasiadas preguntas a los ciudadanos alemanes en Suiza acerca de si estaban legalmente en el país o no, con tal de que dichos ciudadanos alemanes quisieran pasar a otro país, preferiblemente Argentina [...] Esos ciudadanos alemanes han llegado a pagar a los funcionarios suizos hasta 200.000 francos por el documento de residencia temporal que necesitan haber tramitado previamente para ser transportados a Argentina a través de KLM».

La investigación se había iniciado en julio de 1947, cuando un empleado de Swissair, que actuaba como agente de reservas para KLM, informó al consulado estadounidense en Zurich de que «varios ciudadanos alemanes que no tienen más papeles que el Ersatzpass suizo [un certificado de identidad suizo expedido a las personas desplazadas], un visado argentino y ningún visado de tránsito» estaban abandonando Suiza vía KLM hacia Buenos Aires. Entre quienes habían realizado ese viaje se hallaban cuatro miembros de la poderosa familia germano-argentina Schlottmann, el millonario clan que se ocultaba tras la masiva operación de tráfico de nazis descubierta en Suecia. Tan estrechas eran las relaciones de esta familia con la red de escape nazi que el primer paso que daría Mengele tras su llegada a Argentina, en 1949, sería visitar a un ejecutivo apellidado Schlottmann.

En una operación de rescate como aquellas en las que luego destacaría Marktgassee, a principios de 1947 el líder del clan, Friedrich Schlottmann, habría enviado desde Argentina a uno de sus empleados, Max Suter, para que sacara clandestinamente de Alemania a dos de sus hijas. Las autoridades aliadas en Berna habrían negado a Suter la entrada en Alemania, pero finalmente éste habría

obtenido un permiso de entrada en París, viajando desde allí hasta Berlín. A pesar de sus esfuerzos, los aliados siguieron rechazando los permisos de salida para las hermanas Schlottmann, «aunque, sin embargo, como resultado de otras actividades de Suter, en primavera las dos mujeres aparecieron en Suiza», como señalaría discretamente el consulado estadounidense en Zurich. A finales de marzo ambas habían partido hacia Buenos Aires vía KLM.

La dificultad había sido las conexiones nazis de los maridos de las dos hermanas. Según los estadounidenses, Rüdiger Schultz, ruso de nacimiento, habría abandonado su residencia argentina en 1939 para unirse a la Wehrmacht, y al parecer fue transferido a una división de las SS. Tras abandonar clandestinamente Alemania junto a su esposa, Schultz habría obtenido un “Permiso de Desembarco” de la legación argentina en Berna, el cual, a su vez, le habría permitido obtener un Ersatzpass. Con ello pudo comprar un billete de la KLM y abandonar Berna el 21 de junio de 1947.

Su cuñado, Horst Deckert, también habría entrado en Suiza ilegalmente en la primavera de 1947, después de que la policía suiza le detuviera durante tres días en la frontera germano-suiza, y el 5 de julio abandonó dicho país vía KLM. El consulado estadounidense en Zurich consideraba a Deckert «como mínimo un entusiasta nazi». Aunque ninguno de los dos era miembro del Partido Nazi ni se podía clasificar como «criminal de guerra» (aunque ciertamente los aliados les denegaron los permisos de salida), su ruta de escape fue similar a la de importantes nazis como Herbert Helfrich, que abandonó Suiza vía KLM más o menos en la misma época.

El tráfico de nazis era bastante voluminoso. El consulado estadounidense en Zurich pudo determinar que durante dos semanas del mes de octubre de 1947 solo la legación argentina en Berna había expedido “Permisos de Desembarco” al menos para diez alemanes que habían entrado ilegalmente en Suiza. Y la embajada argentina en Roma incluso pagaba los billetes de la KLM para algunos «inmigrantes».

Un llamamiento a Berna para que bloqueara este tráfico fue rechazado. «Dado que las autoridades suizas no exigen visados de salida, no se preocuparán por los alemanes que viajen a Argentina a menos, por supuesto, de que se les informara de que determinados individuos habían entrado en Suiza ilegalmente — comunicaba la embajada estadounidense en Berna—. Como condición necesaria para cualquier acción por parte de las autoridades suizas haría falta señalar qué individuos son.» Tal identificación previa al hecho resultaba imposible, cosa que los suizos sabían muy bien.

En consecuencia, los estadounidenses se dirigieron al gobierno holandés, pidiéndole que presionara a KLM para que ésta proporcionara las listas de pasajeros de los vuelos que salían de Zurich, con el fin de poder identificar a los probables nazis y evitar su partida. Una reunión celebrada en La Haya entre el Ministerio de Asuntos Exteriores holandés y el vicepresidente de KLM, Slotemaker, resultó profundamente decepcionante. «KLM desea este negocio por

razones puramente comerciales, independientemente del tipo de personas que se transporte», concluyeron los diplomáticos estadounidenses. Un funcionario del gobierno holandés comunicó en privado a la embajada que los representantes de KLM en Sudamérica se dedicaban activamente a buscar clientes nazis.

El gobierno holandés se mostraba renuente a ordenar a KLM que entregara las listas de pasajeros en Suiza, «especialmente en vista de la evidente situación de que el gobierno suizo no obstaculiza esta inmigración ilegal y Swissair es la oficina de reservas de KLM en Zurich». Los holandeses sugerían cínicamente que Estados Unidos debía proporcionar fotografías de los sospechosos que pudieran examinar los funcionarios de inmigración franceses y brasileños durante las escalas, de una hora de duración, en Dakar y Río de Janeiro. «Afirmaban que KLM cooperaría únicamente no quejándose de los retrasos causados específicamente por los controles de seguridad sugeridos.»

Finalmente, Estados Unidos lo dejó correr. «La única solución real al problema parece estar relacionada con obtener la cooperación de las autoridades suizas», resolvieron los diplomáticos. Se daban cuenta de que nunca contarían con dicha cooperación: «Principalmente porque las autoridades policiales suizas están más que dispuestas a dejar que esos inoportunos visitantes abandonen el país lo antes posible».[252]

POMERANZ

A CAMBIO de su cooperación, a Rothmund se le ofreció la oportunidad de interrogar a los «expertos» nazis que pasaban clandestinamente a través de Suiza hacia Argentina de cara a obtener cualquier información que pudiera resultar de interés para las autoridades suizas. Como soborno adicional, Fuldner ofreció camarotes para 15 refugiados de guerra a finales de marzo en uno de los barcos que utilizaba para embarcar nazis desde Génova.

Pero el acuerdo estuvo a punto de venirse abajo cuando, ya hacia finales de marzo 1948, y a pesar de las palabras tranquilizadoras en sentido contrario, el equipo de Marktgassee hizo realidad una de las peores pesadillas de Rothmund. Un empleado suizo de la oficina de Marktgassee, Samuel Pomeranz, se las arregló para hacerse detener cuando intentaba pasar clandestinamente a un «técnico» nazi, Erich Bachem, por la frontera del lago de Constanza, en el cantón septentrional de Schaffhausen. Si la prensa se enteraba de la noticia, a Rothmund podía estallarle en la cara un escándalo como el de Suecia.

Rothmund se vio obligado a telefonar a la policía de Schaffhausen para arreglar el embrollo. Les aseguró a los agentes que Bachem no sólo iba de camino a Argentina, sino que las autoridades militares suizas deseaban interrogarle, y de ahí que el consulado suizo en Stuttgart hubiera recibido instrucciones de expedirle un visado de entrada. Era posible que Pomeranz se hubiera olvidado de recoger el visado, pero había actuado de «buena fe», explicó Rothmund. Presionada por su superior, la policía de Schaffhausen permitió a regañadientes que Bachem entrara

en Suiza, pero le dijo a Pomeranz que no quería volver a verle rondando el lago de Constanza. Éste se quejó amargamente: tenía compromisos con muchos otros «clientes», entre ellos varios polacos, que deseaban salir de Alemania. Ya había cobrado por aquellos trabajos, y no podía permitirse renunciar a ellos.

Como resultado del arresto, Rothmund recibió un tirón de orejas del ministro de Política suizo, Alfred Zehnder, que contemplaba con extremo disgusto los tejemanejes de Marktgassee. El jefe de la policía se vio obligado a convocar a «los argentinos» para regañarles. «Como yo tenía la intención de mostrarme algo firme con Herr Pomeranz debido a los acontecimientos en la frontera septentrional, decliné su oferta de llegar acompañado de Herr Fuldner», escribió Rothmund en otro memorando increíblemente detallado. Pero cualquiera que fuese su intención inicial, el caso es que Pomeranz enseguida se ganó la simpatía del jefe de policía. «Ante todo, quisiera dejar claro que Herr Pomeranz me causó muy buena impresión», escribiría tras la reunión y una vez que su ira inicial se hubo desvanecido. Su brusca exigencia de una explicación había chocado con la «encantadora tranquilidad» de Pomeranz, que había pasado a explicarle el funcionamiento interno de la oficina de Marktgassee. Smolinski era un «idealista bien intencionado y sensible». Ahrens era estrictamente un soldado con una «visión limitada». Moss y Helfrich trabajaban juntos, pero Moss colaboraba sólo con técnicos contratados por el complejo militar-industrial argentino, dejando a Helfrich amplia potestad para los “otros” casos. Y finalmente, aunque no en último lugar, Pomeranz le dio a Rothmund toda la información sobre el «delegado especial» de Perón, Carlos Fuldner.

La conversación dejó a Rothmund indeciso. Por una parte, se había decidido a «conceder visados sólo a quienes han obtenido permisos de salida [de los aliados]», mientras que por la otra deseaba «reservarse el derecho de hacer excepciones exclusivamente para casos humanitarios como el de los parientes de Herr Smolinski». Sobre todo, parecía incómodo con el hecho de que la eficiente organización de Helfrich se disolviera. Pasar clandestinamente a los nazis a través de los controles aliados era ahora responsabilidad de Pomeranz, un químico suizo de 38 años quien, a pesar de todas las evidencias en contra, insistía en que tenía el asunto «bajo control», mientras alegaba que, si no podía seguir recibiendo a personas en Suiza, «entonces el asunto en Alemania se disolverá». En un último intento de mantenerse firme, Rothmund dijo que él deseaba que la organización de tráfico clandestino en Alemania se disolviera.

Pero Pomeranz tenía un as en la manga, y a continuación esgrimió el fantasma comunista. Si Argentina no conseguía a los «técnicos» —le advirtió al jefe de la policía—, serían los soviéticos quienes lo harían. ¿Acaso no sabía Rothmund que, mientras ellos estaban allí hablando, un barco cargado de expertos nazis estaba a punto de zarpar de Kiel supuestamente con destino a Argentina? El propio Pomeranz lo había descubierto en Alemania. Los candidatos incluso estaban recibiendo clases de español por parte de las personas que les habían reclutado, todas ellas hispanohablantes. Pero ignoraban que se trataba de una

conspiración comunista. Una vez en el mar, el barco pondría rumbo hacia Rusia, en lugar de dirigirse a Argentina, y los expertos caerían en manos de los comunistas. Aquello ya había ocurrido antes otra vez, cuando un tren cargado de científicos alemanes que creían ir camino de embarcarse rumbo a Buenos Aires acabó en la Unión Soviética. ¡Pero sí incluso los británicos habían engañado a un grupo de técnicos e ingenieros alemanes que creían que iban a Argentina! Rothmund hizo una pausa. El equipo de Marktasse se había ganado un respiro.[253]

ROTHMUND BURLADO

EL INCIDENTE del lago de Constanza provocó toda una serie de reuniones que fracasaron estrepitosamente en su propósito de llamar al orden al equipo de Marktasse. Rothmund les recordó a «los argentinos» que habían prometido no causar ningún escándalo relacionado con el tráfico clandestino de nazis. Ellos, por su parte, parecían contritos y prometieron enmendarse, pero una vez fuera de la vista de Rothmund siguieron su atolondrado camino tan alegremente como antes.

El 9 de abril, y de nuevo la mañana del 15 de abril, por ejemplo, Moss y Helfrich fueron convocados por un airado Rothmund. En aquellas reuniones Moss hacía de «chico bueno», mientras que a Helfrich le correspondía el papel de «chico malo». La oficina debería de pasar más tiempo ayudando a víctimas de guerra — les dijo Rothmund—, y menos rescatando a nazis. En Suiza había unos 9.000 refugiados esperando visados —imploró—, de los que menos de 4.000 eran judíos. ¿Verdad que Argentina podría hacer sitio a algunos de ellos? Helfrich dijo que durante su reciente visita a Buenos Aires habían estado discutiendo exactamente aquel mismo punto con las autoridades argentinas, y que el presidente del Banco Central de Argentina, Miguel Miranda, pronto estaría en Suiza para tratar de la cuestión en persona. El alemán añadió sin convicción que él había estado presente en Génova cuando los 15 refugiados de guerra de Rothmund finalmente habían embarcado hacia Buenos Aires. Por desgracia, a la hora de la verdad sólo 13 de ellos habían logrado subir a bordo, y en ningún caso se trataba de material «de calidad», por lo que resultaba improbable que su llegada desencadenara una oleada de inmigración desde Suiza.

Rothmund no podía creer lo que oía. Estaba furioso de que Fuldner no le hubiera dado suficiente tiempo para realizar una selección más adecuada. En cualquier caso, lo que quería decir realmente Rothmund era que el tráfico ilegal de «técnicos» no constituía en absoluto una prioridad para Suiza. «Le dije de nuevo a Herr Moss que debe pedir a su gobierno que se ponga en contacto con los aliados para asegurarse de que aquellos alemanes con especial interés en emigrar a Argentina obtengan un permiso de salida». Moss, tan «confuso y distraído» como siempre, sólo se permitió decir que el sábado partía hacia Buenos Aires. Estaría de regreso en tres semanas, esperaba que con nuevas órdenes de su gobierno. Una vez más, Rothmund había sido burlado y Marktasse había obtenido otro respiro.[254]

En realidad, Rothmund actuaba con una mano atada a la espalda. Aquella misma tarde del 15 de abril tuvo lugar una reunión de más alto nivel con su jefe, el ministro de Justicia, Eduard von Steiger. Por el despacho del ministro desfilaron el jefe de la misión diplomática argentina, Benito Llambí, el ex capitán de las SS Carlos Fuldner y el diplomático argentino Guillermo Speroni. Llambí expresó el gran interés que tenía Argentina por aceptar refugiados de guerra. Fuldner quería una lista completa y detallada de todos los refugiados de Suiza con el fin de realizar una selección adecuada, y subrayó que era importante que en cada caso se declarara explícitamente el origen étnico. «Argentina ha tenido una experiencia muy mala con los refugiados de las ciudades del Este», explicó el hombre de las SS, haciendo una obvia alusión a los inmigrantes judíos. Speroni añadió que la lista se enviaría al gobierno argentino para su inmediata consideración.

Steiger acogió la oferta con entusiasmo, y dijo que al departamento de Rothmund le resultaría bastante sencillo proporcionar tal documento. Y eso fue todo. Los argentinos debieron de haber soltado un gran suspiro de alivio cuando salieron. El ministro había otorgado, por omisión, el respaldo oficial a la operación de Perón en Suiza, de la que Steiger era plenamente consciente. Sin duda había borrado cualquier impresión que Rothmund pudiera haber causado en Moss aquella mañana. Las detenciones de Helfrich y Pomeranz fueron alegremente ignoradas. No se dijo una sola palabra acerca de los nazis a los que se sacaba ilegalmente de Alemania, ni se hizo mención alguna de aquella problemática oficina de Marktgasse, que, en consecuencia, siguió abierta, lista para seguir con su rutina diaria.[\[255\]](#)

ROTHMUND CON DRAGANOVIC

NI ROTHMUND ni Steiger habían tenido en realidad la menor intención de cerrar Marktgasse. Un guiño del Ministerio de Justicia había hecho intocables a los salvadores de los nazis, aun cuando su presencia había empezado a llamar la atención de otros miembros del gabinete suizo e incluso de otros gobiernos europeos. A primeros de junio, Rothmund hubo de calmar nuevamente a Zehnder, que quería que Marktgasse se cerrara. Rothmund le pidió más tiempo, afirmando que Llambí y Fuldner consideraban ahora que el objetivo «práctico» del negocio se debía trasladar a Génova, mientras que las «cuestiones diplomáticas van a seguir abordándose a través de la legación en Berna».[\[256\]](#)

Para entonces Rothmund estaba ya totalmente integrado en la ruta de fuga nazi de Fuldner. Cuando a mediados de junio el jefe de la policía viajó a Roma para asistir a unas conversaciones italo-suizas sobre inmigración, Fuldner jugó su última baza, organizándole una entrevista con el principal salvador de nazis del Vaticano, el padre Krunoslav Draganovic. Escribiéndole desde el hotel Schweizerhof de Berna, Fuldner lamentaba que no pudiera reunirse con Rothmund en Roma, «lejos de las preocupaciones diarias del servicio [...] Habría sido estupendo [...] considerar algunas cuestiones que conciernen a su patria y a mi

país. En la medida en que esas importantes cuestiones para mi país se refieren a la inmigración, he tenido la suerte de encontrar a espléndidas personas en Europa, cuya amistad y trabajo desinteresado han sido de inestimable ayuda». Fuldner informaba a Rothmund de que «quería presentarle a dos de esos caballeros, al profesor y doctor monseñor Draganovic, un sacerdote croata del Vaticano, y al doctor Octavian Rosu, presidente de la Unión de Rumanos Expatriados. Ambos caballeros han hecho grandes servicios a mi país, proporcionando pasajes a Sudamérica a centenares de personas de todas las naciones europeas, liberándolas de la miseria de ser refugiados, que en Italia resulta especialmente acusada. A pesar de mi ausencia sé que la entrevista con esos caballeros resultará extremadamente placentera. Obtendrá una visión profunda, personal y directa de cómo en Italia se busca solución a la crítica situación humana de decenas de miles de refugiados. Ambos caballeros viven sólo para su tarea».[257]

Dada la estrecha relación entre Rothmund y Fuldner, quizá no resulte demasiado sorprendente que ni siquiera las detalladas pruebas condenatorias descubiertas independientemente dos meses más tarde por la policía secreta de Berna perjudicaran al equipo de Marktgasse. La oficina no era más que una fachada. Los investigadores no habían encontrado un solo caso en el que Marktgasse hubiera ayudado a refugiados de guerra o a residentes suizos a viajar a Argentina. En lugar de ello, encontraron abundantes evidencias de que se llevaba ilegalmente a fugitivos nazis a Suiza tanto desde Austria como desde Alemania. Tras los apuros de Pomeranz con la ley, los nazis eran recibidos ahora en la frontera alemana por un tal Max Bubb y llevados a Berna por un tal Albert Steiner. La policía de Berna llegó incluso a interrogar a Schaufelberger, el agente secreto suizo que había sacado a Helfrich de sus anteriores apuros en Berna. «El Centro Argentino de Inmigración en Berna actúa de acuerdo con el doctor Rothmund», declaró Schaufelberger. La policía descubrió que diversos industriales de Alemania y Austria financiaban la red de escape. Pero Marktgasse sobrevivió una vez más.[258]

FULDNER EL ESTAFADOR

EN SEPTIEMBRE de 1948, Fuldner cerró su negocio en Europa y se embarcó hacia Argentina, donde le esperaba aún un enorme trabajo organizando la acogida de los numerosos nazis que había puesto a salvo. En lo que probablemente no fue ninguna coincidencia, uno de los pasajeros que hizo el viaje con él fue Hubert von Blucher. Este joven alemán estaba relacionado con la evacuación de lingotes de oro y reservas monetarias del Reichsbank de Berlín en los últimos días de la guerra. La evacuación había sido aprobada personalmente por Hitler desde su búnker el 9 de abril, y la tarea de transferir el tesoro desde Berlín hasta la fortaleza alpina de Hitler en Baviera se le confió al coronel de las SS Friedrich Rauch, un criminal de guerra nazi que también acabaría en Argentina. El coronel transportó el tesoro al sur de Alemania por tren, lo llevó a lomos de mula hasta las montañas, y allí lo

enterró. Parte del tesoro se ocultó en el huerto del hogar de la familia Blucher, en Garmisch. En agosto de 1945, las tropas estadounidenses excavaron en todo el huerto; sin embargo, y a pesar de que se realizó una larga investigación, el tesoro oculto nunca se recuperó en su integridad.[259]

Tras él, Fuldner había dejado tal rastro de deudas impagadas y de fraude que incluso a Rothmund le resultó difícil defenderle. La policía de Berna, que parecía decidida a complicar el acuerdo de Rothmund con Marktgassee, había empezado a seguir una sencilla pista, un accidente de tráfico que había tenido Fuldner mientras conducía su Ford por las calles de Berna. Y resultó que no había registro alguno de la entrada en el país del inveterado estafador. Las repetidas citaciones de la policía de Berna no causaron la menor impresión en Fuldner, que se sentía protegido por su pasaporte oficial argentino con su inscripción de «enviado especial del presidente». Lo que realmente desconcertaba a la policía era que, aunque él mismo no había regularizado su propia situación, Fuldner había presentado una solicitud de residencia permanente para su secretaria, Barbara Weiss de Janko, que recientemente había llegado de Austria (en Argentina Weiss formaría parte del círculo del coronel alemán Franz Pfeiffer, también implicado en el saqueo del oro del Reichsbank). Cuando se le convocó para una entrevista, Fuldner se excusó, diciendo que se marchaba hacia Italia y que llamaría por teléfono a su regreso. Sin embargo, y a pesar de que pasó dos veces por Berna durante el mes de septiembre, Fuldner nunca contactó con la policía.

A mediados de octubre, la policía de Berna decidió cambiar de táctica y hacer una visita a Fuldner. Lo que encontraron no les hizo gracia, aunque realmente tenía su lado cómico. En el apartamento que Fuldner y su esposa habían alquilado en la Weststrasse no había ni rastro del enviado especial de Perón: sólo una tal Fraulein Anna Siegwart, por cierto bastante consternada, que les informó de que el comportamiento de Fuldner había sido «cuando menos, extraño». A la patrona le había ofendido especialmente la esposa de Fuldner, Hanna Kraus, una acérrima nazi que afirmaba que en realidad Suiza formaba parte de Alemania, lo que causó agrias disputas entre ambas mujeres. Como un personaje sacado de una novela de espías, Fuldner había llevado en su coche una matrícula diplomática que podía exhibir u ocultar bajo una funda de cuero según la ocasión. «Es un camuflaje para los rusos — decía Fuldner —. Nunca estoy a salvo de los rusos.»

Por desgracia para la policía, Fuldner había zarpado ya con rumbo a Génova, diciendo que volvería en noviembre. Tras él había dejado una deuda de 2.800 francos en llamadas telefónicas que Siegwart trató de cobrar de su tía en Berna, una señora que respondía al nombre de Lydia Hopf y que le pagó con un cheque que, como era de esperar, carecía de fondos. Afortunadamente para este libro, a Siegwart se le ocurrió pedirle a la tía de Fuldner la dirección de éste en Buenos Aires, que resultó ser Peña, 2484, cuarto piso, apartamento A. La dirección, anotada por la policía de Berna, se ha conservado como una prueba indiscutible de la responsabilidad de Fuldner en el rescate de un importante criminal de guerra que encontró refugio en Argentina. La policía de Berna supo también que Fuldner

había convertido el domicilio de Siegwart en un piso franco para los alemanes ilegales que habían estado pasando clandestinamente a Suiza. Sus constantes idas y venidas habían alarmado a la patrona. En ocasiones había llegado a haber tantos que algunos de ellos habían tenido que acampar en el patio, donde se habían comportado de forma tan ruidosa que Fuldner se había visto obligado a intervenir para acallarlos. Finalmente, Pomeranz fue quien pagó las deudas pendientes de Fuldner, no sólo con la patrona, sino también con el hotel Schweizerhof. Menos suerte tuvo el vendedor que se presentó tras la partida de Fuldner con una factura de seis máquinas de escribir en las que se habían instalado especialmente teclados adaptados al español. Fuldner las había pedido con carácter urgente, y los empleados de aquel hombre se habían pasado toda la noche adaptando las máquinas. Según explicó Siegwart a la policía, el pobre hombre quedó desolado.[260]

“110% NAZIS”

ROTHMUND y la preocupada policía de Berna decidieron, cada uno por sus propios medios, consultar a la legación suiza en Buenos Aires sobre la reputación de Fuldner. Mientras que la policía de Berna quería que se impidiera a Fuldner regresar a Suiza, Rothmund deseaba sencillamente regañarle por su comportamiento poco cívico. Sorprendentemente, el jefe de la legación, Eduard Feer, que había hablado ya del caso Fuldner con Rothmund por teléfono, no tuvo el menor problema en sacar a relucir más trapos sucios, ya que el regreso del agente de Perón había soltado algunas lenguas muy bien informadas. El 15 de noviembre de 1948 Feer empezó a bombardear a la policía de Berna, a Zehnder y a Rothmund con dramáticas advertencias sobre Fuldner.

El representante diplomático suizo emprendió lo que prácticamente era poco menos que una campaña para acabar con «el trío de Fuldner, Helfrich y Weiss». Aquellos hombres, según descubrió Feer tardíamente, eran «aventureros intrigantes y ciento diez por ciento nazis», miembros de «grupos de nazis argentinos muy activos». Confirmó el vínculo de Fuldner con la Casa Rosada de Perón. «El patrocinador actual de esos tres hombres es un tal doctor Freude, el secretario personal del presidente Perón, que es una persona muy importante en el régimen actual. Resultaría extraordinariamente delicado actuar contra Carlos Fuldner sin arriesgarse a herir los sentimientos del muy influyente doctor Freude.» El diplomático descartaba la posibilidad de abordar a Fuldner personalmente, como Rothmund había sugerido. Dado su carácter «altivo e intrigante», eso únicamente le haría sentirse más importante de lo que realmente era. En lugar de ello, Feer sugería «evitar que los tres —Fuldner, Helfrich y Weiss— continuaran sus actividades en Suiza». Feer proponía que la mejor manera de poner fin al asunto era que Rothmund llamara a Llambí en Berna para mantener una conversación con él, dado que, por lo que Feer sabía, Fuldner no gozaba del favor de Llambí.[261]

Las fuentes de información de Feer eran Pomeranz y Smolinski. Pomeranz había llegado a Buenos Aires con un billete de avión pagado por Smolinski debido a que «las cosas se habían puesto demasiado peligrosas para él en Suiza», y había decidido hacer una visita a la legación. No tenía una bonita historia que contar. «Pomeranz pasó alrededor de una hora conmigo [...] En ese breve plazo presentó un panorama de intrigas y engaños mutuos entre los tres agentes argentinos, Fuldner, Helfrich y el doctor Weiss, que resulta difícil de explicar», escribiría Feer en una nueva nota «confidencial» a Rothmund. Pomeranz afirmó también que Fuldner, Helfrich y Weiss habían contado con la colaboración del agente secreto suizo Schaufelberger, que como mínimo era culpable de «dejarse sobornar» y que les había proporcionado armas en Suiza. «Los tres tienen acceso a fondos especiales para sobornos —explicaba Feer—, y, evidentemente, en Buenos Aires pueden declarar que tenían que pagar a tal o cual miembro del gobierno suizo por los servicios prestados.»

Feer supo también de todas las conexiones de Fuldner en Roma. Aunque la OIR podía ayudar a Rothmund organizando el transporte de judíos y personas desplazadas no alemanas —explicaba Feer—, era Draganovic quien movía «todos los hilos importantes para el envío de refugiados». «Monseñor Draganovic ha recibido instrucciones concretas del Vaticano para sacar a los católicos de la esfera de influencia rusa», explicaba. Feer le sugería a Rothmund que la legación suiza en Roma no tendría «ningún problema» en dirigirse a Draganovic para que éste ayudara a Suiza a deshacerse de sus refugiados. Pero lo más impresionante de todo fue enterarse de cuál era la verdadera misión de Fuldner explicada con todo detalle y por escrito. «Pomeranz confirma también que Fuldner, durante su breve estancia en Suiza, logró llevar aproximadamente a 300 personas a Argentina desde Alemania [...] Entre ellas hay supuestamente 40 técnicos destinados al Ministerio del Aire argentino [...] Smolinski añadió que muchas de esas personas deberían estar ante el tribunal de Nuremberg, y no en Argentina.» Al no conocer toda la historia, el diplomático planteaba la hipótesis errónea de que el gobierno de Perón no estaba realmente interesado en aquellos inmigrantes «políticos», sino que eran «los ciento diez por ciento nazis que trabajan como agentes de Migraciones» quienes se los habían impuesto a Perón.[262]

Mientras tanto, Rothmund, a pesar de las evidencias que inundaban su escritorio acerca de las verdaderas actividades del agente especial de Perón, seguía concediendo a Fuldner el beneficio de la duda. Después de leer los alarmantes informes de Feer, el jefe de la policía redactó una vaga pero increíblemente cándida respuesta justificando las acciones de Fuldner. El «desagradable» Pomeranz sabía demasiado sobre el tráfico ilegal de alemanes. «Fuldner afirmaba siempre claramente que cualquier cosa que dijera Pomeranz podía tener consecuencias directas no sólo para Argentina, sino también para Fuldner personalmente —escribió Rothmund—. Fuldner cree que Pomeranz puede hacer menos daño en Argentina que en Europa.» De ahí que Fuldner hubiera arreglado el viaje de Pomeranz a Buenos Aires, donde éste esperaba abrir un negocio. La respuesta de

Rothmund revelaba demasiadas cosas acerca de los asuntos de Fuldner, y aquél debió de darse cuenta de ello, ya que, en lugar de enviarla, la archivó entre sus papeles.[263]

ROTHMUND HACE CUENTAS

SEGÚN los documentos que se han conservado no parece que Fuldner regresara a Suiza; sin embargo, y a pesar de todas las advertencias en sentido contrario, Helfrich y Weiss sí lo hicieron. El científico especializado en misiles de la Gestapo viajaba ahora con un pasaporte argentino, pasando brevemente por Suiza de camino a París, donde la policía de Berna le localizó a través del teléfono. Weiss les remitió a Schaufelberger, quien —les dijo— podría darles todos los detalles que necesitaban sobre él. También Helfrich se hallaba de vuelta en Berna en enero de 1949, reuniéndose una vez más con funcionarios suizos.[264]

En marzo de 1949, incluso el gobierno francés había empezado a pedir una inspección policial de Marktgassee, además de una investigación de la oficina de ayuda de la organización católica Cáritas en Berna. Afortunadamente para los nazis de Perón, la demanda francesa fue a parar al escritorio de Jacques Albert Cuttat, subjefe de la legación suiza en Buenos Aires durante la guerra, coorganizador del viaje de Evita a Suiza y amigo personal del jefe de la legación argentina, Llambí. Entre 1939 y 1945, Cuttat tuvo lingotes de oro depositados en el Banco Central argentino, y después de que Argentina rompiera sus relaciones diplomáticas con Hitler en 1944, cuando Suiza había asumido la representación de los intereses diplomáticos alemanes en Argentina, había permitido a los diplomáticos nazis que siguieran utilizando el edificio de su embajada en Buenos Aires para enviar telegramas codificados a Berlín. Ahora, como respuesta a la petición francesa de una investigación, Cuttat telefoneó a la embajada francesa y dejó claro que no se tocaría a Marktgassee. En lugar de ello, sugirió que los franceses deberían investigar la oficina de Cáritas en París.[265]

No cabe duda de que aquella lealtad a la causa por parte de los comprensivos funcionarios suizos era muy apreciada por los agentes de Perón; pero los días de Marktgassee estaban contados, y en la primavera de 1949 el «Centro Argentino de Emigración» fue finalmente clausurado. En cualquier caso, por entonces la oficina había servido ya a su propósito, y Fuldner estaba ocupado en Argentina buscando empleo e identidades falsas para sus recién llegados nazis. Esos hombres siguieron desembarcando procedentes de Génova hasta 1950, y en casi todos los casos con permisos de desembarco solicitados durante el año 1948 por Fuldner y la División Informaciones de Perón.

¿Cuál fue el balance final entre los refugiados de guerra que Suiza logró enviar a Argentina y el número de fugitivos nazis que se permitió rescatar a Fuldner? Bastante lastimoso, según las cuentas del propio Rothmund. Si hemos de creer la cifra que daba Pomeranz, Fuldner ayudó a escapar a Argentina a unos 300 nazis, de los que sólo 40 eran verdaderos técnicos. Rothmund, por su parte, calculó

en 1950 que de los 127 refugiados para los que Smolinski había obtenido “Permisos de Desembarco”, sólo 34 lograron hacer el viaje debido a obstrucciones de última hora por parte de los diplomáticos argentinos. De otros 200 permisos más concedidos como resultado de la reunión de Fuldner con Steiger, sólo 49 habían zarpado realmente hacia Argentina. Los nazis habían ganado por más de tres a uno.[266]

GUISAN

OTRO conocido personaje involucrado en los esfuerzos de rescate de nazis de Argentina era el ubicuo coronel Henri Guisan, «gran amigo» de Benito Llabí e hijo del general Guisan, el comandante en jefe del ejército suizo acusado de simpatías nazis durante la guerra. Después del conflicto el joven Guisan empezó a visitar Argentina, estableciéndose allí durante el gobierno de Perón. «Le conocí en Buenos Aires en 1946 –recordaría su viuda, María Schwank, en un documental de la televisión suiza grabado en 1998—. Siempre estaba viajando entre Suiza y Argentina, ayudando a alemanes a emigrar allí. Les daba pasaportes y papeles para que pudieran entrar en Argentina legalmente.»

Durante la guerra el joven coronel se había relacionado con el agente alemán Wilhelm Eggen, un capitán de las SS que compraba madera en Suiza para las Waffen-SS. Como miembro del consejo de administración de la compañía maderera suiza Extroc S.A., el joven Guisan suministró las estructuras de madera de los campos de concentración de Dachau y Oranienburgo hasta 1944.

Fue Guisan quien presentó a Eggen al agente secreto suizo Paul Meyer, un pintoresco empresario-espía que vivía en un castillo llamado Wolfsburg y escribía novelas con el seudónimo de Wolf Schwertenbach. Actuando a las órdenes del viejo Guisan, Meyer organizó las reuniones entre el jefe de la inteligencia suiza, Roger Masson, y el jefe del SD, Walter Schellenberg, algunas de ellas celebradas en Berlín y otras en el castillo de Wolfsburg, lo que trajo como consecuencia que después de la guerra el viejo Guisan cayera en desgracia. Aunque posteriormente Guisan afirmaría que la intención subyacente a dichos contactos era disuadir a los alemanes de invadir Suiza, la prensa, e incluso la inteligencia aliada, especularon con la posibilidad de que la conexión se utilizara para ocultar fondos nazis en Suiza.

En 1947, el joven Guisan puso a Llabí en contacto con un grupo de científicos especializados en cohetes que habían trabajado para el equipo de desarrollo de misiles de Wernher von Braun. Lo que Guisan ofrecía era nada menos que los planos del misil ultrasecreto V-3, sucesor del V-2 que Hitler había utilizado para bombardear Londres. El propio Llabí viajó a París el 7 de marzo de 1947 para entrevistarse con un misterioso personaje llamado L. Halmos, que era el agente de contacto con los científicos nazis. Dichos expertos deseaban que se les sacara clandestinamente de la parte de Alemania ocupada por Rusia, donde se habían ocultado junto con sus preciosos planos.

No parece que la oferta del V-3 avanzara, pues, como relataría Llambí en sus memorias, publicadas poco antes de su muerte, ésta no llegó a interesar al gobierno de Perón. El propio Guisan estaba implicado en oscuras transacciones en Argentina, donde estableció varias firmas de tráfico de armamento. Recordando aquellos días, su viuda diría: «Yo tenía que atender a socios comerciales de mi entonces marido a los que habría preferido no estrechar la mano. Cuando empezaban a hablar de negocios yo tenía que abandonar la habitación».[267]

SPERONI

HAY TODAVÍA secretos relativos a las operaciones de Perón en Suiza que no han revelado los documentos existentes más de seis décadas después. Así, por ejemplo, un pariente del presidente argentino, Edgardo Benavente Perón, fue destinado a Berna con un misterioso cometido, desplazándose constantemente entre la capital suiza y Roma. Un agente secreto de la Casa Rosada, Jorge Óscar Jorge, que atravesó Europa en compañía de un sacerdote argentino dedicándose a rescatar nazis, tenía sus propios contactos en Suiza, y en 1950 se reunió con Rothmund en compañía de Ernesto Heer, un ciudadano suizo que disfrutaba de estatus diplomático argentino y ayudaba al equipo de Marktgasse.

Las operaciones de tráfico clandestino propiamente dichas siguen sin aclararse. Así, un ejemplo concreto de un «técnico» al que se sacó de Alemania sobrevive únicamente en la memoria del diplomático argentino implicado, el embajador retirado Guillermo Speroni, que por entonces era el primer secretario de la legación. El Ministerio de Salud de Perón informó a Speroni de que un alemán experto en «fiebre aftosa» estaba dispuesto a viajar a Argentina. El hombre, un tal doctor Otto Walimann, era un caso difícil, ya que él y su familia estaban atrapados en la mitad de Berlín ocupada por los rusos. Speroni consiguió que pudiera escabullirse con la ayuda de un coronel suizo que controlaba la parte berlinesa de la operación. Para el viaje a través de Francia el diplomático argentino consiguió la ayuda del agregado militar francés en Suiza. «Yo estaba esperando en la estación de tren de Berna con el coronel suizo cuando Walimann y su familia llegaron en un vagón cerrado —recordaría Speroni en una entrevista para este libro—. No abrieron las ventanas hasta que el tren se detuvo, y luego continuaron su camino hacia Génova.»[268]

Por medios parecidos se sacó a otros grandes criminales de guerra nazis de los lugares en donde se ocultaban en Alemania y Austria, para llevarlos a Italia. Otros estaban ya escondidos en Italia cuando Fuldner se dirigió a ellos. Y todos se beneficiaron de la amplia tela de araña que Perón había tejido por toda Europa, cada uno de cuyos filamentos se controlaba desde Buenos Aires.

13 - LA VÍA BELGA



Pierre Daye en Argentina (ML)

APENAS Pierre Daye descendió de su avión de Iberia en Buenos Aires, el 21 de mayo de 1947, Bruselas pidió su detención. Pero ésta nunca llegaría a realizarse. No fueron sólo los nazis germanoparlantes los que obtuvieron refugio de Perón después de la guerra. Más de cien franceses y belgas, criminales de guerra probados, huyeron a Argentina, y eso sin contar a muchos otros colaboracionistas nazis francoparlantes cuyas exactas responsabilidades durante la guerra aún resta determinar. A partir de mayo de 1946, cuando Émile Dewoitine se convirtió en el primer criminal de guerra francés que llegó a Argentina a bordo del barco que llevó al cardenal Caggiano de regreso de Italia, este grupo de idealistas nazis latinos y católicos fueron objeto de una cálida bienvenida por parte de los líderes argentinos. Su fuga fue coordinada por el grupo reunido en torno a Daye y Charles Lesca. Trabajando con otros colaboracionistas nazis de regímenes católicos, como Eslovaquia y Croacia, el grupo de Daye disfrutaba del respaldo de los dignatarios eclesiásticos argentinos y belgas. Protegidos por Perón y, por tanto, inmunes a la extradición por los crímenes cometidos durante la ocupación nazi de sus respectivos países, los miembros de la organización de Daye encajaban perfectamente con el equipo nazi de la División Informaciones de Perón para dirigir una de las operaciones de fuga más perfectas de los tiempos modernos.[\[269\]](#)

Se pedía a Argentina que pusiera a Daye «a disposición de las autoridades belgas a bordo de un buque de bandera belga» para su repatriación. El gobierno belga recordaba a Argentina sus obligaciones según el Acta de Chapultepec. Se proporcionó al Ministerio de Relaciones Exteriores de Perón una fotografía reciente de Daye, así como su dirección correcta, el hotel Lafayette, en el centro de Buenos Aires. La legación belga señalaba que el antiguo líder parlamentario de la facción Christus Rex había sido condenado a muerte el 12 de diciembre de 1946 por su flagrante colaboración con los alemanes durante la guerra. Desde el primer momento el gobierno de Perón adoptó una actitud evasiva. Un mes después de su primer intento, y al no obtener respuesta alguna, Bruselas se vio forzada a renovar la petición, esta vez añadiendo a otros tres notorios criminales de guerra belgas a la lista. Dos de ellos, Jan Lecomte y Gérard Ruyschaert, habían llegado el 15 de

mayo de 1947, provistos de pasaportes españoles, a bordo del *Cabo de Buena Esperanza*, el mismo barco que llevó a Argentina a José María de Areilza, íntimo amigo de Daye y nuevo embajador de Franco en dicho país. El tercero, Rudolf Claeys, llegó el 7 de junio a bordo del *Campana*, un barco en el que viajaron también a Argentina al menos tres criminales de guerra croatas probados. No es de extrañar que la legación belga se sintiera obligada a acabar la lista de nuevas llegadas con un inquietante «etcétera».

El bien informado embajador francés, Wladimir d'Ormesson, había alertado a los belgas de la presencia de Daye. El propio Daye había sido advertido con gran rapidez de la acción emprendida contra él. Más ofendido que asustado, hervía de ira contra el jefe de la legación belga, Marcel-Henri Jaspar, un viejo conocido político de mediados de la década de 1930. En venganza, cada vez que los caminos de ambos se cruzaban, «en la calle, en un restaurante, en el Jockey Club, donde ocasionalmente me invitaban a almorzar, me divertía [...] fingiendo que no le veía», se regodeaba Daye en las extensas memorias inéditas que escribió en Buenos Aires. En un aspecto más práctico, los contactos argentinos de Daye discretamente se encargaron de que la demanda de extradición no tuviera ningún efecto, y pronto se sintió lo bastante seguro como para «reírse para sus adentros» ante el intento de Jaspar de atraparlo.

No era que las autoridades argentinas no pudieran encontrarle, ya que incluso antes de la renovación de la demanda de extradición el ministro de Relaciones Exteriores, Juan Bramuglia, tuvo sobre su escritorio un detallado informe de la Policía Federal que incluía la nueva dirección de Daye en un apartamento del edificio Viggiano, en el número 785 de la avenida de Corrientes. El tono de este y otros informes, inicialmente entusiastas por haber identificado su objetivo, pronto empezó a variar en favor del criminal de guerra. A finales de septiembre, aunque se había localizado a los cuatro belgas, al ministro se le decía que el propósito de la visita de Daye era «escribir un libro sobre la República Argentina» para «hacer conocer su grandeza ante el mundo». Y, por supuesto, la policía señalaba la estrecha relación de Daye con el nuevo embajador español, Areilza. En octubre el ministro había decidido esperar a una tercera petición de arresto para Daye antes de tomar cualquier decisión drástica. Y en diciembre la extradición resultaba ya impensable, puesto que por entonces Daye era conducido al despacho presidencial en la Casa Rosada como invitado de honor. «¿Qué habría pensado [Jaspar] —reflexionaba Daye en sus memorias— de haber sabido que [...] mientras él quería hacerme arrestar, yo estaba a punto de ser recibido por el general Perón?»[270]

TERCERA POSICIÓN

LA CRECIENTE comunidad de fugitivos de guerra salvados por Perón compartía dos principios básicos con el presidente de Argentina: un altivo desdén por las alternativas democráticas o comunistas que habían surgido victoriosas de la

Segunda Guerra Mundial, y una firme creencia en que una tercera guerra mundial resultaba inminente. Perón y Evita celebraban conferencias secretas en la Dirección de Migraciones durante las que se trataba del papel de Argentina en el supuesto cataclismo, mientras los fugitivos nazis preveían el glorioso retorno a su antiguo rango una vez que esto ocurriese. «Aquí todo el mundo piensa que 1948 será el año de la guerra», le escribió Daye a un camarada fugitivo en Madrid.[271]

En Europa, los antiguos colaboradores de Hitler también esperaban un glorioso retorno a su antiguo rango. «En dos, tres, cinco años, vendrán grandes horas –le escribió a Daye Léon Degrelle, líder del disuelto Partido Rexista belga, desde su escondite en España–. Verá, amigo Pierre, cómo realizamos tareas formidables. Todo lo hecho hasta ahora no ha sido más que trabajo de patrulla, de reconocimiento, de sigilosa inspección. La vida real todavía ha de empezar. Lo creo firmemente.» La respuesta de Buenos Aires no fue menos enérgica: «El futuro es nuestro –escribió Daye en cartas que llegaban por medio de misteriosos correos al santuario secreto de Degrelle–. La experiencia y la desgracia nos han moldeado. Los mártires, necesarios para toda causa superior, verán sus nombres triunfalmente rehabilitados». Las «esferas superiores» de Argentina esperaban una «tragedia», previendo que o bien «toda la Europa occidental se pasará al bolchevismo, o bien estallará la guerra entre Estados Unidos y Rusia».

Mientras tanto, sano y salvo en Sudamérica, Daye empezó a ver las semejanzas entre el rexismo pronazi belga de la década de 1930, que él había considerado una alternativa viable tanto al «capitalismo de la extrema derecha como al comunismo de la extrema izquierda», y la «Tercera Posición» del propio Perón, un concepto político del que el presidente había empezado a tratar en privado a mediados de 1947 con su futuro ministro de Relaciones Exteriores, Hipólito Paz. Se trataba del mismo Paz que aquel año había conocido a Daye en casa del marqués de las Marismas, en Madrid. El embajador Areilza los había puesto en contacto de nuevo en Buenos Aires, y Daye visitaba a Paz en el Museo de Bellas Artes, donde tenía su despacho el joven asesor de Perón. Otro experto en política exterior íntimamente vinculado a Daye era Mario Amadeo, que había recibido al primero en la pista del aeropuerto de Buenos Aires. El diplomático formaba parte del Consejo de Posguerra de Perón, un organismo que elaboraba recomendaciones sobre un amplio abanico de cuestiones, incluyendo la postura de Argentina respecto a los juicios por crímenes de guerra que estaban llevando a cabo los aliados.

Impresionado por la naciente tercera vía de Perón entre las dos grandes alternativas políticas de la posguerra, junto con un pequeño grupo de fugitivos «que se encuentran en mi misma situación», Daye veía que la iniciativa de Perón ofrecía «un terreno firme, una base sólida» para un retorno al ámbito político. Parece ser que los miembros fundamentales de su grupo eran sus antiguos conocidos de Madrid, Carlos Fuldner y Radu Ghenea. «Hemos empezado a reunirnos para planear la probable creación de un movimiento completamente nuevo», confesaba Daye en sus memorias.[272]

MIMADO Y AGASAJADO

MIMADO y agasajado en Buenos Aires, Daye empezó a «recobrar una serenidad que en Europa occidental estuve a punto de perder». Sus numerosos camaradas expatriados nazis, rexistas belgas, fascistas italianos y falangistas españoles, además de miembros y funcionarios de la Guardia de Hierro rumana, la Cruz Flechada húngara, el gobierno francés de Vichy y la Ustasa croata, tenían a Daye en alta estima, y formaban un estrecho grupo de ayuda mutua bajo la protección de Perón. El embajador español, Areilza, allanó especialmente el camino de Daye, permitiéndole incluso utilizar la valija diplomática de la embajada para comunicarse con sus camaradas de Madrid. «La bella embajada Española ha reemplazado a la legación belga, que reniega de mí», escribió Daye. Asimismo, mantenía estrechos contactos con el «siempre magnífico» Charles Lesca, con Marc Augier, un escritor condenado a muerte en Francia que se convirtió en el instructor de esquí de Evita, y el «excelente y utópico René Lagrou», ocupado en su plan de enviar a unos dos millones de colaboracionistas nazis belgas junto con sus familias a Argentina. Entre las nuevas amistades de Daye había también muchos «norteamericanos encantadores, y hermosos y aristocráticos argentinos», cuyos nombres omitió discretamente en sus memorias.

Caminando por una calle de Buenos Aires poco después de su llegada, Daye quedó asombrado al ver en el escaparate de una librería una traducción al español de su novela *Stanley*. Sin saberlo Daye, los derechos habían sido adquiridos por un editor argentino. «De repente poseía, sin haberla buscado, la mejor tarjeta de presentación intelectual.» Daye distribuyó rápidamente copias de la novela entre sus anfitriones argentinos: la lista que elaboró sólo cuatro meses después de llegar revela con qué rapidez se había integrado en los más altos círculos peronistas. Incluía a tres miembros clave de la presidencia, así como a Juan Carlos Goyeneche y a Amadeo, por entonces a la cabeza del respaldo nacionalista al gobierno de Perón.

Cuando no estaba reunido con su grupo de la «Tercera Posición», Daye hacía su ronda social. Tomaba el té con el ex embajador de Mussolini en Madrid, Eugenio Morreale, y con el antisemita príncipe austríaco Ernst-Rüdiger Starhemberg. Éste, que durante el régimen de Dollfuss había llegado a ser vicescanciller de su país, se veía ahora reducido al papel de «hacendado» en la fértil Pampa. «Así, descubrí poco a poco que en este país vivían discretamente un gran número de personalidades cuyos nombres habían resonado durante un tiempo en la escena de la historia contemporánea, y que ahora se hallaban ocultos, aguardando la hora de su regreso», escribió Daye. Al cabo de poco tiempo se reunía regularmente con Milan Stojadinovic, el antiguo Vodja pronazi de la Yugoslavia anterior a la guerra, que tenía «una esposa encantadora, de una rara belleza». En la misma línea, Daye podía jactarse de sus conversaciones con el antiguo Poglavnik del Estado Libre de Croacia, Ante Pavelic, «mucho más brutal y

menos encantador», con sus manos manchadas de la sangre de aproximadamente medio millón de serbios, gitanos y judíos.[273]

Mientras engrosaba su creciente red de contactos, Daye se apresuraba también a reanudar su obra de buen samaritano. Sus primeros esfuerzos en Buenos Aires fueron en provecho de dos notorios colaboracionistas nazis belgas, Léonard de Rover y Jules van Daele, que viajaban a Sudamérica con visados peruanos y sólo poseían pases de tránsito para Argentina. Rover tenía ya razones para estar agradecido, puesto que Daye le había organizado un nuevo comienzo en Madrid, a finales de 1945. Ahora huía de Europa con una condena a muerte sobre su cabeza. Daye sólo tuvo éxito a medias: obtuvo la residencia permanente en Argentina para Rover, que llegó a Buenos Aires a bordo del *Monte Ayala* el 4 de julio de 1947, pero Daele hubo de continuar por tierra utilizando su visado original hacia Perú. En Argentina, Rover fue rápidamente reclutado por el equipo de rescate de nazis de la División Informaciones de Freude, donde se convertiría en un enlace vital entre la Casa Rosada y la Dirección de Migraciones.[274]

«En más de un aspecto nuestra época se parece al Renacimiento, en que un hombre no puede saber si al día siguiente no será encarcelado, colgado, o huirá o se ocultará en alguna tierra extranjera y redactará sus memorias para matar el tiempo —reflexionaba Daye—. Es una época de aventureros, con todos los riesgos y todas las oportunidades. Una época con la atracción de una existencia plena y fuerte, del apasionado juego humano.»[275]

EL GRUPO DE DAYE

DURANTE dos días consecutivos a primeros de diciembre de 1947, el general Perón invitó a Daye y a su grupo de la «Tercera Posición» a mantener diversas sesiones en el espacioso despacho de la Casa Rosada donde el presidente celebraba normalmente sus reuniones de gabinete. Los seis miembros del grupo eran Daye, Lagrou, Georges Guilbaud, Ghenea, el periodista español Víctor de la Serna y Carlos Fuldner. Fueron introducidos al recinto por Rodolfo Freude. Se trataba de un grupo estrechamente unido cuyos miembros se conocían desde los primeros días de la posguerra en Madrid. Más de medio siglo después, un documento de la inteligencia norteamericana obtenido al amparo de la Ley de Libertad de Información de Estados Unidos muestra lo atentamente que les observaba Washington mientras estuvieron en Madrid.[276]

El documento de 1947 proporciona breves descripciones de algunas de las personas vinculadas a Lesca. Estos miniinformes, entresacados obviamente de algún archivo de la inteligencia más rico, muestran cuán profundamente unido se hallaba el grupo nazi recibido por Perón. El documento describe un retrato bien poco favorecedor de Daye, muy lejos de la saneada imagen que presenta en sus memorias, mostrando que en Madrid subsistía con «3.000 al mes», un dinero proporcionado por los agentes nazis. Hasta el final de la guerra Daye redactó informes secretos para la embajada alemana en Madrid basados en información

obtenida de «sus espías en el Hotel Palace». Le «dirigía» el agregado alemán Otto Pickham, «encargado de enlazar con los refugiados políticos de tendencias pronazis». Se creía que Daye participaba «en la compra de joyas» junto con Lesca. Durante el año 1946 se le empezó a ver en compañía del criminal de guerra francés Georges Guilbaud y su querida.

Guilbaud tenía una larga trayectoria como proveedor de servicios especiales a gobernantes autoritarios antes de convertirse en «asesor financiero» de Perón. Amigo íntimo del primer ministro de Vichy, Pierre Laval, así como del mariscal Pétain, en 1943 había viajado a Lisboa para poner a buen recaudo fondos de Laval «y sus colegas». (Durante el año 1944, poco antes de la liberación de Francia, la inteligencia estadounidense descubrió también que Laval estaba canalizando fondos hacia Argentina a través de Madrid, y que «un francés o belga» había llegado a Buenos Aires para blanquear una parte del botín del líder de Vichy en oro, joyas y propiedades inmobiliarias.) Al final de la guerra, el 23 de abril de 1945, Guilbaud escapó de Italia a España en un avión que partió de Milán, al que logró abordar gracias a la insistencia del embajador alemán.

Ghenea había permanecido silenciosamente en España hasta finales de 1944, año en que, contratado por la inteligencia española, repentinamente alquiló un amplio piso y empezó a recibir a un abundante número de invitados. La inteligencia estadounidense descubrió que debido a la reciente ruptura de su país con el Eje de Hitler, los alemanes planeaban nombrar a Ghenea «representante de un gobierno rumano disidente».

Tras combatir en el frente ruso junto a las tropas de Hitler en la División Azul de Franco, Víctor de la Serna había hecho «varios viajes a Alemania». Su padre, del mismo nombre, compró a mediados de 1945 «un gran paquete de acciones» del influyente periódico madrileño *Informaciones*, al parecer con dinero nazi. Los Serna no resultaban del agrado de los estadounidenses. «El padre es un conocido colaboracionista, y el hijo es aún peor —alegaba un informe, añadiendo de manera descortés—: El hijo es más estúpido que el padre.» Fue trasladado desde Madrid en uno de los aviones de la compañía FAMA de Perón para asistir a la reunión en la Casa Rosada.^[277]

CRIMINALES EN LA CASA ROSADA

QUIEN había invitado al grupo de Daye a reunirse con Perón era Freude, que «había oído hablar de nosotros: de nuestras aventuras y de nuestra intención de ayudar a los refugiados a establecerse en Argentina», consignaría Daye en sus memorias. Perón y Freude estaban particularmente interesados en el objetivo del grupo de crear «un movimiento que uniera a todas las personas del mundo que no apoyen ninguna de las dos fórmulas ofrecidas a las masas: el capitalismo democrático estadounidense, que se declara paladín de la libertad y defensor de la propiedad privada, y el comunismo bolchevique ruso, destructor del capitalismo privado, pero destructor también de toda libertad individual».

La primera reunión fue una sesión a mediodía durante la cual «una tormenta envolvió la Casa Rosada con tal cantidad de rayos y truenos como si a esa hora y en un nuevo Sinaí se entregara la Ley de Dios al mundo». La segunda reunión, al día siguiente, empezó a las siete en punto de una clara y luminosa mañana, y duró tres horas. La congregación de tantos criminales de guerra condenados en el palacio presidencial asombró a los participantes. «Decididamente, el mundo evoluciona –escribió Daye–. ¡Ah, si supieran algunos diplomáticos!»

A pesar de haber conocido a los más poderosos líderes de su época, de Hitler al papa Pío XII, de Franco al sha Reza Pahlevi, Daye quedó impresionado por la el majestuoso porte de Perón. «Es un hombre grande y sólido, bien formado, que aparenta unos cincuenta años de edad. Tiene el cabello negro y espeso, los ojos sonrientes, habla con claridad, con precisión, con buen juicio y una sorprendente falta de cautela [...] Sus soberbios gestos me parecieron investidos a veces de una especie de untuosidad, al estilo eclesiástico.» El general estaba seguro de su propio poder, considerándose (algo confiadamente, observó Daye) el «amo absoluto» de Argentina.

El grupo era consciente de que sostenía opiniones que habían pasado a estar «prohibidas y perseguidas». Resultaba halagador confirmar que «el principal jefe de estado del continente sudamericano nos comprende y aprueba muchas de nuestras ideas». Daye se sentía especialmente emocionado por la adhesión de Perón a una tercera vía entre el capitalismo y el comunismo. La creencia compartida en la inminencia de una tercera guerra mundial sobrevolaba la reunión. Perón anunció que permanecería neutral el mayor tiempo posible. «Argentina es débil –dijo–. Debemos aguardar a que llegue su hora.» Dejando clara su absoluta oposición al comunismo, Perón insistió en que no era «ni ruso ni norteamericano», anticipando el grito que adoptarían sus partidarios de izquierdas durante las masivas concentraciones que celebrarían su regreso del exilio en 1973: «Ni yanquis, ni marxistas. ¡Peronistas!».

Perón expresó su entusiasmo por «algún tipo de movimiento de unidad internacional popular y porque se proporcionara ayuda a los refugiados europeos a través de la inmigración». Ofreció apoyo material para tal empresa. «No es necesario resucitar precisamente lo que pereció con la guerra –dijo Perón–, pero seguimos teniendo sabiduría para crear de nuevo.» Al marcharse, el grupo de criminales de guerra y colaboracionistas nazis expresaron su profunda gratitud por «la conmovedora hospitalidad» de la que habían sido objeto en Argentina, y prometieron su pleno apoyo a la «gran empresa» de Perón.^[278]

UNA AMNISTÍA «CRISTIANA»

ENVELENTONADOS por la reunión, Daye y su grupo emprendieron su más ambicioso proyecto político: obtener una amnistía «cristiana» para los criminales nazis sentenciados durante los juicios celebrados en Europa en la

posguerra. Con Argentina a punto de ocupar un asiento en el Consejo de Seguridad de la ONU, la oportunidad parecía casi llovida del cielo. Y lo más importante de todo: la iniciativa había recibido el apoyo entusiasta de Perón. (En el Vaticano, el cardenal Montini estaba considerando también la posibilidad de una «amnistía nazi» ante la insistencia del obispo Hudal. En mayo de 1949, Montini pudo informar a Hudal de que había obtenido el consentimiento del papa para una «amplia amnistía», aunque finalmente se descartó la idea debido a la fuerte resistencia de los obispos alemanes.)^[279]

Por extraño que pueda parecer cuando se contempla retrospectivamente, en 1948 Perón recogía dividendos por haber presionado a la ONU en favor de que se perdonara a la España de Franco, que había sido condenada al ostracismo por la comunidad internacional debido a su apoyo a Hitler durante la guerra. En 1946, cuando la Asamblea General emitió la recomendación de que todos los países rompieran relaciones diplomáticas con Franco, el embajador argentino en la ONU, José Arce, votó en contra. En los meses que siguieron la mayoría de los países siguieron la recomendación y dieron la espalda a Madrid. Sólo Perón se resistió al boicot. Eso explica la entusiasta acogida de la que fue objeto Evita cuando visitó España en 1947. En palabras del embajador español, Areilza, Buenos Aires se convirtió en el «periscopio» de Franco en el mundo. Pero en noviembre de 1947, cuando el bloque comunista quiso intensificar el ostracismo de España, se había declarado ya la guerra fría, y una nueva votación en la ONU no logró confirmar la resolución adoptada el año anterior. Ahora fue Estados Unidos el país que votó contra los comunistas. En España hubo muestras de júbilo, y la prensa incluso especuló con la posibilidad de que la inclusión en el Plan Marshall no resultara tan inconcebible. El grupo de Daye se reunía con Perón al calor de este reciente suceso.^[280]

Los fugitivos nazis despertaron mayor simpatía en el general que los diplomáticos acreditados de sus respectivos países. La evidente hostilidad entre Perón y los diplomáticos franceses y belgas, que se reunían con los liberales antiperonistas de Argentina, había dejado la puerta abierta de par en par a los ex funcionarios de los países anteriormente ocupados por los nazis, como Daye y Guilbaud, para convertirse en embajadores «paralelos» ante la Casa Rosada.

Entusiasmados por la derrota del nazismo, los enviados de los países liberados se encontraron, en cambio, en un país dominado por unos oficiales militares que habían sofocado cualquier intento de celebrar la derrota de Hitler. Cuando las tropas soviéticas entraron en Berlín, el 23 de abril de 1945, el gobierno militar de Perón prohibió las «sirenas, pitos o fuegos artificiales», y se prohibió a las emisoras de radio argentinas transmitir las palabras «Berlín ha caído». Unos días después, cuando los estudiantes de Buenos Aires ignoraron el orden, muchos de ellos resultaron heridos y algunos murieron en un ataque conjunto de la policía, concriptos y grupos de jóvenes nacionalistas.^[281]

El embajador de Francia en la época inmediatamente posterior a Vichy, Wladimir d'Ormesson, había cometido el imperdonable error a su llegada de

tomar partido por la Unión Democrática, la coalición política a la que Perón derrotaría posteriormente en las elecciones presidenciales de 1946. Aquello no le hizo gracia al general. Al jefe de la legación belga, Jaspar, no le fue mucho mejor, y tuvo que esperar todo un mes a que Perón le recibiera. La aversión hacia los representantes oficiales de los países que habían caído bajo la dominación soviética fue aún más fuerte, y los fugitivos croatas en Argentina recibieron favores especiales de Perón. Se vieron elevados al rango de amigos personales o pasaron a ser miembros de la guardia personal del general. Para los diplomáticos de las naciones liberadas, la «Tercera Posición» de Perón era un anatema que recordaba sospechosamente al «Nuevo Orden» corporativo hitleriano. Los informes que enviaron a sus respectivos países rebosaban de indignación por la presencia en la corte de Perón de los mismos criminales cuya extradición pedían infructuosamente.[282]

Tras las reuniones en la Casa Rosada, el grupo de Daye entregó a Rodolfo Freude una nota para Perón adornada con el tipo de adulación que al general la habría gustado recibir de los diplomáticos oficiales. Su «Tercera Posición» reflejaba «la profunda aspiración de la inmensa mayoría de la gente de Europa, a la que horroriza la perspectiva de una nueva guerra mundial», declaraba el grupo, que se consideraba perfectamente situado para hacer públicos los logros de Perón en Europa y atraer a «una nueva elite de inmigración». El grupo ofreció poner sus contactos europeos y su «experiencia acumulada» en la «lucha anticomunista» al servicio de la «Revolución Nacional Argentina».[283]

Relacionada con esto se hallaba la búsqueda del grupo de «una amnistía general en toda Europa en favor de todos los condenados o acusados después de la guerra», como explicaba Daye en una carta al director de Informaciones, Serna, que había regresado a Madrid tras la reunión con Perón. Daye deseaba que el periodista dirigiera una campaña de prensa española en favor de la «amnistía nazi». Su amigo mutuo, el embajador Areilza, había abordado ya la cuestión con Perón, y el presidente «se mostró entusiasmado ante la idea, y ha decidido dedicarse a ella personalmente». Se estaba investigando la posibilidad de una declaración directa por parte de Perón, pero el planteamiento preferido era que Argentina propusiera la «reconciliación interna» de Europa en el Consejo de Seguridad de la ONU, donde estaba previsto que el embajador Arce ocupara un asiento en 1948. «La paz no existirá realmente hasta que pongamos fin al odio», proclamó Daye.[284]

En la semana siguiente a las reuniones con Perón, el grupo de Daye redactó un documento de trabajo donde bosquejaba la amnistía propuesta, lleno de elogios hacia la neutralidad de Argentina durante la guerra y los «beneficios morales» que de ella habían resultado. La elección del país como miembro del Consejo de Seguridad no sólo recompensaba la oposición de Perón a Rusia, sino también su oposición, «menos visible», a Estados Unidos, un país que — afirmaban— envidiaba «la creciente talla de la principal república de Latinoamérica». Éste era el tipo de palabrería que gustaba a Perón, y no las

incómodas demandas de extradición que recibía de los representantes franceses y belgas.

La verdadera paz requería «el final de la oleada de odio que ha recorrido el mundo, y Europa en particular, tras el final de la guerra». La «verdadera era de los jueces» iniciada por los procesos de Nuremberg no había sabido distinguir entre los auténticos criminales y quienes habían sido meramente anticomunistas. En vísperas de la tercera guerra mundial, Europa no podía permitirse tener a aquellos hombres en la cárcel. «¿No podría Argentina, pues, pedir solemnemente que las Naciones Unidas adoptaran medidas conducentes a la proclamación de una amnistía general que pusiera fin al odio?», preguntaba el grupo de Daye en su acostumbrada prosa entusiasta. «En una época sin conciencia, Argentina podría convertirse en la portadora de la Conciencia Cristiana del mundo».[285]

A pesar de su entusiasmo y del respaldo de Perón, la amnistía nazi nunca pasó de ser solo un proyecto. Una cosa era presionar en favor de la España de Franco, la «Madre Patria», con sus antiguos vínculos de religión y raza con Argentina, y otra muy distinta proponer una amnistía para los criminales de guerra nazis condenados, por muy atractiva que pudiera resultar la idea para el código de honor militar de Perón. Incluso los más acérrimos nacionalistas que pudiera haber entre los asesores de política exterior de Perón debieron de haber fruncido el ceño ante la sola mención de una aventura tan suicida.[286]

CAMINO ABIERTO

LA REUNIÓN con Perón, sin embargo, abrió el camino a una fuga masiva. Los contactos con el despacho presidencial continuaron de manera «constante y regular», y la operación de fuga contaba ahora con un firme apoyo gracias a la financiación proporcionada por «el gran amigo al que usted conoció junto con nosotros», como informó Daye a Serna. A los recién llegados se les albergaba en un centro de acogida en Buenos Aires que podía llegar a alojar hasta 60 personas mientras se les buscaba trabajo y una residencia permanente. Daye le pidió a Serna que elaborara listas de candidatos en España, indicando a cuáles de ellos había que «salvar con mayor urgencia». Fuldner también ayudaba.[287]

Los “Permisos de Desembarco” que Daye necesitaba los solía pedir a la Casa Rosada el asesor financiero de Perón, Georges Guilbaud, y desde allí Hoover los canalizaba hacia Migraciones, presentándolos en nombre de la División Informaciones de Freude. Otros los presentaba Lagrou, quien en su calidad de miembro del servicio secreto de Freude dio curso a un gran número de expedientes con el alias de Reinaldo van Groede. Daye, asimismo, estaba en contacto personal con el director de Migraciones, Pablo Diana.[288]

Durante el año 1948 el antiguo colega de Daye en *Je Suis Partout*, Charles Lesca, que había sido el primero en iniciar la ruta de fuga desde España en 1944, siguió desempeñando un papel destacado, recomendando fugitivos y realizando parte del trabajo. Los individuos recomendados por el diseñador aeronáutico

francés Émile Dewoitine también recibían un trato preferente. Daye y Lesca mantenían el contacto con el obispo Barrère —que tan importante papel había jugado en las conversaciones entre Tisserant y Caggiano en el Vaticano—, enviando a algunos recién llegados a su refugio de la provincia septentrional de Tucumán.[289]

VELEROS Y GOLETAS

LA MAYORÍA de ellos llegaban en transatlánticos regulares. Otros lo hacían en barcos más pequeños, lanchas y veleros, que viajaban cargados hasta los topes sólo de criminales de guerra. El holandés y miembro de las SS Willem Sassen, que se convertiría en el hombre de confianza de Eichmann en Argentina, viajó bajo el alias de Jacobus Janssen en la goleta *Adelaar*, que zarpó de Dublín en septiembre de 1948, tras ser condenado a muerte in absentia por un tribunal belga. Había sólo nueve pasajeros declarados a bordo: Sassen, dos criminales de guerra belgas (Willem Smekens y Achille Hollants), y sus familias. Como de costumbre, las solicitudes de “Permisos de Desembarco” para aquellos tres fugitivos las procesó la Dirección de Migraciones argentina, simultáneamente con otras más patrocinadas por la oficina presidencial de Perón.[290]

Un décimo pasajero no figuraba en el listado del *Adelaar*. Se trataba del oficial SS alemán Klaus Fabiny, quien se había escapado a Dublín desde un campo de prisioneros en Inglaterra, donde abordó la goleta como motorista, desembarcando en Buenos Aires a escondidas sin papeles.[291]

Otro velero, el *Thyl Uilenspiegel*, realizó también una audaz travesía atlántica abarrotado de criminales de guerra belgas. Entre ellos se encontraba Adolf De Braekeleer, acusado de «colaboración económica» a gran escala con los nazis durante la ocupación de Bélgica. Con un pasaporte falso a nombre de Florentin Gilissen, De Braekeleer huyó a París con su querida, Mariette Van Damme, y finalmente, en marzo de 1948, acudió al consulado argentino en Barcelona. Allí, aparentemente a cambio de una gran suma de dinero, obtuvo un “Permiso de Desembarco”, y llegó a Buenos Aires el 18 de julio de 1948, apenas un mes después de haber sido condenado in absentia a veinte años de cárcel en Bruselas.

De Braekeleer progresó asombrosamente en Argentina, iniciando negocios turbios con funcionarios del gobierno argentino. Junto con Guilbaud, dirigía el lujoso hotel Crillón, situado directamente enfrente del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, en el centro de Buenos Aires. Mientras públicamente se presentaba como un «refugiado político», su vida privada amenazaba tormenta. En un momento de rencor su querida hizo correr el rumor de que De Braekeleer era un agente doble de los soviéticos. El juez que veía su solicitud de ciudadanía recibió de inmediato una carta del servicio secreto argentino, donde no sólo se planteaba la supuesta conexión comunista, sino que además se acusaba a De Braekeleer de tratar de sobornar a funcionarios argentinos.

La respuesta de De Braekeleer muestra qué vientos soplaban entre el

funcionariado argentino. En una carta al servicio secreto que se ha conservado en el expediente de su solicitud de ciudadanía, negaba vehementemente la acusación de comunista, proclamando, en cambio, que durante la guerra había sido un ferviente admirador de los nazis y que había sido condenado a veinte años de cárcel por ello. Añadía que en aquel momento planeaba desarrollar 250.000 hectáreas de tierra en la provincia vinícola de Mendoza. En apoyo de sus sentimientos pronazis, montones de cartas de otros belgas (e incluso de algunos alemanes) ocultos en Argentina inundaron el escritorio del juez, todas ellas declarando abiertamente su pasado colaboracionista y atestiguando las simpatías germanófilas de De Braekeleer. Rematando el voluminoso expediente se hallaba una carta de un alto dignatario de la Iglesia Católica belga al cardenal Caggiano, testimoniando la valía de quienes apoyaban a De Braekeleer. Tan sincero prohitlerismo causó una buena impresión. El servicio secreto argentino pidió disculpas al juez por su anterior afirmación, claramente errónea, y el 3 de junio de 1954 le fue entregado ceremoniosamente a De Braekeleer su pasaporte argentino.[292]

SARE

A MEDIADOS de 1948 las llegadas se habían hecho tan numerosas que, «por expreso deseo del presidente Perón», y con algo de ayuda de la Iglesia Católica, Daye y sus colaboradores crearon la SARE, la Sociedad Argentina de Recepción de Europeos. La organización estableció su sede en el número 1358 de la calle de Canning, un gran edificio de estilo colonial propiedad del arzobispado de Buenos Aires. Hoy, el antiguo cuartel general de la SARE ha sido desmantelado para acoger provisionalmente a la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.[293]

En aquella época el arzobispo era el cardenal primado de Argentina Santiago Luis Copello, simpatizante del régimen de Vichy, partidario de Franco y asiduo visitante de la embajada alemana en Buenos Aires durante la guerra. El cardenal compartía la intensa aversión de Perón tanto por el «comunismo ateo» como por el capitalismo. En 1947, Perón le había nombrado su «legado papal», una posición vagamente definida que significaba que el cardenal actuaba como intermediario entre Perón y el Vaticano. Según los papeles personales de Daye, Copello no era reacio a reunirse personalmente con los partidarios francoparlantes de la «Tercera Posición» de Perón. En 1951, cuando murió el mariscal Pétain, los amigos de Daye en la catedral de Buenos Aires organizaron un funeral por el líder de Vichy. Se adornó un catafalco con la bandera francesa, y la nave se llenó de centenares de velas encendidas. La misa fue presidida por el cardenal Copello, vestido de púrpura.[294]

Los estatutos de la SARE se redactaron el 29 de junio de 1948, durante una reunión en casa de Ghenea a la que asistieron fugitivos representantes de varios de los países anteriormente ocupados por los nazis: Daye y Lagrou en nombre de

Bélgica; Robert Pincemin, de Francia, y Ferdinand Durcansky, de Eslovaquia. Dos hombres apellidados Haas y Hinrichsen representaban a Alemania y Austria respectivamente; Italia estaba representada por Morreale, y otro participante clave era el diplomático croata Branko Benzon. Hungría contaba con la representación de monseñor Ferenc Luttor, un diplomático destinado al Vaticano durante la guerra. Este último había llegado a Argentina en abril de 1947, en un transatlántico italiano abarrotado de fugitivos croatas, con las palabras «Santa Sede» visiblemente estampadas en sus documentos de viaje. En Roma, después de la guerra, Luttor había trabajado afanosamente consiguiendo papeles falsos para los fugitivos a través de su oficina de «Ayuda Pontificia a los Húngaros», situada en el número 4 de la Piazza dei Massimi.[295]

Para su logotipo, la SARE eligió la imagen de un salvavidas rodeando un mapa de Europa, que estampó en la cabecera de los formularios de solicitud que hizo imprimir para sus futuros inmigrantes. En octubre de 1948 el director de Migraciones, Pablo Diana, reconoció oficialmente la sociedad, autorizándola a aceptar solicitudes de permisos de desembarco «dentro del concepto selectivo y de orientación que ya son de su conocimiento».[296]

El objetivo de la SARE era «proporcionar a nuestros amigos que están en peligro en el Viejo Continente visados y recursos para inmigrar a Argentina – según escribió Daye en sus memorias—. El gobierno del país ha mostrado rápidamente la más humana comprensión. Nos ha reconocido oficialmente y con su generosidad – además de su deseo de obtener una inmigración selecta – nos ha permitido salvar a miles de amigos e incluso a extraños.» Ciertamente muchos de los que rescataban habían sido condenados a muerte, pero ello no significaba que dejaran de ser «hombres buenos, jóvenes honestos».[297]

Los papeles privados de Daye conservados actualmente en los archivos del CEGES en Bruselas contienen los nombres de más de 100 individuos belgas y franceses que Daye personalmente ayudó a escapar a Argentina. La cifra total de la SARE es, sin duda, mucho mayor, dado que Daye no trataba los casos de las otras nacionalidades representadas por la organización. Siguiendo las directrices fijadas por Migraciones, se respetaban estrictamente las fronteras nacionales. Cuando, por ejemplo, una petición de “Permisos de Desembarco” para tres alemanes llegó a su escritorio, Daye anotaba sobre el pedido: «Remitir a Carlos Fuldner».[298]

NAZIS SÍ, JUDÍOS NO

TRAS sus fructíferos comienzos en Argentina – escapando a la extradición, reuniéndose con Perón, creando la SARE –, 1949 se inició con un tono triste para Daye, ya que el 11 de enero su amigo Charles Lesca falleció repentinamente. El franco-argentino había representado casi una figura paterna para Daye, desde que le publicara sus artículos en *Je Suis Partout* hasta el día que se convirtió en la primera persona que vio Daye cuando bajó las escalerillas del avión hacia la libertad en Argentina. Debió de ser un duro golpe, y Daye, normalmente

expansivo, apenas se animó a mencionar la muerte de Lesca en sus memorias.[299]

Vista retrospectivamente, la muerte de Lesca parecía presagiar las dificultades que esperaban a la operación de rescate de nazis de Daye. En 1949, Perón empezó a desvincularse discretamente del negocio. Aunque el general nunca rompió del todo el contacto con la red nazi (siguió rodeado de sus guardaespaldas croatas, y durante su último período presidencial, a comienzos de la década de 1970, se dejó fotografiar con el protector de Mengele, Hans-Ulrich Rudel), tras la muerte de Lesca las relaciones entre la División Informaciones de Freude y la Dirección de Migraciones se vieron misteriosamente interrumpidas.

El primer indicio de que algo iba mal surgió en febrero de 1949, cuando la puerta de la oficina del director de Migraciones, Pablo Diana, se cerró bruscamente en las narices de Daye por primera vez. Luego el propio director se desvaneció. «Don Pablo ha desaparecido –le escribió alarmado Daye en febrero al criminal de guerra francés Jacques de Mahieu, el experto en «biopolítica» al que Perón había concedido una cátedra en la Universidad de Cuyo, en el norte del país—. Imposible hasta ahora realizar averiguaciones precisas, reina la confusión.»[300]

Aunque desconocida para la fraternidad que reinaba en la SARE, la vieja batalla entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y la Dirección de Migraciones de Argentina había estallado de nuevo, y de paso había despojado a Diana de su cargo. La rivalidad se había visto alimentada por el antisemitismo generalizado entre los diplomáticos argentinos, furiosos por «el crimen que se estaba cometiendo con nuestra Patria» por la autorización de demasiados permisos de desembarco en favor de «ladrones, asesinos, comunistas, vagos y judíos». Los diplomáticos destinados en Europa se consideraban más capacitados para juzgar a los solicitantes que los funcionarios de Migraciones en la lejana Buenos Aires. Su frustración contenida explotó en un largo informe donde se consignaban todos sus agravios, formulados por un senador nacionalista que viajó por Europa a principios de 1949. Para bloquear la entrada de personas a las que consideraban «escoria humana», los diplomáticos del consulado de París habían empezado a negar los visados incluso a quienes habían obtenido “Permisos de Desembarco” válidos de Migraciones, llegando hasta el punto de retener sus pasaportes para impedirles viajar. Designado especialmente por el ministro de Relaciones Exteriores, Bramuglia, para informar a Perón de los «indeseables» que obtenían permisos de desembarco, el senador Alejandro Mathus-Hoyos habló con diplomáticos argentinos destinados en Francia, Bélgica, Polonia e Italia, y se marchó escandalizado por la «gentuza» que emigraba a Argentina. También se sintió trastornado por los rumores sobre el comportamiento de los funcionarios de la DAIE de Perón en Italia (presumiblemente el grupo de Fuldner), supuestamente implicados en «escándalos» con «prostitutas y gente de mala vida».[301]

Al cónsul argentino en Beirut le ponía especialmente furioso el hecho de que diversos solicitantes respecto a los que él se manifestaba en contra, basándose en que eran «israelitas» u otros «elementos evidentemente indeseables», siguieran obteniendo “Permisos de Desembarco” de Buenos Aires gracias a una

«organización» que —alegaba— aceptaba sobornos por hacer tales excepciones.[302]

A pesar de su desprecio clasista por los burócratas de Migraciones, para ellos más plebeyos, los diplomáticos argentinos tampoco estaban libres de pecado cuando se trataba de exprimir a los judíos, y su enfado se veía alimentado no menos por el hecho de verse excluidos de una lucrativa empresa que por su genuina preocupación por la naturaleza del material humano que cruzaba el Atlántico. Un ejemplo de la hipocresía del servicio diplomático argentino lo constituye un informe elaborado por el cónsul del país en Viena, José Ramón Virasoro. Este diplomático se enorgullecía de negar visados a los refugiados judíos mientras abogaba por la emigración masiva a Argentina de los elementos anticomunistas que escapaban de las naciones ocupadas por los soviéticos: una forma abreviada para aludir a los antiguos colaboracionistas nazis en la posguerra. Sin embargo, poco después de que este informe denunciara las irregularidades de Migraciones, el propio Virasoro se enfrentaba a la acusación de vender pasaportes argentinos en Viena. En 1952 fue expulsado del servicio diplomático por su implicación en el tráfico de drogas, transacciones ilegales de divisas y contrabando de oro.[303]

Es posible que otro factor más personal viniera a añadirse a la medida emprendida contra Diana, ya que el nuevo interventor en Migraciones nombrado por Perón era el antiguo cerebro del GOU coronel Enrique González, entrenado en las unidades acorazadas del general Guderian. Estrechamente vinculado al servicio secreto de Himmler durante la guerra, González fue expulsado de la dictadura del GOU en 1944 después de que su plan de enviar al emisario germano-argentino Osmar Hellmuth a entrevistarse con Hitler en Berlín saliera al revés de lo planeado. El agente fue arrestado por las autoridades británicas en Trinidad. En aquel momento González estaba convencido de que el «traidor» al plan había sido Ludwig Freude, y prometió «tomar fuertes medidas contra quienes creía culpables en cuanto las circunstancias lo permitieran».[304]

Cuando en 1949 se inició un sumario secreto en contra del director de Migraciones Pablo Diana, a quien los diplomáticos argentinos acusaban de ser demasiado indulgente a la hora de conceder permisos de desembarco a los judíos, parece ser que ésta supuso para González la oportunidad de vengarse. La investigación empezó apuntando sus cañones contra la División Informaciones de Rodolfo Freude, y las primeras personas a las que se llamó a testificar fueron cuatro colaboradores argentinos de éste encargados de traer y llevar información entre la Casa Rosada y la Dirección de Migraciones.[305]

Pronto la investigación empezó a desenmascarar las actividades de los especiales «asesores» nazis de Freude. Los inspectores del Instituto Étnico, cuyo objetivo había sido proteger a Argentina de una avalancha de inmigrantes judíos, se encontraron elaborando listas con los nombres (o los alias) de los colaboracionistas nazis Daye, Lagrou, Guilbaud, Ghenea, Serna y Fuldner, y otros personajes indeseables como el conde Monti, el conde Menou, Benzon y el

arcipreste ortodoxo ruso Izrastzoff.[306]

Aunque nunca se llamó a testificar al propio Freude, sí se convocó a Fuldner. El ex capitán de las SS admitió de inmediato la auténtica naturaleza de su trabajo, y afirmó tajante que actuaba siguiendo órdenes directas de Perón. Ofreció una breve descripción de las reuniones con criminales de guerra y colaboracionistas auspiciadas por el presidente en la Casa Rosada. Las órdenes superiores de Perón explicaban las descaradas irregularidades evidentes en los “Permisos de Desembarco” que él había tramitado —explicó Fuldner—, señalando que «poderosas razones de estado reservadas» hacían necesarios aquellos atajos. «El carácter especial de sus misiones confidenciales podía crear dificultades de conciencia para algunos funcionarios, ante los cuales le era prohibido entrar en detalles o hablar abiertamente», registraba la persona encargada de taquigrafar la investigación.

Fuldner apelaba a «las horas transcendentales que viven la humanidad e, inseparable de aquel destino global, la Patria», para excusar su misión en Europa. Lo que otros podían haber considerado una empresa que causara problemas de conciencia, en realidad requería «normas y medidas» especiales, sobre todo en «sectores» como Migraciones «que encuentran su control, su estabilidad, su justificación y su pureza únicamente en los superiores intereses nacionales». Afortunadamente para todos los implicados, Fuldner había disfrutado de la oportunidad de oír aquellos intereses «interpretados por el Excelentísimo Presidente de la Nación», y los había visto materializados en «medidas [...] que en ningún estado ni en ninguna época han sido calificadas como fuera de la ley, pero sí como encima de los reglamentos». Puede que hoy en día, cinco décadas después, la tosca mezcla de arrogante jerga nazi y mistificación argentina de Fuldner ya no cuele; pero impresionó a los funcionarios encargados de la investigación.[307]

El sumario en Migraciones confirmó la existencia de un acuerdo secreto con la División Informaciones para conceder permisos de desembarco a criminales de guerra alemanes y japoneses aun en casos en los que su documentación resultara deficiente. El número de tales solicitudes era tan grande que Migraciones incluso acuñó la abreviatura «Doc. Def.» para ellas.[308]

No se hizo mención alguna al historial o las responsabilidades durante la guerra de los «asesores» de Perón o de las personas a las que éstos rescataron. Los interrogatorios esquivaron la cuestión con consumada habilidad, a veces empleando sencillos eufemismos como «técnicos», y otras, sustitutos más indirectos como «súbditos alemanes, y sobre todo los que fueron adictos al último gobierno regular». La palabra «nazi» fue cuidadosamente evitada, y no aparece ni una sola vez en las 529 páginas del sumario.[309]

Con fruición casi académica, el Instituto Étnico expuso con detalle cómo la División Informaciones obtenía “Permisos de Desembarco” para los solicitantes con «Doc. Def.», sólo para llegar a la conclusión de que las «irregularidades» cometidas por Fuldner y el resto de los agentes de Freude se ajustaban a instrucciones presidenciales secretas y, por tanto, quedaban fuera del alcance de la

investigación.[310]

Los funcionarios de Migraciones acusados de admitir a judíos, sin embargo, sintieron de lleno el impacto de la investigación. Diana y sus colaboradores fueron expulsados del servicio por un decreto firmado por Perón. Trataron de defenderse lo mejor que pudieron de la acusación de mostrarse blandos con los judíos, pero se presentó un expediente tras otro mostrando que se habían hecho demasiadas excepciones.[311]

De manera embarazosa para la investigación, resultó que la inmensa mayoría de las excepciones con judíos habían sido ordenadas por el propio Perón, quien aplicaba su clemencia selectivamente, favoreciendo las solicitudes de “Permisos de Desembarco” de líderes judíos peronistas y leales por encima de las de judíos no peronistas. Así, por ejemplo, al verse enfrentado al expediente de Migraciones número 205612/48, que concedía la entrada a Neuch Rubinstein y su esposa «no obstante que los beneficiarios son de avanzada edad, profesan la religión israelita y, en consecuencia, pueden clasificarse como inmigración viciosa e inútil», el funcionario que autorizó su entrada pudo señalar que Perón favorecía la admisión de judíos ancianos, «primero, para suavizar el concepto circulante de persecución racial y segundo, porque siendo personas ancianas no habría descendencia, y la colectividad [judía] no aumentaba».[312]

Respecto a la sospecha original de que algunos judíos hubieran obtenido permisos de desembarco a través del servicio secreto de Freude, Diana aseguró al Instituto Étnico que el propio Freude controlaba estrictamente las listas de su organismo para asegurarse de que éstas no incluyeran «a aquellas personas en las que el país no está interesado». Pese a todas las precauciones, sin embargo, un agente belga de Freude, Léonard de Rover, fue descubierto deslizando “Permisos de Desembarco” para judíos entre las solicitudes para nazis que gestionaba para la Casa Rosada. Rover fue despedido de inmediato, y desapareció llevándose un buen montón de “Permisos de Desembarco” para colaboracionistas nazis que esperaban ser rescatados en Europa, obligando a Daye a cursar esas solicitudes de nuevo partiendo de cero.[313]

A pesar de todo, la presión acumulada de miles de judíos desesperados por abandonar una Europa devastada por la guerra resultó demasiado fuerte para los guardabarreras de Perón. El propio Daye sucumbió a ella en 1951 mientras seguía ayudando a los fugitivos nazis de Bruselas y París que deseaban establecerse en Argentina. La principal diferencia era que ahora entre los candidatos de Daye se incluían algunos judíos, que se declaraban falsamente católicos para obtener la admisión. «Lo que me impresiona es que ahora nadie quiere hablar abiertamente de la cuestión judía —le confiaba Daye a su diario—. Ni para bien, ni para mal [...] Hay una especie de extraña reserva. Lo israelita es tabú [...] Tengo aquí uno o dos muy buenos amigos judíos, que me tratan con una corrección que mis antiguos compatriotas no muestran, imbuidos del agua bautismal desde hace veinte generaciones.»[314]

LA “BRILLANTE BUENOS AIRES”

LA NUEVA vida de Daye sufrió un revés cuando éste perdió su cargo de profesor auxiliar de literatura francesa en la Universidad de La Plata, ciudad situada a unos cincuenta kilómetros al sur de Buenos Aires. En 1948, el profesor había empezado a acudir a dicha universidad dos veces por semana para dar clases a un alumnado integrado en su mayoría por «jeunes filles», que se mostraban «atentas y encantadoras». Pero su carrera se vio abruptamente interrumpida cuando un pequeño golpe de mano organizado por académicos rivales le desalojó del cargo. Las diversas apelaciones a las autoridades universitarias para que se le readmitiera fueron ignoradas, e incluso una visita a la Casa Rosada, donde un coronel del personal de Perón prometió reparar el «abuso» cometido contra «un extranjero de tan inigualables cualidades», resultó infructuosa.[315]

Como ya le había ocurrido con frecuencia en su vida, un golpe de suerte salvó a Daye. En un sorpresivo cambio de ministros, su amigo de Madrid, Hipólito Paz, se convirtió en el nuevo ministro de Relaciones Exteriores de Perón, después de que el ministro anterior, Bramuglia, perdiera el favor de Evita. Aunque la política exterior de Paz se basaba en resolver las diferencias entre Perón y Washington originadas durante la guerra, su nombramiento no hizo sino reforzar el anillo protector en torno al criminal de guerra. Daye y Paz intercambiaron cálidos saludos, y la trayectoria universitaria del belga se revitalizó tras una carta de recomendación de Paz que le valió una cátedra de Civilización Francesa en La Plata.[316]

Por entonces Daye había aceptado el hecho de que Buenos Aires se había convertido en su «puerto estable» y de que la condena a muerte que se le había impuesto en Bélgica eliminaba cualquier esperanza de regresar a Europa. Con algo de ayuda de la oficina presidencial de Perón, se dispuso, pues, a convertirse en ciudadano argentino. El asistente presidencial Atilio Ravanetti le guió a través del papeleo, ayudándole a obtener un certificado de buena conducta de la misma Policía Federal que anteriormente le había localizado e identificado de cara a su extradición. Daye envió el certificado a la Casa Rosada el 26 de octubre de 1949, y se reunió con Ravanetti diez días después en el Palacio de Justicia de Buenos Aires, donde se le concedió la ciudadanía en menos de un segundo. «Es realmente el paso de un mundo a otro —escribió Daye acerca de su nueva nacionalidad—. Una transformación que me ha asombrado más que complacerme.»[317]

Si los esfuerzos de rescate de Daye declinaron, sus ambiciones políticas no. A mediados de 1949 participó en la creación de un Centro de Fuerzas Nacionalistas, una iniciativa internacional que incluía a fascistas italianos, rexistas belgas y ustasi croatas. Los planes del Centro se basaban en la expectativa de la tercera guerra mundial, que juzgaba inevitable y necesaria para la aniquilación de sus enemigos declarados, el comunismo y el capitalismo. Se consideraba a cada nación «una realidad biológica y espiritual [...] gobernada por sus propias leyes

espirituales y divinas». Entre los italianos implicados se encontraba el franciscano padre Eusebio, un fanático sacerdote-soldado que había permanecido junto a Mussolini hasta el fin. Los fascistas italianos de Argentina se financiaban con la ayuda de Vittorio Mussolini, el hijo del Duce, quien, parado junto a Hitler en Berlín, había recibido a su padre cuando éste fue rescatado por Skorzeny en 1943. El joven Mussolini escapó a Argentina en 1947 con la ayuda de la Iglesia Católica. Los ustasi estaban representados por nada menos que Ante Pavelic, el Poglavnik de Croacia durante la guerra y quizás el criminal de mayor rango al que Perón dio refugio, que en Argentina se había convertido, incluso a los ojos de Daye, en «un personaje sombrío y atormentado».[318]

Daye se trasladó a un nuevo domicilio, un pequeño piso en el número 4537 de la calle de Guemes, en un melancólico sector del barrio de Palermo, y por primera vez pudo sentir que volvía a tener un hogar. Aunque no era lujoso, el apartamento le permitía reunir «los restos de mi pasado»: cinco cuadros, libros de su biblioteca y la parte de sus archivos que sus parientes lograron sacar clandestinamente de Bélgica para él. Sin embargo, ahora que su luna de miel con Argentina había terminado, Daye estaba deprimido. Echaba de menos su hogar en Bruselas, y se sentía amargado por el hecho de que el estado belga hubiera confiscado todas sus propiedades. Su existencia se había vuelto «monótona». Pasaba gran parte del tiempo carteándose con viejos amigos de Europa, reflexionando sobre los acontecimientos de la guerra. Tratando de dar sentido a su situación, copió cuidadosamente toda aquella correspondencia en sus memorias, que acabarían por ocupar unas 1.700 páginas.[319]

A otros fugitivos las cosas no les iban mucho mejor. El general alemán Krahmer, rescatado desde España por el conde Monti, cuidaba una remota granja en la Pampa; Vittorio Mussolini se había metido en el negocio textil; el conde húngaro Teleki gestionaba la recepción de un hotel de Buenos Aires; el príncipe Gorchakov trabajaba como empleado en una empresa judía de importación y exportación; el ex alcalde de Marsella, Simon Sabiani, que había sido condenado a muerte en Francia, proporcionaba asesoramiento legal en un bar de la calle de Lavalle; un tal Von S..., antiguo as de la Luftwaffe, pilotaba el avión de un ministro del gobierno argentino; y la lista continuaba, incluyendo a otro belga que se dedicaba a suministrar animales salvajes a los circos y zoológicos de Argentina. «Tengo ahí tres avestruces y siete boas – le gritó el fugitivo a Daye un día desde su camión –. Mañana me llega un cargamento con una pantera, tres cebras y una cría de elefante. Y tengo que alimentarlos a todos. ¡Menuda faena!» En el fondo de sus mentes ardía la esperanza de que una nueva guerra mundial («cuando las bombas empiecen a caer de nuevo sobre los países europeos que les echaron») representaría su billete de vuelta a casa. «Esperan impacientes, sin atreverse a expresarlo en voz alta, ese acontecimiento reconstituyente», le susurró Daye a su diario.[320]

Entonces, y como le había sucedido con frecuencia en la vida, las cosas mejoraron milagrosamente. Un día del mes de septiembre de 1950 sonó el teléfono

de Daye. «¿Me conoce?», preguntó la voz que sonaba al otro extremo de la línea. Para su sorpresa, se trataba de Jaspar, el jefe de la legación belga que sólo tres años antes había tratado de extraditarle para que se enfrentara a la condena a muerte en su país. Mientras almorzaban en Amerio, un discreto restaurante italiano, Daye se sorprendió por el «incuestionable placer» que sentía al encontrarse con su viejo colega de la década de 1930. «Que él tomara la iniciativa de renovar nuestra relación y me invitara prueba su independencia de espíritu, su buen corazón, y quizá también su elegancia – escribiría Daye más tarde –. ¡Si algún fotógrafo de la prensa belga nos hubiera visto!» Fue una bocanada de aire fresco poder hablar de nuevo de política belga, recordar a los viejos amigos, intercambiar chismes sobre Perón. La demanda de extradición era un detalle sin importancia: «Le aseguré que yo en su lugar habría hecho lo mismo».[321]

Reanimado, unos días después Daye asistió a una conferencia de su viejo amigo el escritor español Eugenio d'Ors, que estaba de visita en Buenos Aires. De repente Daye volvió a sentirse bien. Según escribió en su diario, Buenos Aires tenía poco que envidiar a Nueva York en cuanto a su vida cultural, Argentina era «joven y rica», y Perón estaba dirigiendo una revolución social sin precedentes. ¿En dónde, si no en la «brillante Buenos Aires», habría tenido la oportunidad de presentar mutuamente a dos fugitivos célebres como el ex primer ministro yugoslavo Milan Stojadinovic y el ex secretario general del Partido Fascista italiano Carlos Scorza?

Este último era ahora director de una influyente revista, *Dinámica Social*, que publicaba extractos en español del nuevo libro de Daye, *El suicidio de la burguesía*, mientras que Stojadinovic («Stoja» para sus amigos) era asesor financiero de la provincia de Buenos Aires. Los fugitivos, un serbio, un italiano y un belga discutían, en español, de la política estadounidense en Corea. Daye estaba entusiasmado, rodeado por «la crême des réfugiés d'Europe!». Los escritores que colaboraban en *Dinámica Social* solían reunirse en una cafetería llamada La Fragata, en la avenida de Corrientes. A menudo se solía ver allí a Stojadinovic acompañado de Vittorio Mussolini. En noviembre de 1950, un cóctel organizado por la revista los reunió a todos –Stojadinovic, Guilbaud, Daye, Scorza, D'Ors– en un homenaje al líder fascista británico sir Oswald Mosley, que acababa de llegar de Londres y se alojaba en el costoso hotel Lancaster. Daye mantuvo una larga conversación con Mosley, «un hombre apuesto, alto, esbelto, distinguido», a quien ya había coincidido anteriormente una vez en Londres, en 1930.[322]

EVA PERÓN

DAYE estaba hipnotizado por Eva Perón, a la que comparaba con santa Teresa de Ávila. Ella le impulsó a componer entusiastas listas de sus cualidades: su corazón ardiente, su firme voluntad; una santa laica que carecía del menor sentido del ridículo, «hermosa, joven, elegante, audaz, fuerte, incansable, cariñosa; y quizás, agonizante». Aunque no conocía a Evita personalmente, había algo en ella

que recordaba a Daye a su propio líder de Christus Rex, Léon Degrelle, «devorado por la pasión, insaciable». Conocedor de los rumores sobre el cáncer fatal de Evita, se preguntaba nerviosamente cómo podría continuar «la aventura sentimental del peronismo» una vez que Evita, «cubierta de perlas y diamantes», hubiera abandonado la escena. Cuando murió, en julio de 1952, Daye quedó impresionado por la devoción que inspiraba su recuerdo en la clase trabajadora. «Sincera hasta la locura, insensible a la duda, dulce con los débiles y dura con los grandes», Daye no dudaba de que Evita había sido «la mujer más extraordinaria que jamás había dado Latinoamérica». Esperaba que con el tiempo el pueblo argentino la haría «proclamar santa, y la Iglesia tendría que llevar a Eva Perón a los altares».[323]

Su muerte sucedió a otras noticias desalentadoras. Anteriormente aquel mismo año de 1952, Jaspas, el diplomático amigo de Daye, en compensación por su anterior intento de extradición, le había ofrecido hacer todo lo posible por influir en el gobierno belga para que le perdonara. En consecuencia, Daye redactó una apelación dirigida al ministro de Justicia belga, Joseph Pholien. No se atrevió a pedir una amnistía plena, sino que, en lugar de ello, solicitaba únicamente un pacto entre caballeros que le permitiera viajar a Europa, fuera de Bélgica, sin el riesgo de una demanda de extradición. También pedía que el dinero de la venta de sus propiedades realizada por los tribunales belgas se acreditara a su nombre. «No tengo sangre belga en las manos ni dinero alemán en los bolsillos», declaraba, lo que resultaba increíble en un hombre que había saludado la invasión de su propio país por parte de los asesinos nazis. En Bruselas, Jaspas abordó el asunto personalmente con Pholien en dos ocasiones, pero el ministro perdió su puesto en un cambio de gabinete ministerial antes de que se pudiera considerar seriamente la apelación de Daye.[324]

En 1953, Daye se aseguró de enviar a Perón una copia de su obra recién publicada *El suicidio de la burguesía* (Perón le agradeció efusivamente el libro en una carta), pero su entusiasmo por el general había empezado a menguar. «Esa Tercera Posición de la que habla Perón: ya existe, es el fascismo, o el nacionalsocialismo, o el rexismo», le dijo a Guilbaud. El asesor financiero de Perón añadió su propia interpretación a la línea de pensamiento de Daye, formulando la teoría de que la guerra de Perón contra la oligarquía argentina, su antagonismo hacia Estados Unidos y su programa de nacionalización de la industria mostraban una vena socialista oculta. Guilbaud era de la opinión de que Perón tal vez representaba una nueva ideología, algo que el francés denominaba «Nacional Comunismo».[325]

EL FIN DE PERÓN

TRAS la muerte de Evita, el desencanto respecto a Perón se consolidó. El ejército y la Iglesia Católica de Argentina en particular estaban cansados de la corrupción generalizada y del culto a la personalidad que favorecía Perón. Había rebautizado ciudades, provincias, calles y estaciones de tren con su nombre y el de su fallecida esposa, y no intervenía cuando sus lacayos se llenaban los bolsillos a

costa de las arcas del estado.

Daye había empezado a escribir una columna para *El Economista*, el prestigioso diario de Buenos Aires que había fundado Stojadinovic junto con un antiguo líder de Falange Española, Cecilio Benítez de Castro, y el periodista argentino Juan Zenón Etchenique, un hombre que solía ordenar misas en memoria de Hitler en Buenos Aires. El 16 de junio de 1955, tras salir de las oficinas de Stojadinovic, cerca de la Casa Rosada, después de entregar su artículo semanal, el belga iba ensimismado pensando en Argentina, «este país donde la calma es sólo aparente, sin paz, sumiso, pero ignorante de la disciplina». Al dirigirse hacia la boca del metro, de repente sus pensamientos se vieron interrumpidos por un sonido que no había oído desde hacía más de una década, un sonido que le dejó «helado» e inmóvil. Fue «una especie de pitido ahogado, el ruido sordo de un tren avanzando a toda velocidad, un estrépito atronador [...]». Sólo tardó unos segundos en darse cuenta de que la Casa Rosada estaba siendo bombardeada por aviones que sobrevolaban la Plaza de Mayo. ¡Había estallado una revolución contra Perón! Como entre sueños, Daye vio enormes nubes de humo negro elevándose sobre la Casa Rosada. «Mi experiencia durante la guerra me había enseñado que sobre todo no hay que dejarse llevar por el pánico —pensaba mientras descendía hacia el metro—. Podía oír el fragor de las bombas mientras caían, cerca o lejos, y cómo los aviones se lanzaban en aterradores picados.» Aquella noche, mientras cenaba con la viuda de Lesca, llegó la noticia de que otro belga afincado en Buenos Aires, Henri Collard-Bovy, había sobrevivido a un ataque a un trolebús en el que habían muerto numerosos pasajeros. Collard-Bovy escapó con sólo leves heridas en la pierna derecha.^[326]

Pero la revuelta fracasó. Perón salvó su vida ocultándose en el sótano, a prueba de bombas, del cercano Comando en Jefe del Ejército. A última hora de la noche todos los cabecillas habían sido arrestados. El coste en vidas humanas había sido elevado: 350 muertos y más de 600 heridos, la mayor parte civiles a los que habían alcanzado las bombas en la zona de la Plaza de Mayo. Enfurecidos, los peronistas se vengaron incendiando las iglesias católicas de la ciudad, incluida la catedral.

Era el principio del fin para Perón. Perdido sin Evita, enzarzado en una debilitadora batalla con la Iglesia Católica, su gobierno había empezado a tambalearse. El propio Perón se había convertido en un personaje patético, un sátiro de casi sesenta años que pasaba cada vez más tiempo con las adolescentes de su UES (Unión de Estudiantes de Secundaria), organizando «carnavales existencialistas» o recorriendo la ciudad de Buenos Aires sobre motocicletas italianas en compañía de las risueñas muchachas. De hecho, el día de la frustrada revolución, mientras los aviones volaban hacia la Casa Rosada, pudo observarlos desde la azotea de la cercana residencia presidencial Nelly Rivas, una estudiante de la UES de dieciséis años de edad a la que Perón había seducido dos años antes, llevándosela a vivir con él e incluso permitiéndole adonarse ocasionalmente con joyas de Evita. Ahora los aviones se lanzaban en picado hacia la propia residencia

presidencial. Rivas contempló paralizada cómo una bomba golpeaba uno de los muros del palacio, donde rebotó sin llegar a explotar. Pero las bombas que siguieron sí explotaron, y Rivas, estupefacta, fue trasladada rápidamente a un lugar seguro.

El respiro de Perón no duró mucho. La última vez que Rivas vio al general fue el 19 de septiembre de 1955, cuando éste hacía las maletas mientras sus asistentes echaban enormes dossiers al ardiente fuego de la chimenea de la residencia presidencial. «¡Pobre Perón, que empezó haciendo tanto bien antes de convertirse en un ridículo dictador!», reflexionaba Daye con su amigo nacionalista argentino Amadeo. Daye culpaba a la muerte de Evita de la caída del general. Perón se había vuelto «loco», arruinado por su lujuria de muchachas jóvenes y la corrupción de su gobierno.

Rivas y las otras muchachas de la UES que habían participado en las fiestas con Perón fueron minuciosamente interrogadas por la dictadura militar que vino a continuación. Su testimonio se transcribió en centenares de páginas de fino papel cebolla y se guardó en los archivos situados en los sótanos de la Cámara de Diputados del Congreso, hasta que fueron desenterrados durante la investigación de este libro, más de cuarenta años después. Los generales y abogados que formularon las preguntas se mostraban desesperadamente ansiosos por escuchar los detalles de las preferencias sexuales de Perón. El hecho de que el general no tuviera hijos, a pesar de haberse casado dos veces, les obsesionaba. ¿Era cierto que Perón era impotente?, ¿que empleaba «otros sucedáneos» para satisfacer a las mujeres? ¿No era cierto también que ocasionalmente practicaba el sexo con hombres? Las jóvenes les daban cien vueltas a sus jadeantes inquisidores medievales. En las transcripciones sus papeles aparecen casi invertidos: los generales y abogados dan la impresión de ser adolescentes boquiabiertos, mientras que las muchachas de la UES no revelan prácticamente nada. Una de las estudiantes hace vagas alusiones a las «prácticas antinaturales» de Perón, pero Rivas afirmó únicamente que ella practicaba el sexo con Perón una vez cada quince días, negándose a dar más detalles sobre sus preferencias.

«¿Y usted se conformaba con una vez cada quince días?»

«Eso es cosa mía», objetó la muchacha.

No, Perón no utilizaba métodos anticonceptivos; simplemente «no consumaba el acto», explicó Rivas.[\[327\]](#)

“DOLOR DEL EXILIO»

MUCHOS de los criminales de guerra y colaboracionistas nazis que habían gozado de la protección de Perón huyeron de Argentina tras su caída. Daye, por su parte, tuvo suerte una vez más. El primer gobierno militar que siguió a Perón fue un régimen fuertemente nacionalista y católico, y Amadeo se convirtió en su ministro de Relaciones Exteriores. Otro conocido de Daye, Juan Carlos Goyeneche, fue nombrado secretario de Cultura y Prensa de la nueva Casa Rosada. El ascenso

de aquellos viejos amigos supuso un breve aliento de vida para la antigua red. Radu Ghenea, que ahora trabajaba en la Volkswagen de Perú, escribió a Goyeneche pidiéndole que él y Amadeo intercedieran en el caso de un fugitivo ex miembro de la Guardia de Hierro que estaba pasándolo mal.[328]

Sin embargo, el sueño duró poco. Debido en parte al estigma nazi-peronista asociado a Amadeo y Goyeneche, un golpe de mano interno en las propias filas gubernamentales derribó a los nacionalistas y se estableció un nuevo gobierno militar, decidido a borrar todo vestigio de la existencia de Perón. Desencantado de la revolución antiperonista en mucho menos tiempo del que había tardado en perder la fe en el propio Perón, Daye se hundió en una profunda depresión. «El dolor del exilio es amargo –le escribió a su abogado en Bruselas en 1956–. Amo a Bélgica, la tierra de mis antepasados durante siglos, la tierra de mi infancia, de mis años de formación, de mi vida.» La esperanza de regresar a algún otro país europeo le acosaba continuamente: Suecia, Suiza, España... e incluso consideró la posibilidad de entregarse para ser encarcelado en Bélgica. «Algunos creen que ha llegado el momento de una aclaración definitiva –le escribió a otro amigo–. ¡Diez años después de mi condena a muerte, y tras nueve años en Sudamérica, creo que tengo ese derecho!» Pero la evidente dificultad de lograr la clase de tribuna a la que Daye consideraba que tenía derecho finalmente le disuadió de emprender aquel retorno voluntario. Incluso sus parientes en Bruselas le señalaron la imposibilidad –ahora que se sabía ya toda la verdad acerca de los campos de concentración nazis– de alguna vez poder justificar ante la opinión pública belga su deseo de una victoria alemana al inicio de la guerra.[329]

14 - EL COMITÉ ESLOVACO



Ferdinand Durcansky

FERDINAND Durcansky, un destacado miembro del régimen asesino de monseñor Jozef Tiso, que gobernó Eslovaquia durante la guerra, asistió a la sesión inaugural de la organización de rescate de nazis SARE en 1948. Su presencia demuestra los vínculos de dicha sociedad con el Vaticano, la Iglesia Católica argentina y belga, el servicio secreto de Perón e incluso la inteligencia británica. Como veremos, Durcansky se hallaba estrechamente relacionado con dichas organizaciones, y sin ellas no habría podido sobrevivir a la guerra sano y salvo.

A finales de la década de 1930, Durcansky había estado en el centro de la conspiración nazi que fragmentó Checoslovaquia en sus partes integrantes. Durante una reunión con Hermann Göring en el invierno de 1938-1939, le prometió lealtad al Führer a cambio del apoyo de Hitler a una Eslovaquia independiente, y garantizó que el «problema judío se resolverá como en Alemania». Pero las negociaciones de Durcansky con los nazis levantaron las sospechas de Praga, que envió tropas a Bratislava y el 10 de marzo de 1939 derrocó el régimen de Tiso. Durcansky escapó a Viena, y de allí a Berlín. Desde la capital alemana pidió a la colaboracionista Guardia de Hlinka que se alzara contra Praga. Se introdujeron armas a través de la frontera de Austria, y se distribuyeron entre la minoría alemana, que pasó a ocupar diversos edificios gubernamentales en Bratislava.

El 13 de marzo Tiso viajó a Berlín, donde él y Durcansky celebraron reuniones nocturnas con Hitler y Ribbentrop. Los líderes nazis pedían que Eslovaquia se desligara de Praga, y les entregaron una declaración de independencia ya redactada en lengua eslovaca. Al día siguiente, de regreso en Bratislava, Tiso leyó la declaración al gobierno eslovaco, preparando el camino a la invasión hitleriana del estado checo, el 15 de marzo.[\[330\]](#)

Eslovaquia no fue ocupada por las tropas de Hitler hasta 1944, pero monseñor Tiso se convirtió en un gobernante títere nazi. Su régimen católico cumplió la promesa de Durcansky de poner en práctica la «Solución Final», inicialmente promulgando leyes antisemitas que a la larga obligarían a los judíos a lucir estrellas amarillas. En 1940 llegó a Bratislava un representante de Eichmann,

el capitán de las SS Dieter Wisliceny, en calidad de asesor sobre asuntos judíos. En octubre de 1942, unos 58.000 de los 90.000 judíos eslovacos habían sido deportados a campos de concentración nazis, y al final de la guerra sólo 15.000 quedaban vivos. Como ministro del Interior y de Asuntos Exteriores, Durcansky desempeñó un papel vital en su exterminio. Y también fue responsable de un decreto por el que se autorizaba el establecimiento de «campos de protección», que en realidad eran campos de exterminio, dentro de la propia Eslovaquia.[331]

PROTEGIDO POR EL VATICANO

EN 1945 JUNTO con su hermano Jan Durcansky, que había participado en las matanzas masivas realizadas por la Guardia de Hlinka tras la anexión alemana en 1944, Durcansky logró escapar a la zona de Austria ocupada por los franceses, acompañado de otros destacados miembros del régimen de Tiso. Un intento de extraditarle fracasó cuando ambos hermanos huyeron a Roma. Allí («perseguidos por espías comunistas», como declararía posteriormente Jan Durcansky), adoptaron los alias de Mandor Wilcsek y Giovanni Dubravcsa.[332]

El nuevo gobierno checoslovaco buscó la aprobación de Gran Bretaña para la extradición de Durcansky desde Italia. Londres vaciló, temiendo que «ello pudiera estar vinculado a una futura demanda de extradición del Comité Nacional Checo», tal como afirmaba el Foreign Office en un memorando interno, en febrero de 1946. El War Office (Departamento de la Guerra) se mostró menos entusiasta todavía, declarando en mayo –aunque parezca increíble– que «por lo que nosotros sabemos, Durcansky no es un criminal de guerra». Washington, por su parte, había accedido de inmediato a la demanda de extradición de Durcansky desde el sector de Alemania ocupado por los estadounidenses, donde se creía que había permanecido oculto durante el mes de mayo.[333]

Aunque el Departamento de Estado norteamericano apoyaba con entusiasmo una rápida detención de Durcansky por parte de la Comisión Aliada en Italia, el 14 de junio el Foreign Office británico rechazó oficialmente la petición de Praga, argumentando que no era un criminal de guerra. En su nota a la embajada checoslovaca en Londres, el Foreign Office ponía el asunto, literalmente, en manos de Dios, afirmando que Durcansky se había refugiado «en la Ciudad del Vaticano», y Londres sugería irónicamente que «es posible que el gobierno checoslovaco se sienta dispuesto a plantear la cuestión de su extradición ante las autoridades de la Santa Sede».[334]

Pero Durcansky era un criminal de guerra por los cuatro costados, y el 18 de septiembre de 1946 la Comisión de Crímenes de Guerra de la ONU, en Londres, lo incluyó en su lista «A» de busca y captura. Se le acusaba de «asesinato y matanzas, terrorismo sistemático, tortura de civiles, provocación deliberada de hambre entre los civiles, internamiento de civiles en condiciones inhumanas, trabajos forzados de civiles en relación con las operaciones militares del enemigo, confiscación de propiedades y arresto masivo indiscriminado», todo ello vinculado a «graves

crímenes cometidos contra los judíos».[335]

Durcansky, ahora establecido en Roma bajo la protección del Vaticano, se propuso tramar la restauración de un régimen católico totalitario en Eslovaquia. Este proyecto anticomunista contaba con el respaldo de la inteligencia británica y la Santa Sede (en un complicado juego que a la larga saldría al revés de lo esperado y provocaría la sustitución del gobierno democrático checoslovaco de la posguerra por un gobierno comunista). Durcansky y el sacerdote franciscano Rudolf Dilong, un estrecho colaborador de monseñor Tiso que había huido a través de Austria con Durcansky, crearon el Comité de Acción Eslovaca, en Roma. A finales de 1946, Durcansky desapareció momentáneamente de la escena. Parece ser que viajó a España, donde se ocultaba otro eslovaco protegido por el Vaticano, el ex embajador en la Santa Sede, Karol Sidor.[336]

En 1947 la prensa afirmaba que Durcansky estaba en contacto con el movimiento clandestino de su país y realizaba transmisiones de radio diarias a Eslovaquia desde Italia. Praga le acusaba también de enviar agentes a Checoslovaquia para asesinar a funcionarios del gobierno. En junio se distribuyeron panfletos afirmando que pronto tomaría el poder un nuevo gobierno, con Durcansky como primer ministro. Cuando la conspiración se vino abajo, en septiembre, se señaló a Durcansky como su «principal instigador», y aparecieron documentos mostrando que gran cantidad de políticos eslovacos formaban parte de su trama. La purga que ello desencadenó y el consecuente desastre político abrieron el camino al régimen comunista en Checoslovaquia. Años después se sabría que durante aquel fiasco Durcansky había formado parte de Intermarium, un grupo anticomunista controlado por los británicos y dirigido por Kim Philby, el célebre agente del servicio secreto británico que en realidad resultaría ser un agente doble al servicio de los soviéticos.[337]

HUIDA A ARGENTINA

MIENTRAS tanto, Checoslovaquia había condenado a muerte a Durcansky tras un juicio celebrado in absentia. Ya fuera porque la sentencia le afectó, ya fuera por distanciarse de la conspiración eslovaca, el caso es que abandonó Europa con la primera oleada de fugas masivas de antiguos funcionarios de Tiso, que hasta principios de la década de 1950 seguían llegando a Argentina. Los hermanos Durcansky salieron de Génova, junto con el padre Dilong, en el transatlántico *Maria C.* Viajaban en tercera clase con sus alias de Wilcsek y Dubravscá, y atracaron en el puerto de Buenos Aires el 11 de agosto de 1947. (Su barco estaba abarrotado de croatas sospechosos, y al menos dos de ellos pronto ocuparían sendos puestos en la cadena de rescate fuera de Europa.) Parece ser que los papeles de viaje de los hermanos Durcansky no estaban en orden, y las autoridades argentinas les retuvieron a bordo durante dos días antes de dejarles desembarcar. También se retuvo a Stefan Polakovic, secretario general del Comité de Acción Eslovaca, que había atravesado el Atlántico junto a Durcansky con el alias de

Giuseppe Horvath.[338]

Los eslovacos se establecieron con rapidez, entrando en contacto con la red de agentes nazis de Perón. Jan Durcansky, cuyo historial de crímenes de guerra era todavía casi más horripilante que el de su hermano, se convirtió en funcionario del departamento de Certificaciones de Migraciones. Él guiaba a los recién llegados a través de los trámites burocráticos para obtener documentos de identidad, ayudándoles a cambiar de nuevo sus alias por sus verdaderos nombres y a adquirir la nacionalidad argentina.[339]

Ferdinand Durcansky se incorporó a la policía secreta de Perón, y en diciembre ya había probado su valía con un informe sobre las actividades procomunistas de la embajada checoslovaca en Buenos Aires. Sus ocho páginas, sumamente detalladas, incluían la «revelación» de que el embajador era un judío converso. La policía secreta de Perón, virulentamente anticomunista y en general antisemita, tomó en serio a Durcansky y entregó su informe al Ministerio de Relaciones Exteriores y a la inteligencia militar de Argentina, junto con una relación de las actividades de los criminales de guerra en Buenos Aires. Los agentes de Perón eran conscientes de la clasificación de Durcansky como criminal de guerra por parte de la ONU, y señalaron que Durcansky temía que Argentina pudiera ceder a las demandas de extradición contra él. Sólo el reverendo Dilong, que había viajado junto a Durcansky y que vivía bajo la protección de los franciscanos en la iglesia de los Mercedarios de Buenos Aires, sabía exactamente dónde se ocultaba. Durcansky enviaba sus informes a la policía secreta de Perón a través de Federico Müller-Ludwig, director del diario pronazi en alemán *Freie Presse*. [340]

PROTEGIDO POR LOS BRITÁNICOS

AUNQUE estos antiguos funcionarios eslovacos se encontraban ahora muy lejos de su patria, su lucha por el desmembramiento de Checoslovaquia continuaba. Su Comité de Acción Eslovaca reavivó la causa el 12 de enero de 1948, cuando Durcansky y Polakovic escribieron a sus compatriotas pidiéndoles que se alzaran contra Praga, ya que de lo contrario se les consideraría «agentes del comunismo internacional al servicio del propósito de dominio mundial de Moscú». Aquello perturbó comprensiblemente a las autoridades checoslovacas, y en marzo se renovó el llamamiento ante la Comisión de Crímenes de Guerra de la ONU para que se detuviera a Durcansky. Durante la segunda ronda de los juicios «de Wilhelmstrasse», en Nuremberg, habían aflorado nuevas pruebas que mostraban que Durcansky había estado a sueldo del servicio secreto de Himmler al menos desde noviembre de 1938, y aquello se había añadido a las acusaciones que ya pesaban contra él. «¿No es un hecho grave que un hombre que ha sido incluido en las listas de criminales de guerra —no por su actividad política contra el nuevo régimen, sino por crímenes cometidos durante la ocupación alemana—, y que, como han mostrado los estadounidenses, estuvo a sueldo de las SS y del SD, se

halle ahora en libertad, haciéndose pasar en el extranjero por un líder político cuando en realidad está conspirando contra mi país?», alegaba el representante checoslovaco.[341]

Aquel tono emotivo se empleaba para ganarse el apoyo de Londres en una nueva demanda de extradición. «El gobierno checoslovaco le ha pedido al gobierno argentino que averigüe el paradero de Durcansky para detenerle y extraditarle», escribió la embajada checoslovaca en Londres al Foreign Office británico. Para que la extradición tuviera éxito era «esencial» que Checoslovaquia consiguiera «la ayuda de una de las Grandes Potencias Occidentales». De forma embarazosa para Londres, el voto unánime de la Comisión de Crímenes de Guerra de la ONU de incluir a Durcansky en su lista «A» se había tomado durante una sesión presidida por el representante británico, sir Robert Craigie. El gobierno checoslovaco quería que Gran Bretaña informara a Argentina de que «también había votado» por su inclusión. Pero la conexión de Durcansky con la inteligencia británica hacía difícil cumplir el deseo de Praga. Finalmente, el 5 de julio de 1948, el titular del Foreign Office, informó al embajador checoslovaco de que Gran Bretaña no «intervendría directamente ante el gobierno argentino» en favor de la extradición de Durcansky.[342]

Washington, en cambio, tenía un concepto extremadamente desfavorable de la operación de rescate de nazis de Durcansky en Buenos Aires. Mientras Londres protegía al criminal de guerra, la CIA se dedicaba a recopilar un grueso dossier sobre las actividades de un hombre al que consideraba «culpable del espantoso calvario de los judíos eslovacos». El expediente estadounidense contenía la terrible confirmación de que la «emigración populista eslovaca» que había promovido Durcansky había sido «respaldada por el Vaticano», y de que los medios financieros necesarios habían sido suministrados por «dignatarios de la Iglesia, especialmente en Bélgica y Argentina».[343]

La referencia de la CIA al apoyo de las autoridades eclesiásticas de Argentina y Bélgica se ve confirmada por el hecho de que la sede central de la SARE era propiedad del arzobispado de Buenos Aires. Con semejante apoyo, Durcansky resultaba de hecho intocable. En 1948 su Comité de Acción Eslovaca empezó a presentar una serie de solicitudes de “Permisos de Desembarco” en Migraciones. Como resultado, una oleada de fascistas católicos seguidores de Tiso emprendieron rumbo a Argentina, donde formaron la mayor comunidad eslovaca de Sudamérica, cuyo número de integrantes llegó a ser de unos 30.000 durante el gobierno de Perón.[344]

En 1949 tanto Ferdinand Durcansky como su hermano Jan se sintieron lo bastante confiados en su nuevo ambiente como para abandonar sus alias y recuperar sus verdaderos nombres. A finales de 1950 el protector británico de Ferdinand, Kim Philby, le sacó de Argentina y le instaló en Canadá. En 1952 regresó a Buenos Aires para adquirir la ciudadanía argentina, un paso que también daría su hermano. Finalmente se estableció en Canadá, donde se convirtió en una figura reverenciada entre la comunidad fascista eslovaca, trabajando para el

Bloque de Naciones Antibolchevique —dominado por los católicos—, y pronunciando ocasionalmente conferencias de cariz antisemita. Su hermano Jan siguió viviendo en Argentina hasta 1960, año en que un intento de extraditarle por las matanzas masivas en las que había participado durante el año 1944 fue rechazado por Buenos Aires. Liberado un mes después de su detención, Jan Durcansky partió rápidamente hacia Estados Unidos.[\[345\]](#)

15 - LA FUGA DE LOS USTASI



Ante Pavelic (DNM)

SI LOS nazis alemanes con su ideología atea y sus modernas cámaras de gas industrializaron el genocidio, el régimen de la Ustasa que gobernó Croacia durante la guerra estuvo dirigido por hombres profundamente católicos que emplearon métodos medievales para llevar a cabo su programa de exterminio. Fusilamientos, palizas y decapitaciones masivas fueron los métodos mediante los que trataron de realizar su objetivo de un estado racialmente puro y cien por cien católico. Al final de la guerra unas 700.000 personas habían perecido en los campos de exterminio de la Ustasa en Jasenovac y otros lugares. La furia del régimen se dirigió principalmente contra la población serbia ortodoxa, pero el balance de víctimas incluyó también a judíos y gitanos.

La creación del reino de Yugoslavia después de la primera guerra mundial había unido a croatas, serbios y eslovenos bajo el gobierno del rey Alejandro. El movimiento de la Ustasa se resistió a aquella integración y se convirtió en el abanderado de la causa croata, dirigido por el acérrimo nacionalista Ante Pavelic. En 1934, los terroristas de la Ustasa mataron al rey Alejandro, uno de los numerosos actos sanguinarios cometidos en nombre de un estado croata independiente, en una lucha que contaba con el respaldo de la Italia fascista y la Alemania nazi.

Durante la Segunda Guerra Mundial las potencias del Eje se repartieron Yugoslavia, y Pavelic se convirtió en el Poglavnik (el equivalente al Führer) de una Croacia independiente. Los aliados denunciaron el desmembramiento de Yugoslavia y se negaron a reconocer el régimen de Pavelic. Pero éste obtuvo carta blanca para llevar a cabo sus políticas criminales durante una reunión con Hitler celebrada en junio de 1941. Hitler perfiló una serie de medidas raciales, planes que calificó de «momentáneamente dolorosos», pero preferibles a un «sufrimiento permanente». Si Croacia había de ser fuerte –dijo Hitler–, «durante cincuenta años se debe practicar una política nacionalmente intolerante, ya que una excesiva tolerancia en tales cuestiones sólo puede hacer daño».[346]

Pavelic se había anticipado a los deseos de Hitler, y en los primeros días que siguieron a la declaración de independencia croata, el 10 de abril de 1941, Zagreb

aprobó una serie de leyes raciales que incluían la «arianización» de las propiedades judías. En Croacia no sólo se obligó a los judíos a llevar un brazalete con la estrella de David y la letra «Z» (zidov: «judío»), sino que también se ordenó a los serbios llevar brazaletes azules con la letra «P» (pravoslavni: «ortodoxo»).

Se establecieron campos de concentración a lo largo de Croacia y Bosnia, con el sistema de campos de Jasenovac como principal centro de exterminio. La política racial del régimen se declaró en los términos más simples y directos el 22 de julio de 1941: «Para el resto, serbios, judíos y gitanos, tenemos tres millones de balas. Mataremos a una tercera parte de todos los serbios. Deportaremos a otra tercera parte, y al resto lo obligaremos a convertirse en católicos romanos», declaró Mile Budak, ministro de Educación de Pavelic, en un discurso al que se dio amplia publicidad.

Puede que el Vaticano no condenara las raciales políticas criminales de los nazis, pero ciertamente tampoco las apoyó; la Iglesia Católica romana de Croacia, en cambio, se convirtió en ferviente partidaria de los crímenes de Pavelic. En mayo de 1941, el órgano de opinión de la Iglesia *Hrvatska Straza* dio una calurosa bienvenida a las leyes raciales, que consideraba necesarias para «la protección de nuestro honor y nuestra sangre». Algunos obispos se mostraron igualmente solidarios. «Hay límites al amor», declaró el arzobispo de Sarajevo, Ivan Saric, elogiando las nuevas leyes y afirmando que sería «estúpido e indigno de los discípulos de Cristo pensar que la lucha contra el mal se podría librar de una manera noble y con guante blanco». El principal teórico racial del régimen croata, Ivo Guberina, era un sacerdote católico romano que combinaba los conceptos de «purificación» religiosa e «higiene racial» con un llamamiento a que Croacia se «limpiara de elementos extraños».[347]

A diferencia de sus maestros nazis, los croatas llevaron a cabo su Holocausto a plena luz del día. El periódico *Katolicki Tjednik* declaraba el 31 de agosto de 1941: «Ahora Dios ha decidido usar otros medios. Erigirá misiones, misiones europeas, misiones mundiales. Éstas serán defendidas no por sacerdotes, sino por comandantes militares, dirigidos por Hitler. Los sermones se oirán con la ayuda de cañones, tanques y bombarderos. El lenguaje de esos sermones será internacional».

En realidad, sin embargo, las autoridades nazis en Croacia estaban horrorizadas ante el alcance y la naturaleza de la matanza. En agosto de 1941, la oficina del general Edmund Glaise von Horstenau, el representante del ejército alemán en Croacia, informaba a Berlín de que 200.000 serbios habían «sido víctimas de los instintos animales desatados por los líderes de la Ustasa».[348]

El 17 de febrero de 1942 Himmler recibió un informe detallado de las «atrocidades cometidas por unidades de la Ustasa en Croacia contra la población ortodoxa». Sus agentes informaban a Himmler de que los ustasi cometían aquellos actos «de una manera bestial, no sólo contra los hombres en edad militar, sino especialmente contra los ancianos, mujeres y niños indefensos. El número de ortodoxos que los croatas han asesinado y torturado sádicamente hasta la muerte

es de unos 300.000».[349]

El ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joachim Von Ribbentrop, recibió un informe similar donde se afirmaba que «la persecución de los serbios no ha cesado, e incluso las estimaciones más prudentes indican que al menos varios cientos de miles de personas han sido asesinadas. Los elementos irresponsables han cometido atrocidades tales como las que cabe esperar sólo de una rabiosa horda bolchevique».[350]

Alemania pidió que los verdugos más brutales de la Ustasa fueran apartados de sus cargos. Hay evidencias que sugieren que la crisis política que esto desencadenó entre los ustasi mediada la guerra condujo a la primera ruta de escape de Croacia a Argentina. Un informe de la inteligencia estadounidense del 25 de noviembre de 1943 mostraba cómo se estaban estableciendo vínculos entre la dictadura militar de Perón y Pavelic. «Se ha informado de que el gobierno de Pavelic ha comprado sesenta pasaportes argentinos con fines de evacuación — afirmaba del documento—. Se han transferido fondos a Argentina. Se dice que diversos funcionarios de segunda categoría irán a Eslovaquia.»[351]

Aquel temprano suministro de pasaportes a Pavelic no constituía una transacción inusual. En aquella época Perón estaba haciendo pleno uso de su pacto secreto con la inteligencia nazi para derribar el gobierno de la vecina Bolivia. A cambio de colaborar en este golpe, Mario Amadeo proporcionaba al servicio de espionaje nazi pasaportes argentinos en blanco. La adquisición simultánea de pasaportes argentinos por parte de Pavelic y los espías nazis en Argentina ciertamente demuestra lo difundida que se hallaba aquella práctica ya mucho antes de que la guerra hubiera terminado.[352]

DRAGANOVIC

YA HEMOS visto que el sacerdote croata Krunoslav Draganovic se convirtió en el traficante de nazis de mayor éxito del Vaticano después de la guerra. La inteligencia estadounidense consideraba a Draganovic un alter ego de Pavelic, y él mismo era coronel de la Ustasa y criminal de guerra. Hasta 1943 había sido una figura destacada en el Ministerio de Colonización Interna de Pavelic, el organismo encargado de confiscar las propiedades serbias en Bosnia y Herzegovina, y había participado en el «traslado» de serbios y judíos. Sus servicios de tráfico ilegal de nazis después de la guerra fueron empleados incluso por las fuerzas ocupantes aliadas en Italia, que ignoraron alegremente la demanda de extradición contra él presentada por el gobierno de la Yugoslavia reunificada en 1947.[353]

Draganovic había sido enviado a Roma en agosto de 1943, durante el tenso período entre la expulsión de Mussolini y la ocupación alemana de la ciudad. Antes de abandonar Croacia, había estado implicado en la disputa sobre Eugen «Dido» Kvaternik, el jefe de la oficina de Orden y Seguridad de Pavelic, que era quien estaba a cargo de la persecución de los serbios, judíos y gitanos. A Kvaternik se le consideraba un asesino patológico incluso en comparación con los estándares

de la Ustasa, y Himmler, oponiéndose a su idea de matar a dos millones de serbios, forzó su exilio fuera de Croacia. «Dido» y su padre, Slavko Kvaternik, la mano derecha de Pavelic, obedecieron y esperaron al final de la guerra en el estado títere nazi de Eslovaquia. Para cuando se exilió, el joven Kvaternik había empezado a dudar de que los alemanes pudieran ganar la guerra, pero le agradaba saber que, independientemente de cuál fuera el resultado, «ya no habrá serbios en Croacia».

Draganovic se alineó con los alemanes, acusando a Kvaternik de ser un «loco y un lunático», y, por añadidura, de tener una madre judía, a pesar de haber mostrado una «extraordinaria crueldad en su trato hacia los judíos». Tras la disputa de 1943, Draganovic fue «ascendido» a Roma. Su llegada a la ciudad coincidió con la compra de Pavelic de pasaportes argentinos a Perón. En Roma, Draganovic actuó como representante extraoficial de Pavelic, y cuando los nazis entraron en la ciudad se le confiaron los archivos de la legación croata, que ocultó en el Vaticano. En lo que constituía una nota aún más siniestra considerando su probable origen, el prelado se convirtió también en guardián de diversos objetos de valor sacados clandestinamente de Croacia por los ustasi en fuga.

Draganovic contaba con el patrocinio del arzobispo de Croacia, Aloysius Stepinac, y aparentemente había llegado a representar a la Cruz Roja croata y a negociar con las autoridades italianas y alemanas la liberación de unos 10.000 internados en campos de prisioneros italianos. Pero esta ayuda era una pantalla, y en sí misma resultaba extremadamente sospechosa. Muchas de las personas a las que «rescató» jamás regresaron a Croacia, sino que fueron capturadas por los alemanes en Trieste y obligadas a realizar trabajos forzados. La verdadera tarea de Draganovic consistía en emplear sus buenas relaciones en el Vaticano para tratar de lograr un acuerdo con las potencias occidentales que evitara que Croacia cayera bajo el control soviético. En enero de 1944, mientras Roma seguía todavía bajo la ocupación alemana, estableció contacto con el representante británico en el Vaticano y envió un memorando al Foreign Office británico proponiendo «la formación de una confederación danubiana integrada por Austria, Eslovenia, Croacia, Checoslovaquia y parte de Hungría». Al igual que los jefes de la inteligencia nazi que en 1943 actuaron a través del argentino Juan Carlos Goyeneche, los croatas deseaban sembrar la discordia entre los aliados con el fin de lograr una paz separada con Occidente contra los soviéticos. Draganovic no fracasó por completo en este cometido: inspiró el secreto reclutamiento por la inteligencia británica de criminales de guerra croatas en calidad de «luchadores por la libertad» anticomunistas después de la guerra.

Los esfuerzos de los funcionarios de Pavelic buscando el apoyo de Occidente para evitar una ocupación soviética de Croacia no resultaban infrecuentes en aquella época. En 1944, el teniente coronel Ivan Babic viajó a Bari, en Italia, con la misión secreta de tratar de convencer a los británicos de que desembarcaran en la costa de Dalmacia y bloquearan el avance del Ejército Rojo. Babic había intentado ya una negociación similar con los estadounidenses en 1943. Al igual que otras personas que participaron en similares intentos infructuosos,

después de la guerra encontraría refugio en Argentina.

En 1944 el régimen títere nazi de Croacia se desmoronaba. Pavelic se veía amenazado desde el exterior por el avance de las tropas soviéticas y desde el interior por los partisanos comunistas de Josip Broz «Tito». Sabiendo cuál sería su probable destino tras la derrota de Hitler, los líderes de la Ustasa empezaron a planear en secreto la evacuación masiva de su gobierno con el tesoro que habían reunido expoliando a sus víctimas.

Tras interrogar a Draganovic cinco veces tras la liberación aliada de Roma, pero todavía cuando Pavelic ostentaba el poder en Croacia, la inteligencia estadounidense llegó a la conclusión de que la verdadera misión del prelado era «intentar asegurar políticamente al partido de la Ustasa». Sin embargo, y a diferencia de los británicos, que parecieron responder más favorablemente a sus insinuaciones, a los estadounidenses no les gustaba Draganovic, al menos inicialmente. Por lo que se refería a Estados Unidos, al afirmar que era ciudadano croata el sacerdote estaba afirmando que «pertenece a una nación no reconocida por las potencias aliadas, y de hecho en guerra con ellas».

Como admitió ante los estadounidenses, que le habían clasificado como colaboracionista nazi, Draganovic había establecido contacto con los alemanes mientras trabajaba para la Cruz Roja en Serbia, en 1941, y de nuevo en Italia, en 1943 y 1944. Éste constituía un terreno delicado en un momento en que la guerra llegaba a su fin. Resulta comprensible, pues, que el sacerdote no mencionara otro contacto más íntimo: su hermano menor, Kresimir Draganovic, era miembro de la embajada croata en Berlín. El diplomático desapareció después de la guerra, aparentemente en la zona británica de Alemania. Algún tiempo después, como muchos de los fugitivos de su hermano, Kresimir Draganovic obtendría un pasaporte de la Cruz Roja y escaparía a Argentina.^[354]

EL ESCAPE DE PAVELIC

JUSTO antes del colapso alemán y después de que los aliados hubieran reconocido el gobierno de Tito, acosado por los soviéticos por el este y los británicos por el oeste, en mayo de 1945 Pavelic huyó a Austria. Junto con casi todos los líderes de la Ustasa, el Poglavnik se sumergía ahora en una oleada de gente que huía del avance comunista. Para Pavelic, antaño poderoso gobernante de una nación cristiana fascista, se avistaban días sombríos en el horizonte. Pero los ustasi habían empezado a prepararse para lo inevitable con mucha antelación. Desde principios de 1944 habían estado colocando grandes cantidades de oro y dinero en efectivo en diversas cuentas bancarias en Suiza. Según una estimación, los croatas lograron ocultar 2.400 kilogramos de oro y otros valores en Berna antes del final de la guerra. Hasta ahora se han confirmado dos de tales transferencias: en mayo de 1944 se transfirieron 358 kilogramos de oro a la Banca Nacional Suiza, y en agosto del mismo año otros 980 kilogramos (aparentemente esta última cantidad se había expoliado al Banco Central del Reino de Yugoslavia en 1941, y se

había ocultado fuera de Croacia). Los croatas habían confiado en guardar aquellos dos enormes depósitos de oro bajo la custodia nazi, un plan que fracasó cuando la Banca Nacional Suiza se negó a transferir el oro a Alemania en octubre, y volvió a negarse a transferirlo de nuevo a Zagreb en diciembre.[355]

Mientras se realizaban aquellas transferencias, Pavelic empezó a negociar un exilio protegido para sí mismo y su familia con Himmler. Se dispone de evidencias de ello en documentos capturados al servicio de inteligencia de Himmler y actualmente conservados en los Archivos Nacionales de Estados Unidos. El 5 de diciembre de 1944 Konstantin Kammerhofer, representante personal de Himmler y el comandante militar alemán superior de Croacia, informaba a Berlín de que la Ausweichmassnahmen (término nazi para referirse a los «métodos alternativos» de retirada, o, de manera más realista, a una franca «huida») estaba en marcha. La esposa de Pavelic, una de sus hijas y otros parientes estaban abandonando Croacia para dirigirse a Semmering, en Austria, en el plazo de seis días. El considerado Kammerhofer pidió y obtuvo permiso para recibir a «Frau Pavelitsch» con un ramo de flores en nombre de Himmler. Eso no evitó que Pavelic se dejara llevar por las bravatas en un cable que envió a Himmler el último día del año: «Excelencia, para el Nuevo Año, Croacia y yo le deseamos lo mejor. Los soldados de Croacia permanecerán al lado y bajo el liderazgo del Gran Reich Alemán sin vacilar, fielmente hasta la victoria final».[356]

EL ORO USTASA

PERO la victoria estaba lejos de la mente de Pavelic cuando éste corría hacia Austria cuatro meses después. Para financiar su huida, a primeros de mayo de 1945 las reservas de oro que quedaban del tesoro croata, consistentes en 45 cajas de oro cuyo valor no se conoce, fueron divididas en dos partes. La porción más pequeña, 13 cajas, se había de enviar al extranjero con Pavelic. Las cajas restantes se llevaron al monasterio franciscano de Zagreb. Además de lingotes de oro, se decía que contenían anillos de boda, joyas, monedas de oro y dientes de oro extraídos a las víctimas de Pavelic. Al principio los monjes las ocultaron detrás de un muro especialmente construido en una cripta funeraria situada bajo el altar de la iglesia, y más tarde en un agujero excavado bajo el confesionario para sordos en el mismo monasterio. Allí seguiría el grotesco tesoro, protegido por la Iglesia Católica, hasta 1946, cuando el régimen de Tito recuperó las cajas.[357]

Es posible que una parte del oro se trasladara directamente desde Zagreb al Vaticano. En los últimos días de la guerra, los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Ustasa se confiaron al arzobispo Stepinac, que los guardó en la bodega de su palacio en Zagreb. Dichos archivos consistían en ocho cajas selladas, que luego fueron enviadas a Draganovic en San Girolamo, en Roma. Según al menos una versión contenían también oro arrebatado a las víctimas de los ustasi.[358]

Poco se sabe acerca de la ruta de escape exacta de Pavelic desde Croacia.

Parece ser que huyó con un grupo de hasta 1.500 aterrorizados ustasi desde Zagreb, a través de la ciudad eslovena de Maribor, hacia Austria, presumiblemente albergando sentimientos optimistas con relación a su probable acogida por parte de las autoridades británicas y católicas de dicho país. En la época anterior a la guerra la inteligencia británica había mantenido vínculos con la organización terrorista de Pavelic incluso después de que esta asesinara al rey Alejandro. El papa Pío XII había mostrado especial deferencia hacia el Poglavnik, recibéndole en una audiencia privada en 1941 cuando las atrocidades de su régimen estaban ya en marcha. Incluso después de la guerra Pavelic siguió disfrutando de cierta buena disposición en ambos círculos, pero ésta nunca pasaría de ser una secreta simpatía, y además tendría un precio. A la larga Pavelic se vería forzado a abandonar Europa rumbo a Argentina si quería evitar la extradición a Yugoslavia.[359]

Tras fracasar en el intento de poner su oro bajo custodia en Berlín, y conoedor de las dificultades que le aguardaban, el Poglavnik se llevó a Austria una importante porción del tesoro público croata, integrado, al menos en parte, por los bienes expoliados a sus víctimas. El botín de Pavelic consistía en oro (las estimaciones sobre la cantidad varían entre 350 y 500 kilogramos), un gran número de diamantes y una considerable cantidad de divisas, todo ello transportado en dos camiones a Austria. Una vez a salvo al otro lado de la frontera, parece ser que el grupo de croatas entregaron una parte del oro a los británicos, «y con ello se salvaron», según señala sucintamente un documento de la inteligencia estadounidense.[360]

El acceso a los documentos británicos relativos a la fuga de Pavelic sigue estando prohibido a los investigadores, pero hasta donde los estadounidenses pudieron averiguar el Poglavnik «estuvo protegido por los británicos en cuarteles custodiados y requisados por éstos durante un período de dos semanas. Debido a la inseguridad de su posición y debido a la inevitable situación embarazosa del Mando Británico, después abandonó dichos cuarteles, aunque permaneció en la Zona de Ocupación Británica durante al menos dos o tres meses más, todavía en contacto con los británicos».[361]

Durante los meses siguientes y en los años posteriores, Pavelic utilizaría el oro robado para obtener favores de los británicos, mantener su organización en Italia, financiar la guerrilla anticomunista y las actividades terroristas de sus Krizari (o «Cruzados») en Yugoslavia, y sostener a sus partidarios en Argentina. Las intrigas que rodearon el transporte del tesoro a Roma y, finalmente, a Buenos Aires, y las pérdidas que éste sufrió durante el trayecto, las conocieron únicamente un puñado de ustasi de alto rango que huyeron con Pavelic. En 1951, los desacuerdos respecto a su distribución habían creado bulliciosas reyertas entre aquellos fugitivos «luchadores por la libertad» anticomunistas en Buenos Aires, especialmente entre Pavelic y el que fuera su ministro de Asuntos Exteriores durante la guerra, Stjepan Peric. Los ecos de dichas disputas llegaron hasta la CIA en Washington, y esta información, contenida en documentos desclasificados por dicho organismo, complementada con otros informes de inteligencia y con el

trabajo reciente de algunos investigadores independientes, nos proporciona una idea del destino último del tesoro de la Ustasa.

En su camino a Austria, el oro de Pavelic sufrió varios «repartos» y «extracciones», e incluso un robo a mano armada. Pero todavía quedaban 350 kilogramos de oro y 1.100 quilates de diamantes, junto con otros valores tales como divisas, cuando el botín fue «enterrado en las proximidades de una aldea austríaca», según un informe de la inteligencia estadounidense. Otro informe afirmaba que se había «ocultado en un muro cerca de Salzburgo», y aún otro, que se había escondido cerca de Wolfsberg. En esta fase la tarea de su custodia se confió a un pequeño grupo de personas integrado por el ex ministro de Economía de la Ustasa, Lovro Susic; el general Ante Moskov, hombre de confianza de Pavelic, y Bozidar Kavran, líder de la red de los Krizari. De los tres, sólo Susic llegaría a Argentina. Se hizo un inventario, del que se entregaron copias también a dos guardianes de menor rango, Franc Saric y un ustasa llamado Musa.[362]

A comienzos del verano de 1945, Draganovic estaba de viaje por el norte de Italia y la frontera entre Austria y Yugoslavia. Allí se reunió con Susic, quien le pidió que a su regreso se llevara a Roma 40 kilogramos de oro en lingotes, ocultos en dos cajas de embalaje. Draganovic accedió, y Susic lo nombró miembro de un comité de tres encargado de controlar esta porción del tesoro. El oro lo compartiría con dos criminales de guerra de la Ustasa, el ex ministro de Agricultura, Stjepan Hefer, y el general Vilko Pecnikar, el yerno «clerical, antihebreo, antiserbio, proaustríaco» de Pavelic, un general de la gendarmería de la Ustasa que había trabajado en estrecha colaboración con la Gestapo. Durante los dos años siguientes, Draganovic ocultó a Hefer y a Pecnikar en Roma. Este último hizo uso del tesoro robado para las actividades terroristas anti-Tito. Asimismo, publicó un periódico croata que atacaba a los aliados y prometía el pronto regreso de Pavelic a Zagreb. A la larga, y con la ayuda de Draganovic, Hefer y Pecnikar se las arreglarían para ir a Argentina.[363]

Parece ser que una parte del botín de la Ustasa fue presa de la codicia de determinados croatas y de ciertos oficiales británicos. Siguiendo órdenes de Pavelic, Moskov y Saric desenterraron la parte principal del tesoro enterrado en Austria. Para ello contaron con la ayuda de Ante Cudina (uno de los organizadores del asesinato del rey Alejandro), el capitán de la Ustasa Marko Cavic, el coronel de la Ustasa Mara Pavelic, y un antiguo espía nazi croata llamado Tomljenovic. Paralelamente los británicos separaron una porción de oro de los 350 kilogramos que quedaban, y se la confiaron a Moskov para que la transportara a Italia. Por el camino, el 27 de abril de 1947, Moskov fue entregado a Yugoslavia para ser juzgado por crímenes de guerra. El destino de este botín sigue siendo un misterio: «Nadie puede pedir cuentas a Saric de ese oro, ya que éste puede justificarse afirmando que los británicos se apropiaron de la cantidad completa», declaraban los croatas que supieron los hechos de primera mano en Buenos Aires.[364]

Una parte del rompecabezas la completarían los agentes estadounidenses en Europa que habían realizado sus propias investigaciones sobre el tesoro. Un

informe de alto secreto, realizado en 1947 por el Destacamento de Roma del Cuerpo de Contraespionaje del Ejército de Estados Unidos, afirmaba que «al teniente coronel británico Johnson se le puso a cargo de dos camiones cargados con las supuestas propiedades de la Iglesia Católica en la Zona Británica de Austria. Esos dos camiones, custodiados por varios sacerdotes y por el oficial británico, entraron luego en Italia y se dirigieron hacia un destino desconocido».[365]

Otro documento avala la afirmación de que una parte del botín de Pavelic desapareció en manos de las autoridades británicas. Se trata de un informe de octubre de 1946, encargado por el SSU (un servicio de espionaje del Departamento de Guerra estadounidense), dirigido al Tesoro de Estados Unidos y elaborado por Emerson Bigelow, un experto en proporcionar fondos para las operaciones tanto abiertas como encubiertas de la inteligencia norteamericana durante la guerra. Según Bigelow, Pavelic se había llevado un total de 350 millones de francos suizos de Croacia, mayoritariamente en forma de monedas de oro. «De los fondos obtenidos del antiguo Estado Croata Independiente, donde se expolió a judíos y a serbios para sostener a la organización de la Ustasa en el exilio, se calcula que 150 millones de francos suizos fueron incautados por las autoridades británicas en la frontera austro-suiza —escribió Bigelow—. El resto de aproximadamente 200 millones de francos suizos se custodiaba originariamente en el Vaticano. Según un rumor, una parte considerable de esta última cantidad se ha enviado a España y a Argentina a través del «canal» del Vaticano, pero es bastante posible que esto sea meramente una cortina de humo para encubrir el hecho de que el tesoro siga estando en su lugar de depósito original.»[366]

En algún momento del año 1948, los ustasi fugitivos lograron hacerse con un botín secreto que habían escondido en cuentas bancarias en Suiza. La delicada operación se le confió al obispo esloveno Gregory Rozman, notorio antisemita y criminal de guerra. A pesar de que existían bien fundadas razones para la extradición de Rozman tras su huida a Austria al final de la guerra, Yugoslavia fue incapaz de vencer la resistencia combinada del Vaticano, Gran Bretaña y Estados Unidos, que se mostraron poco dispuestos a entregar a tan alto dignatario de la Iglesia a los comunistas. En compañía de otro criminal de guerra, el obispo de Acción Católica Ivan Saric, Rozman viajó «de incógnito» a Berna. Allí los ustasi obtenían enormes dividendos de la situación económica de la posguerra, convirtiendo el oro robado en dólares a la desorbitada tasa de cambio del mercado negro, contabilizando los fondos que empleaban para «ayudar a los refugiados de la religión católica» según el deprimido tipo de cambio oficial, y embolsándose la diferencia. Como descubrió la inteligencia estadounidense en marzo de 1948, «Rozman va a Berna a hacerse cargo de esas finanzas. El dinero se halla en un banco suizo, y él planea hacer enviar la mayor parte de él a través de Italia, y, de allí, a los ustasi de Argentina».[367]

PARA los ustasi en fuga, todos los caminos llevaban a San Girolamo, un monasterio croata situado en el número 132 de la Via Tomacelli, en las afueras de la Ciudad del Vaticano. Como descubrió la inteligencia estadounidense, «muchos de los principales criminales de guerra y colaboracionistas ustasi» vivían en el monasterio, que estaba «plagado de celdas de agentes de la Ustasa». Protegidos por la Iglesia Católica, aquellos croatas se consideraban un gobierno en el exilio. Incluso sus agencias de espionaje seguían operativas. «Toda esta actividad parece originarse en el Vaticano, a través del monasterio de San Girolamo, hacia Fermo, el principal campo croata en Italia», informaba la inteligencia estadounidense a principios de 1947.

Se creía que la operación estaba dirigida por Draganovic, al que se consideraba el rostro público de Ante Pavelic, cuyo paradero seguía siendo un secreto celosamente guardado. «Su tarea consiste en coordinar y dirigir la actividad de la Ustasa en Italia —concluía la inteligencia estadounidense—. Él les proporciona ayuda moral y material, y, en particular, puede enviar a América a todos los que colaboraron con los alemanes.» El apoyo de Draganovic a los ustasi se derivaba de «la convicción profundamente arraigada de que las ideas adoptadas por esta organización archinacionalista, medio lógicas, medio lunáticas, constituyen básicamente conceptos válidos».

Muchos de los ex ministros croatas ocultos en San Girolamo habían escapado del campo de prisioneros de Afragola. Ahora se desplazaban varias veces a la semana entre el Vaticano y el monasterio en un coche con chófer que ostentaba matrícula diplomática. «Surge del Vaticano y descarga a sus pasajeros dentro del monasterio», declaraba la inteligencia estadounidense.

El acceso a San Girolamo se hallaba estrechamente controlado. Guardias de la Ustasa comprobaban los documentos de identidad de todos los visitantes, a los que cacheaban y sometían a exhaustivos interrogatorios, incluyendo preguntas acerca de cómo habían sabido que había croatas viviendo en el monasterio. «Todas las puertas entre las diversas salas están cerradas con llave, y las que no lo están tienen un guardia armado delante y se requiere una contraseña para pasar de una sala a otra —descubrió la inteligencia estadounidense—. Toda el área está custodiada por jóvenes de la Ustasa armados y vestidos de civiles, y continuamente se intercambia el saludo de la Ustasa.»

Los norteamericanos lograron infiltrar a un agente en el monasterio, que elaboró una lista de los diez criminales de guerra más prominentes alojados allí. El agente, que se hacía pasar por croata, confirmó que efectivamente los criminales de guerra se desplazaban constantemente entre San Girolamo y el Vaticano. Incluso escuchó una conversación telefónica entre Draganovic y el ex ministro de Economía croata Lovro Susic, que llamaba desde el Vaticano.

«El patrocinio de Draganovic de esos colaboracionistas croatas le vincula definitivamente con el plan del Vaticano de proteger a esos nacionalistas ex miembros de la Ustasa hasta el momento en que puedan conseguir los documentos adecuados que les permitan ir a Sudamérica —escribía el oficial de la inteligencia

que mandaba la operación de San Girolamo —. El Vaticano, sin duda contando con los fuertes sentimientos anticomunistas de aquellos hombres, está esforzándose por infiltrarles en Sudamérica de cualquier forma posible para contrarrestar la difusión de la doctrina roja.» No mucho después de que se elaborara este informe de 1947, al menos seis de los diez criminales croatas descubiertos en el monasterio se embarcaban en Génova con rumbo a Argentina.[368]

El escape a Argentina organizado desde San Girolamo contaba con un poderoso aliado, el cardenal primado argentino y arzobispo de Buenos Aires, Santiago Copello, quien fuera nombrado cardenal titular de la iglesia San Girolamo en Roma en diciembre de 1935, cuando fuera ungido cardenal por el Papa Pío XI. Un aliado del primer peronismo, para las elecciones presidenciales en febrero 1946 Copello instruyó a los fieles católicos en Argentina votar en contra de los partidos que promovieran la separación de la Iglesia y el estado, que estuvieran en contra de la enseñanza religiosa obligatoria en los colegios que había impuesto la dictadura del GOU y que estuvieran a favor del divorcio. En pocas palabras, ordenó a los fieles católicos argentinos votar a favor de Perón y en contra de la Unión Democrática, la oposición civil al candidato militar. Copello mantuvo su función de titular de San Girolamo hasta 1959, facilitando enormemente la tarea de Draganovic de enviar criminales croatas y nazis a la Argentina después de finalizada la guerra.

EXPEDIENTE 72513/46

LOS PRIMEROS croatas que llegaron a Buenos Aires fueron el sacerdote Peter Ciklic y su hermano Ljubomir, el 6 de abril de 1946. Viajando con pasaportes de la Cruz Roja, los hermanos Ciklic salieron de París para abordar un barco en España. A su llegada se dirigieron al despacho del arzobispo Copello de Buenos Aires, donde ya se les esperaba. Según la inteligencia estadounidense, en 1946 Draganovic arregló la partida de unos 50 criminales de la Ustasa a través de la península Ibérica. Pero a finales de ese año la ruta española había sido en su mayor parte abandonada. El 27 de diciembre de 1946 Draganovic envió a su primer gran contingente directamente de Génova a Argentina en el transatlántico italiano *Andrea Gritti*. Durante los años siguientes prácticamente todos los integrantes del antiguo gobierno croata serían transportados por Draganovic a Argentina.[369]

«Es ayudado en su actividad por sus numerosos contactos con las embajadas y legaciones de Sudamérica en Italia y con la Cruz Roja Internacional», afirmaba la inteligencia estadounidense, añadiendo que Draganovic contaba también con «la aprobación de la Pontificia Comisión para la Asistencia a los Refugiados».[370]

En Buenos Aires, la puerta de entrada para los criminales croatas enviados por Draganovic fue abierta por Perón y Copello, Iglesia y estado actuando conjuntamente en una misión que se haría extensiva a los criminales nazis alemanes. El 13 de octubre de 1946, un notorio criminal de la Ustasa, el padre

franciscano Vladimir Bilobrk, escribe una carta al presidente Perón solicitando “el permiso de entrada para treinta mil croatas que se hallan actualmente en Austria e Italia.” Son todos “católicos y anticomunistas” cuyas “vidas se hallan en peligro” y que pueden “contribuir inmensamente al engrandecimiento de la nueva patria argentina.”

La carta, recibida por Copello, es girada a Perón con un sello de cuño seco del arzobispado de Buenos Aires en el anverso. A mano alzada se agrega “recomendamos este asunto”. La recomendación es además firmada, “Santiago, cardenal Copello”. Perón de inmediato gira la carta a Migraciones, el 28 de octubre, y el 30 de octubre se abre el Expediente 72513/46, iniciado por “Presidencia de la Nación” bajo la carátula “Padres croatas solicitan el ingreso al país de 30.000 croatas”. El director de Migraciones, el archiconocido antisemita Santiago Peralta, de inmediato recibe en su despacho al sangriento Bilobrk, fugado apenas un par de meses antes a Buenos Aires desde España en un barco que traía asimismo refugiados judíos al país.

A través de esta reunión, Draganovic obtuvo un «Permiso de Desembarco» en blanco del gobierno de Perón para 250 croatas. Bilobrk asiste en compañía del padre franciscano Blas Stefanic, de la basílica de Bari, en Buenos Aires, que había llegado a la ciudad en 1935. Trabajando junto con otros tres franciscanos, Stefanic pronto se convirtió en activo militante anticomunista y en pilar de la comunidad croata en Argentina. La reunión deja poca duda de que eran los franciscanos quienes gestionaban la ruta de escape. Por regla general, los ustasi en fuga señalaban la comunidad franciscana croata de la ciudad de José Ingenieros, donde se instaló Bilobrk, como su futuro lugar de residencia cuando rellenaban sus solicitudes de visado en el consulado argentino en Roma. El peor entre los franciscanos, Bilobrk durante la guerra instaba a los croatas a utilizar picos, azadas y guadañas para matar serbios. A su llegada al país, Bilobrk se limitó a escribir el nombre de Stefanic como su referencia local.

El expediente iniciado por Perón bajo la recomendación de Copello se movía con una celeridad asombrosa. El 4 de noviembre Bilobrk presentó su primer lista de 250 candidatos, todos elevados miembros del régimen de los Ustasa, entre ellos al menos 15 conocidos criminales de guerra. Estos incluían a Ivo Heinrich, asesor financiero de Pavelic, y Eugene Kvaternik, un asesino tan brutal que Himmler mismo lo hizo desplazar del régimen títere croata. Por si cabía duda de que la ruta de los croatas era empleada también por los nazis, la primer lista de Draganovic incluía a Ivan Pavic, el alias tras el cual se escondía Friedrich Rauch, el oficial SS que bajo las órdenes de Hitler escondió las reservas del Reichsbank en Baviera al final de la guerra. Bajo su alias croata, Rauch recibe una visa del cónsul argentino en Roma Faustino Jorge Urrutia el 30 de septiembre de 1947. Ese mismo día, además de Rauch, 92 croatas reciben visas de Urrutia, entre ellos su compañero en la primera lista de Draganovic, el asesino Kvaternik.

El expediente croata se extiende por 423 folios, incluyendo subexpedientes dentro del principal igualmente iniciados por “Presidencia de la Nación”. Una

cuenta de todos los nombres en las consecutivas listas que se presentan, giradas desde San Girolamo, da un total de 7.250 personas, más sus familias en algunos casos. Los padres franciscanos aseguran a Perón que la inmigración propuesta configura “el elemento que necesita la Argentina y que va a contribuir inmensamente en el engrandecimiento y prosperidad moral y material de su nueva patria.”

La comunicación era a veces directa. El expediente incluye una extensa carta de seis páginas de Draganovic a Perón, “Supremo Representante soberano del libre y cristiano pueblo argentino”. En ella, Draganovic declara al pueblo croata como defensor de la última frontera “católica y europea” contra “la dinastía de los otomanos, lucha simil a aquella que el generoso pueblo español condujo contra el agresor arabe”. A cambio de los miles de permisos de entrada que pide para los valientes “anticomunistas” que corren peligro de ser llevados a juicio por Yugoslavia, Draganovic promete a Perón que el pueblo croata “elevatorá en los propios corazones y en la capital de su patria el monumento de su eterna gratitud”.[\[371\]](#)

El “Expediente Croata” facilitó la entrada de un número indeterminado de criminales a la Argentina. Rasrtrear las responsabilidades de cada una de las 7.2500 personas en sus listados es un trabajo que claramente excede a las capacidades de este libro. Basado principalmente en los pedidos de extradición y captura cursados por el gobierno de Yugoslavia, al menos 98 criminales croatas llegaron a la Argentina, aunque el número real ha de ser varias veces mayor. De ellos, 16 han sido identificados positivamente como arribando a través del Expediente 72513/46: «Dinko» Bilanovic Sakic, el único extraditado a Croacia, Josip Berkovic, Ivan Bukovac, Ivan Celan, Daniel Crljen, Ciril Cudina, Ante Elez, Mirko Eterovic, Ivo Heinrich, el doctor Ivan Korsky, el asesino en masa Eugen Kvaternik, Radovan Latkovic, el doctor Franjo Nevestic, el doctor Vinko Nolic, Juan Percevic y el alemán miembro de las SS Friedrich Joseph Rauch.[\[372\]](#)

LA RUTA CROATA

CUANDO el primer grupo de croatas de Draganovic desembarcó del *Andrea Gritti* el 25 de enero de 1947, lo hizo gracias al grueso dossier de color marrón, el Expediente de Inmigración 72513/46, que Bilobrk y Stefanic habían cursado bajos los auspicios de Perón y Copello. Este documento se ampliaría varias veces para admitir por sí solo a miles de croatas, aunque no todos ellos criminales de guerra, hasta finales de la década. Según una estimación bien fundamentada, en el período de la posguerra se establecieron en Argentina un total de unos 5.000 croatas, 2.000 de los cuales viajaron desde Hamburgo, 2.000 desde Munich, y 1.000 desde Roma. Otras estimaciones sitúan el total en una cifra comprendida entre los 10.000 y los 35.000.[\[373\]](#)

Draganovic no perdió el tiempo a la hora de enviar a los principales líderes de la Ustasa a un lugar seguro al otro lado del Atlántico. Entre los primeros en

partir de Génova en enero de 1947 se hallaban tres importantes criminales de guerra que habían estado ocultos bajo su protección en Roma: Mile Starcevic, Stjepan Hefer y el doctor Vjekoslav Vrancic. Starcevic había sido ministro de Educación de Pavelic. Hefer, su ministro de Agricultura, había entrado ilegalmente los 40 kilogramos de oro en Roma junto con Draganovic en 1945. Antes de su muerte en España, en 1959, Pavelic nombró a Hefer su sucesor político.

Quizás el peor de los tres era Vrancic, que había sido condecorado por Hitler. En calidad de subsecretario del Ministerio del Interior de la Ustasa, supervisó los campos de concentración y el represivo aparato policial de Pavelic. En 1945 había viajado a Italia para intentar entregarse a los británicos, en compañía del capitán de marina Andro Vrkljan, otro croata que acabaría en Argentina. Ambos hombres fueron arrestados, pero Vrancic escapó a la custodia británica y se escondió bajo el ala de Draganovic. En Argentina sería nombrado vicepresidente del «gobierno en el exilio» de Pavelic, y participaría en las actividades terroristas de diversos grupos ultranacionalistas argentinos. Eso no impidió que se le concediera una cátedra en la Universidad de Buenos Aires.[374]

Con los “Permisos de Desembarco” en blanco proporcionados por el expediente, resultó bastante fácil para Draganovic falsear la identidad de sus fugitivos. Una vez en marcha, el sistema resultaba de lo más sencillo y se entrelazaba con otras rutas de escape de Perón. Draganovic recibía peticiones de sus agentes en Hamburgo, Munich y Roma. Luego cablegrafiaba las listas de nombres verdaderos y alias a Cáritas Croata de Buenos Aires, que actuaba como embajada extraoficial del movimiento de la Ustasa en despachos proporcionados por la Iglesia Católica argentina. Correspondía al director de Cáritas Croata, Marko Sinovcic, llevar esas listas a Migraciones, donde se aprobaban automáticamente sin hacer preguntas. Luego Draganovic utilizaba los “Permisos de Desembarco” así obtenidos en Buenos Aires como prueba de identidad para conseguir pasaportes expedidos a nombres falsos en las oficinas de la Cruz Roja en Roma y Génova.[375]

El propio Sinovcic había sido uno de los primeros en beneficiarse de este mecanismo. Inmediatamente después de su llegada asumió el control de la parte bonaerense de la red, como recordaría en una entrevista realizada para este libro cincuenta años después. La historia de su huida era parecida a la de muchos otros croatas. Tras haber trabajado como funcionario de propaganda en el consulado croata en Fiume, al acabar la guerra Sinovcic escapó a Austria. Cayó en manos de los soviéticos, pero los británicos lo liberaron y le ocultaron en un convento de Florencia. También contó con la ayuda de uno de los más estrechos colaboradores de Draganovic, el padre franciscano Dominic Mandic, que le pagó el billete a Argentina. Sinovcic llegó a Buenos Aires el 11 de agosto de 1947, a bordo del *Maria C*. Los más notorios de sus compañeros de viaje eran los hermanos Jan y Ferdinand Durcansky, los genocidas eslovacos que pronto gestionarían su propia red de escape.[376]

A la larga Sinovcic sería reemplazado en su papel de enlace entre Draganovic y Migraciones por el ex embajador de Pavelic en Berlín, Branko

Benzon. En Argentina, Benzon se unió al Partido Peronista y se convirtió en el virtual líder de la comunidad de fugitivos croatas. Junto con su estrecho colaborador Ciril Cudina, un antiguo comandante de la Ustasa que también se convertiría en un asiduo concurrente de Migraciones, Benzon recibía invariablemente a los recién llegados en el puerto de Buenos Aires.[377]

También solía estar esperando en el muelle Andro Vrkljan, el comandante de la flota del Mar Negro que había huido a Italia junto con Vrancic al final de la guerra para tratar de negociar con los británicos. La Seguridad Militar británica había arrestado a los dos supuestos emisarios de paz cuando éstos llegaron a Forlì en un Mercedes-Benz. Durante un tiempo permanecieron en campos británicos mientras Yugoslavia trataba sin éxito de lograr su extradición. Vrancic fue entregado rápidamente, pero no a Tito, sino a manos de Draganovic. Menos afortunado, Vrkljan, que dominaba bien el inglés, recorrió varios campos de prisioneros y unidades de trabajo británicos donde se requerían sus facultades como traductor. La amenaza de extradición de Yugoslavia asomaba de nuevo cada vez que se mencionaba su nombre en Radio Belgrado. En mayo de 1947 se hallaba entre los diversos prisioneros croatas cuya liberación pedía Draganovic. En una airada carta, el prelado se quejaba a las autoridades aliadas de que «no se están respetando los derechos democráticos [de Vrkljan]». Parece ser que el llamamiento del prelado funcionó, ya que Vrkljan no tardaría en encontrarse junto a Benzon y Cudina esperando nuevas llegadas de croatas en el puerto de Buenos Aires.[378]

Perón encontró empleo para los croatas en sus ambiciosos proyectos de construcción. Muchos de ellos fueron a la «Ciudad Evita» (una nueva ciudad diseñada de modo que el mapa de sus calles se asemejara al perfil del rostro de la primera dama), o colaboraron en la construcción del nuevo aeropuerto internacional de Buenos Aires. Correspondía a Benzon encaminar a los recién llegados hacia dichos lugares. En ocasiones el ministro de Obras Públicas, Juan Pistarini —el mismo oficial militar que, como ya hemos visto, no podía evitar hacer el saludo nazi durante sus visitas a Berlín en el período prebélico—, acudía al puerto personalmente y distribuía a los croatas recién llegados en autobuses que les llevaban directamente a los diversos proyectos de construcción.[379]

IVO ROJNICA

UN BUEN ejemplo de cómo prosperaron los croatas sospechosos en Argentina es el caso de Ivo Rojnica, comandante de Dubrovnik durante la guerra y un hombre cuya larga y accidentada trayectoria constituye prácticamente una lección sobre cómo evadirse de la justicia. Tras la ocupación alemana de Croacia, Rojnica había firmado las primeras leyes racistas en Dubrovnik; además, y bajo el alias de «Ante», era estrecho colaborador de la Gestapo. Según ciertas versiones, Rojnica guardaba algunos de los objetos de valor saqueados a las víctimas de los ustasi en «un enorme almacén». Dichos objetos constituirían más tarde la base de su riqueza. Tras la guerra escapó a Trieste, donde se ocultó bajo el nombre de Ivan

Rajcinovic. Ello no evitó su arresto por parte de las autoridades británicas cuando fue reconocido por la viuda de una víctima judía que supuestamente Rojnica había evacuado al campo de concentración de Jasenovac. Las nuevas autoridades comunistas de Yugoslavia enviaron a Londres un detallado expediente de los crímenes de Rojnica. Pero era demasiado tarde, puesto que para cuando llegaron dichos informes, Rojnica ya había escapado. Con la ayuda de la Santa Sede y del gobierno argentino, llegó a Argentina el 2 de abril de 1947, viajando como polizón en el *Maria C.*[380]

Durante el gobierno peronista, Rojnica obtuvo la nacionalidad argentina bajo su alias de Rajcinovic y se convirtió en un magnate de la industria textil. En la década de 1970 se sospechó que había financiado diversos secuestros de aviones realizados por terroristas croatas en Estados Unidos y en Europa. Una visita que hizo a Nueva Zelanda en compañía de Vrancic, en 1977, estuvo a punto de terminar en desastre para ambos. Yugoslavia pidió su captura, y sólo el hecho de invocar su ciudadanía argentina y de obtener la ayuda de la embajada de dicho país logró que pudieran volver a Buenos Aires.[381]

Por increíble que parezca, en 1991, y tras el colapso del régimen comunista en Yugoslavia, el presidente argentino Carlos Menem aceptó el nombramiento de Rojnica como embajador de la nueva Croacia independiente. Quien le había ofrecido el puesto a Rojnica había sido el presidente croata Franjo Tudjman, autor de un libro que rechazaba la estimación de 700.000 muertos en el Holocausto croata, calificándola de «mítica», mientras que situaba la «verdadera» cifra en 60.000. Al año siguiente estalló un escándalo cuando el Centro Wiesenthal solicitó a Argentina el arresto tanto de Rojnica como de Vrancic, revelando públicamente su historial durante la guerra. Dicha solicitud fue ignorada a pesar de que la noticia halló amplio eco en la prensa internacional, incluyendo un editorial del *New York Times* de noviembre de 1993. En Zagreb, mientras tanto, la prensa publicó una orden firmada en 1941 por Rojnica prohibiendo a todos los judíos y serbios salir a la calle entre las siete de la tarde y las siete de la mañana, lo que constituyó el primer paso en el camino hacia los campos de exterminio. Según se afirmaba, al ponerse en contacto con Rojnica en Argentina, éste había dicho: «Todo lo que hice en 1941 volvería a hacerlo».

Acosado por todas partes, Rojnica siguió a cargo de la representación diplomática croata actuando en la sombra y traspasando personalmente el cargo a su sucesor en enero de 1994. Una renovada petición de arresto del Centro Wiesenthal, en 1998, fue ignorada tanto por Argentina como por Croacia. En Argentina, diversos informes de prensa sugirieron que las contribuciones del acaudalado ustasa a la campaña electoral de Menem explicaban su «inmunidad diplomática».[382]

DINKO SAKIC

SÓLO un criminal de la Ustasa acabaría siendo extraditado por Argentina.

En las décadas de 1940 y 1950 el gobierno de Perón ignoró las repetidas peticiones de arresto de Pavelic y sus colaboradores, pero el clamor internacional desatado por una entrevista realizada por la televisión argentina al antiguo comandante de Jasenovac, Dinko Sakic, hizo que una nueva negativa resultara impensable. Sakic se había dejado enredar por el periodista Jorge Camarasa, que había llamado a la puerta del hogar del ex ustasa, entonces de setenta y seis años de edad, en la tranquila población costera de veraneo de Santa Teresita. «Jasenovac era un campo de trabajo y los judíos tenían su propia administración», declaró Sakic ante las cámaras. Apenas un año después, en octubre de 1999, un tribunal de Zagreb condenaba al asesino de la Ustasa a veinte años de cárcel por crímenes contra la humanidad.

Sakic tenía sólo veinticuatro años cuando heredó el mando de Jasenovac de su cuñado, Vjekoslav Luburic, en los últimos días de la guerra. Luburic, según se dice un loco sediento de sangre, había perdido el control. En diciembre de 1944 empezó a interceptar los trenes alemanes y las columnas de abastecimiento que atravesaban el área de Jasenovac, llevándose por la fuerza y fusilando a los soldados serbios anticomunistas que luchaban junto a los nazis. La reacción de Berlín fue enérgica. El ministro de Asuntos Exteriores nazi, Ribbentrop, informó a Pavelic de que aquella afrenta a las tropas alemanas exigía el arresto y el castigo ejemplar de los responsables.[383]

Luburic escapó a Argentina, y durante los últimos meses de la guerra Sakic dirigió Jasenovac. Luego él y su esposa escaparon a Austria. Finalmente, en 1946, cruzaron la frontera de Italia, acabando en el campo de prisioneros de Fermo. A mediados de 1947, sin embargo, el criminal «Dido» Kvaternik, también prisionero en Fermo y secretario del comandante británico del campo, advirtió a Sakic de que su nombre aparecía con un círculo rojo en una lista de criminales de guerra en busca y captura. Entonces Sakic huyó a Roma. Allí se puso en contacto con el padre Josip Bujanovic, «Popa Jolu», un asesino de la Ustasa estrechamente vinculado a Pavelic, que ocultó a Sakic en varios monasterios fuera de la Ciudad Eterna. Fue el padre franciscano Mandic quien finalmente logró que el encargado de las finanzas de Pavelic, Ivo Heinrich, que estaba ya en Argentina, pagara el billete de Sakic a dicho país. Tras unas difíciles negociaciones con Draganovic, que sentía aversión por Sakic debido a su asociación con el incontrolable Luburic, Sakic fue incluido en el Expediente 72513/46, y en diciembre de 1947 embarcó en el transatlántico *Tucumán* que partía de Génova. Su primera parada al llegar a Argentina fue la casa de Heinrich, situada en la calle de Ugarteche de Buenos Aires, donde recibió una cálida acogida y 150 pesos en efectivo.[384]

PAVELIC EN ROMA

EL PARADERO de Pavelic durante los primeros dieciocho meses después de la guerra sigue siendo un misterio. Londres acogía invariablemente las peticiones para su extradición de la Zona Británica de Austria, donde Tito

sospechaba que se ocultaba, con desconcierto. Tito, airado, insistía en que Pavelic había sido hecho prisionero por las tropas del mariscal de campo británico Alexander; en que vivía disfrazado de monje en un monasterio de Klagenfurt; en que Yugoslavia incluso había dado a los británicos el nombre de la calle en la que Pavelic vivía «en total libertad». El Foreign Office se encogía de hombros y enviaba cartas engañosas a los estadounidenses y a los soviéticos, preguntándoles si habían visto al Poglavnik. La prensa de Tito insistía en que Occidente podía encontrar a Pavelic si quería, pero que éste estaba siendo protegido por una cruzada anticomunista contra Yugoslavia.[385]

Pavelic permaneció en Austria durante todo un año, trasladándose a Roma en abril de 1946 en compañía del teniente de la Ustasa Dragutin Dosen, un «importante líder» de San Girolamo y oficial superior de la guardia personal del Poglavnik. Los dos hombres fueron disfrazados de sacerdotes católicos. Se refugiaron en el Collegio Pio Pontificio, situado en el número 3 de la Via Gioacchino Belli, en el distrito romano de Prati, a pocos pasos de los muros del Vaticano, dirección que puede haber correspondido al Pontificio Colegio Latinoamericano. Según un informe de la inteligencia estadounidense, éste era «el único colegio de Roma que disfruta de extraterritorialidad completa, y al que sólo se puede entrar presentando las credenciales adecuadas. Presumiblemente se necesita el sello papal, pues se dice que éste es el único colegio de Roma que se halla directamente bajo la administración del Papa».[386]

Los estadounidenses empezaron a formarse una perturbadora imagen de la complicidad del Vaticano. En mayo de 1946, Pavelic se ocultaba «cerca de Roma, en un edificio que se halla bajo la jurisdicción del Vaticano». Se trataba de Castelgandolfo, donde se encontraba la residencia de verano del Papa, donde se había alojado a Pavelic junto con un ex ministro del gobierno rumano nazi. Los norteamericanos descubrieron también que Pavelic celebraba «frecuentes reuniones con monseñor Montini», el futuro papa Pablo VI.[387]

El 9 de noviembre de 1946 Londres informó a Washington de que cinco criminales de guerra croatas en busca y captura habían hallado refugio dentro de los muros del Vaticano, en el Instituto Oriental de Roma, el organismo papal especializado en los asuntos de la Europa del Este. «Causaría una impresión sumamente desfavorable que las autoridades británicas decidieran arrestar a esos hombres en propiedad vaticana sin dar noticia previamente a las autoridades del Vaticano», decía Londres. Los estadounidenses añadieron cínicamente que, en lo que se refería a Pavelic, «el gobierno yugoslavo debería solicitarlo al Vaticano, ante el que cuentan con una representación acreditada».

Parece ser que a finales de ese año Pavelic se había trasladado a San Girolamo, y según los rumores estaba a punto de embarcar en el *Andrea Gritti* en Génova, el 27 de diciembre, con el primer grupo de croatas que partieron hacia Argentina al amparo de Draganovic. Pero en enero de 1947 los agentes estadounidenses descubrieron que todavía seguía en Roma, y que se había trasladado de nuevo, esta vez al monasterio dominicano de Santa Sabina, «en el

complejo amurallado extraterritorial situado en la orilla izquierda del Tíber, en Lungo Tevere Aventino, Roma».[388]

Los norteamericanos empezaban a acercarse a Pavelic. Tomaron la medida obvia de localizar a su esposa. Averiguaron también quién cobraba el alquiler de una casa que Pavelic poseía en Florencia, y examinaron los expedientes de sus dos hijas en la escuela de la Annunciata, en la misma ciudad. Trataron de entrevistar a los empleados domésticos de la familia de Pavelic. Pero la dificultad intrínseca de localizar al Poglavnik se hizo evidente en abril de 1947, cuando los agentes supieron que «cada vez que los «funcionarios aliados» estaban a punto de capturar a los Pavelic, éstos eran trasladados a otra parte por el personal aliado que los ocultaba, y que en cada ocasión era recompensado por los Pavelic con joyas y dinero».[389]

Parece ser que entre marzo y junio Pavelic estuvo desplazándose continuamente entre el colegio vaticano de la Via Gioacchino Belli y diversos pisos. Ahora disponía de un pasaporte español a nombre de un tal padre Gómez, «un ministro religioso español», y planeaba partir en breve hacia España, en un viaje «organizado por unos jesuitas del Vaticano». Mientras tanto se decía que su esposa, sus dos hijas y su yerno, el general de la Ustasa Pecnikar, residían en San Girolamo.[390]

Ciertamente, los norteamericanos habían obtenido suficiente información para proceder al arresto de Pavelic. Durante unos meses se llevaron a cabo nerviosas negociaciones entre Londres y Washington para determinar el procedimiento correcto. Ninguno de los dos gobiernos quería poner al Vaticano en una situación embarazosa, y ninguno de los dos gobiernos tenía realmente intenciones de arrestar al Poglavnik, a quien se seguía considerando útil en la lucha contra el régimen comunista de Tito. A pesar de ello, el 7 de agosto de 1947 se enviaron instrucciones a un grupo combinado de agentes británicos y estadounidenses para que planearan la detención de Pavelic «en un momento oportuno cuando abandone el distrito del Vaticano».[391]

Los agentes se pusieron en marcha de inmediato, y al día siguiente poseían una información extremadamente precisa sobre el paradero de Pavelic. El Poglavnik se hacía pasar por «un ex general húngaro bajo el nombre de Giuseppe», llevaba «una pequeña barba puntiaguda y [...] el pelo corto de los lados a la moda de un oficial del ejército alemán» (la información era correcta, ya que es exactamente así como aparece Pavelic en la fotografía adjunta al documento de desembarco de 1948 que se conserva en los archivos de la Dirección de Migraciones de Argentina). Pavelic residía ahora «en propiedad eclesiástica bajo la protección del Vaticano», en el segundo piso del número 17-C de la Via Giacomo Veneziano. «Al entrar en el edificio se pasa por un largo y oscuro pasillo —se detallaba en las instrucciones para los agentes encargados de la operación—. Al final del pasillo hay dos escaleras, una a la izquierda y otra a la derecha. Hay que coger la de la derecha. A la derecha las habitaciones están numeradas con 1, 2, 3, etc. Si se llama una o dos veces a la puerta número 3, aparecerá una persona sin la

menor relevancia. Pero si se llama tres veces a la puerta número 3, la número 2 se abrirá. Ésta lleva a la habitación en la que vive Pavelic.» Unos doce guardaespaldas ustasi protegían al Poglavnik. Entre sus visitantes se incluía el guardián del tesoro de la Ustasa, Susic. «Cuando Pavelic sale utiliza un coche con matrícula del Vaticano (SCV).»[392]

Pero la detención nunca se llevó a cabo. Los agentes norteamericanos que trabajaban en el caso habían recibido ya contradictorias instrucciones de «no intervención» en julio. La probable situación embarazosa para el Vaticano y el efecto adverso en el reclutamiento de antiguos nazis para la guerra fría pesaban demasiado en el balance final; ciertamente, más que la posibilidad de hacer justicia a los centenares de miles de víctimas de Pavelic.[393]

Poco después, los estadounidenses encargados del caso pusieron por escrito lo que pensaban de Pavelic. Ante todo, advertían de que «numerosos guerrilleros croatas de Yugoslavia» estaban «luchando y muriendo en su nombre» en los esfuerzos respaldados por Occidente para debilitar al régimen comunista de Tito. Luego proseguían: «Hoy, a los ojos del Vaticano, Pavelic es un católico militante, un hombre que se equivocó, pero que se equivocó luchando por el catolicismo. Es por esa razón por la que el Sujeto disfruta hoy de la protección del Vaticano [...] Se sabe que Pavelic está en contacto con el Vaticano, que ve en él al católico militante que ayer combatía a la Iglesia Ortodoxa y hoy combate al ateísmo comunista [...] Por las razones dadas anteriormente está recibiendo la protección del Vaticano, cuya visión de toda la «cuestión Pavelic» es que, dado que el Estado Croata no existe y que no cabe esperar que el régimen de Tito le proporcione a nadie un juicio justo, no se debería entregar al Sujeto al actual régimen yugoslavo. La extradición de Pavelic no haría sino debilitar las fuerzas que luchan contra el ateísmo y ayudaría al comunismo [...] No se pueden olvidar los crímenes de Pavelic en el pasado, pero sólo puede ser juzgado por croatas representantes de un gobierno cristiano y demócrata, sostiene el Vaticano. Aunque Pavelic es supuestamente responsable de la muerte de 150.000 personas, Tito es el agente de Stalin, que es responsable de la muerte de decenas de millones de personas en Ucrania, la Rusia Blanca, Polonia, el Báltico y los estados balcánicos durante un período de veinticinco años».[394]

Pavelic se hallaba también demasiado estrechamente implicado en las operaciones anticomunistas británicas –consideraban los agentes–, entrando en una larga crónica de la estancia de Pavelic bajo custodia británica en Austria y la apropiación por las autoridades británicas allí de parte de su tesoro robado. «La opinión de esos agentes es que el Sujeto ha estado estrechamente vinculado a los británicos en el pasado y todavía lo sigue estando, aunque se desconoce en qué medida [...] Monseñor Juretic [...] afirmó recientemente en relación al actual estatus de Pavelic que éste “ha puesto toda su fe en los británicos» [...] Esos agentes recomiendan que no se tome ninguna acción policial directa contra él por parte de las autoridades militares estadounidenses. Tal acción forzaría su extradición a Tito, y alentaría la actual campaña antiamericana emprendida entre los emigrados

políticos en la Europa occidental [...] Si, no obstante, se puede establecer contacto a través del Vaticano, lo que esos agentes creen bastante posible, y se pueden obtener pruebas respecto a la protección y la cooperación de los británicos con el Sujeto, entonces se podría forzar a éstos a que ellos mismos le arrestaran y extraditaran.»[395]

Apenas dos semanas después de haberse redactado este informe, los mismos agentes establecieron «contacto indirecto» con Pavelic. El Poglavnik se estaba recuperando de una operación, pero «se puede organizar una entrevista con el Sujeto en terreno extraterritorial cuando sus condiciones de salud permitan su movimiento». De todas formas, los agentes tenían pocas esperanzas de poder llegar siquiera a arrestar al criminal de guerra: «Los contactos de Pavelic son tan altos y su actual situación resulta tan comprometedor para el Vaticano que cualquier posible extradición del Sujeto supondría un fuerte golpe para la Iglesia Católica romana.»[396]

PAVELIC EN ARGENTINA

A PESAR de su poco entusiasta promesa de conferenciar en secreto con los estadounidenses, parece ser que Pavelic eligió una línea más segura. Tras estos últimos informes desde Roma, la inteligencia norteamericana permaneció extrañamente muda respecto a Pavelic y no volvió a olfatear su pista hasta después de su llegada a Argentina, en noviembre de 1948. ¿Adónde fue Pavelic mientras tanto? Una posibilidad es que el agente secreto de Perón, Carlos Fuldner, junto con la organización de rescate de Pierre Daye, se hiciera cargo de Pavelic a principios de 1948. Una misteriosa carta del contacto de Daye en Madrid, el conocido franquista y simpatizante nazi Víctor de la Serna, sugiere que este podría ser el caso. El español había estado organizando la huida de criminales de guerra belgas y franceses a Argentina, actuando como el enlace madrileño de la organización SARE de Daye.

En marzo de 1948, un misterioso «automóvil» que estaba preparado para ser embarcado y atravesar el Atlántico hubo de ser camuflado después de que ciertos argentinos «filtraran» información sobre la operación. Serna envió de inmediato una carta codificada a Daye en Buenos Aires aludiendo de manera obvia a una importante figura política cuya fuga se había visto frustrada. «No obstante, hemos pintado las aletas y le hemos puesto grandes faros, lo que le hace parecer distinto para cualquiera que no lo haya visto rodar con mucha frecuencia en las numerosas carreras europeas en las que ha participado», rezaba la carta de Madrid.

Contrariado, Fuldner cablegrafió un mensaje a Serna desde Génova implorándole de que no informara del problema a sus representantes en España. «Hay demasiadas personas enteradas de esto, y mi primera medida ha sido llevar el coche a otro lugar», informó Serna a Daye. Fuldner enviaba fondos para cubrir los gastos añadidos. «La interferencia balcánica ha estropeado muchas cosas», concluía Serna.[397]

Durante todo el verano de 1948 se reunió un tribunal especial en la antigua Feria de Zagreb para juzgar a 57 miembros de los Krizari de Pavelic. El intento de socavar el régimen de Tito infiltrando a rebeldes anticomunistas en Yugoslavia había acabado en desastre. Uno tras otro, los acusados, en su mayor parte criminales de guerra de la Ustasa que se habían refugiado en San Girolamo, confesaron que Pavelic y Draganovic eran quienes dirigían a los Krizari, y sustentaron la acusación de que el Vaticano, junto con la inteligencia estadounidense y la británica, habían respaldado la campaña terrorista. Así, mientras el verano se desvanecía lo hacían también las esperanzas de Pavelic de regresar glorioso a Zagreb. Y también debió de resultar evidente para quienes en secreto le habían protegido que Pavelic había dejado de resultar útil. De repente, el Poglavnik no era más que un dinosaurio de una época pasada, alguien que no encajaba en las nuevas realidades de la guerra fría.[398]

Unos meses antes de su partida Pavelic regresó a Castelgandolfo, esta vez a un monasterio situado cerca de la residencia estival del Papa. Allí siguió los juicios de los Krizari en estrecha proximidad con el representante de Dios en la Tierra. Es probable que leyera la serie de artículos publicados a finales de septiembre en el periódico italiano *La Repubblica*, donde se revelaba el papel del Vaticano en su ocultación. Incluso se publicaba la dirección de Via Giacomo Veneziano donde había permanecido escondido el año anterior.[399]

Con el corazón apesadumbrado, el líder de los ustasi se dirigió al puerto de Génova, y el 11 de octubre de 1948 embarcó en un camarote de primera clase en el *Sestriere*, un barco que le llevaría a un país al menos tan fanáticamente católico como su antigua Croacia. Llevaba un pasaporte de la Cruz Roja, con el número 74369, expedido a nombre de Pal Aranyos, un ingeniero húngaro viudo con tres hijos cuyas edades correspondían vagamente a las de los suyos propios. (La esposa de Pavelic y dos de sus hijos le habían precedido a través del Atlántico, llegando a Buenos Aires el 3 de mayo de 1948 a bordo del Ugolino Vivaldi, que había zarpado de Génova, utilizando el alias de «Flego».)[400]

No está claro exactamente quién organizó los detalles de la huida de Pavelic. Según un informe de la CIA de 1948, Pavelic llegó a Génova con ayuda de Draganovic. La primera versión publicada de su fuga, en la década de 1950, afirmaba que el sacerdote croata había acompañado a Pavelic durante todo el trayecto hasta Argentina, permaneciendo con él en el país durante todo un año. La versión mejor documentada hasta la fecha, el libro *Unholy Trinity* de Aarons y Loftus, concluía que Draganovic le había proporcionado a Pavelic un pasaporte de la Cruz Roja, pero había sido excluido de los preparativos finales del viaje. Según los autores, Pavelic había confiado la última parte de su viaje a otro compañero criminal de guerra, el padre Josip Bujanovic. Los preparativos los formalizó el oficial de la Ustasa Daniel Crljen, que supuestamente participó en negociaciones ultrasecretas bajo los auspicios del Vaticano, embarcando en un avión a Argentina «para conferenciar con el general Perón sobre la organización de un movimiento de elite de la Ustasa en Argentina».[401]

La verdadera fuga combina elementos de todas las versiones anteriores, y la explicó en una entrevista realizada para este libro el antiguo jefe de Cáritas Croata Argentina, Marko Sinovcic. Pavelic desconfiaba de los contactos de Draganovic con la inteligencia británica y aliada, e hizo sus propios preparativos de viaje. Es cierto que Draganovic viajó a Buenos Aires, pero no lo hizo hasta 1949, un año después que Pavelic, estableciéndose por un breve período en la oficina de Cáritas Croata de Sinovcic. Allí recibía visitas de croatas afincados en Argentina, pero Pavelic se negó a reunirse con él.[402]

Las evidencias de las que actualmente disponemos respaldan el relato de primera mano de Sinovcic. Los documentos de viaje de Pavelic no muestran signo alguno de la colaboración de Draganovic. Él no viajó amparado por el expediente de Cáritas Croata, y su esposa e hijos viajaron al amparo de expedientes individuales de la Dirección de Migraciones sin ninguna relación con aquél. De hecho, y tal como muestra la lista de pasajeros del *Sestriere*, Pavelic no viajó amparado por ningún expediente de Migraciones. Tampoco obtuvo ningún documento de viaje argentino antes de partir. Pavelic no completó su «Certificado de Identificación Argentina», el formulario obligatorio que debería haber rellenado en el consulado argentino en Roma, hasta seis días después de haber desembarcado en Buenos Aires. Su foto, en la que resulta fácilmente identificable tras una ridícula barba de chivo, un extravagante mostacho y unas gruesas gafas de montura redonda (¿acaso las «aletas» y los «faros» del año anterior?), sigue pegada a la copia que se conservaba del certificado de Aranyos en Migraciones. Dado que el formulario no se rellenó en Italia, las líneas reservadas para la autenticación por parte de la Cruz Roja de la identidad del portador del pasaporte permanecen en blanco. Pavelic ni siquiera poseía un «Permiso de Desembarco» argentino. Todo indica que el líder croata fue desembarcado precipitadamente en Buenos Aires por agentes de Perón sin hacer preguntas, probablemente en una lancha antes de que el *Sestriere* atracara. Y es probable que su pasaporte fuera una falsificación. Según los funcionarios de la Cruz Roja en Ginebra, la solicitud de pasaporte número 74369 no se hizo a nombre de Pavelic, ni de Aranyos, ni siquiera de Antonio Serdar, el otro alias que se sabe que el Poglavnik utilizó en Argentina.[403]

Cuando Pavelic llegó al puerto de Buenos Aires, el 6 de noviembre de 1948, se le condujo a un desangelado edificio de apartamentos, de tres pisos de altura, situado en el número 2525 de la calle de Olazábal, en el barrio de Belgrano. La recepción oficial se dejó en manos del que fuera su embajador en Berlín durante la guerra, Branko Benzon, quien «hablando en nombre del gobierno argentino, le ofreció total ayuda y colaboración», según informaría una fuente secreta de la CIA sólo unos días después. Benzon, «el líder de la colonia de la Ustasa en Argentina, se había congraciado con el presidente Perón y el gobierno argentino, y podía ser de considerable ayuda para los miembros de la Ustasa que han llegado y siguen viniendo a Argentina», declaraba otro informe.

Tras celebrar dos largas conferencias con Benzon, Pavelic se reunió con

algunos de sus principales colaboradores, a quienes Draganovic había informado de su inminente llegada. Allí le aguardaban Vrancic; el ex administrador de Sarajevo Ivica Frkovic; su representante personal en Bosnia encargado de las deportaciones, Oskar Turina, y su ministro de Agricultura, Jozo Dumandzic. También se hallaba presente Susic, el guardián del oro de Pavelic en Austria. Según la CIA, el conjunto de esos hombres poseía las llaves del oro de la Ustasa, que presumiblemente seguía oculto en algún lugar del Vaticano.

También formaba parte del comité de recepción Vinko Nikolic, miembro del mando supremo de la Ustasa y poeta, autor de varias odas de lealtad al Poglavnik durante la guerra. Estrecho colaborador de Draganovic, en junio de 1946 Nikolic, junto con otro ustasa, Ivo Omrcanin, se había reunido con el papa Pío XII. Nikolic había fundado el periódico quincenal bonaerense *Hrvatska*, y recibió al Poglavnik junto con su codirector, Franjo Nevistic, y el criminal de guerra padre Vlado Bilobrk.

Pavelic instó a aquellos hombres a mantenerse unidos y trabajar por la restauración del estado independiente de Croacia. Luego partió con Vrancic hacia el interior del país, o bien a la provincia central de Córdoba, o bien a la ciudad meridional de Tandil, zonas ambas que albergaban grandes núcleos de fugitivos nazis. «Nuestra fuente afirma que Pavelic está convencido de que tiene una misión que cumplir, y de que él y sus seguidores siguen viéndole como el Poglavnik», se informó a la CIA.[404]

ORO CROATA

¿QUÉ PARTE del oro robado llegó finalmente a manos de Pavelic en Buenos Aires, y cómo fue transportado? Según un informe de la CIA de 1951, un grupo de fugitivos de la Ustasa desencantados en Argentina se encolerizaron aquel año contra el «pérfido y fantástico robo del tesoro croata» por parte de Pavelic. Aquellos hombres creían que un total de 250 kilogramos y los 1.100 quilates de diamantes se canalizaron hacia Argentina a través de un banquero anónimo con el que habría contactado Tomljenovic en Brasil. Quienes acusaban a Pavelic estaban furiosos por las «diversas piezas de oro que varios croatas han visto en posesión de Cudina en Buenos Aires», así como por el comfortable nivel de vida del que disfrutaba la familia del Poglavnik. Afirmaban que Pavelic había vendido el oro a través de «su principal asesor bancario», Ivo Heinrich, un judío croata convertido al cristianismo en vísperas de la guerra.[405]

Después de la guerra, Heinrich fue detenido por los británicos y acusado por el gobierno de Tito de «la muerte de numerosas personas en el campo de concentración de Jasenovac, incluyendo la muerte de su primera esposa, que era judía». Draganovic intervino hablando en su favor ante los aliados en 1947, argumentando que las acusaciones constituían «la venganza de los judíos contra un judío converso».[406]

En realidad, Heinrich era el testaferro de Pavelic y el financiero de la red de

fuga de la Ustasa. Recordado en los relatos de la Ustasa como un «judío vienés», había nacido en torno a 1904 en Karlovac, Croacia. Bajo los auspicios del comandante del campo de concentración de Jasenovac, Vjekoslav Luburic, durante la guerra había demostrado ser un inestimable intermediario financiero. Con la ayuda de Luburic escapó a Hungría con un vasto tesoro cuando el gobierno de Pavelic se derrumbó, y procedió a multiplicar su fortuna en la Suiza de la posguerra. De allí pasó a Roma, donde proporcionó sus milagrosos servicios financieros al ayudante de Draganovic, el padre Dominic Mandic, que empleó el dinero para rescatar a sacerdotes franciscanos de la Yugoslavia comunista. Heinrich y su segunda esposa escaparon a Argentina utilizando uno de los permisos de desembarco de Draganovic, y llegaron a Buenos Aires el 31 de julio de 1947 tras viajar en primera clase a bordo del *Vulcania*. Desde Argentina, Heinrich pagó los pasajes y los gastos de viaje de montones de criminales de guerra croatas, recibiendo los con los brazos abiertos y una generosa billetera a su llegada a Argentina.[407]

En Buenos Aires, Pavelic compartió su tesoro con un selecto círculo de cuatro hombres a quienes consideraba sus ministros en el exilio. «Les paga para recompensarles por su lealtad, pero al mismo tiempo permite que la carga de la responsabilidad por el robo del oro caiga sobre un gran número de personas con el fin de aliviar la carga que podría pesar sobre él», afirmaban quienes le acusaban. Los cuatro se habían contado entre los ayudantes más importantes de Pavelic durante la guerra: su ministro de Agricultura, Jozo Dumandzic; su ministro de Minería, Ivica Frkovic; su viceministro de Asuntos Exteriores, Vjekoslav Vrancic, y Oskar Turina, encargado de las deportaciones en Bosnia. Los cuatro habían acudido a recibir al Poglavnik a su llegada a Buenos Aires, en 1948. Sólo unos meses después, a mediados de 1949, se les uniría un hombre que ciertamente poseía los conocimientos necesarios para ser una pieza clave en la operación del oro, el último presidente del Banco Croata de Zagreb, Franjo Cvijic, cuyos documentos de viaje se dice que arregló el padre Draganovic.[408]

En 1952, la CIA recibió nueva información sobre el oro de Pavelic, confirmando una vez más los hechos relacionados con el caso. Una fuente de alto rango dentro de la comunidad croata de Buenos Aires informó de que los dos guardianes designados por Pavelic, Ante Cudina y Marko Cavic, habían viajado a Europa en octubre de 1951 para transferir 250 kilogramos de oro a Argentina. Dicha reserva procedía de «doce cajas de oro y joyas» enviadas por Pavelic a Austria antes de la caída de Croacia. «La fuente no conoce el resultado de la misión – declaraba el informe de la CIA –, pero en estos últimos días Pavelic ha puesto a la venta en el mercado de Buenos Aires 200 kilogramos de oro a través de su intermediario, Juan Heinrich.»[409]

16 - UN «SANTUARIO» ROMANO



Alois Hudal

LA MASIVA evacuación de criminales de guerra desde Europa era una tarea que excedía incluso a los recursos combinados del servicio secreto de Perón y del grupo de antiguos agentes y colaboracionistas nazis reunido a su alrededor. Había que proporcionar a miles de antiguos nazis, rexistas, funcionarios de Vichy y de la Ustasa –algunos de ellos grandes criminales; otros, cómplices pasivos de sus crímenes– de alias, documentos de viaje, dinero, alojamiento y un billete a Sudamérica. Como hemos visto hasta ahora, sólo la Iglesia Católica era capaz de tejer la trama de tan colosal tarea. La ruta de escape croata, las operaciones de Fuldner en Europa, la SARE de Daye en Buenos Aires: todo convergía en Roma, la garante última de sus diversos esfuerzos. Y una vez que se hubieron establecido las realidades de la guerra fría, incluso Estados Unidos se dirigió a la Iglesia, en 1951, para que le ayudara a ocultar a uno de sus propios nazis en Sudamérica.

Quizás el ejemplo más claro del papel central de la Iglesia sea una carta redactada el 31 de agosto de 1948 por el obispo Alois Hudal al presidente Perón, pidiéndole 5.000 visados para «soldados» alemanes y austríacos, probablemente la mayor de tales peticiones dirigida al general. No se trataba de refugiados – explicaba Hudal –, sino de combatientes anticomunistas cuyo «sacrificio» durante la guerra había salvado a Europa de la dominación soviética. En otras palabras, a lo que se refería Hudal era a nazis alemanes y austríacos. La reconocida “generosidad” del presidente ya estaba “escribiendo el nombre de la Argentina y el de Su Excelencia en las páginas inmortales del cristianismo y de la humanidad”, agregaba Hudal.

La misiva no quedó sin respuesta. El secretario privado de Perón, Juan Duarte, hermano de la mujer del presidente Eva Duarte, escribió a Hudal, diciéndole que su solicitud “ha sido girada a la Dirección de Migraciones”. La carta del obispo se redactó mientras el agente especial de Perón Carlos Fuldner concluía su misión de rescate de nazis en Italia, tras haber obtenido la colaboración de otros agentes relacionados con Hudal, incluido al notorio croata padre Krunoslav Draganovic, para el rescate de importantes criminales de guerra.[410]

Como rector de la iglesia de Santa Maria dell’Anima, situada en el número

20 de la Via della Pace, en Roma, y como director espiritual de la comunidad alemana en Italia, Hudal, austríaco de nacimiento, había sido un entusiasta partidario de Hitler, celebrando servicios religiosos para los ocupantes nazis en Italia. Ostentaba una insignia dorada que le acreditaba como miembro del Partido Nazi, y hasta la liberación de Roma se desplazaba por el Vaticano con la bandera de la Gran Alemania ondeando en su coche oficial.[411]

Al igual que otros colaboracionistas nazis que posteriormente ayudaron a criminales de guerra a escapar a Argentina, Hudal había tratado de reconciliar el cristianismo con el hitlerismo. En su libro de 1936, *Los fundamentos del nacionalsocialismo*, criticaba ciertos aspectos anticristianos de la filosofía nazi, pero concluía que en conjunto Hitler estaba preparando el terreno para la consolidación de una Europa cristiana, una línea de pensamiento que compartía el clero nacionalista argentino. El obispo incluso envió una copia de su libro – de marcado cariz antisemita – a Hitler, con una dedicatoria manuscrita: «Al arquitecto de la grandeza alemana».[412]

Tras la liberación de Roma, Hudal se convirtió en «el mayor y mejor amigo» de los nazis fugitivos que pasaban por Italia, y a la larga se le asociaría con la fuga de los más notorios criminales nazis. Empezó a montar su red en 1944, cuando la Pontificia Comisión para la Asistencia (PCA) del papa Pío XII se dividió en unos veinte subcomités regionales. A Hudal se le puso a cargo de la sección austríaca, denominada Assistenza Austríaca.[413]

Irónicamente, parte de la financiación de la red de escape de Hudal procedía de Estados Unidos. La organización estadounidense Conferencia Nacional Católica para el Bienestar (NCWC) respaldaba a varias organizaciones católicas de Europa durante la posguerra. Su delegado italiano distribuía contribuciones entre los subcomités regionales de la PCA, proporcionando a Hudal sustanciosos fondos para su ayuda «humanitaria». Entre quienes participaban en las reuniones de la NCWC en Roma se encontraba ni más ni menos que el padre Draganovic.[414]

En diciembre de 1944, mientras los nazis huían del avance de las tropas aliadas por toda Europa, el Vaticano había nombrado a Hudal su representante especial encargado de visitar a los internos alemanes en los campos «civiles» de Italia, que estaban plagados de fugitivos nazis ocultos entre los verdaderos refugiados. Se permitieron sus visitas a pesar de que los funcionarios estadounidenses tenían fuertes reservas acerca de las lealtades nazis de Hudal.[415]

Entre quienes más tarde expresarían su gratitud a Hudal se hallaba el héroe de la Luftwaffe Hans-Ulrich Rudel, que en la posguerra sería amigo de Perón y del dictador paraguayo Alfredo Stroessner, además de benefactor secreto de Josef Mengele en Argentina. Gracias a Hudal, «Roma se convirtió en santuario y salvación para muchas víctimas de persecución después de la «liberación». No pocos de nuestros camaradas encontraron el camino hacia la libertad a través de Roma, ya que Roma está llena de hombres de buena voluntad», escribiría

Rudel.[416]

Hudal admitía abiertamente su papel: «Doy gracias a Dios de que me abriera los ojos y me concediera la gracia inmerecida de poder visitar y consolar a muchas víctimas en sus cárceles y campos de concentración en el período de la posguerra, y de haber podido arrebatarse a no pocos de ellos de las manos de sus torturadores, ayudándoles a escapar a países más felices con documentos de identidad falsos – escribiría en su libro *Diario romano* años después—. A partir de 1945 me sentí obligado a dedicar todo mi trabajo benéfico principalmente a antiguos nacionalsocialistas y fascistas, especialmente a los llamados «criminales de guerra»».[417]

REINHARD KOPS

EL PRINCIPAL ayudante de Hudal a la hora de enviar a nazis incriminados desde Génova a Argentina era el capitán Reinhard Kops, un oficial de la inteligencia militar nazi y experto «antimasón» que había estado destinado en los Balcanes y en Hungría. El final de la guerra encontró a Kops en Klagenfurt, Austria, huyendo de unos agentes del SD que intentaban ejecutar una condena a muerte contra él. Supuestamente estaba condenado por haber salvado a 25 judíos húngaros de la deportación a Auschwitz en octubre de 1944 proporcionándoles documentación falsa que los acreditaba como miembros de su unidad de inteligencia. Kops se salvó gracias al general Leo Rupnik, presidente del estado títere esloveno creado por los nazis hacia el final de la guerra para evitar el avance hacia el oeste de las tropas comunistas que habían invadido Croacia.[418]

Como miembro de la inteligencia nazi, en 1945 Kops fue sometido a un «arresto automático» por las autoridades británicas ocupantes de Klagenfurt. Tras pasar un año bajo custodia, huyó a Frankfurt, donde compró documentos aliados a nombre de Hans Maler. Luego Kops se dirigió a Roma para ayudar a Hudal, actuando de enlace con varios otros prelados croatas y húngaros implicados también en el transporte de criminales de guerra a un lugar seguro en Argentina.

A finales de 1947, Hudal fue el anfitrión de una celebración navideña para un grupo de 200 fugitivos nazis que vivían bajo su protección, Kops entre ellos. Entre los invitados se incluían diplomáticos austríacos y alemanes, además de algunos funcionarios italianos. En un momento de la noche, un prelado de alto rango, jefe de una importante orden religiosa, fue invitado por Hudal a hacer un brindis ante la asamblea: «Pueden confiar en que la policía no les encontrará aquí: no es la primera vez que la gente vive en las catacumbas de Roma».

Kops fue reclutado para encargarse de los nazis desesperados que entraban a raudales en Roma buscando la divina ayuda de la Iglesia Católica. Hudal le explicó a Kops que, por razones de seguridad, era importante separar a los criminales de guerra más notorios de los demás fugitivos, haciendo hincapié en la ayuda proporcionada en tales casos por la Delegación Argentina de Inmigración en Europa (DAIE) recién creada por Perón. Como Kops había oído ya, la DAIE

disfrutaba de una reputación extremadamente favorable entre los fugitivos nazis en Italia.[419]

Kops estaba empleado oficialmente en la biblioteca de la Casa Generalizia de la orden de los salvatorianos, situada en el número 51 de la Via della Conciliazione, una amplia calle construida por Mussolini antes de la guerra, que parte directamente de los pórticos de la plaza de San Pedro. Dicho empleo le proporcionaba una extensa cobertura para sus actividades de rescate de nazis, como señalaría en sus memorias décadas después.[420]

Kops encontró un excelente tutor en Franz Ruffinengo, un antiguo oficial italiano que había combatido en el ejército de Mussolini y que ahora trabajaba en la DAIE, en Génova. Capturado por los estadounidenses, este tirolés meridional, atractivo y afable, que hablaba con fluidez el alemán, el francés, el español, el inglés y el italiano, encantó a sus captores aliados. «Es una persona de gran inteligencia y educación, y está enormemente versado en tareas administrativas — rezaban sus documentos de liberación en enero de 1946—. Es plenamente digno de confianza.» Vista retrospectivamente, la evaluación norteamericana parece ingenua. El lingüista de origen austríaco había acumulado ya una considerable experiencia enviando nazis a Argentina para cuando Kops entró en escena. Ruffinengo trabajaba en estrecho contacto con el padre Draganovic, que era asiduo visitante de la oficina de Perón en Génova. Aquél examinaba las listas de pasajeros de los barcos que zarpaban, con el fin de encontrar cancelaciones de última hora que pudieran aprovechar los fugitivos de Draganovic y Hudal. «Yo agarré en Roma la mano que Franz me extendía desde Génova», recordaría Kops cuarenta años después.[421]

Mientras tanto Hudal había establecido un acuerdo secreto con la policía italiana. En lugar de arrestar a los nazis que estaban en busca y captura, los carabinieri aceptaron dirigirles a las iglesias, conventos y monasterios especificados por Hudal. El pacto resultaba útil en Génova, donde los aliados mantenían a la policía italiana bajo estrecha vigilancia. (Sin embargo, incluso la paciencia de los negligentes carabinieri tenía un límite. El acuerdo sufrió un duro golpe cuando un grupo de 110 jóvenes nazis prorrumpieron en canciones de guerra alemanas desde la cubierta de un barco que zarpaba de Génova, mofándose de los carabinieri que, impotentes, permanecían en el muelle. Por desgracia para los entusiastas nazis, el barco sufrió una avería técnica y se vio obligado a regresar a puerto, poniendo a los aspirantes a fugitivos en manos de los airados italianos.)[422]

Dos colaboradores de Hudal en Roma que también ayudaron a los nazis en fuga fueron monseñor Heinemann y monseñor Karl Bayer. Heinemann atendía a la grey nazi —si bien con cierto disgusto— en la iglesia de Hudal, Santa Maria dell' Anima. También compartía el espacio con monseñor Bayer en el número 23 de la Via Piave, al lado de la que durante la guerra había sido la embajada alemana ante la Santa Sede. A diferencia de Heinemann, Bayer era muy apreciado por los nazis como Kops. Entrevistado muchos años después por la autora Gitta Sereny,

recordaría cómo él y Hudal habían ayudado a los nazis con el respaldo del Vaticano: «El Papa proporcionaba el dinero para ello; a veces con cuentagotas, pero llegaba», diría Bayer.[423]

Un informe de la inteligencia estadounidense de 1947 afirmaba que Bayer estaba a cargo de «la acción del Vaticano con los refugiados alemanes». Se hallaba en «estrecho contacto con los elementos que han estado utilizando la antigua embajada alemana en el Vaticano, en el número 21 de la Via Piave, como alojamiento o dirección postal. Además ha sido muy hábil en proporcionar alimentos y cartas del Vaticano, que han resultado de tremenda ayuda en esta cadena». En la antigua embajada nazi, los fugitivos recibían también falsos permisos de licencia de los campos de prisioneros italianos.[424]

Según la inteligencia estadounidense, monseñor Bayer formaba parte de una cadena dirigida por el doctor Willy Nix, jefe de un Comité Alemán Independiente en Italia, oficialmente antinazi. En realidad, Nix ayudaba a los prisioneros nazis que habían escapado de los campos italianos, encontrándoles nuevos hogares en Sudamérica y enviándoles hacia allí a través de Génova con pasaportes de la Cruz Roja.

En agosto de 1946, la inteligencia estadounidense infiltró en la cadena de Nix a un agente encubierto que se hizo pasar por fugitivo alemán. La cadena le proporcionó al falso nazi una carta del destacado erudito vaticano monseñor Antonino Romeo, que le identificaba con un nombre falso, y que luego sirvió para conseguirle un pasaporte de la Cruz Roja expedido a ese mismo alias. La ayuda material se proporcionaba en Villa San Francesco, un gigantesco palacio religioso situado entre varias embajadas en el número 64 de la Via dei Monti Parioli, donde un tal padre Filiberto proporcionaba «alimentos, alojamiento y contactos con funcionarios alemanes y vaticanos». Una vez que hubieron reunido suficientes datos, los agentes norteamericanos arrestaron a un grupo de «clientes» de Nix y los sometieron a largos interrogatorios. Parece ser que entre los ayudantes de Nix se incluían el barón Von Frohlichstal, un hombre con «fuertes vínculos vaticanos» que ayudaba a todos los alemanes independientemente de su color político. «Se descubrió que la cadena del doctor Nix a Frohlichstal, al padre Bayer, y a un tal Harald Embcke, que proporcionaba a los fugitivos documentos de campos de concentración, acababa con personas como la baronesa Carbonelli o el padre Don Carlos del Vaticano, que se mostraban especialmente hábiles en proporcionar empleos a los fugitivos en Sudamérica», concluía la inteligencia estadounidense.

A principios de 1947, Nix había atraído la atención de la policía secreta italiana, probablemente debido al rumor de que su cadena había sido infiltrada por elementos comunistas. «Pero sólo unos minutos antes de que se procediera a capturar al doctor Nix, éste se enteró de su inminente arresto y huyó al Vaticano, donde actualmente reside —descubrieron los norteamericanos—. Siempre se ha sospechado que el doctor Nix actuaba bajo la benevolente protección del Vaticano. Su huida y su actual asilo en la Ciudad del Vaticano constituyen la prueba positiva de este hecho.»[425]

GÉNOVA

LOS NAZIS que llegaban a Génova, el punto de partida hacia Argentina, eran muy bien servidos por los dignatarios católicos de alto rango allí presentes. La Pontificia Comisión para la Asistencia incluso tenía una oficina en la principal estación de ferrocarril de la ciudad. La fuente de este respaldo era el arzobispo de Génova, Giuseppe Siri, que había fundado el Comité Nacional de Emigración a Argentina y el comité diocesano Auxilium, organismos ambos que ayudaban a los fugitivos. Según un informe de la inteligencia estadounidense de 1947, el arzobispo dirigía «una organización internacional cuyo propósito es arreglar la emigración de europeos anticomunistas a Sudamérica [...] Esta clasificación general de anticomunistas abarcaría obviamente a todas las personas políticamente comprometidas con los comunistas, a saber, fascistas y ustasi, y otros grupos similares».[426]

Kops encajó con facilidad en esta organización de rescate de nazis, y trabajó en estrecho contacto con las oficinas de la DAIE de Perón, situadas en el número 38 de la Via Albaro. Vivía en un apartamento con un grupo de fugitivos alemanes y croatas protegidos por monseñor Karlo Petranovic, un representante de Auxilium que actuaba como agente de Draganovic en el puerto italiano. El propio Petranovic era criminal de guerra y capitán de la Ustasa, y además había sido adjunto del líder local de la Ustasa en Ogulin, un distrito que presencié el exterminio de unos 2.000 serbios durante la guerra. Petranovic organizó e instigó muchos de esos asesinatos, dirigiendo personalmente el arresto y la ejecución de 70 serbios prominentes. En 1945 huyó a Austria con el resto de los líderes de la Ustasa, pasando más tarde a Italia, donde contó con la protección de Draganovic. En 1947, las autoridades británicas ignoraron una demanda de extradición de Yugoslavia contra él.[427]

A pesar de ello, la inteligencia británica sometió a Petranovic a vigilancia, señalando que estaba «ayudando a emigrados croatas, y en particular a ustasi, a escapar a Argentina». Entre los «criminales de guerra de la lista» de embarque de Petranovic se hallaban los primeros criminales croatas de alto rango que llegaron a Argentina a principios de 1947, el grupo que incluía a Stjepan Hefer, Mile Starcevic y Vjekoslav Vrancic.[428]

Petranovic fue uno de los pocos clérigos que sufrieron una interferencia directa por parte de los aliados. Londres había descubierto que el comandante de las fuerzas aéreas de la Ustasa Vladimir Kren se hallaba «en Génova al cuidado del padre Petranovic, un colaborador de confianza de Draganovic». Kren estaba a punto de embarcar en el *Philippa*, un barco que cubría el trayecto Génova-Buenos Aires, junto con un amplio grupo de criminales de guerra que viajaban al amparo del expediente que Draganovic había obtenido a través de Perón y Copello. Probablemente debido a la atroz naturaleza de sus crímenes, se eligió a Kren para convertirlo en uno de los pocos ustasi entregados a la justicia comunista. En enero de 1941 había huido a la Austria ocupada y había revelado a los alemanes el

emplazamiento secreto de los aeródromos militares de Yugoslavia. Ello dio como resultado la inmediata aniquilación de las fuerzas aéreas yugoslavas por parte de los bombarderos nazis, dirigidos por el propio Kren. Éste sería detenido el 4 de marzo de 1947, junto con otros ocho fugitivos de Petranovic, mientras trataba de embarcarse bajo el alias de Marko Rubini. Cuando Petranovic supo de los arrestos dirigió una súplica –apasionada, pero inútil– al oficial británico encargado del caso para que «soltara a esas personas».

La operación británica tuvo sólo un éxito parcial. El *Philippa* partió de Génova llevando al menos a otros 23 criminales de guerra cuya extradición había solicitado el encargado de negocios yugoslavo en Roma. Todos ellos llegaron sanos y salvos a Buenos Aires el 1 de abril. En cuanto a Kren, fue extraditado, juzgado y ejecutado en Yugoslavia en 1948.[429]

Otro clérigo vinculado a Kops era el padre húngaro Edoardo Dömöter, de la parroquia de Sant'Antonio di Pegli en Génova. Fue éste el sacerdote que firmaría la solicitud de pasaporte de la Cruz Roja de Adolf Eichmann dos años después. Al igual que Petranovic, Siri y Draganovic, Dömöter trabajaba en estrecho contacto con el obispo Hudal. El sacerdote húngaro extendía su ayuda a «todos los extranjeros, especialmente alemanes», y le confesó a Hudal su temor de ser arrestado por la policía. Kops conocía bien a esos sacerdotes, y comunicó a Hudal su impresión sobre ellos. Se sentía decepcionado por el hecho de que Draganovic y Petranovic se ocuparan casi exclusivamente de sus compañeros croatas, cuando había tantos alemanes que necesitaban ayuda desesperadamente. Kops consideraba que Draganovic y Dömöter en particular tenían sus propias lealtades, aunque a Dömöter se le atribuía una auténtica debilidad por los nazis más acérrimos.[430]

Prudentemente, Perón eligió a un religioso para que organizara su servicio de inmigración en la DAIE, que abrió su oficina principal en Roma en diciembre de 1946. El salesiano y capellán castrense José Clemente Silva –hermano de un amigo íntimo de Perón, el general ultranacionalista Óscar Silva– tenía órdenes de organizar la inmigración de cuatro millones de europeos, con un promedio de 30.000 al mes, para potenciar la revolución económica y social que Perón había concebido para su país.

En Argentina, los pocos órganos de prensa democráticos cuestionaron claramente el nombramiento de un sacerdote católico, temiendo que éste discriminara a los no católicos. En el Vaticano, sin embargo, la conexión salesiana abría puertas. Desde el primer momento, la DAIE trabajó en estrecha colaboración con la Iglesia Católica de Italia, tanto en el envío de auténticos emigrantes como en el rescate de criminales de guerra. El objetivo declarado de la inmigración de millones de trabajadores europeos no se cumplió nunca. La misión encubierta del sacerdote, en cambio, tuvo más éxito.

LOS FUNCIONARIOS de la DAIE en Argentina que se encargaban de las llegadas en el puerto de Buenos Aires aprendieron pronto a distinguir los casos «especiales» de nazis del tráfico general de pasajeros. El ex funcionario de la DAIE José Otero, entrevistado para este libro, recordaría claramente al gran número de «grises» que entraban a través de canales especiales, desembarcando por separado de los transatlánticos. A veces eran recogidos por lanchas antes de que los barcos atracaran.[431]

Curiosamente, parece ser que la terminología propia de la DAIE se filtró de las operaciones secretas británicas y estadounidenses. Los aliados distinguían estrictamente entre «negros» (criminales de guerra indefendibles), «grises» (colaboracionistas) y «blancos» (judíos y otras víctimas de guerra). En la práctica, sin embargo, la fina línea divisoria entre los «grises» y los «negros» se hacía difusa. El embajador estadounidense en Yugoslavia, John Moors Cabot, que anteriormente había sido embajador en Buenos Aires, no se engañaba: «Se ha planeado algún tipo de acuerdo con el Vaticano y Argentina — cablegrafió indignado al Secretario de Estado norteamericano a mediados de 1947—. Nos hemos confabulado con el Vaticano y Argentina para dar refugio a personas culpables en este último país».[432]

Cabot fue severamente reprendido por su diatriba: «Argentina, al acoger a algunos de los «grises», acoge a personas que a Yugoslavia le gustaría tener, pero lo hace con la aprobación de las autoridades estadounidenses», bramó Washington. Un documento secreto británico lo decía aún más llanamente: «El gobierno de Su Majestad ha pedido al Vaticano que ayude a llevar a los «grises» a Sudamérica, aunque ciertamente los buscara el gobierno Yugoslavo».[433]

En Argentina, los funcionarios de la DAIE sabían exactamente a quién estaban dando vía libre: «Eran nazis alemanes y no alemanes», recordaría Otero.[434]

KOPS VIAJA A ARGENTINA

NO RESULTABA difícil para Kops organizar su propia fuga a Argentina, pero necesitaba tiempo para conseguir el dinero y los documentos de viaje necesarios. Cuando surgió la ocasión de presentar una solicitud simultánea para seis permisos de desembarco argentinos, Kops cablegrafió a Buenos Aires incluyendo su propio alias con el de otros cinco nazis que consideraba que se enfrentaban «a un grandísimo peligro de muerte». Unos treinta días después, la Dirección de Migraciones de Perón enviaba las autorizaciones. Kops distribuyó los documentos entre los camaradas elegidos, dejando que cada uno de ellos hiciera sus propios preparativos de viaje por separado (a juzgar por la numeración consecutiva de los expedientes de Migraciones, parece ser que uno de los cinco era el criminal de las SS «Francisco» Vötterl). La bien documentada fuga de Kops resulta especialmente reveladora, ya que coincide con el período — durante el año 1948— en el que Fuldner estuvo en la DAIE en Italia, y en el que importantes

criminales como Eichmann, Mengele, Priebke y Schwammberger obtuvieron “Permisos de Desembarco” argentinos, todos ellos en el lapso de unas doce semanas.[435]

Kops llegó a Buenos Aires desde Génova a bordo del *Santa Cruz* el 4 de septiembre de 1948. En el puerto le recibió Eugene Rupnik, hijo del presidente del estado títere de Eslovenia, que había salvado a Kops del pelotón de ejecución nazi en Austria. Rupnik, antiguo oficial esloveno, y a la sazón empleado en la Dirección de Migraciones argentina, preparó rápidamente a Kops alojamiento gratis en el Hotel de Inmigrantes, y le presentó a varios oficiales de la policía que a las pocas horas de su llegada le proporcionaron un documento de identidad argentino.[436]

El esloveno también dio a Kops algunas indicaciones estratégicas para sobrevivir en Argentina. Aunque Perón y Evita eran acérrimos defensores de los fugitivos nazis —le explicó Rupnik—, diversos elementos «masones» se habían infiltrado en el movimiento peronista y estaban pasando información a los aliados sobre los recién llegados. Eran necesarias ciertas precauciones. La primera, y más evidente, era no hablar alemán en público. Y nada de leer el periódico de tendencia nazi *Freie Presse*, y ni siquiera el moderado *Argentinisches Tageblatt*. El único periódico que resultaba seguro leer era un diario judío argentino que se publicaba en alemán. Kops tragaba saliva cada vez que tenía que hojear sus páginas.[437]

A Kops le había precedido, el 3 de mayo de 1948, su amigo y mentor Franz Ruffinengo, que decidió aprovecharse de su experiencia en la DAIE de Perón abriendo una agencia de viajes en Argentina. Pronto llegó a ser muy conocido entre los nazis de ambos lados del Atlántico. Fue el éxito fulgurante de la agencia de viajes de Ruffinengo el que desató los rumores de la «organización llamada Odessa», según confiaría Kops a sus memorias décadas después.[438]

DER WEG

KOPS SE adaptó extraordinariamente bien, y su temor inicial a ser descubierto por la inteligencia aliada pronto se desvaneció. Ahora se le conocía como Juan Maler. No tardó en encontrar trabajo en *Der Weg*, una revista mensual que escribían y leían los fugitivos nazis de Sudamérica, y que pronto gozó de amplia difusión en Alemania. Desde Argentina, Kops continuó su correspondencia con Hudal. La revista elogió generosamente al obispo austríaco por la «grandeza de alma, la clara autoridad y la atrevida voluntad de ayuda» que había mostrado en los años de la posguerra.

Der Weg mantenía también contactos con destacados criminales de guerra nazis como Josef Mengele y Adolf Eichmann. El ministro de Agricultura de Hitler, Richard Walther Darré —de origen argentino, autor de la biblia neonazi *Sangre y suelo*, y teórico racista sólo superado en importancia por Alfred Rosenberg—, era uno de los colaboradores habituales, escribiendo bajo el seudónimo de Carl Carlsson. Aun después de haber sido condenado en Nuremberg, Darré mantuvo el contacto con los editores de la revista. *Der Weg* también publicaba colaboraciones

de Johann von Leers, rabiosamente antisemita y colaborador del ministro de Propaganda nazi, Josef Goebbels, así como de Wilfred von Oven, secretario privado de este último. Y también tenía sitio para nazis belgas y franceses cercanos a Perón, como Pierre Daye, Jacques de Mahieu y Marc Augier. El fascista británico Oswald Mosley era otro amigo de la publicación.

La revista la editaba la librería Dürer-Haus, su propietario era Ludwig Freude, y tenía su sede en el número 542 de la calle de Sarmiento, en el centro de Buenos Aires. Dürer-Haus había comprado todas las existencias de una librería que había pertenecido a un miembro de la red de espionaje nazi en Buenos Aires durante la guerra. Los editores de la revista se hallaban activamente implicados en la asistencia a los recién llegados y en el envío de paquetes de alimentos a los camaradas de Alemania. Dürer-Haus incluso actuaba como principal punto de recepción para las solicitudes de “Permisos de Desembarco” que se enviaban a la Dirección de Migraciones de Perón para una tramitación rápida.

El rostro público de *Der Weg* era el as de la Luftwaffe Hans-Ulrich Rudel, profundamente implicado, mientras escribía para la revista, en la creación de su Kameradenwerk. Kops y Rudel, junto con una larga lista de otros oficiales nazis, mantenían una correspondencia regular con Hudal desde Argentina. Kops incluso logró convencer al obispo austríaco de que escribiera un artículo para *Der Weg*, en 1949, lo que le valió a Hudal una severa reprimenda de las autoridades vaticanas debido a la desvergonzada línea antisemita y pronazi de la revista.

El éxito de *Der Weg* fue en aumento, y su difusión alcanzó una cota máxima de unos 20.000 ejemplares, disparada gracias a los suscriptores de Alemania y Austria. A medida que su difusión aumentaba, también lo hacía paralelamente su reputación como órgano de un supuesto «IV Reich» en Argentina. Finalmente, en mayo de 1949, la División de Publicaciones de las autoridades de ocupación estadounidenses prohibió la revista en Alemania. Poco después la prohibición se extendió a Austria, aunque la revista siguió circulando clandestinamente en ambos países hasta su cierre definitivo en 1958. La prohibición en Europa fue objeto de una considerable publicidad en Argentina, pero mientras otras publicaciones más democráticas eran objeto de persecución y veían como Perón les cortaba el suministro de papel, *Der Weg* prosperaba.

La correspondencia entre Hudal y Kops durante aquellos años revela cuáles eran las obsesiones compartidas por el obispo, los fugitivos nazis y la clase militar dominante de Argentina: el comunismo, el «capitalismo judío», lo que se percibía como los males de la democracia, y la inevitabilidad de la tercera guerra mundial. En 1951 Kops y Hudal estudiaron elaborados planes para trasladar clandestinamente nazis de Europa a Colombia. Ocasionalmente Hudal organizaba transferencias de dinero a Kops, actuando el obispo como intermediario de misteriosos patrocinadores en Italia. [439]

SEGÚN los relatos de testigos presenciales, incluyendo los de judíos que viajaron en los mismos barcos, un gran número de oficiales nazis y de la Ustasa entraron en Argentina disfrazados de sacerdotes. Un caso confirmado es el de un importante criminal de guerra nazi que viajó a Argentina con los hábitos prestados de un monje carmelita español.[440]

El capitán de las SS Walter Kutschmann había sido el responsable de la muerte de miles de judíos en Polonia durante la primera parte de la guerra, y se sospecha que más tarde participó en las deportaciones realizadas desde Francia. Fue, sin duda, uno de los criminales de guerra más brutales que escaparon a Argentina.

Cuando completó su labor exterminadora en Polonia, en 1943, Kutschmann fue destinado a la Francia ocupada, aparentemente como comisario de la policía fronteriza. En realidad era el jefe del servicio de espionaje de Himmler en Hendaya, la población francesa donde los diplomáticos argentinos destinados en España que colaboraban con el SD acudían a entregar sus informes. Finalizada la guerra, los funcionarios estadounidenses recibieron informes anónimos donde se afirmaba que Kutschmann había «deportado a muchos franceses desde Hendaya como rehenes, la mayoría de los cuales nunca regresaron».

El capitán de las SS era el hombre de contacto de uno de los agentes secretos más especiales de Himmler: la famosa diseñadora de moda francesa Coco Chanel. En la París ocupada, Chanel, que por entonces tenía cincuenta y tantos años, había elegido como amante a un oficial de las SS de cuarenta y seis, Hans Guther von Dinklage (Chanel era, además, amiga íntima de Walter Schellenberg; hasta el punto de que, cuando en 1952 éste murió de cáncer y sin un céntimo en Milán, ella pagó el funeral). Kutschmann hacía frecuentes viajes a España con Chanel. «En cierta ocasión se indicó a Kutschmann que entregara una gran suma de dinero a Madame Chanel en Madrid», explicaría el agente del SD Hans Sommer a los estadounidenses que le interrogarían después de la guerra.[441]

Tras la liberación de Francia se ordenó a Kutschmann que se presentara en el frente ruso para entrar en combate. En lugar de ello, éste cruzó la frontera hacia España, donde podía esperar una acogida más cálida dado que en la guerra civil española había luchado con la Falange. Kutschmann acudió primero a Barcelona, huyendo de los agentes nazis que tenían órdenes de llevárselo de España por vía aérea. Berlín incluso presentó una demanda de extradición al ministro de la Guerra español, acusándole de malversar fondos arancelarios en Hendaya. Después huyó a Zarauz, cerca de San Sebastián, con un descapotable biplaza de color azul. Allí, sus «enérgicos andares militares» impresionaron a los vecinos. Llegó con una enorme y pesada maleta, pero se marchó con siete.

Mientras tanto, la inteligencia británica consideraba a Kutschmann un «gángster del peor tipo», y descubrió que en España el hombre de las SS se jactaba de haber sido «personalmente responsable de la muerte de 15.000 judíos en Rusia y Polonia». Cuando finalmente fue encarcelado en el campo de prisioneros español de Miranda, Kutschmann dijo que se le perseguía desde el frustrado atentado

contra Hitler, en el que afirmaba que había participado. Kutschmann fue rápidamente liberado, esta vez a manos de una muchacha española que trabajaba al servicio de la Gestapo en Biarritz, trasladándose al hotel Terminus de San Sebastián.[442]

Para cuando los funcionarios estadounidenses trataron de seguirle el rastro, en 1946, ya se había desvanecido, y ello a pesar de que el criminal de las SS era el número 182 en una lista de nazis en busca y captura que se había pedido a España que repatriara a Alemania. Kutschmann había sido acogido en la sede de los padres carmelitas, en la plaza de España, en Madrid. El 29 de mayo de 1947, la policía de Sevilla le expidió el pasaporte español número 59/47 a nombre del padre carmelita Pedro Olmo, un auténtico miembro de la orden que vivía en la plaza de España. Kutschmann obtuvo también un documento de identidad clerical especial (el número 2307) expedido por el ministerio de Asuntos Exteriores español. Una vez completado su cambio de identidad, embarcó en el *Monte Ambato*, llegando a Buenos Aires el 16 de enero de 1948.[443]

Tras su llegada, Kutschmann se dirigió directamente al número 2345 de la calle de Charcas, un bloque de pisos situado a una cuadra de la iglesia de los Padres Carmelitas de Buenos Aires. Además de la protección divina, ya en esa primera fase el criminal disfrutó de la ayuda directa de la Casa Rosada. Su solicitud de una licencia de taxi fue respaldada por el doctor Fernando Imperatrice, un funcionario perteneciente al personal presidencial de Perón.[444]

Poco después, el 30 de noviembre de 1948, Kutschmann se casó y ascendió repentinamente en el escalafón laboral, obteniendo un cargo directivo en Osrám, una empresa alemana que en 1943 había establecido una filial en Argentina. Kutschmann mantenía el contacto con sus antiguos colegas de las SS. Una de las personas que le avalaron en su solicitud de ciudadanía argentina, en 1950, fue la esposa de Eduard Roschmann, el «Carnicero de Riga», responsable de la muerte de unos 30.000 judíos en Letonia.[445]

(Roschmann había llegado a Argentina desde Génova con un pasaporte de la Cruz Roja el 2 de octubre de 1948, bajo los auspicios del obispo Hudal. Consiguió pasar desapercibido durante veintiocho años, hasta que finalmente Alemania pidió su extradición. La dictadura militar argentina le arrestó el 1 de julio de 1977, sólo para dejar que se le escapara de las manos veinticuatro horas después. Roschmann huyó al vecino Paraguay, y allí fue admitido en un hospital de la capital, Asunción, donde murió de un colapso cardíaco el 10 de agosto. Su cadáver desapareció misteriosamente unos días después. «Llegaron seis hombres y se llevaron el cuerpo», fue lo único que las autoridades del hospital supieron decir.)[446]

Kutschmann seguía trabajando en Osrám en junio de 1975, cuando Simon Wiesenthal reveló que el criminal de las SS vivía en Buenos Aires bajo el alias de Olmo. A pesar de una orden de arresto emitida por la Interpol alemana, no se inició ningún procedimiento oficial para solicitar su extradición. Kutschmann y algunos de sus amigos convocaron una conferencia de prensa en las oficinas de

Osram anunciando que en los días sucesivos harían «sensacionales revelaciones»; pero dichas revelaciones nunca llegaron, y Kutschmann desapareció de la escena hasta los últimos días de la dictadura argentina del período 1976-1983. Durante el régimen militar, un juicio contra Kutschmann, en el que se le acusaba de tergiversación en su solicitud de ciudadanía argentina, acabó en vía muerta cuando el tribunal extravió el sumario del caso. Éste aparecería cinco años después... ¡en la caja fuerte del juez![447]

Hasta 1983 no se localizó de nuevo a Kutschmann, esta vez por parte de dos periodistas que descubrieron su paradero simplemente llamando al timbre de su piso situado en la ciudad costera de Miramar. El hecho de que cogieran al criminal de las SS desprevenido les permitió conseguir de él unas cuantas declaraciones y una fotografía. El pasado seguía vivo en la mente de Kutschmann: «Sé que un día puede pasar un coche con familiares de esos polacos que dicen que maté. Sé que ese día pueden pegarme veinte balazos. Estoy preparado. Algunos siguen empeñados en decir que soy un monstruo, que tengo las manos ensangrentadas, en que soy un criminal. Tengo la conciencia limpia. Pero si mi destino es morir con veinte balazos en el cuerpo, lo acepto».[448]

Kutschmann reveló también que por entonces se ocupaba de la «protección de animales». La espantosa verdad que se ocultaba detrás de aquella afirmación aparentemente inocente era que en 1973 su esposa, Geralda Braumler, había fundado la AAA, Asociación de Amigos de los Animales. La condición de miembro de la asociación se hallaba restringida a las personas partidarias de la eutanasia para los perros abandonados, un esfuerzo al que la AAA colaboraba donando pequeñas cámaras de gas a diversos municipios de la provincia de Buenos Aires.[449]

A pesar de haber sido localizado por los periodistas, Kutschmann no fue detenido. Las autoridades argentinas se mostraron singularmente incapaces de identificar positivamente al criminal de guerra, a pesar de que la fotografía del documento de identidad argentino de Olmo procedía del mismo negativo que la que figuraba en el expediente de las SS de Kutschmann. Finalmente, en noviembre de 1985, Argentina aceptó la demanda de extradición de Alemania y se puso a Kutschmann bajo custodia. Sin embargo, éste no viviría lo suficiente para ser juzgado, ya que murió de un infarto en un hospital de Buenos Aires el 30 de agosto de 1986. Fue enterrado con su alias de Pedro Olmo, a pesar de las evidencias obtenidas por el tribunal que veía la extradición de que el verdadero hermano carmelita de dicho nombre había muerto en España en 1969. Unos días después, una bomba de fabricación casera explotó sobre la tumba de Kutschmann, liberando varios panfletos firmados por la inexistente «OSW» («Organización Simon Wiesenthal»), un tipo de provocación antisemita demasiado frecuente en Argentina.[450]

EL PADRE Silva no fue el único clérigo enviado por Perón a rescatar nazis en Europa. Una misión mucho más secreta –de la que se conocen poquísimos detalles– fue la realizada por fray José Pratto, un oscuro religioso que había sido elevado al cargo de adjunto eclesiástico, convirtiéndose en el representante personal de Perón ante el Papa. Pratto pertenecía a los mercedarios, una orden fundada en el siglo XIII para rescatar a los cautivos. Perón se había hecho devoto de dicha orden durante su estancia en Roma, en 1940, y a su regreso a Argentina se puso en contacto con Pratto. El sacerdote formaba parte de los grupos nacionalistas extremistas que conspiraron con Perón antes del golpe que éste dirigió en 1943. Uno de los primeros actos de la dictadura militar peronista fue la de proclamar a la venerada patrona de la orden, santa María de la Merced, «general» del ejército argentino.

A partir de 1946, el fraile dispuso de un despacho cercano al de Perón en la Casa Rosada. Entre 1948 y 1952 contó con la ayuda de un joven secretario, Horacio Carballal, cuyo trabajo, según su propia descripción, incluía la recogida de nazis en el aeropuerto de Buenos Aires. «Pratto solía enviarme al aeropuerto en un automóvil presidencial», recordaría Carballal en una entrevista para este libro. Mostrando una tarjeta en la que se leía «Secretario del Adjunto Eclesiástico», Carballal atravesaba rápidamente el servicio de seguridad del aeropuerto. «Mi trabajo consistía en llevar a aquellos alemanes a las direcciones que me daban en el barrio de Belgrano. Luego ya no volvía a verles.»

A mediados de 1949, fray Pratto fue enviado a Europa en una misión secreta de seis meses de duración en compañía del «embajador» Jorge Óscar Jorge, un personaje aún más oscuro del que se sabe poco excepto que de niño fue educado por los mercedarios. Provistos de pasaportes diplomáticos, los emisarios especiales de Perón se establecieron en la embajada argentina en Roma, desde donde realizaron largos viajes por Francia, Bélgica, Alemania y Suiza. En Italia, Pratto se entrevistó con el papa Pío XII y con el obispo de Milán. El antiguo empleado de la DAIE Franz Ruffinengo volvió a Europa en la misma época, recorriendo Italia, Bélgica y Francia. El silencio en torno a esas misiones fue casi total. Los antiguos funcionarios de la DAIE y los diplomáticos argentinos jubilados recuerdan muy poco: «Su misión era de alto secreto. Rescataban nazis para Perón». En 1950, Jorge apareció en Berna para reunirse con el jefe de la policía suiza, Heinrich Rothmund, así como con otros funcionarios suizos vinculados a la misteriosa oficina de Fuldner en Marktgasse. Al final algo salió terriblemente mal. Alrededor de 1952, Pratto desapareció repentinamente de la escena, en medio de diversos rumores de que se había embolsado fondos enviados al Vaticano por Perón.[\[451\]](#)

KLAUS BARBIE

QUIZÁS el último criminal nazi importante que pasó por las manos de la Iglesia Católica en su camino a Argentina fuera el genocida de las SS Klaus Barbie, el jefe de la Gestapo responsable del exterminio de innumerables judíos en la

Francia ocupada. El «Carnicero de Lyon» le fue entregado a Draganovic por agentes del servicio secreto estadounidense en la estación de ferrocarril de Génova, a primeros de marzo de 1951. Después de la guerra Barbie había actuado como informador anticomunista para la inteligencia norteamericana, y ahora los agentes le devolvían el favor pagando a Draganovic 1.400 dólares para que escondiera discretamente a su nazi en Sudamérica.

En la estación Draganovic le dijo a Barbie, quien había puesto sus esperanzas en Argentina e incluso tenía una carta de recomendación para el gobierno argentino, que, en lugar de ello, le enviaría a Bolivia. «Draganovic conocía a un sacerdote en Cochabamba», recordaría Barbie años después. El religioso le reservó una habitación en el número 6 de la Via Lomellini, en un hotel donde supuestamente había estado Eichmann un año antes. El 16 de marzo Draganovic se llevó a Barbie al consulado boliviano en Génova, donde se apresuraron a proporcionarle un visado de entrada. La siguiente parada fue la Cruz Roja, donde aquel mismo día Draganovic firmó la solicitud de pasaporte de Barbie con el alias de Klaus Altmann.

Tres días después llegó el turno de la DAIE de Perón. Para la gran consternación de Barbie, su llegada junto con Draganovic fue acogida con un vibrante «Heil Hitler!» por los funcionarios argentinos. Al principio, el oficial de las SS se temió una trampa, pero luego se dio cuenta de que aquel recibimiento era genuino. Barbie salió con los visados de tránsito requeridos para pasar por Argentina en su camino hacia Bolivia, otorgados a través de dos expedientes de Migraciones numerados consecutivamente, uno para él mismo, y el segundo para su esposa y sus hijos (los demás alemanes que viajaban con Barbie también obtuvieron números de expediente consecutivos).

Draganovic también enseñó a Barbie cómo pasárselo bien en Génova: el hombre de las SS y el coronel de la Ustasa recorrieron juntos restaurantes y clubes nocturnos. Finalmente, Barbie embarcó en el transatlántico *Corrientes* con un grupo de otros nazis, en Génova, el 22 de marzo de 1951; llegó a Buenos Aires tres semanas después y pasó sólo un breve período en la ciudad antes de continuar su camino hacia Bolivia. Cuando le preguntó a Draganovic por qué le ayudaba a escapar, el sacerdote respondió: «Tenemos que mantener una especie de reserva con la que podamos contar en el futuro».[452]

Exactamente veinticinco años después se empezaría a asesinar silenciosamente a unas 20.000 personas en campos de exterminio al estilo nazi creados por una dictadura militar argentina que gozaba del apoyo de la Iglesia Católica, que profesaba su lealtad al «modo de vida cristiano» y que se autoproclamaba la «reserva moral de Occidente», como un eco escalofriante de las palabras de despedida que Draganovic dirigiera a Barbie.[453]

MICHAEL BUTLER

EXISTE el testimonio de una sola ocasión en que al papa Pío XII se le

cuestionó su aparente respaldo a la política pronazi de Perón. Proviene de una fuente inusual, el productor del musical de la época hippie *Hair*. En la década de 1950, Michael Butler todavía no era un empresario del mundo del espectáculo. Como heredero de una rica familia católica de Chicago, tenía muy buenos contactos con el Vaticano, además de línea abierta con Perón.

«Yo temía realmente que Perón pudiera representar la mayor amenaza a la paz en el hemisferio occidental —recordaría Butler para este libro—. Contaba con el apoyo activo del Papa. Además, por los rumores y por la información de la que disponíamos, nos veíamos inundados de historias acerca de que Argentina se había convertido en el escondite de muchos nazis prominentes. Tales rumores se agregaban a las versiones sobre la despreocupación del Vaticano por el destino de los judíos en la época nazi. Queríamos cambiar eso. Dado que yo participaba activamente en algunas negociaciones con el Vaticano, me convertí en el candidato natural para tratar de influir en su postura.»

Finalmente, Butler se entrevistó con el propio Perón tras el derrocamiento del general en 1955: «Pasé un día con él en Caracas, Venezuela. Debo decir que, como tantos de su tipo, era encantador. Yo dirigía una sociedad comercial, y hacíamos algunos negocios en Argentina, básicamente con Butler Paper. Hablamos sobre todo de la situación social en Sudamérica».

Según recuerda Butler, Pío XII le contestó «con evasivas» cuando le preguntó sobre Perón: «El Papa me concedió dos audiencias. Se mostró bastante sorprendido cuando de repente saqué el tema de Perón. Afirmó que ellos no apoyaban al movimiento peronista, descalificando el constante y persistente flujo de información en sentido contrario. Esta primera audiencia terminó con algo de acritud. La siguiente resultó aún más decepcionante y bastante inquietante».[454]

CRUZ ROJA

LA APERTURA de los archivos de la Cruz Roja ha zanjado finalmente el debate acerca de si los criminales nazis contaron o no con la ayuda de la Iglesia Católica en su huida a Argentina. Si los unimos a las otras fuentes documentales, el veredicto es extremadamente claro. Cardenales como Montini, Tisserant y Caggiano orquestaron dicha huida. Obispos y arzobispos como Hudal, Siri y Barrére realizaron los trámites necesarios. Sacerdotes como Draganovic, Heinemann y Dömöter firmaron las solicitudes de los pasaportes. Frente a evidencias tan incontrovertibles, la cuestión de si el papa Pío XII estaba o no plenamente informado de ello no sólo resulta irrelevante, sino alarmantemente ingenua.

En 1947, la inteligencia estadounidense había determinado ya que «un examen de los registros conservados en Ginebra de todos los pasaportes expedidos por la Cruz Roja Internacional revelaría hechos asombrosos e increíbles». Hoy es posible el examen de dichos registros. Y lo que resulta aún más importante: el contraste de la información que contienen con los registros pertinentes de otros

archivos estadounidenses, argentinos y suizos proporciona un panorama completo de la participación consciente de la Iglesia Católica en la actividad de garantizar un santuario a los criminales de guerra.[455]

Un detalle que resalta especialmente es cómo la generosa cuota otorgada a los croatas por el gobierno de Perón en 1946 aseguró un salvoconducto no sólo a centenares de croatas inculcados, sino también a nazis alemanes asimismo inculcados. Éste fue el caso del oficial de las SS Friedrich Rauch, que planeó la evacuación de las reservas del Reichsbank de Berlín a la fortaleza alpina de Hitler en 1945. La acción de Rauch contaba con la aprobación personal de Hitler y estaba destinada a financiar un supuesto IV Reich de posguerra. A pesar de una intensa investigación, los aliados nunca recuperaron íntegramente el oro oculto. Tampoco pudieron interrogar a Rauch para preguntarle por él, ya que el 17 de febrero de 1948 éste se hallaba a salvo en Argentina haciéndose pasar por un yugoslavo llamado Ivan Pavic y viajando al amparo del expediente de Migraciones número 72513/46 de Draganovic. Había llegado a bordo del *Cabo de Buena Esperanza*, un barco de Génova que llevó a numerosos croatas y al menos a un criminal de guerra belga. Ante los funcionarios de Migraciones argentinos declaró –casi en tono de broma– que su profesión era la de «economista». En 1954 había recuperado legalmente su verdadero nombre, gracias a las leyes especiales aprobadas por Perón para los «inmigrantes» clandestinos. No tardó en obtener un pasaporte válido de la embajada alemana, viajando extensamente por Alemania y otros países de Europa al menos hasta 1971, fecha a partir de la cual, según parece, se estableció en Austria.[456]

Otro ladrón de las SS que contó con la ayuda de Draganovic fue Hans Fischböck, el asistente de Eichmann y ministro de Hacienda en Holanda que se apropió de una gran cantidad de propiedades judías durante la ocupación nazi. Durante la guerra, Fischböck participó también en la extorsión a judíos que vivían en el continente americano. Mientras arreglaba su partida, Fischböck se alojaba en el número 6 de la Via Lomellini, donde también se refugiaron Eichmann y Barbie. Draganovic firmó personalmente la solicitud del pasaporte de la Cruz Roja para Fischböck, certificando la falsa identidad del oficial de las SS como Jakob Schramm, así como su «fotografía, firma y huella digital». Provisto de este pasaporte, Fischböck llegó a Buenos Aires el 2 de febrero de 1951, sintiéndose lo bastante seguro bajo la protección de Perón como para recuperar su verdadero nombre dos años después.[457]

La cooperación entre Montini, Hudal y Draganovic queda mejor ilustrada en el caso de Bernhard Heilig, inspector del distrito de Brunswick, condenado en 1947 por ordenar la ejecución de sus propios soldados por comportamiento «derrotista». Heilig escapó de la cárcel en Alemania y logró llegar a Italia. El 11 de noviembre de 1949 se presentó en el número 28 de la Via Gregoriana, la oficina de la Cruz Roja Internacional en Roma. Su solicitud llevaba las firmas tanto de Draganovic como de monseñor Heinemann, el representante alemán en la iglesia de Hudal, Santa Maria dell'Anima. Al mismo tiempo pidió ayuda al padre Bruno

Wüstenberg, un alemán ayudante de confianza del secretario de estado en funciones del Vaticano, cardenal Montini, el futuro papa Pablo VI. Heilig pidió dinero vaticano para comprar un visado y un billete de barco. Wüstenberg declinó ayudarlo, pero le pasó el caso de nuevo a Hudal. Cuando Heilig llegó a Argentina, en 1951, sus problemas económicos se terminaron, ya que inmediatamente encontró trabajo junto a Adolf Eichmann en la empresa de Fuldner, CAPRI, en la provincia septentrional de Tucumán.[458]

Igualmente ilustrativo resulta el caso de Franz Stangl, asistente de Eichmann y comandante del campo de exterminio de Treblinka, sólo superado por Auschwitz en la escala de la matanza que llevó a cabo, y donde se calcula que murieron unas 900.000 personas. Capturado por los estadounidenses en 1945, Stangl «escapó» de un campo de prisioneros austríaco en 1947, dirigiéndose hacia Roma en busca de Hudal. Cuando finalmente se reunieron, Hudal se acercó al esforzado carnicero con las manos extendidas. «Usted debe de ser Franz Stangl — le dijo el obispo —. Le estaba esperando.» Stangl sería extraditado desde Brasil años después. En una entrevista realizada en su prisión alemana recordaría la ayuda de Hudal. El obispo le consiguió «hospedaje en Roma donde yo habría de permanecer hasta que llegaran mis papeles. Y me dio un poco más de dinero: no me quedaba casi nada».[459]

Una lista exhaustiva de todos los criminales nazis de los que se sabe que contaron con la ayuda de esos dignatarios de la Iglesia resultaría demasiado extensa para detallarla aquí, y más breve que la cifra total, que aún se desconoce. Ya hemos visto cómo Dömöter y Hudal ayudaron a escapar a Eichmann. Dömöter firmó también la solicitud de un pasaporte de la Cruz Roja a favor de otro criminal SS de mucho más alto rango que Eichmann. El General SS Ludolf von Alvensleben se presentó con Dömöter en la oficina de Génova de la Cruz Roja el 31 de octubre de 1949, donde el sacerdote lo presentó como Teodoro Kremhart, “perito agrario”. En la foto, Alvensleben, un noble alemán extremadamente cercano a Himmler durante la guerra, luce una discreta peluca para tapar su fácilmente identificable calvicie. La firma de Dömöter está acompañada por un sello de la Pontificia Commissione di Assistenza. Responsable entre otras atrocidades de ejecuciones en masa en Polonia, Alvensleben llegó a Argentina el 6 de diciembre de 1949 a bordo del *Cabo de Buena Esperanza*. Declaró su dirección en Buenos Aires como Las Heras 2190. Religión “católica”.[460]

Luego estaba el «Carnicero de Riga», Eduard Roschmann, ayudado por Hudal. Y el oficial de las SS Friedolin Guth, encargado de matar partisanos en Francia, ayudado tanto por Hudal como por Draganovic. Otro oficial de las SS, Erich Priebke, condenado en Italia en 1998 por la matanza de las Fosas Ardeatinas, contó en su solicitud de pasaporte con el aval de la Pontificia Comisión para la Asistencia. El genocida de las SS Gerhard Bohne, uno de los hombres que estaban a cargo del programa de eutanasia de Hitler, también contó con el aval tanto de la PCA como de Draganovic. Y la lista continúa.[461]

Hoy está fuera de toda duda que esos clérigos sincronizaron sus

operaciones en estrecha colaboración con agentes nazis como Reinhard Kops. También resulta evidente que sus esfuerzos contaron con la entusiasta ayuda de los funcionarios de la DAIE de Perón, como hemos visto bastante aficionados al saludo nazi. La justificación moral provenía de destacadas figuras de la Iglesia como el cardenal francés anticomunista Eugène Tisserant y el cardenal argentino de la misma tendencia Antonio Caggiano. Puede que resulte imposible endosar la responsabilidad del rescate de cada criminal de guerra individual al despacho papal; pero de lo que ya no se puede dudar es de que el Vaticano como institución ejerció su influencia para despejar el camino a los nazis fugitivos. Y también resulta extremadamente claro que la Iglesia eligió Argentina como «la principal destinataria» de dichos criminales.

«En aquellos países latinoamericanos en donde la Iglesia constituye un factor determinante o dominante, el Vaticano ha aplicado una presión que ha dado como resultado que las misiones extranjeras de dichos países adoptaran una actitud casi favorable a la entrada en su país de antiguos nazis y antiguos fascistas u otros grupos políticos, con tal de que fueran anticomunistas – afirmaba en 1947 un informe de la inteligencia estadounidense –. La justificación del Vaticano para su participación en este tráfico ilegal es simplemente la propagación de la fe. El deseo del Vaticano es ayudar a cualquier persona, independientemente de su nacionalidad o sus creencias políticas, con tal de que dicha persona pueda demostrar que es católica. Ésta, obviamente, constituye una actividad peligrosa desde un punto de vista práctico. El Vaticano justifica además su participación por su deseo de infiltrar no sólo en los países europeos, sino también en los latinoamericanos, gente de todas las creencias políticas con tal de que sean anticomunistas y pro Iglesia Católica.»[\[462\]](#)

Al menos la inteligencia estadounidense no se equivocaba cuando deducía que, a la hora de proporcionar un santuario a los nazis incriminados, la condición religiosa de los mismos no era negociable. En casi todas las solicitudes de pasaportes para nazis firmadas por Draganovic, Heinemann y Dömöter, la religión declarada era: «católica».

17 - ERICH PRIEBKE



Erich Priebke (ICRC)

EN 1948, Erich Priebke necesitaba desesperadamente un lugar donde esconderse. Su superior inmediato durante la guerra, el teniente coronel de las SS Herbert Kappler, acababa de ser condenado a cadena perpetua por un tribunal romano por el asesinato de 335 ciudadanos italianos en las Fosas Ardeatinas, una carnicería en la que Priebke había desempeñado un papel clave. Las unidades SS cometieron otras atrocidades en Roma. Entre ellas, la redada de más de 2.000 judíos romanos para su exterminio en Auschwitz, la apropiación de 50 kilogramos de oro de la comunidad judía de la ciudad, y la enorme cantidad de oro saqueada a la Banca d'Italia tras la ocupación nazi de Roma.

Priebke se había incorporado a las SS en 1936, a la edad de veintitrés años, después de haber estado trabajando desde los dieciséis en varios hoteles de Italia, Alemania y Gran Bretaña. Aunque su último destino había sido el Splanade de Berlín, precedido por el Savoy de Londres, su época más feliz fue la que pasó en los hoteles Savoia y Europa de Rapallo (Liguria). «Estos dos años en Italia fueron los más bellos de mi vida –recordaría mucho tiempo después—. Uno de los propietarios de estos hoteles era soltero y prácticamente me adoptó como su propio hijo, enseñándome muchas cosas de la profesión.» Gracias a su asombrosa aptitud para los idiomas, Priebke llegó a hablar el inglés y el italiano con fluidez.

Una vez en las SS, esta aptitud le valió el traslado a la oficina de la Gestapo que servía de enlace con los departamentos de policía extranjeros, reforzando su antigua relación con Italia. Cuando Mussolini visitó Alemania en 1937, Priebke formó parte de su guardia personal. Al año siguiente, el joven oficial de las SS fue uno de los traductores de Hitler en la visita que el Führer realizó a Mussolini, regresando de nuevo a Italia poco después con el mariscal Hermann Göring. Su carrera prosperó, y Priebke ascendió al puesto de jefe de su oficina de enlace en Berlín.

En 1940 el joven oficial se hallaba de nuevo en Italia, esta vez acompañando a Reinhard Heydrich, el iniciador de la «Solución Final» de Hitler. Cuando el agregado de policía de la embajada alemana en Roma, Herbert Kappler, pidió al general Heydrich que le asignara a un adjunto, éste envió a Priebke. Kappler era

considerado un «robot nazi», y recordaría años después que sus responsabilidades habían consistido en «explorar la estructura organizativa de la policía italiana, intercambiar información relativa al comunismo internacional, o, mejor dicho, a las organizaciones comunistas internacionales, y proporcionar información en los casos de espionaje político y militar que pudieran interesar a Italia y Alemania».

Priebke actuaba nominalmente como hombre de contacto con la policía fascista italiana, pero en secreto era el mediador entre los nazis y el Vaticano, siendo su principal intermediario un sacerdote alemán que hacía de vínculo con los nazis en nombre del papa. «Mi tarea consistía en manejar las relaciones con el Vaticano. Me ayudaba en ello el padre Pankratius Pfeiffer, con quien mantenía contacto en Roma durante la guerra», admitiría Priebke más tarde. Pero parece ser que el oficial de las SS y su esposa Alice tenían contactos en la Iglesia que se hallaban muy por encima del nivel de Pfeiffer y que, en última instancia, les valieron una audiencia con el propio obispo de Roma. «Nosotros somos profundamente religiosos, y en 1942 se nos concedió una audiencia privada con el papa Pío XII», revelaría en 1996, en una entrevista de prensa.^[463]

Mientras Mussolini permaneció en el poder, el teniente Priebke llevó una existencia relativamente tranquila. Pero cuando el Duce fue destituido por el Consejo Fascista Italiano, en 1943, «todo cambió». Los italianos se habían cansado de la guerra. Mussolini fue puesto bajo arresto en un lugar no revelado, y asumió el poder un gobierno proaliado dirigido por el mariscal Pietro Badoglio. El sueño fascista había terminado. Hitler reaccionó airadamente ante lo que consideró una muestra de ingratitud de Italia hacia Mussolini, ordenando marchar a las tropas alemanas sobre la Ciudad Eterna. Anticipándose a lo que se avecinaba, Priebke envió a su esposa y a sus dos hijos de regreso a su Berlín natal.^[464]

LOS NAZIS TOMAN ROMA

EL 10 DE septiembre de 1943 el general Albert Kesselring entraba en Roma. Cuatro días después, y con la sola excepción de las pocas manzanas de territorio Vaticano, toda la ciudad estaba en manos de Hitler. Kappler fue ascendido repentinamente a jefe de la Gestapo. Años después, Priebke afirmaría que tras la ocupación él había dejado de ser el segundo en la línea de comando tras de Kappler. Si bien es cierto que ahora se había puesto a un par de oficiales de las SS de rango superior a las órdenes de Kappler, Priebke, a la sazón de treinta años de edad y con tres de experiencia en Italia, podía jactarse de tener buenos contactos en Roma a los que no podían igualarse los de los nuevos capitanes. Asimismo, y según su expediente de las SS, él mismo era candidato para el ascenso a capitán, lo que hipotéticamente le ponía en pie de igualdad con los recién llegados. Priebke seguía siendo el oficial de Kappler más experimentado de Roma, y ahora ocupaba el tercer o cuarto lugar en la cadena de mando de la Gestapo. El sangriento trabajo de la Gestapo en Roma incluía el arresto, la tortura y la ejecución de comunistas y partisanos italianos.

Algunas fuentes alegan que Priebke habría tomado parte en la frenética búsqueda del paradero de Mussolini. Hitler había encargado al agente especial de las SS Otto Skorzeny que liberara al Duce y lo llevara a Berlín. Skorzeny se fue directamente a Roma, donde solicitó la ayuda de Kappler con el fin de reunir la información necesaria para localizar el lugar donde el gobierno de Badoglio había encarcelado a Mussolini. Más allá de si el excelente dominio del italiano de Priebke habría jugado un papel en la liberación del Duce, mediante una de las operaciones más arriesgadas de la guerra, el deseo de Hitler se vio cumplido.

El creador del fascismo fue rescatado de su confinamiento en el Gran Sasso por Skorzeny el 12 de septiembre. El comando de Hitler se lanzó silenciosamente en un planeador sobre la estación de esquí fortificada situada en los Apeninos, arrebató a Mussolini de manos de sus centinelas italianos, y se lo llevó apresuradamente a Austria en un pequeño avión Storch. Tras conducir a Mussolini a entrevistarse con Hitler, unos días después los alemanes le entronizaron como jefe del estado títere nazi de Salò, integrado por una porción de territorio de la Italia septentrional. Haya Priebke participado o no en estos trabajos de inteligencia, finalmente fue ascendido a capitán de las SS al final del año. Uno de los soldados que, según parece, también participaron en la operación fue Reinhard Kops. Irónicamente, sería éste quien a la larga revelaría la presencia de Priebke en Argentina en 1994. El héroe del rescate de Mussolini, Otto Skorzeny, llegaría a Argentina en 1949.^[465]

Tras apoderarse de Roma, los nazis fueron a la caza del tesoro. El 20 de septiembre de 1943 saquearon la Banca d'Italia (el banco central italiano), llevándose unos 118 lingotes de oro que presumiblemente se enviaron a Berlín. Pronto seguiría una búsqueda de riquezas mucho más sangrienta, mientras el III Reich ampliaba su Holocausto para incluir a los judíos italianos.

En algún momento de finales de septiembre se ordenó a Kappler que organizara el arresto y la deportación de 7.000 judíos de Roma. «Recuerdo especialmente un telegrama firmado por Himmler en el que se subrayaba la necesidad de resolver la Cuestión Judía también en la ciudad de Roma —relataría en 1961, cuando se le citó como testigo en el juicio de Adolf Eichmann, en Jerusalén—. Lo recuerdo porque en aquella ocasión oí hablar por primera vez de la expresión Endlösung der Judenfrage [Solución Final de la Cuestión Judía].»

Kappler empezó por el oro. Convocó a los líderes de la comunidad judía y pidió un rescate de 50 kilogramos del precioso metal. La colecta se inició el 27 de septiembre en la sinagoga de Roma, situada a orillas del Tíber. La recogida del oro pronto se convirtió en un acontecimiento público. Muchos romanos, tanto judíos como cristianos, donaron joyas y medallas. Una petición de ayuda al Vaticano, sin embargo, no logró arrancar más que una tímida oferta de «préstamo»; finalmente se alcanzó la cuota de Kappler sin echar mano de las arcas vaticanas.

El metal se fundió, y un comandante de las SS entregó diez lingotes a Ernst Kaltenbrunner en Berlín. Algunos testigos afirman que originariamente había doce lingotes, pero que dos de ellos desaparecieron en los bolsillos de Kappler. «Yo

envié el oro a Kaltenbrunner porque en aquel momento nuestros servicios de espionaje no tenían suficientes fondos y existía la urgente necesidad de proporcionarles más medios», explicaría Kappler durante el juicio de Eichmann. Kappler afirmaría que, magnificando el valor de los judíos como fuente de financiación para los nazis, confiaba en que podría retrasar su deportación. También sugirió a Berlín que los judíos de Roma podían ser una posible fuente de información sobre «la conspiración financiera judía internacional».

Poco después, Eichmann envió a Kappler a su representante personal, un especialista que había mostrado ya su particular entusiasmo al trabajar sobre la «Cuestión Judía» con los agregados de policía de Francia y Bulgaria. El capitán de las SS Theodor Dannecker llevaba una orden escrita para la «operación de busca y captura de judíos» firmada por el jefe de la Gestapo, el general de las SS Heinrich Müller. Ahora se iniciaba en serio la caza humana. Las noticias de la inminente catástrofe se habían difundido ya por toda la ciudad, y mucha gente logró esconderse. De todas formas, entre el 16 y el 17 de octubre se capturó a más de 1.200 personas. Tras liberar a los ciudadanos extranjeros y a los hijos de los matrimonios mixtos, unos 1.000 judíos romanos fueron embarcados en un tren con destino a Auschwitz. Hasta la liberación de Roma por los aliados, ocho meses después, las deportaciones continuaron, mientras la búsqueda casa por casa conducía al descubrimiento de más judíos ocultos. Un total de unos 2.100 hombres, mujeres y niños fueron enviados desde Roma a morir en campos de concentración nazis mientras Kappler fue jefe de la Gestapo en dicha ciudad.

A lo largo de toda la operación («desde octubre hasta mayo de 1944», según su propio relato), Priebke controló la línea –abierta, pero ahora extrañamente muda– con el Vaticano. No llegó ningún mensaje secreto del papa Pío XII. Ni una sola declaración pública salió de los labios del Santo Padre sobre el genocidio que estaba ocurriendo literalmente ante sus propias puertas. (El 4 de noviembre de 1943 Priebke se había reunido con el padre Pfeiffer para tranquilizar al Vaticano asegurándole que las SS no entrarían en las instituciones religiosas en busca de «fugitivos», dándole así luz verde para conceder refugio a los judíos dentro de sus reducidas fronteras.) En total, durante la ocupación alemana fueron deportados desde Italia 7.500 judíos, de los que sólo volvieron poco más de 600.[\[466\]](#)

LAS FOSAS ADREATINAS

PRIEBKE participó en la matanza de las Fosas Adreatinas, el crimen nazi que mayor eco tendría en la Italia de la posguerra. Priebke actuaba ahora desde el cuartel general de la Gestapo, un centro de detención y tortura situado en un anodino bloque de pisos moderno de la Via Tasso (actualmente el Museo de la Liberación de Roma), sólo a unas manzanas de la embajada alemana. La calle estaba bloqueada por barricadas y soldados de las SS, y dentro se habían encajado unas cuarenta celdas provisionales que albergaban a partisanos italianos, comunistas y judíos. Las víctimas de la Gestapo llenaron sus muros de graffiti que

proclamaban: «¡Viva Italia!».

A pesar de todos sus horrores, para algunos desafortunados prisioneros Via Tasso no fue más que una muestra, antes de su deportación, del infinitamente más sombrío campo de concentración de Auschwitz. Priebke negó siempre su participación en sesiones de tortura, aunque otras fuentes afirman lo contrario. «Se puede afirmar sin ninguna duda que Priebke desempeñó un papel primordial en el mando alemán de Via Tasso, participando en operaciones policiales, arrestos, interrogatorios y torturas», sentenció el tribunal militar romano que le juzgó el 22 de julio de 1997. Priebke también ha negado versiones de que los nudillos de cobre fueran su instrumento preferido. De cualquier manera los tecnificados torturadores nazis de Via Tasso aplicaban corrientes eléctricas a los genitales de sus víctimas. Durante la ocupación alemana, y como intermediario entre Via Tasso y el Vaticano, Priebke se encargó de las peticiones de clemencia transmitidas por el padre Pfeiffer. El sacerdote alemán «solía interceder en favor de ciertos detenidos, y logró que Kappler liberara prisioneros», recordaría Priebke décadas después.

El 23 de marzo de 1944, una compañía de soldados alemanes que marchaban por la Via Rassa de Roma sufrió un atentado con una bomba colocada por partisanos comunistas, con el resultado de 33 víctimas mortales. Priebke estaba en su oficina de Via Tasso cuando supo la noticia. La respuesta de Hitler fue inmediata y letal: «Por cada soldado alemán habían de morir diez italianos», relataría el propio Priebke en 1994. Hitler quería que la orden se ejecutara en el plazo de veinticuatro horas. Para satisfacer aquella cuota Priebke rastreó en los archivos de Via Tasso con la idea de encontrar a 330 italianos que hubieran sido condenados a muerte por los alemanes y estuvieran aguardando su ejecución. «Durante toda la noche estuvimos examinando los registros, y no pudimos hallar suficientes personas para llegar a la cifra requerida», explicaría Priebke a los aliados que le interrogaron en 1946. Se realizó una nueva búsqueda, esta vez de personas a las que se hubiera arrestado, pero que aún no hubieran sido condenadas. La cifra total seguía resultando demasiado pequeña. Finalmente se cubrió la diferencia con 73 judíos que esperaban su deportación y 50 presos de las cárceles de la ciudad que proporcionó el jefe de policía de Roma, Angelo Caruso. Priebke niega haber participado en la selección de judíos. Parece ser que el padre Pfeiffer le suplicó a Priebke que cancelara la represalia.

Al día siguiente, 24 de marzo, Kappler, Priebke, 90 soldados y unos 12 oficiales nazis llevaron a las víctimas escogidas a una de las entradas de las denominadas Fosas Ardeatinas, una antigua cantera abandonada situada en las afueras de Roma. Las víctimas tenían entre catorce y setenta y cinco años de edad, y constituían una muestra representativa de toda la sociedad romana, desde banqueros hasta camareros, desde músicos hasta combatientes de la resistencia. Priebke leyó en voz alta los nombres de su lista mientras eran arrastrados hacia la oscura boca de la cueva. La matanza se inició a las tres en punto de la tarde.

«A todos se les ataron las manos a la espalda con una cuerda, y a medida que se leían sus nombres iban entrando en la cueva en grupos de cinco – relataría

Priebke a los aliados que le interrogaron el 28 de agosto de 1946—. Yo entré con el segundo o el tercer grupo y maté a un hombre con una pistola automática italiana, y hacia el final maté a otro con la misma pistola. Las ejecuciones terminaron cuando ya oscurecía. Durante la tarde, algunos oficiales alemanes vinieron a la cueva, y tras los fusilamientos se hizo explotar ésta.»

El verdadero alcance de aquel horror no se revelaría hasta después de la liberación de Roma, cuando se abrió la cueva y los expertos forenses italianos iniciaron su tarea. Se encontraron un total de 335 cadáveres, cinco más de los que exigiera la orden de Hitler. ¿Por qué? Como se demostraría en los juicios que siguieron, los hombres de las SS, normalmente tan eficientes, habían hecho mal las cuentas. Al descubrir el error, Kappler tuvo una charla con sus oficiales. Se decidió que no se podía dejar vivir a los cinco hombres de más, dado que habían sido testigos de lo ocurrido. A última hora de la tarde Kappler se vio obligado a repartir alcohol entre sus verdugos, que ya no podían soportar la visión de aquel creciente montón de cuerpos sin vida dentro de la cueva. A medida que el alcohol empezó a hacer efecto fueron perdiendo la puntería: los expertos forenses hallaron que varias víctimas habían sufrido múltiples heridas de bala no mortales en lugar de un tiro limpio en la nuca, y que, debido a ello, habrían sufrido una muerte lenta entre la pila de cadáveres.[467]

La matanza de las Fosas Ardeatinas, supuestamente destinada a reafirmar la autoridad de los nazis, fue en realidad la cruel bravata de un invasor que estaba a punto de huir. El 4 de junio de 1944, los aliados entraron en Roma y expulsaron a los alemanes de la ciudad. Huyendo de las victoriosas tropas británicas y estadounidenses, Priebke se retiró a Verona. Allí continuó sirviendo a la Gestapo hasta el 31 de agosto de 1944, cuando, según su expediente de las SS, recibió una llamada personal urgente de Himmler convocándole a Berlín para una misión no especificada. Se ha especulado mucho sobre esa llamada. Priebke afirmaría en una entrevista de prensa, en 1996, que fue a acompañar a un pariente de Mussolini que necesitaba ser internado en un hospital alemán. Pero hay otras versiones, que Priebke niega, según las cuales participó en la redada de judíos realizada en Italia durante el último período de la guerra. Dichas fuentes sugieren que firmó órdenes de deportación para al menos dos judíos italianos, Isaac Tagliacozzo y Mario Sonnino, y que ya en 1940 había sido asignado al departamento de «Asuntos Judíos» de Adolf Eichmann, aunque su expediente de las SS no respalda tales afirmaciones. En cualquier caso, en noviembre Priebke se hallaba de nuevo en Italia, ahora en Bolzano, donde residía en el número 250 de la Via Diaz.[468]

PRIEBKE BAJO ARRESTO

TRAS el fin de la guerra, el 13 de mayo de 1945, Priebke fue detenido y llevado al campo de prisioneros de Afragola. Allí, en agosto de 1946, se le interrogó sobre su papel en la matanza de las Fosas Ardeatinas. Más tarde se le trasladó al campo de Rimini, en el Adriático, comandado por los británicos.

Durante esos meses, la matanza de las Fosas Ardeatinas se convirtió en una especie de pararrayos de gran parte de la rabia contenida de los italianos contra sus antiguos ocupantes nazis. Las revelaciones sobre el caso aparecían permanentemente en las noticias, y la mayoría de los oficiales alemanes implicados estaban encarcelados y a la espera de juicio. Priebke fue uno de los pocos que evitaron ese destino.

Por increíble que parezca, los comandantes de Rimini ignoraron la orden de arresto dictada por Italia a nombre de Priebke el 25 de noviembre de 1946, sólo tres meses después de su interrogatorio, y se abstuvieron de entregarle a la justicia italiana a pesar de que había sido perfectamente identificado y de que había admitido lisa y llanamente su crucial participación. Durante la celebración de la nochevieja en el campo, aprovechándose del estado de embriaguez de sus guardianes británicos, el capitán de las SS atravesó la alambrada. Luego corrió directamente a los brazos de la Iglesia Católica, tal como el propio Priebke relataría en Argentina, en 1995, antes de su extradición a Italia: «Conseguimos escapar cinco personas, tres suboficiales, otro oficial y yo. Fuimos al palacio del obispo, y allí comenzó en verdad nuestra fuga».[469]

Las fugas constituían un hecho rutinario en Rimini. «Cada noche había fugas de aquel campo, ya que éramos 200.000 soldados alemanes –diría Priebke en otra entrevista, en 1996–. Yo tomé el tren hacia Vipiteno, donde me reuní con mi esposa, comprando el billete aquella noche en la estación y cambiando de tren en Bolonia. Al principio estaba asustado, es cierto. Nos quedamos allí dos años [...] Pero nadie vino a arrestarme.»[470]

ARGENTINA

AQUEL tranquilo reencuentro en el Alto Adigio, después de que su esposa y sus dos hijos hubieran vivido el final de la guerra en un Berlín devastado por las bombas, resultaba demasiado bucólico para que durara mucho. Durante el año 1948, las revelaciones surgidas del juicio de las Fosas Ardeatinas siguieron propagándose por toda Italia. Tras la conmoción provocada por la condena de Kappler, no cabía duda de que lo más prudente era empezar una nueva vida en otra parte. «La ayuda vino de un padre franciscano cuyo nombre no recuerdo. Me dijo que no podía enviarme a Alemania, pero que podía ofrecerme Argentina. Yo le dije que de acuerdo, y partí hacia Génova», relataría Priebke al periódico italiano La Repubblica casi cincuenta años después.[471]

Ahora era posible la fuga gracias a que en algún momento del verano de 1948, mientras Fuldner repartía permisos de desembarco en la oficina de la DAIE en Génova, en la Dirección de Migraciones de Buenos Aires se presentó una solicitud para Priebke con el alias de Otto Pape. Como por arte de magia, el mismo día se presentaba otra solicitud para el también oficial de las SS y médico de Auschwitz Josef Mengele. Como ya hemos visto, las solicitudes de permisos de desembarco para los dos criminales llevaban números de expediente consecutivos,

el 211712/48 y el 211713/48, y ello en un momento en el que cada día se abrían más de 500 nuevos expedientes en Migraciones. Dado que los documentos vitales aparentemente ya no existen, puede que resulte imposible determinar exactamente cómo se canalizaron dichas solicitudes. Una suposición con cierto fundamento, basada en las investigaciones realizadas para este libro, sería la de que Fuldner las cablegrafió juntas desde Génova a la oficina de Freude en la Casa Rosada, lo que habría dado como resultado la numeración consecutiva cuando Migraciones abrió los expedientes en Buenos Aires. Cualesquiera que fueran los verdaderos detalles, el panorama general resulta evidente. Si hay un punto, más que ningún otro, en el que la organización de rescate de nazis de Perón se parece a la ficticia Odessa de la narrativa y el cine, sin duda es el momento en el que estos dos notorios criminales de las SS obtuvieron simultáneamente sus papeles.[472]

El 26 de julio de 1948, la Comisión Pontificia para la Asistencia en Roma expidió un documento de identidad vaticano para Priebke (PCA 9538/99) a nombre de Pape, su alias. El mismo día, dicho documento de identidad se utilizó para conseguirle un pasaporte de la Cruz Roja. «El problema era que no podía viajar con mi pasaporte, y para eso me ayudó en el Vaticano el obispo Alois Hudal quien me entregó un pasaporte en blanco con la insignia de la Cruz Roja», relataría más tarde. Cuando se reveló la presencia de Priebke en Argentina, en 1994, el historiador oficial del Vaticano confirmó la ayuda del obispo austríaco: «Tal vez Priebke contactó con monseñor Hudal, quien, al ser amigo de los nazis después de la guerra, es posible que escribiera una carta al embajador de Perón», diría el padre jesuita e historiador Robert Graham. El portavoz del Vaticano admitió también que Hudal pudo haber proporcionado «dinero y cartas de recomendación» al capitán de las SS, como hizo sin duda con otros criminales de guerra.[473]

La siguiente parada de Priebke antes de subir al barco habría sido el consulado argentino, con el fin de conseguir un visado estampado en su pasaporte de la Cruz Roja. Luego no tenía más que realizar la obligada visita a la oficina de la DAIE, en el número 38 de la Via Albaro, donde médicos argentinos realizaban chequeos a los futuros emigrantes. Algunos VIP y criminales nazis pudieron eludir aquel último obstáculo, mientras que otros acudieron acompañados del sacerdote croata Krunoslav Draganovic, el salvador de nazis del Vaticano vinculado a Argentina.[474]

La familia de «Pape» se embarcó en el vapor *San Giorgio*, en el puerto de Génova, el 23 de octubre de 1948, viajando en tercera clase y llegando a Buenos Aires tres semanas después. Al desembarcar Priebke declaró que su profesión era la de «mayordomo». En realidad, su primer empleo en Buenos Aires fue de friegaplatos en un hotel. Más tarde pasó a servir mesas en el restaurante Adam, donde se servía cerveza alemana las veinticuatro horas del día.[475]

DE PAPE A PRIEBKE

UN GRAN número de criminales de guerra y antiguos colaboracionistas del

entorno de Perón habían sido rescatados de Europa con una «documentación deficiente», y estaban viviendo bajo sus alias. Debido a ello, en julio de 1949, y con el fin de atar este cabo suelto concreto en su política de inmigración de nazis, Perón concedió una «amnistía general» para los extranjeros que habían entrado «ilegalmente» en el país. Prescindiendo del Congreso y utilizando, en su lugar, el tipo de decreto presidencial del que su agente Smolinski se había jactado ante el jefe de la policía suiza Rothmund, Perón puso los documentos de identidad argentinos a disposición de todo el mundo.

El procedimiento no podía ser más sencillo: sin preguntas embarazosas sobre las responsabilidades durante la guerra, y sin cláusula alguna relativa a los antecedentes, los cambios de nombre se concedían a la sola firma. El único requisito era contar con dos testigos y algún documento que demostrara que se había entrado en el país antes de la fecha límite, que se había establecido en el 8 de julio de 1949. Públicamente presentado como un gesto humanitario hacia todos los inmigrantes, los auténticos beneficiarios del decreto fueron los fugitivos nazis que habían viajado de incógnito, un ardid raramente empleado por los inocentes refugiados de guerra. (Mientras que los historiadores peronistas tienden a argumentar que el decreto favorecía a los judíos, un paciente examen de las listas de pasajeros en Migraciones, donde se registraron los cambios de nombre, reveló pocos cambios de nombres para los refugiados, pero una gran abundancia de ellos para los criminales de guerra y colaboracionistas.) En cualquier caso, no se tomó ninguna precaución para diferenciar entre ambas categorías, lo que inclinó la balanza en favor de los nazis.[476]

Pronto, un enjambre de ansiosos candidatos hacían cola en Migraciones para reclamar sus verdaderas identidades. Para guiarles en los trámites se encontraban con un cordial y simpático funcionario que sin duda se conocía todos los trucos. El criminal de guerra Jan Durcansky había entrado él mismo en Argentina bajo un alias, que más tarde había cambiado de nuevo por su verdadero nombre. Ahora ayudaba a muchos recién llegados a hacer lo mismo en Migraciones. Entre quienes recuperaron su verdadera identidad se hallaba Otto Pape, quien a tal fin, el 6 de octubre de 1949, declaró que había «vivido en la embajada alemana en Roma hasta el final de la guerra y había partido hacia la República Argentina gracias a la intercesión de las organizaciones católicas». Priebke presentó su pasaporte de la Cruz Roja expedido a nombre de Pape, así como su verdadero pasaporte ministerial alemán, el número 249, expedido en Berlín en 1941. El director de Asuntos Legales de la Dirección de Migraciones, que firmó el cambio de nombre del capitán de las SS, observó ambos documentos sin parpadear siquiera.[477]

BARILOCHE

EN 1954, Priebke dejó la multitudinaria Buenos Aires y se trasladó junto con su familia a la pacífica población de Bariloche, un tranquilo centro turístico y de

esquí situado en la región meridional de Patagonia y célebre por su parecido con Suiza. Bariloche se había convertido en la meca de los fugitivos nazis de todo el mundo. El ayudante de Hudal, Reinhard Kops, se había establecido allí, fundando una empresa editorial que enviaba por correo literatura nazi a todos los rincones del planeta. También Freude tenía allí una casa, y se rumoreaba que Josef Mengele iba a menudo de visita. No muy lejos, al otro lado de los Andes, otros fugitivos nazis se ocultaban en Chile, un país equiparable a Argentina a la hora de ofrecer hospitalidad a criminales.

En Italia, Kappler seguía cumpliendo su cadena perpetua, pero a efectos prácticos Priebke había sido olvidado. Ignorante de su presencia en Argentina, a principios de la década de 1960 el tribunal militar italiano que había visto el juicio de Kappler archivó «provisionalmente» el caso contra el capitán de las SS fugitivo. Priebke prosperaba. Viajaba frecuentemente, a Italia, Alemania y Estados Unidos, renovando periódicamente su pasaporte en la embajada alemana en Buenos Aires. Pronto, Erich Priebke se convirtió en «Don Erico» para sus vecinos argentinos. Se le consideraba un ciudadano modelo, y era un personaje público respetado, director de la Asociación Cultural Germano-Argentina de Bariloche, así como de su Escuela Alemana, que presumía de contar con 1.000 estudiantes, algunos de ellos judíos. Los fiambres que vendía en su charcutería «Viena» eran los mejores de la ciudad.

Su papel en la matanza de las Fosas Ardeatinas era del dominio público. El propio Priebke lo admitía abiertamente ante cualquiera que se molestara en preguntárselo, manteniendo siempre su versión de que él sólo había matado a dos hombres. Incluso confirmó su participación en un libro de gran éxito publicado en Buenos Aires, en 1991, por el escritor de Bariloche Esteban Buch. En él, Priebke prefería rememorar su llegada a Argentina antes que la ocupación nazi de Roma. «En aquellos días Argentina era una especie de paraíso para nosotros –le diría Priebke a Buch—. Desde que estoy aquí nadie ha dicho una sola palabra sobre política. Es un tema completamente tabú, y así es como se comporta nuestra gente.»^[478]

PRIMETIME

PERO todo eso cambió drásticamente a principios de 1994, cuando llegó a Argentina un equipo de la televisión estadounidense buscando a Reinhard Kops. El Centro Wiesenthal había descubierto que el antiguo colaborador de Hudal vivía en Bariloche, y había alertado al programa de noticias Primetime, de la cadena norteamericana ABC. Acosado por el renombrado periodista estadounidense Sam Donaldson, Kops, presa del pánico, traicionó a su camarada, indicando a Donaldson que, en lugar de ir tras él, debería perseguir a Priebke, un auténtico criminal de guerra. El equipo abordó a Priebke, a la sazón un hombre de ochenta años sorprendentemente vigoroso, cuando éste se dirigía hacia su coche llaves en mano, en una tranquila calle de Bariloche. Donaldson le planteó al ex capitán de las SS los hechos de la matanza de las Fosas Ardeatinas. Priebke confirmó

imprudentemente su participación ante las cámaras, admitiendo que había matado a dos italianos. «Aquellas cosas ocurrían, ¿sabe usted? –le dijo Priebke sin inmutarse en perfecto inglés—. En aquella época una orden era una orden, joven. ¿Entiende?»[479]

La emisión de Priebke admitiendo los hechos sin ambages en la televisión estadounidense provocó un clamor internacional. El vicecónsul italiano en Bariloche, que siempre había sabido de la presencia de Priebke, pero nunca había tenido el valor de informar de ello, renunció avergonzando a su puesto. En mayo llegó a Buenos Aires una demanda de extradición de Italia, y en noviembre de 1995 Priebke fue trasladado en un avión de regreso a Roma para ser finalmente encarcelado cincuenta y un años después de los hechos. Los policías argentinos que habían vigilado su arresto domiciliario en espera de la extradición le abrazaron con lágrimas en los ojos al pie de la escalerilla del avión.[480]

Luego vinieron una serie de juicios y apelaciones hasta el 7 de marzo de 1998, en que Priebke fue condenado a cadena perpetua, que habría de cumplir bajo arresto domiciliario. Durante el juicio la Iglesia Católica le proporcionó protección una vez más, admitiéndole, bajo custodia policial, en el monasterio de San Buenaventura, en las afueras de Roma. La prensa internacional publicó la noticia de que el monasterio había alojado a varios criminales nazis en el período de la posguerra, incluyendo a Adolf Eichmann.[481]

Durante todo este tiempo Priebke se mantuvo completamente lúcido, aunque algo desconcertado e inconsciente de lo que estaba en juego. Ante los jueces italianos presentó su acreditación como «miembro vitalicio del Automóvil Club Argentino» como prueba de su carácter. «Yo no he sido nunca antisemita –declaró—. Crecí en Berlín, donde tenía amigos judíos, y la mejor amiga de mi esposa era judía.» Tales afirmaciones venían de un hombre que había sido miembro de las SS durante nueve años, miembro del Partido Nazi durante doce, y que participó en una masacre en la cual murieron 73 judíos para cubrir la cuota de Hitler en las Fosas Ardeatinas.[482]

En una embarazosa coletilla, una vez que Italia hubo solicitado el arresto de Priebke en Argentina, Alemania presentó, tardíamente, su propia demanda de extradición. Pronto se supo que los tres fiscales decanos de la unidad de crímenes de guerra de Dortmund que llevaban los expedientes sobre el caso Priebke entre 1947 y 1973 habían sido miembros del Partido Nazi durante la guerra. En 1996, el fiscal decano de Dortmund Hermann Weissing admitió avergonzado que su unidad había dispuesto siempre de los documentos necesarios para acusar al capitán de las SS. Concretamente, disponían de las pruebas desde el juicio de 1948 en Roma. Pero los documentos italianos se habían archivado en 1971 sin haber sido traducidos o evaluados siquiera. «Yo siempre he vivido con mi verdadero nombre sin esconderme de nadie –declararía Priebke acertadamente en una entrevista con la prensa italiana, en 1996—. Si hubieran querido arrestarme, podrían haberlo hecho en cualquier momento.»[483]

18 - GERHARD BOHNE



Gerhard Bohne

EL MÁS claro ejemplo de un nazi responsable de crímenes contra la humanidad trasladado a Argentina disfrazado de «técnico» para la industria militar de Perón fue el del doctor Gerhard Bohne, un oficial de las SS que desempeñó un destacado papel en el programa de eutanasia de Hitler. Curiosamente, se trata también de uno de los pocos casos en los que se prescindió de la formalidad del «Permiso de Desembarco». El hecho de que, tras desembarcar en Buenos Aires, el especialista en eutanasia fuera directamente al apartamento de Carlos Fuldner quizás explique aquel trato especial. Además, Bohne es uno de los pocos criminales nazis que han admitido abiertamente que los ayudantes de Perón le proporcionaron «dinero y documentos de identidad».[484]

El año de su accesión al poder, 1933, Hitler impuso la esterilización obligatoria de las personas que sufrían lo que los nazis consideraban enfermedades hereditarias. La lista abarcaba la deficiencia mental congénita, la esquizofrenia, la depresión maníaca, la epilepsia, la enfermedad de Huntington, la ceguera, la sordera, las anomalías físicas graves y el alcoholismo crónico. Se ha dicho que durante el III Reich se esterilizó alrededor de dos millones de personas por orden de Hitler. A finales de la década, la prensa nazi había publicado una gran cantidad de propaganda indicando cuál era el coste exacto de cuidar a las personas mental y físicamente discapacitadas. Los nazis trataban de condicionar a la población para que creyera que los recursos del estado se podían emplear mejor en otras cosas. ¿Y cuál era la solución más rápida y económica?: el exterminio.

El plan para el asesinato de los enfermos incurables recibió el nombre clave de «Aktion T4», y se gestionó desde las oficinas de la Cancillería de Hitler, en el número 4 de Tiergarten. El doctor Werner Heyde era el responsable del departamento médico, mientras que los detalles administrativos corrían a cargo del doctor Bohne, un doctor en Derecho de algo menos de cuarenta años, que se convirtió en director del RAG, el Grupo de Trabajo de Sanatorios y Asilos del Reich. La «capacidad de exterminio» del RAG se estableció en 70.000 personas, lo que se calcula que representaba el 20 % de todos los internos de sus «hogares». A los pacientes elegidos para ser exterminados se les decía que se les iba a llevar a las

duchas; luego se les despojaba de sus ropas y se les metía en cámaras de gas instaladas en las propias instituciones, donde posteriormente se quemaban sus cuerpos. Al final, Bohne estuvo muy cerca de cumplir su objetivo. En agosto de 1941, cuando se canceló el plan Aktion T4, un total de 62.273 alemanes con enfermedades incurables, pacientes mentales y otros ciudadanos discapacitados habían sido entregados a las cámaras de gas del RAG. El programa de eutanasia de Hitler había constituido una prueba piloto para los campos de exterminio masivo de las SS, donde con frecuencia trabajarían los veteranos del T4. Pero el hecho de que los jefes del Aktion T4 no supieran mantener su trabajo en secreto provocó una oleada de desaprobación pública. El plan resultó ser una empresa demasiado desagradable de digerir incluso para la Alemania nazi. En consecuencia, se tuvo que cancelar antes de que Hitler pudiera realizar su plan de eliminar a todos los ciudadanos «genéticamente dañados».

Dejado solo al timón de un navío sin rumbo, el puntilloso Bohne cayó en desgracia en julio de 1943, después de haber enviado un informe a sus superiores nazis en el que acusaba al RAG de tráfico de oro, fraude, corrupción y de maniobras en el mercado negro. Bohne sostenía que el «Grupo de Trabajo» únicamente se mantenía vivo en aras del enriquecimiento personal de sus directivos. Las SS y el Partido Nazi, aunque admitieron la validez de algunas de las acusaciones de Bohne, adoptaron la postura de considerar inaceptable el hecho de que las hubiera divulgado, y de que tal hecho revelaba un grave defecto de carácter. Los peces gordos nazis fruncieron el ceño ante la incapacidad de Bohne para guardar un secreto, y les molestó que hubiera dado una mala imagen del sistema nazi. Así, el experto en eutanasia fue expulsado del partido, y Hitler recomendó que se le expulsara también de las SS.^[485]

RUMBO A LA ARGENTINA

FINALMENTE se envió a Bohne al frente, donde fue capturado por las tropas estadounidenses. Al final de la guerra, y sin que se hubieran descubierto sus crímenes contra la humanidad, el «doctor» fue liberado y pronto reanudó su práctica jurídica en Düsseldorf. Dado su pasado, aquella no era una posición con futuro, y en 1948 la organización de rescate de Perón se puso en contacto con él. En aquella época Fuldner se desplazaba constantemente entre Italia, Suiza y Austria organizando el transporte de expertos aeronáuticos nazis para la Fuerza Aérea argentina. Durante el año 1947, Perón había conseguido llevarse al director de la fábrica Focke-Wulf de Bremen, Kurt Tank, fuera de Alemania a través de Dinamarca, antes de que el gobierno danés cerrara aquella ruta. Una vez en Argentina, Tank reemplazó rápidamente al criminal de guerra francés Émile Dewoitine como nuevo jefe del proyecto del jet de combate de Perón. Una de las condiciones que puso Tank era que se había de llevar a Argentina a sus principales auxiliares del otro lado del atlántico para que le ayudaran en la tarea.

En la primavera de 1948, el experto aeronáutico Hans-Gerd Eytting recibió la

visita en Alemania de antiguos colegas de la Focke-Wulf, que le invitaron a trabajar con Tank en Argentina. Para acelerar la llegada de los expertos, Fuldner había acudido al padre Draganovic. Eyting y otros dos ingenieros aeronáuticos pronto se pondrían en camino. Tal como relataría el propio Eyting en 1990, su primer contacto fue un tal «doctor Bohne» en Munich, casi con toda seguridad Gerhard Bohne. El buen doctor envió al trío a una taberna croata de la ciudad, donde les aguardaba un hombre misterioso con un abrigo de cuero, que se presentó como Lavic. Este agente croata había logrado sobornar a los funcionarios estadounidenses de un puesto fronterizo, y llevó a los «técnicos» nazis a través de la frontera austríaca hasta Salzburgo en jeeps conducidos por soldados norteamericanos. Allí les alojó en un hotel y les proporcionó pasaportes de la Cruz Roja para croatas «desplazados», firmados personalmente por Draganovic, que contenían permisos de residencia italianos para cada uno de ellos. Lo único que tuvieron que hacer los alemanes fue pegar sus fotografías en los pasaportes y firmar con sus (falsos) nombres. Eyting se convirtió en Antonio Kohavic.

El grupo siguió a través de Milán y Génova hasta Roma, donde fue acogido por Ivo Omrcanin, un antiguo funcionario de la Ustasa que hablaba un perfecto alemán. A pesar de las protestas del gobierno italiano ante las potencias occidentales respecto a sus actividades, Omrcanin seguía siendo la mano derecha de Draganovic e incluso se entrevistó con el papa Pío XII en 1946. Muchos años después se establecería en Washington y afirmaría haber enviado a «miles» de científicos y técnicos alemanes por la ruta de fuga a Sudamérica.

Eyting y sus compañeros se alojaron en un convento de monjas croatas, el de Centocelle, en las afueras de Roma, donde se les unieron otros «técnicos». Todos ellos habían salido de Alemania por mediación de Lavic y utilizando rutas similares. Finalmente, los expertos aeronáuticos embarcaron en un DC4 Skymaster perteneciente a FAMA, la compañía aérea de Perón, con rumbo a Buenos Aires, haciendo escala en Roma, Madrid, Casablanca, Dakar, Natal y Río de Janeiro. En el aeropuerto acudió a recibirles August Siebrecht, un antiguo espía nazi con el que Perón había trabado amistad en Chile, en la década de 1930, y que ahora formaba parte de la rama argentina de la organización de rescate.[486]

Aunque Bohne había partido inicialmente con el grupo de Eyting, era evidente que sus habilidades en el campo de la eutanasia se requerían con menos urgencia que los conocimientos de construcción de aviones de sus compañeros de viaje. No estuvo, pues, entre los afortunados que volaron por cortesía de la compañía aérea de Perón. En lugar de ello, y mientras el resto del grupo despegaba de Roma, donde se había alojado junto con su hermana Gisela en el número 27 de la Via Glicini, a él se lo envió a Génova. Para entonces disponía ya de un pasaporte de la Cruz Roja expedido a su verdadero nombre en Roma, el 24 de agosto de 1948, apenas un mes después de que dicho organismo le hubiera proporcionado un pasaporte a Priebe bajo el alias de Pape. Al igual que la de Priebe, su solicitud contaba con el respaldo de la Pontificia Comisión para la Asistencia; además, estaba firmada por Draganovic.[487]

Tras haber sido conducidos, presumiblemente por la organización de Fuldner, a través del laberinto de los trámites administrativos argentinos necesarios para la partida, el 7 de enero de 1949 Bohne y su hermana fueron recibidos en el consulado argentino en Génova por el diplomático Pedro Solari Capurro. El cónsul les ayudó a rellenar los cuestionarios del Certificado de Identificación y procedió a estampar los visados en sus pasaportes. Había poderosas influencias en juego, ya que ninguno de los dos miembros de la familia Bohne podía presentar el obligatorio «Permiso de Desembarco» argentino, o, siquiera, un número de expediente de Migraciones. De todos modos se les concedió la residencia permanente. En el apartado «Personas a las que conoce en Argentina», el cónsul escribió en ambos casos: «Secretario Aeronáutico», es decir, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, Bartolomé de la Colina, uno de los participantes habituales en las reuniones de nazis con Perón en la Casa Rosada.[488]

Concluidas las formalidades, Bohne y su hermana se embarcaron en primera clase en el transatlántico italiano Ana C, llegando a Buenos Aires el 29 de enero de 1949. En la lista de pasajeros del barco, Bohne declaraba como lugar de su futura residencia el número 2484 de la calle de Peña, cuarto piso, apartamento «A». Se trataba de la misma dirección que la policía de Berna había identificado como la de Carlos Fuldner durante su investigación de las actividades de éste en Suiza unos meses antes. La «coincidencia» prueba, sin lugar a dudas, que Fuldner estaba implicado en el rescate no sólo de «técnicos» aeronáuticos alemanes, sino también de nazis responsables de importantes crímenes contra la humanidad.[489]

«Por casualidad yo había entrado en contacto con una organización dirigida por un sacerdote católico, responsable del transporte ilegal a Argentina de los más diversos expertos por encargo del gobierno de aquel país –relataría el propio Bohne en 1959–. Yo mismo viajé a dicho país con el grupo de ingenieros que había pedido el constructor aeronáutico profesor Tank.»[490]

HANS HEFELMANN

BOHNE no fue el único criminal vinculado a Aktion T4 que halló refugio en Argentina. Poco antes que él, el 19 de noviembre de 1948, había llegado a Buenos Aires uno de los primeros participantes en el plan de Hitler para mejorar la dotación genética de Alemania. El doctor Hans Hefelmann siguió la ruta habitual empleada por Fuldner para sacar clandestinamente nazis de Alemania. Primero fue conducido a Austria, donde la organización de la Iglesia Católica Cáritas Internacional, que en aquellos asuntos trabajaba en estrecha colaboración con la Dirección de Migraciones argentina, se cuidó del papeleo del viaje. De allí pasó a Génova por la ruta de los monasterios, contando con el respaldo del obispo de Innsbruck, Heinrich Wienken. Al igual que Bohne, llegó a Argentina con su verdadero nombre.

Hefelmann había sido uno de los principales líderes de la ultrasecreta

Kanzlei des Führer (KdF), que actuaba públicamente a través del «Comité del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Graves Hereditarias y de Base Genética». Dicho comité estableció un sistema por el que se dio instrucciones a las comadronas de informar de todos los bebés nacidos con deformidades o evidencias de debilidad mental y, por tanto, considerados no aptos para vivir. A la larga Hefelmann se hizo cargo de la Sección IIb, la sección de «muerte compasiva» del programa de eutanasia de Hitler, antes de que la resistencia civil obligara al Führer a cancelar el plan Aktion T4. «Los líderes nazis se enfrentaban a la perspectiva de tener que encarcelar a clérigos y a otras personas prominentes y muy admiradas que protestaban –una decisión cuyas consecuencias en cuanto a una reacción pública adversa temían sobremanera–, o bien poner fin al programa», testificaría Hefelmann durante el juicio del jefe del departamento médico de Aktion T4, Werner Heyde, en la década de 1960.

El colapso de Aktion T4 dejó una puerta abierta por la que las SS se precipitaron a los asesinatos en masa. «Si la operación T4 se hubiera confiado a las SS, las cosas habrían ido de otro modo –se jactaba Himmler en aquel entonces, según el testimonio de Hefelmann—. Cuando el Führer nos manda un trabajo, sabemos cómo hacerlo correctamente, sin causar un alboroto inútil entre la gente.»^[491]

EL PRIMER EXTRADITADO

COMO muchos otros nazis establecidos en Argentina, Bohne y Hefelmann regresaron a Alemania cuando Perón fue derrocado por un golpe militar, en 1955, temerosos de verse desprotegidos sin él. Pero descubrirían que aquello era huir del fuego y caer en las brasas: en su país no se habían olvidado sus crímenes, y ambos fueron acusados en los juicios de Frankfurt que finalmente se iniciaron contra los médicos y burócratas supervivientes del T4. Tras ser liberado bajo fianza, Bohne escapó de nuevo para la Argentina en 1963, esta vez empleando un pasaporte falso a nombre de Alfred Rudiger Kart. En Buenos Aires, se acomodó a llevar una apretada existencia en un pequeño apartamento junto con su hermana, que ahora trabajaba como enfermera en el Hospital Alemán de la ciudad.

Sin embargo, tras la vergonzosa negativa argentina a extraditar a Josef Mengele, en 1959, y el secuestro de Adolf Eichmann por parte de Israel al año siguiente, Bohne estaba destinado a ser el primer criminal nazi entregado por Argentina. Cuando fue arrestado en el apartamento de su hermana, en 1964, Bohne era un hombre de poco más de sesenta años, frágil y prematuramente envejecido.

El abogado argentino de Bohne, Juan Dollberg, entabló una peculiar batalla contra la demanda de extradición, enviando cartas a la prensa en las que denunciaba al comunismo internacional y se lamentaba de la «noche oscura de la historia» en la que Argentina había roto sus relaciones diplomáticas con Hitler. En un último acto de desesperación, trató de cuestionar la imparcialidad de uno de los jueces de la Corte Suprema que veían la demanda de extradición, basándose en

que había viajado a Alemania Occidental y por «simpatizar con el estado de Israel». A pesar de todas estas sorprendentes tácticas legales, el 11 de noviembre de 1966 Bohne fue finalmente enviado en avión a Alemania. Según parece, él mismo se había convertido en un candidato al programa Aktion T4: medio ciego, con cáncer de próstata y una afección cardíaca, se le declaró no apto para soportar el juicio; a pesar de ello, diez años después seguía viviendo en Frankfurt con una pensión estatal. Hefelmann se benefició del mismo ignominioso veredicto.[\[492\]](#)

19 - JOSEF SCHWAMMBERGER



Josef Schwammberger (ICRC)

EL NÚMERO de solicitudes de permisos de desembarco presentadas por Carlos Fuldner durante su misión de rescate de nazis en Europa llegó a hacerse tan excesivo que finalmente puso en una situación embarazosa incluso a los curtidos funcionarios de Migraciones. Oficialmente sólo podían presentar solicitudes los propios candidatos a inmigrantes, o sus parientes residentes en Argentina, y Fuldner había acumulado ya demasiadas personas que no eran parientes suyos bajo su firma. «Cuando regresó de Europa el señor Fuldner, observé que por razones obvias no era conveniente que éste se interesara en permisos de libre desembarco de terceros, motivo por el cual le sugerí que buscara la manera de solucionar tal estado de cosas, pues de lo contrario me creaba un compromiso», explicaría el funcionario de Migraciones José Bruhn en 1949, durante una investigación secreta sobre irregularidades en la inmigración.

Fuldner decidió disfrazar su identidad, eligiendo Vianord, una agencia de viajes que había empezado a solicitar permisos de desembarco mientras él se encontraba todavía en Europa. Situada en unas galerías comerciales del centro de Buenos Aires, Vianord estaba dirigida por otro fugitivo nazi, el oficial de las SS suizo Hans-Caspar Krüger. Para canalizar sus nuevas solicitudes a través de la agencia de viajes, Fuldner se convirtió en Carlos Brüner, adoptando el apellido materno.

Fuldner solía recoger personalmente los permisos de desembarco de sus solicitantes en la oficina del director de Migraciones, Pablo Diana. «Fuldner era adscripto a la División Informaciones de la Presidencia y desarrollaba actividades oficiales reservadas, con conocimiento de la Dirección, y el personal de la Secretaria Privada, en base a esos antecedentes, no ha opuesto inconvenientes a la entrega de esos permisos», diría Bruhn. Durante la investigación de 1949 sobre la llegada de judíos y comunistas «indeseables» a Argentina, el propio Fuldner confirmó que utilizaba Vianord con el consentimiento de Diana como una «persona jurídica» para «inmigrantes de determinadas condiciones» rescatados de Europa por orden de Perón.[\[493\]](#)

VIANORD

VIANORD proporcionaba un servicio completo a sus clientes, desde tramitar el papeleo en Migraciones hasta obtener billetes de barco y de avión. Allí trabajaban un antiguo atleta alemán de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, llamado Grimm, junto con un contable danés llamado Faber y una secretaria alemana llamada Ruthy Spielmann. A principios de 1951 se les unió un joven estudiante sueco cuya familia vivía en Buenos Aires y que pasaba las vacaciones de verano trabajando allí como chico de los recados.

«Era un ambiente pro nazi disimulado –recordaría Ragnar Hagelin casi cinco décadas después—. Lo que recuerdo es que ellos tenían un archivo (de los que llegaban) y eran los que más trabajaban con la gente que se iba de Europa para la Argentina. Casi todos conseguían vivienda en la zona de Florida, ahí después de Vicente López. Casi toda la gente que era llamada cuando llegaba ya tenía vivienda, o sea que era un especie de ayudarse unos a otros en eso.» Extrañamente tratándose de una agencia de viajes, Vianord aparentemente casi no trabajaba con turistas.

Hagelin también cantaba en el teatro de la ópera de Buenos Aires, el Colón, y un día tuvo una acalorada disputa con sus jefes nazis acerca de cuál era la mejor lengua para el arte: «Yo dije que el inglés era la lengua de los pájaros, el francés la lengua del amor, el italiano la lengua de los ángeles, y el alemán la lengua de los cerdos». Tras aquella desafortunada observación el atleta olímpico Grimm arremetió contra Hagelin empujándole contra una de las paredes de la agencia. Hagelin, menos fuerte, pero más joven y más ágil, logró retorcerle el brazo a Grimm, y el enfrentamiento acabó en tablas.

«Poco después comenté el incidente en la embajada sueca con un diplomático que había sido compañero de clase de mi padre allá en Suecia», recordaría Hagelin.

«¿Pero no sabías que Vianord es un nido de nazis?», exclamó alarmado el diplomático.

La principal relación comercial de Vianord era con la compañía naviera de la que era propietario un íntimo amigo de Perón, Alberto Doderó, un empresario que acompañó a Evita durante su gira por Europa y del que se rumoreaba que era amante de la primera dama. «Solían darme dinero en efectivo para ir a recoger billetes de barco a la compañía de Doderó, allí en la esquina de la avenida de Corrientes y Reconquista –recordaría Hagelin—. Yo solía comprar billetes de avión para Vianord. A veces, y no sin cierto disgusto, tenía que ir a Florida a entregar un billete a domicilio. Ese era mi trabajo. Lo que recuerdo es que la mayoría de los nazis y fascistas salían a través de Dinamarca y Suecia, y luego se embarcaban en el puerto de Vigo, en España.»^[494]

Pero ¿se puede vincular a Vianord con el rescate de criminales de guerra nazis? Una pequeña caja de fichas escapó a la atención de los encargados de limpiar de documentos comprometedores los archivos de Migraciones en Buenos

Aires. Su contenido prueba que al menos un oficial de las SS culpable de crímenes contra la humanidad fue rescatado de la justicia por Fuldner a través de Vianord. Esta caja de madera, que sobresale peligrosamente del borde de un desvencijado estante en la sección «Pulgas» del archivo, contiene un registro de solicitudes de permisos de desembarco políticamente delicadas. Aparentemente antaño formó parte de la documentación «reservada» que se conservaba en la oficina privada del director de Migraciones, relativa a las solicitudes «que se tramitaban por personal de la División Informaciones de la presidencia», como revelaría el funcionario de Migraciones Bruhn en el Sumario Diana de 1949.[495]

La información que contienen las fichas es escasa, pero especifican quién presentó cada solicitud y el correspondiente número de expediente. Una ficha en particular, en favor de «Barbara Weiss de Janko y otros», muestra que su entrada estaba patrocinada por Vianord, lo que vincula sin ninguna duda a la agencia al equipo de rescate de Perón en Suiza, ya que los archivos de la policía suiza prueban que Weiss fue la secretaria de Fuldner en Berna y que el ex capitán de las SS la sacó de Austria. Weiss llegó a Buenos Aires en 1950 con una «documentación deficiente», la situación habitual de los candidatos de Fuldner.[496]

Los registros muestran que Vianord inició al menos doce expedientes en Migraciones entre mediados de 1948 y 1951, la mayoría de ellos solicitudes colectivas para grupos de individuos vinculados a la operación de rescate de Fuldner en Suiza. Las fichas prueban que cuatro de esos expedientes colectivos se abrieron en Migraciones precipitadamente tras el regreso de Fuldner de Europa, lo que sugiere firmemente que el agente de Perón había llegado con una lista de nazis en peligro que requerían atención urgente. La agencia de viajes había tenido un buen comienzo, ya que su primera solicitud registrada, presentada a mediados de 1948 mientras Fuldner trabajaba afanosamente en Europa, dio como resultado el rescate de un asesino de las SS excepcionalmente despreciable.[497]

EN LA NUCA

EN 1933, Josef Schwammberger se unió a la Legión Austríaca de las SS, la misma unidad en la que originariamente se había enrolado Adolf Eichmann. Aunque no alcanzó una posición tan elevada en el escalafón del exterminio como su antiguo colega, Schwammberger sí probó su temple como comandante de las SS en tres campos distintos de Polonia, liquidando judíos en cada uno de ellos.

Su primer destino fue en el campo de trabajos forzados de Rozwadow. Schwammberger llegó allí en septiembre de 1942, blandiendo una pistola y una fusta. El nuevo comandante recibía personalmente a los internos, y les pidió que entregaran todo su dinero y sus objetos de valor. La sopa y el pan llegaban al campo de Schwammberger en una carretilla que a la salida se aprovechaba para sacar los cadáveres de los que habían sucumbido al tifus, a la disentería o a las pistolas de los guardias ucranianos. Aunque no se trataba propiamente de un campo de exterminio, murieron allí judíos por centenares, muchos de ellos a

consecuencia de un disparo del propio Schwammberger.

En febrero de 1943, Schwammberger se hizo cargo de otro campo de trabajo, delimitado por una alambrada dentro del gueto judío de Przemysl. Allí recorría las calles haciendo restallar su fusta y disparando al azar a cualquiera que casualmente se cruzara en su camino, en compañía de Prinz, su pastor alemán de pelo negro, entrenado para desgarrar carne humana. Un día se le vio vestido con el uniforme de las SS, encabezando un grupo de guardias ucranianos que llevaban un contingente de judíos. «Oí ametralladoras y comprendí lo que ocurría –recordaría Arnold Suskind, un superviviente de Przemysl, décadas después–. Esa vez mataron a unas cuatrocientas personas.» El propio Schwammberger admitió los asesinatos de Przemysl cuando la policía austríaca le arrestó después de la guerra: «Yo llevé a cabo las ejecuciones de treinta y cinco individuos, disparándoles en la nuca con una pistola desde una distancia de unos diez centímetros. Si aún mostraban algún signo de vida, les disparaba en la sien». Pero la mayoría de la población del gueto tuvo un destino todavía más cruel: a finales de 1943 Schwammberger había despachado su último tren cargado de judíos de Przemysl a Auschwitz, dejando «libre de judíos» la ciudad.

En febrero de 1944, Schwammberger se hizo cargo de una tercera comunidad judía en la aldea de Mielec, donde fue comandante de un pequeño campo que proporcionaba mano de obra esclava a una fábrica de bombarderos Heinkel. El Ejército Rojo estaba ganando la guerra, avanzando con rapidez a través del territorio polaco y obligando a retroceder a las fuerzas alemanas. Con los rusos a menos de doscientos kilómetros, Schwammberger seguía arreglándoselas para limpiar Mielec de su comunidad judía, establecida allí desde hacía siglos. Sólo un puñado de los varios miles de judíos que vivían en la población sobrevivieron a su mandato.

Aunque lograron vaciar Polonia de judíos, los alemanes no tuvieron el mismo éxito a la hora de ganar la guerra. A finales de 1944, un montón de fugitivos de las SS sabían ya que la de rendirse no era una opción viable. La magnitud de los crímenes cometidos por su organización hacía de la fuga la única alternativa factible. También Schwammberger huyó, inicialmente llegando sólo hasta su ciudad natal de Innsbruck, donde fue arrestado por la policía austríaca el 20 de julio de 1945. Ocultas en las casas de sus amigos y parientes, la policía encontró ocho sacas repletas de oro, monedas y joyas, el botín que había expoliado a sus víctimas judías durante los últimos tres años. Schwammberger fue trasladado a un campo de prisioneros francés para presuntos criminales de guerra.^[498]

«MECÁNICO»

A PRINCIPIOS de 1948, la situación de Schwammberger resultaba extremadamente incómoda. Pendía sobre él una demanda de extradición de Polonia, y en Innsbruck había un fiscal listo para iniciar un proceso judicial contra él. Quizá fuera porque las autoridades militares estadounidenses no deseaban

entregarle a unos jueces comunistas, quizá porque la organización de Fuldner le había tomado ya bajo su protección, o quizá por una combinación de ambas cosas, el caso es que en enero de 1948 Schwammberger escapó de Francia. Se ocultó en Italia. Algunas versiones dicen que trabajó como obrero manual en Florencia; otras afirman erróneamente que obtuvo un pasaporte de la Cruz Roja.

Lo cierto es que a mediados de 1948 Vianord solicitó un «Permiso de Desembarco» expedido al verdadero nombre de Schwammberger a la Dirección de Migraciones de Buenos Aires, y que el 29 de febrero de 1949, con dicho documento en la mano, embarcó en el transatlántico francés Campana en Génova, viajando en tercera clase. Llegó a Buenos Aires el 19 de marzo, a los treinta y ocho años de edad, convirtiéndose en uno de los pocos criminales de guerra que entraron en Argentina sin el beneficio de un pasaporte de la Cruz Roja o de un alias. Dijo a las autoridades argentinas que sólo hablaba italiano, y que había nacido en Bolzano, Italia, aunque en realidad era originario de la cercana Bressanone, cuando dicha población era todavía territorio austríaco, antes de la Primera Guerra Mundial. Declaró que su profesión era la de «mecánico», la misma ocupación que declararían a su llegada otros criminales de las SS como Josef Mengele, Klaus Barbie y Eduard Roschmann.

El expediente de Migraciones de Schwammberger, el número 201430/48, se había abierto a nombre de «H. Lechler y otros», como muestra la correspondiente ficha de la caja de madera del archivo «Pulgas». Aunque el expediente se halla entre los documentos secretos nazis que desaparecieron en 1996, la comparación de los números de expediente de las listas de pasajeros con esas fichas reveló que el número de Schwammberger coincidía con el de esta solicitud colectiva de Vianord. Aún más acusatorio resulta el hecho de que las solicitudes de permisos de desembarco inmediatamente anteriores, con los números 201429/48 y 201427/48, fueran presentadas a instancias del propio Perón por la División Informaciones de Freude para dos grupos de fugitivos rumanos. En otras palabras, el «Permiso de Desembarco» de Schwammberger fue obtenido por Fuldner bajo la pantalla de Vianord como parte de una presentación simultánea en favor de varios otros probables criminales de guerra por parte de la propia Casa Rosada. Transcurridos más de cincuenta años, ¿estaba el gobierno argentino tan consciente del hecho que decidió ordenar la destrucción de las pruebas? Sólo la hoguera encendida en 1996 nos impide documentar aún más estas correlaciones. [\[499\]](#)

20 – JOSEF MENGELE



Josef Mengele (ICRC)

DURANTE sus años de exilio en Madrid, Perón admitía de buena gana su relación personal con criminales nazis fugitivos ante cualquiera que se molestara en preguntárselo. La mañana del 9 de septiembre de 1970 le relató al escritor argentino Tomás Eloy Martínez cómo, mientras era presidente, en la década de 1950, un «especialista de genética» alemán solía visitar su residencia de fin de semana en Olivos, entreteniéndole con sus supuestos increíbles descubrimientos científicos. «Un día el hombre vino a despedirse porque un cabañero paraguayo lo había contratado para que le mejorara el ganado –explicaba Perón con franqueza—. Le iban a pagar una fortuna. Me mostró las fotos de un establo que tenía por allí cerca del Tigre [un suburbio de Buenos Aires] donde todas las vacas le parían mellizos.»

El escritor le preguntó a Perón si recordaba el nombre del especialista.

«¿Quién sabe? Era uno de esos bávaros bien plantados, cultos, orgullosos de su tierra. Espere... Si no me equivoco, se llamaba Gregor. Eso es, el doctor Gregor.»

Martínez, que no había oído nunca antes aquel nombre, archivó la cinta de la entrevista de Perón. Sólo en 1985, cuando se reveló al mundo la noticia de la muerte de Mengele en 1979, desenterró la vieja cinta y se dio cuenta del verdadero alcance de las palabras de Perón. En la posterior investigación sobre los años de posguerra de Mengele se hizo evidente que Perón había tentado a Martínez con información verdadera, aunque en aquel momento imposible de verificar. La Cruz Roja se vio forzada a admitir tras su muerte que había proporcionado un pasaporte a Mengele expedido a nombre de Helmut Gregor, un alias que seguiría usando en Argentina. Un documento de la CIA confirmaría que el médico de Auschwitz había estado visitando Paraguay al menos desde 1951. La descripción del sujeto que dio Perón también encajaba. Mengele procedía de una familia rica, y había sido muy bien recibido por la comunidad alemana de Argentina. Entre los amigos nazis de Perón, el médico «extremadamente culto» tenía fama de ser un «hombre brillante desde un punto de vista intelectual». Y, por supuesto, se trataba de un «bien plantado» oficial de las SS que hablaba con un claro acento bávaro.[\[500\]](#)

HERBERT HABEL

LAS reuniones de Perón con Gregor probablemente se vieron instigadas por el as de la Luftwaffe, condecorado por Hitler, Hans-Ulrich Rudel, un hombre profundamente implicado en la ayuda a los nazis en fuga. Hasta el momento de la muerte de Mengele, Rudel fue su protector secreto en Sudamérica. Otro amigo de Rudel y Mengele vinculado a Perón fue el criminal de guerra holandés Willem Sassen, un destacado miembro de la comunidad de fugitivos nazis, también estrechamente relacionado con Adolf Eichmann. Sassen había empezado como chófer de Rudel, conduciendo un Mercedes-Benz que Perón había puesto a disposición de éste. Más tarde, él mismo se convertiría en asiduo visitante de la Casa Rosada.[501]

También se podía encontrar a otros nazis menos conocidos, aunque también importantes, en la residencia de Perón en Olivos. Así, por ejemplo, había un oficial de las SS realizando trabajos de construcción para el presidente. «Estaba yo sentado en un corto techo, de unos tres metros y medio de altura, cuando Perón pasó en una pequeña motocicleta que creo era un regalo de Italia», recordaría Herbert Habel (número 112171 de las SS) décadas después.

«¿Dónde está el arquitecto?», preguntó Perón.

«El arquitecto no está. Se fue hace una hora», respondió Habel.

«Usted es alemán – observó Perón –. No es argentino.»

Hablaron durante un rato en alemán («Debo decir que se le entendía bastante bien», admitió Habel), y luego en español, lengua que el ex miembro de las SS hablaba con dificultad. «En mi pobre español yo me dirigía a él como Excelentísimo. Me preguntó varias cosas, dónde estuve en la guerra y cosas así.»

«Debo señalar que nosotros sólo entramos en la guerra presionados por los yanquis», se sintió obligado a decirle Perón, a modo de disculpa, al hombre de las SS.

Habel había sido secretario privado de August Eigruber, el Gauleiter («jefe de distrito») de Linz durante la guerra, que en 1949 fue juzgado y ejecutado en la cárcel de Landsberg por crímenes de guerra relacionados con el campo de concentración de Mauthausen. Eigruber había estado implicado en el saqueo de obras de arte, algunas de las cuales no se recuperaron jamás, y en 1944 trató de llenar galerías subterráneas con los tesoros amasados por los nazis en Austria. El propio Habel admitiría poco antes de su muerte, en 1999, que había participado en el envío de un cargamento de oro húngaro a Linz. Al final de la guerra había escapado de Austria a Francia, y luego a España. Llegó a Argentina en 1950 bajo el alias de Kurz Repa.

«Excelentísimo, tengo un problema con mi nombre. He dado ya varios cientos de dólares [en sobornos] y no funciona nada. Quiero recuperar mi verdadero nombre», le dijo Habel a Perón.

«No hay problema. Llame a mi secretario y dígame que yo lo envíe y él va a arreglar el asunto en seguida.»

Y así fue. Habel acudió a la Casa Rosada, donde un tal Martínez (que «hablaba un perfecto alemán») escribió una carta de recomendación para un juez que veía solicitudes de ciudadanía. «Con ese papel me fui a Tribunales a ver a este juez. Apenas escuchó mi caso instruyó una orden. En unos pocos minutos el asunto estaba resuelto.» El ex miembro de las SS estaba entusiasmado. Quiso saber qué debía. «Nada – respondió el juez –. Si lo envía Perón, entonces no sale nada.»

Es posible que la proximidad de Habel a Perón no fuera del todo casual. El oficial de las SS estaba vinculado a Franz Ruffinengo y a Reinhard Kops, dos de los principales promotores del equipo de rescate de nazis de Perón. La empresa de construcción en la que trabajaba pertenecía a un amigo íntimo de Perón, el coronel Domingo Mercante. Habel también conoció a Eichmann durante la época en la que el archicriminal trabajaba para la empresa CAPRI, de Carlos Fuldner, a principios de la década de 1950. Incluso le había preguntado a Eichmann cuántos judíos creía que había exterminado el III Reich: «No sé cuántos murieron; medio millón como máximo», sostenía Habel que le había respondido Eichmann.[502]

SOBRIO, FRÍO Y DESPIADADO

EL 17 DE enero de 1945, Mengele juntó los registros de sus experimentos con gemelos, inválidos y enanos en el campo de exterminio de Auschwitz, cargó los papeles y las muestras de sangre en un coche que le esperaba, e inició su larga huida de la justicia. Tras él dejaba incontables actos de criminal crueldad que le harían acreedor a un estatus único entre los asesinos nazis. Encargado del campo de mujeres del anexo Birkenau cuando llegó al complejo de Auschwitz procedente del frente ruso, en 1943, Mengele había abordado la escasez de alimento o los brotes de tifus enviando a morir a 4.000 mujeres cada día.

En el campo se conocía a Mengele como «el principal proveedor de la cámara de gas y los hornos», debido principalmente a su gélida conducta en las selecciones de los trenes de Auschwitz, en las que los médicos de las SS examinaban a los recién llegados que bajaban de los vagones de carga, y o bien los enviaban directamente a la cámara de gas, o bien les salvaban la vida para dedicarlos a trabajos forzados. A diferencia de otros médicos de las SS, que habían de emborracharse para poder llevar a cabo su inhumana tarea, Mengele se mostraba siempre sobrio, frío y despiadado, siempre con su impecable uniforme de las SS. Con frecuencia solía silbar arias de ópera mientras dividía la cola de las víctimas, señalando con su bastón a derecha o izquierda: la muerte, o la muerte en vida.

A veces recorría las colas gritando: «¡Gemelos! ¡Gemelos! ¡Gemelos!», eligiendo cobayas humanas para sus brutales experimentos seudocientíficos. Según la acusación que Alemania presentó contra él en 1981, cuando todavía se le creía vivo, Mengele quería lograr «un aumento médicamente manipulado del número de nacimientos de gemelos» con el fin de duplicar la tasa de natalidad de los niños arios para Hitler. Otros experimentos de Mengele incluían inyectar tintes

en los ojos de los niños para ver si podía convertirlos en arios de ojos azules. Tras las pruebas se enviaba a los niños a la cámara de gas. Mengele exhibía muestras de ojos, desde el amarillo pálido hasta el azul claro, en la pared. «Estaban clavados como mariposas –explicaría un superviviente de Auschwitz—. Yo creía que había muerto y vivía ya en el infierno.»

Despojándose de su uniforme de las SS, Mengele adoptó el disfraz de un médico militar alemán regular y se unió a una unidad del ejército en retirada. Le confió sus notas a una enfermera con la que inició una relación. Mientras la unidad huía del avance de las tropas soviéticas empezó a aflorar el nombre de Mengele como uno de los criminales de guerra nazis más buscados. Su primera inclusión en una lista aliada de la que se tenga constancia fue en abril de 1945. En mayo la Comisión de Crímenes de Guerra de la ONU le buscaba por «genocidio y otros crímenes». La radio aliada empezó a emitir noticias sobre las atrocidades que había cometido.

En algún momento en torno al mes de junio su unidad fue arrestada por tropas estadounidense, en la ciudad alemana de Weiden. La enfermera que guardaba sus preciosas notas también fue detenida, aunque pronto se la dejaría en libertad. A pesar de que en el campo de detención se registró a Mengele con su verdadero nombre, los estadounidenses no le identificaron como un criminal de guerra buscado, o siquiera como un miembro de las SS, debido simplemente al hecho de que, al incorporarse a este organismo, en 1938, Mengele se había negado a dejarse tatuar su grupo sanguíneo en el brazo o en el pecho como los demás oficiales. Eso no significaba que no se le persiguiera: el 11 de junio de 1945, tres policías militares norteamericanos se habían presentado en casa de su esposa Irene, en Autenreid, preguntándole si conocía su paradero.

En septiembre, Mengele fue liberado por el ejército estadounidense en su Baviera natal. Mientras estaba en el campo de prisioneros había conseguido un documento de liberación aliado expedido a nombre de otro médico, Fritz Ulman, nombre que alteró cambiándolo por el de Fritz Hollmann. Con dicho documento regresó a Alemania, a la zona ocupada por los rusos, y localizó a la enfermera a la que había confiado sus notas y sus muestras, y luego se retiró a Munich, donde se ocultó en casa de unos amigos.

En octubre de 1945, Mengele había encontrado trabajo en una pequeña granja en Mangolding, Baviera. Allí viviría tranquilo como trabajador agrícola durante tres años, mientras la prensa publicaba informes sobre sus atroces crímenes y su nombre aparecía en los juicios de Nuremberg. Pero aunque Mengele logró evadirse del brazo de la ley, en su cabeza se repetía una y otra vez una parodia de juicio. Al igual que Pierre Daye, quien, sentado a solas en una habitación de hotel de Madrid, se dedicó a anotar brillantes justificaciones de su colaboración con los nazis, Mengele escribió un diario en el que se convirtió en su propio testigo estelar de la defensa.[\[503\]](#)

EN ALGÚN momento en torno a abril de 1948, Mengele empezó a preparar su fuga a Argentina. Como ocurriera con otros importantes criminales de guerra alemanes, sus documentos de viaje se arreglaron mientras Fuldner estaba en Europa rescatando a nazis perseguidos. (Hasta entonces no se había establecido aún una infraestructura adecuada para salvar a los peces más gordos, que después de la guerra permanecieron ocultos durante varios años.) A partir de ahora, en más Mengele estaría en manos de profesionales. En lugar de un nombre sobreescrito en un documento prestado, ahora se dotaría al médico de Auschwitz de una identidad falsa totalmente nueva. El método empleado consistía en hacerle pasar por un individuo de etnia alemana originario del Alto Adigio, en el norte de Italia. Curiosamente, en Roma el obispo Alois Hudal se había hecho cargo de varios oficiales de las SS incriminados en el norte de Italia junto con el cardenal Montini, que veía sus casos con simpatía. Durante el período de la posguerra Hudal mantuvo una voluminosa correspondencia con dichos hombres, organizando la fuga a Argentina de muchos de ellos. La inteligencia estadounidense sabía que había «alemanes nazis» incriminados que estaban cruzando la frontera hacia Italia. Un informe de 1947 afirmaba que viajaban «vía Treviso y Milán con el único objetivo de conseguir documentos de identidad falsos [...] regresando legalmente a las zonas de ocupación británicas, francesas o norteamericanas».[504]

Éste fue precisamente el método empleado por Mengele y Eichmann para conseguir identidades falsas para su posterior viaje a Argentina. Entre abril y junio de 1948, los dos criminales de las SS obtuvieron sendos documentos de identidad del municipio de Termeno. Gracias a la Carta d'Identità número 114 Mengele se convirtió en Helmut Gregor, mientras que la número 131 convertía a Eichmann en Riccardo Klement. Un tercer criminal de guerra que acabó en Argentina, Erich Müller, funcionario de alto rango del Ministerio de Propaganda de Goebbels, obtuvo la Carta d'Identità número 111, con el alias de Francesco Noelke.[505]

Bajo los semi-legales alias proporcionados por dichos documentos de identidad, Mengele, Eichmann y Müller solicitaron y obtuvieron de inmediato sendos permisos de desembarco argentinos con sólo unas semanas de diferencia. Sus solicitudes se canalizaron casi con toda seguridad a través de la oficina de la DAIE de Fuldner en Génova hacia la Dirección de Migraciones en Buenos Aires. Aquel frenesí de solicitudes, incluyendo las de otros oficiales de las SS como Erich Priebke y Josef Schwammberger, favoreció a un nutrido grupo de criminales nazis cuyos papeles argentinos se procesaron casi simultáneamente a mediados de 1948.[506]

Es probable que Mengele pagara caro su «Permiso de Desembarco» en Argentina, pero el dinero no era precisamente algo que le faltara a su familia. La zona bávara de Günzburg era sede de la empresa de maquinaria agrícola Mengele desde comienzos de siglo. Su padre, Karl, había sido miembro del Partido Nazi, y en 1932 incluso había recibido la visita de Hitler a su fábrica. En el período de la posguerra, y a pesar de haber de soportar un prolongado proceso de

«desnazificación» por parte de los aliados, los negocios de Karl Mengele prosperaron. Pronto extendería su empresa al extranjero, incluyendo Argentina, el país donde su hijo hallaría refugio.

El 7 de septiembre de 1948 llegó la noticia de que el «Permiso de Desembarco» de Helmut Gregor había sido aprobado por Buenos Aires. Mengele desapareció de Mangolding sin despedirse siquiera de sus empleadores. Tras regresar a su ciudad natal de Günzburg, pasó los meses siguientes oculto en los bosques cercanos, tratando de convencer sin éxito a su esposa Irene de que le siguiera a Argentina con el hijo de ambos, Rolf.

En abril de 1949 Mengele se marchó solo, saliendo de Alemania. Al parecer, su huida a Italia a través de Austria fue organizada y financiada por su padre por medio de sus antiguos contactos de las SS en la zona de Günzburg. Dicha organización implicó pasar clandestinamente la frontera, intercambiar contraseñas y falsificar documentos de viaje. Finalmente, Mengele llegó a la población septentrional italiana de Vipiteno, la misma localidad del Alto Adigio en donde se había refugiado Erich Priebke un año antes. Allí tenía reservada una habitación en la pensión de la Cruz de Oro bajo su alias de Fritz Hollmann. Un mensajero de la empresa familiar le llevó dinero y un «maletín» que contenía sus notas de Auschwitz y muestras de sangre, conservadas entre pequeñas placas.

«OLAS, TODO ES OLAS»

DESPUÉS de aproximadamente un mes pasó a Bolzano, donde se encontró con un agente clandestino identificado sólo como «Kurt» en el diario de su viaje. «Kurt» tenía contactos croatas, acceso a la Cruz Roja y al consulado argentino; de hecho, todos los atributos para estar vinculado a la DAIE de Perón o a uno de los sacerdotes católicos que ayudaban a los fugitivos nazis. El hombre misterioso le había reservado a Mengele un billete en el *North King*, un barco que había de zarpar con rumbo a Argentina el 25 de mayo de 1949.

La primera parada de Mengele, el 16 de mayo, fue la oficina de la Cruz Roja en Génova, con el fin de obtener un pasaporte válido. El tal «Kurt» lo arregló sin dificultad: Mengele estaba bien equipado con su «Permiso de Desembarco» argentino y su documento de identidad de Termeno, la misma combinación de engañosos documentos que permitiría a Eichmann y a Müller obtener un pasaporte de la Cruz Roja un año después. El siguiente paso, al día siguiente, fue ir al consulado argentino a buscar un visado de entrada. Mengele llegó con un falso certificado de vacunación proporcionado por un médico croata. A pesar de ello, los puntillos diplomáticos argentinos observaron que la Cruz Roja había escrito por error la fecha de expedición del pasaporte de Gregor en el espacio reservado para la fecha de expiración, con lo que resultaba técnicamente inválido. Tras regresar con un documento enmendado, Mengele descubrió ahora que todavía había de someterse a un examen médico obligatorio en la oficina de la DAIE, en el número 38 de la Via Albaro. Las condiciones sanitarias en las que trabajaban los doctores

argentinos dejaron mudo de asombro incluso al propio médico de Auschwitz: «Buscaban posibles casos de tracoma usando siempre la misma varilla de vidrio y sin lavarse las manos –escribió Mengele en su diario–. Si uno no padecía una enfermedad contagiosa antes del examen, lo más probable es que después la tuviera».

El único obstáculo real se produjo cuando trató de obtener un visado de salida italiano. Desgraciadamente para Mengele, el funcionario italiano al que «Kurt» solía sobornar tenía fiesta. Cuando Mengele deslizó un billete de 20.000 liras entre sus documentos y se los entregó al funcionario italiano que estaba de servicio, en lugar de recibir el visado que esperaba se encontró encerrado en una celda. Tras unas cuantas noches de incomodidad Mengele fue rescatado por «Kurt», que finalmente había regresado a la ciudad. De repente la policía de Génova adoptó un tono de disculpa, y le preguntó a Mengele si es que acaso era judío. Agitado pero todavía entero, Mengele logró embarcar en el *North King* a tiempo, el 25 de mayo. «Olas, todo es olas», reflexionó el médico mientras la costa italiana se perdía a lo lejos.[507]

BUENOS AIRES

EL *North King* atracó en el puerto de Buenos Aires el 22 de junio de 1949, después de una travesía de cuatro semanas. Los funcionarios de Migraciones de Argentina quedaron desconcertados al ver los documentos médicos y las muestras que Helmut Gregor llevaba al país. «Son notas biológicas», afirmó Mengele sin faltar a la verdad. Se mandó llamar al médico del puerto para que examinara el contenido francamente sombrío del maletín, pero dado que éste no sabía alemán, finalmente dejó pasar a Mengele. Extrañamente, no desconcertó en absoluto al funcionario el hecho de que un «mecánico técnico» –tal como figuraba Gregor en su pasaporte y en la lista de pasajeros del barco– se hallara en posesión de aquel material. Un médico que debía acudir a recibirle, al que Mengele había conocido en 1939 y al que se refería en su diario como «Rolf Nuckert», no se presentó. Con un par de italianos con los que había hecho amistad a bordo, Mengele se registró en el sórdido hotel Palermo, situado en el centro de Buenos Aires. La habitación, francamente ruinoso, parecía realzar aún más la triste acogida que le había dado Argentina.[508]

Las cosas no mejoraron cuando fue a visitar a un miembro de la millonaria familia Schlottmann, los propietarios alemanes de la gigantesca empresa textil Sedalana, que había financiado la misión de rescate de nazis de Carlos Schulz en Escandinavia. A Mengele se le ofreció empleo como obrero de planta, una indignidad que no estaba dispuesto a aceptar. Tras compartir una habitación sin ventanas durante unas semanas en una pensión del barrio bonaerense de Vicente López, su vida empezó a mejorar cuando fue invitado a alojarse en la elegante residencia adornada por columnas de Gérard Malbranc, un germanoargentino sospechoso de actividades nazis durante la guerra, situada en el número 2460 de la

calle de Arenales, en el barrio de Florida.

Pronto se presentó a Mengele a la flor y nata de la comunidad nazi en Argentina. Entre los primeros en acercarse a él se encontraba el oficial de las SS Willem Sassen. Después vino Rudel, colaborador de Sassen y amigo íntimo de Perón. Rudel había escapado a Argentina con la ayuda de cierto «caballero» que le condujo a Italia a través de Suiza. Llegó a Buenos Aires en un vuelo desde Roma el 8 de junio de 1948, con un pasaporte de la Cruz Roja expedido a nombre de Emilio Meier. «Nos dieron toda la ayuda imaginable», escribiría Rudel en sus memorias. Nominalmente a sueldo del Instituto Nacional de Aeronáutica argentino, el ex piloto de guerra tenía también un papel público en la revista *Der Weg*, codeándose con Perón y escribiendo libros, que se convirtieron en éxitos de ventas, en los que relataba sus hazañas durante la guerra. Pronto se hizo rico gracias a ciertas licencias de importación especiales y a otros contratos públicos que le proporcionó Perón.[509]

RUDEL SALVA UNA VIDA

EN LAS décadas de 1970 y 1980, Rudel y Sassen se vieron involucrados con algunos indeseables dictadores sudamericanos, bien vendiendo armas, bien actuando como asesores de Alfredo Stroessner en Paraguay, de Augusto Pinochet en Chile y de los «generales de la cocaína» en Bolivia. Según un testimonio, Sassen incluso vendió armas al general argentino Leopoldo Galtieri, que en 1982 invadió las islas Malvinas. Rudel en concreto trabajó en el mundo de las altas finanzas, como embajador itinerante en Sudamérica de varias firmas alemanas, incluyendo Siemens. En 1973 actuó como intermediario con Perón y Stroessner en las espinosas negociaciones para la construcción de una multimillonaria presa hidroeléctrica en la frontera entre Argentina y Paraguay. Entre los licitadores para el complejo de Yacyretá, el mayor proyecto del mundo de su clase, se hallaba un consorcio que incluía a la firma alemana Lahmeyer. Según un informe de la policía argentina, el representante de la compañía en Argentina era Fuldner, quien después de su experiencia en proyectos hidráulicos en CAPRI se convirtió en uno de los principales contendientes. Rudel fue invitado a participar en representación de Lahmeyer en calidad de sudamericano «influyente». Tras reunirse con Perón en Madrid, viajó a Paraguay para celebrar una larga sesión privada con Stroessner, de la que salió con la aprobación del dictador paraguayo del deseado contrato.[510]

Incluso durante la dictadura militar argentina de 1976-1983 Rudel seguía teniendo influencia. Cuando el hijo de un amigo de un socio de Lahmeyer se vio en peligro de que el sangriento régimen lo hiciera «desaparecer», se pidió a Rudel que utilizara su influencia para salvar la vida del joven. «La única posibilidad era enviar al chico a Paraguay, y la única persona que yo conocía con contactos en Paraguay era Rudel –recordaría el socio de Lahmeyer Jorge Carretoni en una entrevista para este libro—. Obviamente, Rudel detestaba a los montoneros [el grupo guerrillero al que pertenecía el joven], de modo que corría el riesgo de que

se negara a ayudarme, pero yo sabía que su sentido del honor le impediría denunciar al chico a las autoridades.» Para alivio de Carretoni, Rudel arregló la fuga tanto en Argentina como en Paraguay. Rudel le pidió a Carretoni que esperara su llegada en el aeropuerto de Buenos Aires. «Si bajo del avión con un paraguas en la mano, tráigame al chico; si no, váyase», fueron sus instrucciones. El héroe de la Luftwaffe apareció con el paraguas, y en cuestión de minutos el joven estaba volando rumbo a Paraguay bajo su protección. «Rudel incluso había arreglado que los funcionarios del aeropuerto dejaran pasar al chico con un pasaporte prestado», recordaría Carretoni. «¡Buena foto!», exclamó el funcionario de Migraciones argentino guiñándole un ojo al joven.[511]

EMPLEADO DE ORBIS

A PRINCIPIOS de la década de 1950, Rudel y Mengele empezaron a percibir el potencial de Sudamérica como mercado para los productos de la empresa familiar de este último. En 1953 o 1954 el padre de Mengele viajó a Argentina para celebrar una serie de reuniones con empresarios locales, reuniones en las que le acompañaba su «intérprete», Helmut Gregor. Se estableció una estrecha alianza con Roberto Mertig, un empresario alemán que había hecho una fortuna fabricando nada menos que aparatos de gas. Miembro del Partido Nazi encargado de las actividades propagandísticas en Argentina durante la guerra, Mertig había fundado su propia empresa, Orbis, en 1942, después de haber representado durante varios años a un fabricante de aparatos de gas alemán. Durante la guerra había sido también el representante de la fábrica de aviones Junkers. La inteligencia británica incluso sospechaba que había tratado de fabricar dos Junkers en sus instalaciones con la ayuda de la embajada alemana en Buenos Aires. Después de la guerra, Mertig se lanzó con entusiasmo a enviar paquetes de alimentos a la Alemania devastada por la guerra y a dar empleo a los recién llegados a Argentina. Según parece, en el período de la posguerra entre los 350 empleados de Orbis no había ni un solo argentino. En cambio, se daba empleo a trabajadores tan encomiables como Mengele y Eichmann.[512]

«Mengele [Karl] me dijo que le había gustado mucho Argentina y que deseaba invertir algún capital en el país», explicaría Mertig a la policía argentina en una declaración cuidadosamente preparada, en 1960, después de que Josef Mengele hubiera escapado a Paraguay. Para Mertig, el médico de Auschwitz no era un criminal de guerra, sino sencillamente un hombre que en Argentina finalmente había logrado «no sentirse más perseguido por los comunistas». Mertig pronto se convirtió tanto en el «mejor amigo» de Josef Mengele como en el contacto comercial más digno de confianza de Karl Mengele en Argentina.[513]

Empleado en Orbis y mantenido por su padre, ni siquiera la caída de Perón logró alterar la confianza de Mengele. En 1956, el médico solicitó y recibió un pasaporte expedido a su verdadero nombre por la embajada alemana en Buenos Aires. Años después, el entonces embajador, Werner Junkers, declinaba cualquier

responsabilidad, afirmando: «Yo no sabía quién era Mengele» (los historiadores, sin embargo, sí supieron determinar quién era Junkers: antiguo miembro del Partido Nazi, hombre de confianza de Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, representante de Alemania en el sangriento régimen croata de 1944 a 1945).

En 1958, a Mengele se le unió en Argentina su cuñada Martha, viuda de su hermano menor Karl, con quien Mengele se casaría después de divorciarse de su primera esposa. Ahora empezaba a sentirse cada vez más seguro, y se compró una casa en el número 970 de la calle del Virrey Vertiz, en el barrio de Olivos, justo detrás del palacio presidencial. Financiado por su padre, Mengele pasó luego a asociarse con unos conocidos de Mertig, fundando la empresa farmacéutica Fadro-Farm. Siguió viajando por toda Sudamérica, vendiendo maquinaria agrícola Mengele y entrevistándose con otros fugitivos nazis. En febrero de 1957 viajó a Chile con Rudel para reunirse con Walter Rauff, el coronel de las SS que había inventado la furgoneta de gas móvil utilizada para el asesinato de cerca de 100.000 judíos, rusos y partisanos en los primeros años de la guerra.

HUIDA DE ARGENTINA

CUANDO en 1959 una combinación de diversos factores puso fin a la prolongada estancia de Mengele en Argentina, aquello representó un golpe para él. En primer lugar, el régimen militar que expulsara a Perón, que inicialmente había aplicado una política de «no intervención» respecto a los nazis establecidos en Argentina, entregó el gobierno a funcionarios electos. Así pues, no se podía contar ya con la simpatía de los gobernantes del país. En Alemania, mientras tanto, los tribunales habían empezado a recopilar evidencias de sus crímenes y estaban trabajando para formular una demanda de extradición, tal como había podido saber su familia en Günzburg gracias a unos compasivos funcionarios de la policía alemana. Mengele también se sintió muy trastornado tras ser arrestado por la policía argentina, junto con un grupo de médicos que carecían de licencia, con la falsa acusación de regentar una clínica abortista clandestina. Logró que las acusaciones se retiraran sobornando a la policía, pero su confianza en Argentina como un refugio seguro se hallaba completamente socavada. También la muerte de su padre le había turbado sobremanera. Roberto Mertig había estado en el lecho de muerte de Karl Mengele en Alemania, en 1959: «Con lágrimas en los ojos me pidió que cuidara de sus parientes en Argentina, ya que temía que nunca volvería a verles», declaró Mertig a la policía argentina en 1960.

De repente, Mengele vendió sus acciones en Fadro-Farm, rompió su matrimonio y se fue a Paraguay. Al marcharse tomó una decisión acertada, puesto que sólo unos meses después Alemania pidió su extradición a Buenos Aires. Cuando en 1960 un comando secreto israelí secuestró a Adolf Eichmann llevándolo de Argentina, el destino de Mengele quedó marcado. Desde entonces habría de pasar el resto de su vida volviendo la cabeza con temor. Protegido hasta

el final por Rudel, que seguiría visitándole ocasionalmente, vivió casi otros veinte años, cayendo cada vez más en la depresión y el anonimato, primero en Paraguay y más tarde en Brasil.

En 1977, el hijo de Mengele, Rolf, viajó desde Alemania a Brasil para ver a su padre por primera vez en veintiún años. Rolf, producto de la década de 1960, cuestionó a su padre largo y tendido sobre Auschwitz. Mengele permaneció impenitente. «Me dijo que él no había inventado Auschwitz. Ya existía —relataría Rolf tras la muerte de su padre—. Su trabajo había consistido en clasificar sólo a quienes eran capaces de trabajar y a quienes eran incapaces [...] Me dijo que él no ordenó y no era responsable de las cámaras de gas. Y me dijo que los gemelos del campo le debían la vida.» Mengele murió ahogado cuando nadaba en una playa llamada Bertioaga, cerca de São Paulo, el 7 de febrero de 1979.[\[514\]](#)

21 - ADOLF EICHMANN



Adolf Eichmann (ICRC)

EL NAZI más célebre de los que obtuvieron refugio en Argentina fue Adolf Eichmann, organizador de la deportación de millones de judíos a los campos de concentración de Hitler. Eichmann, prácticamente el último gran criminal de guerra que llegó a través de la Odessa de Perón, recibió la plena protección de ésta bajo el cuidado directo de Carlos Fuldner. Aunque no partió hacia Argentina hasta mediados de la década de 1950, el «Permiso de Desembarco» de Eichmann había sido solicitado en 1948, mientras Fuldner se hallaba en Europa, menos de un mes después de las solicitudes simultáneas de Priebke y Mengele, y sólo dos meses después de que Schwammberger pidiera entrar en Argentina.

Cuando varios agentes israelíes secuestraron a Eichmann, en 1960, reteniéndole en un lugar desconocido en las afueras de Buenos Aires, un grupo de jóvenes peronistas intentaron liberarle de manos de la justicia. Dichos jóvenes rastrearon las calles de Buenos Aires con sus motocicletas buscando pistas del paradero de Eichmann, y sólo renunciaron a su búsqueda cuando Israel anunció al mundo que el archicriminal estaba a buen recaudo entre rejas en Jerusalén.

Priebke disfrutó de cincuenta años de libertad tras la derrota de Hitler; Mengele, de treinta y cuatro hasta su muerte; pero Eichmann sobrevivió al III Reich sólo por un período relativamente breve de quince años antes de ser capturado. Su suerte no fue una sorpresa para el ejecutor del Holocausto, que incluso durante la guerra ya sabía que no podría eludir la responsabilidad por los incalificables crímenes que había cometido.

WILHELM HOETTL

A FINALES de agosto de 1944, mientras estaba en Budapest haciendo redadas de judíos para su futuro exterminio, Eichmann le confesó sus temores más profundos al representante local de la Ausland-SD, Wilhelm Hoettl. Estrecho colaborador de Walter Schellenberg, Hoettl dirigía una red de agentes nazis en Hungría, Rumania y detrás de las líneas rusas. Él y Eichmann se habían conocido en Viena en 1938, cuando Eichmann instaló su «Oficina Central de Emigración

Judía» en el palacio usurpado al banquero judío Louis von Rothschild.

Historiador de vocación, y convertido en uno de los principales testigos de Nuremberg después de la guerra, Hoettl recordaría posteriormente que Eichmann se había sentido conmocionado por la reciente retirada de Rumania del Eje: «Eichmann vino a verme –testificaría Hoettl en 1961, en el juicio de Eichmann, celebrado en Jerusalén—. Iba vestido de combate, es decir, no llevaba el uniforme que había llevado en anteriores visitas. Daba la impresión de estar muy nervioso, y esa impresión se hizo aún más marcada cuando le hablé de la desastrosa situación del frente alemán. Sin duda yo también estaba desanimado en aquel momento, ya que temía que nada podría detener el avance ruso a través de Hungría hasta mi Austria natal. Entonces Eichmann se tragó varios vasos de coñac, uno tras otro. Recuerdo que le puse una botella de alcohol y un vaso, de modo que pudiera servirse él mismo».

Durante una hora de conversación Eichmann se tomó cuatro o cinco copas, suficiente para que Hoettl le sugiriera que no debía conducir cuando se disponía a marcharse. Eichmann se levantó y dijo: «Probablemente nunca volveremos a vernos». Hoettl reaccionó con sorpresa. «Aparentemente luego se sintió obligado a explicar su actitud pesimista e indicó que estaba convencido de que, con una derrota alemana, que era lo que ahora cabía esperar, ya no tenía ninguna posibilidad. Cuando le pregunté por qué lo creía, Eichmann me respondió que, en vista de su papel en el programa de exterminio de judíos, los aliados le consideraban uno de los principales criminales de guerra. Cuando hizo este comentario, inmediatamente aproveché la oportunidad para decirle que yo siempre había deseado oír información fiable sobre el programa de exterminio, y especialmente sobre el número de judíos exterminados.»

Fue esta conversación la que proporcionó la cifra convencionalmente aceptada de las víctimas del Holocausto, una cifra declarada por primera vez por Hoettl en Nuremberg: «Me dijo que el número de judíos muertos era un gran secreto del Reich, pero que en la situación en la que él, Eichmann, se encontraba en aquel momento, podía decirme algo al respecto, especialmente teniendo en cuenta que yo era historiador. Luego Eichmann me dijo que, según su información, hasta entonces habían perecido unos seis millones de judíos, cuatro millones en campos de exterminio y los dos millones restantes fusilados por las Unidades de Operaciones, y por otras causas como enfermedades, etc.».[515]

«SALVADORES DE JUDÍOS»

CURIOSAMENTE, el camino de dos futuros miembros de la organización de rescate de nazis de Perón se cruzó con el de Eichmann en Budapest, en 1944. Y extrañamente, parece ser que esos dos hombres tuvieron algún papel a la hora de salvar la vida de un pequeño número de judíos húngaros de entre los cientos de miles que Eichmann capturó para ser deportados a Auschwitz. «El embajador croata en Budapest, doctor Benzon», proporcionó «varias docenas de pasaportes» a

judíos que querían escapar, según declararía Hoettl en 1961. Hoettl afirmaría que el embajador había logrado convencer a unos compasivos oficiales húngaros de que estamparan visados de salida en aquellos pasaportes. El embajador croata que proporcionó dicho servicio fue efectivamente Branko Benzon, el cardiólogo que llegaría a Buenos Aires dos años después.

El segundo futuro miembro de la organización de rescate de nazis que parece haber salvado vidas judías en Budapest fue Reinhard Kops, el espía nazi que más tarde, y hasta mediados de 1948, serviría de enlace entre el obispo Alois Hudal y la oficina de la DAIE de Fuldner en Génova. En una declaración bastante extravagante que hizo espontáneamente a la policía argentina en 1993, asustado por la posibilidad de ser capturado por los cazadores de nazis, Kops afirmó que había ayudado a 25 judíos destinados a Auschwitz a escapar de Budapest expidiéndoles documentos falsos que les identificaban como miembros de su unidad de inteligencia.

Pero dado que, como ya hemos visto, Benzon llegaría a ser conocido por su tendencia a rechazar solicitudes de permisos de desembarco para judíos mientras fue asesor de Migraciones de Perón, difícilmente se puede suponer que sus acciones en favor de los judíos en Budapest fueran desinteresadas. Kops, que en la década de 1990 dirigiría una editorial neonazi en Bariloche, parece también un candidato poco probable para una conducta caritativa.[\[516\]](#)

«ASUNTOS JUDÍOS»

LA OFICINA de «Asuntos Judíos» de Eichmann alimentó los hornos del exterminio industrial de los judíos organizando su registro, captura y deportación a los campos de concentración de Hitler en la Europa ocupada por Alemania. «Asuntos Judíos» era una división de la Oficina IV de la RSHA (Oficina Central de Seguridad del Reich), es decir, la temida Gestapo, dirigida por Heinrich Müller. Las órdenes dirigidas a los jefes locales de la Gestapo y del SD que realizaron las deportaciones estaban firmadas por el jefe de las SS, Heinrich Himmler; por el jefe de la RSHA, Ernst Kaltenbrunner, y por «Gestapo» Müller. Eichmann firmó también aquellas órdenes, y en algunos casos viajó personalmente para dirigir las redadas, como en Austria y Hungría. En otros casos —por ejemplo, en Francia e Italia— actuó a través de representantes. También trabajó en colaboración con los funcionarios del gobierno locales para apiñar a los judíos en guetos, apoderarse de sus bienes y obligarles a aceptar su traslado forzoso «al este», lo que en realidad equivalía a trasladarles a campos de exterminio como Auschwitz y Treblinka. Desde su oficina de Berlín, Eichmann coordinaba una amplia red de unidades de las SS, así como la programación de los trenes que transportaban una continua corriente de seres humanos a una muerte cierta, una actividad que dirigía con escrupulosa dedicación y burocrática perseverancia.

Entre los demás jefes de las SS, para 1945, esa clase de diligencia estaba ya pasando de moda, puesto que les preocupaba más acumular puntos a su favor ante

los aliados vencedores o dedicarse a acaparar y esconder activos en un país neutral (así, por ejemplo, los jefes de las SS de Berlín empezaron a idear complicados tratos de «judíos a cambio de dinero», como el que el jefe del SD, Walter Schellenberg, y Himmler negociaron a principios de 1945 con el ex presidente suizo Jean-Marie Musy, en un intento bastante ingenuo de compensar la «mala propaganda» — como ellos la llamaban — que había creado la política racial de Hitler).[517]

Cuando Eichmann dejó Budapest, a fines de diciembre de 1944, tras haber supervisado el exterminio de alrededor de medio millón de judíos húngaros, a efectos prácticos la clase de trabajo que realizaba se había vuelto obsoleta. Con este catastrófico telón de fondo se encargó a Eichmann su última tarea; irónicamente, esta vez se trataba de salvar judíos: «Himmler me dijo que pretendía negociar con Eisenhower y que deseaba que me llevara inmediatamente de Theresienstadt a cien, doscientos, o en cualquier caso a todos los judíos prominentes, y los pusiera a salvo en el Tirol, con el fin de que pudiera utilizarlos como rehenes en las negociaciones». Pero cuando Eichmann llegó al Tirol, el jefe nazi local ni siquiera le recibió, y entonces decidió acudir a pedir ayuda a Kaltenbrunner: «En Alt-Aussee me presenté ante Kaltenbrunner, pero no se interesó en absoluto por el asunto».[518]

En Austria, Eichmann se encontró de nuevo con Hoettl, a quien no veía desde Budapest. «La última vez que vi a Eichmann fue el 6 o el 7 de mayo de 1945», recordaría Hoettl en 1961. Éste había sido testigo de la profunda incomodidad que la sola mención del nombre de Eichmann provocaba entre los líderes nazis para aquel momento. «En medio de la conversación que manteníamos, en la que yo no me andaba con rodeos, entró el asistente de Kaltenbrunner, un coronel de las SS llamado Scheidler, e informó a su jefe de que había llegado Eichmann, que quería despedirse de él. El doctor Kaltenbrunner le dejó totalmente claro a Scheidler que no tenía la menor intención de recibir a Eichmann, y también me dijo que consideraba que ese hombre ya no tenía ninguna posibilidad. Cuando dejé a Kaltenbrunner me encontré con Eichmann, junto con algunos de los suyos, a quienes no conocía personalmente, en el llamado puente de Donner, en Alt-Aussee. Eichmann se me quejó amargamente de la deslealtad de Kaltenbrunner.» Éste y su séquito no querían «tener cerca a aquel apocalíptico recordatorio de sus propios pecados», recordaría Hoettl. «En cierto modo, cuando él se iba la atmósfera se despejaba».[519]

Así, se envió a Eichmann a organizar las fuerzas de resistencia en las montañas. Horia Sima, jefe del depuesto gobierno rumano, se unió a él. Un grupo de soldados de las SS y de las Juventudes Hitlerianas se incorporaron también a la unidad de Eichmann. Su tarea duró sólo unos días, hasta que llegaron órdenes de Himmler de que se dejara de abrir fuego contra los soldados británicos y estadounidenses. La guerra había terminado. La antaño monolítica maquinaria nazi se había desintegrado en un millón de piezas. Acostumbrado al mundo esquemático y reglamentado de las SS, Eichmann se sintió totalmente perdido. Dándose cuenta de que «de ninguna parte llegarían órdenes o directrices», se

derrumbó. «Perdí las ganas de vivir [...] Muchos otros experimentaron lo mismo en aquel momento, habían luchado, habían trabajado, se habían preocupado y habían temido por el Reich, y ahora éste se desmoronaba. La voluntad de vivir había desaparecido.»

Las cosas empeoraron todavía más cuando el ex comandante del campo de concentración de Theresienstadt fue a informar a Eichmann de que se le buscaba como criminal de guerra y le rogó que se marchara por miedo a que su presencia pudiera poner en peligro al resto de ellos. Eichmann se despidió de su esposa y sus hijos, dejándoles una provisión de cápsulas venenosas: «Si vienen los rusos debéis morderlas; si vienen los estadounidenses o los británicos no es necesario».[520]

EN MANOS NORTEAMERICANAS

ERA sólo cuestión de días que Eichmann fuera detenido por una patrulla estadounidense y se convirtiera en uno de los tres millones de prisioneros alemanes en manos norteamericanas. Falseando su identidad y convertido en Otto Eckmann, permaneció en el campo de Oberdachstetten hasta el 3 de enero de 1946, cuando su estrecho colaborador y amigo de confianza, Dieter Wisliceny, que había trabajado con él en Grecia, Eslovaquia y Hungría, testificó en Nuremberg. Fue Wisliceny quien identificó a Eichmann ante el mundo como el funcionario nazi encargado del «exterminio y destrucción de la raza judía». Wisliceny dijo que había visto a Eichmann por última vez en febrero de 1945, en Berlín, cuando éste había contemplado la posibilidad de suicidarse si Alemania perdía la guerra. «Dijo que se zambulliría a las carcajadas hacia su tumba porque el sentimiento de tener a cinco millones de personas sobre su conciencia constituiría para él una extraordinaria satisfacción», declaró Wisliceny al tribunal. Comprensiblemente, aquella frase daría la vuelta al mundo y sellaría para siempre el destino de Eichmann.[521]

Dos días después Eichmann escapó del campo estadounidense. Ahora estaba solo en el mundo. Su superior, Kaltenbrunner, se había convertido en un hombre hundido que apenas era capaz de responder a las preguntas que le formulaban en Nuremberg. Himmler había muerto al tragarse una cápsula de cianuro después de ser arrestado por las tropas británicas. Müller se había desvanecido, y nunca se le volvería a ver ni se volvería a saber nada de él. Con la ayuda de algunos camaradas de las SS, Eichmann se ocultó durante un tiempo en Prien, en el sur de Alemania, y más tarde huyó a Eversen, una pequeña población situada cerca de Bremen, en el norte de Alemania, ahora ocupada por los británicos, donde trabajó talando árboles y criando pollos. Durante aquellos años el cazador de nazis Simon Wiesenthal hizo todo lo posible por localizar a Eichmann, e incluso fue a visitar a sus padres y a su esposa en Linz. Wiesenthal necesitaba al menos una foto del oficial de las SS, muy poco amigo de la cámara; finalmente la obtuvo enviando a varios agentes a seducir a sus antiguas amantes. Pero la información sobre su paradero exacto resultó ser más escurridiza.[522]

EDOARDO DÖMÖTER

OCULTO en Eversen, Eichmann se dio cuenta de lo vana que había sido su esperanza de que con el paso del tiempo sus crímenes se olvidaran. «En la prensa, en la radio y en los libros mi nombre se mencionaba constantemente», recordaría más tarde. Parece que fue en torno a esa época cuando se puso en contacto con el equipo de rescate de nazis de Perón. «Oí hablar de la existencia de algunas organizaciones que habían ayudado a otros a salir de Alemania. A principios de 1950 establecí contacto con una de esas organizaciones.» En la primavera hizo sus maletas y se dirigió clandestinamente a Italia con otros tres compañeros, ayudado por la organización. Cruzaron la frontera hacia Austria sin tropezar con un solo obstáculo, pero en los Alpes austro-italianos dos de los miembros del grupo fueron capturados. Luego Eichmann y su acompañante continuaron hacia el sur. «Un monje franciscano de Génova me expidió un pasaporte de refugiado a nombre de Riccardo Klement junto con un visado para Argentina», explicaría posteriormente.[523]

Es posible que la repentina salida de Alemania de Eichmann en 1950 tuviera una explicación muy sencilla. Los permisos de desembarco argentinos eran válidos sólo durante dos años, y su solicitud se había realizado en 1948. Una vez que expiraban, había que reiniciar los complicados trámites necesarios para su renovación. El permiso de entrada de Eichmann en Argentina estaba a punto de expirar. Él esperaba que sus crímenes se olvidaran, pero esto no había ocurrido. Era el momento de marcharse.[524]

Las evidencias actualmente disponibles muestran que la solicitud de pasaporte de Eichmann en la oficina de la Cruz Roja en Génova, el 1 de junio de 1950, estaba firmada efectivamente por un monje franciscano. Dicho monje era el mismo padre Edoardo Dömöter que, desde su iglesia de San Antonio, en Pegli (Génova), había colaborado con Reinhard Kops antes de que este último partiera hacia Argentina. Dömöter, por su parte, contaba con la ayuda del jefe de Kops, el obispo Hudal, que le proporcionaba los documentos para los nazis en fuga. En agosto de 1949, por ejemplo, Dömöter escribió a Hudal pidiéndole un visado, «no importa a qué nombre», para «una personalidad alemana digna de ayuda». Para Hudal fue un placer proporcionárselo. Eichmann pudo pasar ante la Cruz Roja como Riccardo Klement gracias a un documento de identidad italiano, el número 131, expedido por el municipio de Termeno, en el norte de Italia, el 2 de junio de 1948. Otros importantes criminales de guerra, incluyendo a Mengele, obtuvieron también documentos de identidad de Termeno en torno a la misma época.[525]

Aunque la conexión de Dömöter se desconocía hasta ahora, la probable contribución del obispo Hudal a la fuga de Eichmann se reveló por primera vez en un artículo escrito en 1961 por Simon Wiesenthal. Hudal prácticamente confirmó su participación en una entrevista posterior: «Yo soy sacerdote, no policía — declaró a Vita, un semanario católico italiano—. Mi misión como cristiano durante

aquellos años difíciles era salvar a todo el que se pudiera salvar y ayudar a la gente que carecía de medios para salir de Roma, donde habría estado en peligro. No puedo confirmar ni negar que Eichmann estuviera entre esos refugiados, ya que ninguno de ellos me reveló su pasado en el III Reich y en aquella época no había fotografías de ellos». Hudal admitió haber ayudado a más de 40 alemanes que acudieron a él en su iglesia de Santa Maria dell' Anima. «Todos ellos declararon que los soviéticos les perseguían por anticomunistas, y que sus vidas estaban en peligro.»[526]

«TÉCNICO»

CUANDO solicitó su pasaporte de la Cruz Roja, Eichmann pudo mostrar el «Permiso de Desembarco» expedido a su nombre al amparo del expediente de Migraciones argentino número 231489/48. Luego se dirigió al consulado de Argentina, donde el 14 de junio se estampó su pasaporte de la Cruz Roja con un visado «permanente» y se expidió el «Certificado de Identificación» obligatorio que necesitaba para obtener un documento de identidad válido de la policía de Buenos Aires. Tres días después, presumiblemente tras su inspección médica por parte de la DAIE, Eichmann se embarcó en el vapor *Giovanna C* con rumbo a Buenos Aires. Una fotografía suya en la que aparece en cubierta junto con otros dos compañeros, sonriente, con sombrero y una corbata de moño, muestra su alivio por estar en camino. El 14 de julio de 1950 desembarcó en el puerto de Buenos Aires.

«¿Profesión?», le preguntó el empleado de Migraciones.

«Técnico», replicó Eichmann.[527]

Al parecer, en el mismo barco llegó el capitán de las SS Herbert Kuhlmann, ex comandante de la legendaria división acorazada de las Juventudes Hitlerianas. Kuhlmann había servido en aquella unidad con uno de los oficiales de mayor confianza de Hitler, el general de brigada de las SS Wilhelm Mohnke, distinguido como Kuhlmann con la Cruz de Caballero y comandante del búnker de Hitler en Berlín, que acompañaría al Führer hasta el momento de su suicidio. En Argentina, Kuhlmann se convirtió en Pedro Geller, un empresario alemán con un oscuro pasado que pronto empezó a vivir como un millonario. Por el contrario, Eichmann, que afirmaba haberle pagado el viaje a Kuhlmann, se encontró descendiendo rápidamente en la escala social. A medida que la distancia entre ambos aumentaba surgió una profunda enemistad entre los dos antiguos camaradas. «¡Imagínese, Klement es en realidad ese cerdo de Eichmann!», anunciaba Kuhlmann a todo el mundo.[528]

El ubicuo Fuldner encontró una habitación para Eichmann en Florida, el barrio en el que normalmente acababan todos los recién llegados a través de Vianord. El 3 de agosto, Eichmann utilizó su «Certificado de Identificación» que le había expedido el consulado de Argentina en Génova para solicitar un documento de identidad argentino, presentando la fotografía requerida y estampando sus

huellas digitales, una ceremonia que se repitió en el Registro de Extranjeros. El 2 de octubre obtuvo el documento de identidad número 1.378.538 de la policía provincial de Buenos Aires, a nombre de Ricardo Klement. Su cambio de identidad era ya completo.[529]

CAPRI

FULDNER no sólo encontró alojamiento y consiguió documentos de identidad argentinos para Eichmann y Kuhlmann, sino que también les proporcionó un empleo. Los dos oficiales de las SS no tardaron en partir precipitadamente hacia la remota provincia septentrional de Tucumán, donde fueron acogidos bajo el paraguas de CAPRI, la empresa creada por Fuldner con el respaldo de un generoso contrato público otorgado por Perón. La empresa fue oficialmente reconocida por el gobierno peronista exactamente una semana después de la llegada de Eichmann a Argentina. «Geller y Klement entraron en 1950 como empleados de la empresa – explicaría Fuldner a la policía argentina tras la captura de Eichmann una década después –. Geller como jefe de abastecimiento y Klement como jefe de un grupo de obreros, y como Geller se mostró muy hábil en su tarea, llegó a ser socio de la empresa.»[530]

Nominalmente contratada por la empresa pública argentina Agua y Energía para estudiar los ríos con vistas a futuros proyectos hidroeléctricos, en realidad CAPRI servía para proporcionar empleo a los miembros de las SS recién llegados, hombres con capacidades inadecuadas y que además no hablaban español. Entre la considerable y acaudalada comunidad alemana se decía en broma que las siglas de CAPRI significaban «Compañía Alemana Para Recién Inmigrados», mientras que a Fuldner y sus directivos se les conocía como «Los pescadores de Capri», aludiendo a una canción popular.[531]

CAPRI y su empresa asociada, el Banco Fuldner, establecieron su sede en la quinta planta del número 374 de la avenida de Córdoba, en el centro de Buenos Aires, donde los antiguos jefes de las SS alternaban con prometedores futuros tecnócratas germano-argentinos. Cuando estaba en la ciudad, Eichmann compartía despacho en esa oficina con algunos jóvenes que con el tiempo se convertirían en destacados empresarios. Otro criminal de las SS, Hans Fischböck, tenía su despacho en la sexta planta del mismo edificio.[532]

La nómina de CAPRI abarcaba a unas 300 personas. Entre ellas estaba Siegfried Uiberreither, el célebre Gauleiter de Steiermark (Styria), en Austria. Enfrentado a sendas investigaciones por asesinato en Austria y Yugoslavia, Uiberreither llegó a Buenos Aires en 1947 tras escapar de un campo de prisioneros estadounidense. En CAPRI se hacía llamar Armin Dardieux, un alias derivado del nombre de su mano derecha en Steiermark, Armin Dadiou, que se enfrentó a una investigación judicial en Graz y también huyó a Argentina en 1948. En su fuga, Dadiou contó con la ayuda del obispo Hudal en Roma. Una vez en Argentina, fue contratado por el Ejército con el nombre de Armin Pelkhofer.[533]

Un tercer fugitivo de Steiermark era el hidrólogo de renombre internacional y ex oficial de las SS Armin Schoklitsch, presidente de la Universidad Técnica de Graz en 1941-1945. Tras llegar a Argentina en 1949, Schoklitsch fue contratado por la Universidad de Tucumán, donde se le tenía en alta estima como distinguido catedrático. Al igual que Fuldner, estaba vinculado al servicio secreto de Himmler. En CAPRI se convirtió en el supervisor directo de Eichmann. A pesar de su sombrío pasado, sus credenciales científicas eran impecables, y en 1999 la Universidad Técnica de Graz organizaría un simposio internacional en su memoria. Otros criminales de guerra que trabajaron en CAPRI fueron Bernhard Heilig, el antiguo Gauleiter de Brunswick, y Erwin Fleiss y Franz Sterzinger, dos austríacos miembros de las SS que huyeron a Argentina vía Roma en torno a 1947.[534]

Los cargos superiores de CAPRI constituían un auténtico «quién es quién» de tecnócratas del III Reich. Fuldner contrató a Fritz Maria Küper, antiguo inspector de obras públicas en el Ministerio de Transporte de Hitler e ingeniero encargado del puerto de Nuremberg, y a Beer, el experto en construcción de puentes del Reich. Otros ingenieros recién desembarcados como Viktor Elleder, Heinz Ludwig Ostertag, Karl Laucher y Wilhelm Silberkuhl se contaban también entre los «expertos» acogidos bajo el ala protectora de Fuldner.[535]

Eichmann era asiduo visitante de la Universidad de Tucumán, donde habían ido a parar tantos colegas «técnicos». Entabló una especie de amistad con el profesor argentino José Darmanín. «En la sala de profesores me presentaron a Richard Klement –recordaría Darmanín en 1993—. Lo vi dos veces a la semana durante un par de años. Hablaba francés correctamente, y los diálogos, breves, giraban sobre el buen clima de Tucumán y las bellezas naturales, que él admiraba. Él no tenía relación laboral con la Facultad, pero iba a entregar informes sobre aforamiento de ríos al profesor Schoklitsch.»[536]

Otro jefe de CAPRI era Carlos Schulz, el germano-argentino que había establecido la ruta de escape nazi en Escandinavia. En Tucumán, el habilidoso Schulz, distribuía documentos de identidad de la compañía entre los hombres de las SS y se las arreglaba para que los firmara el jefe de policía de la ciudad. El 8 de febrero de 1952 se facilitó a Eichmann un segundo documento de identidad en Tucumán, esta vez el número 341.952, de nuevo a nombre de su alias Klement.[537]

Ya fuera la situación de CAPRI, en una distante provincia septentrional, planificada o meramente casual, de lo que apenas cabe duda es de que habría recibido la bendición del obispo de Tucumán, Agustín Barrére. Como ya hemos visto, este amigo y benefactor de los criminales de guerra Pierre Daye y Charles Lesca había desempeñado ya un papel vital, junto con el cardenal Caggiano, abriendo las primeras rutas de escape a Sudamérica a través del Vaticano en 1946.[538]

DESPUÉS de dos años en Argentina, para Eichmann llegó el momento de hacer venir a su familia desde Austria. En junio llegaron al país su esposa y tres hijos, después de haber arreglado todo el papeleo necesario a través del consulado argentino en Viena. Viajaron a bordo del transatlántico Salta, que partió de Génova, con sus verdaderos nombres. «Había varios caballeros esperando en el muelle –recordaría Klaus, hijo de Eichmann, en 1966–. Fueron muy amables con nosotros.» La familia se reunió con Eichmann en un hotel de Buenos Aires, y al día siguiente partieron juntos en tren hacia Tucumán.[539]

Parece ser que en un momento determinado el propio Perón visitó CAPRI. Al menos eso es lo que afirmaba la revista alemana Bunte, que en 1960 publicó una gran foto del presidente argentino en el vagón restaurante de un tren que se dirigía a Tucumán, sentado junto a un hombre que supuestamente sería Eichmann. Pero en julio de 1953 la fortuna de la compañía empezó a caer en picado, junto con la mayor parte de la economía argentina, mientras que la popularidad de Perón había empezado a disminuir tras la muerte de su esposa Evita el año anterior. En consecuencia, la familia Eichmann hizo las maletas y puso rumbo a Buenos Aires, donde Eichmann obtuvo un tercer documento de identidad de la policía bonaerense, con un número nuevamente distinto.[540]

Eichmann alquiló una casa con un pequeño jardín en el número 4261 de la calle de Chacabuco, en el suburbio de Olivos, a un austríaco llamado Francisco Schmidt. Kuhlmann, a pesar de la mala sangre que había entre ellos, firmó como aval del alquiler de Eichmann. Mientras tanto, el ex comandante de división acorazada se había trasladado a un costoso chalé de estilo suizo situado en el número 2929 de la calle de Ombú, en el exclusivo barrio de Palermo Chico, la zona de las embajadas de Buenos Aires. Kuhlmann vivía ahora a un tiro de piedra de la residencia presidencial de Juan Domingo y Eva Perón, y dos casas más abajo del embajador suizo, y seguramente era la envidia de todos los nazis con ambiciones sociales asentados en Argentina.[541]

Para Eichmann, en cambio, el traslado precipitó su descenso a una serie de trabajos sin ningún futuro y a una sórdida existencia al margen de la confortable vida que llevaban los nazis más afortunados de la corte de Perón. Su ruptura con Kuhlmann se hizo ahora absoluta, y el ex comandante de división acorazada abandonó Argentina en 1953, aparentemente en busca de mejores oportunidades en otra parte. «Si alguna vez, cuando yo ya no esté con vosotros, Kuhlmann se presenta en casa, dadle una patada en el trasero y decidle: ¡Herr Kuhlmann, es usted un cerdo!», indicó Eichmann a su familia. «A mi padre le colgaron, y Kuhlmann, que le traicionó, vive hoy en Brasil como un millonario», se quejaría amargamente Klaus, hijo de Eichmann, en 1966.[542]

Los intentos de ganarse la vida montando una lavandería con antiguos compañeros de trabajo de CAPRI, abriendo una tienda de tejidos, o como jefe de transportes en la empresa de aparatos sanitarios Efeve, fracasaron. Después Eichmann se hizo cargo de la granja de conejos «Siete Palmeras», situada en una

pequeña ciudad a 70 kilómetros de Buenos Aires, propiedad de unos parientes lejanos que habían regresado a Europa. El antiguo funcionario del Reich que había supervisado el transporte de millones de seres humanos a través de una vasta red de ferrocarriles por todo lo largo y ancho de Europa se veía ahora reducido a cuidar conejos y pollos en un apartado rincón de la Pampa. Su ánimo se vino abajo. Según cierta versión, acaso fantástica, Eichmann se dedicó a escribir ciencia ficción, y concibió un asombroso relato acerca de una pareja que vive en Tucumán y recibe la visita de unos marcianos en un platillo volante. Para evitar que la raza humana se aniquile en una guerra atómica, los marcianos dan un ultimátum y la Tierra se rinde. Entonces los marcianos, en un gesto de magnanimidad, ceden el control del planeta a los pacíficos y fraternales argentinos.[543]

Aunque ciertamente es posible que los ánimos de Eichmann estuvieran por los suelos, la imagen suya proyectada por varios escritores, la de un marginado solitario y desprotegido, evitado y desdeñado por sus antiguos camaradas de las SS, se contradice con las evidencias. Eichmann no sólo escapó de Europa bajo el paraguas protector del Vaticano y la organización de rescate de Perón, sino que una vez en Argentina fue calurosamente acogido por la empresa CA-PRI de Fuldner, donde su trabajo sería supervisado regularmente por un eminente camarada austríaco. Además, para obtener sus nuevos documentos argentinos contó con la ayuda de Schulz, una de las personas de confianza de Domingo Mercante, el gobernador de Buenos Aires. Aunque puede que Eichmann no gozara de la elevada posición de la que disfrutó Mengele dentro de la comunidad del III Reich, hay que recordar que Mengele procedía de una rica familia alemana, mientras que Eichmann no podía presentar ese tipo de credenciales sociales. Aun así, la presencia de Eichmann era bien conocida entre los recién llegados de la posguerra, quienes solían buscarle, no tanto por admiración como por curiosidad morbosa respecto al Holocausto.

SKORZENY

UNO de los benefactores de Eichmann en Argentina fue Otto Skorzeny. Hacia el final de la guerra, ambos hombres habían pronunciado en Berlín sendos discursos para elevar la moral de unos 400 comandantes de policía, un evento que había organizado Kaltenbrunner y al que asistieron Müller y Goebbels. A ambos se les presentó ante la audiencia como a oficiales de las SS que habían realizado misiones difíciles con éxito. Skorzeny explicó cómo había rescatado a Mussolini, y Eichmann habló de «lo que ocurría en el ámbito de la solución a la Cuestión Judía». Durante su juicio, en 1961, Eichmann recordaría que, debido al carácter secreto de sus actividades, había consultado con Müller acerca de si debía o no informar a los presentes «del verdadero número de judíos matados».[544]

El 27 de julio de 1948 Skorzeny protagonizó una fuga típicamente espectacular del campo de internamiento de Darmstadt. Dos días después se encontró en su celda una carta dirigida al presidente del tribunal de

desnazificación alemán: «Creo que será imposible para el tribunal mantener la independencia necesaria para una decisión justa, y que el tribunal debe doblegarse y se doblegará ante elementos externos más fuertes —había escrito Skorzeny—. Sólo tengo un deseo: vivir con honor en esta mi Patria». Poco se sabe de la ruta de escape de Skorzeny, aunque algunos artículos aparecidos en la prensa contemporánea apuntaban hacia el obispo Hudal y una conexión romana. Parece ser que Skorzeny llegó a Argentina en algún momento de principios de 1949. Su legendaria figura inspiró interminables artículos y biografías, y el propio Skorzeny no se opuso a alimentar su propia leyenda. Entre otras cosas, se decía que era el «guardián» de los bienes del III Reich ocultos fuera de Alemania por el lugarteniente de Hitler Martin Bormann y confiados a Perón. Ciertamente le preocupaba el destino de tal supuesto tesoro. Skorzeny afirmaba que, mientras estuvo encarcelado en Alemania, en 1947, se había sentido trastornado por la «gira del arco iris» de Eva Perón. «Lo que realmente me preocupaba era su propósito al viajar por Europa. Yo creía que podría estar disponiendo de dinero del Partido Nazi depositado en Argentina —relataría Skorzeny en una entrevista, en 1973—. Según una información que me llegó en aquel momento, la única forma de ablandarla era meterse en la cama con ella cuando estaba sola. Después de haber estado varios meses en la cárcel sin poder acercarme a una mujer, repliqué que yo era el hombre ideal para ablandarla.»

Dice la leyenda que finalmente Skorzeny logró seducir a Evita. Ciertamente la pareja presidencial estaba encantada de tenerle cerca y de escuchar las hazañas bélicas de aquel héroe con cicatrices en el rostro. Skorzeny se desplazaba constantemente entre Buenos Aires y Madrid, apareciendo ocasionalmente en París. En España estaba bien protegido por la dictadura de Franco. Allí representaba diversos intereses alemanes, y era amigo del también fugitivo y criminal de guerra Léon Degrelle, líder del Partido Rexista belga, que mantenía una correspondencia constante con Pierre Daye en Argentina. En Madrid se casó con la sobrina del antiguo presidente del Reichsbank Hjalmar Schacht. En 1952 incluso empezó a conceder entrevistas de prensa, y se dejó ver en el restaurante Horcher de Madrid. Definitivamente no era un nazi que temiera la publicidad.[545]

EICHMANN DICE SU VERDAD

EICHMANN afirmaba que a mediados de la década de 1950 Skorzeny le presentó al criminal de guerra holandés Willem Sassen. «Yo conocí a Sassen, sin ser consciente de ello, cuando Skorzeny visitó Buenos Aires. Me percaté de su presencia cuando su socio me preguntó si estaría dispuesto a escribir algo de mis recuerdos. Eso fue en torno a 1956-1957. No recuerdo exactamente cuándo. Y la otra ocasión fue algún tiempo antes de eso», declararían Eichmann en su habitual estilo confuso durante su juicio, en 1961. Fue un encuentro que habría de lamentar.[546]

En realidad los dos criminales de las SS ya se conocían de antes. En 1952, Sassen había presentado a Eichmann a Mengele. Eichmann y el médico de Auschwitz se reunieron ocasionalmente para tomar café en el ABC, un restaurante y cafetería del centro de Buenos Aires cuyo dueño era alemán. Los dos tenían poco en común, según recordaría Sassen en un documental sobre Mengele realizado por la cadena de televisión británica Granada en 1978. «Son dos tipos de persona completamente distintos –diría Sassen—. Además Mengele dispone, podía disponer de sus propios medios, que Eichmann no tuvo nunca. Fue una figura trágica porque, en realidad, aquello [el Holocausto] no era asunto suyo. A él le habría gustado ser un soldado raso en el frente. Ese era su sueño.»[547]

Tras ser presentados de nuevo por Skorzeny, Sassen y Eichmann se convencieron de que debían llevar a cabo una ambiciosa empresa, una descripción fiel a la verdad de la «Solución Final a la Cuestión Judía». En las últimas décadas se ha especulado mucho sobre las verdaderas intenciones de Sassen. Algunos han sostenido que el holandés esperaba honestamente que Eichmann refutara las revelaciones de los juicios de Nuremberg sobre el Holocausto. Esto parece cuando menos ingenuo. Es más probable que el verdadero motivo fuera la posibilidad de obtener beneficios comerciales. Sassen era un editor muy solicitado entre los miembros de la comunidad nazi establecida en Argentina. Pierre Daye, por ejemplo, había publicado un libro con él en 1950. Sassen y Eichmann firmaron un contrato y se pusieron de acuerdo sobre los derechos de autor. Según Sassen, el libro se publicaría como una investigación sobre el Holocausto sin mencionar la fuente. «La idea era tratar de mantener la figura de Hitler al margen de todo el montaje –declararía Eichmann durante su juicio—. La idea original era que yo, por así decirlo, aceptara la responsabilidad del asunto. Pero luego dije que, si decía eso, nadie iba a creerlo, aparte de lo cual mantengo que no se puede dejar al margen en absoluto al hombre que dio las órdenes de aquello.»[548]

Sassen era un entrevistador concienzudo, y Eichmann, un sujeto bien predispuesto. Juntos, los dos hombres, que por entonces rondaban los cuarenta y cinco años, pasaron unos cuatro o cinco meses en 1956 y 1957 grabando 67 cintas magnetofónicas. La transcripción de las cintas dio como resultado más de 700 páginas mecanografiadas. Poco después, Sassen le entregó el material a Eichmann, que realizó numerosas correcciones, añadiendo otras 83 páginas manuscritas a las conversaciones grabadas. «Básicamente estaba contento de poder hablar por una vez de todo el asunto, y en cierta medida librarme de él. Ése era realmente mi principal motivo, pero no podía prever a dónde me llevaría», admitiría Eichmann posteriormente.[549]

Una de las personas que asistieron a las sesiones fue Dieter Menge, un antiguo piloto de la Luftwaffe que había sido derribado y llevado como prisionero a Australia. Establecido en Argentina después de la guerra, Menge prosperó en el negocio de la chatarra. Su casa, en las afueras de Buenos Aires, solía ser lugar de reunión de fugitivos nostálgicos, incluyendo a Eichmann, Mengele y Sassen. El criminal de guerra holandés Abraham Kipp, cuya extradición a Holanda sería

rechazada por Argentina en 1989, era uno de los socios comerciales de Menge. Y la persona que había introducido el grabador en Argentina desde Estados Unidos como una novedad era otro de sus socios, el antiguo soldado alemán «Pedro» Pobierzym, que no compartía las simpatías nazis del círculo de Menge, pero estaba al tanto de algunos de sus secretos.[550]

Todos los integrantes del entorno nazi de Argentina sabían de las sesiones de Eichmann, y hubo varias personas más que fueron a escucharlas. El primero en hacerlo fue el director de la editorial Dürer, Eberhard Fritsch, socio de Sassen e instigador original de la idea. Pero ya fuera porque se sintió decepcionado al escuchar a Eichmann confirmar la verdadera naturaleza del Holocausto, ya fuera porque tenía que atender a otros asuntos, Fritsch abandonó a ambos hombres tras sólo cuatro o cinco sesiones. Un participante más activo, tal como Eichmann recordaría durante su juicio, fue el doctor Klan, alias Lange, «un antiguo jefe de distrito del Servicio de Seguridad en Austria», que había asistido a la conferencia en Berlín donde hablaron Skorzeny y Eichmann, y que ahora haría diversas anotaciones sobre la transcripción.[551]

Quizá la presencia más inquietante fuera la del general de las SS Ludolf von Alvensleben, ex mano derecha del Reichsführer Heinrich Himmler durante la guerra y uno de los oficiales nazis de más alto rango en escaparse a la Argentina. Durante las sesiones de Sassen se le invitó a asistir como experto analista, tal como el propio Eichmann admitiría durante su juicio en Jerusalén, aunque Eichmann disfrazó la identidad de Alvensleben diciendo que era Rudolf Mildner, otro importante oficial nazi que sin embargo no existe evidencia que halla escapado a Argentina.[552]

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, Eichmann y Sassen acabaron con las manos vacías. Un intento del holandés de vender la entrevista a un periódico como el relato «anónimo» de un ex funcionario del III Reich se vino abajo cuando la editorial declinó la oferta a menos que se pudiera nombrar la fuente.

Había llegado el momento de volver a buscar un verdadero trabajo. La fábrica de aparatos de gas Orbis, casi irónicamente se convirtió en el nuevo patrono de Eichmann. Como ya hemos visto, esta empresa era propiedad de Roberto Mertig, ex miembro del Partido Nazi y el «mejor amigo» de Mengele en Argentina. Al parecer Eichmann estuvo trabajando como operario en el almacén de Orbis durante dieciséis meses antes de pasar a su siguiente empleo, en las oficinas de la fábrica Mercedes-Benz en González Catán, un barrio industrial situado en las afueras de Buenos Aires. Aquél sería el último trabajo de su vida.[553]

COLABORADORES DE EICHMANN

CUATRO importantes diplomáticos que fueron estrechos colaboradores de Eichmann también hallaron refugio en Argentina. El embajador Franz Rademacher, jefe de la oficina de Asuntos Judíos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, era uno de ellos. Arrestado durante un breve período por los

aliados en 1945, posteriormente estuvo en libertad durante siete años, testificando en los juicios de la posguerra contra criminales nazis y esperando su propio juicio. Durante la guerra estuvo involucrado en la ejecución de 1.300 judíos serbios, y tomó parte personalmente en la liquidación del gueto de Belgrado en 1941 y la deportación de 1.500 judíos belgas en 1942. En el comprobante de sus gastos de viaje en Belgrado, Rademacher escribió «liquidación de los judíos» como objetivo del viaje. El 17 de marzo de 1952, tras un grotesco juicio en Nuremberg, fue condenado a sólo tres años y cinco meses de cárcel. Se le concedió la libertad bajo fianza en espera de la apelación, y rápidamente se marchó a Argentina. En 1962, alarmado por la ejecución de Eichmann, huyó a Siria. Desde allí fue extraditado a Alemania en 1968, y juzgado de nuevo en Bramberg. Esta vez se le condenó a cinco años, aunque de nuevo se le concedió la libertad condicional debido a su delicada salud. Finalmente regresó a Argentina.[554]

Otro diplomático criminal calurosamente recibido en Argentina fue Karl Klingenfuss, un subordinado de Rademacher, que había sido secretario de la embajada alemana en Buenos Aires durante el período 1939-1940. Klingenfuss estuvo involucrado en la deportación de miles de judíos de Italia, Croacia y Bulgaria, y desempeñó un macabro papel en el hundimiento del Struma, en el que se ahogaron 677 judíos rumanos cuando el barco explotó misteriosamente después de zarpar de Estambul con rumbo a Palestina. En 1958, una demanda de extradición contra él presentada por Alemania provocó cierto escándalo en Argentina. Se había convertido en una importante figura dentro de la poderosa comunidad empresarial alemana y en uno de los hombres de confianza de la influyente Cámara de Comercio Germano-Argentina. Enfrentado a unas acusaciones que tras la captura de Eichmann iban ganando fuerza, Klingenfuss presentó su renuncia. Pero el 23 de julio de 1961 la comunidad empresarial alemana se negó explícitamente a aceptarla. Los empresarios argumentaron que los tribunales alemanes finalmente habían archivado el caso contra el ex diplomático nazi en 1959. Pero quizá los documentos relacionados con Klingenfuss que se presentaron en el juicio de Eichmann proporcionen un retrato más adecuado del hombre que representaba a la comunidad empresarial alemana establecida en Argentina: «Borrador de una carta de Klingenfuss, del Ministerio de Asuntos Exteriores, a Eichmann afirmando que en principio no se oponía a la planeada deportación de judíos de la Francia ocupada, Holanda y Bélgica a Auschwitz», del 27 de julio de 1942; «Carta urgente de Klingenfuss a varias oficinas del Reich que contiene un informe de la reunión celebrada con relación a la disposición de las propiedades de los judíos extranjeros en el Reich y de las propiedades judías en la esfera de influencia alemana», del 1 de julio de 1942; «Carta de remisión de Eichmann a Klingenfuss de las actas de una reunión sobre la Solución Final», del 3 de noviembre de 1942; y la lista continúa.[555]

Un tercer diplomático vinculado a Eichmann fue Horst Wagner, un teniente de las SS que actuaba de enlace entre este organismo y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Como en el caso de Klingenfuss, el material relacionado con Wagner

que se presentó en el juicio de Eichmann resulta tan incriminatorio que incluso cuesta de creer. En 1948 Wagner huyó a Argentina, donde vivió hasta 1952. Al año siguiente fue arrestado en Roma, pero las autoridades italianas se negaron a extraditarle a Alemania. Allí continuaron las investigaciones sobre sus crímenes, entre los que se incluían haber dado la orden de ejecución del general francés Maurice Mesny. En 1967 fue finalmente acusado de haber tomado parte en el Holocausto, pero el proceso se suspendió en 1972, cuando se le declaró incapacitado para soportar un juicio.[556]

El cuarto colaborador de Eichmann y diplomático nazi con una participación activa en el Holocausto llegó a Argentina no como fugitivo en la posguerra, sino como embajador alemán en Buenos Aires en 1964. El doctor Ernst Günther Mohr, miembro del Partido Nazi número 3.500.174, estuvo involucrado en la deportación de judíos holandeses al campo de concentración de Mauthausen cuando era consejero de la legación alemana en la Holanda ocupada. Su papel en este asunto se reveló durante el juicio de Eichmann en Jerusalén, mucho antes de que se destinara a Mohr a Buenos Aires. El embajador se había unido al Partido Nazi en 1935, y había sido uno de los diplomáticos de Hitler destinados en China, Europa y Sudamérica. Posteriormente seguiría representando a Alemania en Venezuela, Suiza y Buenos Aires hasta su retiro.[557]

Otro íntimo colaborador era el capitán de las SS Erich Rajakowitsch, representante de Eichmann en Holanda, que fue el responsable de la deportación de unos 100.000 judíos holandeses. Como se mostraría en el juicio de Eichmann, Rajakowitsch desempeñó también un papel fundamental en la expoliación de los judíos de Holanda. Como el obispo Hudal, había nacido en Graz, donde había practicado el derecho; su suegro había sido embajador de Austria en Roma. Al final de la guerra escapó a Italia con su esposa y sus hijos. Con ellos viajó también el amante de su esposa, que también era un oficial de enlace de Eichmann. Todos hallaron refugio en un monasterio proporcionado por Hudal, que les ayudó a escapar a Argentina. Aparentemente precedido por su esposa y sus hijos, Rajakowitsch parece haber entrado en Argentina por primera vez el 26 de febrero de 1952 en un avión procedente del vecino Chile. Viajaba bajo el alias de Erico Raja, y permaneció en el país hasta el derrocamiento de Perón.

Después el ex oficial de las SS regresó a Italia con su pasaporte falso, y se estableció en Milán, donde se convirtió en un hombre de negocios sumamente próspero, comprando varios bloques de apartamentos y varias villas en Italia, Suiza y México. En 1963, sin embargo, a Rajakowitsch se le acabó la buena fortuna, y las autoridades italianas, que habían sido alertadas de su pasado nazi, le detuvieron.

Rajakowitsch logró huir a Suiza, y de allí a Alemania, pero finalmente se entregó en Viena, donde fue juzgado. Su caso desencadenó varios artículos en los que se insinuaba que él era uno de los encargados de custodiar en la posguerra el botín que las SS habían expoliado a los judíos —una suposición que no resultaba improbable—, además de sugerir que había sido él quien había financiado en

secreto la red de fuga del obispo Hudal. Se le condenó sólo a dos años y medio de cárcel, y fue liberado en 1966, año en que presentó sendas demandas por libelo contra una revista española y contra Simon Wiesenthal, que habían sido quienes le habían localizado. Perdió los dos casos.[558]

LOTHAR HERMANN

QUIEN hizo estallar la burbuja protectora de Eichmann no fue un inteligente sabueso israelí, sino un ciego, refugiado de la persecución nazi, que había llegado a Argentina en 1938. Lothar Hermann había estado preso en el campo de concentración de Dachau en 1935-1936 por sus actividades socialistas. Tras los acontecimientos de la «noche de los cristales rotos», Hermann, que era medio judío, decidió que había llegado el momento de abandonar Alemania.

Unos años después de su llegada a Buenos Aires perdió la vista como resultado de los graves golpes que había recibido de la Gestapo en Dachau.

Hermann, su esposa, y su hermosa y joven hija Sylvia, vivían en el suburbio bonaerense de Olivos como alemanes no judíos. Sylvia se había hecho amiga de los hijos de Eichmann, en particular del mayor de ellos, con el que al parecer salía. Klaus Eichmann visitó la casa de Sylvia en varias ocasiones, y allí hizo algunas observaciones marcadamente antisemitas, incluyendo su pesar por el hecho de que los nazis no hubieran completado el exterminio de los judíos, y añadiendo que su padre había servido en la guerra. Sylvia nunca fue invitada a casa del joven, y no sabía que el padre de éste vivía bajo el alias de Klement, ya que Eichmann había insistido en que sus hijos siguieran llevando el verdadero apellido de la familia.

Algún tiempo después los Hermann se trasladaron a Coronel Suárez, una población situada a 500 kilómetros de Buenos Aires, y perdieron el contacto con los Eichmann. Pero en 1957 el nombre de Adolf Eichmann apareció en las noticias que daba la prensa sobre el juicio de un nazi en Frankfurt. No le costó mucho a Hermann deducir que el hombre al que se mencionaba era con toda probabilidad el padre de Klaus Eichmann.

Diligentemente, Hermann envió una carta a las autoridades judiciales de Frankfurt alertándoles de la presencia de Eichmann en Argentina. Su carta llegó a manos del fiscal general Fritz Bauer, un valeroso jurista que posteriormente, en 1963, dirigiría los trascendentales juicios de Auschwitz. Bauer envió a Hermann una descripción de Eichmann y le pidió que averiguara más detalles. Aquel hombre ciego, pero increíblemente intrépido, y su hija hicieron lo que se les pedía, viajando a Buenos Aires para tratar de descubrir la dirección exacta de Eichmann. Sylvia encontró la casa con bastante rapidez.

Cuando llamó a la puerta le respondió la madre de Klaus. «¿Es esta la casa de Eichmann?», preguntó Sylvia. De repente apareció también en la puerta un hombre de mediana edad. Sylvia preguntó si Klaus estaba en casa. El hombre le respondió que estaba trabajando y que aún tardaría. «¿Es usted Herr Eichmann?», preguntó Sylvia en el tono más inocente que pudo. El hombre no respondió

enseguida, pero finalmente admitió que era el padre de Klaus. Sylvia le explicó que era una amiga y que le estaba buscando, y luego se despidió. Hermann y su hija regresaron a casa y se apresuraron a enviar una nueva carta a Frankfurt identificando positivamente, de acuerdo con la descripción de Bauer, al antiguo jefe de «Asuntos Judíos», y dando su dirección, en el número 4261 de la calle de Chacabuco, en Olivos.

Bauer sabía lo suficiente del sistema judicial de su país, por entonces plagado de nazis, para darse cuenta de que Eichmann sería inmediatamente alertado de cualquier acción emprendida por Alemania. En consecuencia, en septiembre de 1957 informó en secreto a Israel de que había recibido información confidencial afirmando que Eichmann vivía en Argentina. El Mossad, el servicio secreto israelí, mostró un interés relativo por la pista de Bauer, enviando al agente Yoel Goren a Buenos Aires en enero de 1958. Tras una rápida inspección del vecindario de Olivos, un barrio de clase media, éste informó de que resultaba imposible que un nazi importante pudiera estar viviendo allí.

Bauer, sin embargo, no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Revelando la identidad de Hermann al Mossad logró convencer a los israelíes de que enviaran una segunda misión. Esta vez el agente israelí Efraim Hofstetter visitó a los Hermann y a su hija en Coronel Suárez, haciéndose pasar por un emisario de Fritz Bauer. Hermann se quejó acaloradamente de que la información que había proporcionado ya bastaba para proceder al arresto de Eichmann. Hofstetter le rogó que tuviera paciencia, afirmando que necesitaba más pruebas, como, por ejemplo, una copia de la foto del documento de identidad argentino de Eichmann. El agente del Mossad entregó a Hermann 130 dólares para cubrir sus gastos y le dio una dirección en Estados Unidos a la que debía escribir desde aquel momento, con lo que en la práctica dejaba a Bauer fuera del juego. Después el agente hizo una pasada en auto por la calle de Chacabuco, y más tarde regresó a Israel, redactando un informe que fue mayoritariamente ignorado. Se dejaba, así, a un hombre ciego que vivía a diez horas en tren de Buenos Aires la tarea de probar la identidad de Eichmann.

Pero eso no intimidó a Hermann. En el Registro de la Propiedad de Buenos Aires obtuvo la información de que la casa de la calle de Chacabuco era propiedad de un austríaco llamado Francisco Schmidt, y durante un tiempo estuvo convencido de que Schmidt era el alias de Eichmann, enviando cartas a la nueva dirección que se le había dado planteando aquella hipótesis errónea. En Israel, mientras tanto, los jefes de la Mossad habían perdido todo interés en la pista, y se dio la orden de que la comunicación con Hermann se fuera interrumpiendo poco a poco.

Pero Hermann estaba decidido. Alentado por una recompensa de 10.000 dólares ofrecida en la prensa por Tuvia Friedman, del Centro de Documentación de Haifa, en Israel (supuestamente financiada por el Congreso Judío Mundial), empezó a compartir su secreto con más gente. En una carta a Friedman fechada el 17 de octubre de 1959, Hermann afirmaba que poseía el «nombre y detalles

exactos» de los documentos de identidad argentinos de Eichmann. El 29 de diciembre, cada vez más impaciente, Hermann se reunió con

G. Schurman, uno de los líderes de la DAIA, la principal organización judía de Argentina. De repente el número de personas que conocían el paradero de Eichmann había pasado a ser mucho más amplio que el formado por Fritz Bauer y el pequeño grupo de agentes secretos israelíes. Ahora incluso los líderes de la comunidad judía de Argentina sabían dónde vivía Eichmann. Sin embargo, no parecía ocurrir nada. Temeroso de que su papel en la posible captura de Eichmann se minimizara con el fin de dejarle al margen de la recompensa, en marzo de 1960 Hermann escribió una airada carta a Friedman: «Parece que resulta de poca importancia para usted la rápida conclusión del asunto, o que no posee ningún interés en absoluto en arrestar a Eichmann», escribía Hermann furioso. Un hombre ciego que vivía con una mísera pensión en medio de la Pampa había logrado lo que parecía imposible. No sólo había localizado sin ayuda alguna a un célebre criminal nazi, sino que había logrado despertar al aletargado Mossad, que hasta entonces mostraba decididamente muy poco interés en el caso. Prácticamente por vergüenza, Israel se vio obligado a capturar a Eichmann. [559]

EL SECUESTRO DE EICHMANN

EL RESTO de la historia es bien conocido. Se montó un equipo especial de la Mossad, y se le envió a Buenos Aires para que secuestrara a Eichmann, que mientras tanto había seguido descendiendo en la escala social, pasando de Olivos, un suburbio de clase media, a una casita que había construido para él y su familia en el número 6061 de la calle de Garibaldi, en las desoladas afueras de San Fernando. Desde el primer momento se descartó la posibilidad de pedir su extradición, dado el fracaso previo de Alemania a la hora de solicitar que se extraditara a Mengele. Eichmann fue raptado ignominiosamente en una polvorienta ruta el 11 de mayo de 1960, cuando volvía del trabajo, y llevado a un lugar secreto en las afueras de Buenos Aires. Durante diez días se le mantuvo esposado a una cama y con los ojos vendados, en tanto el Mossad decidía cómo sacarlo de Argentina.

Mientras, la casita de Eichmann en San Fernando se convertía en un hervidero de actividad. Los hijos de Eichmann acudieron a un antiguo camarada de su padre en las SS. «Nos forzó a pensar con claridad, sugiriéndonos tres posibilidades: que nuestro padre hubiera sido arrestado por la policía por algún delito, o que lo hubieran detenido por estar borracho; que hubiera tenido un accidente, y estuviera herido en el hospital o muerto en el depósito de cadáveres; o que lo tuvieran los israelíes», recordaría Klaus Eichmann en 1966. Después de dos días de búsqueda sin resultado alguno, se hizo evidente que lo tenían «ellos».

En los días que siguieron al secuestro, «un grupo de jóvenes peronistas» se dirigieron a los Eichmann para ayudar a Klaus y su hermano Dieter en su búsqueda. «A veces había hasta 300 hombres con sus motocicletas ocultos cerca de

casa». El líder de los jóvenes peronistas propuso una solución drástica: «Secuestremos al embajador israelí, saquémosle de la ciudad y torturémosle hasta que vuestro padre vuelva a casa». Luego surgió otra idea: «Alguien propuso volar la embajada israelí».[560]

Finalmente, el 21 de mayo, se disfrazó a Eichmann con el uniforme de un ayudante de vuelo de la compañía El Al, y se le embarcó en un avión rumbo a Tel-Aviv. El 23 de mayo el primer ministro israelí anunciaba al mundo su captura: «Eichmann está ya en este país bajo arresto, y en breve se le juzgará», declaró Ben Gurión.

Mientras tanto, en Argentina la Policía Federal abrió una investigación en torno al secuestro de Eichmann. La investigación se dirigía aparentemente a identificar a sus raptores. Se conserva solamente un informe policial. Éste muestra que se realizó una escrupulosa investigación entre los compañeros de trabajo de Eichmann en Mercedes-Benz, y resultó que en la empresa sólo había un empleado judío. Y, lo que resulta aún más curioso, cuando investigaba a las «personas que podían haber conocido a Eichmann durante el período de la Segunda Guerra Mundial», la policía descubrió a un húngaro llamado «Julio» Szabo, legislador en su país entre 1942 y 1944, que se había incorporado a Mercedes-Benz en 1959 y que viajaba en el autobús que llevaba a casa a Eichmann cada día después del trabajo. La policía descubrió también que, tras la declaración de Ben Gurión, la esposa de Eichmann se había esfumado y la casa de la calle de Garibaldi estaba abandonada. Otro hecho interesante: dos hombres vestidos de civiles habían irrumpido en casa de Eichmann el 6 de junio, y de nuevo al día siguiente, y habían fotografiado toda la casa.

Al rastrear la historia de Eichmann en Argentina la policía descubrió que «Pedro Geller» había actuado como fiador cuando Eichmann había alquilado la casa de la calle de Chacabuco; en consecuencia, una delegación policial llamó a la puerta de Geller, en el exclusivo barrio de Palermo Chico. Para su sorpresa, fue Carlos Fuldner quien abrió. Rebosante de información, el ex capitán de las SS declaró que seguía dirigiendo CAPRI, embarcada ahora en un largo proceso de quiebra, y que conocía tanto a Geller como a Klement.

Fuldner declaró que «hasta el día 25 de mayo no tuvo conocimiento sobre el verdadero nombre de Riccardo Klement, quien desde 1953 no se encuentra más al servicio de la empresa Capri —afirma el informe policial con sospechosa ingenuidad—. El día referido, alrededor de las 22 horas, lo visitó un joven en su domicilio particular, Ombú 2929, quien le resultó completamente desconocido, y que en su estado de desesperación manifestó ser Klaus Eichmann, hijo del supuesto Ricardo Klement. El recién llegado le contó que desde el 11 de mayo no se conocía el paradero de su padre, Adolfo Eichmann, y que momentos antes se había enterado que había sido secuestrado por agentes israelíes y llevado a Israel. Dijo además Klaus, que su hermano Horst se encontraba embarcado en el vapor Cap Castillo, como marinero, con rumbo a Nueva York; y que la familia Eichmann, en conocimiento del carácter de Horst, estaba muy preocupada por cuanto el

nombrado, al tomar conocimiento de la suerte de su señor padre, se presentara voluntariamente en los países árabes para cualquier misión que se dirigiera contra Israel».

Inesperadamente, Fuldner, que se mostraba en extremo servicial, proporcionó a la policía la fecha exacta de llegada de Kuhlmann y Eichmann, declarando correctamente que habían viajado en el *Giovanna C*, lo que constituía una evidencia –si es que hacía falta alguna– de su participación en su traslado a Argentina. Luego Fuldner condujo a la delegación policial a casa de Klaus Eichmann, en el número 3030 de la avenida del General Paz, en Olivos; pero Klaus le dio con la puerta en las narices.[561]

LAS CINTAS DE SASSEN

MIENTRAS la familia Eichmann se ocultaba, Sassen se dio cuenta de que estaba sentado sobre una mina de oro. En cuestión de días había vendido los derechos de las transcripciones de Eichmann a la revista *Life*, que a finales de 1960 publicó una versión condensada, así como a la revista *Stern* en Alemania y al periódico *Yediot Hadashot*, editado en lengua alemana en Israel. Otorgándole una vuelta siniestra al asunto, parece ser que un grupo de hombres vestidos de civiles se presentaron en casa de Menge y le pidieron las cintas originales, amenazándole con poner la casa patas arriba hasta que las encontraran. Se dice que Menge cedió sin averiguar si aquellos hombres eran policías argentinos o agentes israelíes. El 9 de junio de 1961 las transcripciones entregadas por Sassen a *Yediot Hadashot* se presentaron en el juicio de Eichmann, en Jerusalén, y resultaron ser una de las principales evidencias condenatorias contra él.

Especialmente perjudiciales se revelaron las abundantes y meticulosas correcciones y anotaciones que Eichmann había añadido de su puño y letra a las transcripciones. Se dice que Sassen, acosado por las amenazas y acusaciones de traición por parte de la comunidad nazi de Argentina, huyó a Paraguay a contar el dinero que había ganado.[562]

CAGGIANO PERDONA A EICHMANN

MIENTRAS tanto, Argentina clamaba contra el secuestro de Eichmann, que consideraba una violación de su soberanía nacional, exigiendo a Israel que devolviera al criminal de guerra a Buenos Aires. El 21 de junio, el embajador argentino en la ONU, Mario Amadeo, presentó una protesta oficial ante el Consejo de Seguridad en Nueva York. En ella afirmaba que, aunque Argentina había admitido a Eichmann, también había dado una «generosa bienvenida» a muchos refugiados judíos que habían entrado en el país «fraudulentamente». Aparentemente Amadeo no era consciente de la contradicción implícita en la segunda parte de su razonamiento. Él era el mismo diplomático nacionalista que había colaborado con el servicio secreto de Himmler durante la guerra y que había

recibido al criminal de guerra Pierre Daye a su llegada a Buenos Aires, en 1947.

Otra destacada figura que se alzó en defensa de Eichmann fue el cardenal argentino Antonio Caggiano, el hombre que había ayudado a abrir la ruta de escape vaticana en 1946. «Él había llegado a nuestra patria en busca de perdón y olvido. No importa cómo se llame, Ricardo Klement o Adolf Eichmann, nuestra obligación de cristianos es perdonar lo que hizo», declaró Caggiano a la prensa.^[563]

Probablemente resulte todavía más grotesco que esas hipócritas reacciones el incidente ocurrido el 21 de marzo de 1961. Ese día Lothar Hermann fue arrestado en su domicilio de Coronel Suárez y acusado de ser Josef Mengele. La policía de Buenos Aires afirmó que había actuado en respuesta a la demanda de extradición presentada por Alemania contra el médico de Auschwitz, pero es más probable que aquella acción fuera un cruel acto de venganza de los elementos antisemitas existentes entre las fuerzas del orden argentinas, conocedores del secreto papel de Hermann en la captura de Eichmann. Sin embargo, la comparación de las huellas dactilares de Hermann con las que se había tomado a Mengele cuando éste obtuvo su documento de identidad argentino reveló lo que la policía de Buenos Aires ya sabía: que Hermann no era Mengele. Consternado, Hermann dio una conferencia de prensa en su domicilio. Declaró que había recibido la visita de dos corresponsales extranjeros y un periodista argentino, que le habían preguntado si tenía alguna relación con Mengele. Hermann dijo que no lo conocía, pero añadió que dirigía una «agencia de información internacional» y que podía averiguar dónde se hallaba Mengele por un precio determinado. Entonces los «periodistas» le amenazaron. Intercambiaron palabras airadas. Hermann llamó a la policía, y por alguna razón el que acabó en la cárcel fue él. «Yo nunca había tenido contacto alguno con Eichmann – mintió Hermann, temeroso, en la conferencia de prensa –. Yo perdí la vista en 1947, y Eichmann llegó en 1951. Además soy judío, y si le hubiera conocido se lo habría comunicado a la policía.» La noticia mereció sólo unas líneas en los periódicos argentinos, pero permitió al gobierno alemán pedir una copia de las huellas dactilares de Mengele a las autoridades argentinas.^[564]

«¡VIVA ARGENTINA!».

EICHMANN fue declarado culpable en Jerusalén y condenado a morir ahorcado. La ejecución se realizó el 31 de mayo de 1962. Sus últimas palabras fueron: «¡Viva Alemania, Viva Argentina, Viva Austria! ¡No las olvidaré!». Al día siguiente, una joven judía llamada Gabriela Narcisa Sirota –de la que se sospechaba que era la hija del dueño de la casa donde el Mossad había retenido a Eichmann en Buenos Aires– fue secuestrada y torturada, grabándosele a fuego una esvástica en el pecho. Una segunda muchacha judía inocente llamada Mirta Penjerek, acusada de haber dado de comer al equipo del Mossad, fue sencillamente asesinada.

El papel de Hermann en la captura de Eichmann fue un secreto celosamente guardado hasta 1971, en que el director del Mossad, Isser Harel, lo reveló a la prensa israelí. Desde Argentina, Hermann empezó a bombardear a Friedman con furiosas cartas exigiendo su recompensa. Finalmente, en julio de 1972, la primera ministra israelí, Golda Meir, saldó la deuda.[\[565\]](#)

Treinta años después de la ejecución de Eichmann, un eco distante del violento plan propuesto por un líder de las Juventudes Peronistas para hacer estallar la embajada israelí resonaría bajo un nuevo gobierno peronista. El 17 de marzo de 1992 la embajada israelí en Buenos Aires se vio sacudida por una bomba, que mató a 29 personas. La Corte Suprema de Argentina, que tomó jurisdicción sobre las investigaciones, jamás llevó el caso a juicio.

PIO XII Y EL ESCAPE NAZI

LA LABOR conjunta y coordinada de altos líderes de la Iglesia Católica para organizar la fuga de los criminales de la segunda guerra mundial a Argentina queda demostrada, concluyentemente, por la documentación ya citada en este libro. Allí vimos la actuación de cardenales como Tisserant, Caggiano y Copello, y clérigos como Hudal, Draganovic y Dömöter. Sin embargo, la evidencia vinculando al papa Pio XII y a monseñor Giovanni Battista Montini (el futuro papa Paulo VI) con la organización de fuga de los secuaces de Hitler seguía siendo hasta ahora meramente circunstancial. No había una directa implicación papal en tales hechos.

Sin embargo, existe tal prueba. Fue desempolvada a través del paciente análisis de una serie de dossiers, que contenían documentos del período inmediato de la posguerra, en la Public Record Office de Londres. Estos documentos no sólo demuestran que Pío XII estaba totalmente al corriente del refugio concedido a los criminales de guerra, en instituciones eclesiásticas romanas, sino también cómo se vinculaba personalmente con la operación para la fuga de nazis en la Confraternidad Croata de San Girolamo, una vinculación negada durante mucho tiempo por el Vaticano.[566]

Los dossiers británicos muestran, asimismo, que el Papa petitionó secretamente ante Washington y Londres por notorios criminales de guerra y colaboradores de los nazis. Estas intercesiones las hizo por escrito la Secretaría de Estado del Vaticano, una oficina que estaba bajo la directa supervisión personal de Pío XII y de monseñor Montini. Y, por lo menos en un caso, se intercedió en nombre del propio Papa.

Los documentos británicos, junto a documentos desclasificados de los archivos de la CIA, revelan inquietantes y sorprendentes vínculos entre las actividades para la fuga de nazis del padre Krunoslav Draganovic y el Vaticano, así como con el misterioso servicio secreto del Vaticano. Simultáneamente, mientras el Vaticano hacía causa común con los que facilitaban la fuga de nazis, los servicios de inteligencia estadounidenses empezaban a organizar sus propias operaciones a través de Draganovic. Para el Vaticano, y para los servicios de inteligencia de los aliados, poner a salvo a los colaboradores de los nazis y a los asesinos de las SS —y no extraditarlos a países con regímenes comunistas— era algo inseparable de la prosecución de sus compartidos objetivos anticomunistas. Esto difería de los casos de Perón y de Fuldner, en los que parecen haber influido innegables simpatías respecto a los nazis. Pero, aunque esto pueda ayudar a explicar tales actividades, difícilmente puede justificarlas. [567]

EL VATICANO PIDE POR CRIMINALES

LA PRIMERA petición escrita encontrada en los archivos de Londres data

de agosto de 1945. Por entonces, el Vaticano intercedió ante los aliados en nombre de los miles de ustasi que huían a Italia desde Yugoslavia, donde acababa de imponerse el régimen comunista del mariscal Tito. Muchos de estos hombres se enfrentaban al riesgo de que los extraditasen por haber colaborado con los nazis durante la guerra; otros por crímenes contra la humanidad, y algunos por ambas cosas. Sin embargo, para el Vaticano, eran ante todo y por encima de todo nacionalistas católicos y viscerales anticomunistas. Olvidándose del coste moral que tendría a la larga haberlos defendido, el Papa utilizó toda su influencia a favor de la secreta labor de salvarlos de los tribunales comunistas.

De ahí que el Vaticano pidiese a Londres que «reconsiderase» la «clasificación como prisioneros de guerra» de un grupo concreto de 600 croatas que se encontraban en el campo de prisioneros de guerra 949 de Nápoles. A este grupo añadieron a todo posible sospechoso de ser uno de los criminales de la Ustasa, y el Vaticano pidió que «en ningún caso, ellos o sus compatriotas en circunstancias similares, fuesen entregados al gobierno del mariscal Tito». La petición fue entregada a sir D'Arcy Osborne, el representante diplomático británico ante la Santa Sede, poco después del fin de las hostilidades, cuando los aliados se encontraban todavía ansiosos por ver a los criminales de guerra puestos a disposición de la justicia. La respuesta de los superiores de Osborne en el Foreign Office fue la previsible. Los ustasi seguirían presos como «tropas hostiles desarmadas pendiente de una decisión de los tribunales británicos y estadounidenses».[568]

Al parecer, al Vaticano le disgustó esta respuesta. Y, presumiblemente, también le disgustó el hecho de que, en meses sucesivos, se le concediesen a Yugoslavia algunas peticiones de extradición, aunque con suma lentitud. El 27 de marzo de 1946, el Vaticano aumentó la presión. Una segunda petición, en esta ocasión en nombre del propio Papa, se hizo en aras de la operación para la fuga de nazis dirigida por el padre Draganovic. La Secretaría de Estado del Vaticano trasladó a Londres y a Washington «una petición urgente, que ha recibido de la Confraternidad Croata de San Girolamo de Roma, en nombre de aquellos croatas, especialmente del grupo de prisioneros de guerra del campo 215, de Grottaglie, Taranto, amenazado de expatriación o repatriación». En otras palabras, esta apelación se hizo en nombre de los croatas colaboradores de los nazis y criminales de guerra. Por si quedase alguna duda de que la apelación provenía del propio papa Pío XII, el documento añadía: «La Confraternidad ha apelado a Su Santidad rogándole que recomiende esta cuestión».

Esta segunda petición desencadenó frenéticas comunicaciones entre Londres y Washington. Pero, por lo menos aparentemente, no logró sus propósitos. Londres decidió informar al Vaticano de que, pese a que los aliados no se propusieran «repatriar a ningún súbdito contra sus deseos» esta política no se aplicaría «en el caso de los criminales de guerra». Porque los aliados se proponían extraditar precisamente a aquellos hombres que el Papa trataba de proteger.[569]

HUÉSPEDES DEL VATICANO

DURANTE este temprano período, antes que las cuestiones de la guerra fría adquirieran prioridad, un puñado de diplomáticos británicos expresó consternación por la actitud del Vaticano. En enero de 1947, Yugoslavia exigió a Londres la extradición de cinco criminales de guerra refugiados en el Instituto Pontificio de Estudios Orientales. Entre los hombres buscados por la justicia se encontraban algunos de los ex ministros del general Milan Nedic, el gobernante títere que Hitler tuvo en Serbia, la primera nación en ser declarada Judenfrei o «libre de judíos» por los nazis en 1942.

Fundado por el Vaticano en 1917, el Instituto de Estudios Orientales era responsable, entre otras cosas, de la preparación de sacerdotes para cumplir misiones en las naciones que habían caído bajo la esfera de influencia soviética, como Yugoslavia. Quizá no quepa sorprenderse de que uno de los más notorios ex alumnos del instituto fuese el padre Draganovic, que estudió allí entre 1932 y 1935 y se especializó en «asuntos de los Balcanes». Aunque el Instituto de Estudios Orientales estaba situado extramuros de la ciudad del Vaticano, en la histórica piazza Santa Maria Maggiore de Roma, gozaba de todas las ventajas de la extraterritorialidad vaticana. Y fue por lo tanto un lugar ideal para ocultar a los criminales de guerra, a salvo de las autoridades italianas y aliadas.[570]

Consciente del historial de los criminales involucrados, Londres quería conceder la extradición. Pero el representante británico ante la Santa Sede estaba seguro de que el Papa no accedería. Además, Osborne estaba también «muy ansioso por evitar la indignación que sin duda provocaría un registro forzado de las dependencias vaticanas». Los funcionarios británicos sopesaron la cuestión para ver cómo había que proceder. «Si estuviesen en cualquier otro lugar de Italia y no en el Vaticano deberíamos detener y entregar a estos hombres», dijo un funcionario británico. Finalmente, respondiendo a una sugerencia del Departamento de Estado norteamericano, Londres recomendó a Yugoslavia que pidiera la extradición directamente al Papa. Osborne recibió instrucciones para que advirtiese a los funcionarios vaticanos, y les hiciese ver claramente que alrededor del mundo se los veía cada vez más como «los protectores a sabiendas de los ex secuaces de Hitler y de Mussolini». El Foreign Office británico no salía de su asombro: «Aunque ni por un momento queremos interferir en los asuntos vaticanos... debemos señalar que los ministros Nedic y Pavelic no son ningunos Thomas á Becketts (santo inglés del siglo XII exiliado en Francia y luego devenido en martir por defender a la Iglesia Católica frente al rey Enrique II)».[571]

Congruentemente, a mediados de enero de 1947, Osborne entregó en mano un aide-mémoire «confidencial» al cardenal Domenico Tardini de la Secretaría de Estado del Vaticano. (A partir de 1944, el papa Pío XII suprimió el cargo de secretario de estado, e impuso a sus dos subsecretarios, los cardenales Tardini y Montini, con quienes se reunía dos veces al día, la conducción conjunta de su política exterior). Osborne advirtió a Tardini que Yugoslavia estaba a punto de

presentar peticiones de extradición, subrayando que «las autoridades británicas no albergan dudas respecto a la culpabilidad de los cinco acusados». También le recordó a Tardini «lo desaconsejable que resultaba proporcionar argumentos para la acusación de que el Vaticano defiende y protege a ex agentes e instrumentos de Hitler y Mussolini». Ansioso por declinar la responsabilidad del Vaticano, Tardini le dijo a Osborne que «el Papa ha dado hace poco órdenes estrictas a todas las instituciones eclesiásticas de Roma para que no reciban huéspedes, es decir, encubran refugiados, sin autorización superior».

Esta orden papal de no ayudar a los sospechosos «sin autorización superior» se da de narices con la actual pretensión del Vaticano de que el Papa desconocía las actividades para organizar la fuga de nazis en instituciones eclesiásticas como Santa Maria dell'Anima y San Girolamo, siendo doblemente imposible que pudiera ignorar el albergue provisto en su propio Instituto de Estudios Orientales. Esto no sólo muestra que Pío XII conocía estas actividades sino también que, el gran número de criminales que seguían refugiándose en las referidas instituciones después de que se diese la orden del Papa, sólo pudieron haber gozado de tal privilegio con su tácito consentimiento. Osborne no se sentía optimista. De haber más «huéspedes» en territorio vaticano «no creo ni por un momento que el Papa de la orden de entregarlos», informó Osborne a Londres.[572]

Resulta bastante revelador que, prácticamente el mismo día que Osborne se entrevistó con Tardini, el Vaticano hiciese una tercera petición. En esta ocasión respecto al notorio colaborador de los nazis Miroslav Spalajkovic, un diplomático serbio que estuvo muchos años destinado en Francia y que por entonces se ocultaba en Roma. «Se les solicita a las autoridades aliadas competentes que hagan uso de sus buenos oficios para evitar su repatriación a Yugoslavia, donde sin duda le aguarda una severa condena», escribió el Vaticano. Londres reaccionó con asombro: «Creemos que convendría informar al Vaticano de qué vientos soplan, y de ponerlo al corriente de la actual situación señalándole que él es incuestionablemente culpable de colaboración con los alemanes», clamó el Foreign Office británico. Pero, pese toda su indignación, Londres terminó por destensar la cuerda. Y, en lugar de afrontar un juicio en Belgrado, Spalajkovic murió en su adorado París en 1951.[573]

CEGUERA MORAL

SIN EMBARGO, la ceguera moral de la Iglesia Católica siguió exasperando al Foreign Office y, tres semanas después, el 4 de febrero de 1947, Osborne volvió a entrevistarse con Tardini. El cardenal se apresuró a reafirmar «las recientes y estrictas órdenes del Papa para que no se admitan huéspedes», garantizando a Osborne que los cinco acusados «ya no se encuentran en el Instituto de Estudios Orientales». Pero la entrevista se vio ensombrecida por una nueva y más grave acusación que afectaba al Papa. Yugoslavia había revelado públicamente que «gran

número» de criminales de guerra estaban siendo ayudados a llegar a Argentina a través de la diócesis de San Girolamo, con el auxilio de la Pontificia Comisión para la Asistencia que «les proporcionaba visados y dinero». Yugoslavia acusaba a la PCA de violar «la decisión de todos los estados de las Naciones Unidas de devolver a los criminales de guerra al país donde hayan cometidos sus crímenes».

La acusación era cierta, como sin duda sabía Tardini perfectamente. (La PCA también ayudó a notorios criminales de las SS como Erich Priebke y Gerhard Bohne a huir a Argentina) Pero, en lugar de clausurar esa ruta de huída, el Vaticano eludió la cuestión. Tardini adujo que la PCA «no tenía nada que ver con la Secretaría de Estado». El cardenal «parecía sugerir que se eximía de responsabilidad por las actividades de la comisión». Osborne informó en estos términos: «Le señalé que se trataba de una organización vaticana y el instrumento de la caridad papal y que, por consiguiente, no podían eximirse de responsabilidad».

Al chocar de nuevo contra aquel muro, Londres no tuvo más remedio que admitir que «el Vaticano no ha sido útil» respecto a la entrega de criminales de guerra. La gran frustración del Foreign Office quedó resumida en un amargo memorando: «Si el papa Pio XII desea asumir el manto de Gregorio VII [un santo del siglo XI y uno de los más grandes pontífices romanos] hay mejor manera de hacerlo que dando cobijo a ustasi».[574]

Cualesquiera que fuesen las esperanzas de estos diplomáticos respecto a un cambio de actitud papal se vieron rotundamente frustradas el mes siguiente. El 26 de abril de 1947, el Papa hizo su cuarta y más asombrosa petición, esta vez a favor de quince ustasi que aguardaban la extradición en una prisión romana que se hallaba bajo control británico. La nueva petición superaba las ya desconcertantes tentativas anteriores, porque en una sola página venía a afirmar que los hombres «que en la actualidad se hallan presos como criminales de guerra en la cárcel Regina Elena» habían sido «en todo momento firmes defensores de la aplicación de principios humanitarios». Dado los individuos en cuestión, y el carácter criminal del régimen al que habían servido, esta resultaba una curiosa elección de palabras. En la lista del Vaticano figuraban matones de la peor especie, distinguiéndose entre ellos el colaboracionista nazi Vladimir Kren y el encargado de la custodia del oro robado por Pavelic, el general Ante Moskov.[575]

Como ya hemos visto, Kren fue el oficial yugoslavo de las fuerzas aéreas que, en 1941, desertó y les reveló a los jefe militares de Hitler el secreto emplazamiento de los aeropuertos militares de Yugoslavia, antes de unirse a los raids contra su propio país. Pavelic lo recompensó concediéndole el mando de las fuerzas aéreas croatas. Al ser detenido Kren en Génova, el 4 de marzo de 1947, a punto de embarcar en el *Philippa* rumbo a Buenos Aires con un grupo de otros ustasi fugitivos, el colaborador de Draganovic, monseñor Petranovic, rogó en vano a las autoridades británicas que se permitiese a Kren proseguir rumbo a Argentina. Este ruego se conducía ahora a través de la Secretaría de Estado del Vaticano.

Por su parte, el general Moskov, había sido un hombre de confianza de

Pavelic desde 1933. Tras el ascenso de Pavelic al poder, fue nombrado jefe del selecto Cuerpo de Custodios del Poglavnik, una de las unidades militares más numerosas de Croacia. Después de la guerra, el despiadado Moskov se convirtió en uno de los principales custodios del oro, los diamantes y las divisas robados por Pavelic durante su sangriento régimen. Parte de este tesoro ya había caído en manos británicas; y otra parte le fue entregada a Draganovic para que la pusiese a salvo en el Vaticano.

Con Pavelic oculto, Moskov se convirtió en la práctica en jefe de los ustasi, defendiendo la autoridad de Pavelic ante aquellos que consideraban desacreditado al Poglavnik. Durante 1945 regresó secretamente a Croacia para organizar una guerrilla. También dirigía «su propio servicio de inteligencia» que, según supo la inteligencia británica, financiaba «haciendo uso del oro y de otros valores sacados de Croacia». Moskov tenía conexiones importantes en el Vaticano. Uno de sus más estrechos colaboradores, el catedrático Vinko Nikolic, fue recibido por Pío XII en junio de 1946. Debido a estos contactos tan elevados, los acontecimientos del 23 de octubre de 1946 debieron de sorprender a Moskov: fue detenido en Venecia por oficiales británicos que le confiscaron 3.200 monedas de oro, 75 diamantes y una reserva de dólares norteamericanos.[576]

Aunque la captura y extradición de Moskov y de los otros que figuraban en la lista del Vaticano fue clasificada «Top Secret», los espías de Draganovic lograron informarse de las intenciones británicas. Ciertamente, el propio sacerdote croata intercedió ante los aliados en nombre de los mismos ustasi reclusos en la cárcel Regina Elena. No fue casual que, tanto la lista de Draganovic como la del Papa, las encabezase el representante diplomático de Pavelic en la Francia de Vichy, en 1944, Dusan Zanko, ex director de la ópera de Zagreb. Aquel hombre culto quizá hubiese podido alegar menos responsabilidad en los crímenes de la Ustasa que canallas de peor calaña como Moskov y Kren. Sin embargo, figuraba en la lista «A» de los aliados de los criminales más buscados y, por lo tanto, fue incluido entre los que debían ser extraditados automáticamente. En los primeros años de la posguerra, Zanko fue el jefe croata del campo de detención británico de Fermo. Pero, en secreto —como los servicios de inteligencia estadounidenses sabían por lo menos desde 1946— era un intermediario entre el servicio secreto de Draganovic y el Vaticano. Quizá debido a esto, Draganovic trató de evitar la extradición de Zanko, advirtiéndole del secreto plan británico para trasladarlo desde Fermo a Regina Elena.[577]

ESCAPE DE REGINA ELENA

PARA 1947, los dos mil quinientos croatas de Fermo habían convertido a su campo de detención en una pequeña reproducción de su tierra, con escuela primaria, coro y ballet. Allí contaron con la simpatía del arzobispo de Fermo, aunque también con la perplejidad de la población local. «Los americanos no entienden nada; los italianos no pueden hacer nada... llamándonos algunas veces

checos, otras polacos y otras eslavos», recordaba Zanko en unas amargas memorias publicadas en Argentina años después.

Pero el jefe del campo británico simpatizaba con los croatas, y había prometido advertir a Zanko si llegaba una orden de traslado para que pudiese huir a tiempo. Ésta fue, sin embargo, una promesa que no pudo cumplir. Una noche de mediados de abril, el estruendo de motocicletas británicas atronó en derredor del campo y, unos veinte ustasi fueron sacados del campo a punta de pistola, esposados y subidos a trenes con destino a Roma. Escenas similares tuvieron lugar en otros campos de detención. «Parecía una caza de los peores enemigos de la humanidad» escribió Draganovic en su apelación a Washington. «En plena noche, 60 camiones y jeeps, con mil soldados británicos con equipo de combate irrumpieron en el campo de Bagnoli.»

Más de ochenta ustasi apresados en tales batidas por toda Italia fueron concentrados en el penal de Regina Elena, un edificio cercado con alambradas de espino y vigilado por centinelas armados. A pesar de la desolada vista que tenían desde sus ventanas, algunos de estos hombres seguían confiando en eludir la extradición. «Se nos mandaban recados sobre las altas y más altas intervenciones», escribió Zanko posteriormente. «El propio papa Pío XII no escatimaba esfuerzos para defender nuestra inocencia y pide un veredicto de justicia; se hablaba de las buenas perspectivas de nuestro asunto, de la intervención de los americanos, de la visita de una persona muy importante, la cual indagaría personalmente ciertos casos.»

Este optimismo se desmoronó el 25 de abril, cuando Moskov, Kren y otros cinco ustasi que figuraban en la lista del Vaticano oyeron que un suboficial británico llamaba sus nombres. «En un silencio mortal todas las cabezas con las bocas abiertas se apretujaron contra las rejas», recordaba Zanko. «El suboficial da la orden de que todos los mencionados se preparen para partir. ¿Adónde? ¿A la libertad o a la...? Recién al otro día supimos que fueron llevados de regreso a la Patria, a la muerte.»

Entre los que se quedaron cundió el pesimismo. El jefe del campo de Fermo envió a un sacerdote británico para consolar a Zanko. «El pueblo inglés no sabe de esto y no piensa como estos policías, los cuales están ciegamente al servicio de una política errónea», le susurró el prelado de ojos azules. «Sean fuertes... Dios no los va a dejar».[578]

La Iglesia Católica movilizó toda su maquinaria para tratar de impedir más extradiciones. El 23 de abril, en Londres, el arzobispo de Westminster, Bernard Griffin y el arzobispo de Canterbury, Geoffrey Fisher, se entrevistaron con el jefe del gobierno británico Clement Atlee. Los arzobispos propusieron el traslado de casi 25.000 yugoslavos desde Italia a la zona británica de Alemania, para reducir el riesgo de extradición cuando el control de tales cuestiones volviese a manos italianas en septiembre de 1947. Griffin viajó de inmediato a Roma y llegó justo cuando Kren y Moskov eran entregados. Recibió a varias delegaciones croatas que intercedieron en su favor. «Hice lo que pude para intervenir, pero era demasiado

tarde», escribió posteriormente en tono abatido el cardenal. Sin embargo, trató confidencialmente del asunto con el jefe del Foreign Office británico Ernest Bevin y le expresó sus temores de que «fuesen entregados más croatas». La sorprendente respuesta de Bevin afirmó que sólo «los traidores» serían entregados, «no los criminales de guerra». «No cabe duda de que algunos tomaron parte en lo que podríamos llamar crímenes de guerra, pues fueron miembros del personal de los campos de concentración o de las brigadas de exterminio, pero la decisión de si deben entregarse o no se ha tomado teniendo en cuenta si han sido traidores o no», dijo Bevin para tranquilizar al cardenal.[579]

Para quienes ya iban de camino a Yugoslavia, no habría salvación. El 27 de abril, Kren y otros cinco miembros de la Ustasa que figuraban en la lista del Vaticano fueron puestos a disposición de los tribunales de Tito. La entrega de Moskov se retrasó, al tratar él de suicidarse en el tren que lo llevaba ante la justicia, pero se llevó a cabo tres días después.[580]

A mediados de junio, el Foreign Office le dio a Osborne instrucciones, en el tono más glacial, para que informase al Vaticano de que las extradiciones se habían consumado, y de hacerlo sin presentar excusas de ninguna clase. «Efatize ante la Secretaría de Estado que, pese a su reputación de «firmes defensores de la aplicación de principios humanitarios», las personas que activamente apoyaron a los invasores alemanes de Croacia, y que trabajaron para el gobierno de la Ustasa de Pavelic, dieron su apoyo y aprobación a un régimen que se burló de los principios humanitarios y que toleró atrocidades que rebasan las de cualquier época de la historia de la humanidad».[581]

Mientras tanto, Zanko y los otros ustasi que seguían en Regina Elena temían lo peor: «La deprimente sombra de la muerte flota sobre este triste edificio, y sobre cada uno de estos candidatos a la muerte», escribió Draganovic en su apelación a Washington. Acurrucado en su celda, sin más consuelo que un retrato de la Virgen María en la pared, Zanko compartió su encarcelamiento con el financiero de Pavelic, Ivo Heinrich, y con el teniente de la Ustasa Dragutin Dosen, que había pasado clandestinamente desde Austria a Italia con el Poglavnik, ambos con sotana de sacerdotes católicos. «La tensión crece día a día», recordó Zanko posteriormente. «El rosario se reza más piadosamente. Las miradas se concentran aún más en la Virgen».

Luego, providencialmente, se le hizo llegar una «sierrita» oculta en un trozo de pan a uno de los internos. «Montado en las alas de la fe y en los hombros de un amigo», el interno serruchó los barrotes de hierro de la ventana de su celda. Una joven croata que visitaba a los prisioneros, Anka Rukavina, les comunicó el sencillo plan de fuga. La noche del 30 de mayo, tres croatas aguardaron fuera de la prisión la señal convenida con Josep Biosic, un ex capitán del Cuerpo de Custodia del Poglavnik, que debería encender una cerilla frente a la ventana de su celda. Los tres croatas esperando afuera treparon entonces por el muro de la cárcel, cortaron la alambrada de espino y se dirigieron hasta el pie de la ventana de Biosic, atando una fuerte sogá al cabo de una cuerda que el capitán de la Ustasa hizo descender.

Biosic izó la soga de 20 m de longitud, la ató a uno de los cortados barrotes de la ventana y fue aupando a sus compañeros hasta la abertura, desde donde se deslizaron hacia la libertad.

«Damos una última mirada a la Virgen María», recordó Zanko posteriormente. «La mirada de la Madre llena toda la atmósfera, como si tomara toda la responsabilidad de nuestras vidas, en éste, el momento más crítico, vidas que literalmente penden de una soga».

Zanko estaba exultante cuando él y sus compañeros, un grupo de unos diez hombres, fueron acogidos por los brazos de sus «ángeles» salvadores. «Nos abrazamos, nos besamos y lloramos de emoción», recordaría luego. El ex diplomático cruzó descalzo los campos cubiertos de rocío con los zapatos en la mano. «Miramos hacia Regina Elena, la cual como un barco muerto navega hacia la luz de la luna.. y simplemente nos dejamos llevar por las olas de la felicidad».

Para la salida del sol, ya calzado, Zanko había llegado sin tropiezos al Coliseo Romano. «Estamos despiertos como pájaros, ligeros y alados debido a la máxima excitación... Imaginamos las risas de nuestros amigos cuando sepan cómo, estando desarmados, pudimos engañar a todo un sistema armado-policíaco-diplomático-político, el cual como una araña se posó en toda Europa de posguerra... A esos pobres vigilantes ingleses al servicio del comunismo vencidos les regalamos solamente nuestra sonora carcajada que resuena por las dormidas calles romanas».[582]

Posteriormente, los servicios de inteligencia británicos describieron la fuga como «el logro más espectacular de los ustasi en Italia contra las autoridades británicas». El padre Draganovic de inmediato cobijó a Zanko y a otros fugados que figuraban en la lista del Papa. Según los servicios de inteligencia estadounidenses, fueron «alimentados, vestidos, alojados y en todo atendidos» en San Girolamo. El grupo de Zanko encontró también un refugio alternativo en el monasterio del siglo XIII, de idílica belleza, de San Francisco de Asís en Cosenza, en el sur de Italia.[583]

ACUERDO SECRETO

EL LARGO y accidentado enfrentamiento entre el Vaticano y Londres por el caso de Kren, Moskov, Zanko y los otros individuos que figuraban en la lista del Papa, fue, sin embargo, el último. Porque, entre bastidores, y sin duda a espaldas de relevantes diplomáticos británicos y estadounidenses, se llegó a un acuerdo secreto entre el Vaticano, Londres y Washington. El acuerdo estipulaba que ya no se extraditarían más criminales de guerra a Yugoslavia sino que serían trasladados a la Argentina de Perón, donde se les garantizaba una más cálida bienvenida. John Moors Cabot, el embajador estadounidense en Belgrado, uno de los excluidos de estas tratativas, se quedó lívido: «Se ha elaborado algún acuerdo con el Vaticano y Argentina», telegrafió a Washington el 12 de junio de 1947. «Estamos intrigando con el Vaticano y Argentina para poner a salvo a ciertas personas en este último

país».[584]

A diferencia de Moors Cabot, los diplomáticos británicos acreditados en el Vaticano estaban en el secreto, y se expresaban con un cinismo increíble: «Las actividades del clero católico para seguir protegiendo a los refugiados yugoslavos y ayudarlos a emigrar a Sudamérica, pueden considerarse humanitarias o políticamente siniestras, según el punto de vista», escribió Victor Perowne, que había trabajado como experto en Argentina en la oficina para Sudamérica del Foreign Office. Perowne hacía una clara distinción entre ustasi «negros» y ustasi «grises». «Los «negros» han sido devueltos a Yugoslavia, pero el gobierno de Su Majestad ha pedido ayuda al Vaticano para el traslado de los «grises» a Sudamérica, por más que el gobierno yugoslavo ciertamente los reclama, porque el gobierno de Su Majestad (y el gobierno de Estados Unidos) no los considera tan malvados como para entregarlos a una muerte segura a manos de las autoridades yugoslavas que, sin embargo, pueden perfectamente considerar las actividades de la Iglesia Católica para el traslado de los «grises» a Sudamérica no como un acto humanitario sino como un acto políticamente siniestro.» Perowne prefirió ignorar las implicaciones morales del secreto acuerdo: «Creo que hay muchos líderes fascistas menores refugiados en San Paolo fuori le Mura [extramuros de San Pablo] y no es imposible que algunos criminales de guerra yugoslavos se hayan refugiado en San Girolamo, porque no tendría nada de inusual... Es improbable que el Vaticano apruebe las actividades políticas, tan opuestas a las religiosas, del padre Draganovic y compañía, en la medida en que puedan desentrañarse unas de otras. Porque se trata de una situación en la que es casi imposible desentrañar la política de la religión».

Pero en Londres, algunos diplomáticos seguían con muy mal sabor de boca. «Aunque no podamos condenar la actitud caritativa de la Iglesia Católica hacia pecadores individuales, pensamos que hay abundantes pruebas de que el Vaticano ha permitido, encubierta o abiertamente, que se aliente a los miembros de la Ustasa», le replicaron a Perowne. «Esta detestable organización no sólo ha sido colectivamente responsable de viles atrocidades cometidas a inmensa escala durante la guerra sino que, desde sus comienzos, ha utilizado el asesinato como un arma política corriente. No cabe dudar de que hay una gran diferencia entre conceder refugio a, pongamos por caso, sacerdotes eslovenos disidentes, y ayudar de manera concreta a individuos como Pavelic.»[585]

Al parecer como parte del acuerdo secreto, el Reino Unido aceptó la propuesta del cardenal Griffin de poner a salvo a los criminales de guerra croatas. El 9 de septiembre de 1947, una operación combinada británico-americana trasladó a los que quedaban en Regina Elena, y en los campos de Italia que estaban bajo control aliado, a la zona británica de Alemania, donde quedarían a salvo de las peticiones de extradición que Yugoslavia decidiera presentar al gobierno italiano. La operación de salvataje continuó durante el mes de octubre, con el traslado a lugar seguro por parte de los británicos de los últimos criminales de guerra que quedaban. A pesar de ello, la Iglesia Católica seguía inquieta. El cardenal Griffin

volvió a interceder en favor de aquellos criminales que ahora se encontraban en Alemania. Y tenía razones para inquietarse. Porque, en 1948, a pesar de todas las precauciones, el Reino Unido entregó a Yugoslavia otros dos de los hombres incluidos en la lista del Papa.[586]

Sin embargo, esta última extradición de criminales de guerra croatas fue la excepción a la regla. A principios de 1947, el Departamento de Estado en Washington había comunicado a Londres su deseo de fijar «una fecha límite, a partir de la que no sería atendida ninguna petición de extradición de presuntos criminales de guerra». Washington ya había ignorado unas 600 peticiones yugoslavas de extradición, sin atender más que «casos individuales urgentes como consecuencia de nuestra constante presión», como informó la embajada británica en Washington. «No cabe duda de que el Departamento de Estado, a todos los niveles, lamenta profundamente las pasadas seguridades que le diera al gobierno yugoslavo, respecto a la concesión de extradiciones, y desea lavarse las manos de todo este asunto en cuanto surja la oportunidad».[587]

La presión para poner fin a los procedimientos de extradición no sólo procedía del Departamento de Estado, sino también de la Iglesia Católica norteamericana, a través del cardenal Francis Joseph Spellman, arzobispo de Nueva York y antiguo amigo de Pío XII. Spellmann se había unido al Papa y al cardenal Griffin peticionando contra la entrega de Kren, Moskov y los otros ustasi en Regina Elena. Era una personalidad de peso, muy respetada por los británicos. «Los grupos yugoslavo-americanos de este país son poderosos y hay que tratarlos con tacto», advirtió a Londres el embajador británico en Washington.

«Hay señales de que en poco tiempo redoblarían la presión en el Congreso y ante el Departamento de Estado y sería prudente evitar, en todo lo posible, darles argumentos».[588]

Hasta mediados de 1947, el Foreign Office siguió presionando a los estadounidenses para que entregasen a los criminales de guerra de la Ustasa, pero con poco éxito. El Departamento de Estado mostró desagrado por la entrega de los prisioneros recluidos en Regina Elena, y los grupos de presión croatas maniobraron hábilmente para evitar futuras extradiciones. Londres se veía cada vez más en la incómoda posición de tener que justificar los procedimientos de extradición.[589]

El Reino Unido no tardó en desanimarse por lo que respecta a la caza de criminales de guerra. Para 1948, había elaborado una directiva especial reafirmando el criterio del jefe del Foreign Office, Bevin, de que sólo los colaboracionistas de los nazis serían candidatos a la extradición; aquellos que fuesen meramente culpables de crímenes contra la humanidad no serían perseguidos. «No se permitirá que las motivaciones de los interesados, sobre todo de naturaleza racial, política o religiosa... se antepongan a la valoración... de si existió o no una activa y voluntaria colaboración», prescribía la disposición.[590]

De los 15 criminales de guerra incluidos en la lista del Papa, la investigación llevada a cabo para este libro sólo ha podido confirmar la entrega de nueve a

Yugoslavia. Zanko, quien huyó descalzo por los campos rodeando Regina Elena, con estampas de la Virgen María y policías británicos comunistas girando en torno a él, eventualmente se encaminó a Argentina. Murió en Venezuela en 1980, donde fue un respetado profesor universitario que rara vez hablaba de su pasado. La suerte de los cinco restantes hombres de la lista de Pío XII sigue sin esclarecerse. En cualquier caso, sólo una pequeña parte de los presuntos criminales de guerra croatas que estaban en Italia llegaron a ser llevados ante la justicia. Al realizar su último recuento, en mayo de 1948, los funcionarios británicos constataron que sólo habían entregado 50 hombres a Yugoslavia, menos del 3 por ciento de las 1.800 peticiones de extradición que habían recibido de Belgrado desde el final de la guerra.[591]

EL INEFABLE DRAGANOVIC

LA OPERACIÓN para la fuga de nazis a Argentina, dirigida por el padre Draganovic desde su iglesia de Roma, conforma el corazón de las aseveraciones respecto de que hubo pleno conocimiento papal de tal organización. La Confraternidad Croata de San Girolamo tenía vínculos muy antiguos con el papado. Tanto es así que, en el siglo XVI, uno de sus directores fue Sixto V, el primer Papa croata, que hizo construir la actual iglesia de San Girolamo. (También fue Sixto V quien excomulgó a la reina Isabel de Inglaterra) En 1971, Paulo VI oficializó al fin la vinculación al papado, elevando el colegio al rango pontificio, al convertirse en Pontificio Collegio Croato di San Girolamo. Era el mismo rango que ostentaban otros colegios vaticanos, tales como el Instituto Pontificio de Estudios Orientales. Pero, ya en la inmediata posguerra la vinculación al Vaticano era lo suficientemente fuerte como para que los funcionarios aliados no lograran ponerse de acuerdo sobre cuál era, exactamente, el status de San Girolamo con respecto al Vaticano. Algunas fuentes de inteligencia sostenían que San Girolamo no disfrutaba de la extraterritorialidad vaticana. Pero, por lo menos un informe de los servicios de inteligencia estadounidenses, afirmaba rotundamente que era «propiedad del Vaticano».

Era sabido que Draganovic estaba «bajo la protección del cardenal Pietro Fumasoni-Biondi», prefecto de la Congregación de Propaganda Fide, que era el servicio de inteligencia del Vaticano. (Los diplomáticos occidentales sabían también perfectamente que Propaganda Fide era «el ministerio del Vaticano encargado de Yugoslavia».) Otro jefe de los servicios de inteligencia vaticanos, estrechamente vinculado a Draganovic, fue el cardenal Angelo dell'Acqua, tenido por el superior de Draganovic en la jerarquía de los servicios de inteligencia vaticanos y alto cargo de la Secretaría de Estado. Informalmente, Draganovic era conocido entre los jefes de los servicios secretos como la «cabeza» de la «oficina vaticana para los Balcanes», y se daba por supuesto que Pío XII lo sabía todo «acerca de las actividades del padre Draganovic, pues de otro modo jamás hubiese conservado su puesto», como afirmó un ex oficial de los servicios de inteligencia

británicos.[592]

Ciertamente, como ya sabían los servicios secretos estadounidenses, la labor de Draganovic «era bien conocida por la Secretaría de Estado del Vaticano», y consta que la veía «desfavorablemente» (aunque, por lo visto, no tan desfavorablemente como para merecer ponerle fin). El cardenal Fumasoni-Biondi también estaba al corriente de la operación del padre Draganovic para la fuga de nazis, y la «desaprobaba». Se comentaba que el jefe del servicio de inteligencia del Vaticano estaba muy disgustado con la Bratovstina («Hermandad»), la «Asociación de Auxilio» organizada por Draganovic en San Girolamo, que tenía por exclusivo objeto proporcionar ayuda a los ustasi y a los fugitivos nazis. (La solicitud de pasaporte presentada a la Cruz Roja para el asesinato de las SS Gerhard Bohne, por ejemplo, lleva la firma de Draganovic y un sello de la Bratovstina.) Esta asociación recibía fondos de la PCA vaticana (Pontificia Comisión para la Asistencia). Todavía en 1952, y a pesar de la «prohibición» de Fumasoni-Biondi, esta seguía expidiendo documentos de identidad falsos a los fugitivos de la Ustasa. Washington también estaba al corriente de que Draganovic recibía «grandes compensaciones» del obispo Hudal por enviar nazis a Argentina, y que Draganovic «no tenía ningún interés en asuntos que no concernieran a los ustasi o a los nazis, o que no le aportasen un sustancial beneficio económico».[593]

El representante oficial del Vaticano en San Girolamo era el franciscano Dominic Mandic, que hacía imprimir en la imprenta de su orden documentos de identidad falsos para los fugitivos de Draganovic. Mandic era un partidario de Pavelic que sólo abrazó el credo de la Ustasa después de que los aliados se abstuviesen de reaccionar ante los tanteos para la paz que Pavelic hizo en 1944. Natural de Herzegovina, Mandic llegó a Roma en 1939 como tesorero de la orden franciscana. En San Girolamo llevó la contabilidad de Draganovic con la ayuda del financiero de Pavelic, Ivo Heinrich. Tal como hemos visto, costeó el viaje a Argentina de criminales tan despiadados como el jefe del campo de concentración de Jasenovac, Dinko Sakic.[594]

Mandic tenía sustanciales fondos que administrar, incluyendo donaciones de la comunidad croata de Estados Unidos, así como dinero procedente de «los círculos vaticanos que anteriormente habían apoyado de manera activa a la organización [ustasa], en el período 1923-1941». Al mismo tiempo, Mandic y Heinrich dispusieron «la colocación en moneda italiana del oro, las joyas y divisas depositadas por altos cargos de la Ustasa». En otras palabras, del «oro de las víctimas» que Pavelic y sus colaboradores trajeron a Roma desde Croacia.[595]

Parte de este oro se destinó a financiar al servicio secreto de la Ustasa durante la posguerra, incluyendo sus contactos con los aliados y con el servicio de inteligencia vaticano. Dirigido desde Roma por el yerno de Pavelic, el general Vilko Pecnikar, este servicio se extendía a Europa, Estados Unidos y Argentina. El contacto con el servicio de inteligencia vaticano era el padre Mandic, a través de Draganovic y Zanko. Según un informe de los servicios de inteligencia estadounidenses, elaborado a partir de muy sólidas fuentes, el Vaticano

proporcionó «ayuda moral», así como auxilio concreto, canalizando «una ingente correspondencia» entre los ustasi fugitivos y Yugoslavia. Y principalmente, el servicio secreto de la Ustasa estaba financiado por el Vaticano, «de sus fondos para información». Estas aportaciones fueron canalizadas a través del padre Mandic, como averiguó el servicio de inteligencia estadounidense.[596]

Los servicios de inteligencia británicos también habían averiguado que la información reunida por el servicio secreto de Draganovic era «pasada al Vaticano», lo que, probablemente, explica que el cardenal Fumasoni-Biondi apoyase a regañadientes las actividades para la fuga de nazis que llevaba a cabo Draganovic. De hecho, tanto los servicios secretos de los aliados como los del Vaticano, tenían intereses creados para apoyar a los espías de Draganovic, que formaban «un excelente servicio secreto, ayudado en ocasiones por miembros de los servicios aliados», según un documento de la CIA. Y, hasta 1948, tanto el Vaticano como los aliados acariciaban la esperanza de que el servicio secreto de Draganovic ayudase a derribar el régimen comunista de Tito.[597]

Desde 1947, la inteligencia estadounidense había colaborado con el sacerdote croata para garantizar que determinados «vips» pudiesen huir de Europa. Esta colaboración parece haber sido impulsada por la ardiente intercesión del Papa a favor de los ustasi recluidos en Regina Elena. De manera que Draganovic no sólo pasaba ahora información secreta a sus amos del Vaticano y de los aliados, sino que estaba siendo muy útil en la organización de la fuga a Sudamérica de desertores soviéticos y ex nazis que habían colaborado con Estados Unidos.

El apoyo estadounidense a Draganovic empezó cuando el agente especial Paul Lyon, del 430º Cuerpo de Contra-Inteligencia (conocido por sus siglas en inglés CIC) que operaba en Austria, recibió la orden de «decidir un medio para evacuar confidentes del CIC problemáticos». En uno de los dos informes que se han conservado acerca de la «ruta de las ratas» abierta por Draganovic y el CIC, Lyon refiere que, entre finales del verano y principios del otoño de 1947 fue a Italia, donde contactó con Draganovic («Jefe de Reasentamiento del Vaticano») que accedió a encargarse de la fuga de confidentes del CIC a Argentina a un costo de mil quinientos dólares por cabeza, siempre y cuando fuesen «católicos laboriosos y fieles hijos de la Iglesia». A cambio, el CIC «ayudó activamente» a Draganovic a través de otro agente del servicio secreto, Robert Bishop, que era «jefe de la oficina de selección» en Roma de la Organización Internacional para los Refugiados (conocida bajo sus siglas en inglés IRO). Valiéndose de su cargo, Bishop empezó a canalizar «documentación y ayuda de la IRO» a los fugitivos de Draganovic, pese a que no reunían en absoluto las condiciones para ser considerados refugiados. Pero Bishop cayó en desgracia. Al cabo de pocos meses, empezó a alardear temerariamente de sus auténticas actividades encubiertas y tuvo que ser apartado del servicio. A partir de entonces, Draganovic obtuvo por su propia cuenta la necesaria documentación para sus fugitivos.[598]

Esta cooperación secreta se intensificó en julio de 1948. El CIC accedió a

sacar de Alemania a los protegidos de Draganovic y trasladarlos a Austria, a cambio de la ayuda de Draganovic para la concesión de visados argentinos a personas que interesaban a Estados Unidos. Para cumplir con la misión, Lyon pidió que le asignasen «dos jeeps militares», sin duda para poder utilizarlos en los traslados a través de la frontera. Este nuevo acuerdo parece haber sido aplicado con celeridad ya que, poco después, un grupo nazi de diseñadores de aviones a reacción que estaba siendo trasladado por Draganovic a Argentina cruzó la frontera germano-austriaca en jeeps del ejército estadounidense. Como ya hemos visto, estos científicos nazis viajaron con nombres croatas falsos. Entre los que cruzaron la frontera estuvo el criminal de la eutanasia y oficial de las SS Gerhard Bohne, uno de los peores asesinos nazis que huyó a Argentina y, claramente, uno de los primeros beneficiarios del acuerdo CIC-Draganovic.[599]

Por su parte, Draganovic cumplió famosamente con su parte del acuerdo. En 1951 sacó de Génova en barco al confidente del CIC y criminal de las SS Klaus Barbie, a un precio de 1.400 dólares a costa del contribuyente estadounidense, que fueron a parar directamente al ávido bolsillo de Draganovic.[600]

Sin embargo, para 1952, la estrella de Draganovic ya comenzaba a atenuarse. La información reunida por su servicio secreto estaba ahora siendo enviada principalmente a la «dirección central de la Ustasa en Buenos Aires», para ser transmitida a las publicaciones croatas del gobierno de Pavelic en el exilio, un lejano eco de los gloriosos días en que esta información pasaba al Vaticano y a los servicios secretos aliados. De manera similar, la «ruta de las ratas» regentada por el CIC y por Draganovic sufrió una muerte natural después de que Barbie fuera «reasentado» en Sudamérica. Pese a ello, Draganovic todavía se las compuso para encontrarle clientes a su servicio de «emigración», a los que cobraba 25.000 liras por persona. Pero, sin la ayuda estadounidense, eran unas operaciones muy cuesta arriba y, en 1953, de acuerdo a informes obtenidos por la CIA, el sacerdote de la Ustasa «había perdido la confianza de los círculos políticos, civiles y eclesiásticos, así como la de la Secretaría de Estado vaticana».[601]

La utilidad de Dragnovic para el Vaticano acabó sólo unos pocos días después de la muerte de Pío XII, clara muestra de cuál fue la fuente de su extraordinario y misterioso poder desde su llegada a Roma a mediados de la guerra. En octubre de 1958, la CIA supo que el otrora orgulloso sacerdote había sido echado sin contemplaciones de su amada parroquia de San Girolamo «por órdenes de la Secretaría de Estado del Vaticano». Esta expulsión fue un humillante mazazo final y es una nueva muestra de quién había sido el verdadero jefe de Draganovic durante todo aquel tiempo.[602]

Al dejar de ser una vía de comunicación vaticana, Draganovic también fue dejado de la mano de los servicios de inteligencia estadounidenses, «por razones de seguridad», a principios de 1962. Su «nota de despido» revela los secretos alias del sacerdote (Bloody Draganovic y Dr. Fabiano) así como su nombre en clave («Dynamo»): «incontrolable, demasiado conocedor del personal de la unidad y de su actividad; exige exorbitantes tributos y ayuda estadounidense a las

organizaciones croatas como pago parcial por su cooperación», fue la conclusión de la inteligencia norteamericana. Al no ser ya útil al Vaticano ni a Estados Unidos, Draganovic decidió volver a su país. En 1967 cruzó la frontera italo-yugoslava, y realizó declaraciones públicas a favor del régimen de Tito. Todavía sigue en el terreno de las conjeturas si la defección de Draganovic fue voluntaria o si fue secuestrado por agentes de Tito. Murió en Yugoslavia en julio de 1983.[603]

PERDÓN DE LOS PECADOS

SI LA secreta intercesión de Pío XII a favor de criminales de guerra croatas resulta asombrosa, no fue más que una pálida sombra de sus esfuerzos para que se les concediese el perdón a destacados nazis condenados en Nuremberg y en otros juicios durante la posguerra. Varias de estas intervenciones a favor de crueles nazis fueron presentadas por el Vaticano entre 1946 y 1952. Entre las sentencias de muerte que el Papa deseaba ver conmutadas figuran las de Arthur Greiser, condenado por el asesinato de 100.000 judíos en Polonia; Otto Ohlendorf, que había asesinado a unas 90.000 personas como jefe del «escuadrón móvil de la muerte» Einsatzgruppe D; y la de Oswald Pohl, jefe de la WHVA, el vasto departamento de las SS a cargo de los campos de concentración nazis, que supervisaba a unos 500.000 cautivos sujetos a trabajos forzosos, aparte de encargarse de la conversión en divisas de las joyas, el pelo y la ropa de las víctimas. En los dos últimos casos, la secreta intercesión debía ser canalizada privadamente a las autoridades estadounidenses de ocupación a través del obispo Aloysius Muench, el legado de Pío XII en Alemania en la posguerra, quien se comunicaba con Montini en Roma. Conciente del oprobio que caería sobre el Vaticano si trascendiera a la opinión pública una intercesión papal por semejantes criminales, pero presionado por la ansiedad del Papa por intervenir, Muench caminaba sobre una cuerda floja, aconsejando con sumo tacto a Montini no presionar en favor de la conmutación de penas.[604]

Por entonces Montini caminaba sobre su propia cuerda floja, otorgando el apoyo del Vaticano a la operación de Draganovic para la fuga de nazis, a la vez que mantenía una prudente distancia respecto al sacerdote croata. No fue fácil mantener esa distancia, debido a los contactos personales que Montini tuvo durante la guerra con el clero croata y con los líderes de la Ustasa. Incluso el propio Pavelic fue recibido por Pío XII el 17 de mayo de 1941, poco después de que se instalase como jefe del gobierno títere de Hitler. Si bien el Vaticano nunca reconoció oficialmente a la Croacia de Pavelic, sí tuvo legado pontificio en Zagreb, y Montini y Tardini continuaron oficiosamente recibiendo a emisarios de la Ustasa en Roma durante la guerra, aunque a veces les hiciesen reproches por las atrocidades que cometía Pavelic. Estos destacados prelados debieron de confiar en que, cualquiera que fuese el resultado de la guerra, en Croacia sobreviviría un estado católico. Por lo tanto, el hecho de que emergiese una Yugoslavia reunificada y comunista debió de ser un duro golpe, y estos contactos croatas se convirtieron

en instrumentos para la causa contra el enemigo comunista.

Montini conocía a Draganovic por su estrecha colaboración con el obispo croata Aloysius Stepinac, el prelado que gestionó la audiencia de Pavelic con el Papa y envió a Draganovic a Roma en 1943. También conocía a Draganovic debido a la colaboración de éste con el obispo Ivan Saric, el feroz «verdugo» antisemita de Sarajevo. Y fue Montini quien, como jefe de la Pontificia Comisión para la Asistencia (PCA), eligió a Draganovic para que fuese su contacto con los prisioneros de guerra croatas recluidos en los campos de concentración aliados. En una entrevista de 1988, William Gowen, un agente del CIC en Roma, dijo saber que «Draganovic informaba regularmente a Montini» en calidad de representante de la PCA.[605]

Además, algunos de los sacerdotes que ayudaron a Draganovic en la fuga de nazis reconocieron sin rodeos que Montini y Pío XII apoyaban la labor de Draganovic, en entrevistas para el estremecedor libro *Unholy Trinity* («Impía trinidad», publicado en 1991 por John Loftus y Mark Aarons.) El libro incluso reproduce una fotografía de Montini, cuando era subsecretario de Estado, en la terraza de San Girolamo. Draganovic «tenía plenos poderes de la Santa Sede y no sólo estaba encargado de los croatas sino de todos», relató el padre Vilim Cecclja, quien desde Austria enviaba nazis a Draganovic.

Otro sacerdote, monseñor Milan Simcic, que colaboró con Draganovic rescatando fugitivos en Roma, aseguró que «Draganovic y Montini se entrevistaron muchas veces» para tratar de la labor que se realizaba en San Girolamo, y añadió que Draganovic recabó la ayuda de Montini en muchos casos concretos. Montini también ayudó a Draganovic intercediendo ante diplomáticos extranjeros para obtener visados para los fugitivos en San Girolamo. Este acuerdo funcionaba en ambos sentidos; a cambio de sus favores, «Montini se puso en contacto con Draganovic muchas veces, pidiéndole que ayudase a determinadas personas en su nombre». Simcic incluso afirmó ante los autores que poseía copias de cartas de Montini a Draganovic pidiéndole que organizase la fuga de determinados individuos.[606]

Al final, un puñado de valores compartidos, una religión común y un enemigo común contribuyeron a unir a la Iglesia Católica, a los servicios de inteligencia aliados y a los fugitivos nazis y sus ex colaboradores para organizar una vía de huida de Europa para algunos de los peores criminales de este siglo. Puede que los hombres que colaboraron en esta empresa nunca imaginasen que, más de 50 años después, los investigadores podrían resolver el rompecabezas. Acaso nunca imaginaron que sus actos algún día volverían para avergonzar las instituciones a las que sirvieron. Y quizá, impulsados por la urgencia de su causa, no les importase. Cabe la posibilidad de que pensaran que, en última instancia, sus sucesores serían lo bastante inteligentes para saber que no había nada vergonzoso en reconocer pasados errores. Incluso es posible que, un día no lejano, el Vaticano y el gobierno argentino comprendan este hecho. Entonces puede que se decidan a romper con el pasado, abriendo sus secretos archivos de la posguerra para que

pueda contarse toda la verdad, mientras aun haya sobrevivientes del genocidio de Hitler que puedan apreciar semejante gesto.

CONCLUSIÓN

«To see myself, to set the darkness echoing».

SEAMUS HEANEY

«Personal Helicon»

LARGOS años de investigación, entrevistas e indagación en archivos previamente inexplorados conforman la base de este libro. Ha sido una búsqueda personal que prodigó más tesoros de lo que esperaba al comienzo. Sobre todo, no creí posible que tanta documentación incriminatoria resultara accesible. Los archivos argentinos esenciales habían sido destruidos o permanecen celosamente guardados. Pero sobrevivió lo suficiente en las hendiduras para resolver el rompecabezas.

Llegué al tema desde un ángulo propio, habiendo pasado mis años de formación como periodista en una posición singular, informando sobre los crímenes contra la humanidad de la dictadura que gobernó Argentina durante el período 1976-1983 en el mismo momento que estos estaban siendo cometidos, en un país que mayormente, ante el horror, optó por mirar al costado. Por entonces, el ambiente en Buenos Aires recordaba al de Berlín en los primeros años 40, en una sociedad que fingía no saber —o que incluso consentía en secreto— con el exterminio en masa que estaba teniendo lugar. Para cuando terminó, unas veinte mil personas habían «desaparecido» en los campos de la muerte argentinos. Con el regreso de la democracia, los jefes de la dictadura fueron juzgados, pero una serie de amnistías especiales acabó rápidamente con la posibilidad de posteriores acciones judiciales y los sentenciados fueron liberados. Veinte años después, exasperado por la persistente falta de justicia para aquellos crímenes, y para los letales atentados a la embajada israelí y al centro judío de la AMIA en Buenos Aires en los años 90, me sentí impulsado a indagar el pasado, para historiar el largo aprendizaje de los argentinos en convivir con el mal.

Al comienzo, pensé que podría encontrar evidencias de influencia nazi en la política criminal de la dictadura. Pero la verdad que emergió fue espantosamente distinta. En modo alguno influyeron los nazis en los genocidas generales argentinos de los años 70. La semilla del mal estuvo allí desde antes que cruzaran el océano. De hecho, como muestran los interrogatorios posguerra de Walter Schellenberg, jefe del servicio secreto de Himmler, los jerarcas nazis consideraban que ya el régimen militar de Argentina durante la guerra estaba «basado en una visión del mundo similar a la nuestra».

Había esperado que la publicación del antecesor de este libro en lengua española, publicado en Buenos Aires en 1998 bajo el título *Perón y los alemanes*, provocase un debate honesto en Argentina acerca de estas cuestiones. Centrado en los vínculos entre Perón y los nazis durante la guerra, el libro revelaba las entrevistas del enviado especial Juan Carlos Goyeneche con Himmler y

Ribbentrop, y los vínculos de Perón con el servicio de inteligencia de Himmler, e incluía mis primeros hallazgos sobre el papel de Carlos Fuldner rescatando nazis durante la posguerra como agente especial de Perón. Pero, aunque el libro se situó rápidamente en las listas de best-sellers, tal debate no se produjo. La única reacción mensurable fue una carta de protesta –entregada por un embajador de Argentina en Nueva York– a los editores de la revista *Time* en Nueva York, protestando por la publicación de una elogiosa reseña del libro. Mientras tanto, un alto funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores argentino me sugirió que mi siguiente libro debería tratar del «Raoul Wallenberg argentino», refiriéndose al diplomático sueco que salvó a miles de judíos húngaros proporcionándoles pasaportes para escapar de la deportación a Auschwitz. Cuando le respondí que ignoraba la existencia de algún diplomático argentino que hubiera mostrado tal heroísmo, me contestó: « Bueno..., alguien debe de haberlos dejado entrar, porque ¡hay tantos!»

Su extravagante sugerencia no me sorprendió, por el contrario, confirmó mi impresión de que el estado argentino seguía convencido de que era importante ocultar la complicidad nazi del país, en lugar de sincerar los hechos. La clave para entender tales actitudes acaso se encuentre en la distancia física que separó a Argentina de la guerra. Al ser un país de ascendencia mayoritariamente europea, el eco de la batalla reverberaba fuertemente en Argentina, pero nadie temía seriamente que la guerra llegase hasta las propias costas del país. Ni siquiera la economía se resintió. Tal como hemos visto, los gobernantes argentinos, que vieron crecer sus cuentas corrientes durante la guerra gracias a las ventas de cereales y de carne al Reino Unido, negociaban en secreto un tratado comercial con Alemania para después de la guerra, a través de conversaciones personales con los más altos jefes nazis. Desde los balcones de la Casa Rosada, cualquier resultado de la guerra se veía beneficioso para la Argentina, resultando la contienda, por lo mismo, un tanto irreal.

Pero la distancia no fue el único elemento amortiguador. Otro factor clave para entender el entusiasmo argentino por ayudar a escapar a los fugitivos durante la posguerra fue la relación que se forjó, no con los nazis alemanes, sino con sus colaboradores. El propio Perón trabó fuertes lazos personales con franceses colaboracionistas y con ustasi croatas en la posguerra. Tanto es así que fueron los primeros en ser librados de la justicia cuando la Iglesia Católica argentina, en connivencia con Perón y con el Vaticano, acordaron ayudarlos a huir durante sus secretas conversaciones de 1946 en Roma. No fue hasta que estos hombres estuvieron a salvo en Argentina que la misión de Fuldner comenzó a concentrarse en organizar la fuga de criminales de guerra alemanes y austríacos en 1948. La razón es sencilla: A los colaboracionistas franceses, los rexistas belgas y los ustasi croatas les unían lazos de religión con los argentinos. Estos hombres reconciliaban el catolicismo con el hitlerismo y, tal como hemos visto, el logro de tal reconciliación fue un objetivo prioritario durante el romance de Argentina con Hitler. Perón y los nacionalistas que lo rodeaban tenían más en común con el partido *Christus Rex* de Pierre Daye que con el ateo partido nazi alemán.

Recuerdo especialmente una larga entrevista con Wilfred von Oven, que fue secretario personal del ministro de Propaganda de Hitler, Josef Goebbels, literalmente hasta el día en que Goebbels fue a unirse a Hitler en su búnker al final de la guerra. Mientras decaía el sol en el suburbio de Bella Vista, afuera de Buenos Aires, donde vivía, le pregunté a Oven si había hecho amistad con nacionalistas argentinos como Goyeneche.

- Sí – repuso torciendo el gesto.
- ¿Por qué pone esa cara? – dije.
- Bueno..., porque son católicos.
- ¿Y por qué es eso un problema?
- Porque yo soy pagano.

Las características raciales de Perón nunca le habrían permitido la admisión al partido nazi. Esto no obstaculizó que recibiera personalmente a criminales tales como Josef Mengele en la residencia presidencial donde pasaba los fines de semana. Pero estos nazis alemanes llegaron después de que lo hubiera hecho el grueso de los católicos colaboracionistas, que compartían una misma religión con los gobernantes argentinos.

Una muestra de como Argentina continuaba intentando encubrir su responsabilidad durante y después de la guerra la proporcionó la comisión gubernamental creada por el ministerio de Relaciones Exteriores argentino entre 1997 y 1999 para investigar los antiguos vínculos con los nazis. La CEANA (Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina) publicó una serie de informes, reunidos por un equipo de estudiosos internacionales, que fracasaron estrepitosamente a la hora de abordar las cuestiones fundamentales. No se realizó ninguna investigación sobre las redes de extorsión de judíos en Argentina, de los sobornos cobrados por los diplomáticos argentinos a cambio de visados, de las conexiones de Perón con el servicio secreto de Himmler, ni del acuerdo de intercambio de información entre Schellenberg y Argentina. Increíblemente, ni siquiera se realizó investigación alguna sobre las reuniones celebradas mediada la guerra por Goyeneche con Himmler y Ribbentrop. Mi propia sugerencia a la comisión de que debería convocarse al antiguo jefe de la División Informaciones, Rodolfo Freude, para que testificara sobre las actividades de rescate de nazis realizadas por su oficina durante la posguerra jamás se tuvo en cuenta. (Merece la pena mencionar que, pese a contar con todos los recursos del gobierno argentino, la CEANA sólo pudo identificar a 180 de los criminales de guerra que llegaron a Argentina, mientras que la investigación llevada a cabo para este libro, es decir realizada por una sola persona, ha identificado a 227).

Yo formé parte de la CEANA durante tres días, en noviembre de 1998, renunciando cuando me resultó evidente que existían diferencias irreconciliables de criterio. El único intento en el seno de la comisión de investigar las actividades

de Freude y de Fuldner lo realizó la investigadora argentina Beatriz Gurevich. Pero no obtuvo el respaldo de la comisión y a la larga también decidió renunciar. (En cualquier caso, parte del trabajo de la comisión sí ha sido importante, principalmente su índice de los criminales de guerra que llegaron a Argentina y el acceso a los papeles del obispo Alois Hudal en su iglesia de Santa María dell' Anima, en Roma).

En este libro doy noción de la aparente destrucción de documentos comprometedores esenciales en Argentina. Tenemos suerte, pues, de que una extraña serie de circunstancias permitieran la supervivencia de otros archivos alternativos. Sólo la casualidad es responsable de que alguien que llevara un diario tan metódicamente como Pierre Daye se situara entre los miembros de la corte nazi de Perón. El hecho de que tras su muerte en 1960 en Buenos Aires, sus papeles fueran a parar a su Bélgica natal, y más tarde se donaran a un archivo público, lejos del alcance de los exterminadores argentinos de documentos, ha sido doblemente afortunado. La obsesiva costumbre de tomar notas del jefe de la policía suiza, Heinrich Rothmund, que consignó escrupulosamente cada una de sus entrevistas con los argentinos encargados de rescatar nazis en Berna, es poco menos que un regalo del cielo. Sin sus informes, de nuevo, una benéfica neblina seguiría ocultando las actividades de los agentes de Perón en la Europa de 1948. Debemos dar las gracias también al antisemitismo predominante en el servicio diplomático argentino por haber instigado en 1949 el Sumario Diana sobre la admisión de «ladrones [...] comunistas [...] judíos en el país», una investigación que no podía menos que tropezarse con los nazis que trabajaban para Perón en su Dirección de Migraciones. Los funcionarios de Migraciones que permitieron desembarcar a judíos fueron despedidos, pero se perdonó a los nazis. Las transcripciones de esta bizarra investigación se conservaron mágicamente de algún modo, añadiendo una tercera dimensión a la reconstrucción del salvataje de nazis durante la posguerra.

Sin embargo, dicha reconstrucción no resultaría completa si no fuera por una serie de documentos de la inteligencia norteamericana obtenidos al amparo del Acta de Libertad de Información de Estados Unidos, que arrojan luz sobre el inicio de la ruta de escape a través de Madrid entre 1944 y 1946, antes de que el mando de las operaciones de rescate se trasladara definitivamente a Buenos Aires. Asimismo, una serie de documentos obtenidos de la CIA describen la transferencia gradual realizada por Ante Pavelic del tesoro del estado croata de Zagreb a Buenos Aires. La cautelosa apertura de sus archivos de la posguerra por parte de la Cruz Roja completa el panorama, confirmando de una vez por todas el papel de las instituciones vaticanas y de diversos prelados en el otorgamiento de documentos de viaje a criminales como Adolf Eichmann, Erich Priebke, Klaus Barbie y Hans Fischböck. Como trasfondo, reunida a partir de tarjetas de desembarco y de las páginas rasgadas de destartadas listas de pasajeros en la Dirección de Migraciones de Buenos Aires, surgió la evidencia de solicitudes consecutivas de permisos de desembarco para criminales nazis realizadas por agentes secretos de Perón. Ahora que las piezas han sido ensambladas, el cuadro general resulta

tristemente claro.

UKI GOÑI
Buenos Aires

LISTADO DE CRIMINALES Y COLABORADORES

UN PACIENTE recorrido de la documentación existente en el archivo de la Dirección Nacional de Migraciones en Buenos Aires permitió identificar una gran cantidad de expedientes de ingreso de criminales, colaboradores y compañeros de ruta del régimen nazi. Estos pedidos de visas en su mayoría eran cursados a través de la División Informaciones, el servicio secreto de Presidencia de la Nación a cargo del rescate, que derivaba los pedidos a Migraciones. En estas carpetas, Migraciones iba archivando la solicitud de ingreso, los informes enviados por los consulados argentinos intervinientes en Europa, así como las recomendaciones de religiosos u otros influyentes para que se admitiera a estos fugitivos.

Lamentablemente, comprensiblemente, estos expedientes hoy no están disponibles para ser consultados. Una parte ha sido destruida y la otra permanece oculta. Lo que este libro pudo constatar es la numeración de las carpetas, que quedó prolijamente anotada en la lista de pasajeros de cada barco que llegó a Argentina. El criminal SS Josef Mengele, por ejemplo, entró bajo el expediente 211713/48, los dos últimos dígitos refiriéndose al año en que el expediente fue iniciado, aunque sin indicar necesariamente el año de llegada. El SS Adolf Eichmann, por su parte, ingresó bajo el expediente 231489/48, aunque él viajó recién dos años después a Argentina, en 1950.

De una lista de 49 expedientes así identificados cuya apertura fue formalmente solicitada al estado argentino en el año 2002, solamente dos han visto la luz hasta la fecha: el expediente colectivo de los croatas y el expediente individual del belga Jean-Jules Lecomte, ambos abiertos a la consulta pública por decisión presidencial en el 2003 tras la primera edición de este libro.

Según documentación aportada por Migraciones y verificada por esta investigación, 22 de los demás expedientes solicitados habrían sido incinerados en una purga administrativa en 1958, tres más en 1967 y uno, referente al criminal SS Josef Schwammberger, está registrado confusamente como incinerado dos veces, primero en 1958 y de vuelta en 1967. Pero el detallado listado de expedientes incinerados que guarda el archivo de la repartición no menciona los demás 21 expedientes solicitados, incluyendo los de Eichmann y Mengele, que por lo tanto deben seguir ocultos en algún lado, a menos que hayan sido incinerados en la fogata secreta del año 1996 que me fue relatada por funcionarios de Migraciones cuando comencé esta investigación en 1998.

La apertura del expediente de los croatas es demoledora para los que postulan la tesis de una fuga inasistida de criminales tras la guerra, ya que resultó haber sido iniciado por Presidencia de la Nación a pedido de la Iglesia católica, más precisamente, por el General Perón a pedido del cardenal primado Santiago Luis Copello. El expediente se convirtió en una amplia ruta de escape hacia Sudamérica. Sus 423 folios demuestran claramente la colaboración oficial y

religiosa en la huida. Esta investigación, privada y unipersonal, ha identificado 27 personas que considera merecedoras de incluirse en este listado entre los más de ocho mil nombres que custodia. Una investigación con más recursos seguramente lograría descubrir en el expediente otros nombres de personas con responsabilidades en la guerra.

El expediente del belga Lecomte por su lado deja claramente establecido que este fugitivo ingresó a Argentina por la intervención personal de Magda Ivanissevich, hermana del entonces embajador en Estados Unidos y futuro ministro de Educación Oscar Ivanissevich. Si estas dos carpetas sirven de muestra, el contenido de los expedientes que aún permanecen bajo llave, los de Eichmann y Mengele entre ellos, debería resultar directamente explosivo. Es comprensible entonces su continuado ocultamiento. Pero la información desea ser libre. Algún día lejano o cercano esos expedientes faltantes también aparecerán.

CRIMINALES NAZIS

AQUÍ se presenta un listado de 32 nazis alemanes y austriacos acusados de crímenes durante la Segunda Guerra que recibieron refugio en Argentina. La lista es necesariamente acotada a los casos que han salido a la luz hasta la fecha. Existe una multitud de otros miembros de las SS y del partido nazi arribados a Argentina cuya actuación exacta durante la guerra se desconoce. El objetivo igualmente no es amontonar casos, sino ilustrar los métodos de escape empleados e identificar a los actores que brindaron la asistencia necesaria. Se ha dejado de lado a criminales cuya presencia en Argentina se rumorea solamente, tales como el doctor SS Aribert Heim, más allá de la especulación posible en cada caso.

Ante cada solicitud de ingreso se iniciaba una carpeta en Migraciones. Durante 1948, el año de mayor movimiento, se iniciaban unas 500 carpetas diarias.

Como parte de este aluvión migratorio llegaron los criminales de guerra, muchos con expedientes consecutivos. Tal es el caso de los SS Erich Priebke y Josef Mengele, cuyos expedientes están numerados 211712 y 211713/48. Próximo a estos está también el expediente del espía SS Wolf Franczok, tres pedidos de ingreso para tres camaradas presentados a Migraciones probablemente por un mismo agente en un mismo día.

Similar es el caso del expediente conjunto iniciado a favor del tirolés Cornelio Dellai y del nazi Reinhard Kops y los expedientes individuales subsiguientes que habilitaron la entrada de los criminales SS Kofler y Vötterl. Estos tres expedientes (179124, 179125 y 179127/48) iniciados en un mismo momento ilustran claramente la asistencia que actuaba en su beneficio. Una serie de expedientes de numeración cercana a éstos, iniciados por Presidencia de la Nación a favor de rumanos y por el cardenal Caggiano para franceses, sugiere además el noble origen de tan generosa asistencia.

El SS Ferdinand Troestl, de responsabilidad no determinada, y el criminal SS Josef Schwammberger compartieron asimismo un mismo expediente, el

201430/48. Este fue iniciado por la empresa de viajes Vianord, brazo operativo del SS Carlos Fuldner, el agente de Perón a cargo del rescate. Aún más, los expedientes inmediatamente anteriores fueron iniciados por Presidencia de la Nación a favor del Comité Rumano de Auxilio de Inmigrantes.

Es escalofriante además la coincidente profesión falsa que se asignaban los más terribles criminales en sus declaraciones ante Migraciones. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los SS Klaus Barbie, Josef Mengele y Josef Schwammberger (así como los sanguinarios croatas «Dido» Kvaternik y «Dinko» Sakic) se autotitulaban «mecánico». Otros prefirieron la profesión de «técnico», entre ellos los SS Adolf Eichmann, Hans Fischböck y Kurt Christmann.

Todo esto ilustra una desconcertante realidad, que los pedidos para los nazis alemanes y austríacos que traía Fuldner, para los croatas que traía la Iglesia católica, para los rumanos que traía Radu Ghenea, para los franceses que traía Georges Guilbaud y para los belgas que traía Pierre Daye, se centralizaban en la Casa Rosada. Desde allí los pedidos eran llevados a Migraciones por agentes de la División Informaciones. Migraciones abría los expedientes y telegrafaba al Consulado argentino en Roma la instrucción de extender las visas. Los criminales venían.

Barbie, Klaus: Oficial SS, el «Carnicero de Lyon» ingresa bajo el alias de Clauss Altmann el 13 de abril de 1951 en el buque Corrientes, procedente de Génova, portando el pasaporte de la Cruz Roja 18573 gestionado por el sacerdote Draganovic, profesión «mecánico», en tránsito a Bolivia, bajo el expediente 397594/50. Su esposa e hijos viajan bajo el expediente consecutivo siguiente y otros alemanes en el mismo barco bajo expedientes próximos. Se le concede la radicación definitiva en Argentina el 23 de enero de 1952 por el expediente 92368/51. Se radica en Bolivia desde donde es extraditado a Francia en 1983. En 1987 es condenado a cadena perpetua por crímenes cometidos en Lyon durante la guerra. Muere en prisión en Francia en 1991.

Bohne, Gerhard: Oficial SS a cargo del programa de eutanasia de Hitler. Ingresa a Buenos Aires como Hans Bohne el 29 de enero de 1949 a bordo del Anna C, procedente de Génova, portando el pasaporte de la Cruz Roja 83465 gestionado por el sacerdote Draganovic y avalado por la Pontificia Commissione di Assistenza del Vaticano, sin número de expediente. La visa es otorgada por el vicecónsul argentino en Génova Pedro J. Solari Capurro el 9 de enero de 1949. Bohne da como dirección en Buenos Aires la calle Peña 2484, 4º «A», la dirección del SS Carlos Fuldner, a cargo del rescate de nazis en Europa. Bohne vuelve a Alemania tras la caída de Perón, donde es apresado y llevado a juicio, logrando escapar una segunda vez a Argentina. Es extraditado a Alemania en 1966, pero el juicio se cierra alegando su precaria salud. No obstante, vive diez años más.

Christmann, Kurt: Alto dirigente de las SS y coronel de la Gestapo. Jefe del Einsatzkommando 10a en Rusia. Capturado por los aliados, logra escapar del campo de internación Dachau en 1946. Se oculta en la zona inglesa de Alemania

bajo el alias de Dr. Ronda hasta 1948 cuando fuga a Argentina. En Migraciones no figura entrada bajo su nombre real, pero sí una entrada con el apellido Ronda, profesión «técnico», proveniente de Génova. Otras fuentes indican que vive en la calle San Martín 2787, Florida, y toma activa participación en la comunidad nazi local. Vuelve a Alemania en 1956, viviendo en relativa calma hasta ser enjuiciado en Munich en 1982. Sentenciado a 10 años por matanzas con cámaras de gas móviles en Krasnodar, Rusia. Muere en Alemania en 1987.

Dadieu, Armin: Oficial SS. Habría ingresado como Armin D. Pelkhofer durante 1948. Sin embargo, no logró ubicarse su ficha de ingreso en Migraciones. Gauleiter de Styria, Austria, al final de la guerra. Asesor del gobierno argentino en temas de aeronáutica. Regresa a Austria y muere en Graz en 1978.

Eichmann, Adolf: Oficial SS, el mayor criminal en llegar a Argentina, a cargo de la «Solución Final». Obtiene el pasaporte de la Cruz Roja 100940 a nombre de Riccardo Klement. El pasaporte es otorgado por Leo Biaggi de Blasys, cónsul de Suiza y delegado de la Cruz Roja en Génova. Su identidad es avalada por el sacerdote franciscano Edoardo Dömöter de la misma ciudad. La visa es otorgada por el vicecónsul argentino en Génova Pedro J. Solarí Capurro, «gratis» y «con documentación deficiente». En Génova reside en Via Balbi 9, edificio que alberga conjuntamente en 1950 a los padres Carmelitani Scalzi de la cercana iglesia de San Vittore y San Carlo, a la Pension Sant'Anna donde se hospeda Eichmann y a la jefatura del instituto de monjas Figlie di Sant'Anna. Llega a Buenos Aires en el buque Anna C el 14 de julio de 1950, profesión «técnico», bajo el expediente 231489/48. Secuestrado por agentes israelíes en 1960, es enjuiciado y condenado a muerte en 1962 en Israel.

Feil, Johann: Oficial SS y comandante del pogromo de Kristallnacht en Innsbruck, en el cual participaron sus camaradas Fleiss y Lausseger quienes también huyen a Argentina. Feil probablemente cuenta con el apoyo del obispo Alois Hudal en Roma. Tiempo después vuelve a Europa y muere en Alemania en 1956.

Fischböck, Hans: Alto oficial SS, ingresa a Buenos Aires como Jakob Schramm el 2 de febrero de 1951 a bordo del Anna C, portando el pasaporte de la Cruz Roja 100980 avalado por el sacerdote Draganovic, procedente de Génova, bajo el expediente 238136/48, dirección en destino la calle Quintana 1190, Vicente López. Colaborador de Eichmann y arianizador en Austria y Holanda, uno de los más importantes criminales en escapar a Argentina. En Buenos Aires es socio en la compañía de riego por aspersión Nicolussi del SS Karl Nicolussi-Leck. La oficina de Nicolussi está ubicada en el mismo piso del edificio de la calle Córdoba 374 que la compañía CAPRI del SS Carlos Fuldner. Muere en Essen en 1976/77.

Fleiss, Erwin: Oficial SS. Participa en la Kristallnacht en Innsbruck en noviembre de 1938, junto a Feil y Lausseger. Jefe de las SS en Tirol, donde trabaja con Fritz Lantschner. Ingresó clandestinamente a Argentina el 19 de septiembre de 1948 desde Paraguay. Conectado a Fuldner en la empresa Capri. Se instala en Río Negro. Muere en Cipolletti en octubre 1964.

Ganzenmüller, Albert: Habría ingresado durante 1947. No se pudo ubicar su ficha de ingreso en Migraciones. Alto funcionario de los ferrocarriles a cargo del transporte de víctimas a los campos de concentración, en sus comunicaciones con la Gestapo se ufana que estaba enviando 5.000 víctimas por día a Treblinka. Los ferrocarriles alemanes cobraban a la Gestapo por este transporte. Funcionarios contaban las cabezas mientras las víctimas eran empujadas a los vagones. La Gestapo pagaba tarifa de tercera clase para los adultos, media tarifa para los niños, mientras que los menores de cuatro años eran transportados a su muerte gratis. El pago se hacía con los bienes confiscados a las víctimas transportadas. Ganzenmüller retorna a Alemania en 1952. Es enjuiciado en 1973 por su participación en la muerte de un millón de personas. Por razones de salud el juicio se pospone tantas veces que muere sin condena en 1977. En Argentina, Ganzenmüller trabaja para Ferrocarriles Argentinos.

Guth, Fridolin: Investigado por sus actividades contra la resistencia en Francia. Arriba bajo su propio nombre el 8 de octubre 1948 a bordo del Philippa, con pasaporte de la Cruz Roja 13092, profesión «técnico», procedente de Génova, bajo el expediente 137638/47.

Hefelmann, Hans: Participa en el programa de eutanasia de Hitler. Llega bajo su propio nombre el 19 de noviembre 1948 a bordo del Italia, profesión «agronomo», con pasaporte de la Cruz Roja 86418, desde Génova, bajo el expediente 187888/48. Tras la caída de Perón, vuelve a Alemania creyendo que sus crímenes han sido olvidados. Pero unos años después es arrestado, aunque su juicio es suspendido en 1964 por considerarse que a los 58 años de edad su estado de salud es demasiado precario para sobrevivir el proceso. No obstante, Hefelmann vive veintidós años más. Muere sin condena en 1986.

Heilig, Bernhard: Escapa de Alemania luego de ser condenado por ejecutar a sus propias tropas por comportamiento derrotista. En Roma solicita ayuda al padre Bruno Wüstenberg, un asistente del cardenal Montini en el Vaticano, quien deriva el pedido al obispo Hudal. Ingresa bajo el alias de Hans Richwitz el 17 de enero de 1951 a bordo del Buenos Aires, con pasaporte de la Cruz Roja 97583 gestionado por Draganovic, profesión «agricultor», desde Génova, bajo el expediente 356156/49.

Janko, Josef: Oficial SS alemán. Detenido por las autoridades británicas en Italia para ser enviado a juicio en Yugoslavia pero escapa el 28 de febrero de 1947. Desembarca como José Petri el 17 de febrero de 1951 desde el buque Entre Ríos, con un pasaporte de la Cruz Roja, procedente de Génova. Se establece en Córdoba.

Klingenfuss, Karl Otto: Involucrado en la deportación de miles de judíos en Italia, Croacia y Bulgaria. Colaborador de Eichmann. Datos de su llegada inhallables en Migraciones. En Buenos Aires es presidente de la Cámara de Comercio Argentina-Alemana. Renuncia al cargo cuando su pasado nazi toma estado público pero la comunidad empresarial alemana en Argentina sale en su defensa y rechaza su dimisión.

Kofler, Alois Luigi: Miembro de las SS condenado en Italia alrededor de

1949. Llega a Buenos Aires el 2 de noviembre de 1948 a bordo del buque Brasil, portando el pasaporte de la Cruz Roja 81828, profesión «empleado». En octubre 1949 escribe desde Bariloche al obispo Hudal en Roma protestando contra su condena. Al descender del buque da como domicilio en Buenos Aires la Avenida de Mayo 749, extrañamente similar a las inexistentes numeraciones 7491 y 2719 de la misma avenida que dan los SS Ferdinand Troestl y Erich Priebke cuando descienden del buque *San Giorgio* doce días más tarde. Kofler ingresa bajo el expediente 179127/48. Con expedientes consecutivos llegan en otros buques Cornelio Dellai, Reinhard Kops y el criminal SS Vötterl.

Krahmer, Eckart: Buscado por los aliados, agregado de la Luftwaffe a la embajada nazi en Madrid, involucrado en cruzar obras de arte de la colección de Goering de Francia a España en octubre de 1944. Habría llegado originalmente en un avión de Iberia en septiembre de 1947, traído por el Conde Monti para el programa aeronáutico de Perón. Pero también habría entrado bajo el alias de Ricardo Bustamante Norman el 2 de febrero de 1948, en el buque Juan de Garay, procedente de Cádiz, portando el pasaporte español 1/48, avalado por el Subsecretario de Aeronáutica César R. Ojeda.

Kutschmann, Walter: Criminal SS. Protegido por la orden carmelita en Madrid. Llega a Buenos Aires el 16 de enero de 1948 bajo el alias de Andrés Ricardo Olmo en el buque Monte Ambato, procedente de Vigo, con pasaporte español 59/47, profesión «religioso», motivo de viaje «asuntos misionales», bajo el expediente 99325/47. En Migraciones declara su dirección como calle Charcas 2345, a una cuadra de la iglesia carmelita sobre la misma calle en Buenos Aires. Obtiene su licencia de conducir por intervención del funcionario Fernando Imperatrice de Presidencia de la Nación. Alemania pide su extradición por la matanza de judíos como jefe de la Gestapo en Drohobycz y Tarnopol. Kutschmann muere sin ser extraditado en 1986. Las autoridades califican su deceso como «muerte dudosa» y es enterrado en Buenos Aires bajo el alias de Olmo.

Lantschner, Fritz: SS Gauamtsleiter en Innsbruck donde trabaja con Fleiss. Su ficha de entrada resulta inhallable en Migraciones. Pero en el vapor Brasil el 31 de julio de 1948 ingresa su hermano Gustav Lantschner, ex camarógrafo de la cineasta Leni Riefensthal, junto con un Fritz Lantschner de 17 años. Se establece en Bariloche donde abre una empresa de construcciones bajo el alias «Materna». Los camiones de la empresa por un tiempo llevan un logo que asemeja una versión estilizada del doble relámpago de las SS.

Lausseger, Gerhard: Oficial SS. Junto con Fleiss y Feil participa en la Kristallnacht de Innsbruck, asesinando al dirigente judío Richard Berger y arrojando su cuerpo al río Inn. Tras la guerra es arrestado por el hijo de Berger, quien se enrola en las fuerzas británicas para encontrarlo. Confiesa su crimen, pero en 1947 logra escaparse a Argentina donde muere en un accidente el 20 de diciembre de 1966.

Mengele, Josef: Oficial SS y médico de Auschwitz, uno de los principales criminales en llegar a Argentina. Ingresó al país bajo el alias de Helmut Gregor el

22 de junio de 1949 a bordo del *North King*, portando el pasaporte de la Cruz Roja 100501, profesión «mecánico», procedente de Génova, bajo el expediente 211713/48, consecutivo con el expediente del SS Priebke.

Muller, Erich Friedrich Otto Karl: Alto funcionario del ministerio de propaganda nazi. Viaja a Buenos Aires bajo el alias de Francesco Noelke, llegando el 16 de octubre de 1950 a bordo del *Anna C*, portando el pasaporte de la Cruz Roja 100958, procedente de Génova, bajo el expediente 234935/48, dirección en destino calle Vernet 152, San Isidro.

Priebke, Erich: Oficial SS en Roma. Participa de la matanza de 335 civiles en las Fosas Ardeatinas en 1944. Abandona Italia bajo el alias de Otto Pape, y desembarca en Buenos Aires el 14 de noviembre de 1948 del *San Giorgio*, procedente de Génova, profesión «mayordomo», portando el pasaporte de la Cruz Roja 83023 obtenido con el aval de la Pontificia Commissione di Assistenza del Vaticano. Priebke ingresa bajo el expediente 211712/48, consecutivo con el expediente de Mengele. En la lista del barco figura junto al teniente SS Ferdinand Troestl, quien ingresa bajo el mismo expediente que el SS Schwammberger. Con ellos viaja Cornelio Dellai, un tirolés que ingresa bajo el patrocinio de Parques Nacionales con el mismo expediente que el nazi Reinhard Kops, expediente que a su vez es consecutivo con el del criminal SS Vötterl. Al poco tiempo, Dellai recibe la concesión del Hotel Catedral en Bariloche. Allí lo siguen Priebke, Troestl, Lantschner, Schwammberger y Kops. Este último termina traicionando a Priebke, delatándolo ante una cámara de televisión de Estados Unidos. En 1995 Priebke es extraditado a Italia y en 1998 condenado a cadena perpetua bajo arresto domiciliario en Roma. En 2004 Priebke inicia una acción judicial contra este libro en Italia, demandando 50 mil euros por daños. En 2007, el juez falla a favor del libro y condena a Priebke a pagar 8000 euros en gastos legales.

Rajakowitsch, Erich: Oficial SS. Llega a Buenos Aires en avión bajo el alias de Erico Raja desde Chile el 26 de febrero de 1952. Ayudante de Eichmann y Fischböck en el expolio de bienes a judíos en Austria y Holanda. En Argentina se reencuentra con Eichmann. Se establece luego en Italia manejando grandes cantidades de dinero. Perseguido por la justicia, finalmente se entrega en Austria, donde es enjuiciado y condenado a dos años y medio. Sin embargo, es liberado tras sólo seis meses en 1966.

Rauch, Friedrich Joseph: Oficial SS cercano a Hitler. Esconde parte de las reservas del Reichsbank en Baviera al final de la guerra por órdenes del Führer. Llega a Buenos Aires bajo el alias de Ivan Pavic el 17 de febrero 1948, a bordo del *Cabo Buena Esperanza*, portando el pasaporte de la Cruz Roja 62116, profesión «economista», bajo el expediente croata 72513/46. En el folio 214 del expediente, Rauch recibe una visa argentina del cónsul argentino en Roma Faustino Jorge Urrutia el 30 de septiembre de 1947. Ese mismo día, además de Rauch, 92 croatas reciben visas de Urrutia, entre ellos el alto criminal Eugen Kvaternik. El coronel SS rectifica su nombre en 1954, y obtiene un pasaporte con su nombre verdadero de la embajada alemana en Buenos Aires en 1961. Habría muerto en Austria en 1999.

Rauch era conocido por su mal carácter en la comunidad nazi de la posguerra, formaba un círculo cerrado con el ex coronel Franz Pfeiffer, otro de los participantes en el ocultamiento del oro del Reichsbank, y con Barbara Weiss de Janko, la asistente de Carlos Fuldner en el escape de nazis. El criminal holandés Willem Sassen, conocido de ellos en Buenos Aires, gustaba de atormentarlos, jocosamente, imputándoles haberse embolsado el «oro nazi».

Rauff, Walter: Oficial SS, inventor de la cámara de gas móvil, responsable de asesinatos en masa. Llega a Buenos Aires en 1949 desde Génova, continuando luego a Chile donde vive hasta su muerte en 1984. Su ficha de ingreso no pudo hallarse en Migraciones al desconocerse el alias con que seguramente viajó.

Roschmann, Eduard: Oficial SS, el «Carnicero de Riga», acusado de 30 mil muertes en Latvia. Ingresa como Friedrich Wegener el 2 de octubre de 1948 en el buque Italia, con pasaporte de la Cruz Roja, procedente de Génova. La lista de pasajeros está demasiado destruida para identificar fehacientemente su número de pasaporte o expediente. Obtiene la ciudadanía argentina en 1968 bajo el alias Wegener. Alemania pide su extradición y es arrestado en Buenos Aires el 1 de julio 1977, logrando escaparse a Paraguay, donde muere el 10 de agosto del mismo año.

Schwammberger, Josef: Oficial SS a cargo de matanzas en tres diferentes regiones de Polonia. Llega el 19 de marzo de 1949 a bordo del Campana, con el pasaporte 90/43, profesión «mecánico», procedente de Génova, bajo el expediente 201430/48 iniciado por la agencia Vianord, la empresa de turismo que se especializa en traer nazis para Carlos Fuldner. Este mismo expediente trae al SS Troestl, quien viaja en el mismo barco que Priebke. Extraditado en 1990, se lo enjuicia en Alemania por sus crímenes y muere en prisión en 2004.

Uiberreither, Siegfried: Alto oficial SS, ingresa como Armin Dardieux en el año 1946/47, aunque fue imposible encontrar su ficha de arribo en Migraciones. Gauleiter de Styria. En Argentina trabaja para la empresa CAPRI del SS Fuldner.

Vötterl, Sepp: Oficial SS. Ingresa como Francesco Mertens Voetterl el 13 de septiembre de 1948 en el Andrea C, exhibiendo el pasaporte de la Cruz Roja 75900, profesión «técnico», procedente de Génova, bajo el expediente 179125/48, consecutivo con los expedientes del nazi Kops y del SS Kofler.

von Alvensleben, Ludolf: Alto oficial SS, responsable de cinco mil asesinatos en Polonia. Habría llegado al país en 1949, aunque no fue posible encontrar datos en Migraciones que verifiquen esto. En su carta de ciudadanía en 1952, un informe de Migraciones enviado al juzgado interviniente dice: «No es posible certificar fecha ingreso ... no recuerda fecha exacta de llegada al país, nombre del vapor en que viajó ni puerto de embarco.» Su imprecisa memoria no dificulta su nacionalización. Se instala en Santa Rosa de Calamuchita, Córdoba, donde muere en 1970.

Wagner, Horst: Oficial SS adscripto al ministerio nazi de relaciones exteriores. Responsable de organizar el transporte de judíos de los países ocupados a los campos de concentración. Llega a Argentina en el año 1948 aunque en Migraciones fue imposible ubicar su registro. De vuelta en Alemania, es arrestado

en 1958. La justicia alemana tarda nueve años en preparar un juicio que una vez comenzado sufre tantas postergaciones que Wagner muere en 1977 sin condena.

Zimmer, Guido: Oficial SS en Italia. Organiza la deportación de judíos en Milán y Génova bajo las órdenes de Walter Rauff. Participa en negociaciones de rendición ante los norteamericanos en Italia al final de la guerra. Protegido por los norteamericanos, llega a Buenos Aires el 22 de octubre de 1949 a bordo del Paolo Toscanelli, procedente de Génova, portando el pasaporte de la Cruz Roja 96596, profesión «visitator» (sic). La lista de pasajeros del barco resulta demasiado destruida para determinar su número de expediente. Muere en Villa General Belgrano en 1977 a los 66 años.

COLABORADORES Y COMPAÑEROS DE RUTA

Los croatas, belgas, franceses y tantos otros que cruzaron el Atlántico hacia Argentina, huían no sólo de la justicia, sino de una realidad que resultó harto diferente a lo que su afiebrada fantasía política imaginaba cuando apostaron a la victoria del otrora poderoso Tercer Reich. La responsabilidad de estas personas, que además de sufrir la persecución judicial se encontraron socialmente despreciados y marginados por su traición durante la guerra, es más compleja.

A diferencia de los nazis, muchos viajaron bajo sus identidades reales. Y pasado un tiempo, algunos pudieron regresar a su país de origen gracias a las amnistías dictadas, o gracias al olvido, que todo lo empareja. Otros partieron desde Argentina a terceros países, a Canadá, por ejemplo, donde continuaron viviendo sin molestias.

Hay además un contraste más delicado. Alemania ha hecho un corte profundo con el pasado nazi y ha tomado sólida conciencia del vacío moral de los protagonistas de ese período, mientras que países como Francia, Italia y más notoriamente Croacia, han vacilado ante tan dificultoso paso. La responsabilidad de los fugitivos más abajo listados puede aparecer por lo tanto algo difusa. En particular, los croatas se han visto a sí mismos como heroicos patriotas injustamente exiliados, y la nueva Croacia independiente nacida en 1991 los ha recibido como tales a su retorno, décadas después de su desesperada fuga de un escenario de sangre y horror por ellos mismos creado.

Los listados siguientes, por lo tanto, no pretenden asignar responsabilidad criminal automática a los nombrados. Algunos afrontaron acusaciones que no llegaron a materializarse ante un estrado judicial. Otros, ya fugados, eran condenados in absentia en juicios donde no pudieron argumentar su defensa. Unos pocos viajaron a Argentina tras cumplir una corta condena. Algunos de los condenados luego fueron amnistiados. Y hubo también quienes fueron ejecutados en silencio en Argentina por agentes secretos enviados de Francia o Yugoslavia.

Tampoco pretende ésta ser una lista exhaustiva de los fugados, que suman más de los que aquí es posible enumerar. La finalidad de este estudio es otra. Es visualizar los métodos de escape e identificar las agencias y actores que brindaron

asistencia en la huida.

YUGOSLAVIA

EL CASO mejor documentado del escape generalizado de posguerra corresponde a los oficiales y funcionarios del partido de la Ustasa del Poglavnik («Jefe») croata Ante Pavelic. Esto es así en gran parte gracias a la gran cantidad de documentación generada tras la guerra con las reiteradas peticiones presentadas por el régimen comunista del mariscal Tito, no sólo por crímenes cometidos en Croacia, sino también en Eslovenia y otras regiones de la reconstituida Yugoslavia.

Además de estos documentos, el gran interés de Washington y Londres en un primer momento por capturar a los sangrientos ustasi chocó con la sorpresa de descubrir que estos fugitivos estaban siendo protegidos por el Vaticano. Esto generó otra enorme cantidad de documentación que hoy reposa en los National Archives de Estados Unidos y el Public Record Office de Gran Bretaña.

De similar importancia ha resultado la apertura del «expediente croata» 72513/46 por el estado argentino en 2003 tras el impacto causado por la primera edición de este libro en Buenos Aires. En él se tramitaron 7.267 solicitudes de visas presentadas por el padre Krunoslav Draganovic de la iglesia San Girolamo ante los cónsules argentinos Emilio Bertolotto y Faustino Jorge Urrutia en Roma. Cerca de 800 nombres adicionales ingresados por similares conductos completan la nómina del expediente. El expediente se inició gracias a la intervención del cardenal primado Copello de la Argentina, quien ofició de enlace con el General Perón para los sacerdotes croatas Vlado Bilobrk y Blaz Stefanic, agentes de Draganovic en Argentina y ellos mismos acusados como criminales por Yugoslavia.

El listado de 98 nombres que prosigue se basa entonces en ese expediente iniciado por Presidencia de la Nación, en los pedidos presentados por Yugoslavia ante las autoridades británicas y norteamericanas en Roma mientras Italia permanecía bajo el control de los aliados en la posguerra, en las peticiones presentadas por Yugoslavia ante el gobierno argentino, en los registros del archivo de Migraciones en Buenos Aires y en el listado de 54 personas con supuesta responsabilidad criminal que habrían llegado a Argentina contabilizados por la CEANA en documentos yugoslavos.

Se han incluido también los firmantes residentes en Argentina del acta constitutiva del Movimiento de Liberación Croata (conocido bajo su sigla HOP, «Hrvatski Oslobodilacki Pokret») fundado por Pavelic en 1956 en Buenos Aires, sucesor del movimiento Ustasa. Se han dejado de lado 22 personas adicionales identificadas en documentos británicos y norteamericanos como fugando a Argentina por no resultar tal información por sí misma suficientemente sólida.

Asancaic, Ivan: Firma como líder del ejército regular croata (Domobran) el acta fundacional del HOP en Buenos Aires en 1956 con Pavelic. En Argentina, trabaja en temas de forestación junto al fugitivo Ivica Frkovic y otros. No se detectó

su ficha de ingreso en Migraciones pero sí la entrada de personas con el mismo apellido durante 1948.

Baketic, Ante: Listado sin otro dato que su nombre por la CEANA entre los 54 fugados a Argentina de acuerdo a documentos yugoslavos.

Balen, Josip: Ministro de economía de Pavelic. Yugoslavia lo acusa junto a otros altos funcionarios del régimen de la destrucción de viviendas, saqueos, internación en campos de concentración, matanzas y degüellos en masa y de poner a disposición de la Alemania nazi la riqueza nacional. Según informes británicos, Balen abandona Italia en el buque Philippa desde Génova el 5 de marzo de 1947 con un nutrido contingente de croatas fugitivos. Sin embargo, no se logró detectar su ficha de ingreso en Migraciones, probablemente porque utiliza un alias para el viaje. Yugoslavia pide al gobierno argentino su entrega en 1947 y de vuelta en 1951, cuando trabaja para el Ministerio de Agricultura bajo el alias de Ivan Barac en temas de forestación. (Su esposa llega a Buenos Aires bajo el alias de Marija Stipanovic de Barac en el buque Buenos Aires el 15 de marzo de 1948 portando un pasaporte de la Cruz Roja. En el mismo buque llegan los ustasi Ciril Cudina e Ivica Frkovic y los belgas León Friant y Achile Joseph Verstraete. Rectifica su nombre a Dora Stipic de Balen en 1949.)

Berkovic, Josip: Diputado del Partido Agrario y vicepresidente del parlamento de Pavelic, acusado de traición por Yugoslavia. Figura en «el número de los 10 intelectuales» autorizados por el expediente croata, con una visa otorgada el 26 de marzo de 1947 por el cónsul argentino en Roma Emilio Bertolotto. Desembarca en Buenos Aires del Eugenio C el 12 de junio 1947, portando el pasaporte Nansen 23/822, profesión «médico», procedente de Génova, dirección en destino Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas, San Martín 160, José Ingenieros, Provincia de Buenos Aires. Yugoslavia solicita su extradición en 1947.

Beslogic, Hilmija: Ministro de transporte de Pavelic. Se refugia en Italia donde su captura es requerida por Yugoslavia a las autoridades británicas. Desembarca del Maria C como Hamdija Besig el 2 de abril 1947, viajando de polizón junto con los ustasi Ivo Rojnica y Stjepo Peric, procedente de Génova, dirección en destino Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas, sin número de expediente. Considerado uno de los líderes del HOP tras 1956.

Bilobrk, Vlado: Sangriento sacerdote croata condecorado por Pavelic. Insta a los croatas a matar serbios con «picos, azadas y guadañas» para economizar «balas croatas». Se lo considera responsable de numerosas y crueles matanzas. Llega a bordo del Cabo de Hornos el 26 de agosto 1946, desde Cádiz, bajo el expediente 57470/46, con el pasaporte de la Cruz Roja 26573, dirección en destino Convento Franciscanos Croatas. En la lista de pasajeros figura un inusual número de religiosos quienes en el recuerdo del refugiado judío Marcelo Fuhrmann, pasajero también del Cabo de Hornos, viajan como civiles pero desembarcan luciendo sotanas en Buenos Aires. En el mismo barco llega el colaboracionista francés Emile Boucher, quien viaja bajo la recomendación del cardenal Antonio Caggiano de Argentina. Al poco de llegar, el 13 de octubre, Bilobrk, a través del

cardenal Copello, escribe al General Perón solicitando visas para 30 mil croatas, «excelentes católicos» y «anticomunistas», dando inicio al expediente croata 72513/46. Integra el comité de recepción cuando Pavelic llega a Buenos Aires en noviembre de 1948.

Bogdan, Ivo: Jefe de propaganda de Pavelic. Su nombre aparece en la primera solicitud de visas al folio 10 del expediente croata el 31 de octubre 1946. Ingresa en fecha indeterminada a Argentina. Yugoslavia solicita su extradición en agosto de 1947. Fundador de la conocida revista de la comunidad croata en Argentina *Studia Croatica*.

Brajnovic, Luka: Poeta y escritor católico. Durante el régimen de la Ustasa dirige el semanario *Hrvatska straza* (Guardia Croata) en Zagreb. Aunque al folio 16 del expediente croata figura un pedido de visa a su favor, Brajnovic se establece en España, y muere en Pamplona en 2001, sin hallarse comprobación de su llegada a Argentina. Igualmente se lo incluye aquí por estar dentro del listado de la CEANA.

Bujanovic, Josip: Sacerdote y hombre de confianza de Pavelic. Se lo asocia a terribles matanzas de serbios. Huye primero a Austria y luego Italia, fundando un coro croata en el campo de Fermo. Conocido como «Popa Jolu» en Italia, asiste a criminales tales como Ante Pavelic y «Dinko» Sakic a ocultarse en Roma y luego huir a Sudamérica. Participa del intento de posguerra de desalojar al régimen comunista del mariscal Tito en Yugoslavia. Se establece en Australia pero visita también Argentina para dirigir el coro Jadran, sucesor del coro del campo de Fermo.

Bukovac, Ivan: Tras la guerra se refugia en Italia, donde su captura es requerida por Yugoslavia a las autoridades británicas. Logra escaparse a Buenos Aires, adonde llega el 1 de abril de 1947 a bordo del *Philippa*, con pasaporte numerado 22876, probablemente de la Cruz Roja, profesión «colono», procedente de Génova, bajo el expediente croata.

Bukovic, Fra Petra: Figura sin otro dato entre los 54 fugados a Argentina de la CEANA.

Bulat, Edo: Importante líder de la Ustasa. Participa en negociaciones referentes a Dalmacia en Roma. Es herido al huir de la liberación de Italia en 1943. Es nombrado ministro de regiones liberadas (las zonas ocupadas por Italia incorporadas a Croacia tras la caída de Mussolini). Nombrado ministro sin cartera hacia el final del régimen de Pavelic. Desembarca en Buenos Aires como Edward Bulat el 2 de junio de 1947 del buque *Alhena*, portando el pasaporte brasileño para extranjero 1255, profesión «industrial», procedente de San Pablo, dirección en destino calle Moreno 508, bajo el expediente 32706/47. Un documento de la CIA lo indica como estando en Sudamérica desde 1946. Listado por la CEANA.

Bulat, Tomislav: Hermano de Edo Bulat. Listado por la CEANA. No fue posible ubicar su ficha de llegada en Migraciones. Director del coro Jadran en Argentina.

Canic, Matija: General de la Ustasa, comandante militar en Bosnia-

Herzegovina y luego comandante en jefe de las fuerzas armadas de Pavelic. En documentación británica figura como asesino en base a acusaciones yugoslavas. En un documento de la CIA aparece en Roma en 1946 oficiando de enlace de Pavelic con el partido demócrata cristiano de Italia. Yugoslavia solicita su entrega en Italia bajo el nombre Mateja Chanich. No conociéndose el probable alias, fue imposible ubicar su ficha de entrada en Migraciones. Listado por la CEANA.

Celan, Ivan: Por recomendación de San Girolamo recibe una visa del cónsul Bertolotto en Roma el 11 de febrero de 1947 bajo el expediente croata. Llega a Buenos Aires el 24 de septiembre de 1947 en el buque Mendoza, profesión «agricultor», procedente de Génova, dirección Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas. Listado por la CEANA.

Codina, Ante: Este jefe de la policía en Zagreb y capitán de la guardia personal de Pavelic ayudó a transportar el tesoro croata a través de Europa. En octubre de 1946, Londres acepta extraditar a Codina de Italia a Yugoslavia. Pero llega a Buenos Aires en marzo de 1948 trayendo un cargamento de oro, de acuerdo a documentación de la CIA, que también le asigna ser asesor de Pavelic en «temas económicos» además de ser un «hábil contrabandista y persona peligrosa». En 1951 habría retornado a Europa para organizar la transferencia del oro remanente a Argentina. Otros croatas en Buenos Aires comentan con rencor la cantidad de oro manejado por Codina.

Coglogic, Hilmije: Londres acepta entregar este fugitivo en Italia a Yugoslavia en febrero de 1947. Sin embargo, de acuerdo a la misma documentación británica, el 5 de marzo habría abordado el Philippa desde Génova rumbo a Buenos Aires entre otros numerosos fugitivos requeridos. No se pudo ubicar su ficha de entrada en Migraciones.

Colak, Marko: Documentación de la CIA del año 1946 lo sindicaba como secretario de estado del régimen de Pavelic. Yugoslavia pide su extradición a Argentina en agosto de 1947. En Migraciones figura un Marko Colak nacido en 1909 recibiendo una visa del cónsul Bertolotto en Roma el 13 de marzo 1947, bajo el expediente croata, profesión «agricultor», con dirección en destino Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas, viajando a Buenos Aires en el buque Sestriere en fecha indeterminada. Pero según la CEANA, Marko Colak arriba a Argentina en tren del Paraguay el 20 de marzo de 1947. Este segundo hombre, nacido en 1899, aparece en su carta de ciudadanía argentina del año 1952 como «veterinario», empleado del Ministerio de Agricultura. El caso ejemplifica la dificultad en constatar fehacientemente estos arribos.

Crljen, Daniel: Oficial e ideólogo croata. Huye a Austria y luego es recluido en el campo de Fermo en Italia. Logra escapar y es asistido por el padre Mandic de San Girolamo. El 19 de abril de 1947 recibe una visa del cónsul Bertolotto en Roma bajo el expediente croata. Llega a Buenos Aires bajo el alias de Francesco Jurkic el 11 de agosto de 1947 a bordo del Santa Fe, con pasaporte 943, profesión «agricultor», procedente de Génova, hospedándose en el Hotel de Inmigrantes. En el mismo barco viaja el fugitivo Latkovic. Listado por la CEANA.

Cudina, Ciril: A cargo de la disposición de los bienes confiscados a serbios y judíos «enemigos del estado» enviados a los campos, según un pedido de extradición de Yugoslavia a las autoridades británicas en Italia. Este militar croata desembarca del Maria C como Constantino Chiudina el 11 de agosto de 1947, pasaporte sin numerar, profesión «agricultor», procedente de Génova, bajo el expediente croata. Del mismo barco desembarcan los hermanos eslovacos Ferdinand y Jan Durcansky. En Argentina, Cudina, Branko Benzon y Andro Vrkljan están a cargo del recibimiento de croatas en el puerto de Buenos Aires.

Draganovic, Krunoslav Stjepan: Sacerdote croata en Roma vinculado al Vaticano y la Cruz Roja. Organizador del escape en masa de criminales de guerra. Criminal él mismo, Yugoslavia solicita su entrega a las autoridades británicas en 1947. Se lo acusa de intervenir en el exterminio de serbios, repartir sus bienes entre camaradas de la Ustasa y de dirigir miles de conversiones forzadas. En agosto de 1943 es enviado a Roma como representante de la Cruz Roja croata y delegado extraoficial de Pavelic ante el Vaticano. En Roma, se lo conoce como agente del Vaticano a cargo de la fuga de los ustasi, operando desde la iglesia croata San Girolamo. Sus actividades son de público conocimiento y comentadas en la prensa italiana. Existen indicios fuertes que Draganovic llega hasta Buenos Aires él mismo, no para escapar de una justicia en su caso inexistente, sino para visitar la comunidad croata establecida mayormente por su labor. Según un documento de la CIA viaja a Buenos Aires en 1949. En el recuerdo de Marko Sinovic, un croata que tramita en Buenos Aires las solicitudes de visas que envía Draganovic desde Roma, el sacerdote visita Buenos Aires brevemente aquel mismo año. No fue posible hallar su ficha de ingreso en Migraciones, porque embarca probablemente bajo nombre falso. Su hermano Krezimir, sin embargo, ex funcionario de la embajada croata en Berlín, desembarca del buque Entre Ríos bajo su nombre verdadero el 19 de febrero de 1948, portando el pasaporte de la Cruz Roja 69338. Obtiene la ciudadanía argentina en 1982.

Dragicevic, Marijan: El Vaticano intercede por Dragicevic cuando está a punto de ser entregado a Yugoslavia por las autoridades británicas en Italia en abril de 1947. El arresto de Dragicevic, dice el Vaticano, es un caso de identidad equivocada, mientras a la vez solicita por otros 14 ustasi, incluyendo criminales de indudable responsabilidad tales como Valdimir Kren y Ante Moskov. Dragicevic ya había recibido una visa del cónsul argentino Bertolotto en Roma el 4 de febrero del mismo año bajo el expediente croata. Llega a Buenos Aires el 4 de octubre de 1947 a bordo del Sestriere, profesión «agricultor», procedente de Nápoli.

Dragojlov, Mihailo: Listado sin otro dato por la CEANA. La búsqueda de su ficha de ingreso resultó infructuosa en Migraciones. Sin embargo, un importante general croata con el mismo apellido, Fedor Dragojlov, jefe del estado mayor en Zagreb, se establece en Argentina tras la guerra.

Drazenovic, Petar: Su entrega a Yugoslavia había sido decidida por Londres en febrero de 1947. Sin embargo, la documentación británica sugiere que aborda el buque Philippa en Génova, y llega a Buenos Aires el 1 de abril de 1947.

Desconociéndose su probable alias, su búsqueda en los archivos de Migraciones resultó infructuosa.

Dumandzic, Jozo: Intendente de Zagreb en 1941. Preside alternativamente el ministerio de justicia y religión, el ministerio de integración, de transporte, de agricultura y de economía del régimen de Pavelic. Yugoslavia solicita su captura mientras se oculta en Italia. En su carta de ciudadanía argentina declara haber llegado el 19 de julio de 1947 en el Río Santa Cruz, no figurando su nombre en la lista del barco, aunque puede haber llegado bajo un alias. Recibe una cédula de identidad de la Policía Federal argentina el 6 de agosto de 1947. Según documentación de la CIA, recibe a Pavelic cuando éste llega a Buenos Aires en noviembre de 1948, convirtiéndose en uno de los custodios del tesoro de Pavelic en Argentina. Visita frecuentemente al criminal croata Eugen Kvaternik para intentar convencerlo de unirse a los planes de posguerra de Pavelic. En 1956, firma el acta constitutiva del HOP. Al serle otorgada la ciudadanía argentina en 1962 declara ser empleado del Ministerio de Obras Públicas desde 1951. Incongruentemente, vuelve a solicitar la ciudadanía diez años más tarde, a pesar de ya haberla adquirido. El juez archiva las actuaciones en 1974, no habiendo Dumandzic respondido a reiteradas citaciones.

Elez, Ante: Oficial del ejército de Pavelic y teniente del campo de muerte Jasenovac, subordinado de Dinko Sakic, según el informe del estado yugoslavo del año 1946 sobre el campo. Yugoslavia solicita su captura a las autoridades británicas en Italia. A pesar de ello, la documentación británica lo muestra abordando el Philippa en Génova junto a un nutrido contingente de croatas en similares condiciones. Figura efectivamente en Migraciones llegando en ese buque como Ante Eletz el 1 de abril de 1947, portando el pasaporte 231133, profesión «colono», bajo el expediente croata.

Eterovic, Mirko: Acusado por Yugoslavia de maltratos, deportaciones y asesinatos de serbios. Llega el 7 de junio de 1947 a bordo del Campana, portando pasaporte numerado 375, profesión «agricultor», procedente de Marsella, dirección Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas, bajo el expediente croata, donde figura en el folio 10 junto a Kvaternik, Markovic y otros. En el mismo barco llegan los ustasha Korsky y Vinko y el belga Claeys. Yugoslavia solicita su captura a Buenos Aires en agosto de 1947. Su presencia en Argentina salta a los titulares de prensa en 1999, refugiándose Eterovic en Zagreb. Vuelve a Argentina tres meses más tarde, luego que la justicia determina que no hay pedido de captura vigente en su contra.

Flögel, Rikard: Figura como Ricard Felgel en el listado de la CEANA. Previamente a la invasión de Yugoslavia por Alemania se dedica a trasladar familias croatas de zonas agrarias pobres a las más ricas para contrarrestar lo que ve como la expansión de la población serbia sobre «miles de hectáreas de la mejor tierra croata». En Argentina este abogado es altamente reconocido por la comunidad croata de posguerra, continuando su prédica sobre poblaciones y tierras desde las páginas de Studia Croatica. No se pudo ubicar ficha de ingreso en

Migraciones bajo su nombre exacto. Documentación británica menciona a un Stjepan Flegel en Italia, requerido por Yugoslavia, huyendo a Buenos Aires a bordo del Philippa. Un tal Ivan Floegel llega en este barco el 1 de abril de 1947, profesión «ecónomo», procedente de Génova, portando un pasaporte numerado 221300. Puede tratarse de Rikard o su hermano Ivica, también trasladado a Argentina, un compositor cuyas obras figuran en el repertorio del coro Jadran. Ambos mueren el mismo día, en la misma media hora, en el sanatorio San José en 1971, siendo ambos enterrados en el mismo cementerio Chacarita de Buenos Aires.

Frkovic, Ivica: Ministro de minería y alta autoridad en Sarajevo durante el régimen de Pavelic. Yugoslavia solicita su extradición a las autoridades británicas en Italia. Llega bajo el alias de Andrés Joss el 15 de marzo de 1948 en el buque Buenos Aires, portando el pasaporte de la Cruz Roja 69869, profesión «sastre», procedente de Génova. Figura como Andrija Joss en la «Lista N° 3» de 1.000 solicitudes presentada por San Girolamo en el expediente croata. Integra el comité de recepción de Pavelic en noviembre de 1948 y es otro de los custodios del tesoro de Pavelic en Argentina. Rectifica su nombre a Juan Frkovic en 1955. Firma el acta constitutiva del HOP en 1956. Frkovic, Mate: Hermano de Ivica Frkovic. Requerido por Yugoslavia a las autoridades británicas en Italia, particularmente por su responsabilidad como ministro del interior respecto a los crímenes de Jasenovac. Se refugia en Austria. Participa del fallido intento de desestabilizar el gobierno comunista de Yugoslavia. Llega a Buenos Aires en la década del 1960 y muere en Argentina en 1987.

Gaj, Ivo: Diplomático y abogado. Embajador del régimen de Pavelic en Budapest. Requerido por Yugoslavia a las autoridades británicas en Italia. Listado por la CEANA. Habría llegado en 1947. No se pudo ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

Galic, Ivan: Llega a Buenos Aires el 25 de enero de 1947 en el Andrea Gritti, un barco cargando un inusual volumen de «sacerdotes», profesión «campesino», procedente de Nápoli. En el listado de la CEANA aparece como Galic «el carnicero».

Grivicic, Leon: Listado por la CEANA. Presidente del tribunal de juicios sumarios del estado. No se pudo ubicar su ficha de ingreso en Migraciones. En el expediente croata figura un Grivicic con otro primer nombre, profesión «mecánico».

Hefer, Stjepan: Importante líder de la Ustasa, ministro de economía rural, en los últimos meses de la guerra solicita desesperadamente a Alemania el envío de comida a Zagreb para alimentar a la población y las tropas de Pavelic. Custodio del tesoro croata, huye hasta Roma donde es protegido por Draganovic. Requerido por Yugoslavia en Italia. Llega a Buenos Aires el 2 de febrero de 1947 en el Mary Louise, un barco con sólo 16 pasajeros, procedente de Génova, sin número de expediente, profesión «T.O.». Otros dos ministros requeridos por Yugoslavia, Starcevic y Vrancic, habrían fugado junto con él, de acuerdo a documentación británica. Listado por la CEANA. Se le otorga la ciudadanía argentina en 1952,

declara ser empleado del Ministerio de Obras Públicas. Firmante del acta constitutiva del HOP.

Heinrich, Ivo: Financista de Pavelic, asociado a Luburic, huye a Hungría y luego a Suiza custodiando fondos de los ustasi. Arrestado por las autoridades británicas en Italia. Acusado por Yugoslavia de enviar víctimas a Jasenovac. Draganovic intercede por su liberación. Financia las actividades políticas de San Girolamo y la huida transatlántica de criminales tales como Sakic. Llega a Buenos Aires el 31 de julio de 1947 en el Vulcania, con el pasaporte de la Cruz Roja 54367, profesión «ing. tx.» (ingeniero textil), procedente de Barcelona, dirección Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas, bajo el expediente croata, con visa otorgada por el cónsul argentino en Roma Faustino Jorge Urrutia el 11 de junio de 1947.

Herencic, Ivan: General croata, íntimo colaborador de Pavelic. Participa en el asesinato del rey Alejandro de Yugoslavia en Marsella en 1934. Lidera la rendición croata ante fuerzas británicas en 1945, escapando posteriormente a Italia. Yugoslavia solicita su captura a las autoridades británicas. Llega a Buenos Aires bajo el alias de Ivo Horvat el 30 de agosto de 1947, a bordo del Argentina, profesión «agrónomo», procedente de Génova, dirección Colegio Cristo Rey Dock Sud. Yugoslavia solicita su extradición al gobierno argentino en 1947. En 1951, ante una renovada solicitud, un artículo del New York Times informa su presencia en el Ministerio de Obras Públicas bajo el alias de Juan Horvat.

Holy, Franjo: Yugoslavia solicita su extradición a Argentina en 1947. Se ubicó en Migraciones un ingreso bajo este mismo nombre, no pudiendo determinarse si se trata de la misma persona.

Jovic, Franjo: Desembarca en Buenos Aires como Francesco Jovic el 8 de junio de 1947, del Groix, profesión «jardinero», procedente de Burdeos. Un documento de la CIA del año 1946 lo sindicaba como miembro del «Comité de Refugiados Croatas en Roma» presidido por el sacerdote Draganovic, con sede en San Girolamo. Durante la guerra es «comandante del campo en Banja Luka», dice el mismo documento, sin más datos. En Migraciones, Jovic figura como nacido en Banja Luka, la región donde se establece el sistema de campos de Jasenovac.

Jovovic, N. Jakov: Comandante de los Chetnik, organización serbia guerrillera y anticomunista, durante la ocupación de los italianos y luego los alemanes en Montenegro. Acusado por Yugoslavia de estar «al servicio del ocupador contra la población civil» y de liderar «formaciones volantes» culpables de haber «derramado ríos de sangre inocente». Habría sido tal su violencia que en julio de 1944 el comando alemán en Montenegro debió ordenarle que «inmediatamente y en cualquier forma termine con los fusilamientos.» Documentación británica muestra a Yugoslavia solicitando su captura en Italia en 1947. En Migraciones no se logró ubicar su ficha de ingreso pero Yugoslavia solicita su extradición al gobierno argentino en 1947. Listado por la CEANA.

Karadzole, Pio: Miembro de los Chetnik. Yugoslavia alerta a las autoridades británicas en Italia sobre la huida de Pio Karachole a bordo del Andrea Gritti, junto con varios fugitivos portando papeles provistos por Draganovic, con la ayuda

financiera de la Pontificia Commissione di Assistenza del Vaticano. El Andrea Gritti llega el 25 de enero de 1947, portando Karadzole el pasaporte 22/1021, profesión «sacerdote», procedente de Nápoli, bajo el expediente 71373/46. Este barco transporta al primer grupo que huye a Argentina a través del expediente croata. Aparecería al folio 10 del expediente croata, donde se solicita la entrada de un Josip Karadjole.

Knez, Ferdo: Llega a Buenos Aires en el primer grupo croata como Ferdinando Knez, nacionalidad «italiana», el 25 de enero de 1947 a bordo del Andrea Gritti, procedente de Nápoli. Yugoslavia solicita su extradición a Argentina indicando que fue jefe de policía de Srijemska Mitrovica.

Kordic, Ivan: Firmante del acta constitutiva del HOP en 1956 como consejero de estado del régimen de Pavelic. Llega en diciembre de 1947 a bordo del Buenos Aires, profesión «abogado», procedente de Génova.

Korsky, Ivan: Ideólogo y combatiente de la Ustasa. Llega a Buenos Aires el 7 de junio de 1947 bajo el alias de Ivan Kajacio en el Campana, portando el pasaporte 1392, profesión «agrónomo», procedente de Génova, con destino Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas, bajo el expediente croata. En el mismo barco llegan los ustasi Eterovic y Vinko y el belga Claeys. Figura como Ivan Korski en el listado de la CEANA. Rectifica su nombre a Karlo Ivan Leo Korsky en 1949. De relevante actuación política en círculos croatas de la posguerra.

Kozina, Franjo: Mencionado en documentación británica junto a un numeroso grupo de fugitivos requeridos por Yugoslavia que embarcan en el Philippa desde Génova el 5 de marzo de 1947. Llega efectivamente el 1 de abril en ese buque, portando el pasaporte 3070, profesión «agrónomo», bajo el expediente croata, anotado como Franjo Kosina.

Kvaternik, Eugen: «Dido» Kvaternik es el más importante criminal croata en escapar a Argentina exceptuando Pavelic. Jefe del servicio de seguridad UNS a cargo de la persecución de serbios, judíos y gitanos y partícipe en la creación del campo Jasenovac. Su fecha de llegada no pudo ser determinada con exactitud. Según familiares, ingresa bajo el alias de Mario Righi a mediados de 1947, con papeles falsos provistos por el Padre Mandic de San Girolamo. Efectivamente, el alias Mario Righi aparece en la primera solicitud de visas al folio 10 del expediente croata. Sin embargo, no se pudo ubicar entrada alguna bajo este alias en Migraciones. Su esposa Marija Cvitkovic ingresa bajo el alias de Tekla Matic en agosto de 1947, con visa otorgada por el cónsul Urrutia en Roma el 29 de julio de 1947 al folio 213 del expediente croata. A los pocos días, el 6 de agosto, Urrutia visa el pasaporte de su esposo Petar Matic, presumiblemente un nuevo alias de Kvaternik. Este Petar Matic llega el 11 de septiembre de 1947, en el vapor Tucumán, portando el pasaporte de la Cruz Roja 59886, profesión «mecánico», procedente de Génova, dirección en destino calle Herrera 354. Ocho años más tarde, los últimos 12 folios del expediente croata se refieren al pedido de rectificación de nombre de Tekla Matic quien declara ser falso que estuviera casada con Petar Matic, presentando ahora un certificado argentino de reciente casamiento

con Mario Righi. Kvaternik muere bajo el alias Righi en 1962 cuando la camioneta estanciera que conduce sufre un accidente en una ruta de la provincia de Córdoba.

Lackovic, Esteban: Yugoslavia solicita su extradición al gobierno argentino en 1947. Habría llegado a Argentina en 1930 originalmente. En 1963, figura en documentación yugoslava como un sacerdote en el extranjero perteneciente a «organizaciones extremistas» croatas.

Latkovic, Radovan: Durante el régimen títere de Pavelic es jefe del servicio radiofónico croata. Se une al masivo éxodo croata a Austria primero y luego por invitación de Draganovic a Roma, donde realiza un doctorado en derecho constitucional en el Institutum Utriusque Iuris de la Pontificia Universitá Lateranense. Llega el 11 de agosto de 1947 a bordo del Santa Fe, con pasaporte numerado 374, profesión «mecánico», procedente de Génova, y se aloja en el Hotel de Inmigrantes, bajo el expediente croata. En el mismo barco llega el fugitivo Crljen. De importante actividad en la comunidad croata en Argentina, director de la revista Studia Croatica hasta 1994. Listado por la CEANA.

Licen, Josip: Su extradición fue solicitada por Yugoslavia al gobierno argentino en 1947. No se hallaron datos de su ingreso en Migraciones.

Linic, Svonko: Su extradición fue solicitada por Yugoslavia al gobierno argentino en 1947. No se hallaron datos de su ingreso en Migraciones.

Luburic, Vjekoslav: Conocido bajo el apodo «Maks». Uno de las más terribles criminales de la Ustasa, comandante del campo de Jasenovac. Su brutalidad espanta inclusive a los jefes militares alemanes en Croacia. Cuñado de Dinko Sakic y medio hermano de Nada Tambic de Sakic, ambos también oficiales en Jasenovac. Figura en el listado de la CEANA. Sin embargo, no se pudo ubicar testimonio fehaciente ni dato alguno en el archivo de Migraciones que verifique su estadía en Argentina. Asesinado en España en 1969.

Majcen, Ivan: Listado por la CEANA. No pudo ubicarse su ficha de ingreso en Migraciones.

Males, Branimir: Asistido por el cardenal Caggiano en su escape a Argentina. Antropólogo y teórico racial conocido por sus trabajos sobre la «raza aria». Yugoslavia solicita su captura a las autoridades británicas en Italia. Llega a Buenos Aires el 26 de septiembre de 1946 en el Monte Ayala, pasaporte Nansen 182, profesión «profesor», procedente de Bilbao, dirección City Hotel. Ingresar por el expediente 88694/47, eximido de presentar «la documentación reglamentaria» por el cónsul Bertolotto en Roma gracias a la intervención cardenalicia. Un grupo de franceses igualmente asistidos por Caggiano viaja a bordo del Monte Ayala con Males.

Markovic, Josip: Solicitado por Yugoslavia mientras reside oculto en San Girolamo, de acuerdo a documentación norteamericana de 1947. Listado al folio 10 del expediente croata. Firmante del acta constitutiva del HOP en Buenos Aires en 1956, donde figura a cargo de «seguridad del estado» del régimen croata. Se ubicaron homónimos en Migraciones y en otro archivo, no pudiendo determinarse si existe correspondencia con este fugitivo.

Mata, Leketa Don: Listado sin otro dato por la CEANA. No pudo ubicarse su ficha de entrada en Migraciones.

Matijevic, Stipe: Firmante del acta constitutiva del HOP en 1956, donde figura como diputado del Partido Agrario, «doglavnik» y consejero de estado. Llega el 31 de marzo de 1947 a bordo del Desirade, profesión «agricultor», procedente de Le Havre, bajo el expediente croata.

Mehmedagic, Junus: Vicepresidente del banco nacional de Croacia y uno de los musulmanes que formaron parte de la conducción de la Ustasa. Según documentación de inteligencia de Estados Unidos, hacia el final de la guerra Mehmedagic se traslada a Suiza para destrabar un depósito de 500 kilos de oro y 2,5 millones de francos pertenecientes a Croacia. Luego fuga a Italia. Llega a Buenos Aires el 1 de abril de 1947 a bordo del Philippa junto a un numeroso grupo croata, profesión «mecánico», religión «musulmán», en transito a Paraguay. Fue detenido a bordo brevemente antes de desembarcar. Integra el listado de la CEANA.

Miljivic, Jojov: Listado sin otro dato por la CEANA. No pudo ubicarse ficha de arriba bajo este nombre en Migraciones.

Moderchia, Dragutin: Según documentación británica, requerido por Yugoslavia y fugado a Argentina desde Génova en el Andrea Gritti, llegando a Buenos Aires el 25 de enero de 1947. No pudo verificarse su arribo bajo este nombre, probablemente viajando bajo un alias. Listado como Dragutin Mordecin sin otro dato por la CEANA.

Musa, Ivan: Figura en documentación británica como líder de la Ustasa a cargo de seguros laborales. Se fuga desde Génova el 5 de marzo de 1947 con el numeroso contingente croata a bordo del Philippa. Según el documento británico, viaja bajo el alias Igancije Miricini, probablemente una transcripción incorrecta del alias por el redactor del documento original, ya que figura un nombre similar en la lista del barco. En un documento de la CIA aparece un hombre identificado solamente por el apellido Musa asistiendo al transporte del tesoro de Pavelic a través de Europa. Listado por la CEANA.

Nevistic, Franjo: Antiguo conocido de Draganovic desde el año 1931. Recibe una visa argentina el 18 de febrero de 1947 del cónsul Bertolotto en Roma bajo el expediente croata. En documentación británica figura escapando de Génova a bordo del Philippa el 5 de marzo de 1947 junto con varios otros croatas. El transatlántico atraca el 1 de abril de 1947, con Nevistic a bordo, portando el pasaporte Nansen 1762. La llegada de un nutrido grupo de criminales de la Ustasa no pasa inadvertida para las agencias de noticias internacionales y el diario Clarín envía un cronista al puerto que logra subir al Philippa. Un destacamento policial simultáneamente aborda el buque alegando rastrear agentes comunistas. El cronista espía la lista de pasajeros y al día siguiente aparece publicado, entre otros, el nombre de Fragno Nevistici, profesión «agronomo». Documentos de la CIA lo señalan recibiendo a Pavelic en Buenos Aires en noviembre de 1948. Director de la revista Studia Croatica hasta 1984. Listado por la CEANA.

Nikolic, Vinko: Miembro del comando supremo de la Ustasa. Fugado a Roma, es recibido por el papa Pío XII en el Vaticano en junio de 1946. Durante su estadía en Italia, Yugoslavia solicita su entrega a las autoridades británicas. Llega a Buenos Aires el 7 de junio de 1947 a bordo del Campana, pasaporte 377, profesión «agricultor», procedente de Marsella, dirección en destino Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas, bajo el expediente croata, donde figura en la primera solicitud de visas al folio 10. Yugoslavia solicita su extradición al gobierno argentino en agosto de 1947. Recibe a Pavelic en noviembre de 1948. En 1997 es nombrado senador por el gobierno de Franjo Tudjman en Croacia. Listado por la CEANA.

Nikpeso, Mirijian: En documentación británica figura entre numerosos ustasi que abordan el Philippa en Génova el 5 de marzo de 1947, en su caso bajo el alias de Stefan Ivanoff. Sin embargo, no se ubicó ficha de desembarco bajo este alias o su nombre verdadero en Migraciones.

Niksic, Ante: Acusado de arrestos en masa como gobernador de Karlovac y luego de «aniquilamientos en masa» en los campos de concentración de la Ustasa como ministro del interior. Luego representante croata en Italia en 1943. Requerido por Yugoslavia a las autoridades británicas en Italia pero fuga a Argentina en 1947. En Migraciones no se pudo hallar un ingreso bajo este nombre, pero sí otros Niksic arribados en 1947 bajo el expediente croata. Listado por la CEANA.

Omchikus, Vojislav: Yugoslavia exige su entrega a las autoridades británicas en Italia, pero documentación británica lo muestra fugado desde Génova en el cruce del Andrea Gritti que llega a Buenos Aires el 25 de enero de 1947. Sin embargo, no fue posible encontrar una ficha de ingreso a su nombre en Migraciones.

Orsanic, Ivan: Líder de la juventud de la Ustasa (Ustaska mladez) 1941-44. Signado en documentos británicos como solicitado por Yugoslavia pero fugado a Argentina. En Migraciones no se pudo ubicar su ficha de arribo. En Argentina, funda el Partido Republicano Croata en 1951.

Pavelic, Ante: El Poglavnik croata, títere de Hitler y responsable del asesinato en masa de serbios, judíos y gitanos en los campos de muerte de la Ustasa. Huye al frente del éxodo a Austria al final de la guerra perseguido por los partisanos comunistas del mariscal Tito. Posteriormente en Roma es protegido por el Vaticano. Es el último ustasi conocido en cruzar el Atlántico. Llega sin número de expediente o visa en el trasatlántico Sestriere el 6 de noviembre de 1948, bajo el alias Pal Aranyos, nacionalidad «húngaro», profesión «ingenieri», portando el pasaporte de la Cruz Roja 74369, procedente de Nápoli, dirección Olazábal 2525 de la ciudad de Buenos Aires. Los datos surgen de la lista de pasajeros del Sestriere y de la planilla de certificación de Aranyos en Migraciones, formulario generalmente llenado antes del embarque en el Consulado argentino en Roma, pero en este caso completado seis días tras su arribo en Buenos Aires por el funcionario de Migraciones Eduardo A. Cárdenas. Allí Pavelic declara no poseer «personas de su conocimiento» en Argentina. Su comité de bienvenida sin embargo incluye a su ex

embajador en Berlín Branko Benzon, quien lo recibe en representación del gobierno peronista, y varios de sus ministros. Yugoslavia reclama su extradición inútilmente. La CEANA, por su parte, cita un documento sellado en 1950 por el Arzobispado de Buenos Aires avalando ante el Ministerio del Interior la residencia en el país de Pavelic desde 1948 bajo el nombre Antonio Serdar, y recibe consiguientemente la cédula de identidad argentina 4.304.761 con ese nombre. En 1957, Pavelic es herido por dos balas en un atentado contra su vida en Buenos Aires. Poco después aparece en España donde muere en el hospital alemán de Madrid en 1959.

Pavlovic, Marko: Comandante de la brigada Obrana del campo de Jasenovac donde actúa con Sakic y Luburic. Figura en 1946 en el informe de Yugoslavia sobre Jasenovac. Acusado de torturas y ejecuciones. Sakic lo menciona en las memorias de su propio escape de Europa. Yugoslavia solicita su extradición en 1947 al gobierno argentino. Se habría establecido en Patagonia. No se pudo ubicar su ficha en Migraciones.

Pecnikar, Vilko: General de la Ustasa colaborador de la Gestapo, casado con una de las hijas de Pavelic. Custodio del tesoro de la Ustasa. Activo partícipe del plan de posguerra para derrocar al mariscal Tito en Yugoslavia. Según documentación norteamericana, Draganovic habría hospedado a Pecnikar a pocos pasos del Vaticano, en Via Borgo Santo Spirito 4, la Curia Generalizia de la Sociedad de Jesús, sede más recientemente del Servicio Jesuita a Refugiados. Yugoslavia solicita sin éxito su extradición a las autoridades británicas en Italia. Listado por la CEANA. No se pudo encontrar su ficha de entrada en Migraciones.

Pejacsevich, Petar: Embajador del régimen de la Ustasa en Madrid. Se establece en Argentina tras la guerra. No se pudo ubicar su ficha de entrada en Migraciones. En 1956 firma el acta constitutiva del HOP como ministro del régimen de Pavelic.

Peric, Stijepo: Ministro de relaciones exteriores del régimen de Pavelic, removido de su puesto en abril de 1944 a pedido de Berlín luego de que osara contradecir a Hitler durante una reunión el mes previo. Fugado a Italia tras la guerra, Yugoslavia solicita su extradición a las autoridades británicas. Llega a Buenos Aires «clandestino» a bordo del Maria C, procedente de Génova, el 2 de abril de 1947, junto con los ustasi Rojnica y Beslagic, viajando los tres de polizones. Regulariza su situación dos años más tarde cuando se le otorga la «radicación definitiva» por la disposición 436/49, bajo el expediente 190531/48, donde figura con profesión «Dr. en Leyes». En 1951, molesto por el relativo buen pasar de Pavelic y sus adláteres en Buenos Aires, Peric denuncia entre sus camaradas el contrabando del tesoro de Pavelic por el antiguo líder. Listado por la CEANA.

Petric, Ivan: Ministro de salud del régimen de Pavelic. Fugado a Italia, Yugoslavia solicita su entrega a las autoridades británicas. Desembarca del *San Giorgio* en Buenos Aires bajo el alias Marcello Velat el 25 de febrero de 1947, portando el pasaporte 1020, profesión «agrónomo», procedente de Génova, dirección en destino calle Corrientes 222, bajo el expediente croata. Es detenido a

bordo durante su arribo, como consta en el expediente «consular» del *San Giorgio* 85431/47. Tres años más tarde, rectifica su nombre a Juan Petric por el expediente 73752/50.

Popovic, Todor: Listado por la CEANA. Llega a Buenos Aires el 21 de enero de 1948 a bordo del Santa Cruz, profesión «químico», procedente de Nápoli.

Ramljak, Anton: Listado por la CEANA. No se pudo ubicar su ficha de ingreso en Migraciones. En Argentina es director del coro croata Jadran.

Ramljak, Stjepan: Colaborador cercano de Pavelic. Documentación británica lo indica requerido por Yugoslavia pero huyendo de Italia a bordo del *Philippa* desde Génova el 5 de marzo de 1947, aunque aparentemente viaja en fecha posterior. Figura en el expediente croata entre las 2.100 solicitudes de la «Lista N° 2» presentada por San Girolamo al Consulado argentino en Roma el 3 de junio de 1947, profesión «empleado privado». No se logró ubicar su ficha de entrada en Migraciones, aunque varios Ramljak ingresan al año siguiente.

Rojnica, Ivo: Comandante de la Ustasa de la ciudad de Dubrovnik donde aplica políticas antisemitas. Documentación británica lo sindicada como responsable de atrocidades y deportaciones. Su captura fue solicitada por Yugoslavia a las autoridades británicas en Italia. Llega a Buenos Aires bajo el alias de Ivan Rajcinovic el 2 de abril 1947 en el *Maria C*, procedente de Génova, como «clandestino dd», con destino Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas, ingresando bajo el expediente 89750/47. En el mismo barco y en la misma situación fugan los ustasi Beslagic y Peric. En el expediente croata figura junto a su esposa, quien recibe una visa bajo el falso apellido Rajcinovic del cónsul Bertolotto en Roma el 8 de febrero de 1947, aunque esta llega recién cuatro meses después.

Rukavina, Jozo: Listado sin otro dato por la CEANA. También figura como requerido por Yugoslavia a las autoridades británicas en Italia. Puede tratarse de un alto jefe de este nombre del servicio de seguridad UNS, implicado en las matanzas en Jasenovac y otros campos y jefe de seguridad de Zagreb. En el archivo de Migraciones se ubica un homónimo, no pudiendo determinarse si se trata de la misma persona.

Rupcic, Dragutin: General de la fuerza aérea de la Ustasa. Ocultado en Roma bajo la protección de San Girolamo. También figura en documentación británica como requerido por Yugoslavia en Italia. Listado por la CEANA. No se logró ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

Rus, Srecko: Chetnik, miembro de Erna Roka (Mano Negra), una organización de torturadores y asesinos colaboradores de la Gestapo que opera en la zona de Ljubljana en Eslovenia. Fugado a Argentina tras la guerra. Listado sin otro dato por la CEANA. No se logró ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

Sakic, Nada Tambic de Bilanovic: Oficial del campo de mujeres Stada Gradiska en 1942-45, siendo apenas una veinteañera. Su medio hermano «Maks» Luburic es el comandante del complejo Jasenovac del que Stada Gradiska forma parte. Casada con «Dinko» Sakic, quien reemplaza a Luburic como jefe del campo en 1944. Ingresar a Argentina en 1947 bajo el pasaporte 7592/16 con destino

Comisaría de los Padres Franciscanos Croatas bajo el expediente croata. Su ficha en Migraciones no explicita su fecha exacta de ingreso. Es extraditada a Croacia en 1998. Sin embargo, su juicio es suspendido sin condena.

Sakic, Ljubomir Bilanovic: Conocido como «Dinko» Sakic. Comandante del campo de muerte Jasenovac en los últimos meses de la guerra. Llega bajo su nombre auténtico, asistido por el sacerdote Draganovic y el financista Ivo Heinrich, el 22 de diciembre de 1947 a bordo del Tucumán junto a una numerosa cantidad de croatas en situación similar, con el pasaporte de la Cruz Roja 36373, profesión «mecánico», procedente de Génova, bajo el expediente croata. Yugoslavia informa al gobierno argentino de su arribo sin consecuencia alguna. En 1998, alertado por el Centro Wiesenthal, el periodista argentino Jorge Camarasa entra con una cámara a la casa de Sakic en el pueblo costero de Santa Teresita, logrando que Sakic admita haber estado a cargo de Jasenovac. Rápidamente extraditado a Croacia, Sakic es condenado a 20 años de prisión. El caso de la pareja Sakic es el único en que, muy tardíamente y debido exclusivamente a la enorme repercusión mediática de la entrevista, Argentina acepta entregar croatas para su enjuiciamiento.

Salkovic-Fraiman, Zlatko: Listado por la CEANA. No se logró ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

Seitz, Aleksandar: En 1942, ante la creciente información que se filtra al exterior sobre Jasenovac, Pavelic organiza una comisión «internacional» de representantes alemanes, italianos, húngaros y croatas para visitar el campo. Seitz integra la comisión como funcionario de la Ustasa. Listado por la CEANA. Su nombre también aparece en documentos británicos. No se logró ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

Sepic, Julija: En Migraciones figuran ingresos que pueden llegar a corresponder a esta mujer. En el expediente croata, figura también «Sepic, Julija Rajkovic de», en realidad Julija Rajkovic de Cvitkovic, suegra del criminal Kvaternik, siendo insuficiente la información para identificar positivamente a esta persona. Se la incluye aquí por estar listada, sin otro dato, por la CEANA.

Sredl, Josip: Arrestado por los británicos, Draganovic apela por él ante el embajador norteamericano en Roma. Cuando en 1947 un agente del servicio de inteligencia de Estados Unidos logra infiltrarse en San Girolamo, encuentra el nombre de Sredl entre los papeles de Draganovic. Listado por la CEANA. Sin embargo, no se logró ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

Srimer, Josip: Aparece en documentación británica como requerido por Yugoslavia y embarcado en el Philippa desde Génova el 5 de marzo de 1947. Sin embargo, no se logró ubicar una ficha con su nombre en Migraciones, muy probablemente viajó bajo un alias.

Starcevic, Mile: Ministro de educación del régimen de la Ustasa. Coeditor con Rikard Flögel de la revista Hrvatska mladica en años anteriores. Aparece en documentación norteamericana como requerido por Yugoslavia y embarcado desde Génova a principios de 1947 con Hefer y Vrancic. Listado por la CEANA. En Migraciones y en el expediente croata figuran otros Starcevic pero no se logró

ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

Stefanic, Blaz: Sacerdote. Llega a Buenos Aires en 1939. Junto con el Padre Bilobrk tramita el expediente croata, logrando el aval del cardenal Copello y el Presidente Perón en 1946. Listado sin otro dato por la CEANA.

Susic, Lovro: Ministro de economía de Pavelic. Custodio del tesoro de la Ustasa en Austria, entrega parte a Draganovic para su transporte a Roma. Allí, un agente infiltrado por los norteamericanos es testigo de una comunicación telefónica a San Girolamo de Susic, quien llama desde «la biblioteca del Vaticano». Yugoslavia solicita su captura a las autoridades británicas en Italia. Huye a Argentina, aunque no fue posible ubicar su ficha en Migraciones. Recibe a Pavelic al llegar éste a Buenos Aires en noviembre de 1948.

Tomljenovic, Josip: Requerido por Yugoslavia a las autoridades británicas en Italia. Vinculado al tesoro de Pavelic. Según documentación británica aborda el Philippa desde Génova el 5 de marzo de 1947. Documentación de la CIA indica que se reúne con un banquero en Brasil para organizar el transporte del oro de Pavelic a Sudamérica. Aborda el Highland Brigade en el puerto de Santos, Brasil, y llega a Buenos Aires como Giuseppe Tomlienovitch el 25 de mayo de 1947, profesión «mecanista».

Toth, Dragutin: Ministro de finanzas de Pavelic desde 1943 hasta el ocaso de la guerra. Un documento norteamericano de inteligencia lo coloca en 1947 en San Girolamo «o viviendo en el Vaticano y atendiendo reuniones varias veces a la semana en San Girolamo». Otra documentación aliada lo responsabiliza por deportaciones para trabajo forzado en Alemania. Documentación británica agrega que fuga como «Todt F.» a bordo del Philippa en junio de 1947, buque del que desembarca junto al francés Eric Surville el 12 de julio en Buenos Aires. No se logró detectar su ficha de ingreso en Migraciones. Sin embargo, un tal Francisco Toth inicia varios expedientes en Migraciones a nombre de personas no identificadas entre 1948 y 1951.

Turina, Oskar: Encargado de deportaciones de judíos y serbios en Bosnia. Llega bajo el alias de Josip Petrovic el 20 de mayo de 1948, a bordo del Tucumán, con el pasaporte 75127, profesión «industrial comerciante», procedente de Génova, bajo el expediente 136858/47. Es contratado por el Ministerio de Obras Públicas ese mismo año. Recibe a Pavelic a su llegada en noviembre de 1948. En 1956 firma el acta constitutiva del HOP como ministro de Pavelic. Rectifica su nombre a Oskar Turina y se nacionaliza argentino en 1957.

Uvanovic, Daniel: El Vaticano solicita clemencia a las autoridades británicas en Italia en abril 1947 para este editor del diario católico Hrvatska straza a punto de ser entregado a Yugoslavia. Pero Londres titubea y la documentación británica y norteamericana indica que fue entregado a Yugoslavia prácticamente al día siguiente del pedido del Vaticano. Draganovic sentía urgencia en rescatarlo ya que su nombre figura en el primer pedido de visas al folio 10 del expediente croata. Pero Uvanovic no habría cruzado el Atlántico. En Migraciones no figura su ingreso y otras fuentes indican que fue ejecutado en Yugoslavia. Sin embargo, Yugoslavia

solicita su extradición a Buenos Aires en 1947. Se incluye aquí al estar listado por la CEANA.

Vidakovic, Nikola: Responsabilizado en la matanza de cientos de serbios en la iglesia ortodoxa del pueblo de Glina en 1941. Comandante del regimiento de guardia en el campo Jasenovac en 1943-44. Yugoslavia solicita su extradición al gobierno argentino en 1947. No fue posible ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

Vrancic, Vjekoslav: Ministro de trabajo y viceministro de relaciones exteriores del régimen de la Ustasa. Un íntimo colaborador de Pavelic. Protegido por Draganovic en Roma. Partícipe del fallido intento de voltear al régimen comunista de posguerra de Yugoslavia. Su captura es requerida por Yugoslavia a las autoridades británicas. Documentación británica indica que habría fugado a Argentina junto con Hefer y Starcevic a principios de 1947. Sin embargo, no se encontró su ficha de arribo en Migraciones. Recibe a Pavelic a su llegada a Buenos Aires en noviembre de 1948. Firma el acta constitutiva del HOP en 1956. A la muerte de Pavelic tres años más tarde, disputa con Hefer el liderazgo del HOP. Arrestado brevemente en Nueva Zelanda en 1977 junto con Rojnica, sospechados ambos de estar involucrados en actividades terroristas. Listado por la CEANA.

Vrkljan, Andro: Militar croata. Yugoslavia solicita su captura a las autoridades británicas en Italia. Llega a Argentina en fecha indeterminada. Coopera con Benzon y Cudina y recibe a los nuevos arribos en el puerto de Buenos Aires.

Zanko, Dusan: Diplomático de la Ustasa. Preso en la cárcel de Regina Elena en Roma a punto de ser entregado a Yugoslavia, protagoniza un escape con otros ustasi y es refugiado en San Girolamo. Actúa de vínculo entre el Vaticano y Draganovic. El Vaticano intercede ante las autoridades británicas en abril de 1947 para que no sea entregado a Yugoslavia. En su caso, el pedido de clemencia es exitoso. Aparece en la primera solicitud de visas al folio 10 del expediente croata. Aunque no se pudo detectar en Migraciones su ficha de entrada, Zanko disfruta de relevante actuación en la comunidad croata de posguerra en Argentina. Listado por la CEANA.

Zarko, Vlaho: Documentación británica lo sindicada como un conocido croata y lo muestra abordando el Andrea Gritti como «Zharko» en Génova el 27 de diciembre 1946. Sin embargo, no se pudo detectar una ficha a su nombre en Migraciones, viaja probablemente bajo un alias. Listado por la CEANA.

Zubrinic, Drago: Solicitado por Yugoslavia a las autoridades británicas en Italia en enero de 1947. Documentación británica indica que habría escapado a bordo del Philippa desde Génova el 5 de marzo de 1947 bajo el alias de Merea Maria. Sin embargo, no se pudo detectar su ficha de ingreso en Migraciones. De relevante actuación en la comunidad croata de posguerra en Argentina.

BÉLGICA

Aquí se identifican 48 belgas arribados a Argentina tras la guerra. Los nombres surgen primordialmente de documentación del CEGES-SOMA, el centro de investigación en Bruselas sobre los años del nazismo, de los pedidos de extradición hechos por Bélgica que el gobierno argentino ignoró olímpicamente, del «Informe Final» de la CEANA y del archivo de Migraciones en Buenos Aires. La dificultad en rastrear cada caso tantas décadas después de la fuga hace que la lista sea obligadamente parcial. En los hechos llegaron muchos más.

Baeck, Camille: Burgomaestre de Malines, llega a Buenos Aires el 13 de abril de 1948 a bordo del Juan de Garay, con el pasaporte de la Cruz Roja 12237, profesión «comerciante». Condenado a muerte el 27 de junio de 1946.

Bijttebier, Marcel Georges: Llega el 3 de marzo de 1948 en un avión de Scandinavian Airlines con el certificado de identidad suizo 8494, profesión «empresario», procedente de Ginebra, bajo el expediente 135189/47. Condenado en el 1951/1952. Hermano de Michel Joseph.

Bijttebier, Michel Joseph: Llega «clandestino» en abril de 1948 en el tren de Paso de los Libres, profesión «cons. de obras públicas». Recibe tratamiento preferencial de las autoridades de Migraciones, en cuyos archivos consta: «Identificado en base a declaración verbal por carecer de documentos de identidad. Presenta certificado de identidad sin fotografía traducido.» Entra bajo el expediente 217710/48, el mismo empleado por varios otros belgas, para radicarse en la calle Pacheco 1122, Martínez. Un nuevo expediente con el número 328834/48 para su radicación permanente fue iniciado por Van Groede, el alias del belga Lagrou enrolado en la División Informaciones de la Casa Rosada. Condenado en Bélgica. Hermano de Marcel Georges.

Blaton, Gerard: Llega el 30 de octubre de 1947 en avión con el pasaporte belga 4115/81020, profesión «técnico». Vuelve a entrar el 14 de octubre de 1948 en el buque Copacabana con su familia, bajo el expediente 56026/47. Condenado a muerte el 30 de enero de 1946.

Bockaert, Aimé Emiel François Maria: Habría llegado junto a su familia el 11 de enero de 1949 a bordo del Italia, bajo el expediente 217710/48. Condenado en 1949. Testigo firmante para la nacionalización del belga Braekeleer.

Boussemaere, Michel Benoit Emile: Llega el 19 de febrero de 1948 a bordo del Entre Ríos, bajo el pasaporte español 5/47, profesión «profesor», procedente de Bilbao. Declara como «persona de su conocimiento» en Argentina al belga Hoover, funcionario de la División Informaciones, en la calle Charcas 2733. Condenado en 1948.

Calcoen, Frans Judocus Lucien: Llega el 5 de octubre de 1948 a bordo del Algenib, con el pasaporte belga 287835/193, profesión «ajustador», proveniente de Amberes, bajo el expediente 189108/48, para hospedarse con el belga Rudolf Versele en la avenida Callao 1971, 5º piso, entre Alvear y Posadas, Buenos Aires. Condenado el 3 de julio de 1947 a dos años de prisión por servir a la política del enemigo. En el mismo barco llegan Flameng, Jooris, Tcherkhoff y Vermaercke.

Claessens, Jetje de Laeter: Líder de las juventudes nacional-socialistas flamencas, junto con Leo Poppe, otro belga que se asienta en Argentina. Condenada en 1946 en Bélgica. Cumple su condena y viaja a Argentina en 1951, estableciéndose en Mar del Plata. Atestigua en 1952 ante la justicia argentina a favor de Braekeleer cuando la nacionalización de éste peligraba por supuestas simpatías soviéticas.

Claeys, Rudolf Petrus: Llega bajo el alias de Maurice Seynaeve al 7 de junio de 1947 en el buque Campana, con cédula de identidad belga 325194, profesión «comerciante / agrimensor», embarcado en Marsella, bajo el expediente 127028/47. Condenado a 20 años en 1947. En el mismo barco viajan los croatas Eterovic, Korsky y Nikolic.

Cloetens, René: Llega el 22 de abril de 1948 en el buque Alphard, con el pasaporte belga 350695, profesión «químico», embarcado en Amberes bajo el expediente 118049/47. Condenado a tres años en Bélgica. En el mismo barco viaja el belga Nelis.

Daye, Pierre: Ingresaba como Pedro D. Adán el 21 de mayo 1947 en el vuelo de Iberia EC-DAQ, pasaporte español sin nacionalidad 1156/47, embarcado en Madrid. Condenado a muerte en diciembre 1946 con captura solicitada al gobierno argentino. Organizador principal del escape de belgas y franceses a Argentina, participa de las reuniones secretas en Casa Rosada con Perón en diciembre de 1947 en las que se acuerda el plan de rescate.

de Bondt, Joris: Condenado a muerte el 14 de mayo de 1947. Habría ingresado en 1948. Adquiere la ciudadanía argentina en 1953.

de Braekeleer, Adolf: Detenido en Bélgica y enjuiciado, logra escapar a España y paga cuantiosos sobornos para obtener un permiso de entrada a Argentina. Aborda el yate Thyll Uilenspiegel junto con «otros belgas que si bien se titulaban exilados políticos, en realidad habían escapado de su patria huyendo de la justicia que se interesaba en los mismos por sus actividades como colaboracionistas, por haber comerciado con las fuerzas de ocupación alemanas», como reza un informe de la Policía Federal en Buenos Aires. Llega el 18 de julio de 1948 como «tripulante» bajo el expediente 170868/48. Mientras tanto, en Bélgica es condenado in absentia a 20 años. Cuando solicita la ciudadanía argentina, su amante lo delata como agente soviético, ante lo cual Braekeleer se defiende presentando una serie de cartas de otros belgas y franceses en Argentina -Pierre Daye, Achile Verstraete, Leo Poppe, Jetje Claessens, Michel Bijttebier, Renaat Van Thillo, Georges Guilbaud- atestiguando que, todo lo contrario, ha sido fervientemente pro-alemán y simpatizante de Hitler. Clarificado el tanto, se le concede la ciudadanía en 1954. Es co-gerente de la Compañía Argentina de Grandes Hoteles SRL, propietaria del Hotel Crillon de Buenos Aires, con Guilbaud.

de Roover, Leonard Corneel: Condenado a muerte en Bélgica. Ingresaba el 4 de julio de 1947 a bordo del Monte Ayala, con pasaporte numerado 37, procedente de Bilbao, bajo los expedientes 99091 y 99179/47. En el mismo barco viaja Daele. Es incorporado a la División Informaciones de la Casa Rosada, en cuyo nombre

diligencia solicitudes para fugitivos ante Migraciones. Es apartado cuando un camarada, el belga Stefan Seynhaeve, lo delata por lucrar vendiendo permisos de entrada a judíos.

Delbaere, André: Condenado a 15 años por colaboración con el enemigo. Llega el 20 de marzo 1948 en tren desde Brasil con un pasaporte belga.

Dupont, Emil René: Condenado en 1946. Llega el 22 de marzo 1949 en el Copacabana desde Amberes, profesión «mecánico».

Engelbeen, Karel Hector: Condenado en Bélgica. Su familia llega en el año 1950. No se encontró la ficha de su propia entrada en Migraciones.

Englebienne, André Charles: Condenado en Bélgica en 1945. Llega el 13 de agosto de 1947 en el Cap Paret, profesión «agricultor», procedente de Amberes.

Flameng, François Lucien: Condenado en 1946. Llega el 5 de octubre de 1948 a bordo del Algenib, con el pasaporte belga 330846, procedente de Amberes, bajo el expediente 170866/48. En el mismo barco viajan Calcoen, Jooris, Tcherkhoff y Vermaercke.

Friant, León: Condenado a 15 años. Arriba el 15 de marzo de 1948 en el Buenos Aires desde Génova, con certificado de identidad suizo 8551, profesión «tipógrafo».

Gilsoul, Georges: Miembro de las SS-Wallonie, condenado en Bélgica. Arriba el 18 de diciembre de 1948 en el Anvers, con pasaporte francés, procedente de Amberes, bajo el expediente 214878/48.

Gordijn, Roger: Condenado en Bélgica en 1949. Llega el 4 de mayo de 1949 a bordo del Mar del Plata desde Amberes, profesión «empleado».

Grosfils, Maurice: Llega el 17 de enero de 1947 en el Henri Jaspar desde Amberes, profesión «industrial».

Hoet, Gerard L.: Condenado en 1947. Despojado de sus derechos civiles y políticos en Bélgica. Llega el 26 de noviembre de 1947 en el Anvers, con pasaporte belga 308298/53, dirección en destino calle José Hernández 2174, bajo el expediente 55546/47.

Hollants, Achille Antoon Marie Hubert: Condenado en 1948 en Bélgica. Arriba el 5 de noviembre de 1948 en el yate *Adelaar*, profesión «corresponsal de comercio», desde Dublín, Irlanda, bajo el expediente 179095/48. En su ficha de ingreso dice «detenido a bordo». En el *Adelaar* viajan además Smekens de Bélgica y Sassen de Holanda. El maquinista del yate es el alemán SS Klaus Fabiny.

Jooris, Gabriel Grégoire Henri Joseph: Condenado en 1948. Llega el 5 de octubre de 1948 en el Algenib, con pasaporte belga 265399, procedente de Amberes, bajo el expediente 179106/48. En el mismo barco viajan Calcoen, Flameng, Tcherkhoff y Vermaercke.

Lagrou, René: Fundador de la Algemene SS Vlaanderen. Capturado en Francia, se escapa y refugia en España. Condenado a muerte en Bélgica. Habría llegado a Buenos Aires en julio de 1947 y reingresado en forma clandestina el 12 de enero de 1948 desde Uruguayana. En Argentina vive bajo el alias de Reinaldo van Groede. Agente de la División Informaciones, participa de las reuniones con Perón

en la Casa Rosada en diciembre de 1947. Bajo el alias de van Groede inicia en nombre de Presidencia de la Nación los expedientes de entrada de una nutrida cantidad de camaradas.

Lecomte, Jean-Jules: Burgomaestre de Chimay, condenado a muerte. Llega bajo el alias de Jan Degraaf Werheggen el 15 de mayo de 1947 en el Cabo Buena Esperanza desde Barcelona, en tránsito a Perú. En el mismo barco viajan el belga Ruysschaert y el embajador español José María Areilza, quien oficia de protector de los belgas en Argentina, al punto que pone su valija diplomática al servicio de ellos para que se comuniquen secretamente con camaradas en Europa. Una semana después de arribar, Lecomte se presenta ante Migraciones para decir que «habiendo tenido ocasión de conocer las grandes posibilidades de la República» ha decidido solicitar la radicación definitiva, ante lo cual se abre el expediente 94079/47, uno de los dos expedientes de criminales abiertos a la consulta pública por Migraciones hasta la fecha. Esta carpeta demuestra cómo en primera instancia su pedido es denegado, pero luego autorizado gracias a la intervención de Magda Ivanissevich, hermana del alto funcionario peronista Oscar Ivanissevich (embajador en Washington, ministro de educación y autoproclamado autor de la «Marcha Peronista»). Magda Ivanissevich se reúne personalmente con el Director de Migraciones Santiago Peralta para avalar el pedido de radicación. Lecomte declara residir en la avenida Callao 545, 5º piso, y presenta como única documentación el «certificado de identidad 153 dado en Madrid por la Dirección General de Seguridad». Al poco tiempo, en julio, Bélgica alerta a la Cancillería argentina de la llegada de Lecomte. Iniciada la investigación del caso, el mayor Jorge Osinde de Coordinación Federal informa en septiembre que el belga ha obtenido la cédula de identidad 3.490.034 y se encuentra «domiciliado en la calle Dorrego N° 2320, piso 1º, Capital», agregando que «no registra antecedentes». Finalmente la Cancillería, alertada por Osinde de la amistad entre los belgas y el embajador español Areilza, cajonea el tema. La revelación del contenido del expediente de Lecomte en 2003 tiene un interesante epílogo cuando el hijo de Magda Ivanissevich, Aníbal D'Angelo Rodríguez, escribe una carta a la prensa confirmando la intervención de su madre y afirmando la suya propia «en muchos casos más... en el primer peronismo hubo mucha gente que, como yo, se enorgulleció (y se enorgullece) de haberles arrebatado algunas víctimas» a los «libertadores» de posguerra.

Maes, Antoon Gustaaf Albert: Sentenciado en Amberes en 1947. Llega como Anton Maes el 9 de diciembre de 1950 en el Anna C, con el pasaporte 10966, profesión «arquitecto», desde Génova, bajo el expediente 294758/49. Se establece en Bariloche adquiriendo renombre local como pintor. En 1992 el escritor barilochense Esteban Buch publica un libro, El pintor de la Suiza argentina, donde relata el caso Maes, revelando además por primera vez la presencia del criminal SS Erich Priebke en Bariloche.

Nelis, Henri Louis: Cumple dos años de prisión en Saint-Gilles. Llega el 27 de abril de 1948 a bordo del Alphard, con el pasaporte 54587, desde Bélgica. En el

mismo barco viene el belga Cloetens.

Poppe, Leo: Condenado a cadena perpetua por traición a la patria por su actuación en los servicios de propaganda de la ocupación nazi. Se escapa a París, luego a España y finalmente a Argentina en 1949.

Rits, Albert Lucia Frans: Waffen SS, condenado en 1947. Llega el 7 de enero de 1949 a bordo del Monte Ayala, con pasaporte del gobierno civil de Navarra.

Ruyschaert, Gerard Joseph Maria: Condenado en Bélgica. Llega el 15 de mayo de 1947 en el Cabo Buena Esperanza, con el pasaporte 61 desde Cádiz. En el mismo barco llega el belga Lecomte. La embajada de Bélgica en Buenos Aires alerta al gobierno argentino de la presencia de ambos al poco tiempo de su arribo, sin obtener respuesta alguna.

Ruyschaert, Joseph Lucien: Condenado a 20 años. Llega el 17 de febrero de 1948 en el Cabo Buena Esperanza, pasaporte 2538/47, desde Cádiz, profesión «fabricante». En el mismo barco llega el coronel SS Friedrich Rauch, criminal involucrado en el ocultamiento de oro del Reichsbank en Baviera al final de la guerra.

Sergeant, Maurice: Arriba el 13 agosto de 1947 en el Capitaine Paret de Amberes, profesión «jardinero».

Seynhaeve, André Henri Edouard: Condenado en Bélgica en 1947. En CEGES-SOMA sobreviven comunicaciones entre Lagrou y Daye solicitando permisos de desembarco para Seynhaeve y su familia.

Seynhaeve, Stefan: Adjunto al jefe de gendarmería Van Coppenolle bajo los nazis. Condenado a muerte. Llega en junio de 1947.

Smekens, Willem: Condenado en 1947. Llega el 5 de noviembre de 1948 en el intrépido viaje desde Irlanda del yate *Adelaar*, profesión «cortador de piedras preciosas», bajo el expediente 179095/48. Viaja con Hollants y Sassen y con el SS alemán Klaus Fabiny.

Tcherkhoff, Georges: Ingresa como Saly Scheer el 5 de octubre de 1948 en el Algenib, bajo el expediente 129301/47. Condenado en 1954. En el mismo buque llegan Calcoen, Flameng, Jooris y Vermaercke.

Van Bellinghen, Willy Alphonse: Por el expediente 298994/49 Migraciones le otorga permiso de entrada al país, por lo cual el cónsul argentino en Amberes alerta a Migraciones que Van Bellinghen fue condenado a 18 meses de prisión por el Consejo de Guerra de Nivelles el 17 de junio de 1946 «en virtud de haber tomado armas contra su patria». Migraciones decide sin embargo que el delito de traición no es impedimento suficiente para su ingreso al país.

Van Daele, Jules: Condenado en 1946. Llega el 4 de julio de 1947 en el Monte Ayala desde Bilbao. En el mismo barco llega Hoover.

Van den Berghe Rollms, André Camille: Condenado a muerte in absentia el 26 de marzo de 1945. Habría llegado el 19 de febrero de 1948 en el buque Entre Ríos desde Bilbao.

Van Thillo, Renaat Frans Josephin: Alto oficial de la Bélgica ocupada. Condenado a muerte in absentia en 1947. Llega el 15 de octubre de 1948 en tren,

«clandestino», bajo el expediente 261340/49. Atestigua a favor del belga Braekeleer en el trámite de ciudadanía del mismo.

Verdoot, Severino José: Arriba el 10 de marzo de 1949 a bordo del Río Santa Cruz, de Barcelona, profesión «educador».

Vermaercke, August Leopold: Condenado en 1946. Llega el 5 de octubre de 1948 en el Algenib, procedente de Amberes, con el pasaporte 290954, profesión «mecánico», bajo el expediente 170106/48. En el mismo barco llegan Calcoen, Flameng, Jooris y Tcherkhoff.

Versele, Rudolf Alfons August: Condenado in absentia en Bélgica en 1950. Llega bajo el expediente 207207/48 iniciado por Guilbaud Degay y Presidencia de la Nación.

Verstraete, Achile Joseph: Gobernador de Oost-Vlaanderen. Condenado a muerte el 6 de agosto de 1947. Llega el 15 de marzo de 1948 en el buque Buenos Aires, procedente de Génova, con carta identidad suiza 8472, profesión «perito agrónomo».

Verstraete, Pedro Odile: Condenado en 1947 en Bélgica. Llega bajo el expediente 238835/48.

FRANCIA

SEGUIDAMENTE se presentan 25 franceses establecidos en Argentina tras la guerra que resultaron de interés para esta investigación. Es una lista obligadamente parcial por las dificultades en rastrear los datos necesarios.

Augier, Marc: Condenado a muerte. Habría llegado en diciembre de 1946. Waffen SS. Autor con nombre de pluma Saint-Loup. Profesor de esquí de Evita.

Azema, Jean-Henri: Llega el 19 de julio de 1948. Condenado a cadena perpetua en Francia. SS Wallonie.

Boucher, Marcel Emil Auguste: Importante político colaboracionista, enjuiciado y sobreseído luego de la guerra, llega a Argentina el 26 de agosto de 1946 en el Cabo de Hornos, con pasaporte francés, profesión «industrial», desde Bilbao, bajo el expediente 74469/46, recomendado por el cardenal Caggiano; declara que residirá en el Hotel Nogaró. El embajador francés en Buenos Aires reporta a París que Boucher es uno de los «franceses indeseables, perseguidos por la justicia o condenados por contumacia» que «encuentran aquí cómplices, sobre todo en los medios oficiales argentinos.» En el mismo barco llega el sacerdote croata Vlado Bilobrk, quien poco tiempo después gracias a la intervención del cardenal Copello logrará que la Casa Rosada dé luz verde a su pedido por el ingreso de miles de croatas a Argentina.

Darnand, Philippe: Hijo del jefe de la Milice, Joseph Darnand, miembro de la «vanguardia» de jóvenes que protegían al castillo de Sigmaringen, en las orillas del Danubio, donde se ha refugiado el gobierno de Petain en 1944. Escapa a Roma y es locutor en la Radio Vaticana. Luego ingresa a Argentina como Philippe

Foucachon el 10 de octubre de 1947, a bordo del Philippa, profesión «estudiante», desde Génova, bajo el expediente 52146/47.

de Mahieu, Jacques: Miembro de las SS Charlemagne, condenado a muerte. Llega el 22 de agosto de 1946 en el vuelo 201 de Pan American, con pasaporte 1565, bajo el expediente 71673/46, para residir en el City Hotel. De importante ascendencia sobre algunos jóvenes argentinos alineados en las filas del grupo derechista Tacuara en la década de 1960, que 10 años más tarde devienen en Montoneros de izquierda. En 1973, cuando solicita la ciudadanía argentina, es acusado de agente comunista, ante lo cual se defiende esgrimiendo su sentencia de muerte en Francia «precisamente por haber sido fiel a mi patria y a sus tradiciones, como tantos millones de franceses, junto al mariscal Phillipe Pétain, y especialmente en mi caso, desde las filas de los ‘camelots du Roi’ en que milité desde mi extremada juventud». Su simpatía nazi le obtiene así la ciudadanía argentina, al igual que al belga Braekeleer 20 años antes. En 1989 hace campaña a favor de la elección del peronista Carlos Menem a la presidencia.

Detroyat, Michel: Famoso aviador francés. Arrestado, enjuiciado y sentenciado en 1946 a «dégradation nationale» de por vida y a la confiscación de la mitad de sus bienes por colaboracionismo. En 1947 su presencia ya irritaba a la embajada francesa en Buenos Aires. El archivo de Migraciones registra varias entradas, siempre por avión, en los años subsiguientes, ya como residente.

Dewoitine, Emile Julien: Condenado a 20 años de prisión, goza de la distinción de ser el primer criminal comprobado en llegar tras la guerra a Argentina, el 28 de mayo de 1946, a bordo del Cabo Buena Esperanza, con el pasaporte 531/46 español, procedente de Vigo. Llega en el mismo buque que trae de vuelta al cardenal Caggiano de Europa, luego que Caggiano acordara en reuniones secretas en el Vaticano el traspaso a Argentina de criminales franceses ocultos en Roma.

Du Jonchay, Christian: Dirigió el bombardeo francés de Gibraltar en 1940. Amigo de Pierre Daye. En España después de la guerra ayuda al periodista español Víctor de la Serna a preparar listas de fugitivos. En Argentina, es director suplente de la Casa Europea Argentina, asociación de veteranos que lucharon del lado del Eje en la guerra.

Fayard, Rene: Waffen-Untersturmführer en la División Charlemagne, veterano de la Sturmbrigade Frankreich, pelea en Bad Polzin, Polonia, en los últimos días de la guerra, conectado a Vaugelas. Aparentemente ejecutado en Argentina por un escuadrón secreto enviado desde Francia en 1957.

Guilbaud Degay, Georges: Signado como responsable de ocultar bienes contables del régimen de Vichy en el extranjero. Nombrado representante diplomático ante Mussolini al final de la guerra. El 23 de abril de 1945 Guilbaud escapa de Milán a Barcelona a bordo de un avión del «conde» croata Gino Monti. Junto con ellos vuelan los padres y la hermana de la amante de Mussolini, Claretta Petacci, y el representante personal de Mussolini ante Franco, Eugenio Morreale. En el mismo avión viaja el francés Jacques Guerard, secretario general del gobierno

colaboracionista de Laval, finalmente condenado a cinco años en Francia en 1958. Escapan de Italia solo cinco días antes de que Mussolini y Petacci sean ejecutados por partisanos comunistas y colgados cabeza abajo en la Piazzale Loreto de Milán. El padre de Petacci había sido médico personal del Papa Pío X. Morreale porta una carta de Mussolini a Franco pidiendo que cuide a la familia de su amante y aparentemente otra carta referente a una fortuna que este grupo había logrado sacar de Italia. Arrestados a su arribo en España, son liberados por el Ministro de Relaciones Exteriores de España, José Félix de Lequerica, a pesar de virulentas protestas de Washington y Londres. Condenado a muerte en Francia en 1946, Guilbaud llega a Argentina el 13 de mayo de 1947 en el avión de Iberia EC-DAQ, desde Madrid, bajo el expediente 238883/48. En Argentina es cercano colaborador financiero de Perón.

Ingrand, Jean-Pierre: Agente del ministro del interior de Vichy ante las autoridades alemanas en París durante la ocupación. Participa en la creación de la Section Speciale de París. Arrestado en 1945, luego liberado por testimonios a su favor, se lo vuelve a arrestar en 1947 al descubrirse documentación alemana incriminatoria. Se escapa a Argentina, llegando el 13 de abril de 1948 a bordo del Juan de Garay, portando pasaporte francés 93825, embarcado en Lisboa. Es absuelto en Francia en noviembre del mismo año. Fue presidente de la Alianza Francesa en Argentina hasta su muerte en 1992.

Janieres, Henri: Director durante la ocupación del periódico colaboracionista Notre Combat. Llega a Argentina en 1947, con un pedido de «Libre Desembarco» gestionado por Daye. En Argentina es editor de la edición sudamericana de Paroles Francaises, que recibe un aporte mensual de la Subsecretaría de Información de la Presidencia de cuatro mil pesos, asignados a la agencia de publicidad Arciba de Guilbaud. En la década de 1970 es corresponsal en Buenos Aires de Le Monde. Regresa a Francia con las amnistías dictadas en esa década.

Le Vigan, Robert: Nombre artístico de Robert Charles Alexandre Coquillaud, actor y denunciante de los medios artísticos ante la Gestapo. Acepta hacer propaganda colaboracionista y participar en emisiones de tono antisemita en Radio París. Condenado por su colaboración con los nazis. Liberado en 1948, viaja a España primero y llega a Argentina en 1949.

Lèbre, Henri: Condenado a muerte. Traductor al francés en 1938 de Ma Doctrine, un libro combinando partes de Mein Kampf y algunos discursos de Hitler. Colaborador de la revista antisemita Je Suis Partout, director de la publicación colaboracionista Cri du Peuple, miembro de la Association des Journalistes Antijuifs. Huye de la liberación de Francia en 1944. Escapa primero a Alemania y luego a Argentina en 1947.

Lesca, Charles: Nacido en Buenos Aires como Carlos Hipólito Lesca Saralegui, hijo de un inmigrante vasco francés que hace cuantiosa fortuna en Argentina en el negocio de la carne. En 1936 este heredero, quien se define como «un fascista auténtico pero calmo», compra la publicación Je Suis Partout, desde la

cual difunde su prédica pro alemana y antisemita. Con la liberación de Francia huye primero a Berlín, luego a Madrid, desde donde organiza la primera ruta de escape para espías nazis a Argentina. El 10 de septiembre de 1946, embarca en el Cabo Buena Esperanza en Barcelona con destino a Buenos Aires, como ciudadano argentino, profesión «estanciero». En el mismo barco viaja una serie de franceses protegidos por el cardenal Caggiano, incluyendo el SS francés Robert Pincemin. Lesca es obligado a descender en Montevideo por un pedido de arresto del gobierno francés. Sin embargo logra llegar a Buenos Aires poco después y comienza a trabajar con Pierre Daye para el rescate de camaradas en Europa. Condenado a muerte in absentia por una corte en París en 1947. Muere en Buenos Aires en 1948.

Maret, Jocelyn Francois: Subdirector de la penitenciaría de París durante la ocupación alemana. Maret escapa a Buenos Aires y se establece en la localidad de San Isidro. En 1948 Francia solicita su extradición por el asesinato en 1944 de Jean Zay, ministro de educación y bellas artes en 1936-39. En una reunión de Daye con sus camaradas el 25 de septiembre de 1948 se estudia cómo proceder ante la noticia. Se decide que el Monseñor Ferenc Luttor de Hungría interceda privadamente ante el Ministerio de Relaciones Exteriores. Daye, por su parte, afirma: «Je verrai a la presidence».

Mordrel, Olier: Jefe del partido nacionalista bretón, condenado a muerte en 1946. Habría llegado a Argentina alrededor de junio de 1948. Ya había sido sentenciado por actividades separatistas en 1940 antes de la invasión alemana.

Pincemin, Robert: Jefe de la Milice en Ariège, condenado a muerte por contumacia. Waffen SS, custodia el castillo de Sigmaringen donde se recluye el mariscal Petain en 1944. Otras fuentes, quizás fantasiosas, lo colocan defendiendo el bunker de Hitler en los últimos días de la guerra. Arriba a Buenos Aires el 2 de octubre de 1946, a bordo del Cabo Buena Esperanza, portando el pasaporte de la Cruz Roja 20680, sin expediente y careciendo de la documentación necesaria, procedente de Barcelona, para residir en la calle Alsina 824 (la iglesia de los Padres Bayoneses). Llega por «especial recomendación» del cardenal Caggiano ante la embajada argentina en Roma, donde el cónsul Emilio Bertolotto agiliza los trámites. En el mismo barco viajan otros franceses recomendados por Caggiano portando pasaportes con numeración consecutiva expedidos por la Cruz Roja de Roma, además del criminal franco-argentino Charles Lesca. Obtiene la ciudadanía argentina en 1951.

Queyrat, Henri: Waffen SS. Condenado a muerte. Arriba a Argentina el 2 de junio de 1948, a bordo del Monte Ayala, profesión «periodista», procedente de Bilbao. En Argentina trabaja para France Presse, para la Cámara de Comercio Franco-Argentina y publica libros para la Librería Hachette.

Remy, Maurice Francois: Participa en películas de propaganda y emisiones radiofónicas pro nazis y antisemitas, particularmente en Radio París, junto a actores franceses tales como Le Vigan. Llega a Argentina el 15 de abril de 1948 a bordo del Philippa, profesión «técnico cine radio», embarcado en Génova, último

domicilio «Roma». En Buenos Aires, halla empleo en la Dirección de Radiodifusión, Ministerio de Comunicaciones.

Ricord, Auguste Joseph: Informante de la policía nazi en Marsella, se dice que al terminar la guerra escapa hacia España con tres colaboradores (Jules Henard, Henri Thiriet y Jacques Herbert) portando una fortuna en barras de oro y joyas expoliadas por la Gestapo de la rue Lauriston a judíos franceses. Con el alias de Lucien Dargels llega a Buenos Aires el 8 de diciembre de 1947, a bordo del Argentina Star, embarcado en Río de Janeiro, para residir en el City Hotel. Se le otorga la radicación definitiva por el expediente 165884/48 y en 1954 rectifica su nombre a Augusto José Ricord. Es arrestado en 1972 en Paraguay en relación con el tráfico de heroína a Estados Unidos a través de «La Conexión Francesa». Ricord habría empleado el tesoro de la rue Lauriston en esta empresa ilegal. Cumple 10 años de prisión en Estados Unidos y muere en Paraguay en 1983.

Sabiani, Simon: Condenado a muerte. Jefe del PPF en Marseille. Con la liberación de Francia huye a Alemania, luego a Italia, y finalmente a Argentina.

Surville, Eric Marquis de: Subsecretario de estado en el gobierno de Pétain. Escapa a Roma. Francia habría pedido su extradición a Italia. Llega a Argentina el 12 de julio de 1947 como Eric De Penency de Sourville, con el pasaporte 18616, desde Génova, en un barco con ex funcionarios de la Croacia de Pavelic.

Vaugelas, Jean de: Jefe de la Milice en Marseille. En agosto de 1944 lidera un convoy de franceses que escapan a Alemania del avance aliado sobre Francia. SS-Sturmbannführer de la «33. Waffen-Grenadier-Division der SS Charlemagne», pelea en Pomerania contra los soviéticos en los últimos días de la guerra. Capturado por los soviéticos, se escapa de un tren que lo llevaba repatriado a Francia, obtiene un pasaporte de la Cruz Roja y llega a Argentina en 1948. Funda una bodega en Mendoza con el SS Fayard. Muere en un accidente de auto en 1954, algunos creen que ajusticiado por el servicio secreto francés.

Villette, Pierre de: Habría llegado en 1947 bajo el alias de Pablo Vallée con la ayuda de Pierre Daye. Condenado a muerte por contumacia el 5 de mayo 1947. Cofundador de Je suis partout.

NORUEGA

AQUÍ se incluyen ocho casos de noruegos llegados a Argentina que escapan de la justicia en intrépidos viajes a través del Atlántico en dos pequeñas embarcaciones.

Embarcación Solbris: Esta pequeña embarcación llega alrededor de julio 1948, trayendo a Alfred Christian Cook, Olaf Haavardsholm, Arne Hafstad, el SS Sofus Kahrs, S. Magdalon y Roald Astrup Nielsen, un alto funcionario durante la ocupación. Son guiados en la travesía por Theodor Landmark, un oficial de marina durante la ocupación. En el archivo de Migraciones no se pudieron localizar las fichas correspondientes a este arribo por tratarse de un desembarco probablemente

clandestino.

Yate Balandra Nord: Llega el 3 de febrero de 1949, trayendo al médico Arne Høygard, acusado de aplicar teorías raciales nazis, y al diplomático Finn Støren, quién habría sido embajador noruego en Berlín. En el archivo de Migraciones se pudo encontrar el registro solamente de Støren, quien entró bajo el expediente 260864/49.

CHECOSLOVAQUIA

SOLAMENTE se han podido identificar cuatro criminales checoslovacos como arribados a Argentina en la posguerra. Armar una lista completa que seguramente sería más extensa escapa a las posibilidades de esta investigación.

Durcansky, Ferdinand: Ingresó como Mandor Wilcsek el 11 de agosto de 1947 a bordo del Maria C, profesión «agriculo» (sic), procedente de Génova, bajo el expediente 105436/47. Sentenciado a muerte en Checoslovaquia por su rol en la matanza de decenas de miles de judíos como ministro del interior y de relaciones exteriores. Argentina deniega su extradición.

Durcansky, Jan: Responsable de homicidio en masa. Ingresó al país junto a su hermano Ferdinand Durcansky. Bajo el alias de Giovanni Dubrawka, llega el 11 de agosto de 1947 a bordo del Maria C, con certificado de identidad N° 23, profesión «agriculo» (sic), procedente de Génova, bajo el expediente 105171/47. Argentina rechaza su pedido de extradición. Trabaja en Migraciones asistiendo a otros criminales a obtener el ingreso a Argentina.

Hora, Vojtech: Ingresó el 6 de marzo de 1949 a bordo del General Stuart Heintzleman, profesión «mecánico», procedente de Bremerhaven, hospedándose en el Hotel de Inmigrantes. Checoslovaquia en 1960 solicita sin éxito su extradición por homicidio en masa diciendo que su nombre original habría sido Elek.

Pekar, Jan: Ingresó el 15 de febrero de 1949 a bordo del General Langfitt, con un pasaporte IRO, procedente de Génova, bajo el expediente 127198/48. En 1958 Checoslovaquia solicita sin éxito su extradición por homicidio en masa.

RUMANIA

EL DIPLOMÁTICO Radu Ghenea fue el principal agente que solicitó permisos de entrada para los que huían de la justicia en Rumania. Esta investigación encontró los números de al menos 10 expedientes del Comité Rumano de Auxilio a los Inmigrantes, iniciados a veces directamente por Presidencia de la Nación. Aunque el número total debe haber sido muchas veces mayor, aquí se detallan cuatro casos de rumanos con responsabilidades relevantes durante la Segunda Guerra que se trasladaron a Argentina tras la contienda.

Ciuntu, Chirila: SS Rumano. Llega el 7 de diciembre de 1948 a bordo del

Groix, desde Havre, con el pasaporte 80527, profesión «obrero», bajo el expediente 193135/48.

Lefter, Mile: Alto oficial Legionario. Llega el 19 de septiembre de 1949 en el buque Florida, procedente de Génova, profesión «agricultor».

Misa, Petre: Sin datos en el archivo de Migraciones.

Popinciuc, Mardarie: Llega el 21 de marzo de 1950 en el Florida, profesión «electricista», proveniente de Génova.

HUNGRÍA

SE DETALLAN a continuación los tres casos de criminales húngaros que se pudieron comprobar como escapados a Argentina.

Kepiro, Sandor: Capitán de gendarmería, participa en el asesinato de 1.246 ciudadanos, principalmente judíos, en Novi Sad, Serbia, en un operativo que abarca tres días de enero de 1942, arrojando los cuerpos a las heladas aguas del Danubio, ametrallando el hielo para abrir grietas por donde hundirlos. En uno de los raros casos de justicia durante el transcurso mismo de la guerra, Kepiro es condenado a 10 años de prisión por el gobierno fascista en Hungría en enero de 1944, pero la sentencia es desechada por los nazis tras su invasión del país en marzo. Kepiro luego escapa a Austria. Estando allí vuelve a ser enjuiciado en Hungría, esta vez in absentia en 1946, y se lo condena a 14 años. Entonces huye a Buenos Aires en 1948, no pudiéndose identificar su ficha de ingreso en Migraciones. Vuelve a Hungría en 1996 donde el expediente de su condena en 1946 ha literalmente desaparecido. En 2006, el Centro Wiesenthal solicita sin éxito al gobierno húngaro que vuelva a ser enjuiciado.

Marton, Hommonay: Acusado de liderar un escuadrón de la muerte en Hungría. Campeón de water polo en las Olimpiadas de Berlín 1936. Hungría solicita sin éxito su extradición al gobierno argentino. No se pudo ubicar su ficha de ingreso en Migraciones.

von Habsburg, Albrecht: Pretendiente al trono de Hungría con amplio apoyo durante el régimen del Almirante Horthy. Vinculado al partido pro nazi Flecha Cruz. Ayuda a los 14 enjuiciados de la masacre de Novi Sad, entre ellos dos generales, a escapar a Alemania a principios de 1944. Solicitado por Hungría y buscado por los aliados como criminal de guerra, llega a Argentina alrededor de mayo de 1947, de acuerdo a documentación norteamericana. Habría empleado el alias de «Conde Sirina» durante su fuga. Muere en Argentina en 1955. No se logra encontrar la ficha de ingreso en Migraciones.

HOLANDA

SE CONOCEN tan solo tres casos de criminales holandeses fugados a Argentina.

Kipp de Wit van der Hoop, Abraham: Oficial SS en Holanda, condenado a cadena perpetua por 22 asesinatos, escapa a Argentina a través de España. Los registros de Migraciones muestran que ingresa el 6 de enero de 1949 a bordo del Monte Udala, con el pasaporte 732/48, profesión «gerente», procedente de Bilbao, para establecerse en Bariloche, bajo el expediente 160690/48. En 1988 y 1991 el gobierno holandés solicita su extradición sin éxito.

Olij Hottentot, Jan: Miembro de las Waffen SS, participa en matanzas de judíos en Rusia y luego actúa como miembro de la policía de ocupación en Holanda. Habría llegado a Argentina el 20 de mayo de 1949. Holanda solicita su extradición en 1988 pero ésta le fue denegada.

Sassen, Willem: Miembro de las SS y propagandista nazi en Holanda. Enviado a prisión por colaboracionista junto con su padre, se escapa a Irlanda, desde donde aborda el pequeño barco *Adelaar* hacia Argentina en una valiente travesía del Atlántico junto con los belgas Willem Smekens y Achille Hollants. Sassen ingresa al país como Jacobus Janssen, el 5 de noviembre de 1948, bajo el expediente 186912/48. En el *Adelaar* llega también el oficial SS alemán Klaus Fabiny, de responsabilidad indeterminada, quien desembarca como motorista de la embarcación, quedando así sin registrar su ingreso a Argentina.

DINAMARCA

Vaernet, Carl Peter: Conocido como «el Mengele danés», este médico se une a las SS y logra el apoyo de Himmler para experimentar su «cura» para la homosexualidad con internos del campo de Buchenwald. Arrestado en Dinamarca tras la derrota alemana como criminal de guerra, intenta vender su «glándula artificial» a importantes compañías farmacéuticas internacionales desde la prisión. Logra escapar a Suecia, luego Holanda, y desembarca en Brasil en fecha desconocida. Llega a Argentina el 17 de marzo de 1947 en tren del Paraguay, bajo el expediente 28400/47. Es contratado por el Ministerio de Salud «adscripto a las órdenes directas del señor ministro» Ramón Carrillo, como reza su carta de ciudadanía del 1949. Muere en Argentina en 1965.

ITALIA

EN ARGENTINA se establecieron una gran cantidad de italianos asociados al régimen fascista, incluyendo un hijo de Mussolini, Vittorio. Sin embargo, escapa a las posibilidades de este libro investigar en profundidad la llegada de personalidades y posibles criminales de la Italia fascista, bastando de muestra un reciente caso que llamó la atención de la prensa.

Caneva, Bruno: Fascista italiano, instructor de esquí de Perón en Italia en 1939-41. En 1944, Caneva se pliega a la retirada de las tropas alemanas que huyen

de Italia. Tras la guerra, se establece en Alemania como profesor de esquí. En 1947 es sentenciado in absentia a 30 años por el asesinato del partisano Rodino Fontan. Su hermano Adelmo, mientras tanto, es sentenciado a siete años por colaboracionismo y enviado a prisión. Prontamente beneficiado por una amnistía general pero sufriendo represalias y agresiones civiles por su actuación durante la guerra, Adelmo desembarca del Mendoza el 15 de julio de 1947 en Buenos Aires, profesión «agricultor», procedente de Génova. Bruno habría llegado a las pocas semanas a bordo del Ravella, también procedente de Génova, probablemente bajo un alias, ya que no logró ubicarse su ficha de ingreso en Migraciones. Perón, a través de una persona conocida, ayuda a Bruno Caneva establecerse. Ambos hermanos radican finalmente en Mendoza. En 1996, Bruno Caneva llega a los titulares de prensa al ser investigado por un tribunal en Padova por la masacre nazi de 82 civiles en Pedescala el 30 de abril de 1945. Finalmente, la investigación se cierra frente al tiempo transcurrido y la falta de pruebas. Ambos hermanos protestan su inocencia. «Estuvimos peleando para Mussolini contra los comunistas», dice Adelmo a la prensa. Bruno Caneva muere en Mendoza en 2003.

NOTA FINAL

TRAS largos años de espera, el Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra ha finalmente abierto sus archivos por completo a los investigadores. De particular importancia para esta investigación resultan los formularios allí custodiados de los pasaportes solicitados por los criminales en fuga. En el año 2000 la Cruz Roja, a pedido de este autor, liberó solo ocho de aquellos formularios, mientras negaba el acceso a tantos otros más. Ahora sin embargo es posible consultar estos archivos sin aquellas restricciones. El panorama que arroja su consulta es devastador, particularmente en lo que refiere al papel del Vaticano como facilitador de estos documentos. Ahora queda confirmado que una gran cantidad de pasaportes fueron otorgados por recomendación de la Pontificia Comisión para la Asistencia (PCA) con misivas firmadas en papel membretado bajo el sello papal. Entre los criminales que lograron una recomendación de la PCA para viajar a la Argentina figuran los criminales SS Erich Priebke, Eduard Roschmann, Gerhard Bohne, Josef Schammburger y Sepp Vötterl, así como los criminales ustasa Ivo Heinrich, Eugen Kvaternik e Ivan Frkovic. Otros temibles SS que terminaron en Brasil tales como el comandante de Treblinka Franz Stangl y el comandante de Sobibor Gustav Wagner lograron asimismo recomendaciones de la PCA a la Cruz Roja.

AGRADECIMIENTOS

DEDIQUÉ más de seis años a la edición original de este libro en 2002, durante los cuales tuve la extraordinaria fortuna de recibir ayuda y consejo de muchísimas personas. Quisiera dar las gracias especialmente a los académicos Ronald Newton, de Canadá, y Holger Meding, de Alemania; pero sobre todo a Beatriz Gurevich, compiladora del Proyecto Testimonio, la innovadora investigación sobre el acercamiento de Argentina con los nazis publicada por la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas del país (DAIA) en 1998. Desde el primer momento Gurevich me indicó las principales fuentes documentales, y tuvo la amabilidad de compartir conmigo una gran cantidad de material hasta entonces ignorado. Asimismo, he contraído una deuda realmente especial con Christel Converse, que fue la persona responsable de la investigación documental en los Archivos Nacionales estadounidenses de Maryland. En Bélgica, debo dar las gracias a Dirk Martin, del CEGES (Centre d'Études et de Documentation Guerre et Sociétés Contemporaines), donde se hallan archivados los papeles esenciales de Pierre Daye, por su amable ayuda, así como a Jean-Pierre Lesigne por su autorización para citar las cartas y memorias de Daye.

Aunque este libro se basa principalmente en fuentes documentales, durante la investigación se realizaron alrededor de 200 entrevistas. Doy las gracias a todos aquellos que compartieron conmigo sus recuerdos. También hubo muchas personas que se negaron a ser entrevistadas; el caso más notable es el del antiguo jefe de la División de Informaciones de Perón, Rodolfo Freude. Por su ayuda en la traducción de documentos del alemán quisiera dar las gracias a mi padre, el embajador Santos Goñi y a mi querida amiga Verena von Schoenfeldt. También quisiera extender mi agradecimiento a los redactores de noticias internacionales del Sunday Times y del Guardian, que hicieron sitio en sus páginas a los artículos que escribí basándome en algunos de mis primeros descubrimientos. Tengo además una deuda especial con George Russell, de la revista Time, que tuvo fe en este libro desde el primer momento y publicó una noticia de portada basada en su predecesor en castellano, *Perón y los alemanes*, a pesar de que ello comportó una incómoda visita de un embajador argentino en Nueva York con una carta de protesta. Vaya también mi especial gratitud a Sara Holloway, de Granta Londres, que hizo legible el manuscrito original de la primera edición en el Reino Unido. También a Lexy Bloom, de Granta Nueva York, quien editó el capítulo adicional sobre el Vaticano para la versión norteamericana del libro, que aquí se incluye, así como a Paidós en España por llevar este trabajo al castellano. Y por supuesto, este libro nunca habría visto la luz de no haber sido por Colm Tóibín, quien una medianoche de verano en Dublín me encaminó hacia Neil Belton y Hanover Yard.

A todos ellos: gracias.

Agradecimientos para la edición 2008

QUIERO agradecer a quienes se acercaron con nueva información que me ha permitido enriquecer mi propio conocimiento del tema y agregar novedades a esta reedición. Particularmente a Dirk Martin, director del CEGES-SOMA en Bruselas, por su ayuda con el listado de belgas; a Theo Burns, traductor al alemán y editor de este libro en Hamburgo por sus buenos consejos y amistad; a Stefano Mauri, director ejecutivo de Garzanti Libri y a toda la plana mayor de la editorial por su valiente defensa de este libro en los estrados de Milán ante la arremetida legal del «notorio criminal» SS Erich Priebke; a Oliviero Ponti di Pino, también de Garzanti, que acompañó cada momento; a Andrej Pozniè, editor de la traducción al esloveno; no soy entusiasta de los políticos ni los diplomáticos pero corresponde resaltar el papel de Néstor Kirchner, Anibal Fernández, Rafael Bielsa y Roberto García Moritán en la derogación (muy resistida puertas dentro en Cancillería) de la «Circular 11»; a Beatriz Gurevich una vez más por encontrar la única copia sobreviviente de la circular y reconocer la importancia del documento; a Diana Wang de Generaciones de la Shoá por la pasión que puso en concientizar sobre los efectos perversos de la circular; al periodista Sergio Kiernan que con su trabajo enriqueció y divulgó más ampliamente lo aquí contenido; al periodista Andrea Casazza de Il Secolo XIX que causó impresionante revuelo con sus notas en Génova en 2003; a Enrique Aschieri y Julián Lahoz de la Dirección Nacional de Migraciones que dieron vuelta el Hotel de Inmigrantes buscando expedientes de criminales; a Daniel J.F. Slemties, nieto del ingeniero de la Luftwaffe Kurt Gross cuya foto ilustra la tapa; a Graciela Nabel de Jinich de la Fundación Memoria del Holocausto por su generosidad permanente; a Henry Mayer y Anatol Steck del United States Holocaust Memorial Museum en Washington; a Samanta Casaretto, investigadora del USHMM en Argentina por compartir su conocimiento; a la investigadora alemana Regula Nigg por compartir su documentación, particularmente los documentos firmados por mi abuelo santos Goñi hallados por ella en Cancillería; a los muchos documentalistas y autores, demasiados para aquí nombrarlos, que me han incluido en sus trabajos; a los hijos y nietos de fugitivos huidos a Argentina que han compartido sus memorias, documentos y fotografías conmigo; a los sobrevivientes en Argentina de la persecución nazi, sus hijos y nietos, también por compartir memorias y documentos; gracias también a los que me olvido de nombrar; y «last but not least» a Alfredo Caputo de Paidós Argentina, entusiasta por naturaleza, quien me propuso ampliar esta reedición.

Así vale la pena.

Agradecimientos para la edición 2015

ESTA tercera edición de *La auténtica Odessa* en español ha contado con la muy valiosa colaboración de Bettina Stangneth, de Hamburgo, autora del magistral *Eichmann vor Jerusalem*, con la que finalmente juntos pudimos descrifrar el enigma de la llegada del general SS Ludolf von Alvensleben a la Argentina y su

participación en las sesiones Eichmann-Sassen. También agradezco a Gerald Steinacher, autor de *Nazis auf der Flucht*, con quien hemos comparado notas y cuyo trabajo ayudó a confirmar detalles del listado de criminales en este libro. Wolfgang Levy, quien enfrentó a mi abuelo Santos Goñi para conseguir una visa de entrada a la Argentina, compartió amablemente conmigo sus memorias de aquel episodio. A todos, gracias.

FUENTES DOCUMENTALES

Alemania

Auswärtiges Amt

Argentina

Archivo General de la Nación (AGN)

Archivo General del Poder Judicial de la Nación (AGPJN)

Banco Central (BCRA)

Biblioteca Nacional

Centro Wiesenthal (filial argentina)

Congreso: Archivos de la Cámara de Senadores

Congreso: Archivos de la Cámara de Diputados

Congreso: Biblioteca

Dirección Nacional de Migraciones (DNM)

Goyeneche, Juan Carlos, papeles privados (PPG)

Ministerio de Relaciones Exteriores (MRE)

Ministerio del Interior (MI)

Bélgica

Centre d'Études et de Documentation Guerre et Sociétés Contemporaines
(CEGES)

Musée de la Littérature

Chile

Archivos del Ejército

Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores

Dinamarca

Rigsarkivet

Estados Unidos

Biblioteca del Congreso

Central Intelligence Agency (CIA)

Foreign Affairs Oral History Program

National Archives and Records Administration (NARA):

RG 59: «State Department»

RG 84: «State Department Foreign Service Posts»

RG 131: «Office of Alien Property»

RG 153: «Office of the Judge Advocate General (Army)»

RG 169: «Foreign Economic Administration»

RG 226: «Office of Strategic Services (OSS)»

RG 238: «World War II War Crimes Records»

RG 242: «Foreign Records Seized»

RG 260: «US Occupation Headquarters»

RG 319: «Army Staff»

RG 407: «Adjutant General's Office»

RG 457: «National Security Agency»

Gran Bretaña

Public Records Office (PRO)

Italia

Santa Maria dell' Anima, Roma, archivo del obispo Hudal.

Suiza

Schweizerisches Bundesarchiv (BAR)

Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)

ABREVIATURAS

AGN: Archivo General de la Nación (Argentina).

AGPJN: Archivo General del Poder Judicial de la Nación (Argentina).

BAR: Schweizerisches Bundesarchiv, los Archivos Nacionales de Suiza.

BCRA: Banco Central de la República Argentina.

CEANA: Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades Nazis en la Argentina, la comisión histórica establecida por el gobierno argentino en 1997 para investigar los vínculos nazis en Argentina durante y después de la guerra.

CEGES: Centre d'Études et de Documentation Guerre et Sociétés Contemporaines, Bruselas; este archivo alberga documentos del período bélico relacionados con Bélgica, incluyendo los papeles de Pierre Daye.

CICR: Comité Internacional de la Cruz Roja.

CIE: La Comisión Independiente de Expertos de Suiza.

DAIA: Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas.

DAIE: Delegación Argentina de Inmigración en Europa, creada por el gobierno de Perón en el período de posguerra, con oficinas en Roma y Génova.

DI: División Informaciones, el servicio secreto presidencial creado por Perón en 1946 y dirigido por Rodolfo Freude.

DNM: Dirección Nacional de Migraciones, el departamento de inmigración de Argentina.

FPD: Fonds Pierre Daye, la colección de los papeles de Daye conservada en el CEGES.

GOU: Grupo de Oficiales Unidos, la logia secreta de coroneles, dirigida por Perón, que gobernó Argentina entre 1943 y 1946. Se cree que las iniciales significaban en realidad «Grupo de Orden y de Unidad».

HP: Hudal Papers, el archivo del obispo Hudal en Santa Maria dell' Anima, Roma.

MI: Archivos del Ministerio del Interior argentino.

ML: Musée de la Littérature, Bruselas; comparte con el CEGES la custodia de los papeles de Pierre Daye.

MRE: Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino.

NARA: National Archives and Records Administration, los Archivos Nacionales de Estados Unidos.

OSS: Office of Strategic Services («Oficina de Servicios Estratégicos»), el servicio secreto estadounidense precursor de la CIA.

PPG: Los papeles privados de Juan Carlos Goyeneche.

PRO: Public Records Office, los Archivos Nacionales de Gran Bretaña.

RG: Record Group, cada uno de los grupos de registros del NARA; así, por ejemplo, el RG 59 corresponde a los registros del Departamento de Estado.

RSHA: Reichssicherheitshauptamt, «Oficina Central de Seguridad del Reich», el Ministerio del Interior del Reich, un departamento de las SS de Heinrich

Himmler.

SD: Sicherheitsdienst, la División de Inteligencia Exterior de las SS, Oficina VI del departamento de inteligencia de la RSHA; éste se dividía en la Oficina III – Inland-SD, o Inteligencia Interior –, dirigida por el general de brigada de las SS Otto Ohlendorf, y la Oficina VI – Ausland-SD, o Inteligencia Exterior –, dirigida por el general de brigada de las SS Walter Schellenberg. El SD que veremos actuar en este libro es la Ausland-SD de Schellenberg, que operaba fuera de Alemania.

STP: Secretaría Técnica de Perón, un grupo de registros del Archivo General de Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

- Aharoni, Zvi y Wilhelm Dietl, *Operation Eichmann*, Londres, Arms and Armour, 1996.
- Amadeo, Mario, *Por una convivencia internacional*, Buenos Aires, Editorial de Autores, 1954.
- —, *Ayer, hoy, mañana*, Buenos Aires, Gure, 1956.
- Antonio, Jorge, *Y ahora qué*, Buenos Aires, Verum et Militia, 1982.
- Ara, Pedro, *Eva Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem*, Nueva York, Penguin, 1994 (trad. cast.: *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 1993).
- Arredondo, Jorge Alberto, *Perón: su protagonismo en la revolución de 1930*, Buenos Aires, Corregidor, 1998.
- Asís, Jorge, *Lesca, el fascista irreductible*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- Aunós, Eduardo, *Argentina, el imperio del sur*, Buenos Aires, La Facultad, 1944.
- Avni, Haim, *Argentina and the Jews: A History of Jewish Immigration*, University of Alabama Press, 1991 (trad. cast.: *Judíos en América*, Madrid, MAPFRE, 1992).
- Barnes, John, *Eva Perón*, Madrid, Ultramar, 1979.
- Beccar Varela, Cosme, Jr., *El nacionalismo, una incógnita en constante evolución*, Buenos Aires, TFP, 1970.
- Berger, Martín, *P-2: Historia de la logia masónica*, Buenos Aires, El Cid, 1983.
- Blousson, Silvestre H., *El caso Staudt*, Buenos Aires, 1946.
- Bolasell, Rafael, *Pablo Reid y Patricia Toni, La infiltración nazi en la Patagonia*, Centro Editor de America Latina, Buenos Aires, 1992.
- Borroni, Otelo y Roberto Vacca, *La vida de Eva Perón, tomo I*, Buenos Aires, Galerna, 1970.
- Bosca, Roberto, *La Iglesia Nacional Peronista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
- Bower, Tom, *Blind Eye to Murder*, Londres, André Deutsch, 1981.
- —, *Klaus Barbie: Butcher of Lyons*, Londres, Michael Joseph, 1984.
- —, *The Paperclip Conspiracy: The Hunt for Nazi Scientists*, Boston, Little Brown and Company, 1987.
- —, *Nazi Gold*, Nueva York, Harper Collins, 1997.
- Bowers, Claude G., *Chile Through Embassy Windows: 1939-1953*, Nueva York, Simon and Schuster, 1958.
- Braden, Spruille, *Diplomats and Demagogues: The Memoirs of Spruille*

- Braden, Arlington House, Nueva York, 1971.
- Bradford, Sax, *The Battle for Buenos Aires*, Nueva York, Harcourt Brace, 1943.
- Bruce, James, *Those Perplexing Argentines*, Nueva York, Longmans, Green, 1953.
- Buch, Esteban, *El pintor de la Suiza argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.
- Buchrucker, Cristian, *Nacionalismo y peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- Bullock, Alan, *Hitler: a Study in Tyranny*, Londres, Odhams, 1952 (trad. cast.: *Hitler*, 2 vols., Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1984).
- Butler, Hubert, *Escape from the Anthill*, Mullingar, Lilliput Press, 1986.
- Caggiano, Antonio y Julio Meinvielle, *Primera semana de estudios sociales de Rosario acerca del comunismo*, Rosario, Acción Católica, 1938.
- Caimari, Lila M., *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, Ariel, 1995.
- Camarasa, Jorge, *Odessa al Sur*, Buenos Aires, Planeta, 1995.
- —, *La enviada*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- Cantinflas, Argentino (Juan Pérez, Jr.), *Radiografías de una dictadura*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1946.
- Carretoni, Jorge C., *De Frondizi a Alfonsín*, Buenos Aires, Catálogos, 1998.
- CEANA, *First Progress Report*, Buenos Aires, MRE, 1998.
- —, *Second Progress Report*, Buenos Aires, MRE, 1998.
- —, *Third Progress Report*, Buenos Aires, MRE, 1998.
- —, *Final Report*, Buenos Aires, MRE, 1999.
- Chase, Allan, *Falange: Axis Secret Army in the Americas*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1943.
- Confalonieri, Orestes D., *Perón contra Perón*, Buenos Aires, Editorial Antygua, 1956.
- Conil Paz, Alberto y Gustavo Ferrari, *Política exterior Argentina, 1930-1962*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1971.
- Cornwell, John, *Hitler's Pope*, Nueva York, Viking, 1999 (trad. cast.: *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XII*, Barcelona, Planeta, 2000).
- Cox, David y Damian Nabot, *Perón, la otra muerte*, Buenos Aires, Ágora, 1997.
- Crespo, Jorge, *El Coronel*, Buenos Aires, Ayer y Hoy, 1998.
- Damonte Taborda, Raúl, *Ayer fue san Perón*, Buenos Aires, Gure, 1955.
- Darre, R. Walther, *Neuadel aus Blut und Boden*, Lehmanns Verlag, 1930 (trad. cast.: *Sangre y suelo*, Barcelona, Wottan, 1994).
- —, *Nordisches Blutserbe im Suddeutschen Bauerntum*, München, Verlag Bruckmann, 1938.
- Davidowicz, Lucy, *The War Against the Jews*, Nueva York, Bantam, 1975.

- Daye, Pierre, «Memoires», manuscrito inédito, Bruselas, CEGES.
- De Dios, Horacio, Kelly cuenta todo, Buenos Aires, Gente, 1984.
- De Estrada, José María, El legado del nacionalismo, Buenos Aires, Gure, 1956.
- De Hoyos, Ladislav, Barbie: la historia oculta, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1985.
- De Lezica, Manuel, Recuerdos de un nacionalista, Buenos Aires, Astral, 1968.
- Degrelle, León, Europa Vivirá, Buenos Aires, Avanzada, 1983.
- —, La historia de las SS europeas, Buenos Aires, Avanzada, 1983.
- —, Memorias de un fascista, Buenos Aires, M. A. C., 1994.
- Del Carril, Bonifacio, Memorias dispersas, el Coronel Perón, Buenos Aires, Emecé, 1984.
- Diaz, Claudio y Antonio Zucco, La ultra derecha argentina, Buenos Aires, Contrapunto, 1987.
- Dujovne Ortiz, Alicia, Eva Perón, la biografía, Buenos Aires, Aguilar, 1995.
- Eizenstat, Stuart E., U.S. and Allied Efforts to Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden by Germany During World War II, Washington, DC, Department of State, 1997.
- —, U.S. and Allied Wartime and Postwar Relations and Negotiations with Argentina, Portugal, Spain, Sweden, and Turkey on Looted Gold and German Paternal Assets and U.S. Concerns about the Fate of the Wartime Ustasha Treasure, Washington, DC, Department of State, 1998.
- Escobar, Adrián C., Ideas de gobierno y política activa, Buenos Aires, Gleizer, 1938.
- —, Diálogo íntimo con España, Buenos Aires, Club de Lectores, 1950.
- Esirella, Roberto, Tortura, Buenos Aires, Dos-Ve, 1956.
- Falcoff, Mark y Ronald H. Dolkart, Prologue to Perón: Argentina in Depression and War 1930-1943, Berkeley, University of California, 1975.
- Farago, Ladislav, The Game of the Foxes, Nueva York, David McKay, 1971.
- —, Aftermath: Martin Bormann and the Fourth Reich, Nueva York, Simon and Schuster, 1974.
- Farquharson, J. E., The Plough and the Swastika, Wayne, Landpost Press, 1992.
- Farrell, General Edelmiro J., Mensaje y memoria del tercer año de labor, Buenos Aires, 1946.
- Fernández Alvarino, Próspero Germán, Z-Argentina: el crimen del siglo, Buenos Aires, Lex, 1973.
- Fernández Artucio, Hugo, Nazis en el Uruguay, Buenos Aires, 1940.
- —, The Nazi Underground in South America, Farrar and Rinehart, Nueva York, 1942.

- Figuroa, Coronel Abelardo Martín, Promociones egresadas del Colegio Militar de la Nación 1873-1994, Buenos Aires, Ejército Argentino, 1996.
- Filippo, Virgilio, Los judíos, Buenos Aires, Tor, 1939.
- —, Habla el Padre Filippo, Buenos Aires, Tor, 1941.
- Foppa, Tito Livio, Servicio Exterior, Buenos Aires, Amigos del Libro Argentino, 1958.
- Forsyth, Frederick, The Odessa File, Nueva York, Viking, 1972 (trad. cast.: Odessa, Barcelona, Plaza y Janés, 2000).
- Franceschi, Monsignor Gustavo J., Totalitarismos: nacionalsocialismo y fascismo, Buenos Aires, Difusión, 1945.
- —, Totalitarismos: comunismo, Buenos Aires, Difusión, 1946.
- Frank, Gary, Struggle for Hegemony in South America, Miami, University of Miami, 1979.
- —, Juan Perón vs Spruille Braden, the Story Behind the Blue Book, Maryland, University Press of America, 1980.
- Freiwald, Aaron y Martin Mendelsohn, The Last Nazi: Josef Schwammberger and the Nazi Past, W. W. Norton and Company, Nueva York, 1994.
- Galland, Adolf, The First and the Last, Nueva York, Buccaneer, 1998 (trad. cast.: Los primeros y los últimos, Barcelona, Noguer y Caralt, 1974).
- Gambini, Hugo, El 17 de octubre, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- García Lupo, Rogelio, Paraguay de Stroessner, Buenos Aires, Ediciones B, 1989.
- Goldhagen, Daniel Jonah, Hitler's Willing Executioners, Vintage Books, Nueva York, 1996 (trad. cast.: Los verdugos voluntarios de Hitler, Madrid, Taurus, 1998).
- Goldman, Joe y Jorge Lanata, Cortinas de humo, Buenos Aires, Planeta, 1994.
- Goltz, Joshua, Memories of Heimat, tesis doctoral, St Antony's College, Oxford, 1998.
- Góñi, Santos, «Recuerdos de 30 años en el Servicio Exterior», manuscrito inédito, Buenos Aires, 1989.
- Góñi, Uki, *Perón y los alemanes: la verdad sobre el espionaje nazi y los fugitivos del Reich*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- González Iramaín, Héctor, Bajo la dictadura de junio, Buenos Aires, 1946.
- Goyeneche, Juan Carlos, Juan Carlos Goyeneche, ensayos, artículos, discursos, Buenos Aires, Dictio, 1976.
- Gray, Ronald, I Killed Martin Bormann, Nueva York, 1972.
- Greenup, Ruth y Leonard Greenup, Revolution before breakfast, Argentina 1941-1946, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1947.
- Grose, Peter, Gentleman Spy: The Life of Alien Duties, Houghton Mifflin

- Company, Nueva York, 1994.
- Guilbaud Degay, Georges, Frente al comunismo, Madrid.
- Gurevich, Beatriz y Carlos Escudé, El genocidio ante la historia y la naturaleza humana, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994.
- Gurevich, Beatriz y Paul Warzawski, Proyecto Testimonio, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- Harel, Isser, The House on Garibaldi Street, Nueva York, Viking, 1975 (trad. cast.: La casa de la calle Garibaldi, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1975).
- Herzstein, Robert Edwin, Waldheim, the Missing Years, Nueva York, Arbor House, 1988.
- Hilton, Stanley E., Hitler's Secret War in South America, Louisiana State University Press, 1981.
- Hoare, Samuel, Ambassador on a Special Mission, 1946 (trad. cast.: Embajador en misión especial, Madrid, Sedmay, 1977).
- Horowicz, Alejandro, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Hyspamerica, 1985.
- Hudal, Alois, Römische Tagebücher, Graz, Stocker, 1976.
- Hull, Cordell, The Memoirs of Cordell Hull, Nueva York, Macmillan, 1948.
- Hunt, Linda, Secret Agenda, Nueva York, St Martin's Press, 1991.
- Incisa di Camerana, Ludovico, L'Argentina, gli italiani, l'Italia, Milán, SPAI, 1998.
- Infield, Glenn B., Skorzeny, Hitler's Commando, Nueva York, Military Heritage Press, 1981.
- Jackisch, Carlota, El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina, Buenos Aires, Belgrano, 1989.
- Josephs, Ray, Argentine Diary, Nueva York, Book Find Club, 1944.
- Kahn, David, Hitler's Spies, Nueva York, Macmillan, 1978.
- Kelly, Sir David, The Ruling Few, Londres, Hollis and Carter, 1952.
- Kleinfeld, Gerald R. y Lewis A. Tambs, Hitler's Spanish Legion, Southern Illinois University, 1979 (trad. cast.: La división española de Hitler, Madrid, San Martín, 1983).
- Kristenssen, Jeff, Operation Patagonia: Hitler Murió en la Argentina, Buenos Aires, Lumière, 1987.
- Lagomarsino de Guardo, Lillian, Y ahora... hablo yo, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Lanús, Adolfo, Campo minado, Buenos Aires, 1942.
- Lasby, Clarence G., Project Paperclip, Nueva York, Atheneum, 1971.
- Laurence, Ricardo E., Operativo Graf Spee, Rosario, autor, 1996.

- Llambí, Benito, *Medio siglo de política y diplomacia*, Buenos Aires, Corregidor, 1997.
- Llorente, Elena y Marrino Rigacci, *El último nazi: Priebke*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Loftus, John y Mark Aarons, *The Secret War Against the Jews*, St Martin's Griffin, Nueva York, 1997.
- —, *Unholy Trinity*, St Martin's Griffin, Nueva York, 1998.
- Lonardi, Marta, *Mi padre y la Revolución del 55*, Buenos Aires, Cuenca del Plata, 1980.
- Lovin, Clifford R., R. Walther Darré, *Nazi Agricultural Policy, and Preparation for War*, Alberta, *Occasional Papers in German Studies*, 1995.
- Luca de Tena, Torcuato, Luis Calvo y Esteban Peicovich, *Yo, Juan Domingo Perón*, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1976.
- Lucero, Franklin, *El precio de la lealtad*, Buenos Aires, Propulsión, 1959.
- Luna, Félix, *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana, 1973.
- Lutge, Wilhelm, *Deutsche in Argentinien*, Buenos Aires, D. K. B. A., 1981.
- Magnet, Alejandro, *Nuestros vecinos justicialistas*, Santiago de Chile, Pacífico, 1953.
- Mahieu, Jacques de, *La Naturaleza del Hombre*, Buenos Aires, Arayú, 1955.
- —, *Diccionario de ciencia política*, Buenos Aires, Books International, 1966.
- —, *Fundamentos de biopolítica*, Centro Editor Argentine, Buenos Aires, 1968.
- Maler, Juan (Reinhard Kops), *Frieden, Krieg und «Frieden»*, Buenos Aires, autor, 1987.
- Manning, Paul, *Martin Bormann: Nazi in Exile*, Nueva Jersey, Lylye Stuart, 1981.
- Mariscotti, Mario, *El secreto atómico de Huemul*, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1985.
- Martínez, Tomás Eloy, *Las memorias del General*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- Meding, Holger, *Flucht vor Nürnberg?*, Colonia, Böhlau, 1992.
- Meinvielle, Julio, *El judío*, Buenos Aires, Antídoto, 1936.
- —, *Entre la Iglesia y el Reich*, Buenos Aires, Adsum, 1937.
- —, *Los tres pueblos bíblicos*, Buenos Aires, Adsum, 1937.
- —, *Concepción católica de la política*, Buenos Aires, *Cursos de Cultura Católica*, 1941.
- —, *El judío en el misterio de la historia*, Buenos Aires, *Theoría*, 1959.
- Mignone, Emilio, *Iglesia y dictadura*, Buenos Aires, *Pensamiento Nacional*, 1986.
- Milano, James, *Soldiers, Spies and the Rat Line*, Brasseys, 1996.
- Molinari, Aldo Luis, *Caso Duarte*, Buenos Aires, *Compañía Impresora*

Argentina, 1958.

Morandini, Norma, *El Harén*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Navarro, Marysa, *Evita*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

Newton, Ronald C., *The Nazi Menace in Argentina*, Leiand Stanford Junior University, Stanford, 1992 (trad. cast.: *El cuarto lado del triángulo: la amenaza nazi en la Argentina, 1931-1947*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995).

Orona, Juan V., *La logia militar que derrocó a Castillo*, Buenos Aires, 1966.

— —, *La dictadura de Perón*, Buenos Aires, 1970.

Oses, Enrique P., *Medios y fines del nacionalismo*, Sudestada, Buenos Aires, 1968.

Page, Joseph A., *Perón: a Biography*, Random House, Nueva York, 1983 (trad. cast.: *Perón: una biografía*, Buenos Aires, Grijalbo, 2000).

Pavon Pereyra, Enrique, *Diario secreto de Perón*, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1985.

— —, *Perón 1895-1942*, Buenos Aires, Espino, 1952.

Paz, Hipólito, *Memorias*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

Peicovich, Esteban, *Hola, Perón*, Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1965.

Peralta, Santiago M., *La talla militar en la Argentina*, Buenos Aires, 1922.

— —, *La acción del pueblo judío en la Argentina*, Buenos Aires, 1943.

— —, *Conceptos sobre inmigración*, Buenos Aires, 1946.

— —, *Influencia del pueblo árabe en la Argentina: apuntes sobre inmigración*, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1946.

— —, *Memorias de un conscripto*, Buenos Aires, 1946.

Perón, Juan, *Libro azul y blanco*, Buenos Aires, 1946.

— —, *Doctrina peronista*, Buenos Aires, Fidelius, 1947.

— —, *Perón por Perón, los más importantes discursos y mensajes, 1943-1973*, Buenos Aires, Kikiyon, 1972.

— —, *Apuntes de historia militar*, Buenos Aires, Reconstrucción, 1973.

— —, *La comunidad organizada*, Buenos Aires, Macacha Guemes, 1983.

— —, *Fundamentos de doctrina nacional justicialista*, Buenos Aires, ESCP, 1985.

Piñeiro, Elena, *La tradición nacionalista ante el peronismo*, Buenos Aires, A-Z, 1997.

Poder Ejecutivo, Libro negro de la segunda tiranía, Buenos Aires, Poder Ejecutivo, 1958, libro compilado por la rama ejecutiva del gobierno que destituyó a Perón.

Posner, Gerald y John Ware, *Mengele, the Complete Story*, McGraw-Hill, Nueva York, 1986.

Potash, Robert A., *The Army and Politics in Argentina 1928-1945*, Stanford, Stanford University Press, 1969 (trad. cast.: *El ejército y la política en la Argentina*,

- Buenos Aires, Hyspamérica, 1985).
- —, Perón y el GOU, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Rapoport, Mario, Aliados o neutrales, Buenos Aires, Eudeba, 1988.
- Reifchle, Hermann, Reichsbauernführer Darré, Berlín, Berlag und Bertriebs, 1933.
- Rein, Raanan, The Franco-Peron Alliance, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1993.
- —, Peronismo, populismo y política argentina: 1943-1955, Buenos Aires, Belgrano, 1998.
- Rennie, Ysabel F., The Argentine Republic, Macmillan, Nueva York, 1945.
- Rodríguez, Adolfo Enrique, Historia de la Policía Federal Argentina, tomo VII, 1916-1944, Buenos Aires, Editorial Policial, 1978.
- Rodríguez, Juan Carlos, El Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, el Servicio Exterior de la República Argentina, desorganización y graves irregularidades, Buenos Aires, 1944.
- Rodríguez Molas, Ricardo, Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina, Buenos Aires, Eudeba, col. «Textos Documentales», 1984.
- —, Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina, Eudeba, Buenos Aires, 1985.
- Rojnica, Ivo, Prikaz Povijesti Argentine I Doprinos Hrvata, Buenos Aires, Vlastita Naklada, 1974.
- Rom, Eugenio P., Así hablaba Juan Perón, Buenos Aires, A. Pena Lillo, 1980.
- Rosenstein, Perla, El nacionalismo de derecha en Argentina: bibliografía e indexación de fuentes, tomo I, Buenos Aires, Alberto Kleiner, 1988.
- Rouquié, Alain, Pouvoir militaire et société politique en République Argentine, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1978 (trad. cast.: Poder militar y sociedad política en la Argentina, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986).
- Rout, Leslie B., Jr., y John F. Bratzel, The Shadow War: German Espionage and United States Counterespionage in Latin America During World War II, Maryland, University Publications of America, 1986.
- Rudel, Hans-Ulrich, Aus Krieg und Frieden: Aus den Jahren 1945 und 1952, Göttingen, Plesee Verlag.
- —, Zwischen Deutschland und Argentinien, Göttingen, 1954.
- Ruiz Moreno, Isidoro J., La neutralidad argentina en la Segunda Guerra, Buenos Aires, Emecé, 1997.
- Ruiz-Guiñazu, Enrique, La política argentina y el futuro de América, Buenos Aires, Librería Huemul, 1944.
- Sábato, Ernesto, El otro rostro del peronismo: carta abierta a Mario Amadeo, Buenos Aires, 1956.
- Salinas, Juan, AMIA, el atentado, Buenos Aires, Planeta, 1997.

- Sammartino, Ernesto E., *La verdad sobre la situación argentina*, Montevideo, 1950.
- Sánchez Salazar, Gustavo, *Barbie, criminal hasta el fin*, Buenos Aires, Legasa, 1987.
- Sanchis Munoz, José R., *La Argentina y la II Guerra Mundial*, Buenos Aires, GEL, 1992.
- Santander, Silvano, *Nazismo en Argentina*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1945.
- –, *Técnica de una traición*, Montevideo, Tricromía, 1953.
- –, *El Gran Proceso*, Buenos Aires, Silva, 1961.
- Sayer, Ian y Douglas Botting, *Nazi Gold*, Londres, Granada, 1984.
- Scenna, Miguel Ángel, *Braden y Perón*, Buenos Aires, Korrigan, 1974.
- Schellenberg, Walter, *The Labyrinth*, Harper and Brothers, Nueva York, 1956.
- –, *Memoiren*, Colonia, Verlag für Politik und Wirtschaft, 1959.
- Sebrelli, Juan José, *Eva Perón, aventurera o militante*, Buenos Aires, La Pléyade, 1990.
- –, *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.
- Seiferheld, Alfredo M., *Nazismo y fascismo en el Paraguay, vísperas de la II Guerra Mundial 1936-1939*, Asunción, Editorial Histórica, 1985.
- –, *Nazismo y fascismo en el Paraguay, los años de la guerra 1939-1945*, Asunción, Editorial Histórica, 1986.
- Senkman, Leonardo, *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de America Latina, 1989.
- –, *La política inmigratoria argentina ante el Holocausto (1938-1945)*, Buenos Aires, 1989.
- –, *Argentina, la Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables 1933-1945*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- –, *El legado del autoritarismo*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995.
- Sereny, Gitta, *Into That Darkness*, Londres, Picador, 1977 (trad. cast.: *En aquellas tinieblas*, Madrid, Unión, 1978).
- Shirer, William L., *Berlin Diary*, Nueva York, Knopf, 1942.
- Silveyra de Oyuela, Eugenia, *Nacionalismo y neo-peronismo*, Buenos Aires, Cuadernos Republicanos, 1956.
- Simmons, Walter von, *Santander bajo la lupa*, Buenos Aires, Alumine, 1956.
- Simpson, Christopher, *Blowback*, Nueva York, Weidenfeld and Nicolson, 1988.
- –, *The Splendid Blond Beast*, Common Courage Press, Maine, 1995.
- Skorzeny, Otto, *Luchamos y perdimos*, Buenos Aires, Acervo, 1979.
- Snyder, Louis, *Encyclopedia of the Third Reich*, Nueva York, McGraw-Hill, 1976.

- Sommi, Luis V., *Los capitales alemanes en la Argentina*, Buenos Aires, Claridad, 1945.
- Spitzzy, Reinhard, *So entkamen wir den Alliierten*, München, Langen Müller, 1989.
- —, *How We Squandered the Reich*, Norwich, Michael Russel, 1997.
- Stevenson, William, *The Bormann Brotherhood*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1973 (trad. cast.: *La Hermandad Bormann*, Barcelona, Euros, 1974).
- Svoray, Taylor, *In Hitler's Shadow*, Constable and Co., 1995.
- Trevor-Roper, H. R., *The Last Days of Hitler*, Nueva York, Macmillan, 1947 (trad. cast.: *Los últimos días de Hitler*, Barcelona, Alba, 2000).
- Trifkovic, Srdja, «The Real Genocide in Yugoslavia», chroniclemagazine.org, 21 de abril de 2000.
- U. S. State Department, *Blue Book on Argentina*, Nueva York, Greenberg, 1946.
- Villegas, Osiris G., *Temas para leer y meditar*, Buenos Aires, Teoría, 1993.
- Von der Becke, Carlos, *Destrucción de una infamia*, Buenos Aires, 1956.
- Von Oven, Wilfred, *Quién era Goebbels*, Buenos Aires, Revisión, 1988. — —, *Ein «Nazi» in Argentinien*, Verlag Werner Symanek, 1993.
- West, Nigel, *Counterfeit Spies*, Londres, St Ermin's Press, 1998.
- White, Elizabeth B., *German Influence in the Argentine Army, 1900 to 1945*, Nueva York, Garland Publishing, 1991.
- Whiting, Charles, *Skorzeny: The Most Dangerous Man in Europe*, Pensilvania, Combined Publishing, 1998.
- Yallop, David, *In God's Name*, Jonathan Cape, 1984 (trad. cast.: *En nombre de Dios*, Barcelona, Planeta, 1989).
- Zanatta, Loris, *Del estado liberal a la nación católica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- —, *Perón y el mito de la nación católica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Ziegler, Jean, *The Swiss, the Gold and the Dead*, Nueva York, Harcourt Brace, 1998.

[1] *The Odessa File*, Frederick Forsyth, Viking, 1972, (trad. cast.: *Odessa*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998). *Odessa* está conformado por las iniciales de *Organisation der chemaligen SS-Angehörigen* (Organización de ex miembros de las SS).

[2] «La conexión Zurich», Rogelio García Lupo, *Clarín*, 22 de noviembre de 1998.

[3] A pesar de la evidencia, no faltan quienes todavía sostienen que Bormann murió realmente en Argentina en 1972 y que sus restos fueron trasladados a Berlín, enterrados en el lugar en el que se le vio por última vez con vida en mayo de 1945, para que fuese encontrado «por casualidad» por una brigada de obreros de la construcción en 1973, y luego sometido a las pruebas de ADN para certificar la versión oficial en 1998. Así, creen algunos, la coartada de Bormann sería perfecta.

[4] Carta de Duilia Fayó Teisaire a la madre del autor, de octubre de 1953. El nombre completo de Perón es Juan Domingo Perón.

[5] Para más información sobre los McCarthy y los Goñi, véase *Private Fates, Public Places*, Abigail McCarthy, Nueva York, 1972, Doubleday and Company.

[6] El anillo pretendía advertir a los motoristas en contra del uso abusivo de la bocina. Fue una idea de Oscar Ivanissevich, quien, en 1949, como ministro de Educación de Perón dirigió una dura campaña contra «el morboso ... perverso ... e infame arte abstracto». Este funcionario nacionalista, extremista y reaccionario, volvió a desempeñar la cartera de Educación tras el regreso de Perón al poder en los años 70. Véase, «Aquel perverso arte abstracto», por Ramiro de Casasbellas, *La Nación*, 1 de octubre de 1999.

[7] Para un detallado relato de los años del autor en el *Herald*, véase *Judas, el infiltrado*, Uki Goñi, Buenos Aires, 1996, Sudamericana.

[8] *Prisoner Without a Name, Cell Without a Number*, Jacobo Timerman, Nueva York, 1981.

[9] Bruce Chatwin, *Nicholas Shakespeare*, Londres, 1999, The Harvill Press.

[10] «Full Translation of Ribbentrop-Goyeneche Conversation», 7 de diciembre de 1942, NARA, RG 59, Caja 23. Véase también Uki Goñi, *Perón y los*

alemanes, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, cap. 3.

[11] Sobre el cambio en Argentina durante las décadas de 1930 y 1940, véase Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; y Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

[12] Goñi, *Perón y los alemanes*, cap. 3.

[13] Afidávit de Reinebeck, TC 21540, 4 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25. Goyeneche viajó a Europa en 1942 con dos acompañantes, el uruguayo Juan Alberto Bove Trabal y el argentino García Santillán. Bove Trabal regresó a Uruguay en 1943, y fue arrestado por actividades de espionaje nazi. Después de la guerra, García Santillán formó parte del equipo de rescate de nazis dirigido por Perón desde la Casa Rosada.

[14] Goñi, *Perón y los alemanes*, cap. 3. Sobre Perón en Roma, véase Enrique Pavón Pereyra, *Perón, 1895-1942*, Buenos Aires, Espiño, 1952. Carta de Goyeneche a Ruiz Guiñazú, PPG, 25 de enero de 1942.

[15] Interrogatorio de Thermann, del 27 de septiembre al 6 de noviembre de 1945, NARA, RG 59, Caja 26. Véase también telegrama «Top Secret» de Thermann a Ribbentrop, 5 de julio de 1941, *Documents on German Foreign Policy*, Serie D, vol. 13, documento 73.

[16] Para más detalles sobre estas propuestas de mediación, véase «Esfuerzos del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino para obtener la mediación de la Santa Sede para poner fin a la guerra», MRE, Guerra europea, 1942, Expediente 1, vol. IV; «Esfuerzos de las potencias neutrales para obtener la concertación de una paz europea», MRE, Guerra europea, 1939, Expediente 163; «Rumores concernientes a una posible presentación de propuestas de paz por parte del señor Hitler», MRE, Guerra europea, 1941, Expediente 329; y «Esfuerzos de paz con la intervención de la Santa Sede», MRE, Guerra europea, 1942, Expediente 460. El ministro rumano al que se alude en Madrid probablemente fuera Radu Ghenea, íntimo amigo de Goyeneche en dicha ciudad y posteriormente miembro del equipo de rescate de nazis dirigido por Perón desde Buenos Aires en la posguerra.

[17] Para un estudio detallado de las operaciones de la embajada argentina en Madrid, sus contactos nazis y sus envíos de armas nazis, véase Goñi, *Perón y los alemanes*, cap. 3.

[18] Goñi, *Perón y los alemanes*, cap. 3. Un delgado dossier que escapó a la

destrucción en el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino registra algunas de esas compras de armas nazis: MRE, Embajada argentina en España, Caja 31, Expediente 177. Por desgracia, este dossier sufrió una «limpieza» parcial antes de ser descubierto por el autor: las páginas de varias comunicaciones secretas de la Armada y el Ejército argentinos relacionadas con las compras de armas mencionadas en su índice se habían arrancado.

[19] Interrogatorio de Knochen, 21 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 24. Véase también el interrogatorio de Arnold, 20 de noviembre de 1946, NARA, RG 59, 862.20252/11-2246. Los argentinos solicitaron visados de Alemania y Francia para el viaje a París; véanse la serie de notas relacionadas, abril y mayo de 1942, MRE, Embajada argentina en España, Caja 26, Dossieres 143 y 145. Olivera fue embajador en Berlín desde junio de 1939 hasta finales de 1941, y más tarde fue trasladado a Vichy, donde sería el único diplomático acreditado de todo el hemisferio occidental. Respecto a la postura proalemana de Olivera, véase la comunicación de Weizsäcker a Ribbentrop, 10 de junio de 1940, DGFP, Serie D, vol. 9, Documento 412; y también la comunicación de Olivera a Buenos Aires, 5 de abril de 1941, MRE, Guerra europea, Expediente 161, vol. 6. Knochen fue condenado a muerte por Francia después de la guerra, pero más tarde la sentencia fue conmutada por veinte años de cárcel. En 1962 De Gaulle lo devolvió a Alemania, donde fue liberado; véase la entrevista a Knochen realizada por Lucien Steinberg, *Histoire Hors*, Serie 26, París, 1972.

[20] Telegramas codificados 973 y 654, MRE, Legajo Escobar. Véase también el telegrama solicitando visados italianos para Escobar y Goyeneche, 21 de julio de 1942, MRE, Embajada argentina en España, 1942, Caja 26, Expediente 143. Su viaje «estrictamente privado» a Roma apareció en la prensa argentina, *La Nación*, 13 y 14 de agosto de 1942. El cónsul López, que inicialmente había de acompañar a Goyeneche y Escobar a Roma, finalmente no fue.

[21] Afidávit de Schellenberg, TC-21364, 19 de diciembre de 1945; véase también su interrogatorio, 6 de febrero de 1946; ambos en NARA, RG 59, Caja 25.

[22] Telegrama de United Press publicado en *El Tiempo* de Bogotá, 19 de abril de 1943, MRE, Guerra europea, Expediente 1, vol. IV, pág. 8.

[23] Telegramas codificados 1272 y 1292, de Llobet a Ruiz Guiñazú, 6 y 10 de octubre de 1942, MRE, Guerra europea, 1942, Expediente 1, vol. IV, págs. 5 y 6.

[24] Sobre las repercusiones internacionales, véanse los recortes de prensa en MRE, Guerra europea, Expediente 1, vol. IV, págs. 11-15.

[25] NARA, RG 242, T-120, Rollo 347, Cuadros 259631-259748. Interrogatorio

de Paeffgen, 28 de diciembre de 1945, NARA, RG 260, 390/44/33/03-05, Caja 630.

[26] Afidávit de Reinebeck, TC 21540, 4 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25.

[27] Respecto a lo de «varias horas», véase el afidávit de Reinebeck, 24 de enero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25.

[28] «Full Translation of Ribbentrop-Goyeneche Conversation», 25 de agosto de 1945, NARA, RG 59, Caja 23. Para el texto alemán, véase «Unterredung des Herrn Reichsaussenministers mit dem Argentinier Juan Carlos Goyeneche am 30. November 1942 im Gut Westfalen», ADAP, Serie E, Band IV, Mr. 264.

[29] «Los nacionalistas como Goyeneche apoyaron de todas formas la creación del estado de Israel debido a que su fascismo era más fuerte que su antisemitismo, y estaban con la derecha y contra los palestinos», explicaba un pariente de Goyeneche al autor el 29 de diciembre de 1997. El ex director del Archivo General de Argentina afirmó que en la década de 1960 Goyeneche seguía hablando de «quemar los barrios judíos»; entrevista del autor con Eugenio Rom, 21 de noviembre de 1997. Otro entrevistado anónimo declaró que Goyeneche afirmaba que las imágenes de los campos de concentración habían sido falsificadas por la Metro-Goldwyn-Mayer.

[30] Carta de Goyeneche a Amadeo, 16 de marzo de 1943. Interrogatorio de Arnold, 20 de noviembre de 1946, NARA, RG 59, 862.2052/11-2246. Comunicación de Blancké a Spaeth, «Enclosing Affidavit of Hedwig Sommer», 4 de marzo de 1946, NARA, RG 84.

[31] Transcripción completa de la entrevista de Hoettl ante las cámaras para el documental de televisión *Secrets of War*, 1997, The Documedia Group.

[32] Entrevista del autor con Spitzzy, 8 de diciembre de 1998. Respecto al informe de Spitzzy, NARA, RG 242, T-175, Rollo 458, Cuadros 2975007-2975044. Spitzzy afirma que él redactó el informe, aunque se aparentó que el autor era Hohenlohe. Véase también Reinhard Spitzzy, *How We Squandered the Reich*, Norwich, Michael Russell, 1997. Y también el interrogatorio de Paeffgen, 29 de diciembre de 1945, pág. 28, NARA, RG 59, 250/48/30/07, Caja 24.

[33] Respecto a Becker, véase «The German Intelligence Services, List of German Agents Put Together by US Naval Intelligence Based on British Intelligence Reports», 10 de noviembre de 1944, copia donada por John Loftus al Proyecto Testimonio de Buenos Aires. Para consultar un informe detallado sobre las actividades de Becker en Argentina, véase Goñi, Perón y los alemanes.

[34] Afidávit de Reinebeck, 24 de enero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25. Respecto a Luti, véase Goñi, Perón y los alemanes, cap. 3. Véase también el interrogatorio de Paeffgen, 19 de octubre de 1945, NARA, RG 84.

[35] Afidávit de Reinebeck, 24 y 27 de enero y 4 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25.

[36] «Magic Summary» 324, 13 de febrero de 1943, NARA, RG 457.

[37] Comunicación de Blancké a Cummings, 17 de julio de 1945; y de Blancké a Spaeth, 18 de enero de 1946; ambas en NARA, RG 59, Caja 23. Según Blancké, los registros de las reuniones con Ribbentrop y Hitler «se hallaban entre los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores microfilmados y despachados desde Marburgo». No parece que Blancké abordara la cuestión de Goyeneche en su interrogatorio a Ribbentrop, que se mostró extremadamente evasivo con relación a Argentina; interrogatorio a Ribbentrop, 6 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25. En cuanto a la vigilancia a la que Perón sometió a Blancké durante la guerra, véase Coronel Perón, Libro azul y blanco, Buenos Aires, Azul y Blanco, 1946, pág. 39. Respecto a Blancké, véase el Registro Biográfico del Departamento de Estado, Washington; y también Charles Stuart Kennedy, del «Foreign Affairs Oral History Program» –que durante la década de 1950 fue destinado con Blancké en Alemania–, entrevista con el autor, 2 de junio de 1998.

[38] Afidávit de Reinebeck, TC 21540, 4 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25. Entrevista del autor en 1998 con Sylvina Walger, que conoció a Goyeneche en la década de 1960. Respecto a la Selva Negra, entrevistado anónimo, 15 de abril de 1999.

[39] Del extenso grupo de notas que Goyeneche redactó durante su estancia en París, PPG.

[40] Carta de Goyeneche a Schellenberg, PPG, 2 de enero de 1943.

[41] Afidávit de Schellenberg, TC-21364, 19 de diciembre de 1945; véase también su interrogatorio, 6 de febrero de 1946; ambos en NARA, RG 59, Caja 25. Carta de Goyeneche a Amadeo, PPG, 16 de marzo de 1943. Interrogatorio de Arnold, 20 de noviembre de 1946, adjunto al despacho 7813, 22 de noviembre de 1946, 862.20252/11-2246, NARA, RG 59.

[42] Carta de Goyeneche a Amadeo, PPG, 16 de marzo de 1943. Goyeneche mantenía también un contacto fluido con la embajada alemana en Madrid, que estaba ayudando a financiar varios de sus proyectos en Argentina, incluyendo la

compra con dinero nazi del influyente portavoz de la Iglesia Católica argentina El Pueblo; véase Goñi, Perón y los alemanes, cap. 3. Carta de Jiménez Ruiz a Dassonville, PPG, 2 de noviembre de 1942. Interrogatorio de Arnold, 20 de noviembre de 1946, NARA, RG 59, 862.20252/11-2246.

[43] Carta de Goyeneche a Amadeo, PPG, 19 de julio de 1943.

[44] Carta de Goyeneche a Amadeo, PPG, 19 de julio de 1943; carta de Goyeneche a Mussolini, PPG, 6 de abril de 1943.

[45] Carta de Mussolini a Castillo, 4 de junio de 1943, MRE, DP, Italia 1943, Caja 22.

[46] Interrogatorio de Schellenberg, 6 de febrero de 1946; affidavit de Schellenberg, TC 21364, 6 de febrero de 1946; y affidavit de Reinebeck, TC 21540, 4 de febrero de 1946; todos ellos en NARA, RG 59, Caja 25.

[47] Interrogatorio de Schellenberg, 6 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 23. El propio Perón afirmaba que en varias ocasiones había visitado Alemania, aunque no se ha encontrado ninguna prueba documental que respalde su afirmación. La inteligencia militar italiana sospechaba que Perón se hallaba en Europa en misión de espionaje e interceptaba su correspondencia; véase Ludovico Incisa di Camerana, *L'Argentina, gli Italiani, L'Italia*, pág. 519. Otra versión sostiene que durante la invasión de Francia Perón esperaba la llegada de tropas alemanas en Burdeos, donde compartió una habitación de hotel durante una semana con Manuel Aznar, quien en la posguerra sería embajador de España en Argentina. Esta versión le fue referida al periodista argentino Rogelio García Lupo por el secretario de prensa de Aznar, José Ignacio Ramos; entrevista del autor con García Lupo, 13 de octubre de 1998.

[48] Respecto a la estancia de González en Alemania, véanse los detalles biográficos que el propio González proporcionó al periódico argentino *La Nación* en los archivos de dicho periódico, carpeta «González». Uno de los biógrafos de Perón ha afirmado que éste visitó a González en Alemania; Pavón Pereyra, *Perón, 1895-1942, 1952*, pág. 204.

[49] 4. Véase el interrogatorio de Schellenberg, en dos partes y compuesto de 33 páginas, realizado por Blancké y Collins, 6 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25.

[50] Goñi, *Perón y los alemanes*, cap. 6.

[51] Ray Josephs, *Argentine Diary*, Nueva York, Book Find Club, 1944, pág.

65.

[52] Informe de Becker de la reunión con Ramírez para el SD en Berlín, 28 de junio de 1943, NARA, RG 242, T-120, Rollo 762, Cuadros 356225-356226.

[53] Para un informe detallado sobre las negociaciones entre el SD y el GOU, véase Goñi, Perón y los alemanes, cap. 6.

[54] Interrogatorio de Hellmuth realizado por los británicos, 28 de abril de 1944, NARA, RG 59, Caja 24. Véanse también los interrogatorios de Becker realizados por la Coordinación Federal argentina, mayo de 1945, Segundo Sumario, Dossier 7, AGPJN, Caja 793/45.

[55] «Activities of Ernesto Hoppe and Osmar Hellmuth», 1944, PRO, FO 371/37694B.

[56] Goñi, Perón y los alemanes, cap. 6.

[57] Entrevista del autor con Zaira Vélez, 6 de octubre de 1998.

[58] Goñi, Perón y los alemanes, cap. 8. También los muy detallados informes británicos sobre el arresto e interrogatorio de Hellmuth más recientemente desclasificados, The National Archives, KV2/12722, 12723, 12724.

[59] The National Archives, informe 5 febrero 1944, KV2/1723.

[60]

The National Archives, interrogatorio Hellmuth del 17 noviembre 1943, KV2/1722.

[61]

Entrevista con Oscar Contal, 13 agosto 1997. The National Archives, cable interceptado del 3 de mayo de 1944, PF.66044, KV2/1724. Para un informe más detallado sobre el caso Hellmuth y los arrestos de los espías nazis en Argentina, ver Goñi, Perón y los alemanes. A pesar de sus intentos en 1944 de sanear los interrogatorios, Perón no pudo evitar ser implicado en los posteriores interrogatorios de Becker y Hellmuth por la justicia en 1945.

[62]

Entrevista del autor con una «amiga de la familia» de Hellmuth anónima, 28 y 30 de agosto de 1997. Hellmuth murió en 1980.

[63]

Goñi, Perón y los alemanes, cap. 7.

[64] Félix Luna, El 45, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, pág. 55.

[65] Carta de Goyeneche a Amadeo, PPG, 10 de marzo de 1945. Tomás Eloy Martínez, *Las memorias del general*, Buenos Aires, Planeta, 1996, p. 183.

[66] Eugenio P. Rom, *Así hablaba Juan Perón*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1980, págs. 107-109.

[67] Protocolo de Wannsee, 20 de enero de 1942, reproducido en John Mendelsohn (comp.), *The Holocaust: Selected Documents in Eighteen Volumes*, vol. 11: *The Wannsee Protocol and a 1944 Report on Auschwitz by the Office of Strategic Services*, Nueva York, Garland, 1982, págs. 18-32.

[68] Para un estudio exhaustivo de la embajada alemana en Buenos Aires sobre la comunidad judía en Argentina, véase su informe de 27 páginas: «Die Judenfrage in Argentinien», 10 de enero de 1939, archivos capturados al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, Cuadro 411930 en adelante; véanse también Cuadros 411925 y 411927 para las estimaciones sobre la población judía y un estudio de la política de inmigración relativa a los judíos en varios otros estados sudamericanos.

[69] Para un análisis detallado y desapasionado de la simbiosis entre el Ejército y la Iglesia en Argentina, véase *Del estado liberal a la nación católica*, y *Perón y el mito de la nación católica*, ambas obras de Loris Zanatta.

[70] Julio Meinvielle, *Hacia la cristiandad*, Buenos Aires, Adsum, 1940.

[71] Julio Meinvielle, *El judío*, Buenos Aires, Antídoto, 1936. No todo el antisemitismo argentino era tan moderado; durante la guerra, varios periódicos rabiosamente antisemitas financiados por Berlín pedían la cabeza de los judíos argentinos.

[72] «Die Judenfrage in Argentinien», 10 de enero de 1939, NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, a partir de la imagen 411930.

[73] Probablemente la única copia que ha llegado hasta nosotros de la Circular 11, firmada de puño y letra por el ministro de Relaciones Exteriores, Cantilo, enviada al embajador argentino en Suecia, Ricardo Olivera, y fechada el 12 de julio de 1938, fue descubierta en los archivos de la embajada argentina en Estocolmo, en 1998, por la investigadora Beatriz Gurevich mientras formaba parte de la CEANA, la comisión oficial argentina encargada de estudiar el papel de Argentina como refugio de fugitivos nazis. Los descubrimientos de Gurevich no agradaron a la CEANA, y tras un período de gran acritud, la historiadora abandonó la comisión.

[74] Decreto 8972, 28 de julio de 1938, Boletín Oficial, 6 de agosto de 1938, pág. 10.118. Sobre el efecto y las repercusiones de las nuevas restricciones, véase Haim Avni, *Argentina and the Jews*, Universidad de Alabama, 1991, cap. 5. Respecto a la afirmación de Solano Lima sobre el «gueto», véase Cámara de Diputados, Diario de Sesiones, 9/10 de agosto de 1938.

[75] Carta del cónsul Gavazzo Buchardo a Ruiz Guiñazú, 19 de agosto de 1942, MRE, DCA-MCT, 1942, Expediente 240. Y también las instrucciones del Ministerio de Relaciones Exteriores a los consulados en Asunción, Barcelona, La Paz y Santiago, 27 de octubre de 1942. Véase asimismo Leonardo Senkman, *Argentina, la segunda guerra mundial y los refugiados indeseables*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991, págs. 275-278.

[76] «Circular N° 17», del Ministerio de Relaciones Exteriores al consejero Carlos A. Leguizamón en Suecia, 22 de agosto de 1938; y «Circular N° 29», de Cantilo a Miguens, 27 de noviembre de 1939; ambas en los archivos de la embajada argentina en Estocolmo. La «Circular N° 29» alude a otra circular sobre el mismo tema fechada el 25 de febrero de 1939, que aún no ha sido descubierta. Al igual que la «Circular N° 11», ninguna de esas nuevas órdenes menciona directamente a los judíos, refiriéndose a ellos, en cambio, como las personas «comprendidas en las situaciones previstas en la Circular 11» o las personas no consideradas «elementos adecuados».

[77] Eugenia Sacerdote de Lustig, 21 de febrero de 1999, entrevistada por el autor cuando, a sus ochenta y ocho años, seguía viajando cada día en autobús para continuar con su trabajo en una de las principales instituciones oncológicas de Argentina. Lustig falleció el 29 de noviembre del 2011 a la edad de 101 años.

[78] Para los detalles de la carrera diplomática de Santos Goñi, ver su Legajo, División de Personal, MRE. Mi abuelo, periodista en su juventud, conoció a Cantilo cuando éste era secretario de presidencia bajo el presidente Roque Saenz Peña. Luego trabajaron juntos durante varios años siendo Goñi cónsul y Cantilo el embajador ante Uruguay en 1932-34, y luego cuando Goñi fue cónsul en Génova y Cantilo su embajador en Italia en 1934-38. Cuando Cantilo volvió a Buenos Aires en febrero 1938 para ocupar el cargo de ministro de Relaciones Exteriores, Goñi lo siguió en agosto del mismo año para trabajar a su lado, lo que provocó la rivalidad de otros funcionarios celosos de su cercanía con Cantilo, finalmente la relación desmejoró debido a la enemistad de estos “nazis” cercanos a Cantilo con mi abuelo, entrevista con mi padre, Santos Goñi, 2 de abril 2002.

[79]

Mi abuelo murió en 1955, en Argentina, cinco años antes que yo llegara al país, por lo tanto los relatos sobre su carrera aquí incluídos derivan, además de cuentos de familia, de una larga serie de charlas en modo de entrevista que

mantuve con mi padre, también llamado Santos Goñi, entre 1996 y 2003, mientras yo trabajaba en este libro y su antecesor, Perón y los alemanes. Dado que mi padre cursó estudios de joven en Viena, hablaba un buen alemán y era un convencido antinazi, me ayudó traduciendo documentos alemanes durante esta investigación.

[80]

Entrevistas con Wolfgang Levy, 8 y 14 de septiembre, y 18 octubre 2011.

[81]

Telegrama de Goñi a Cantilo, 14/15 de septiembre 1939, MRE, DCA-1939, Expediente 203. Tanto el cruce con los guardias de tren y con contrabandistas de a pie sobrevivieron en el recuerdo de mi padre, que visitó a mi abuelo en La Paz en aquella época.

[82]

Carta de Goñi a Cantilo, 24 de abril 1940, MRE, Autoridades Nacionales, Expediente 21. Existe la posibilidad que este expediente pudiera interpretarse como que mi abuelo estuviera cobrando sobrepagos por permitir el ingreso de judíos, aunque sería poco probable que de tratarse de un soborno, el sobornante se presentara a denunciarlo y que el sobornado hiciera constar el sobrepago en el pasaporte del viajero. De cualquier manera, la carta de Goñi a Cantilo sigue siendo ilustrativa del pensamiento imperante en Relaciones Exteriores respecto al ingreso de judíos.

[83]

Entrevistas con Wolfgang Levy. Scan de su pasaporte con visa N° de orden 428, 16 de mayo 1940, con referencia a los Expedientes de Inmigración 88778/40 y 10771/40.

[84]

Los relatos de mi abuelo sobre los judíos que pasaban desde Bolivia se ven confirmados por diversos documentos que encontré en los sótanos del Ministerio del Interior, en Buenos Aires. Véase MI, 1944, Expediente R-858, incluyendo el Expediente de Obras Públicas R-9826. Véase la carta sobre el tema del gobernador de Jujuy, coronel Emilio Forcher, al ministro del Interior, almirante Alberto Teisaire, 13 de septiembre de 1944, donde se alude a una orden promulgada el 26 de junio por el jefe de la Policía Federal; asimismo, el informe de Ferrocarriles Argentinos a Pistarini, 6 de octubre de 1944. Pistarini tenía problemas para controlar su brazo derecho, especialmente durante un mitin nazi celebrado en el estadio Luna Park de Buenos Aires en 1937, y más tarde, hacia 1939, mientras estaba comprando armas en Berlín, cuando desobedeció la orden de Labougle de no levantar el brazo durante una gala a la que asistía Hitler; Malena y Delia Labougle, entrevista con el autor, 15 de abril de 1999.

[85] Malena y Delia Labougle, entrevista con el autor, 15 de abril de 1999; ambas conservan vívidos recuerdos de sus días en Berlín con su padre. La advertencia de Labougle respecto a la llegada de la pareja Eichhorn a Argentina se envió desde Chile, adonde había sido transferido desde Berlín. En 1997 se

conservaba todavía una copia de este cable en los sótanos del Ministerio del Interior argentino, en un estante situado a unos pocos pasos de una gigantesca trituradora de papel de color verde, Legajo R-2, Expediente 139. En años más recientes, documentos de aquellos sótanos fueron transferidos al Archivo General de la Nación, donde probablemente se encuentra el documento referido de Labougle ahora. Sobre el costo de una visa argentina para judíos en el consulado de Hamburgo, ver "The Beneficiaries of Aryanization: Hamburg as a Case Study," Frank Bajorh, Yad Vashem.

[86] Entrevista con Inge Wolffenstein de Schwarcz, 12 diciembre 2011. Lista de Pasajeros del buque Brasil Maru, 27 de octubre 1940.

[87] Entrevista con Margarita Ehlert, 19 octubre 2008. También ver el pedido de Ehlert por un pasaporte argentino para que su madre pudiera volver de Alemania con ella, MRE, Embajada Argentina en Estocolmo, Note Verbale, 2 marzo 1944, donde figura como "secrétaire à l'ancien consulat argentine à Berlin". Ver también DNM, Lista de Pasajeros, Cabo de Hornos, 17 junio 1945.

[88] FO 371/29210, 5 de agosto de 1941.

[89] Marcelo Fuhrmann, 1 de febrero de 2000, entrevista con el autor. En 1946, el hermano de Fuhrmann en Buenos Aires pudo obtenerle un "Permiso de Desembarco" mediante un soborno en la Dirección de Migraciones. Para las llegadas de judíos, véase DNM, Memorias 1938-1945, e Informes Estadísticos 1938-1945. Véase también Senkman, Argentina y los refugiados indeseables, cap. 4; y Avni, Argentina and the Jews, cap. 5. Durante 1944, el primer año en que la Dirección de Migraciones empezó a llevar un registro estadístico de la religión de los pasajeros de primera clase, catorce de ellos declararon ser judíos.

[90] «Extortion Practices of the Axis Authorities», 6 de febrero de 1943, NARA, RG 59/250/ 34/9/3, Caja Confidencial 5609.

[91] Kelly al Foreign Office, Carta 103, 19 de abril de 1943, PRO, FO 371/3670.

[92] XL23752, Military Intelligence Division, 12 de octubre de 1945, NARA, RG 226/190/4/ 19/3, Caja 324. MRE, Legajo Personal de Miguel Alfredo Molina.

[93] Varias fuentes diplomáticas independientes repitieron esta antigua acusación respecto a Cárcano, como así las hijas del entonces embajador en Berlín, Eduardo Labougle, entrevistadas por el autor el 15 de abril de 1999, que explicaron que la habían oído de labios de su padre y señalaron el contraste entre la actitud de éste y la de Cárcano en relación al asunto.

[94] Hubo otras organizaciones que vendían visados argentinos en Europa, incluyendo una supuestamente dirigida por un tal obispo Nafanaiz y su secretaria privada, Lubov Aleksandrova Krilatova, con sede en el número 15 de la Rue des Capucines de París. Al Ministerio de Relaciones Exteriores argentino le preocupaba que el obispo y su ayudante pudieran estar implicados en la infiltración de agentes soviéticos en Argentina; MRE, DP, Varios, 1958, Caja 58, Legajo 1, pág. 184.

[95] En Argentina se publicaron copias facsimilares de un grupo de documentos secretos del GOU, en el libro de Robert Potash, Perón y el GOU, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

[96] Entrevista del autor con David Hamwee, hermano del fallecido «Bob», 11 de noviembre de 1997. Los Hamwee provenían de una familia judía de Manchester. Durante la década de 1930 ayudaron a rescatar a 200 niños judíos alemanes, a los que se estableció en el Reino Unido. Véase también «One Man's Century», Buenos Aires Herald, 3 de enero de 1999. Entrevista con Abel Blau, 15 de julio de 1997.

[97] War Refugee Board, Caja 112 IV E20, sumario basado en la nota 14547, 21 de abril de 1944; citado en Avni, pág. 167. 24.

[98] Uno de los poquísimos artículos con detalles biográficos respecto a Peralta es el de Ricardo Rodríguez Molas, «Lo mejor dentro de la raza humana», Río Negro, 12 de agosto de 1997.

[99] Héctor Ciapuscio, durante mucho tiempo funcionario de Migraciones, y responsable de esta dirección a principios de la década de 1960, entrevista con el autor, 6 de junio y 23 de septiembre de 1997.

[100] Santiago M. Peralta, La acción del pueblo judío en la Argentina, Buenos Aires, 1943. Avni, Argentina and the Jews, cap. 6.

[101] Santiago M. Peralta, La acción del pueblo árabe en la Argentina, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1946, págs. 69, 296 y 307. La Tribuna, 21 de julio de 1946.

[102] Gobernantes, 9 y 20 de junio de 1946; véase también The New York Times, 16 de junio de 1946.

[103] Avni, págs. 180-181.

[104] Torcuato Luca de Tena, Luis Calvo y Esteban Peicovich, Yo, Juan Domingo Perón, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1986, págs. 88-91.

[105] DNM, Listas de Pasajeros, febrero de 1947, número 29, nota anexa a la lista del Campana. Avni, págs. 181-182. Para la cita de Perón respecto a los judíos, Luca de Tena y otros, Yo, Juan Domingo Perón, pág. 90. Para la Dirección de Migraciones y los permisos de desembarco, AGN, Sumario Diana, STP, Caja 547.

[106] Avni, págs. 182-183.

[107] Las estimaciones sobre las llegadas de judíos varían considerablemente: las cifras más modestas corresponden a las oficialmente documentadas en la Dirección de Migraciones, mientras que las más elevadas se basan en los grupos de ayuda y rescate de judíos. Avni, Argentina and the Jews; Senkman, Argentina y los refugiados indeseables; y Carlota Jackisch, El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina, Buenos Aires, Belgrano, 1989. El Departamento de Estado sitúa el número de judíos que llegaron a Argentina en 1933-1945 entre «25.000 y 45.000»; véase US and Allied Wartime and Postwar Relations and Negotiations with Argentina, Portugal, etc., Departamento de Estado, 1998.

[108] Afidávit de Otto Reinebeck, jefe de la Oficina Latinoamericana del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, 4 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25, TC-21540. Respecto al contrabando de materiales de guerra vitales, véase el «Informe Eizenstat» de junio de 1998, págs. 4-5.

[109] Avni, Argentina and the Jews, cap. 5.

[110] Sobre el informe secreto relativo a la política de Ribbentrop respecto a los judíos argentinos, véanse los archivos capturados al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, NARA, RG 242, T-120, Rollo 4352, Cuadro 211028; sobre las listas griegas y holandesas, ver Cuadros 211031 y 211034. 4. Avni, cap. 5.

[111] Avni, cap. 5. Irigoyen volvería como embajador en Alemania nombrado por Perón en 1951-56 y de vuelta nombredo por el presidente Illia en 1964-70.

[112] Sobre el informe de Thadden acerca de su reunión con Irigoyen, véase NARA, RG 242, T-120, Rollo 4352, Cuadro 211032.

[113] Auswärtiges Amt, Oficina Eichmann a Thadden, 24 de julio de 1943; Thadden, 29 de julio de 1943; Thadden a Oficina Eichmann, 30 de julio de 1943; Oficina Eichmann a Thadden referente a los Galler, 28 de diciembre; Thadden a la

embajada argentina referente a los Galler, 5 de enero de 1944.

[114] Interrogatorio de Karl Arnold, Berlín, N° 7813, 22 de noviembre de 1946, NARA, RG 59, 862.20252/11-2246. Véase también NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, Cuadro 411958. Comunicación de Luti a Buenos Aires, 2 de septiembre de 1943, N° 379, MRE, DP, Varios, 1943, Expediente 7. Respecto a la interceptación de los informes de Luti por los nazis, véase Rout y Bratzel, *The Shadow War*, Maryland, University Publications of America, 1986. Véanse también los afidávits de Reinebeck del 24 de enero y el 4 de febrero de 1946, ambos en NARA, RG 59, Caja 25. Luti se llevaba mal con sus agregados militares: véase el interrogatorio del funcionario del SD Theodor Paeffgen, 19 de octubre de 1945, NARA, RG 84.

[115] NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, Cuadros 411961, 411963 y 411965, comunicación del doctor Granow a Reinebeck, 12 de marzo de 1943. Avni, cap. 5.

[116] NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, Cuadros 411969, 411971 y otros. El departamento IV de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) era la Gestapo, el departamento IV-B4 correspondía a la oficina de Eichmann, y el departamento VI era la Ausland-SD, el servicio de inteligencia exterior de las SS.

[117] Respecto a la orden original de Kaltenbrunner, véase NARA, RG 226/190/4/16/4-5, Caja 178, Entry 19, XL 13164, «Betriff: Verfolgung der Juden». Véase también la orden de Eichmann NUE 7852, 27 de enero de 1944.

[118] Afidávit de Otto Reinebeck, 4 de febrero de 1946, NARA, RG 59, Caja 25.

[119] Archivos capturados al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, Cuadros 411974-411976 y 411991. Avni, págs. 164-167, donde cita a Yad Vashem, 039/153, testimonio de Rudolph Levy.

[120] Archivos capturados al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, Cuadros 411986-411987.

[121] Archivos capturados al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, Cuadro 411972, «Referat LR. v. Thadden», Berlín, 4 de marzo de 1944.

[122] Archivos capturados al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, NARA, RG 242, T-120, Rollo 2679, Cuadros 411991 y 411994.

[123] Para un análisis detallado sobre el origen de las extorsiones nazis a los judíos véase el Informe de la Comisión Independiente de Expertos de Suiza (CIE),

«Switzerland and the German Ransom Demands in Occupied Holland».

[124] Informe CIE.

[125] Informe CIE, cap. 3.

[126] Informe CIE, nota a pie de página 492. De los 40.000 que iban a ser deportados, 36.000 acabaron muriendo en Auschwitz. Unos 100.000 judíos fueron asesinados por los nazis en Holanda durante la guerra. Informe CIE, cap. 3. «Statements of Mrs. Mathilda Reich-Visser», 13 de marzo de 1943, NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13.

[127] Comunicación de Frielingsdorf a Weissman, La Haya, 21 de octubre de 1942, NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13. La nota se dirige a Hernn J. Weissman. Véase también el informe del cónsul general estadounidense, Walter H. Sholes, 2 de diciembre de 1942, que incluye una fotocopia de la nota de rescate.

[128] Informe CIE. Véase también la nota de la legación británica en Berna a la legación estadounidense, 4 de diciembre de 1942; y la de la embajada estadounidense en Londres al Secretario de Estado, número 6053, 29 de octubre de 1942; ambas en NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13. Asimismo, la comunicación de la embajada estadounidense en Londres al Secretario de Estado, 29 de octubre de 1942, NARA, RG 131, Caja 357.

[129] Consulado estadounidense en Basilea, «Some Aspects of the Presentday Visa Problem», 11 de diciembre de 1942, NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13. Memorando Kuhl, 28 de septiembre de 1942, NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13.

[130] Memorando de la legación estadounidense en Berna, 28 de septiembre de 1942; comunicación de Squire a Huddle, 1 de diciembre de 1942; comunicación de la legación británica a la legación estadounidense en Berna, 4 de diciembre de 1942; todos ellos en NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13. Véase también Informe CEI, cap. 5. Un informe posterior alega que el dinero finalmente pagado en Buenos Aires por los rescates de las familias Hirschler y Alexander fue de 600.000 pesos, y que en última instancia el dinero fue reembolsado cuando sus parientes en Argentina decidieron interrumpir las negociaciones; véase comunicación de Squire a Harrison, 12 de abril de 1943, NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13. El Informe CIE clasifica a las familias Hirschler y Alexander (casos 143 y 144) entre las de destino final «desconocido».

[131] Agradezco a Ariel Lamm, por acercarme datos sobre la huída de su abuelo Hans Meyer Zwi Kroch y su futura madre a Argentina. DNM, Lista de Pasajeros *Cabo de Buena Esperanza*, 14 noviembre 1942. Sobre los pagos a

Wiedekehr, Informe CIE, cap. 5. El informe suizo contaba con el testimonio oral y escrito proporcionado por el propio Wiederkehr en 1998 y 1999. Ver también el libro *The Ambiguity of Virtue*, Bernard Wasserstein, Harvard University Press, Londres, 2014, donde el caso Kroch es relatado. Sobre la muerte de la señora Kroch en Ravensbrück, Yad Vashem. La reunión con Eichmann la había arreglado el oficial de las SS Hermann Quetting, Obersturmbannführer de asuntos económicos generales en la Oficina Central de Seguridad del Reich, que había confiado cuatro casos de rescate a Wierderkehr, incluyendo la extorsión a las familias Hirschler y Alexander, ya mencionadas, y la extorsión de Bruno Hellinger y L. H. Kooperberg (casos 142 y 145).

[132] Comunicación de la embajada estadounidense en Londres a Sumner Welles, 2 de noviembre de 1942, NARA, RG 131, Caja 357. Véase también comunicación del consulado británico en Basilea, 2 de noviembre de 1942, NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13.

[133] Respecto al Rembrandt, véase Informe CIE, caso 186. Al final de la guerra Miedl cruzó la frontera de España con 22 cuadros, incluyendo un Van Dyck. La solicitud de su extradición por parte de Holanda fue rechazada por Franco; véase *El País*, 29 de noviembre de 1998. Véase también Informe CIE, caso 386. Parece ser que los contactos de Oppenheimer en Argentina eran Max Spiess, de la empresa Águila, y la firma Hermanos Weil; véase comunicación de la legación británica en Berna, 12 de febrero de 1943; véase también comunicación de Reagan a Woods, 27 de enero de 1943; NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13. Asimismo, Anexo N° 1 del Despacho 7733, 14 de diciembre de 1942, NARA, RG 59/250/34/9/3, Caja Confidencial 5609.

[134] Agradezco a Carlos A. Weil por esta información sobre la labor de su padre José Weil y el rol de Max Speiss en el intento desde Argentina de salvar judíos del Holocausto, 7 abril 2004. También ver arribos de Moses Speiss en DNM, Listas de Pasajeros, Neptunia, 10 febrero 1936 y Mar del Plata, 15 enero 1940.

[135] Carta de F. H. Mautner a Weil Hermanos, 10 octubre 1942, NARA, RG 59/250/34/9/3, Caja Confidencial 5609, Agregado al Anexo N° 1 del Despacho 7733. Ficha de Wilhelm Mautner en Yad Vasehm.

[136] Nota secreta del consulado británico en Ginebra, 28 de noviembre de 1942, adjunta a la comunicación de Squire a Reagan, 8 de febrero de 1943; y «Copies of Telegrams from Hoyman & Schuurman's», consulado británico en Ginebra, 28 de noviembre de 1942, adjunto a la comunicación de Squire a Reagan, 8 de febrero de 1943; NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13.

[137] Un hombre llamado Paul Eisner llegó a Buenos Aires el 23 de

diciembre de 1941 a bordo del Cabo de Buena Esperanza, edad 55, nacionalidad alemana, nacido en Berlín, profesión "comercio", DNM, Lista de Pasajeros. No ha sido determinado si es el mismo Eisner que tenían bajo investigación los británicos.

[138] Estatutos, 12 de mayo de 1942, PRO, FO 115/3989. Otros miembros del comité ruso eran Vladímir Podkin, Eugenio Fedoroff y María Zeldakova.

[139] Hoja suelta titulada «Memorando», diciembre de 1948, AGN, STP, Caja 547. Véase también informe de Mathus Hoyos, 18 de febrero de 1949, AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 12-18. En esta investigación se identificaban 19 expedientes de inmigración colectiva abiertos por Izrastzoff para los grupos de personas que llevó a Argentina durante el período 1947-1948.

[140] La conexión entre Eisner e Izrastzoff se expone con detalle en FO 115/3989. Krupensky era la ex esposa del socio de Eisner en una empresa de fabricación de tuberías de Bohumin, Checoslovaquia. En Argentina se casó con un ciudadano italiano llamado Bordogni.

[141] Informe del FBI, «Totalitarian Activities. Argentina... Today», junio de 1943, NARA, RG 60/230/30/50/5, «Special War Reports 1940-1944», Entry 293B, Caja 18. Departamento de Estado, US and Allied Wartime and Post-war Relations with Argentina..., junio de 1998. Véase también Departamento de Estado, US and Allied Efforts to Recover and Restore Gold..., mayo de 1997, cap. I, sección H. Comunicación de Hull a la embajada estadounidense en Buenos Aires, 4 de enero de 1943, 862.5151/2404, NARA, RG 59, 250/34/9/3, Caja 5609.

[142] Memorando del Ministerio de Guerra Económica sobre el tráfico de permisos de salida alemanes, anexo al despacho enviado desde Londres, 17 de julio de 1943; «Circular Airgram», 24 de noviembre de 1942; NARA, RG 59, Caja Confidencial 5609. El documento británico se cita en la comunicación de la embajada estadounidense en Londres al Secretario de Estado, 2 de noviembre de 1942, NARA, RG 131, 230/38/26/03, Caja 357.

[143] Comunicación de la legación británica a la legación estadounidense en Berna, 4 de diciembre de 1942; y «Some Aspects of the Presentday Visa Problem», 11 de diciembre de 1942; ambos en NARA, RG 84, Entry 3220, Caja 13.

[144] «The German Exit Permits Traffic», Ministerio de Guerra Económica, 15 de julio de 1943, adjunto a «Air Pouch No. 10162», 17 de julio de 1943, NARA, RG 59, LM 195, Rollo 16, Cuadros 1145-1147. CIE, «Switzerland and the German Ransom Demands in Occupied Holland». Lord Selborne, The New York Times y The London Times, 25 de noviembre de 1942.

[145] «Extortion Practices of the Axis Authorities», comunicación de la embajada estadounidense en Buenos Aires al Secretario de Estado, 6 de febrero de 1943, NARA, RG 59, 250/34/9/3, Caja Confidencial 5609.

[146] Comunicación de la embajada británica al Ministerio de Guerra Económica en Londres, 13 de noviembre de 1942, Anexo N° 1 al Despacho 7733 de la embajada estadounidense al Secretario de Estado, 14 de diciembre de 1942, NARA, RG 59, 250/34/9/3, Caja Confidencial 5609.

[147] Véase el informe de 1997 del Departamento de Estado, cap. I, sección B. Véase también «Extortion Practices of the Axis Authorities», embajada estadounidense en Buenos Aires, 6 de febrero de 1943, NARA, RG 59, Caja Confidencial 5609.

[148] Entrevistas del autor con Reinhard Spitzzy, 8 de diciembre de 1998, y con Zaira Elena Vélez, hija del coronel Vélez, 6 de octubre de 1998. La historia se relata con menos detalles y con el falso apellido de Karlowitzer en el libro de Spitzzy, *So entkamen wir den Alliierten*, Munich y Berlín, Langen Müller, 1989. En cierta manera Ketelhohn habría saldado su deuda con Spitzzy avalando, junto con Ludwig Freude, la solicitud del “Permiso de Desembarco” del oficial de las SS a la Dirección de Migraciones argentina. Agradezco a Irene Plug, bisnieta de Ida Petersen de Ketelhohn, por los detalles sobre su bisabuela, comunicaciones varias 2009-2010. DNM, Lista de Pasajeros, Monte Albertia, 19 abril 1945.

[149] Testimonio de Hoettl en los juicios de Nuremberg, 1945; véase también su testimonio en junio de 1962 para el juicio de Eichmann en Jerusalén. Sobre los anuncios realizados durante el conflicto de futuros juicios por crímenes de guerra y los juicios soviéticos de 1943, véase Christopher Simpson, *The Splendid Blond Beast*, Maine, Common Courage Press, 1995.

[150] Interrogatorio de Paeffgen, 28 de diciembre de 1945, NARA, RG 269/390/44/33/03-05, Caja 630. Paeffgen habla también de que el oficial de las SS Scheidler supuestamente transfirió fondos a Suiza para Kaltenbrunner. En el documental de televisión *Secrets of War*, emitido en la década de 1990, Hoettl afirmaba que había pasado a Suiza para tratar de negociar un acuerdo con la Oficina de Servicios Estratégicos estadounidense en Berna.

[151] Zvi Aharoni y Wilhelm Dietl, *Operation Eichmann*, Londres, Arms & Armour, págs. 43-45.

[152] Legajo de las SS de Fuldner, NARA, RG 242, BDC Files, Rollo 230, Cuadros 750-832. Véanse también dos informes de la embajada estadounidense en Madrid: 3 de diciembre de 1945, NARA, RG 59, Caja 6746, Carpeta 4; y 31 de julio

de 1946, íd., Caja 6748. Asimismo «Hard-Core List of Germans for Repatriation from Spain», 23 de mayo de 1947, íd., Caja 6749. Sobre el vínculo entre Petersen y Goyeneche, véanse los despachos de Berlín a Petersen, 25 de enero y 9 de febrero de 1943, adjuntos al Despacho 2858 de la embajada estadounidense en Madrid, 10 de septiembre de 1946, íd., Caja 6748. La embajada estadounidense contaba con informadores fiables dentro de las células nazis de Madrid; de todos modos verificó la información con la inteligencia británica, que confirmó que Fuldner era agente del SD. Varios expedientes de las cajas de NARA que contienen informes sobre Fuldner fueron retirados por la CIA en 1976. Véase también el voluminoso expediente argentino sobre el arresto de Fuldner en alta mar: MRE, DP, Alemania, 1935, Expediente 16. Sobre la atmósfera en la embajada alemana en Madrid durante los últimos años de la guerra, véase Spitzzy, *So entkamen wir den Alliierten*. Respecto a la «antigua» relación de Fuldner con Daye, Ghenea y Serna, véase la declaración de Fuldner del 18 de agosto de 1949, AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 181-182. Con relación a Serna y la División Azul, véase Clarín, 12 de noviembre de 1947.

[153] Interrogatorio del agente del SD Hans Sommer, NARA, RG 242, M-1270, Rollo 27, Cuadros 884-894. Véase también Madrid A-297, 8 de mayo de 1945; comunicación secreta 3019 a Montevideo con declaraciones de Sommer, 20 de septiembre de 1946; y Berlín 7169 con interrogatorio de Delfanne, 28 de septiembre de 1946; todos en NARA, RG 59, Caja 6748. Asimismo, comunicación de Hoover a Neal, 27 de noviembre de 1946; «Extradition of Charles Lesca», 21 de enero de 1947; Berlín 8029 con interrogatorio de Sommer, 9 de diciembre de 1946; embajada estadounidense 2541, 13 de diciembre de 1946; y Despacho 7199 con interrogatorio de Mosig, 1 de octubre de 1946; todos en NARA, RG 59/250/38/13/6, Caja 6749. Asimismo, Berlín 7813 con interrogatorio del jefe del SD en España, Karl Arnold, 22 de noviembre de 1946, NARA, RG 59, 862.20252/11-2246. Sobre los viajes de Lesca, DNM, Listas de Pasajeros, agosto de 1938, Lista 38, y octubre de 1946, Lista 2. Sobre Reuter, íd., febrero de 1946, Lista 31. Los Lesca obtuvieron documentos de identidad argentinos (CI 2250217 y 2250215) el 2 de septiembre de 1938. Sobre Abetz, véase nota de Ribbentrop, 3 de agosto de 1940, *Trial of the Major War Criminals, Nuremberg, 1948, VI, 560-560*. Véase también expediente de nacionalidad de Levray, AGPJN, Expediente 5697. Asimismo, cartas de Daye a Lesca, 12 de octubre de 1943, y de Lesca a Daye, 8 de octubre de 1943 y 18 de agosto de 1946, ML-2570-1 y ML-2598. Asimismo, memorias inéditas de Daye, caps. XLIX a LIII, CEGES. Respecto al general Krahmer, véase embajada estadounidense en Madrid, 30 de enero de 1948, NARA, RG 84, Madrid Embassy Classified General Records, Caja 148. Asimismo, «Hard-Core List of Germans for Repatriation from Spain», 23 de mayo de 1947, RG 59, 862.20252/5-2347. Sobre la relación de Krahmer con el saqueo de obras de arte de Göring, véase «Suspected Foreign Assets Held by Hermann Goering», 22 de septiembre de 1945, OSS Report XL 20392, NARA, RG 226, 19/4/18/6, Caja 295, Entry 19. Respecto a la calificación

de Krahmer como criminal de guerra, véase Carlota Jackisch en Informe Final de la CEANA integrado por artículos de distintos investigadores.

[154] La Razón, 2 de octubre de 1946. Beatriz Gurevich y Paul Warzawski, Proyecto Testimonio, Buenos Aires, Planeta, 1998, vol. I, pág. 53, y vol. II, págs. 15-16 y 55-59. Sobre el cajoneo de la demanda de extradición de Francia por parte de Perón, véase MRE, DP, Francia, 1946, Caja 17, Expediente 22. Cartas de Lesca a Daye, Bilbao, 18 de agosto de 1946; y Buenos Aires, 9 de mayo de 1947; ambos en ML-2598. Asimismo, DNM, Listas de Pasajeros, octubre de 1946, Lista 2.

[155] Memorias inéditas de Daye, cap. XXI. Lista de pasajeros del Duca Degli Abruzzi, 3 de septiembre de 1925, CEMLA.

[156] Memorias de Daye, caps. XXXVI y XXXIX. Asimismo, Bernard Delcord y José Gotovitch, Inventaires 22, Fonds Pierre Daye, Bruselas, CEGES, 1989.

[157] Memorias de Daye, cap. XLVI.

[158] Memorias de Daye, págs. 1136-1140.

[159] Memorias de Daye, cap. XLIX. Sobre el visado expedido por Lequerica, véase la correspondencia entre Daye, Lequerica y la embajada española en París, 8 de enero, 18 de enero, 21 de marzo, 29 de marzo, 17 de abril y 19 de abril de 1944, ML-2570-1, y ML-2598. Sobre sus contactos con Serrano Súñer y otros, véase la invitación a reunirse con Serrano Súñer, 6 de mayo de 1946, y la carta de Aunós a Daye, 25 de mayo de 1944; ambas en ML-2598.

[160] Memorias de Daye, cap. L. El embajador Aznar era el abuelo del presidente del gobierno español José María Aznar. Respecto al aval de D'Ors y Aznar a Daye, véase la carta de Daye del 25 de mayo de 1946, ML-2598. Sobre la relación entre Marismas y Goyeneche, véase entrevista del autor con un pariente de este último, 26 de febrero de 2000.

[161] Memorias de Daye, caps. LI y LII.

[162] Memorias de Daye, cap. LIII. Sobre la reunión de Daye con Paz en Madrid, en 1947, véase carta de Daye a Paz, 15 de agosto de 1949, y respuesta de Paz, 19 de agosto de 1949; ambas en ML-2598.

[163] Sobre el viaje europeo de Caggiano, véase La Nación, 12 de enero a 29 de mayo de 1946. Respecto a Caggiano, Acción Católica, Barrére y la dictadura de 1943-1946, véase Zanatta, Perón y el mito de la nación católica. Sobre Barrére y Action Française, véase Eric Conan, «La cavale des maudits», L'Express, 19 de

agosto de 1993. En cuanto a la relación entre Daye, Lesca y Barrére, véase la carta de Daye a Barrére, 29 de marzo de 1948, CEGES, FPD, Dossier 488.

[164] Véanse las instrucciones del embajador Brebbia a López, 5 de febrero de 1946, 45 CA, Archivos de la embajada argentina en Roma, Carpeta «1946, Consulados Argentinos, Salida, N° 1 al N° 211». Sobre las actividades de López en el SD, véase el interrogatorio al jefe del SD en España durante la guerra, Karl Arnold, 20 de noviembre de 1946, NARA, RG 59, 862.20252/11-2246. Apartado del servicio diplomático en la limpieza general que precedió a la asunción de Perón de la presidencia, López sería más tarde reincorporado y destinado a Berna; véase Legajo López, MRE. Caggiano y Barrére viajaron acompañados de los sacerdotes Juan Conti y José de Anzizu.

[165] Sobre la gripe de Caggiano y la penicilina del papa, véase *La Nación*, 1 de marzo y 7 de abril de 1946.

[166] Sobre las visitas de Caggiano a la PCA, véase la carta de Martin al embajador argentino, 13 de mayo de 1946, 377 V, archivos de la embajada argentina en Roma, Carpeta «Misión Brebbia, 1946, Varios, Entradas, Mes de Mayo». Respecto a Draganovic, véase John Loftus y Mark Aarons, *Unholy Trinity*, Nueva York, St. Martin's Griffin, 1998. Draganovic visitaba la oficina de la DAIE en Roma «dos o tres veces al mes», según un antiguo funcionario de dicho organismo, Amadeo Mazzino, entrevistado por el autor el 20 de noviembre de 1998.

[167] Informe de Gowen desde Ciudad del Vaticano, 18 de septiembre de 1946, NARA, RG 59/250/36/27, Caja 4016, 761.00/9-1846. Respecto al papel de Tisserant en el Vaticano, véase Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*.

[168] Comunicación de Tisserant a la embajada argentina, 7 de mayo de 1946, 3115 V, archivos de la embajada argentina en Roma.

[169] Sobre la visión de Tisserant de los comunistas, véase «Vatican Pre-Election Activities», comunicación de J. Graham Parsons al Departamento de Estado, 16 de enero de 1948, 865-0012848A/VS, citado en John Cornwell, *Hitler's Pope*, Nueva York, Viking, 1999, pág. 329. Sobre Caggiano, Grasselli y la dictadura de 1976-1983, véase Emilio Mignone, *Iglesia y dictadura*, Buenos Aires, EPN, 1986. Respecto a las listas de «desaparecidos» de Grasselli, véanse las entrevistas del autor con María Adela Antokoletz, 3 de junio de 1995; con el padre Hugh O'Neill, iglesia de San Patricio, Buenos Aires, 26 de abril de 1995; y con el padre Fred Richards, iglesia de la Santa Cruz, Buenos Aires, 13 de abril de 1995. Siendo arzobispo de Buenos Aires, durante la segunda mitad de la década de 1970, y Caggiano se opuso especialmente a los esfuerzos de Richards en favor de los derechos humanos. Respecto a la declaración de Caggiano sobre Eichmann, véase

La Razón, 23 de diciembre de 1960.

[170] Véanse las instrucciones a Bertolotto, 15 de marzo de 1946, 126 CA; y 1 de abril de 1946, 168 CA; ambas en los archivos de la embajada argentina en Roma, Carpeta «1946, Consulados Argentinos, Salida, N° 1 al N° 211». En el caso de Menou y Pincemin, a Bertolotto se le dijo que el Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos Aires había aprobado los visados el 28 de marzo. Boucher, Menou y Pincemin aparecen como criminales de guerra en el Informe Final de la CEANA, gobierno argentino, 1999.

[171] Notas 125 CA, 15 de marzo de 1946; 138 CA, 20 de marzo de 1946; 156 CA, 27 de marzo de 1946; 171 CA, 5 de abril de 1946; 179 CA, 8 de abril de 1946; y 180 CA, 9 de abril de 1946; archivos de la embajada argentina en Roma, Carpeta «1946, Consulados Argentinos, Salida, N° 1 al N° 211». Respecto a Lara Díaz, véase la Nota 132 CA, 18 de marzo de 1946. El ministro de Asuntos Exteriores italiano, Alcides de Gasperi, también intercedió ante la embajada argentina en favor de algunas de aquellas solicitudes.

[172] La Nación, 1 de marzo a 10 de abril de 1946.

[173] Sobre Dewoitine, DNM, Listas de Pasajeros, mayo de 1946, Lista 46. Véase también Eric Conan, «La cavale des maudits», L'Express, 19 de agosto de 1993. Respecto a la relación de Daye con Dewoitine, véase CEGES, FPD, Dossier 520. Estados Unidos fue alertado de la llegada de Dewoitine a Buenos Aires; véase NARA, RG 59, Caja 6749, comunicación de la embajada estadounidense al Secretario de Estado, 13 de diciembre de 1946, 862.2025/12-646. Asimismo, Holger Meding, *Flucht vor Nürnberg?*, Colonia, Böhlau, 1992, cap. 7.

[174] DNM, Listas de Pasajeros, octubre de 1946, Lista 2. No mencionamos aquí la identidad de las otras «recomendaciones» de Caggiano en tanto no se han confirmado aún sus responsabilidades durante la guerra, en el caso de que tuvieran alguna.

[175] Borrador de la solicitud de un “Permiso de Desembarco” de Daye, 18 de septiembre de 1946, ML-2598.

[176] Comunicación de Tisserant al embajador argentino, 7 de mayo de 1946, 3115 V, Archivos de la embajada argentina en Roma. En este caso concreto, la petición de Tisserant fue rechazada; véase comunicación de la embajada a Tisserant, 10 de mayo de 1946, 277 V, Carpeta «Misión Brebbia, 1946, Varios, del N° 169 al 458». Véase también memorando JRX-3570, 17 de junio de 1946, NARA, RG 226, Entry 183, Caja 29.

[177] NARA, RG 84, Caja 148, Carta Circular N° 5 de la embajada en Madrid, 3 de febrero de 1948, «Classified General Records», Expediente 820.02. Probablemente la mencionada señorita Goyeneche fuera una de las dos hermanas de Juan Carlos Goyeneche; véase entrevista del autor con un pariente de Goyeneche, 14 de agosto de 1998.

[178] Carta secreta N° 144 del embajador argentino en el Vaticano al ministro de Relaciones Exteriores, Juan Bramuglia, 13 de junio de 1946, publicada por CEANA.

[179] Luca de Tena y otros, *Yo, Juan Domingo Perón*, págs. 85-86. El tercer coautor, el periodista argentino Esteban Peicovich, había publicado un libro anterior basado en entrevistas con Perón: *Hola Perón*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965. La historia de las cintas se la relató al autor del presente volumen el propio Peicovich, el 19 de abril de 1997. Sobre Calvo en Londres, véase Ladislav Farago, *The Game of the Foxes*, Nueva York, McKay, 1971, cap. 42. Tanto Luca de Tena como Calvo habrían sido amigos íntimos de Perón y su socio comercial Jorge Antonio en Madrid. Respecto a Evita y Montían en 1949, véase Raanan Rein, *The Franco-Perón Alliance*, University of Pittsburgh Press, 1993, pág. 189.

[180] La carta de Evita se reproduce en Jorge Camarasa, *La enviada*, Buenos Aires, Planeta, 1998, págs. 45-46.

[181] Declaración de Ludwig Freude, 13 de abril de 1946; nota verbal de la embajada estadounidense, 5 de septiembre de 1946; nota verbal de la embajada británica, 26 de septiembre de 1945; y Memorando de la embajada estadounidense, 5 de septiembre de 1945; todos en MRE, JVDFPE, Expediente 50448-F-46. Interrogatorio del agente del SD Hans Harnisch, Despacho 11208, 31 de octubre de 1947, NARA, RG 84, Caja 102. Sobre los fondos «reservados», véase interrogatorio del general Wolf, octubre de 1945, NARA, RG 59, Caja 26; y su Apéndice «D», RG 84. Testimonio de Schellenberg, 28 de diciembre de 1945, NARA, 59, Caja 25. Véase también *New York Times*, 8 de abril de 1946.

[182] Gary Frank, *Juan Perón vs. Spruille Braden*, Maryland, University Press of America, 1980, pág. 79.

[183] Raúl Damonte Taborda, *Ayer fue San Perón*, Buenos Aires, Gure, 1955.

[184] Frank, *Juan Perón vs. Spruille Braden*, pág. 79. Sobre el temor de Freude a que los comunistas conquistaran Alemania, véase «The German Intelligence Services», 10 de noviembre de 1944, una lista de agentes alemanes recopilada por la inteligencia naval estadounidense y basada en informes de la inteligencia británica, de la que el autor estadounidense John Loftus entregó

fotocopias al Proyecto Testimonio de Buenos Aires.

[185] Rout y Bratzel, *The Shadow War*, pág. 422. Asimismo, interrogatorio del agente del SD Hans Harnisch, Despacho 11208, 31 de octubre de 1947, NARA, RG 84, Caja 102. Véase también entrevista del autor con Óscar Contal, 13 de agosto de 1997. Harnisch afirmó que Freude estuvo bajo arresto domiciliario en su casa de Buenos Aires, mientras que Contal recordaba que Freude se retiró a su residencia de vacaciones andina en Bariloche. Sobre la protección de Freude por parte de Perón, véase también el *New York Times*, 10 de diciembre de 1944, «Perón Proved Bar To Inquiry of Foe», en OSS Records, NARA, RG 226/190/9/22/03, Entry 183, Caja 16, Expediente 85.

[186] Decreto Presidencial 21284, 11 de septiembre de 1945, del que el Proyecto Testimonio encontró una copia en los expedientes del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino. Rout y Bratzel, *The Shadow War*, pág. 422.

[187] Frank, *Juan Perón vs. Spruille Braden*, pág. 85.

[188] Yo, Juan Domingo Perón; y Alicia Dujovne Ortiz, Eva Perón, Buenos Aires, Aguilar, 1995.

[189] Interrogatorio del agente del SD Hans Harnisch, Despacho 11208, 31 de octubre de 1947, Inclusión 6, NARA, RG 84, Caja 102.

[190] Dujovne Ortiz, Eva Perón; y Robert Potash, *The Army and Politics in Argentina, 1945-1962*, Stanford University Press, 1969.

[191] Sobre los cargos de Estados Unidos contra Ludwig Freude, véase Memorando de la embajada estadounidense, 5 de septiembre de 1945, MRE, JVDPE, Expediente 50448-F-46. Respecto a Freude como financista de la campaña electoral, véase interrogatorio del agente del SD Hans Harnisch, Despacho 11208, 31 de octubre de 1947; sobre la relación con Becker, interrogatorio del agente del SD Josef Schroell, Despacho 11220, 4 de noviembre de 1947; ambos en NARA, RG 84/350/48/22/3, Caja 102.

[192] Memorando secreto de la embajada estadounidense en Buenos Aires, 5 de febrero de 1946, NARA, RG 84, Caja 84.

[193] Interrogatorio de Koennecke realizado por la policía argentina, 10 de agosto de 1944, AGPJN, Causa 793/45, Segundo Sumario, Legajo 1, págs. 172-190. Véase también interrogatorio de Harnisch, Despacho 11208, 31 de octubre de 1947. Asimismo, entrevista del autor con el jefe de la policía secreta Oscar Contal, 13 de agosto de 1997.

[194] Despacho 1142, 9 de noviembre de 1945, NARA, RG 59, Caja 6746. Véase también embajada estadounidense en Madrid, Nota 1742, 7 de marzo de 1946, RG 59, Caja 6747; y Despacho 1628, 15 de febrero de 1946, NARA, RG 84, Caja 84, Expediente 820.02.

[195] Interrogatorio de María del Carmen Pera Tomkinson de Foster, 17 de enero de 1956, AGN, CNI, Comisión 47, Dossier 47-28-49-944, Expediente 22057/56, págs. 88-89. Silvano Santander, Técnica de una traición, Montevideo, 1953, pág. 25.

[196] Véase el dossier, de 98 páginas, con los registros que se han conservado de la Comisión de Potencial Humano, AGN, STP, Caja 547. Obsérvense en particular las actas de la «Reunión N° 1», 12 de diciembre de 1946; el «Proyecto de Plan Inmigratorio»; y el memorando de Potencial Humano de febrero de 1947 elaborado para el Consejo de Defensa Nacional.

[197] AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, declaración de Pablo Diana, 13 de mayo de 1949.

[198] "German Nationalist and Neo-Nazi Activities in Argentina," 8 July 1953 (Secret), NARA, General CIA Records.

[199] «Hard Core List of Germans for Repatriation from Spain», 23 de mayo de 1947, NARA, RG 59/250/38/13/6, Caja 6749. Véase también «Madrid», N° 1240, 3 de diciembre de 1945, «Subject: Alberto Horst Fuldner», 862.20252/12-345, NARA, RG 59, Caja 6746. Véase AGN, Sumario Diana, testimonios de Fuldner del 18 de agosto y el 12 de septiembre de 1949, págs. 181, 182 y 340. La empresa CAPRI, propiedad de Fuldner, dio empleo Eichmann en Argentina; véase declaración de Fuldner, 9 de junio de 1960, AGN, Dossier Bormann, DAE 4550, págs. 77-79.

[200] Solicitud de ciudadanía de Mahieu, AGPJJN, Dossier 19672. Respecto a las ideas de Mahieu, véanse sus libros Fundamentos de biopolítica, Buenos Aires, Centro Editor Argentino, 1968; y Diccionario de ciencia política, Buenos Aires, Books International, 1966. Véase también Primera Plana, Buenos Aires, enero de 1967. Asimismo, entrevista del autor con el amigo íntimo de Mahieu, y antiguo ayudante de Goebbels, Wilfred von Oven, 26 de agosto de 1997; y con el antiguo director de Migraciones Héctor Ciapuscio, 6 de junio y 23 de septiembre de 1997. Respecto a las conferencias del «¡Jabón!», fuente anónima, 24 de noviembre de 1997. Quisiera dar también las gracias al profesor de la Universidad de Colonia Holger Meding por proporcionarme los detalles de su entrevista personal con Mahieu poco antes de que el francés muriera, en 1990. Tras buscar en los registros

de las SS en NARA, no logré descubrir su nombre; pero dichos registros están incompletos, y por tanto no se pueden descartar por entero los informes argentinos que lo sitúan en la División Carlomagno. Respecto a su alemán impecable, véase entrevista con Marlies Bayer, 6 de enero de 2000, que asistió a un discurso de Mahieu en una fiesta celebrada a principios de la década de 1970. Sobre su influencia en la extrema derecha peronista, así como sobre el líder montonero Rodolfo Galimberti y otros terroristas peronistas de izquierdas de la década de 1970, véanse entrevistas con Horacio Verbitsky, 27 de enero de 1998, y Susana Viau, 22 de febrero de 1998. Durante los últimos años de su vida Mahieu adquirió cierta celebridad publicando libros en los que afirmaba que los vikingos habían llegado a Sudamérica en la era precolombina. Respecto a Mahieu y Menem, véase «Perón y la conexión nazi», Tres Puntos, 2 de diciembre de 1999.

[201] Solicitud de ciudadanía argentina de Monti, AGPJN, Dossier 5554. Archivos clasificados de la embajada estadounidense en Madrid, 39 de enero de 1948, NARA, RG 84, Caja 148, 820.02. Sobre los puestos de primeros auxilios de Evita, véase Spitzzy, *So entkamen wir den Alliierten*, págs. 126-127. El libro de Spitzzy incluye una copia fotográfica de su propio “Permiso de Desembarco” donde se señala claramente el aval de Monti. Véase también entrevista del autor con Spitzzy, 8 de diciembre de 1998, y entrevista del autor con el periodista Pedro Olgo Ochoa, 20 de abril de 1999. Ochoa conocía tanto a Monti como a Perón, y fue este último quien en una conversación con Ochoa se refirió a Monti como a un ex agente nazi. Ochoa cree que Monti formaba parte de un pequeño grupo de espías nazis reclutados por Perón. Respecto a la responsabilidad de Kraemer como criminal de guerra, véase Carlota Jackisch en Informe Final de la CEANA, 1999. Este informe afirma que Kraemer llegó a Argentina en 1948, en una barca de río «clandestina». Según la inteligencia estadounidense, el general llegó en un vuelo de Iberia.

[202] «Reported Arrival of Ante Pavelic in Argentina», CIA Operational Files, 16 de abril de 1952, obtenido de la CIA. Véase también «Ustashi Leaders in Argentina and Austria», 20 de abril de 1948, NARA, RG 59, 250/36/30/4, Caja 6609, 860H.20235/4-2048, obtenido en virtud del Acta de Libertad de Información estadounidense. Asimismo, solicitud de ciudadanía de Benzon, AGPJN, Dossier 5521. Sobre su papel en Migraciones, véase Sumario Diana, testimonio de Pablo Diana, 13 de mayo de 1949, págs. 43-50. Asimismo, entrevista del autor con Marcos Sinovcic, 26 de agosto de 1997.

[203] Eric Conan, «La cavale des maudits», *L'Express*, 19 de agosto de 1993; véase también Diana Quattrocchi-Woisson en Informe Final de la CEANA, 1999; y solicitud de ciudadanía de Guilbaud, AGPJN, Dossier 8605. Respecto a su papel como agente de la División Informaciones, véase testimonio de José María Bruhn, 29 de agosto de 1949, Sumario Diana, pág. 238.

[204] Carta de Hoover a Daye, 21 de diciembre de 1945; de Daye a Julio van Daele, 20 de junio de 1947; y de Daele a Daye, 10 de agosto de 1947; CEGES, FPD, Dossier 488; véase también carta de Daye a Dubois, 26 de junio de 1948, *id.*, Dossier 525. Listas de Pasajeros, DNM, julio de 1947, Lista 7. Sumario Diana, testimonio de Pablo Diana, 6 de junio de 1949, pág. 96. Quattrocchi-Woisson en Informe Final de la CEANA, 1999.

[205] Sumario Diana, págs. 29, 356 y 359. Respecto a la colaboración de Lagrou con Daye en la propuesta de emigración masiva, véase CEGES, FPD, Dossieres 488 y 540. Quattrocchi-Woisson en Informe Final de la CEANA, 1999. Los expedientes del juicio de Lagrou se conservan en el Auditorat Général de Bruselas.

[206] «Auswanderung von Flüchtlingen nach Argentinien, 1947/48», Handakten Bundesrat von Steiger, E4001(C)-/1, vol. 267, Archivos Federales Suizos. Véase también Robert Potash en Informe Final de la CEANA, 1999. DNM, Listas de Pasajeros, Fluviales, E-F 1947, Libro 137. Asimismo, entrevista del autor con su hijo Manuel Helfrich, 18 de abril de 2000. Sobre la llegada de agentes nazis a Argentina por medio de la KLM véase Despacho 129, La Haya al Departamento de Estado, 1 de marzo de 1948, NARA, RG 319/270/11/33/03, Caja 2882.

[207] DNM, Listas de Pasajeros, agosto de 1947, Lista 20. Respecto a sus crímenes de guerra y el fracaso de la demanda de extradición, véase AGPJN, Caso 26/1960; asimismo, Gurevich y Warzawski, Proyecto Testimonio, vol. II. Sobre su papel en Migraciones, entrevistas del autor con Marcos Sinovic, 26 de agosto de 1997; y con el antiguo funcionario de Migraciones José Otero, 9 de octubre de 1998. La extradición de otros dos criminales de guerra checos, Vojtech Hora y Jan Pekar, responsables junto con Durcansky de las matanzas de Banská Bystrica, también fue rechazada por Argentina. Decreto 33531, 31 de diciembre de 1949, AGN, STP, Caja 547.

[208] «Auswanderung von Flüchtlingen nach Argentinien, 1947/48», Handakten Bundesrat von Steiger, E4001(C)-/1, vol. 267, Archivos Federales Suizos. Véase también la solicitud de ciudadanía argentina de Smolinski, AGPJN, Dossier 4168.

[209] AGN, Sumario Diana, pág. 29; y testimonio de Fuldner, 18 de agosto de 1949, pág. 181. Asimismo, DNM, Listas de Pasajeros, octubre de 1947, Lista 24.

[210] La Nación, 8 de noviembre de 1947; también Clarín, 12 de noviembre de 1947. Sobre los contactos de Serna con la Cruz Roja, véase la carta de Serna a Daye, 23 de agosto de 1946, ML2598.

[211] Testimonio de Fuldner en la Sumario Diana, 18 de agosto de 1949, AGN, STP, Caja 547, págs. 181-182.

[212] Memorias de Daye, VI, págs. 1371-1374. Asimismo, declaración de Fuldner del 18 de agosto de 1949 en el Sumario Diana.

[213] La destrucción de los expedientes nazis de Perón en 1955 le fue referida al historiador alemán Holger Meding por el criminal de guerra francés Jacques de Mahieu, tal como Meding explicaría al autor del presente volumen el 19 de noviembre de 1998. Para la relación escrita de Meding sobre la destrucción de esos expedientes, véase *Flucht vor Nürnberg?*, cap. 6, nota 12.

[214] Para el número de expediente de Eichmann, véase DNM, Listas de Pasajeros, julio de 1950, Lista 24; para Mengele, *id.*, julio de 1949, Lista 47; para Schwammberger, *id.*, marzo de 1949, Lista 52; para Priebke, *id.*, noviembre de 1948, Lista 45. Schwammberger fue incluido en una solicitud para un grupo de alemanes presentada por Vianord, una agencia de viajes bonaerense a través de la que actuaba Fuldner.

[215] El expediente original de Migraciones de Stojadinovic, el 87902/47, se conservó en los casi igualmente abandonados archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino; véase MRE, DP, Estados Unidos, 1947, Caja 6, Expediente 14.

[216] En la entrevista con Franco del 26 de octubre de 1998 también se hallaba presente Ignacio Klich, coordinador de la CEANA (la Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades Nazis en la Argentina, perteneciente al Ministerio de Relaciones Exteriores), que fue quien organizó la reunión. El registro de todas las cuestiones relacionadas con las solicitudes de permisos de desembarco cursadas por la División Informaciones a petición de Perón se conservaba en «libros de copia especiales» en los archivos del director, según la declaración jurada del funcionario de Migraciones José Bruhn, 29 de agosto de 1949, AGN, ATP, Caja 547, Sumario Diana, pág. 237. El enfado de Franco con el Congreso se debía a que la Ley de Archivos argentina prohíbe a los diversos departamentos gubernamentales destruir sus propios expedientes sin la aprobación previa del Archivo General de la Nación.

[217] La quema de los expedientes nazis le fue confirmada independientemente al autor por otro funcionario de Migraciones de mayor categoría, así como por varios empleados de nivel inferior. Franco fue acusado ante los tribunales de haber ordenado verbalmente la quema de expedientes de Migraciones, pero finalmente fue absuelto; véase *Página/12*, 29 de octubre de 1996,

y La Nación, 15 de febrero de 1997; en aquel momento, sin embargo, no se hizo mención alguna a los expedientes relacionados con los nazis. También aproximadamente en la misma época Franco fue acusado por la prensa y las instituciones judías de demorar el requerimiento de los tribunales de que proporcionara información sobre la entrada de presuntos terroristas árabes que podrían haber estado implicados en los atentados con bomba a la embajada israelí en Buenos Aires, en 1992, y al centro de la comunidad judía AMIA, en la misma ciudad, en 1994. Franco declaró que carecía de personal suficiente para comprobar los registros de llegadas; véase Página/12, 17 de agosto de 1997. El periódico afirmaba que Franco, que era secretario de seguridad cuando se produjo el atentado a AMIA, había achacado inicialmente la explosión a un enfrentamiento entre grupos judíos rivales. Entre los dos atentados murieron unas 116 personas. El atentado a la AMIA constituyó el ataque más mortífero a un objetivo judío cometido en todo el mundo desde el Holocausto.

[218] «Adiós Nonino», Página/12, 4 de enero de 1999. La noticia fue redactada por el periodista estadounidense Joe Goldman.

[219] Sobre el período en cuestión, por desgracia, los archivos de Migraciones han conservado sólo los «Certificados de Identificación» de los apellidos que empiezan por las letras A, B y C, en unos archivadores oxidados situados en la sección «Pulgas» del Hotel de Inmigrantes.

[220] El intento de localizar los archivos de la DAIE durante la investigación realizada para este libro resultó infructuoso. Migraciones negó también que tuviera los archivos de la oficina de Buenos Aires que servía de enlace con la DAIE en Europa. Un antiguo jefe de la DAIE en Buenos Aires que anteriormente había dirigido la oficina de enlace en Buenos Aires recordaba haber visto los archivos de la DAIE en Migraciones por última vez en 1958; entrevista del autor con José Otero, 9 de octubre de 1998.

[221] DNM, Expediente 94079/47, Jean-Jules Lecomte (Jan Degraaf Verheggen). CEANA, 1999, Informe de Diana Quattrocchi-Woisson. “Cómo entró un nazi belga buscado por genocidio,” Página/12, 28 julio 2003, y “Testigo inesperado,” Página/12, 3 agosto 2003, ambas notas por Sergio Kiernan.

[222] Los principales documentos que contienen evidencias del funcionamiento de la organización nazi de Perón son el voluminoso Sumario Diana, en Buenos Aires, AGN, STP, Caja 547; el Fonds Pierre Daye del CEGES, y los papeles de Pierre Daye del Musée de la Littérature, ambos en Bruselas; las Handakten Bundesrat von Steiger, «Auswanderung von Flüchtlingen nach Argentinien», E4001(C)-/1, vol. 267, en los Archivos Federales Suizos; y las Handakten Rothmund, Verkehr mit Argentinien, E 4880.1, 1967/111, Bd. 70 (DNR

311), en *ibíd.* También se recogieron datos vitales para este libro sobre la fuga de criminales nazis tras muchos meses de trabajo en los destartalados «archivos» de la Dirección Nacional de Migraciones argentina, DNM. Asimismo, se halló material accesorio en las solicitudes de ciudadanía, escrupulosamente bien conservadas en este caso, del Archivo General del Poder Judicial de Argentina, AGPJN.

[223] Los números de expediente son los 201430/48, 211712/48, 211713/48, 231489/48, para Schwammberger, Priebe, Mengele y Eichmann respectivamente. Durante esos mismos dos meses se abrió en Migraciones el expediente de “Permiso de Desembarco” 214878/48 en favor del criminal de guerra belga Georges Gilsoul, que entró en Argentina el 18 de diciembre de 1948 con un visado permanente. La investigación realizada para este libro pudo identificar alrededor de 35 otras solicitudes de “Permiso de Desembarco” cursadas durante aquellos dos meses por el despacho presidencial de Perón, así como por organizaciones de rescate anticomunistas croatas, serbias, húngaras, búlgaras y católicas, que merecerían un examen más detallado.

[224] Véase el expediente de Stojadinovic, de 54 páginas, en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, MRE, DP, Estados Unidos, 1947, Caja 6, Expediente 14. Véase también la solicitud de ciudadanía de Stojadinovic, AGPJN, Dossier 11.358. Asimismo, la carta inédita de una hija de Stojadinovic, Ivanka, a la revista *Time* en respuesta a unos extractos del libro *Perón y los alemanes*, del autor del presente volumen, publicados en la «Latin American Edition» de dicha revista el 30 de noviembre de 1998.

[225] Meding, *Flucht von Nürnberg?* El autor basa su relato en entrevistas con el propio Schulz realizadas en 1990.

[226] Como prueba de que Piñeyro actuaba a las órdenes directas de Perón, así como de su pertenencia al servicio secreto de Freude, véase carta del embajador argentino a Dinamarca, 29 de agosto de 1947, en el expediente personal de Piñeyro, pág. 268, MRE. Gurevich y Warzawski, *Proyecto Testimonio*, vol. I, págs. 498-500.

[227] Meding, *Flucht von Nürnberg?*

[228] «Detención del ciudadano argentino Carlos Schulz por falsificación de pasaporte», MRE, DAP, Dinamarca, 1947, Legajo 8.

[229] Los Archivos Nacionales daneses albergan gran cantidad de documentos relativos a la misión de rescate de Piñeyro y Mouret, de los que el periodista Jakob Rubin, del *Morgenavisen Jyllands-Posten*, remitió amablemente copias al autor. Véase también Meding, *Flucht von Nürnberg?* El embajador argentino en Dinamarca era José Fausto Riéffolo Bessone.

[230] Sobre Lienhardt, véase el interrogatorio del oficial de alto rango del SD Theodor Paeffgen, 29 de diciembre de 1945, NARA, RG 59, 250/48/30/07, Caja 24, pág. 19.

[231] Un nazi que el *Falken* dejó atrás cuando zarpó fue el capitán de las SS Arthur Gronheim, jefe del SD en Oslo durante la guerra. Reclutado por Suecia después del conflicto, colaboró en la investigación sobre las actividades del SD en Escandinavia. En 1948 Suecia le pidió a Argentina que aceptara a Gronheim, que llegó a Buenos Aires a bordo del vapor *Orinoco* el 20 de agosto de 1948; véase MRE, DAP, Suecia, 1948, Expediente 9.

[232] El autor agradece al periodista Jakob Rubin, ya mencionado, las copias de los documentos relevantes sobre Gross conservados en los Archivos Nacionales daneses. Para un estudio detallado sobre Gross y las actividades del SD en Argentina durante la guerra, véase Goñi, Perón y los alemanes. (Cabe aclarar que el Kurt Gross de la SD aquí referido no es el mismo Kurt Gross de la Luftwaffe retratado en la foto de tapa de este libro, tratándose de simple homónimos.)

[233] El autor da las gracias a Hans Christian Thaysen, de la página web Gay Holocaust en Dinamarca, por llamar su atención sobre el caso Vaernet, así como al periodista Jakob Rubin, ya mencionado, quien durante el año 1999 entrevistó a los parientes de Vaernet en Argentina, por compartir sus notas además de diversas fotocopias de documentos relacionados con Vaernet conservados en los Archivos Nacionales daneses. En 1999, el Ministerio de Salud argentino negó que tuviera información alguna sobre Vaernet, pero su Legajo Personal en el ministerio era el número 11.692; véase la solicitud de ciudadanía de Vaernet, AGPJM, Dossier 3480. Ver también el libro publicado en Dinamarca sobre Vaernet, *Carl Værnet. Der danske SS-Arzt im KZ Buchenwald*, Hans Davidsen-Nielsen, Niels Høiby, Niels-Birger Danielsen, Jakob Rubin.

[234] Meding, Flucht von Nürnberg?

[235] Robert Potash, en Informe Final de la CEANA, 1999. Véase también DNM, archivo «Pulgas», Expediente 78220/46, sobre la llegada a Argentina del ingeniero aeronáutico polaco Tadeusz Gordon, que fue detenido a bordo del vapor Buenos Aires el 31 de diciembre de 1946, y posteriormente liberado tras la intervención del «asesor» de Migraciones para inmigrantes polacos Miroslav Arciszewski, y del comandante en jefe de la Fuerza Aérea argentina Bartolomé de la Colina. Según el expediente, Gordon había estado trabajando para la aviación militar británica desde 1940.

[236] Robert Potash, en Informe Final de la CEANA, 1999. Sobre la

proximidad de Jeckeln con Eva Perón en Suiza, véase «Liste des invités suisses et argentines» en el extenso dossier relativo a la visita de la primera dama conservado en los Archivos Nacionales de Suiza.

[237] Sobre Helfrich y Jeckeln, véase Robert Potash, en Informe Final de la CEANA, 1999. Respecto a los detalles de su trayectoria, su supuesta reunión con Perón en Alemania, su huida y sus «asados» con Perón en Buenos Aires, entrevista del autor con su hijo Manuel Helfrich, 18 de abril de 2000. Sobre la afirmación del propio Perón de que había viajado por las autopistas de Hitler, véase Luca de Tena y otros, *Yo, Juan Perón*, pág. 28. Helfrich era el miembro del Partido Nazi número 3.391.580; véase NARA, RG 242, Listas del Partido Nazi. Manuel Helfrich, que partió de Suiza junto con su padre, recuerda bien el pasaporte argentino que su familia siguió conservando durante muchos años. En la lista de pasajeros del ferry General Alvear de Montevideo, donde el vuelo de KLM hacía su última parada, Herbert Helfrich está registrado como portador del «documento de identidad 15»; véase DNM, Fluviales, E-F 1947, Libro 137, 25 de julio de 1947.

[238] Entrevista con el embajador retirado Guillermo Speroni, 15 de noviembre de 1999. Asimismo, entrevista anónima, 30 de junio de 2001.

[239] «Auswanderung von Flüchtlingen nach Argentinien 1947/48», Handakten Bundesrat von Steiger, E4001(C)-/1, vol. 267, Archivos Federales Suizos, especialmente memorando de Rothmund del 1 de abril de 1948, y el memorando de su reunión con Helfrich y Moss, 15 de abril de 1948. Robert Potash, en Informe Final de la CEANA, 1999. Entrevista del autor con Manuel Helfrich, 18 de abril de 2000.

[240] Sobre el pasaporte de Fuldner, véase informe de la policía de Berna sobre Carlos Fuldner, 13 de octubre de 1948, Handakten Rothmund, Dossier Verkehr mit Argentinien. Respecto a su pluriempleo y a la cálida expresión de gratitud de Freude hacia Llambí por haber ayudado a Fuldner, véase Freude a Llambí, 6 de julio de 1948, MRE, DP, Suiza, 1948, Expediente 3, pág. 19.

[241] Sobre Fuldner y la DAIE en Génova, véase memorando de Steiger, 15 de abril de 1948, Archivos Federales Suizos, E4001(C)-/1, vol. 267.

[242] Interrogatorio del agente de Schellenberg en Suiza, Hans-Wilhelm Eggen, PRO, WO 204/12814. Se sospechaba que Schellenberg, que estaba metido en todo, incluyendo un puesto en el consejo de administración de Standard Electric en Alemania y diversos contactos con Unilever, hacia el final de la guerra había ingresado fondos en cuentas secretas en Suiza; «External Assets of Walter Schellenberg», NARA, RG 407/270/69/23/7, Caja 1044. Después de la guerra Masson fue juzgado por su presunta colaboración con los nazis, aunque finalmente

fue absuelto.

[243] Heinz Roschewski, «Heinrich Rothmund in seinen Akten», en Die Schweiz und die Flüchtlinge, Berna, Haupt, 1997.

[244] Alfred Häsler, The Life Boat is Full, Nueva York, 1969, pág. 323. Gaston Haas, Wenn Man Gewusst Hätte, Basilea y Frankfurt, 1994, pág. 125.

[245] Heinz Roschewski, «Heinrich Rothmund in seinen Akten», en Die Schweiz und die Flüchtlinge, Berna, Haupt, 1997.

[246] Walter Schellenberg, The Labyrinth, Nueva York, Harper & Brothers, 1956, pág. 379. Los transportes se detuvieron cuando Hitler interceptó un mensaje de la inteligencia francesa afirmando que en realidad su objetivo era que diversos jefes nazis pudieran escapar.

[247] Sobre la IRO como destino del oro nazi no monetario, véanse los informes «Eizenstat» de 1997 y 1999, publicados por el Departamento de Estado. En relación con las diversas visiones opuestas de la IRO en Argentina, véase Sumario Diana, AGN, STP, Caja 547, págs. 14-18 y 19-24. En 1945-1947 la IRO operaba con las siglas de IGCR (Inter-Governmental Committee on Refugees - Comité Intergubernamental para los Refugiados).

[248] «Zusammenstellung der am 22. Februar 1946 noch in der Schweiz anwesenden Zivilflüchtlinge nach Staatsangehörigkeit», Handakten Rothmund, Dossier Verkehr mit Argentinien, E 4800.1, 1967/111, Bd. 70 (DNR 311), Archivos Federales Suizos.

[249] Memorando de Rothmund a Steiger, 23 de diciembre de 1947; y cartas de Feer a Rothmund, 9 de enero y 20 de febrero de 1948; todo en «Auswanderung von Flüchtlingen nach Argentinien 1947/48», Handakten Bundesrat von Steiger, E4001(C)-/1, vol. 267, Archivos Federales Suizos. Solicitud de ciudadanía argentina de Smolinski, AGPJN, Dossier 4168. Entre otras cualificaciones, Smolinski había proporcionado un domicilio seguro a la esposa y la madre de Fuldner en una granja que poseía en la provincia de Buenos Aires cuando éstas acababan de llegar de Alemania.

[250] Memorando de Rothmund, 27 de enero de 1948, Archivos Federales Suizos, E4001(C)-/1, vol. 267.

[251] Memorandos de Rothmund a Steiger, 19 y 20 de febrero de 1948, así como de Rothmund a Tzaut, 19 de marzo de 1948; todos en «Auswanderung von Flüchtlingen nach Argentinien 1947/48», Handakten Bundesrat von Steiger,

E4001(C)-/1, vol. 267, Archivos Federales Suizos. Respecto a la actitud suiza de «no hacer preguntas» a los alemanes que partían, véase «Illegal Movement of Citizens to Argentina», 1 de marzo de 1948, Inclusión 2, NARA, RG 319/270/11/33/3, Caja 2882.

[252] «Illegal Movement of Citizens to Argentina», 1 de marzo de 1948, NARA, RG 319/270/ 11/33/3, Caja 2882. Una revisión de las listas de las SS y del Partido Nazi en NARA, RG 242, no halló los nombres de Deckert ni de Schultz. Respecto a las pruebas de que los billetes de la KLM los pagaba el gobierno argentino, véase carta de la oficina de la DAIE en Génova – a la que por error se le habían cobrado dos billetes de la KLM– a la embajada argentina en Roma, nota 162 AA, 9 de mayo de 1949, archivos de la embajada argentina en Roma.

[253] Memorandos de Rothmund del 18 de marzo y el 1 de abril de 1948; carta a Zehnder, 23 de marzo de 1948; sobre Fuldner y la OIR, grabación de la entrevista a Steiger, 15 de abril de 1948; todo en los Archivos Federales Suizos, E4001(C)-/1, vol. 267.

[254] Memorando de Rothmund, 15 de abril de 1948, en *ibíd.*

[255] Memorandos del 9 y el 15 de abril de 1948, en *ibíd.* Sobre los papeles interpretados por Helfrich y Moss, véase entrevista del autor con Speroni, 15 de noviembre de 1999. Al menos una persona estaba de acuerdo con Rothmund: Smolinski envió un cable al jefe de policía a través de la legación suiza en Buenos Aires, donde señalaba que mantener abierto Marktgasse era «superf luo y peligroso teniendo en cuenta a los aliados»; comunicación de Smolinski a Rothmund, 16 de abril de 1948, Archivos Federales Suizos.

[256] Comunicación de Rothmund a Zehnder, 7 de junio de 1948, Handakten Rothmund, Verkehr mit Argentinien, E 4800.1 1967/111, Bd. 70 (DNR311), Archivos Federales Suizos. Sobre las pruebas de que Fuldner y Llambí respondían a las directrices de Freude desde Buenos Aires, véase carta de Freude a Llambí, 6 de julio de 1948, MRE, DAP, Suiza 1948, Expediente 3, pág. 19.

[257] Comunicación de Fuldner a Rothmund, 15 de junio de 1948, Handakten Rothmund. Sobre el viaje de Rothmund a Roma, véase «Schweizerisch-italienische Verhandlungen über die italienischen Arbeitskräfte in der Schweiz, Visums- und Passfragen, sowie das Statut der Schweizer in Italien vom 14. bis 22. Juni 1948 in Rom», DoDiS 2717, Archivos Federales Suizos. Rosu era un criminal de guerra rumano que finalmente se afincó en Estados Unidos.

[258] Informe de Müller, 5 de agosto de 1948, Archivos Federales Suizos.

[259] Lista de pasajeros del Argentina, 16 de octubre de 1948, DNM. Ian Sayer y Douglas Botting, *Nazi Gold*, Londres, Granada, 1984.

[260] Informe de la policía de Berna sobre Fuldner, 13 de octubre de 1948, Dossier Verkehr mit Argentinien.

[261] Comunicación de Feer a Tzaut, 15 de noviembre de 1948, y de Feer a Rothmund, en la misma fecha; ambos en Handakten Rothmund, Verkehr mit Argentinien, E 4800.1 1967/111, Bd. 70 (DNR311), Archivos Federales Suizos.

[262] Véanse las dos cartas sobre Draganovic y Fuldner, de Feer a Rothmund, ambas del 17 de noviembre de 1948, en Handakten Rothmund, Verkehr mit Argentinien. Pomeranz también acusó a Fuldner de falsificar su pasaporte oficial inscribiendo el rótulo de «Envoyé Spécial de la Présidence» en un pasaporte en blanco proporcionado por Llambí. Eso parece innecesario, ya que Fuldner era realmente un enviado de Perón.

[263] Borrador de carta sin fecha de Rothmund a Feer, en Dossier Verkehr mit Argentinien.

[264] Informe de la policía de Berna sobre Fuldner, 13 de octubre de 1948; asimismo, informe de Tzaut sobre la reunión con Helfrich, 29 de enero de 1949; ambos en Dossier Verkehr mit Argentinien.

[265] Comunicación de Cuttat a Rothmund, 22 de marzo de 1949, Archivos Federales Suizos. Para un informe detallado de las actividades de Cuttat en Buenos Aires durante la guerra, véase Goñi, Perón y los alemanes.

[266] «Exposé relatif à l'émigration en Argentine de réfugiés séjournant en Suisse», 2 de febrero de 1950, en Handakten Rothmund, Verkehr mit Argentinien, Archivos Federales Suizos. En 1955 Suiza igualó algo el tanteo cuando negó la entrada a Perón, que buscaba un lugar donde exiliarse tras ser depuesto por un golpe militar; Dossier Verkehr mit Argentinien, sección «Perón».

[267] Interrogatorio de Eggen, 20 de febrero de 1946, PRO, WO 204/12814. «Le fils du général Guisan sous surveillance», *L'Hebdo*, N° 28, 10 de julio de 1997; y el documental de DSR-TV *Evitas Geheimnis*, de Frank Garbely, 1998. Véase también Benito Llambí, *Medio siglo de política y diplomacia*, Buenos Aires, Corregidor, 1997.

[268] Nota de Benavente Perón del 24 de marzo de 1949, y nota 503 CA, 7 de junio de 1949, en los archivos de la embajada argentina en Roma. Sobre Jorge, Decreto 25863, 13 de octubre de 1949, AGN, STP, Caja 547; y memorando de la

reunión con Rothmund, 3 de febrero de 1950, en Handakten Rothmund, Verkehr mit Argentinien, E 4800.1 1967/111, Bd. 70 (DNR311), Archivos Federales Suizos. Véase también entrevista del autor con Speroni, 27 de abril de 2000.

[269] Sobre la llegada de Dewoitine, DNM, Listas de Pasajeros, mayo de 1946, Lista 46.

[270] Sobre la llegada de Daye, lista de pasajeros de Iberia EC-DAQ, 21 de mayo de 1947, DNM, archivo «Chela». Véase también el expediente argentino que contiene la petición belga del arresto de Daye, MRE, DP, Bélgica, 1947, Caja 14, Expediente 9. Véase también memorias de Daye, cap. LIV. Respecto a la vieja amistad de Daye con Jaspar, véase carta de Jaspar a Daye, 26 de noviembre de 1935, CEGES, FPD, Dossier 17. Sobre la llegada conjunta de Ruyschaert, Lecomte y Areilza, véase la lista de pasajeros del Cabo Buena Esperanza, DNM, mayo de 1947, Lista 17. Los tres criminales de guerra croatas que llegaron con Claeys en el Campana eran Mirko Eterovic, Karlo Korsky y Nikolic Vinko; DNM, junio de 1947, Lista 16. En un episodio embarazoso, en 1999, se descubrió que Eterovic seguía vivo en Argentina. Éste escapó al extranjero y regresó unos meses después, tranquilizado por el hecho de que no se hubiera iniciado ninguna demanda de extradición contra él.

[271] El ex funcionario de Migraciones y de la DAIE José Otero recuerda que Perón y Evita asistían los miércoles a reuniones celebradas en la Escuela Superior Peronista, en el antiguo edificio de Migraciones situado en la calle de San Martín, donde se trató del rescate de nazis como preparación para una tercera guerra mundial; entrevista con el autor, 9 de octubre de 1998. Respecto a la cita de Daye, véanse memorias de Daye, cap. LIV.

[272] Memorias de Daye, cap. LIV. Véanse también cartas de Daye a Paz, 15 de agosto de 1949, y de Paz a Daye, 19 de agosto de 1949, ML 2598. En su autobiografía, Paz no menciona a Daye, pero sí su visita a España, sus discusiones privadas con Perón respecto a la «Tercera Posición» y su empleo en el Museo de Bellas Artes, todo lo cual coincide con la relación que hace Daye de sus encuentros; véase Hipólito Paz, Memorias, Buenos Aires, Planeta, 1999, págs. 114, 141 y 152.

[273] Memorias de Daye, cap. LIV. Sobre el uso de la valija diplomática española por parte de Daye, véase la correspondencia entre Daye y Ezequiel de Selgas, 1947-1948, CEGES, FPD, Dossier 531. Selgas había sido agregado cultural español en la París ocupada; véase embajada estadounidense en Madrid, 5 de febrero de 1947, NARA, RG 59, 250/38/13/6, Caja 6749, documento obtenido al amparo del Acta de Libertad de Información estadounidense, 16 de junio de 2000. Sobre el plan de emigración masiva de Lagrou, véase CEGES, FPD, Dossier 540. Los miembros del personal presidencial que aparecían en la lista del Stanley eran

el capitán Guillermo D. Plater, el capitán Antonio S. Otero, y Atilio Ravanetti; también figuraban en la lista el archinacionalista Cosme Beccar Varela, el embajador español Areilza, y varios otros fugitivos; véase ML 2579 (1).

[274] Lista de pasajeros del Monte Ayala, DNM, Listas de Pasajeros, julio de 1947, Lista 7. Véase también carta de Hoover a Daye, 21 de diciembre de 1945; de Daye a Daele, 20 de junio de 1947, y de Daele a Daye, 10 de agosto de 1947; todas ellas en CEGES, FPD, Fondo 488.

[275] Memorias de Daye, cap. LIV.

[276]

Durante la investigación para este libro el autor encontró escasos documentos estadounidenses con referencias directas al rescate de nazis por Carlos Fuldner y Rodolfo Freude, y todos ellos en un grupo de cajas que contenían documentos clasificados del Departamento de Estado: «Decimal Files 1945-1949», 862.20252. Curiosamente, esas cinco cajas (6746-6750) contenían una cantidad inusualmente numerosa de «notificaciones rosadas» que mostraban que casi la mitad de los documentos que contenían habían sido retirados por los organismos que los habían generado. La solicitud de dichos documentos al amparo del Acta de Libertad de Información estadounidense dio como resultado la desclasificación de aproximadamente la mitad de los documentos solicitados, lo que arrojó bastante luz sobre la red nazi de Perón. La mitad restante todavía no se ha desclasificado. Respecto al documento desclasificado sobre los contactos de Lesca en Madrid, véase embajada estadounidense en Madrid, 5 de febrero de 1947, NARA, RG 59, 250/38/13/6, Caja 6749, desclasificado el 16 de junio de 2000.

[277] Embajada estadounidense en Madrid, 5 de febrero de 1947, NARA, RG 59, 250/38/13/6, Caja 6749, desclasificado el 16 de junio de 2000. Respecto a los informes sobre la transferencia de fondos a Argentina por parte de Laval, OSS XL2888, NARA, RG 226, 190/4/13/4, Caja 32, Entry 19; asimismo, comunicación de la embajada estadounidense en Buenos Aires al Secretario de Estado, N° 16827, 9 de diciembre de 1944, documento proporcionado al autor por el Congreso Judío Mundial.

[278] Memorias de Daye, cap. LIV. Puede verse un ensayo exhaustivo de Daye sobre la «Tercera Posición» en «Note remise à Guy Miermans», 16 de diciembre de 1947, CEGES, FPD, Dossier 490.

[279] Sobre la aprobación del papa a la propuesta de «amnistía nazi» de Hudal, véase Sanfilippo en el Informe Final de la CEANA, 1999. Hudal siguió propugnando una amnistía hasta finales de la década de 1950, llegando a escribir al presidente Truman en favor del antiguo ministro de Asuntos Exteriores nazi

Neurath, cuyo hijo se había establecido en Argentina.

[280] Para una historia detallada del apoyo de Perón a Franco en las Naciones Unidas, ver *The Franco-Perón Alliance*, Univeristy of Pittsburgh Press, 1993.

[281]

Sobre la prohibición de celebrar la caída de Berlín, véase *La Razón*, 23-27 de abril de 1945. Respecto a los ataques a los estudiantes que de todos modos la celebraron el 2 de mayo, véase Eduardo E. Sammartino, *La verdad sobre la situación argentina*, Montevideo, 1950.

[282] Para un análisis más detallado de las gélidas relaciones entre Perón y los diplomáticos franceses y belgas, véase Diana Quattrocchi-Woisson en el Informe Final de la CEANA, 1999. Entre los antiguos oficiales de la Ustasa que formaron parte de la guardia personal de Perón se hallaban Mile Ravlic, alias Milo Bogetic, y Vlad Secen. El ex diplomático croata Branko Benzón se convirtió en amigo personal de Perón y de Evita. Los tres croatas abandonaron Argentina junto con Perón cuando éste fue depuesto y se exilió en 1955.

[283] Nota a Perón, 9 de diciembre de 1947, CEGES, FPD, Dossier 492.

[284] Comunicación de Daye a Serna, 25 de febrero de 1948, CEGES, FPD, Dossier 514.

[285] Propuesta al embajador Arce, 18 de diciembre de 1947, CEGES, FPD, Dossier 491.

[286] Quienes propugnaban la amnistía nazi eran, también ellos, bastante sospechosos. El embajador español Areilza fue saludado con consignas antisemitas por entusiastas nacionalistas argentinos cuando Perón le invitó a aparecer en el balcón de la Casa Rosada el día en que presentó sus credenciales; véase Rein, *The Franco-Perón Alliance*, pág. 47. El embajador Arce, durante su anterior destino en China, había llevado a cabo una enorme estafa contra los judíos, a los que vendía visados argentinos al precio de 2.000 dólares por familia; véase MRE, DCA-MCT, 1946, Expediente 3263. Este expediente contiene un estremecedor número de cartas de judíos que pagaron personalmente a Arce para llegar a Argentina a través de China, una ruta que no era inusual para los refugiados de la posguerra e incluso para los fugitivos nazis. El número de personas esquilmadas era tan inmenso que el gobierno argentino hubo de cancelar todos los visados expedidos por Arce hasta el 1 de septiembre de 1946, poco antes de que se le destinara a la ONU; véase el *Shanghai Evening Post*, 5 de septiembre de 1946.

[287] Comunicación de Daye a Serna, 25 de febrero de 1948, CEGES, FPD,

Dossier 514. En esta carta, Daye informaba a Serna de que ya no había que «mantener al día» al nacionalista argentino Juan Carlos Goyeneche de las actividades del grupo de rescate. Para redactar las listas de España, Serna recibiría la ayuda de un amigo de Daye, el conde Christian du Jonchay, de Clarita Stauffer y de Casilda Cardenal. Stauffer, confabulada con el cónsul argentino en Barcelona y con un empresario alemán, ayudaba a los fugitivos alemanes a escapar a bordo de barcos que, partiendo de Génova, hacían su primera escala en Barcelona; véase Meding, *Flucht vor Nürnberg?*, cap. 4. Respecto a la ayuda a largo plazo de Fuldner a Daye, véase carta de Fuldner a Daye, 26 de diciembre de 1948, ML 2598.

[288] Solicitudes de permisos de desembarco de Daye a Guilbaud-Degay, 31 de enero y 8 de febrero de 1949; CEGES, FPD, Dossier 488. Sobre el papel de Hoover y Lagrou en la presentación de solicitudes y la relación de Daye con Diana, véase Sumario Diana, AGN, STP, Caja 547. También respecto a Daye y Diana, comunicación de Daye a Lesca, 8 de junio de 1948, Dossier 488; y correspondencia entre Daye y Mahieu, Dossier 552.

[289] Comunicación de Daye a Lesca, 8 de junio de 1948; de Daye a Dewoitine, 21 de febrero de 1948; de Dewoitine a Daye, 26 de febrero de 1946; también de Daye a Barrère, 29 de marzo de 1948; todas en CEGES, FPD, Dossier 488. En la última carta Daye recomienda al obispo argentino a un tal «doctor Müller», aparentemente el supuesto criminal de guerra «Juan Nicolás» Müller, un médico belga que en la década de 1990 sería entrevistado por periodistas del diario *La Capital*, de Mar del Plata. El doctor Müller explicaría que el gobierno de Perón le había ofrecido trabajo en la provincia septentrional de Santiago del Estero, un hecho mencionado en la carta de Daye.

[290]

Lista de pasajeros del *Adelaar*, 5 de noviembre de 1948, DNM. Smekens y Hollants entraron en Argentina al amparo del Expediente de Migraciones 179095/48, mientras que una serie de expedientes numerados casi consecutivamente correspondían a solicitudes patrocinadas por la oficina presidencial de Perón, así como a las solicitudes del criminal de guerra belga Gabriel Jooris, del ex agente del *Abwehr* Reinhard Kops, y del criminal de las SS «Francisco» Vötterl. El expediente de Sassen, el 186912/48, también se metió con calzador entre las solicitudes patrocinadas por la oficina de Perón, una solicitud de Hans Hefelmann, del programa de eutanasia de Hitler, y otra compañía igualmente distinguida.

[291] Entrevista con Klaus Fabiny, 19 marzo 2005.

[292] Solicitud de ciudadanía de De Braekeleer, AGPJN, Dossier 7665. Entre quienes respondieron por el belga se hallaban los criminales de guerra Daye, Degay, Bockaert y un funcionario del Partido Peronista. Llegaron cartas del futuro

cardenal belga Jozef Cardijn y de la Unión Católica Internacional para el Servicio Social de Bruselas. Véanse tarjetas de desembarco de De Braekeleer y de Van Damme, DNM, archivo «Chela».

[293] Memorias de Daye, cap. LIV. Daye no menciona la propiedad eclesiástica de la sede de la SARE, que, sin embargo, se puede verificar en el Ministerio de Justicia argentino, Registro de la Propiedad Inmueble, título de la propiedad N° 18-5149.

[294] Sobre el respaldo de Copello a Franco, véase Despacho Secreto OSS «Vatican Intelligence on Argentine Attitude toward Franco», 19 de diciembre de 1944, NARA, RG 226, M1642, Rollo 31, Imagen 358. Respecto a las visitas de Copello a la embajada alemana, véase Ronald Newton, *The Nazi Menace in Argentina*, Stanford, 1992. Sobre la «Tercera Posición» del cardenal, véase Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica*, p. 46. Copello se reunió en 1949 con Julien Dalbin, del partido francés RTF, que también se adhería a la «Tercera Posición» de Perón; véase carta de Dalbin a Daye, 24 de marzo de 1949, CEGES, FPD, Dossier 493. El funeral de Copello por Pétain está consignado en las memorias de Daye, cap. LIX, pág. 1.508.

[295] Estatutos de la SARE, 29 de junio de 1948; asimismo, notas manuscritas de la SARE sin fecha; todo ello en CEGES, FPD, Dossier 487. Luttor aparece mencionado en el denominado «Informe La Vista» de la inteligencia estadounidense, «Illegal Emigration Movements In and Through Italy», 15 de mayo de 1947, NARA, RG 59, «Decimal Files 1945-1949», Caja 4080. Sobre su llegada a Argentina, véase DNM, lista de pasajeros del Andrea Gritti, 27 de abril de 1947; así como su tarjeta de desembarco, DNM, archivo «Chela». También se menciona afectuosamente a Luttor en las memorias del almirante Horthy, regente de Hungría durante la guerra. Otros asociados de la SARE parecen haber sido P. D. Skúlj y Anton Kubic, de Eslovenia, y un tal Protish, de Bulgaria. El Haas que se menciona en los papeles de la SARE podría ser el mismo «Francisco» Haas que entró en Argentina al amparo del Expediente de Migraciones 207206/48, cursado por la oficina del presidente Perón, AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 60 y 359.

[296] Comunicación de SARE a sus miembros, 11 de octubre de 1948, CEGES, FPD, Dossier 487.

[297] Memorias de Daye, cap. LIV.

[298] La cifra de más de cien proviene del expediente de SARE en los papeles privados de Daye, CEGES, FPD, Dossier 488, integrado principalmente por copias de la correspondencia entre Daye y los fugitivos que aguardaban a ser

rescatados en Europa. Sobre los tres alemanes, véase la nota fechada el 3 de febrero de 1949 en el mismo dossier.

[299]

Sobre la muerte de Lesca, véase la nota in memoriam publicada por su esposa, María Levray, en el periódico *La Nación*, el 12 de enero de 1949.

[300] Comunicación de Daye a Mahieu, 2 de febrero de 1949, CEGES, FPD, Dossier 552.

[301] Véase el informe Mathus-Hoyos, de marcado cariz antisemita y anticomunista, 18 de febrero de 1949, AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 12-18. Resulta destacable el enfado del jefe del consulado en Varsovia, Alejandro Orfila, que afirmaba que el «caso Stirleman» y los de otros «indeseables» que entraron en Argentina constituían «una de las cosas que más dolor le había producido en su carrera». Durante la dictadura de 1976-1983 en Argentina, Orfila fue secretario general de la Organización de Estados Americanos en Washington.

[302] Véase informe de Carlos T. Brunel, 5 de mayo de 1949, AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 26-28. Durante la guerra Brunel había sido cónsul de Argentina en Praga y, posteriormente, en Hamburgo. Después del conflicto estuvo destinado en Génova y en Beirut. Finalmente, se le hubo de llamar de nuevo a Buenos Aires a causa de su conducta inmoral y a sus «expresiones insultantes contra los árabes en general»; véase Gurevich y Warzawski, Proyecto Testimonio.

[303] Informe Virasoro, sin fecha, AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 19-24. Sobre el historial criminal de Virasoro, véase Gurevich y Warzawski, Proyecto Testimonio. Los consulados en Europa, sin contar los sobornos bajo mano, generaron grandes cantidades de dinero expidiendo visados. Durante el período 1948-1949, y sólo en siete meses, Virasoro recaudó 270.000 dólares en honorarios consulares por expedir unos 7.000 visados.

[304] Interrogatorio del agente del SD Hans Harnisch, Anexo N° 2 al Despacho 11208 de la embajada estadounidense en Berlín, 31 de octubre de 1947, NARA, RG 84, 350/48/22/3, Caja 102.

[305] Testimonios de Luis María Orliacq, Óscar Amaya, Dalmiro Amaya y Eduardo Hartkopp, 23 de mayo de 1949, AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 32-40. Orliacq, que murió en 1973, era un recluta de la armada que solía acompañar a Evita cuando salía de compras, «firmando los cheques», según su prima Leónides Uhalt Orliacq, entrevistada por el autor el 18 de noviembre de 1997. Hartkopp murió en 1997, y el 13 de junio del mismo año Rodolfo Freude publicó una nota en La Nación recordando a aquel «grande y querido amigo». Estos agentes de la División Informaciones se encargaban de llevar solicitudes de permisos de desembarco de la Casa Rosada a la Dirección de Migraciones, además de «sobres cerrados» (presumiblemente con dinero) de Freude a diversos funcionarios de Migraciones, que servían para agilizar los trámites burocráticos de dichas solicitudes.

[306] AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 29-30.

[307] Testimonio de Fuldner en el Sumario Diana, 12 de septiembre de 1949, AGN, STP, Caja 547, pág. 340.

[308] Testimonios de Magistrali, 24 de junio de 1949, págs. 136-142; de Castro, 16 de agosto de 1949, págs. 174-175; de Fuldner, 18 de agosto de 1949, págs. 181-182; y de Mansilla, 18 de agosto de 1949, págs. 183-184; todos en Sumario Diana.

[309] Testimonio de Diana, 6 de junio de 1949, págs. 95-99, Sumario Diana.

[310] Véanse las conclusiones del director general del Instituto Étnico, 27 de septiembre de 1949, Sumario Diana, págs. 423-424.

[311] Decreto Presidencial 18041, 30 de julio de 1949, Sumario Diana, págs. 399-401. Durante el sumario se examinaron unos 1.000 expedientes de permisos de desembarco, de los que 334 se incluyeron en el sumario. Alrededor de la tercera parte de ellos eran expedientes colectivos de asociaciones como el Comité de Acción Eslovaca de Durcansky, el Comité Anticomunista Nacional Búlgaro, el Comité Croata, Vianord (la agencia de Fuldner), y la oficina presidencial de Perón. El resto eran en su mayor parte expedientes individuales para inmigrantes judíos, y son éstos los que se citan en las conclusiones de la investigación.

[312] Sumario Diana, testimonio de Héctor Emilio Magistrali, 23 de junio de

1949, p. 129; véase también pág. 357. En Migraciones, las solicitudes de la entidad peronista Organización Israelita Argentina (OIA) recibían un trato preferente; véase testimonio de Emilio Scrigna, 6 de septiembre de 1949, Sumario Diana, págs. 303-305.

[313] Testimonio de Diana, 6 de junio de 1949, págs. 95-99, Sumario Diana. Véase también carta de Daye a Dubois, 26 de junio de 1948, CEGES, FPD, Dossier 525. Hoover fue descubierto por otro criminal de guerra, Stefan Seynhaeve.

[314] Memorias de Daye, tomo 7, «Cahiers complémentaires», cap. LX, pág. 1025, 3 de noviembre de 1951.

[315] Memorias de Daye, cap. LIV. El nacionalista argentino Juan Carlos Goyeneche también era profesor en la universidad; véase carta de Daye a Goyeneche, 12 de enero de 1948, CEGES, FPD, Dossier 488; véase también Juan Carlos Goyeneche, Ensayos, discursos, artículos, Buenos Aires, Dictio, 1976, pág. 605. Otro nacionalista, Cosme Beccar Varela, estaba ansioso por ayudar a Daye a recuperar su puesto; véase carta de Nelis a Daye, 24 de julio de 1948, CEGES, FPD, Dossier 559.

[316] Véanse cartas de Daye a Paz, 15 de agosto de 1949; de Paz a Daye, 19 de agosto de 1949; de Daye a Paz, 13 de septiembre de 1949; y de Paz al rector de la Universidad de La Plata, Luis Irigoyen, 4 de diciembre de 1950; todas en ML 2598.

[317] Véase el «Expediente de Naturalización» entre los papeles privados de Daye en Bruselas, ML 2570 (1). En Buenos Aires, un cuidadoso examen de los registros de solicitudes de ciudadanía conservados en los archivos judiciales (AGPJN) no sirvió para dar con el expediente de Daye. Véase también memorias de Daye, cap. LVII.

[318] Acta de Constitución del Centro de Fuerzas Nacionalistas, 21 de julio de 1949, CEGES, FPD, Dossier 489. Sobre la «melancolía» de Pavelic, véanse memorias de Daye, tomo 7, «Cahiers complémentaires», cap. LXI, pág. 1044. El verdadero nombre del padre Eusebio era Sigfrido Zappaterreni. El Centro se constituyó en la sede del Partido Socialista Italiano, en el número 271 de la calle de Pozos, en Buenos Aires, el 21 de julio de 1949. Un detallado documento de mediados de 1949 sobre el Movimiento Socialista Italiano en Argentina se menciona en Jorge Camarasa, Odessa al Sur, Planeta, 1995, págs. 248-250. Se cree que Erich Priebke actuó como traductor en las reuniones entre Vittorio Mussolini y Hitler. Mussolini, que era cineasta de profesión, fue coautor de una película junto a Roberto Rossellini en 1938, mientras que durante la época fascista Luchino Visconti escribió para la revista de Mussolini, Cinema. A su muerte en Roma, en 1997, unos sesenta extremistas, vestidos con atuendo de militar de color negro, hicieron el

saludo fascista en el funeral.

[319] Memorias de Daye, caps. LVI y LVII. El 4 de febrero de 1952 Daye recibió de Bruselas 75 kilogramos de dossieres relacionados principalmente con asuntos rexistas del período bélico; véase memorias de Daye, tomo 7, «Cahiers complémentaires», pág. 1026.

[320] Memorias de Daye, tomo 7, «Cahiers complémentaires», págs. 1044-1045.

[321] Memorias de Daye, cap. LVII.

[322] Memorias de Daye, cap. LVII. Sobre los cafés en La Fragata, véase entrevista del autor con Rogelio García Lupo, un periodista argentino que solía ver a los fugitivos reunirse allí, 13 de octubre de 1998. Según su tarjeta de desembarco, Mosley llegó a Buenos Aires el 1 de noviembre de 1950, DNM, archivo «Chela».

[323] Memorias de Daye, tomo 7, «Cahiers complémentaires», cap. LX, págs. 1020-1021 y 1052-1054.

[324] Memorias de Daye, tomo 7, «Cahiers complémentaires», págs. 1027 y 1052.

[325] Carta de Perón a Daye, 28 de enero de 1953, CEGES, FPD, Dossier 560. Memorias de Daye, tomo 7, «Cahiers complémentaires», cap. LX, p. 1022.

[326] García Lupo, 13 de octubre de 1998. Memorias de Daye, cap. LXII.

[327] Véase interrogatorio de Nélica Rivas, 24 de enero de 1956; también interrogatorio de Nélica Pages, 17 de enero de 1956; ambos en los Archivos de la Cámara de Diputados del Congreso, Vicepresidencia, Comisión Nacional de Investigaciones, Paquete 147-1, 1955. Respecto al comentario de Daye sobre el derrocamiento de Perón, véanse memorias de Daye, cap. LXIII, pág. 1647.

[328] Véanse cartas de Daye a Goyeneche y a Amadeo, ambas del 27 de septiembre de 1955; y de Amadeo a Daye, 31 de octubre de 1955, ML 2598. Asimismo, de Daye a Amadeo, 4 de octubre de 1955, ML 2570-(1). También de Ghenea a Goyeneche, 28 de octubre de 1955, Archivo Goyeneche. Memorias de Daye, cap. LXIII, pág. 1647.

[329] Memorias de Daye, cap. LXIII, págs. 1652-1661.

[330] Sobre la promesa de Durcansky a Göring, véanse los sumarios de

Nuremberg, 4 y 5 de diciembre de 1945. Véase también la descripción de la ruptura de Eslovaquia con Hitler en Alan Bullock, *Hitler*, Odhams, 1952.

[331] Lucy S. Davidowicz, *The War Against The Jews, 1933-1945*. Sobre el papel de Durcansky en el exterminio de los judíos y la creación de «campos de protección», véase Comisión de Crímenes de Guerra de la ONU, Actas N° 74, 8 de octubre de 1946, y N° 138, 3 de marzo de 1948; ambas en PRO, FO 371/71335.

[332] Declaración de Jan Durcansky al juez argentino encargado de la frustrada demanda de extradición contra él, 8 de julio de 1960, AGPJN, Caso 26/1960, pág. 158. También lista de pasajeros del Maria C, DNM, agosto de 1947, Lista 20, según la cual Jan Durcansky llegó bajo el alias, ligeramente distinto, de Giovanni Dubranka.

[333] Nota manuscrita del 22 de febrero de 1946; y nota del War Office del 2 de mayo de 1946; ambas en PRO, FO 371/56061.

[334] Sobre la postura de Estados Unidos en favor del arresto de Durcansky, véase Telegrama Cifrado Secreto 098344, 14 de junio de 1946; respecto al argumento del Foreign Office británico de que no era un criminal de guerra, véase comunicación del Foreign Office al War Office, 20 de junio de 1946; sobre la respuesta a Praga, véase comunicación del Foreign Office británico al embajador Lobkowitz, 14 de junio de 1946; todos en PRO, FO 371/56061.

[335] Comisión de Crímenes de Guerra, N° 74, 18 de septiembre de 1946; nota de la Comisión de Crímenes de Guerra al representante checoslovaco, 18 de octubre de 1946; asimismo, Comisión de Crímenes de Guerra, N° 138, 3 de marzo de 1948; todos en PRO, FO 371/71335.

[336] N7091/3525/12, 2 de diciembre de 1946, PRO, FO 371/56061. Sidor sería admitido finalmente en Canadá «tras la intervención directa del papa Pío XII»; informe Alti Rodal, Apéndice Histórico al Informe de la Comisión Deschenes, Ottawa, 1985, pág. 414.

[337] Para una descripción detallada sobre Durcansky y la inteligencia británica, véase Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, págs. 217-223. Los autores postulan que los grupos anticomunistas de la Europa del Este patrocinados por la inteligencia británica estaban plagados de agentes comunistas que se hacían pasar por antiguos nazis. Comisión de Crímenes de Guerra, N° 138, 3 de marzo de 1948, PRO, FO 371/71335.

[338] Maria C, DNM, agosto de 1947, Lista 20. Los dos croatas que formarían parte de la cadena de rescate en Buenos Aires eran el coronel de la Ustasa Ciril

Cudina, y Marko Sinovcic; entrevista del autor con Sinovcic, 26 de agosto de 1997. También se encontraba a bordo la familia del criminal de la Ustasa Ivo Rojnica, que había llegado anteriormente bajo el alias de Ivan Rajcinovic. El mismo día, el criminal de guerra croata Radovan Latkovic llegaba en el vapor Santa Fe, mientras que el agente polaco Czeslaw Smolinski aterrizaba en el aeropuerto de Buenos Aires a bordo de un DC-4.

[339] Sobre el historial de Jan Durcansky durante la guerra, véase AGPJN, Caso 26/1960; también Gurevich y Warzawski, Proyecto Testimonio, vol. II. Sobre su papel en Migraciones, véanse entrevistas del autor con Marcos Sinovcic, 26 de agosto de 1997, y con el ex funcionario de Migraciones José Otero, 9 de octubre de 1998.

[340] Informe de Coordinación Federal N° 234, 5 de diciembre de 1947, MRE, DP, Varios, 1948, Caja 58, Expediente 1, págs. 6-18.

[341] Comisión de Crímenes de Guerra, N° 138, 3 de marzo de 1948, PRO, FO 371/71335.

[342] PRO, FO 371/71335.

[343] Del expediente de la CIA sobre Durcansky, citado en Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, pág. 218.

[344] Siete expedientes de Migraciones cursados por el Comité de Acción Eslovaca de Durcansky durante el año 1948 aparecen enumerados en la Sumario Diana, AGN, STP, Caja 547. Otro expediente de Migraciones relacionado con eslovacos fue identificado por el autor en los archivos de la embajada argentina en Roma, nota del embajador Giménez al cónsul Aronna, 23 de octubre de 1948. Entre los numerosos ex funcionarios y personalidades eslovacos que se unieron a Durcansky, Dilong y Polakovic en Argentina, se encontraban: Bor, Koloman Geraldini, Hajducek, Ferdinand Hoffmann, Jozef Hronski, Ladislav Jankovic, Jozef Jostiak, Krchnak, el miembro del parlamento Macek, Stanislav Meciar, Stefan Nemcok, Urban y Ernest Zatko.

[345] Sobre la recuperación de sus verdaderos nombres, véase DNM, Listas de Pasajeros, agosto de 1947, Lista 20. Respecto a su ciudadanía argentina, véase AGPJN, Ferdinand Durcansky, Dossier 4489, y Jan Durcansky, Dossier 5489. Sobre la demanda de extradición de Jan Durcansky, véase AGPJN, Caso 26/1960; asimismo, Gurevich y Warzawski, Proyecto Testimonio, vol. II. La extradición de otros dos criminales de guerra, Vojtech Hora y Jan Pekar, fue rechazada simultáneamente por Argentina. Respecto al traslado de Ferdinand Durcansky a Canadá (Estados Unidos no le habría aceptado), véase Loftus y Aarons, *Unholy*

Trinity. Sobre la partida de Jan Durcansky, véase Carlota Jackisch en el Informe Final de la CEANA, 1999.

[346] DGFP, D, 12, actas de las conversaciones entre Hitler y Pavelic, 6 de junio de 1941.

[347] Srdja Trifkovic, *The Real Genocide in Yugoslavia*. Carlo Falconi, *The Silence of Pius XII*, Londres, Faber & Faber, 1970.

[348] Srdja Trifkovic, *The Real Genocide in Yugoslavia*.

[349] PA, Büro RAM, Kroatien, 1941-1042, 442-449. Comunicación IV/D/4 de la RSHA (Gestapo) a Himmler, 17 de febrero de 1942, citada por Trifkovic.

[350] PA, Büro Staatssekretär, Jugoslawien, Bd. 4. Comunicación de Benzler a Ribbentrop, Belgrado, 16 de febrero de 1942, citada por Trifkovic.

[351] OSS OB-6362, Informe A-15489, 25 de noviembre de 1943, NARA, RG 226/190/4/33/7, Entry 23, Caja 30. Es posible que los pasaportes los proporcionara directamente en Croacia la legación diplomática argentina en Zagreb.

[352] Para más detalles sobre la provisión de pasaportes a el SD por parte de Amadeo, véase Goñi, Perón y los alemanes, cap. 7.

[353] Sobre la demanda de extradición de Draganovic, véase nota sobre Yugoslavia, 26 de julio de 1947, PRO, FO 371/67387.

[354] «Consolidated Interrogation Report on Dr. Krunoslav Stefano Draganovic», sin fecha, aunque corresponde al período bélico; «Draganovic, Krunoslav Stefano», 26 de noviembre de 1946; «Father Krunoslav Draganovic; Past Background and Present Activity», 12 de febrero de 1947; NARA, RG 319/631/31/54-54/1-4, Caja 107, Expedientes de Casos IRR. Respecto a la misión de Babic, véase carta al director de *Spremnost Hrvatski Tjednik*, Sydney, abril de 2000; también «White Paper on Andrija Artukovic»; C. Michael McAdams. Sobre Kvaternik, véase Trifkovic, *The Real Genocide in Yugoslavia*; asimismo, Informe Final de la CEANA, 1999. Kresimir Draganovic llegó a Argentina como «residente permanente» el 19 de febrero de 1948 a bordo del Entre Ríos y con un pasaporte de la Cruz Roja, número 69338, y en 1981 adquirió la nacionalidad argentina; véase DNM, Listas de Pasajeros, febrero de 1948, Lista 33; también AGPJN, Dossier de Ciudadanía 29165. Ivan Babic llegó a Argentina bajo el alias de Paolo Donelli; véase lista de pasajeros del Santa Fe, 11 de agosto de 1947, DNM.

[355] Sobre los 2.400 kilogramos ocultos en Berna, véase Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, pág. 132. Sobre las dos grandes transferencias croatas oficiales, véase «The Fate of the Wartime Ustasha Treasury», Informe Eizenstat, junio de 1998, Departamento de Estado. El oro de esas dos transferencias viajó a Suiza junto con 25 toneladas de plata comprada por la Banca Nacional Suiza, y fue ubicado luego de la guerra. No se puede decir lo mismo, sin embargo, de la cantidad — supuestamente grande— de otros fondos públicos y privados croatas que posiblemente ocultó Pavelic en cuentas suizas. Un informe estadounidense menciona entre 12 y 16 millones de francos suizos que los diplomáticos de Tito en Berna estaban tratando de «descongelar» después de la guerra; véase comunicación de Houck a Bigelow, 18 de julio de 1946, NARA, RG 226, Caja 27, Entry 183.

[356] Comunicación de Berger a Himmler, 26 de agosto de 1944; de Kammerhofer a Himmler, 5 de diciembre de 1944, y de Pavelic a Himmler, 31 de diciembre de 1944, NARA, RG 242, T-175, Cuadros 2575473-2575476.

[357] «Caso Stepinac», págs. 19-24, NARA, RG 59, 250/48/29/6, Caja 34, Entry 1073. Véase también «The Fate of the Wartime Ustasha Treasury», Informe Eizenstat, junio de 1998, Departamento de Estado.

[358] «The Fate of the Wartime Ustasha Treasury», Informe Eizenstat, junio de 1998, Departamento de Estado. Vladimir Dedijer, *The Yugoslav Auschwitz and the Vatican*, Buffalo, Nueva York, 1992. Anexo N° 2 al Despacho N° 1 del consulado estadounidense en Zagreb, 26 de septiembre de 1946, NARA, RG 59, 250/48/29/6, Caja 34, Entry 1073.

[359] «Yugoslavia: Present Whereabouts of Former Ustashi Officials», 11 de octubre de 1946, CIA Operational Files.

[360] Informe del Central Intelligence Group (CIG), «Dr. Ante Pavelic», 6 de mayo de 1947; «Yugoslavia: Present Whereabouts of Former Ustashi Officials», 11 de octubre de 1946, CIA Operational Files. «Croatian Gold Question», 2 de febrero de 1951, CIA Reference Files.

[361] Caso del CIC (Counter-Intelligence Corps, o cuerpo de contra-espionaje estadounidense) N° 5650, 29 de agosto de 1947, Roma, Expediente de Ante Pavelic, NARA, RG 319, 631/31/59/04, Caja 173.

[362] «Croatian Gold Question», 2 de febrero de 1951, CIA Reference Files.

[363] Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*. Sobre Pecnikar, véase memorando, 6 de noviembre de 1946, NARA, RG 319/631/31/54-54/1-4, Caja 107, IRR Case Files.

[364] «Croatian Gold Question», 2 de febrero de 1951, CIA Reference Files. Sobre Moskov, véase «Surrender of Yugoslav Quislings», 15 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/36/19/6, Caja 3622. Respecto a Tomljenovic como espía nazi, véase Avro Manhattan, *The Vatican's Holocaust*, Ozark Books, 1986. Existe una posibilidad de que el oro de Moskov se traspasara a Yugoslavia. Según un documento del Departamento de Estado, Londres deseaba que la «propiedad arrebatada a Moskov» le fuera «entregada a Yugoslavia antes de que la solicite»; véase comunicación de Leghorn al Secretario de Estado, 15 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/36/19/6, Caja 3622.

[365] Caso del CIC N° 5650, 29 de agosto de 1947, Roma, Expediente de Ante Pavelic, NARA, RG 319, 631/31/59/04, Caja 173.

[366] Comunicación de Bigelow a Glasset, 21 de octubre de 1946, RG 226, Entry 183, Caja 29.

[367] Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, págs. 132-133. Los autores citan el memorando Harrington, del CIC: «Activity of Bishops Rozman and Saric», 9 de marzo de 1948, obtenido al amparo del Acta de Libertad de Información estadounidense.

[368] «Draganovic, Krunoslav Stefano», 26 de noviembre de 1946; «Father Krunoslav Draganovic, Past Background and Present Activity», 12 de febrero de 1947, NARA, RG 319, 631/31/5254/1-4, Caja 107. Los seis que partieron hacia Argentina fueron Vjekoslav Vrancic, Lovro Susic, Mile Starcevic, Dragutin Rupcic, Vilko Pecnikar y Josip Markovic. Los criminales de guerra y colaboracionistas residentes en San Girolamo recibían una subvención mensual de 6.000 liras; véase «Monsignor Ante Golik», 17 de junio de 1946, NARA, RG 226, Entry 183, Caja 29. Cuando rellenaban el formulario de solicitud de visado en el consulado argentino en Roma, algunos croatas escribían «Via Tomacelli 132» como su última dirección; véase «Certificado de Identificación» de Ivan Asic, 11 de marzo de 1947, DNM, archivo «Pulgas».

[369] «Certificados de Identificación» rellenados por los hermanos Ciklic en el consulado argentino en París, 25 de enero de 1946, DNM, archivo «Pulgas». Véase también lista de pasajeros del Cabo de Hornos, DNM, Listas de Pasajeros, 6 de abril de 1946, Lista 14. Asimismo, entrevista del autor con el antiguo jefe de Cáritas Croata Argentina, Marko Sinovic, 26 de agosto de 1997.

[370] Memorando, 6 de noviembre de 1946; «Draganovic, Krunoslav Stefano», 26 de noviembre de 1946, NARA, RG 319/631/31/54-54/1-4, Caja 107. La inteligencia estadounidense informaba de que un colaborador de Draganovic

que trabajaba en la Pontificia Comisión para la Asistencia, Ivica Elias, partió en noviembre de 1946 hacia Sudamérica con un grupo de croatas en su mayor parte portadores de documentos falsos.

[371] DNM, Expediente 72513/46. En el 2003, el “expediente croata” fue finalmente abierto a la consulta pública por el gobierno argentino luego de una petición y campaña mediática por el autor de este libro y el Centro Wisenthal. Ver Ministerio del Interior, Resolución 25/2003, “Archivos Sobre Documentación Nazi”.

[372] Un informe del gobierno argentino enumeraba un total de 49 criminales de guerra croatas identificados que escaparon a Argentina; *Informe Final* de la CEANA, noviembre de 1999. La investigación para el presente libro ha identificado a unos 65 criminales croatas. El libro de James Milano, *Soldiers, Spies and the Rat Line*, 1996, afirma que sólo en 1947 llegaron a Argentina 115 criminales de guerra croatas.

[373] Entrevista del autor con Sinovcic, 26 de agosto de 1997, que calcula unas 2.000 personas al amparo sólo del Expediente de Migraciones 72513/46. Los listados en el expediente suman unos 7.250 nombres, más familias en algunos casos. Stefanic publicó un libro en Argentina, *Comunismo sin máscaras*, y en 1950 le siguió en su viaje a este país su hermano Urban Stefanic, también sacerdote; *Studia Croatica*, 1997, N° 133, pág. 57; y *Studia Croatica*, 1997, N° 134, pág. 186. En el *Informe Final* de la CEANA, 1999, se identifica a un tal Blaz Stefanic como criminal de guerra croata, sin entrar en más detalles. «Certificado de Identificación» de Bilobrck, 19 de junio de 1946, DNM, archivo «Pulgas».

[374] «Shipment of Ustase to South America», 16 de enero de 1947, NARA, RG 319/631/31/ 54-54/1-4, Caja 107. Loftus y Aarons, Unholy Trinity; Camarasa, Odessa al Sur. Hefer llegó a Buenos Aires el 2 de febrero de 1947 con su propio nombre y a bordo del Mary Louise, que había zarpado de Génova; DNM, Listas de Pasajeros. Vrancic y Starcevic probablemente llegaron en el mismo barco bajo alias desconocidos.

[375] Entrevista del autor con Marko Sinovcic, 26 de agosto de 1997. Cáritas Croata de Buenos Aires trabajaba desde unas oficinas proporcionadas por el padre Manuel Moledo en el Ateneo de la Juventud, calle Riobamba, número 179, tercer piso. En Roma, el padre Levaiusic llevaba los pasaportes de la Cruz Roja desde San Girolamo hasta el consulado argentino para que los sellaran, y allí le atendía un tal «señor Castelli de Trieste, secretario del cónsul argentino encargado de los visados». Véase «Organization for Clandestine Departure from Italy and Entry into Argentina of Croatian War Criminals», 16 de julio de 1947, NARA, RG 59, 250/36/30/4, Caja 6609.

[376] DNM, Listas de Pasajeros, agosto de 1947, Lista 20.

[377] Entrevista con Marko Sinovic, 26 de agosto de 1997.

[378] Comunicación de Draganovic al embajador estadounidense en Roma, 19 de mayo de 1947, anexa al documento «Defense of Alleged Yugoslav Quislings and War Criminals in Italy», 28 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/36/19/6, Caja 3622.

[379] Entrevista con Marko Sinovic, 26 de agosto de 1997. En el Ministerio de Obras Públicas era un croata quien se encargaba de la «selección de trabajadores» y de asignar tareas a «los nuevos contingentes de origen eslavo», según un informe de la policía secreta argentina. MRE, DP, Varios, 1948, Caja 58, Dossier 1, pág. 241.

[380] Agradezco al Centro Wiesenthal de Argentina que me permitiera acceder a su voluminoso dossier sobre Rojnica, que incluye una copia del Expediente F-22659, del 17 de diciembre de 1947, «Rojnica, Ivo», enviado por el gobierno yugoslavo a Londres, de los Archivos Yugoslavos de Belgrado. Véase también Daniel Crljen, *Svjedocanstvo*, Buenos Aires, 1984. Asimismo, Ivo Rojnica, *Prikaz Povijesti Argentine*, Buenos Aires, 1974. Véase también lista de pasajeros del Maria C, 2 de abril de 1947, DNM; y su tarjeta de desembarco bajo el alias de Rajcinovic, DNM, archivo «Chela».

[381] La Prensa, 15 de julio de 1977. Dossier de ciudadanía de Rajcinovic, número 4159, AGPJN.

[382] La Nación, 14 de mayo de 1998; Clarín, 15 de mayo de 1998. En estos y otros artículos de prensa Rojnica ha negado las acusaciones contra él relativas al período bélico. Franjo Tudjman, *Horrors of War: Historical Reality and Philosophy*, Nueva York, 1996. «Nationalism Turns Sour in Croatia», *New York Times*, 13 de noviembre de 1993. «Presencia diplomática de la República de Croacia en América Latina», *Studia Croatica*, 1994, N° 124, pág. 35. En 1996 Rojnica fue recibido oficialmente por el alcalde de Dubrovnik, Ivo Obuljan; véase Agencia de Noticias Serbia, SRNA, Republika Srpska, *Revista de Noticias Diarias*, 8 de agosto de 1996.

[383] Boston Series 693, 694 y 696, NARA, RG 226, Entry 210, Caja 441.

[384] «Memoari Dinka Sakica», 3-17 de junio de 1998, *Jutarnji List*. Lista de pasajeros del Tucumán, 22 de diciembre de 1947, DNM. El padre Josip «Jole» Bujanovic organizó a los grupos de milicianos implicados en la matanza masiva de

serbios hasta febrero de 1945, y fue condecorado por Pavelic. Un tal Franjo Bujanovic entró en Argentina al amparo del expediente de Cáritas Croata de Draganovic, con un pasaporte de la Cruz Roja donde se declaraba como su última dirección el campo de prisioneros croatas de Fermo, en Italia; véase «Certificado de Identificación» de Franjo Bujanovic, DNM, archivo «Pulgas», y lista de pasajeros del Empire Halbert, 29 de abril de 1948, DNM. Posteriormente Josip Bujanovic dirigiría en Buenos Aires un coro de antiguos internos de Fermo; véase *Studia Croatica*, 1997, N° 135.

[385] Para un análisis detallado de la desidia de Londres con respecto a Pavelic, véase Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, cap. 4.

[386] «Summary of Information», 30 de enero de 1947, carpeta de Ante Pavelic, IRR XE001109, NARA, RG 319, 631/31/59/04, Caja 173. Véase también «Memorandum for the Officer in Charge», 15 de marzo de 1947, en *ibíd.* Un criminal de guerra de la Ustasa, Dinko Sakic, sostenía en sus memorias que había pasado de Austria a Italia con Pavelic en junio de 1946, afirmando que el Poglavnik viajaba disfrazado de coronel alemán; véase «Memoari Dinka Sakica», *Jutarnji List*, 3-17 de junio de 1998.

[387] «Pro-Memoria», 10 de mayo de 1946, carpeta de Ante Pavelic, IRR XE001109, NARA, RG 319, 631/31/59/04, Caja 173.

[388] Telegrama de Key a Smith, 7 de enero de 1947; de Gowen al Oficial al Mando, 22 de enero de 1947; carpeta de Ante Pavelic, IRR XE001109, NARA, RG 319, 631/31/59/04, Caja 173.

[389] «Investigation Re: Whereabouts of Ante Pavelic», 18 de abril de 1947, en *ibíd.*

[390] «Pavelic, Ante», 20 de junio de 1947; «Summary of Information», 9 de junio de 1947; «Memorandum for the Officer in Charge», 15 de marzo de 1947; carpeta de Ante Pavelic, IRR XE001109, NARA, RG 319, 631/31/59/04, Caja 173.

[391] Respecto a las negociaciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña sobre el arresto de Pavelic, véase Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, cap. 4. Respecto a la orden de seguir adelante con un plan de arresto, véase comunicación del general de brigada Anderson a A C/S G-2 con copias a los agentes británicos y estadounidenses, 7 de agosto de 1947, expediente del CIC sobre Pavelic, NARA, RG 319, 631/31/59/04, Caja 173.

[392] «Ante Pavelic and other Ustasha Personalities», 8 de agosto de 1947, en *ibíd.* Se dice que Pavelic compartió su estancia con «el famoso terrorista búlgaro

Vancia Mikoiloff».

[393] Memorando manuscrito, 14 de julio de 1947, expediente del CIC sobre Pavelic.

[394] «Pavelic, Ante», 29 de agosto de 1947, expediente del CIC sobre Pavelic.

[395] *Ibíd.*

[396] «Memorandum for the Officer in Charge», 12 de septiembre de 1947, expediente del CIC sobre Pavelic.

[397] Comunicación de Serna a Daye, marzo de 1948, CEGES, FPD, Dossier 514. Este Serna era el padre del que formaba parte del grupo de criminales de guerra que se reunieron con Perón en la Casa Rosada en diciembre de 1947.

[398] Para un análisis detallado de los Krizari de Pavelic y de sus vínculos con el Vaticano y la inteligencia occidental, véase Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*.

[399] Sobre la estancia de Pavelic en Castelgandolfo, véase «Reported Arrival of Ante Pavelic in Argentina», 2 de diciembre de 1948, CIA Operational Files. *La Repubblica*, 23, 24 y 26 de septiembre de 1948.

[400] DNM, Listas de Pasajeros, mayo de 1948, Lista 5; y noviembre de 1948, Lista 18. Solicitud de ciudadanía argentina de Ana Mirjana Pavelic, Dossier 9117, AGPJN. «Certificado de Identificación» de Pal Aranyos, DNM, archivo «Pulgas». La hija mayor de Pavelic, Visnja Pavelic, estaba casada con Vilko Pecnikar y no viajó en el Ugolino Vivaldi con su madre.

[401] «Reported Arrival of Ante Pavelic in Argentina», 2 de diciembre de 1948, CIA Operational Files. *Avro Manhattan, Terror Over Yugoslavia*, Londres, Watts, 1953. Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*. Respecto al viaje de Crljen para reunirse con Perón, Loftus y Aarons citan el memorando del CIC «Pavelic Ante and the Legitimists in the Ustasa Movement», obtenido al amparo del Acta de Libertad de Información estadounidense. Crljen llegó a Argentina en barco en 1947, con el nombre de Francisco Jurkic; según la entrevista del autor con su hijo Francisco Crljen, 26 de agosto de 2000. Efectivamente, un tal Francisco Jurkin llegó a bordo del Santa Fe, un barco cargado de fugitivos croatas; véase DNM, Listas de Pasajeros, 11 de agosto de 1947. Véase también «In Memoriam Prof. Daniel Crljen», *Studia Croatica*, Buenos Aires, 1995, N° 129.

[402] Entrevista del autor con Marko Sinovic, 26 de agosto de 1997. Tras la

entrevista, Sinovcic consultó esta versión con una de las hijas de Pavelic y se la confirmó al autor.

[403] «Certificado de Identificación» de Pal Aranyos, 12 de noviembre de 1948, DNM, archivo «Pulgas». Carta del CICR al autor, 24 de mayo de 2000. Inicialmente amable respecto a las solicitudes de pasaportes previamente no abiertas a la consulta pública para los criminales de guerra nazis Heilig y Fischböck, la Cruz Roja no respondió, sin embargo, a cuestiones más específicas relativas al pasaporte número 74369, que figura en el «Certificado de Identificación» de Aranyos y en la lista de pasajeros del Sestriere. La Cruz Roja no respondió tampoco a si la fotografía del barbado Pavelic en su «Certificado de Identificación» -una copia de la cual se envió por correo al CICR- se asemeja a la foto de sus expedientes.

[404] «Reported Arrival of Ante Pavelic in Argentina», 2 de diciembre de 1948, CIA Operational Files. «Croatian Gold Question», 2 de febrero de 1951, CIA Reference Files. «Ustashi Leaders in Argentina and Austria», 20 de abril de 1948, RG 59, 250/36/30/4, Caja 6609. «In Memoriam Prof. Vinko Nikolic», Studia Croatica, Buenos Aires, 1997, N° 135.

[405] «Croatian Gold Question», 2 de febrero de 1951, CIA Reference Files.

[406] Comunicación de Draganovic al embajador estadounidense en Roma, 19 de mayo de 1947, anexa al documento «Defense of Alleged Yugoslav Quislings and War Criminals in Italy», 28 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/36/19/6, Caja 3622.

[407] «Memoari Dinka Sakica», Jutarnji List, 3-17 de junio de 1998. También lista de pasajeros del Vulcania, 31 de julio de 1947, DNM. Entre otros compañeros de Heinrich que viajaban en primera clase se encontraban el magnate argentino Torcuato Di Tella y el joven Guido Di Tella, que se convertiría en ministro de Relaciones Exteriores de Argentina durante la administración peronista del presidente Carlos Menem en la década de 1990. También estaba a bordo Luis Luti, el encargado de negocios argentino en Berlín durante el período bélico, como ya hemos visto de tendencia antinazi.

[408] «Croatian Gold Question», 2 de febrero de 1951, CIA Reference Files. «Franjo Cvijic», 17 de junio de 1949; «Reported Arrival of Ante Pavelic in Argentina», 2 de diciembre de 1948; CIA Operational Files.

[409] «Transfer of Croatian Gold to Argentina», 16 de abril de 1952, CIA Reference Files. También se informó a la CIA de que a Pavelic se le habían transferido desde Suiza cinco millones de francos suizos.

[410] Carta de Hudal a Perón, 31 de agosto de 1948, Pontificio Santa Maria dell'Anima, Papeles de Hudal, HP 27. Respuesta de Juan Duarte a Hudal, 11 de noviembre de 1948, HP 40. Aparentemente, los rumores de que "Juancito" Duarte intervenía en la llegada de nazis no serían sin fundamento ya que entre los papeles de Hudal hoy día se conserva al menos otra nota más del cuñado de Perón referente a un pedido de ingreso, en este caso del arquitecto húngaro Georg Pavetits, Duarte a Pavetits, 25 de septiembre de 1946, HP 23. Pavetits se estableció finalmente en Brasil en 1948. Comunicación de Fuldner a Rothmund, 15 de junio de 1948, Handakten Rothmund, Verkehr mit Argentinien, E 4800.1 1967/111, Bd. 70 (DNR 311), Archivos Federales Suizos. Sobre la llegada de Fuldner a Buenos Aires, véase la lista de pasajeros del Argentina, 16 de octubre de 1948, DNM.

[411] Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, cap. 2. La búsqueda del nombre de Hudal en los registros de miembros del Partido Nazi y de las SS (conservadas en NARA) se reveló infructuosa. Sin embargo, sí aparecía registrado en el fichero del Ministerio de Educación del Reich con entradas hasta el año 1940, NARA, RG 242, Serie 8202, DS/REM, Rollo B1260.

[412] Alois Hudal, *Die Grundlagen des Nationsozialismus*, Leipzig, Günther, 1936. El libro de Hudal se presentó como prueba de antisemitismo en Nuremberg; véase *Nuremberg Trial Proceedings*, vol. 14, 18 de mayo de 1946.

[413] Juan Maler, *Frieden, Krieg und «Frieden»*, Bariloche, Verlag Maler, 1987. Meding, *Flucht vor Nürnberg?*, pág. 78.

[414] Meding, *Flucht vor Nürnberg?*, pág. 79. Actas de la reunión de la NCWC, 6 de agosto de 1947, HP 26.

[415] Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, cap. 2.

[416] Hans-Ulrich Rudel, *Zwischen Deutschland und Argentinien. Fünf Jahre in Übersee*, Memoiren, Gotinga, 1954, vol. 3, pág. 200.

[417] Alois Hudal, *Römische Tagebücher*, Graz, Stocker, 1976, pág. 21.

[418] Maler, *Frieden, Krieg und «Frieden»*, págs. 506-507. Declaración de Kops/Maler a la policía de Bariloche, 8 de mayo de 1993, citada íntegramente en Carlota Jackish, en *Informe Final de la CEANA*, 1999. Kops no aparece en el registro de miembros de las SS conservado en NARA. Sí figura, en cambio, como miembro del Partido Nazi número 7.524.143, inscrito en el partido el 1 de marzo de 1940, y nacido en Hamburgo el 29 de septiembre de 1914; NARA, RG 242, «Ortsgruppen Nazi party», MFOK L0054.

[419] Sobre el uso del seudónimo de Maler por parte de Kops, véase Matteo Sanfilippo, en Informe Final de la CEANA, 1999. Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», págs. 322-323 y 326.

[420] Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», págs. 322-323.

[421] «Testimonial and Character Italian Co-Operators», 19 de enero de 1946, en la solicitud de ciudadanía argentina de Ruffiengo, AGPJN, Dossier 5565. Franz Ruffinengo, 16 de junio de 1999. Entrevista con el antiguo funcionario de la DAIE Amadeo Mazzino, 20 de noviembre de 1998. Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», p. 323. Meding, Flucht vor Nürnberg?

[422] Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», págs. 327-328.

[423] Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», pág. 322. Kops se refiere a Bayer discretamente como «Monseñor B.». Asimismo menciona que el padre Leopold ayudaba a los nazis. Gitta Sereny, *Into that Darkness*, Londres, Picador, 1977.

[424] «La Vista Report», 15 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/36/29/2, 800.0128, Caja 4080.

[425] «La Vista Report», 15 de mayo de 1947. Los diplomáticos españoles en Roma colaboraban con Nix proporcionando visados con nombres falsos para los fugitivos, aunque los solicitantes debían rellenar un formulario secreto dando sus verdaderos datos personales. Villa San Francesco es hoy una residencia de ancianos gestionada por las hermanas de la orden española de las Siervas de Jesús.

[426] Carta de la PCA a Hudal, 9 de abril de 1948, HP 27. Informe del CIG, 21 de enero de 1947, NARA, RG 59, 840.5510/1-2447, citado en Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, pág. 108.

[427] Comunicación de Kops/Maler a Hudal, sin fecha, alrededor de abril de 1948, HP 27. Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*. Sobre la demanda de extradición de Petranovic, FO 371/67386. Respecto a la relación de Petranovic con Auxilium, HP 27. Entre las personas a las que ayudó Petranovic que no eran criminales de guerra se encontraba la actriz de origen húngaro Zsa Zsa Gabor.

[428] Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, pág. 107. Hefer llegó a Argentina a bordo del Marie Louise el 2 de febrero de 1947, DNM, Listas de Pasajeros.

[429] Loftus y Aarons, *Unholy Trinity*, págs. 108-109. Entre las 23 personas que lograron partir, una de ellos fue positivamente identificada en la investigación

realizada para este libro como Franjo Nevestic; véase la lista de pasajeros del Philippa, DNM, Listas de Pasajeros, 1 de abril de 1947, Lista 1; y Carlota Jackisch en Informe Final de la CEANA, 1999. Un segundo criminal de guerra no enumerado por la CEANA, el capitán Ante Elez, llegó también a bordo del Philippa el mismo día al amparo del expediente de Cáritas Croata. Elez aparece mencionado en Camarasa, Odessa al Sur, así como en el «Informe sobre el campo de Jasenovac», Zagreb, Comisión del Estado Yugoslavo para el Esclarecimiento de los Crímenes Cometidos por los Ocupantes y sus Colaboradores, 15 de noviembre de 1945, Inventario N° 16261. Otras personas que se supone que se hallaban a bordo eran el jefe de la policía secreta de la Ustasha, Vladimir Kretch; el general Josip Tomlianovich; el jefe de la policía estatal Radomil Vergovitch, y el jefe de la policía secreta, Georg Vrantich; embajada estadounidense en Italia, N° 978, 12 de junio de 1947, NARA, RG 59, 250/36/30/4, Caja 6609; asimismo, Camarasa, Odessa al Sur.

[430] Cartas de Dömöter a Hudal, 12 de septiembre de 1948 y 28 de agosto de 1949, HP 27 y 25. Solicitud de pasaporte de la Cruz Roja de Eichmann/Klement, 1 de junio de 1950, CICR, Ginebra. Carta de Kops/Maler a Hudal, sin fecha, alrededor de abril de 1948, HP 27.

[431] José Otero, entrevista con el autor, 9 de octubre de 1998.

[432] Comunicación de Cabot al Secretario de Estado estadounidense, Top Secret, 12 de junio de 1947, NARA, RG 59, 250/36/19/6, Caja 3623.

[433] «RPA - Mr. Martin», Top Secret, 13 de junio de 1947, NARA, RG 59, 250/36/19/6, Caja 3623. Comunicación de la embajada británica ante la Santa Sede a Londres, 18 de noviembre de 1947, PRO, FO 371/67402.

[434] José Otero, 9 de octubre de 1998.

[435] Los detalles de la fuga de Kops se describen minuciosamente en sus memorias: Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», págs. 330-331. Trece años después se verían corroboradas en sus cartas a Hudal cuando se abrieron los papeles de Hudal a la consulta pública en Santa Maria dell' Anima; cartas de Kops a Hudal, 14 de mayo de 1948, 22 de junio de 1948, 23 de junio de 1948 y 21 de julio de 1948; todas ellas en HP 27. El número del expediente de Migraciones de Kops era el 179124/48, véase tarjeta de desembarco de Hans Maler, DNM, archivo «Chela»; el de Vötterl era el 179125/48, véase lista de pasajeros del Andrea C, 4 de septiembre de 1948, DNM.

[436] Tarjetas de desembarco de Rupnik y Maler, DNM, archivo «Chela». Rupnik llegó a bordo del Santa Fe el 6 de enero de 1948.

[437] Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», pág. 334.

[438] Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», pág. 346. Franz Ruffinengo, 16 de junio de 1999. Sobre la llegada de Ruffinengo, lista de pasajeros del Buenos Aires, 3 de mayo de 1948, DNM.

[439] Meding, Flucht vor Nürnberg? Matteo Sanfilippo, en Informe Final de la CEANA, 1999. Alois Hudal, «Saludos desde el otro lado del mar», Der Weg, vol. III, 1949. Hudal, Römische Tagebücher, pág. 296.

[440] El refugiado judío Marcelo Fuhrmann viajó a Argentina en el *Cabo de Hornos* en agosto de 1948. Según Fuhrmann, poco antes de que el barco atracara en Buenos Aires un gran grupo de alemanes y croatas bajaron a sus camarotes y aparecieron disfrazados de frailes franciscanos; entrevista con Fuhrmann, 31 de enero de 2000. La afirmación de Fuhrmann se ve confirmada por la lista de pasajeros del barco, que muestra un número inusualmente elevado de religiosos con apellidos españoles. En el *Cabo de Hornos* viajaba también un verdadero sacerdote croata, el sangriento asesino Vlado Bilobrk, así como el criminal de guerra francés Marcel Boucher, cuya entrada en Argentina se había visto facilitada por la intervención del cardenal argentino Caggiano; lista de pasajeros del *Cabo de Hornos*, DNM.

[441] Interrogatorio de Hans Sommer, 10 de diciembre de 1946, pág. 25, NARA, RG 59, 250/38/13/6, Caja 6749, Decimal Files 862.20252. El representante especial de Schellenberg en España, Reinhard Spitzzy, es quien añade la información de que Chanel pagó el funeral de Schellenberg; entrevista con el autor, 8 de diciembre de 1998.

[442] Embajada estadounidense en Madrid, «Walter Kutschmann», 17 de abril de 1946, NARA, RG 59, 250/38/13/4-5, Caja 6747. Interrogatorio de Hans Sommer, 10 de diciembre de 1946, pág. 25, NARA, RG 59, 250/38/13/6, Caja 6749, Decimal Files 862.20252.

[443] Embajada estadounidense en Madrid, «Walter Kutschmann», 17 de abril de 1946, NARA, RG 59, 250/38/13/4-5, Caja 6747. Expediente de Kutschmann/Olmo, AGN, DAE 20920. Gurevich y Warzawski, Proyecto Testimonio. Estados Unidos solicitó de nuevo en 1947 el arresto de Kutschmann en España; véase «Hard Core List of Germans for Repatriation from Spain», 23 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/38/13/6, Caja 6749, 862.20252/5-2347.

[444] A su llegada, Kutschmann dio la dirección de Charcas, 2345, a las autoridades de Migraciones argentinas; véase DNM, Listas de Pasajeros, enero de

1948, Lista 38. Véase también el expediente de Kutschmann/Olmo, AGN, DAE 20920. La solicitud de licencia de taxi de Kutschmann contó también con el aval del barón Máximo von Merken. 36. Expediente de Kutschmann/Olmo, AGN, DAE 20920.

[445] Expediente de Kutschmann/Olmo, AGN, DAE 20920.

[446] Camarasa, *Odessa al Sur*. Sobre Hudal y Roschmann, véase Meding, *Flucht vor Nürnberg?*, cap. 5, nota 53.

[447] Maz Teodoro Guttermann, que se sentó junto a Kutschmann durante la conferencia de prensa y prometió las «sensacionales revelaciones», moriría asesinado en un confuso episodio ocurrido cerca de la jefatura de policía de la ciudad argentina de Córdoba dos meses después, Jorge Camarasa, *Odessa al Sur*.

[448] Kutschmann tuvo la falsa impresión de que, dado que los periodistas procedían del periódico promilitar *Tiempo Argentino*, donde los hijos de un antiguo compañero oficial nazi ostentaban altos cargos, estaban de su lado. Entrevista del autor con Bécquer Casaballe, el fotógrafo que hizo la foto de Kutschmann, 15 de septiembre de 2000. El caso es que los editores de *Tiempo Argentino* decidieron no publicar la noticia; entonces, los periodistas entregaron la foto a una agencia de noticias, que la distribuyó a todos los medios de comunicación argentinos.

[449] Página/12, 19 de julio de 1991. La Prensa, 11 de mayo de 1995. Clarín, 4 de febrero de 1996.

[450] Gurevich y Warzawski, Proyecto Testimonio. Camarasa, *Odessa al Sur*.

[451] Lila M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica*, Buenos Aires, Ariel, 1995, págs. 123 y 134. Véanse diversas peticiones de visado para Pratto, Jorge y Ruffinengo realizadas por la embajada argentina en Roma, 168 AE y 169 AE, 8 de julio de 1949; 194 AE, 16 de julio de 1949; 196 AE, 18 de julio de 1949; 199 AE, 19 de julio de 1949; todas en los archivos de la embajada argentina en Roma, Expediente «1949. Salidas, AE, del N° 1 al N° 200». Respecto a Jorge y Ruffinengo como agentes especiales de la DAIE designados por Perón en 1949, véase decreto presidencial 25863, 13 de octubre de 1949, AGN, STP, Caja 547. Entrevistas del autor sobre Pratto y Jorge con los antiguos funcionarios de la DAIE José Otero, 9 de octubre de 1998, y Amadeo Mazzino, 30 de noviembre de 1998; con Horacio Carballal, 4 de febrero de 1998; con el embajador jubilado Guillermo Speroni, 15 de noviembre de 1999; con el nacionalista Emilio Gutiérrez Herrero, 29 de octubre de 1998, y con Franz Ruffinengo, 16 de junio de 1999. Memorando de la reunión con Rothmund, 3 de febrero de 1950, Handakten Rothmund, Verkehr mit Argentinien,

E 4800.1 1967/111 Bd. 70 (DNR 311), Archivos Federales Suizos. Véase también expediente fotográfico de Pratto, en AGN, respecto a su entrevista con el Papa.

[452] Sobre Barbie, véase Tom Bower, *Klaus Barbie, Butcher of Lyons*, Londres, Michael Joseph, 1984. Solicitud de pasaporte de Barbie/Altmann, número 18573, CICR, Ginebra. DNM, Listas de Pasajeros, 13 de abril de 1951, Lista 31. A Barbie se le concedió la residencia permanente en Argentina mediante el expediente de Migraciones 92368/51.

[453] La estereotipada expresión de la «reserva moral» formó parte de un gran número de importantes discursos políticos pronuniados por gobernantes militares argentinos durante el período 1976-1983. La política declarada de la dictadura, calurosamente respaldada por la Iglesia Católica argentina de la época, consistía en preservar lo que se percibía como «el modo de vida occidental y cristiano» del país. Como resultado de ello, jóvenes, judíos y psicólogos se convirtieron en el principal objeto de exterminio. De un balance total de víctimas de al menos 20.000 personas, sólo unos cuantos centenares podían haber sido realmente terroristas armados, dado que, según las propias cifras del régimen militar, entre 1960 y 1979 sólo unas 600 personas murieron debido a actos terroristas. En septiembre de 2000, la Iglesia Católica argentina pidió perdón públicamente por haber consentido los crímenes durante el régimen de 1976-1983.

[454] Correspondencia con Michael Butler, 3, 4 y 5 de agosto de 1997 y 31 de marzo de 1999.

[455] «La Vista Report», 15 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/36/29/2, 800.0128, Caja 4080.

[456] DNM, Listas de Pasajeros, febrero de 1948, Lista 44. Asimismo, Carlota Jackisch en Informe Final de la CEANA, 1999. Al parecer, Rauch viajó con un pasaporte de la Cruz Roja. En 1999 se dijo que vivía en Austria. Sobre el atraco al Reichsbank, véase Sayer y Botting, *Nazi Gold*. El belga que llega en el mismo barco era Joseph Julien Ruyschaert, condenado en Bélgica.

[457] Solicitud de pasaporte de la Cruz Roja número 100980, Schramm/Fischböck, CICR, Ginebra. Carlota Jackisch en Informe Final de la CEANA, 1999. Asimismo, lista de pasajeros del Anna C, 2 de febrero de 1951, DNM.

[458] Solicitud de pasaporte de la Cruz Roja número 97583, Heilig/Richwitz, CICR, Ginebra. Comunicaciones de Richwitz a Wüstenberg, 15 de diciembre de 1949, y de Wüstenberg a Hudal, 17 de diciembre de 1949; Papeles de Hudal, 25, citadas en Matteo Sanfilippo, en Informe Final de la CEANA, 1999.

Heilig llegó a Buenos Aires el 17 de enero de 1951 a bordo del Buenos Aires; DNM, Listas de Pasajeros, enero de 1951, Lista 35. Tanto monseñor Heinemann como el obispo Hudal cuidaban de su rebaño en la iglesia de Santa Maria dell'Anima, situada en los números 20 y 24 de la Via della Pace; véase «La Vista Report», 15 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 2508/36/29/2, Caja 4080. Sobre Hudal y Heinemann, véase también Maler, Frieden, Krieg und «Frieden», pág. 322

[459] Sereny, *Into that Darkness*.

[460] Ver DNM, Lista de Pasajeros del Cabo de Buena Esperanza, 6 de diciembre de 1949. También DNM, Archivo “Chela”, tarjeta a favor de Teodoro Kremhart. Cruz Roja, solicitud de pasaporte a favor de Teodoro Kremhart, 100569. Agradezco a Bettina Stangneth, autora de *Adolf Eichmann*, Editorial Edhasa, 2014, por su ayuda en confirmar que Kremhart y Alvensleben eran la misma persona.

[461] Sobre Roschmann, véase Meding, *Flucht vor Nürnberg?*, pág. 149. Véase carta de Guth a Draganovic, 6 de junio de 1949, HP 24, citada en Matteo Sanfilippo, en Informe Final de la CEA-NA, 1999. Sobre su llegada a Argentina, DNM, Listas de Pasajeros, 8 de octubre de 1948, Lista 32. Carlota Jackisch en Informe Final de la CEANA, 1999. Solicitud de pasaporte de Priebke/Pape, número 83023, 26 de julio de 1948, CICR, Ginebra. Solicitud de pasaporte de Bohne, número 83465, 24 de agosto de 1948, CICR, Ginebra.

[462] «La Vista Report», 15 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/36/29/2, 800.0128, Caja 4080. La conclusión del informe se ve corroborada por los documentos hallados en los archivos de la embajada argentina en Roma, que muestran cómo los cardenales Tisserant y Caggiano presionaron a los representantes de dicho país para que aceptaran a los criminales de guerra franceses.

[463] Expediente de las SS de Priebke, NARA, SSOK Rollo 393A; testimonio de Kappler en el juicio de Eichmann, en Jerusalén, 30 de mayo de 1961; Elena Llorente y Martino Rigacci, *El último nazi*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; revista *Oggi*, mayo de 1996.

[464] 2. Entrevista a Priebke, revista *Oggi*, mayo de 1996.

[465]

Sobre la supuesta conexión de Priebke y Kops con el rescate de Mussolini, véase *Il Gazzettino*, 17 de mayo de 1994. Para un análisis detallado de la operación de rescate de Skorzeny, véase Glenn B. Infield, *Skorzeny, Hitler's Commando*, Nueva York, Military Heritage Press, 1981; y Charles Whiting, *Skorzeny, the Most Dangerous Man in Europe*, Pensilvania, Combined Publishing, 1998.

[466] Sobre la deportación de los judíos de Roma y el rescate en oro, véase el testimonio escrito de Kappler en el juicio de Eichmann, 31 de mayo de 1961, y la sentencia definitiva del mismo juicio. Cornwell, *Hitler's Pope*. Revista Oggi, mayo de 1996. Llorente y Rigacci, *El último nazi*. Respecto a las palabras tranquilizadoras de Priebke a Pfeiffer de que la Gestapo no entraría en los edificios del Vaticano en busca de judíos, véase John F. Morley, *Vatican Diplomacy and the Jews During the Holocaust*, Nueva York, Ktaylor, 1980.

[467] Declaración de Priebke en el campo de prisioneros 209, Afragola, 28 de agosto de 1946. Programa Primetime, ABC, 1994. Llorente y Rigacci, *El último nazi*. Entrevista a Priebke, *La Nación*, 12 de abril de 1998.

[468] Sobre las afirmaciones del Centro Wiesenthal de haber encontrado documentos nazis relativos a la supuesta participación de Priebke en el exterminio de judíos, véase *Il Giornale*, 9 de mayo de 1996. Respecto a la llamada de Priebke a Berlín, véase el expediente de las SS de Priebke en NARA, SSOK Rollo 393A. Revista Oggi, mayo de 1996.

[469]

Entrevista a Priebke, en Camarasa, Odessa al Sur.

[470] Revista Oggi, mayo de 1996.

[471] Entrevista a Priebke realizada por la periodista italiana Emanuela Audisio, *La Repubblica*, citada en Camarasa, *Odessa al Sur*, pág. 24. Priebke dijo también que fue un jefe fascista italiano y amigo de Brescia quien organizó su fuga a Argentina; véase revista Oggi, mayo de 1996.

[472] Los números de expediente aparecen en las listas de pasajeros de los barcos en los que Priebke y Mengele viajaron a Argentina. Sobre Priebke, véase noviembre de 1948, Lista 45, San Giorgio. Respecto a Mengele, véase junio de 1949, Lista 47, North King. Migraciones abrió un total de 132.458 expedientes de permisos de desembarco durante el año 1948, con 36.000 solicitudes procedentes de los consulados argentinos en el extranjero y 95.458 presentadas en Buenos Aires; véase Sumario Diana, AGN, STP, Caja 547, pág. 378. La DAIE tramitó también solicitudes de permisos de desembarco; entrevista del autor con el ex funcionario de la DAIE en Génova Amadeo Mazzino, 20 de noviembre de 1998. El expediente de Priebke, el número 211712/48, incluía a otros presuntos criminales, entre ellos la belga Alida Dhooga; véase Dictamen 2413, 29 de abril de 1953, AGN, STP, Caja 542. Un expediente casi inmediatamente anterior, el número 211669/48, fue utilizado por el oficial de las SS y antiguo espía nazi en Argentina Wolf Franzcok para regresar al país ilegalmente tras ser interrogado por las autoridades estadounidenses en Alemania; véase MI, 47-S-141, pág. 53.

[473] Solicitud de pasaporte de la Cruz Roja de Priebke/Pape, CICR 83023, Ginebra. Entrevista a Priebke realizada por la periodista italiana Emanuela Audisio, *La Repubblica*, citada en Camarasa, *Odessa al Sur*, pág. 24. Declaraciones de Graham a la agencia de noticias ANSA, 10 de mayo de 1994.

[474] Sobre Draganovic, véase entrevista del autor con los ex funcionarios de la DAIE Amadeo Mazzino, 20 de noviembre de 1998, y Franz Ruffinengo, 16 de junio de 1999.

[475] Sobre la llegada de Priebke a Buenos Aires, DNM, Listas de Pasajeros, noviembre de 1948, Lista 45. Respecto a su trabajo de camarero en Buenos Aires, véase entrevista a Priebke, *La Nación*, 12 de abril de 1998.

[476] Decreto 15.972, 8 de julio de 1949, AGN, STP, Caja 547.

[477] Sobre la recuperación del verdadero nombre de Priebke, AGN, STP, Caja 666, Libro 4, pág. 401. Respecto a la del nombre de Durcansky, *ibíd.*, pág. 479. Sobre el papel de Durcansky en Migraciones, entrevista del autor con el ex funcionario de la DAIE José Otero, 9 de octubre de 1988, y con el antiguo jefe de Cáritas Croata Marcos Sinovcic, 26 de agosto de 1997.

[478] Esteban Buch, *El pintor de la Suiza argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.

[479] Kops había sido descubierto a principios de la década de 1990; véase Svoray-Taylor, *In Hitler's Shadow*, Constable, 1995. Por entonces ya estaba asustado, y el 8 de mayo de 1993 se había presentado espontáneamente ante la policía de Bariloche para declarar que, en realidad, en 1944 había ayudado a salvar a 25 judíos en Budapest; véase Carlota Jackisch en Informe Final de la CE-ANA, 1999. Programa Primetime, ABC, 1994.

[480] Los abrazos fueron filmados por varios equipos de noticias de televisión, y causaron un gran escándalo en Argentina.

[481] Respecto a San Bonaventura y Eichmann, véase «Holocaust Gold Taints the Vatican», *Sunday Telegraph*, 27 de julio de 1997.

[482] Llorente y Rigacci, *El último nazi*.

[483] Sobre el fiasco de Dortmund, véase agencia de noticias Reuter, 26 de agosto de 1996.

[484] Sobre la cita de Bohne, Ladislav Farago, *Aftermath*, Nueva York,

Simon & Schuster, 1974, pág. 346.

[485] Expediente de las SS de Bohne, NARA, SSOK Rollo 87.

[486] Meding, *Flucht vor Nürnberg?* El relato de Meding de la huida de Eyting se basa en una entrevista con el propio Eyting realizada el 25 de junio de 1990. Respecto a Draganovic y Omrcanin, véase Loftus y Aaarons, *Unholy Trinity*. Sobre la estrecha colaboración de Fuldner con Draganovic, véase carta de Fuldner a Rothmund, 15 de junio de 1948, *Handakten Rothmund, Dossier Verkehr mit Argentinien*, E 4800.1 1967/111 Bd. 70 (DNR 311), Archivos Federales Suizos. Respecto a los contactos regulares de Draganovic con la DAIE, véase entrevistas del autor con los antiguos funcionarios de la DAIE Amadeo Mazzino, 28 de noviembre de 1998, y Franz Ruffinengo, 16 de junio de 1999. Sobre el reclutamiento de nazis por parte de Fuldner para la Fuerza Aérea argentina, declaración de Fuldner del 18 de agosto de 1949, *Sumario Diana, AGN, STP, Caja 547*.

[487] Solicitud de pasaporte de Bohne, número 83456, CICR, Ginebra.

[488] Formularios de «Certificado de Identificación» rellenos por Gerhard y Gisela Bohne en el consulado argentino en Génova, 7 de enero de 1949, archivo «Pulgas», DNM; y lista de pasajeros del Ana C, enero de 1949, Lista 81, DNM.

[489] Informe de la policía de Berna sobre Fuldner, 3 de octubre de 1948, *Handakten Rothmund, Dossier Verkehr mit Argentinien*, E 4800.1 1967/111 Bd. 70 (DNR 311), Archivos Federales Suizos. Respecto a la dirección de Bohne en Buenos Aires, véase lista de pasajeros del Ana C, DNM, *Listas de Pasajeros*, enero de 1949, Lista 81.

[490] Bohne, 7 de octubre de 1959, en Ernst Klee, *Was Siet Taten, Was Sie Wurden*, Frankfurt, 1986.

[491] Sobre Hefelmann, véase su testimonio en el juicio de Heyde, 6-15 de septiembre de 1960; respecto al papel de Cáritas Internacional en su fuga, su testimonio en el de Lindburg, 18 de febrero de 1964. Sobre las relaciones entre Cáritas y la Dirección de Migraciones argentina, véase *Sumario Diana, AGN, STP, Caja 547*, que registra el número de 18 solicitudes a Migraciones realizadas por Cáritas Internacional.

[492] Sobre las andadas del abogado defensor de Bohne, véase Camarasa, *Odessa al Sur*.

[493] *Sumario Diana, AGN, STP, Caja 547*. Véanse declaraciones juradas de Bruhn, 1 de septiembre de 1949, págs. 244-246; de Fuldner, 18 de agosto de 1949,

pág. 182, y de Diana, 6 de junio de 1949, pág. 97. Durante el año 1947 Fuldner había cursado ya solicitudes en favor de antiguos oficiales nazis como Constantin von Gromann, expediente de Migraciones número 123528/47.

[494] Entrevista con Ragnar Hagelin, 8 de febrero de 1997. El lado oscuro de la historia argentina atrapó de nuevo a Hagelin en su red cuando su hija Dagmar, de diecisiete años, «desapareció» durante la dictadura de 1976-1983. El hombre responsable fue el llamado «Ángel Rubio», Alfredo Astiz, un oficial de la Armada del campo de exterminio de la ESMA, donde fueron asesinadas unas 5.000 personas. Capturado por las fuerzas británicas durante la guerra de las Malvinas, en 1982, Astiz fue llevado a Londres. Posteriormente, la entonces primera ministra Margaret Thatcher le devolvió a Argentina. Finalmente Francia juzgó a Astiz in absentia, y le condenó a cadena perpetua en 1990, aunque éste siguió libre y protegido en Argentina. Véase Uki Goñi, *Judas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

[495] El hecho de que los registros de los casos políticamente delicados se llevaban separadamente lo confirmó durante el Sumario Diana de 1949 José Bruhn, el 29 de agosto de ese año, AGN, STP, Caja 547, Sumario Diana, págs. 237-239. Las fichas de la caja incluyen también datos relativos a numerosos expedientes iniciados por la oficina presidencial de Perón, el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, la empresa Skoda y diversos grupos católicos. Durante la investigación del autor en los archivos de Migraciones, en el año 1998, varios funcionarios confirmaron la existencia de registros separados para los casos delicados relativos al período objeto de estudio.

[496] Weiss de Janko entró en Argentina al amparo del expediente de Migraciones número 242846/48, el 1 de abril de 1950. Sobre el papel de Fuldner en su traslado clandestino de Austria a Suiza, véase informe de la policía de Berna sobre Fuldner, 13 de octubre de 1948, Handakten Rothmund, Dossier Verkehr mit Argentinien, E 4800.1 1967/111 Bd. 70 (DNR 311), Archivos Federales Suizos. Asimismo, informe 6661, policía de Berna, 5 de agosto de 1948, Archivos Federales Suizos. Véase también solicitud de ciudadanía de Weiss, AGPJN, Dossier 5577.

[497] En la investigación realizada para este libro se pudo determinar que Vianord formuló al menos cinco solicitudes colectivas durante el año 1948, otras cinco en 1949 y dos en 1950/1951. De dichas solicitudes, diez están registradas en la caja del archivo «Pulgas», y otras dos se mencionan en el Sumario Diana, AGN, STP, Caja 547.

[498] Para un análisis detallado de las responsabilidades de Schwammberger durante la guerra, véase Aaron Freiwald y Martin Mendelsohn, *The Last Nazi*, Nueva York, W.W. Norton, 1994.

[499] Ficha «Vianord Agenc. Viaj. Nordic. sol. perm. ingr. país a favor de H. Lechler y otros...», en la pequeña caja de madera de la DNM, archivo «Pulgas»; y compárese con DNM, Listas de Pasajeros, marzo de 1949, Lista 52, donde consta el mismo número de expediente para Schwammberger. Respecto a los expedientes anteriores, véase declaración jurada del director de Migraciones Pablo Diana, 17 de mayo de 1949, AGN, STP, Sumario Diana, pág. 60. En 1990 Schwammberger se convirtió en uno de los poquísimos nazis a los que Argentina aceptó extraditar. Tras ser juzgado en Alemania, en 1992 fue condenado a cadena perpetua.

[500] Martínez, Memorias del General, pág. 194. Tomás Eloy Martínez, correspondencia con el autor, 5 de junio de 1998. Con relación a los viajes de Mengele a Paraguay, véase expediente de la CIA sobre Mengele, memorando interno, 18 de julio de 1972, citado en Gerald Posner y John Ware, Mengele, Nueva York, McGraw-Hill, 1986, cap. 5. El aspecto «intelectual» de Mengele fue resaltado en varias entrevistas por uno de sus amigos en Argentina, Willem Sassen; véase ibíd., pág. 102.

[501] Posner y Ware, Mengele. Sobre Sassen como chófer de Rudel, véase entrevista del autor con Pedro Pobierzym, 30 de abril de 1997, que conocía tanto a Sassen como a Rudel. En 1984, en una serie de entrevistas con el periodista argentino Carlos Echeverría, Sassen afirmó que era asiduo visitante de la Casa Rosada y que conocía a Perón. Echeverría entrevistaría de nuevo a Sassen diez años después para el programa de la televisión argentina Edición Plus, en que Sassen hablaría abiertamente sobre Mengele; entrevista del autor con Echeverría, 26 de diciembre de 1997 y 13 de enero de 1998.

[502] «Memories of Heimat», tesis de Joshua Goltz, que entrevistó a Habel en Argentina, St. Anthony's College, Oxford, tercer trimestre de 1998. Habel murió el 28 de julio de 2000; véase «Murió un oficial de las SS que vivía en El Bolsón», Clarín, 29 de julio de 2000. Véase también «Confesiones de un ex oficial nazi», Clarín, 19 de julio de 1999. Asimismo, conversaciones del autor con Abel Basti, un periodista argentino que entrevistó extensamente a Habel en Bariloche, en 1999, para el periódico local Mañana del Sur. También expediente de las SS de Habel, NARA, RG 242.

[503] Posner y Ware, Mengele.

[504] Correspondencia entre Hudal y Montini; también correspondencia de Hudal con los alemanes étnicos incriminados del norte de Italia; Matteo Sanfilippo en el Informe Final de la CEANA, 1999. «La Vista Report», 15 de mayo de 1947, NARA, RG 59, 250/36/29/2, Caja 4080, pág. 10.

[505] Solicitudes de pasaportes de la Cruz Roja números 100501, 100940 y

100958, para Mengele, Eichmann y Müller respectivamente, CICR, Ginebra.

[506] Los números de expediente para Mengele, Eichmann y Müller están anotados en las correspondientes listas de pasajeros en la Dirección de Migraciones argentina. DNM, Listas de Pasajeros; para Mengele, junio de 1949, Lista 47; para Eichmann, julio de 1950, Lista 24; para Müller, octubre de 1950, Lista 44.

[507] El relato del paso por Génova de Mengele se basa en sus diarios, tal como aparecen citados en Posner y Ware, Mengele. Véase también la solicitud de pasaporte de la Cruz Roja para Mengele, número 100501, CICR, Ginebra. Los exámenes de tracoma constituían una práctica habitual en la DAIE; entrevista del autor con el antiguo funcionario de la DAIE José Otero, 9 de octubre de 1998.

[508] Posner y Ware, Mengele. Según los autores, Mengele estuvo retenido durante tres semanas en la cárcel de Génova, y viajó en la siguiente travesía del North King, llegando a Buenos Aires el 26 de agosto de 1949. Las listas de pasajeros de la DNM, sin embargo, muestran que Gregor viajó en la fecha inicialmente prevista, llegando a Buenos Aires en junio. Lista de pasajeros del North King, DNM, junio de 1949, Lista 47.

[509] Rudel, *Zwischen Deutschland und Argentinien. Fünf Jahre in Übersee*, Memoiren, vol. 3. Posner y Ware, Mengele. Sobre la llegada de Rudel, véase Carlota Jackisch en Informe Final de la CEANA, 1999.

[510] El proyecto de Yacyretá fue calificado de «monumento a la corrupción» por el presidente argentino Carlos Menem durante la década de 1990, cuando se hallaba todavía en construcción. De una estimación inicial de menos de 3.000 millones de dólares, el coste final se disparó hasta unos 12.000 millones. Al parecer, se pidió a Rudel que ofreciera sobornos en Paraguay. Jorge Carretoni, socio del consorcio de Lahmeyer y antiguo amigo de Rudel, acompañó al as de la Luftwaffe a ver a Perón en España y luego a Stroessner en Paraguay. Carretoni relató la participación de Rudel en su libro *De Frondizi a Alfonsín*, Buenos Aires, Catálogos, 1998. Véase también entrevista del autor con Carretoni, 9 de marzo de 1999. Sobre el antiguo vínculo de Fuldner con Lahmeyer, véase la carta secreta del almirante Portillo a la Oficina Presidencial, 22 de marzo de 1962, pidiendo un control de seguridad para Fuldner; AGN, Dossier Bormann, pág. 92. Santiago Martinucci, un consultor argentino representante de un banco francés, había sido abordado por Fuldner ya en 1971 con relación a los intereses de Lahmeyer en Yacyretá; entrevista del autor con Martinucci, 19 de noviembre de 1998. Sobre Sassen y Galtieri, entrevista anónima, 30 de junio de 2001.

[511] Entrevista del autor con Carretoni, 9 de marzo de 1999. Carretoni, que declara no ser simpatizante nazi, afirma que pese a su larga amistad nunca supo

que Rudel protegía a criminales de guerra como Mengele.

[512] Nota verbal sobre Mertig de la embajada británica en Buenos Aires, 15 de octubre de 1945, N° 270, MRE, Traducciones, Embajada Británica, 1945. Meding, *Flucht von Nürnberg?*

[513] Declaración sin fecha de Roberto Mertig a la policía argentina, expediente de Mengele, pág. 35, AGN.

[514] Posner y Ware, Mengele.

[515] Testimonio de Hoettl en los juicios de Nuremberg, 1945; véase también su testimonio de junio de 1961 en el juicio de Eichmann, en Jerusalén.

[516] Testimonio de Hoettl, junio de 1961. Sobre Kops, véase su declaración ante la policía de Bariloche, 8 de mayo de 1993, reproducido en Carlota Jackisch, en Informe Final de la CEANA, 1999. Respecto a la actitud antijudía de Benzon en Argentina, véase testimonio de Pablo Diana, 13 de mayo de 1949, Sumario Diana, AGN, ST, Caja 547, págs. 43-50. Sobre Kops y los círculos neonazis en la década de 1990, véase Svoray-Taylor, *In Hitler's Shadow*. La figura más importante implicada en el rescate de judíos de Budapest era el diplomático sueco Raoul Wallenberg, que fue capturado por los rusos al final de la guerra y, al parecer, asesinado en un campo soviético.

[517] Walter Schellenberg, *The Labyrinth*, Nueva York, Harper & Brothers, 1956, pág. 379.

[518] Aharoni y Dietl, *Operation Eichmann*, págs. 43-45.

[519] Testimonio de Hoettl, junio de 1961. Véanse también sus comentarios en Farago, *Aftermath*.

[520] Aharoni y Dietl, *Operation Eichmann*, págs. 43-45.

[521] Testimonio de Wisliceny en Nuremberg, 3 de enero de 1946. Eichmann se sintió especialmente traicionado por Wisliceny, con el que le unía una amistad tan estrecha que incluso le puso su nombre, Dieter, a uno de sus hijos.

[522] Aharoni y Dietl, *Operation Eichmann*.

[523] Isser Harel, *The House on Garibaldi Street*, Nueva York, Viking Press, 1975. Asimismo, *Operation Eichmann*.

[524] Eichmann entró en Argentina con un visado permanente otorgado al amparo del expediente de Migraciones número 231489/48. El número de expediente de Eichmann se halla anotado en la lista de pasajeros del *Giovanna C*, DNM, Listas de Pasajeros, julio de 1950, Lista 24.

[525] Solicitud de pasaporte de la Cruz Roja de Eichmann, 100940, CICR, Ginebra. Véase también correspondencia de Dömöter con Hudal, 28 de agosto de 1949, Papeles de Hudal; citada en Sanfilippo, en Informe Final de la CEANA, 1999.

[526] Artículo de Wiesenthal, «Qui è rinchiuso Eichmann», *L'Europeo*, 12 de marzo de 1961; y respuesta de Hudal, «Eichmann giunse a Roma con passaporto Nansen», *Vita*, 30 de marzo de 1961; véase también el cable de Associated Press reproducido en *La Nación*, 25 de marzo de 1961.

[527] Solicitud de pasaporte de la Cruz Roja de Eichmann, 100940, CICR, Ginebra. Sobre la llegada de Eichmann, véase la lista de pasajeros del *Giovanna C*, DNM, Listas de Pasajeros, julio de 1950, Lista 24. Este libro en concreto se hallaba en un estado muy lamentable cuando el autor lo encontró en los destartalados archivos de Migraciones de Argentina, muchas de sus páginas habían desaparecido y la propia entrada correspondiente a Eichmann/Klement se aferraba desesperadamente a la vida al final de una página rasgada. El libro se hallaba sobre una pila de listas de pasajeros parecidamente agonizantes. La petición formulada a las autoridades de Migraciones para que preservaran este archivador en concreto dado que contenía la entrada correspondiente a Eichmann no produjo más respuesta que un airado gruñido. Para más detalles sobre la foto de Eichmann en cubierta, véase Aharoni y Dietl, *Operation Eichmann*.

[528] Entrevista a Klaus Eichmann, *Quick*, 1966, número I. Sobre la llegada de Kuhlmann/Geller junto a Eichmann, véase testimonio policial de Fuldner, 9 de junio de 1960, AGN, Expediente de Martin Bormann, DAE, 4550, págs. 77-79. Klaus Eichmann identificó a «Panzer-Geller» con el apellido de Kuhlmann. Aunque en la lista de pasajeros del *Giovanna C* no figura ningún Geller, el testimonio de la policía argentina da como fecha de nacimiento de Pedro Geller el 7 de abril de 1912, mientras que la verdadera fecha de nacimiento de Kuhlmann fue el 7 de abril de 1915. En Argentina, algunos creyeron equivocadamente que Geller había sido Wilhelm Mohnke, pero Mohnke fue capturado por los rusos y permaneció en cautividad hasta 1955.

[529] Declaración policial de Fuldner, 9 de junio de 1960. Aharoni y Dietl, *Operation Eichmann*. En Argentina, donde la legislación obligaba a hispanizar todos los nombres extranjeros, el italiano «Riccardo» se convirtió en «Ricardo».

[530] Declaración policial de Fuldner, 9 de junio de 1960. Respecto al

reconocimiento de CAPRI por parte del estado argentino, véase Resolución 882/50; expediente C-63-50-Cde 1, Buenos Aires, 21 de julio de 1950, en Boletín de la Dirección de Agua y Energía Eléctrica, N° 138, año IV, 18 de agosto de 1950, pág. 1752, publicado por el Ministerio de Industria.

[531] Meding, Flucht vor Nürnberg?

[532] El ya fallecido empresario argentino Ricardo Zinn, que llegó a ser un conocido economista durante la dictadura militar argentina del período 1976-1983, tenía su escritorio frente al de Eichmann en CAPRI; entrevista anónima realizada por el autor, 3 de enero de 1997. Solicitud de ciudadanía de Fischböck, AGPJN, Dossier 8060. El edificio es hoy sede de una universidad privada, la escuela de negocios CEMA.

[533] Meding, Flucht vor Nürnberg?. Holger Meding, en el Tercer Informe de la CEANA, 1998.

[534] Holger Meding, en el Tercer Informe de la CEANA, 1998.

[535] Meding, Flucht vor Nürnberg?

[536] Camarasa, Odessa al Sur, pág. 155.

[537] Meding, Flucht vor Nürnberg?. Carlota Jackish, en Informe Final de la CEANA, 1999.

[538] Comunicación de Daye a Barrére, 29 de marzo de 1948, CEGES, FPD, Dossier 488.

[539] Quick, 1966, número I. Asimismo, lista de pasajeros del Salta, 28 de junio de 1952, DNM.

[540] Bünthe publicó la foto el 2 de julio de 1960. Eichmann trabajó para CAPRI en Tucumán hasta el 30 de abril de 1953; véase Carlota Jackish, en Informe Final de la CEANA, 1999.

[541] Declaración policial de Fuldner, 9 de junio de 1960. Al parecer Eichmann tenía dos direcciones en Olivos, Chacabuco 4261 y Chacabuco 2681; véase Aharoni y Dietl, Operation Eichmann, pág. 91, y declaración de Fuldner. Aparentemente en 1952 Eichmann se abonó a la compañía telefónica argentina, y en la guía telefónica de Buenos Aires aparecía un tal Ricardo Klement; véase Camarasa, Odessa al Sur, pág. 157. Entrevistas con vecinos de la calle de Ombú realizadas por el autor.

[542] Declaración policial de Fuldner, 9 de junio de 1960. Quick, 1966, número I.

[543] Aharoni y Dietl, Operation Eichmann. Parte de la empresa Efeve era propiedad del coronel Franz Pfeiffer, uno de los hombres responsables de la evacuación del Reichsbank al final de la guerra; véase Sayer y Botting, Nazi Gold. Respecto a la novela de marcianos, que un periodista de Argentina afirmó haber recibido de Eichmann en la época de la granja de conejos, véase La Gaceta de Tucumán, 24 de diciembre de 1963.

[544] Juicio de Eichmann, Sesión 102, 19 de julio de 1961.

[545] «Skorzeny und Lauterbacher in Rom?», Hannoversche Allgemeine, 20 de enero de 1950. Infield, Skorzeny. Entrevista con Skorzeny, Daily Express de Londres, 7 de abril de 1952. Respecto a la voluminosa correspondencia entre Daye y Degrelle, CEGES, FPD.

[546] Juicio de Eichmann, Sesión 105, 20 de julio de 1961.

[547] The Hunt for Dr. Mengele, «World in Action», Granada Television, noviembre de 1978.

[548] Juicio de Eichmann, Sesión 105, 20 de julio de 1961. Sobre Sassen como editor de Daye, véanse cartas de Daye a Sassen, 29 de enero y 23 de febrero de 1950, ML 2570 (1). Respecto a la versión de Sassen, véase Farago, Aftermath. Farago habló extensamente con Sassen sobre las sesiones de Eichmann.

[549] Juicio de Eichmann, Sesiones 72 y 96. No fue éste el primer intento de Eichmann de escribir un libro sobre el tema. Ya durante la guerra había preparado un librito de 100 páginas titulado La Solución Final a la Cuestión Judía, que iba a publicar la editorial Nordland. El proyecto fue «censurado» por sus jefes nazis. Contenía «los documentos estadísticos de todos los transportes, en la esfera de la Cuestión Judía, la deportación de judíos, incluyendo la emigración. En resumen, un panorama de todo lo que ocurrió hasta el momento en que lo escribí», declaró Eichmann durante su juicio; véase Sesión 102, 19 de julio de 1961.

[550] Entrevista del autor con Pedro Pobierzym, 30 de abril de 1997.

[551] Sobre Fritsch y Lange, véase juicio de Eichmann, Sesiones 96, 102 y 104.

[552] La participación de Alvensleben en las sesiones Eichmann-Sassen está

descrita en el libro *Eichmann vor Jerusalem*, de Bettina Stangneth. Con Stangneth, en base a descubrimientos de ella y descubrimientos míos, pudimos finalmente descifrar conjuntamente el misterio Avenleben, su escape a Argentina y su participación en las sesiones con Eichmann. Sobre la mentira de Eichmann, de que se trataba de Mildner, ver Juicio de Eichmann, Sesiones 72, 110 y 113.

[553] Sobre el empleo de Eichmann en Orbis, véase Meding, *Flucht vor Nürnberg?*. El propio Mertig le relató la historia a Meding. Respecto a Mengele y Mertig, véanse declaraciones de la esposa y el hijo de Mengele, informe de la policía argentina, 29 de junio de 1960, expediente de Mengele, AGN, DAE, pág. 29. Sobre la pertenencia de Mertig al partido nazi, véase nota verbal 250 de la embajada británica en Buenos Aires al Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, 15 de octubre de 1945, MRE, Traducciones, Embajada Británica, 1945.

[554] Respecto a la estrecha colaboración de Rademacher con Eichmann, véanse las transcripciones del juicio de Eichmann, entre otras, Sesiones 43, 72, 79, 102 y 105. Asimismo, la voluminosa cantidad de documentos relacionados con Rademacher en la Lista de Pruebas del juicio. Sobre su estancia en Argentina, Farago, *Aftermath*, y Camarasa, *Odessa al Sur*.

[555] Farago, *Aftermath*; asimismo, Camarasa, *Odessa al Sur*. El asunto Klingenfuss se menciona también en el expediente de Mengele en AGN, DAE. Juicio de Eichmann, Lista de Pruebas, ítems T/448, T/194, T/1024, T/191 y T/929.

[556] Juicio de Eichmann, Lista de Pruebas. Holger Meding, en el Tercer Informe de la CEA-NA, noviembre de 1998.

[557] Sobre la pertenencia de Mohr al Partido Nazi, NARA, RG 242, MFOK Ortsgruppenkartei, Rollo P0010. Asimismo, *Aftermath*, y *Odessa al Sur*. Juicio de Eichmann, Lista de Pruebas, T/521. Eichmann también menciona a Mohr en sus «Memorias», recientemente reveladas al público y escritas durante su detención en Jerusalén. Ladislav Farago, que sostuvo una larga entrevista con Sassen para su libro *Aftermath* y leyó íntegramente la transcripción de las cintas de Sassen, afirma en el libro que también se mencionaba que otros dos colaboradores de Eichmann, su lugarteniente Rolf Guenther, y su ayudante en Francia Heinz Röthke, habían obtenido refugio en Argentina.

[558] Farago, *Aftermath*. Sobre el papel de Rajakowitsch como delegado de Eichmann en Holanda, véase juicio de Eichmann, Sesiones 4 y 13. Véanse también los diversos documentos relacionados con Rajakowitsch presentados en el juicio, incluyendo la prueba T/37-194, una carta del Banco Dresdner de Berlín relativa al papel de Rajakowitsch en la disposición de propiedades judías expropiadas en los Países Bajos, del 4 de julio de 1941. Sobre su llegada a Argentina, véase DNM,

archivo «Chela», tarjeta de desembarco de Erico Raja, 26 de febrero de 1952. Respecto a su esposa y sus hijos, DNM, Listas de Pasajeros, Corrientes, 25 de agosto de 1949, y Castel Verde, 18 de octubre de 1950.

[559] Ninguno de los principales implicados coincide en su versión de los hechos exactos de la localización de Eichmann, pero el mito de que fue una ardua tarea realizada por agentes del Mossad se ha derrumbado definitivamente. En realidad, y como demostró Hermann, se requería únicamente un mínimo de esfuerzo para localizarle. Respecto a las diferentes versiones publicadas hasta ahora, véase *The House on Garibaldi Street*, del antiguo jefe del Mossad Isser Harel, y *Operation Eichmann*, de Aharoni y Dietl. Para una tercera versión del papel de Hermann, véanse las colecciones documentales «El ciego que descubrió a Eichmann en Argentina», y «Mi papel en la operación Eichmann», de Tuviah Friedman, Centro de Documentación de Haifa.

[560] *Quik*, 1966, número I.

[561] Informe de la Policía Federal argentina sobre el secuestro de Eichmann, 9 de junio de 1960, AGN, DAE, expediente de Bormann, págs. 77-79. Durante las investigaciones realizadas para este libro el autor se puso en contacto con los tres hijos de Eichmann que viven en Alemania, pero los tres prefirieron no ser entrevistados. El cuarto y el mayor de ellos, que vive en Argentina, resultó ilocalizable.

[562] *Revista Life*, 28 de noviembre y 5 de diciembre de 1960. Juicio de Eichmann, Sesión 72, 9 de junio de 1961. Respecto a Menge, véase entrevista del autor con Pobierzyn, 30 de abril de 1997. Sobre la huida de Sassen y su calificación de traidor, entrevista del autor con Wilfred von Oven, 26 de agosto de 1997. Supuestamente Sassen cobró 50.000 dólares por los derechos, aunque también se dice que posteriormente compartió parte de las ganancias con la familia Eichmann.

[563] *La Razón*, 23 de diciembre de 1960.

[564] *Clarín*, 25 de marzo de 1961. Sobre las huellas dactilares, véase Gurevich y Warzawski, *Proyecto Testimonio*. Véase también el expediente de demanda de extradición de Mengele, en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino, pág. 52.

[565] Tuviah Friedman, «Mi papel en la operación Eichmann», Centro de Documentación de Haifa.

[566] En su importante libro, *Unholy Trinity*, el autor estadounidense John Loftus y el coautor australiano Mark Aarons, recibieron crítica, especialmente del

historiador del Vaticano, Padre Robert Graham, quien dijo de Draganovic: «Era su propia operación. Él no es el Vaticano». Ver *Unholy Trinity*, pág. 89.

[567] La CIA abrió sus archivos sobre Draganovic para el Departamento de Estado, ver *US and Allied Wartime and Postwar Relations and Negotiations with Argentina, Portugal, Spain, Sweden, and Turkey on Looted Gold and German External Assets and US Concerns About the Fate of the Wartime Ustasha Treasury*, Department de Estado, 1998. Para un detallado estudio de como el Vaticano y la inteligencia occidental no se dieron cuenta que sus operaciones nazis estaban infiltradas por espías comunistas, ver *Unholy Trinity*, Loftus y Aarons.

[568] Para la petición del Vaticano, ver *Osborne to Foreign Office, 27 August 1945*, PRO FO 371/48920 R14525. El Papa presentó una petición similar para la reclasificación de prisioneros de guerra ucranianos en el campo de Rimini, miles de miembros de la asesina división SS Galicia, en 1946. En este caso, la petición resultó exitosa, y los prisioneros de guerra SS Galicia fueran reclasificados como «confinados», y reasentados primero en Gran Bretaña, y luego en Canada, Australia y en otras partes; ver *Blowback*, Christopher Simpson, Weidenfeld & Nicolson, New York, 1988, pág. 180.

[569] Apelación del Vaticano, 27 de marzo de 1946, PRO WO 204/1113. Los croatas en Grottaglie habían sido transferidos mientras tanto al campo de prisioneros 209 en Afragola, cerca de Nápoles, mencionan secamente los británicos.

[570] Para los estudios de Draganovic en el Istituto Orientale, ver «Consolidated Interrogation Report on Dr. Krunoslav Stepano Draganovic», sin fecha pero redactado durante la guerra; y «Past Background and Activity», 12 de febrero de 1947; NARA, RG 319/631/31/54-54/1-4, Box 107, IRR Case Files. El primer director del Pontificio Istituto Orientale fue el cardenal Alfredo Ildefonso Schuster, quien como obispo de Milán en 1949 recibió al sacerdote rescatador de nazis de Perón, el Padre Pratto, ver dossier de Pratto en el archivo de fotos del AGN.

[571] FO 371/59423 R17521 and R17586. Los cinco hombres buscados eran Velmar Jankovic, el ex ministro de agricultura serbio Milorad Nedeljkovic, Marisav Petrovic, Milosav Vasiljevic, e Ilya Vujovic.

[572] Aide-Memoire, 13 de enero de 1947, y Osborne al Foreign Office, 16 de enero de 1947; ambas en FO 371/67370 R1166. Aunque Tardini no era conocido como un simpatizante nazi, tampoco demostró ninguna empatía con las víctimas de Hitler cuando, el 18 de diciembre de 1942, rechazó un pedido de Osborne para que el Vaticano se declarara en contra de la exterminación de los judíos. Tardini dijo a Osborne por entonces que «el papa no puede tomar lados», ver *Hitler's Pope*, John

Cornwell, Viking, New York, 1999, págs. 221 y 291. Con respecto a la pretención del Vaticano de que el Papa Pio XII desconocía las andanzas en San Girolamo, debe subrayarse que las actividades de Draganovic fueron objeto de varias estrepitosas denuncias publicadas en la prensa italiana por aquella época.

[573] PRO FO 371/67370 R1200.

[574] PRO FO 371/67371 R1769.

[575] Secretaría de Estado del Vaticano, 26 de abril de 1947, FO 371/67376 R6058.

[576] McLean al Foreign Office, 17 de octubre de 1947, incluyendo «Memorandum on the Ustasha Organisation in Italy», PRO FO 371/67398 R14409. Para la captura de Moskov en Venecia, memorando del 20 de febrero de 1947, FO 371/67371 R2394. Sobre el oro en posesión de Moskov, Leghorn al Foreign Office, 3 de mayo de 1947, FO 371/67376 R5965.

[577] «Memorandum on the Ustasha Organisation in Italy», PRO FO 371/67398 R14409. Draganovic al embajador estadounidense en Italia, 19 de mayo d 1947, NARA, RG 59/250/36/19/6, Caja 3622, 740.00116 EW/5-2847. Para Zanko como intermediario con el Vaticano, ver «The Organisation of the Ustashi Abroad», 4 de noviembre de 1946, CIA Operational Files.

[578] Draganovic al embajador de Estados Unidos en Italia, 19 de mayo de 1947, NARA, RG 59/250/36/19/6, Caja 3622, 740.00116 EW/5-2847. «Campo Fermo», un «Un nuevo golpe», artículos por Dusan Zanko, Studia Croatica, Buenos Aires, 1997 y 1998, ediciones 135 y 136.

[579] Griffin a Bevin, 28 de mayo; Bevin a Griffin, 18 de junio; y Griffin a Bevin, 25 de junio de 1947; todos en PRO FO 371/67380 R7461. Griffin puede haber estado actuando a razón de una petición de Draganovic, ver Unholy Trinity, Loftus y Aarons, pág. 117.

[580] PRO FO 371/67376 R5694. Los otro cinco ustasi en la lista del Vaticano entregados el 27 de abril fueron Vladimir Zidovec, Wilim Peros, Janko Vernic-Turansky, Daniel Uvanovic y Milivoj Magdic.

[581] Corville a Osborne, 14 de mayo de 1947, FO 371/67376 R6058.

[582] «Un nuevo golpe», por Dusan Zanko, Studia Croatica, edición 136.

[583] Aparte de Zanko, de la lista del Papa, Ivan Devcic y Ante Pavicic

estuvieron entre aquellos «hospedados» en San Girolamo luego de escapar de Regina Elena, ver memorando del agente especial Robert C. Mudd, 5 de septiembre de 1947, dossier del CIC sobre Draganovic. Sobre Cosenza, «Memorandum on the Ustasha Organisation in Italy», PRO FO 371/67398 R14409. Este memorando confusamente afirma que refugio fue otorgado en el «convento franciscano» de Cosenza, pero un documento posterior coloca a los escapados correctamente durante el mes de julio en el «monasterio de San Francesco d'Assisi», ver «Leading Ustashi», en FO 371/67398 R14423.

[584] Cabot al Secretario de Estado, Top Secret, NARA, RG 59, 250/36/19/6, Caja 3623.

[585] Perowne a Wallinger, 18 de noviembre de 1947; y la respuesta de Wallinger, 5 de diciembre de 1947; ambas en PRO FO 371/67401 R15533.

[586] Para el traslado a Alemania, ver Special Refugee Commission al Foreign Office, 23 de octubre de 1947, PRO FO 371/67398 R14423. Algunos historiadores han escrito sobre el transporte de ex chetniks a Alemania, pero el transporte mencionado aquí se refiere a duros criminales ustasa y colaboradores cercanos de Pavelic tales como Dragutin Dosen, ver FO 371/72563A. Para la entrega de Jurica Markovic y Zivan Kuvezdic, ambos en la lista del Papa, ver Cypher, 29 de junio de 1948; para la petición de Griffin, Archbishop's House al Foreign Office, 21 de mayo de 1948; ambas en PRO FO 371/72563A.

[587] Embajada británica al Foreign Office, 24 de abril de 1947, FO 371/67376 R5696.

[588] FO 371/67376 R5734.

[589] Embajada británica en Washington al Foreign Office, 3 de mayo de 1947, PRO FO 371/67376 R5970.

[590] Ver «Criteria to be Applied in Considering the Cases of Yugoslav Quislings», PRO FO 371/72563A.

[591] Para el arribo de Zanko en Argentina, CEANA Informe Final, 1999. Para su muerte en Venezuela, «In Memoriam, Dusan Zanko», Revista Facultad Agronomía (Maracay), XI (1-4). Para la contabilidad británica de pedidos de extradición, véase nota confidencial del 31 de mayo de 1948, PRO FO 371/72563A R6358. Los restantes cinco en la lista del papa eran Ivan Devcic, Marijan Dragicevic, Ignacije Dujsin, Ante Pavicic y Stephan Tomljenovic.

[592] Informe sobre Draganovic, «1945-1952», 24 de julio de 1952, CIA

Operational Files. Para Propaganda Fide y Yugoslavia, Leigh-Smith a Hayter, 21 de junio de 1946, donde se describe a Fumasoni-Biondi como «un caballero mayor más bien tímido», PRO FO 371/59412 R9639. Fumasoni-Biondi, en su papel como jefe de inteligencia del Vaticano, actuó como intermediario para una oferta de paz japonesa entre el emperador Hirohito y la inteligencia naval de Estados Unidos hacia fines de la guerra, ver «How We Bungled the Japanese Surrender», por el contraalmirante Ellis M. Zacharias, *Look*, 6 de junio de 1950. Sobre dell'Acqua, *Unholy Trinity*, Loftus y Aarons, pág. 113. El cardenal dell'Acqua fue uno de los custodios del Tercer Secreto de Fátima, finalmente revelado al mundo en junio de 2000.

[593] Informe sobre Draganovic, «1945-1952», 24 de julio de 1952, CIA Operational Files. De acuerdo a este informe, Draganovic también puso su servicio para el salvataje de nazis a disposición de «un prelado protestante no identificado».

[594] Memorando del CIC, 10 de octubre de 1946, CIA Operational Files. «Vida y obra del Prof. Dr. Dominik Mandic», por M. Blazekovic, *Studia Croatica*, 1973, edición 50-51.

[595] Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires a Roma, 23 de julio de 1947, con inclusiones, NARA, RG 59/250, Caja 6609. «Memorandum on the Ustasha Organisation in Italy», PRO FO 371/67398 R14409.

[596] «The Organisation of the Ustashi Abroad», 4 de noviembre de 1946, CIA Operational Files. El tercer contacto de Mandic con el servicio secreto ustasa era el Dr. Andreja Jelich, «de servicio en el Vaticano». La fuente de este documento altamente comprometedor fue el general Miodrag Damjanovic, el sub-jefe del líder chetnik Draza Mihailovic.

[597] «Memorandum on the Ustasha Organisation in Italy», PRO FO 371/67398 R14409. «Present whereabouts of former Ustasha Officials», 11 de octubre de 1946, CIA Operational Files.

[598] «History of the Italian Ratlines», Paul Lyon, 10 de abril de 1950, citado en «Klaus Barbie and the United States Government;» Departamento de Justicia de Estados Unidos, 1983. También, *Unholy Trinity*, Loftus y Aarons, cap. 11. Ver también, *Soldiers, Spies and the Ratline*, James V. Milano y Patrick Brogan, Brassey's, Washington, 1995.

[599] «Rat Line from Austria to South America», Paul S. Lyon, 12 de julio de 1948, apéndice a «Klaus Barbie and the United States Government», Departamento de Justicia, 1983. Este nuevo acuerdo entre el CIC y Draganovic fue formalizado

mientras el agente especial de Perón, Carlos Fuldner, quien organizó el escape de Bohne, estaba en Europa organizando la fuga de nazis con la ayuda de Draganovic.

[600] A mediados de 1950, Draganovic ya había solicitado, con el apoyo del IRO, una visa para Estados Unidos, ver «Against Admitting a Former Ustasha to the USA», 11 de agosto de 1950, CIA Operational Files. Barbie fue recibido en Bolivia por un asociado de Draganovic, el padre Stjepan Osvald Tot, alias Rok Romac, uno de los criminales ustasa aguardando extradición en Regina Elena en 1947. Ver *Unholy Trinity*, Loftus & Aaron, pág. 254. También, carta de Draganovic a la embajada de Estados Unidos en Roma, 19 de mayo de 1947. Tot finalmente se asentó en Australia en 1955.

[601] Informe sobre Draganovic, «1945-1952», 24 de julio de 1952; y memorando del 1 de octubre de 1953; ambos CIA Operational Files. La reputación del sacerdote en el Vaticano parece haber sufrido por su excesiva codicia y por un estilo de vida materialista que hizo sonar alarmas en altos círculos.

[602] Memorandos, 19 y 20 de noviembre de 1958, CIA Operational Files. Pio XII murió el 9 de octubre de 1958.

[603] Memorando, 23 de enero de 1962, CIA Operational Files. *US and Allied Wartime and Postwar Relations and Negotiations with Argentina, Portugal, Spain, Sweden, and Turkey on Looted Gold and German External Assets and US Concerns About the Fate of the Wartime Ustasha Treasury*, Departamento de Estado, 1998. Para un relato pormenorizado de la rendición de Draganovic a Yugoslavia y su declaración a las autoridades yugoslavas sobre las actividades del Vaticano en favor de los nazis, ver *Unholy Trinity*, Loftus y Aarons.

[604] Véase *The Catholic Church and the Holocaust*, Michael Phayer, Indiana University Press, 2000. Phayer cita los papeles privados del obispo Muench, guardados en la Catholic University of America. Véase también *The Holocaust*, Leni Yahil, Oxford University Press, Nueva York, 1991. Greiser persiguió no solo a judíos, sino que también libró una campaña en contra de la Iglesia Católica en Polonia.

[605] Gowen fue entrevistado por Phayer para su libro *The Catholic Church and the Holocaust*. Montini fue también jefe del Servicio Informativo del Vaticano, una agencia supuestamente a cargo de la búsqueda de refugiados, personas desaparecidas y prisioneros de guerra, ver *Unholy Trinity*, Loftus y Aarons.

[606] Véase *Unholy Trinity*, Loftus y Aarons, cap. 5.

